



1356

¡Dios con nosotros,
pero luchad como el diablo!

BERNARD
CORNWELL

Lectulandia

Thomas de Hookton, arquero inglés veterano de Crécy y otras batallas, es el líder de una compañía de mercenarios que saquea las tierras del sur de Francia.

Eduardo, príncipe de Gales, que pasará a la Historia como el Príncipe Negro, está reuniendo un ejército para luchar contra los franceses una vez más. Pero antes de que Thomas y sus hombres puedan unirse al mismo, el conde de Northampton le ordena una misión urgente: encontrar *la Malice* antes de que lo hagan los franceses, una espada de poder mítico de la que se dice que conduce a la victoria a quien la posee, y que se halla en algún lugar cercano a Poitiers.

Pero todos —el grupo de Thomas, sus enemigos y *la Malice*— serán engullidos por la extraordinaria confrontación que se prepara entre el poderoso ejército francés del rey Juan y el más reducido contingente inglés, con sus temidos arqueros

Lectulandia

Bernard Cornwell

1356

ePub r1.2

libra 10.09.14

Título original: *1356*
Bernard Cornwell, 2012
Traducción: Montse Batista

Editor digital: libra
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

1356 es para mi nieto, Oscar Cornwell, con cariño.

"Los ingleses cabalgan, nadie sabe adónde".

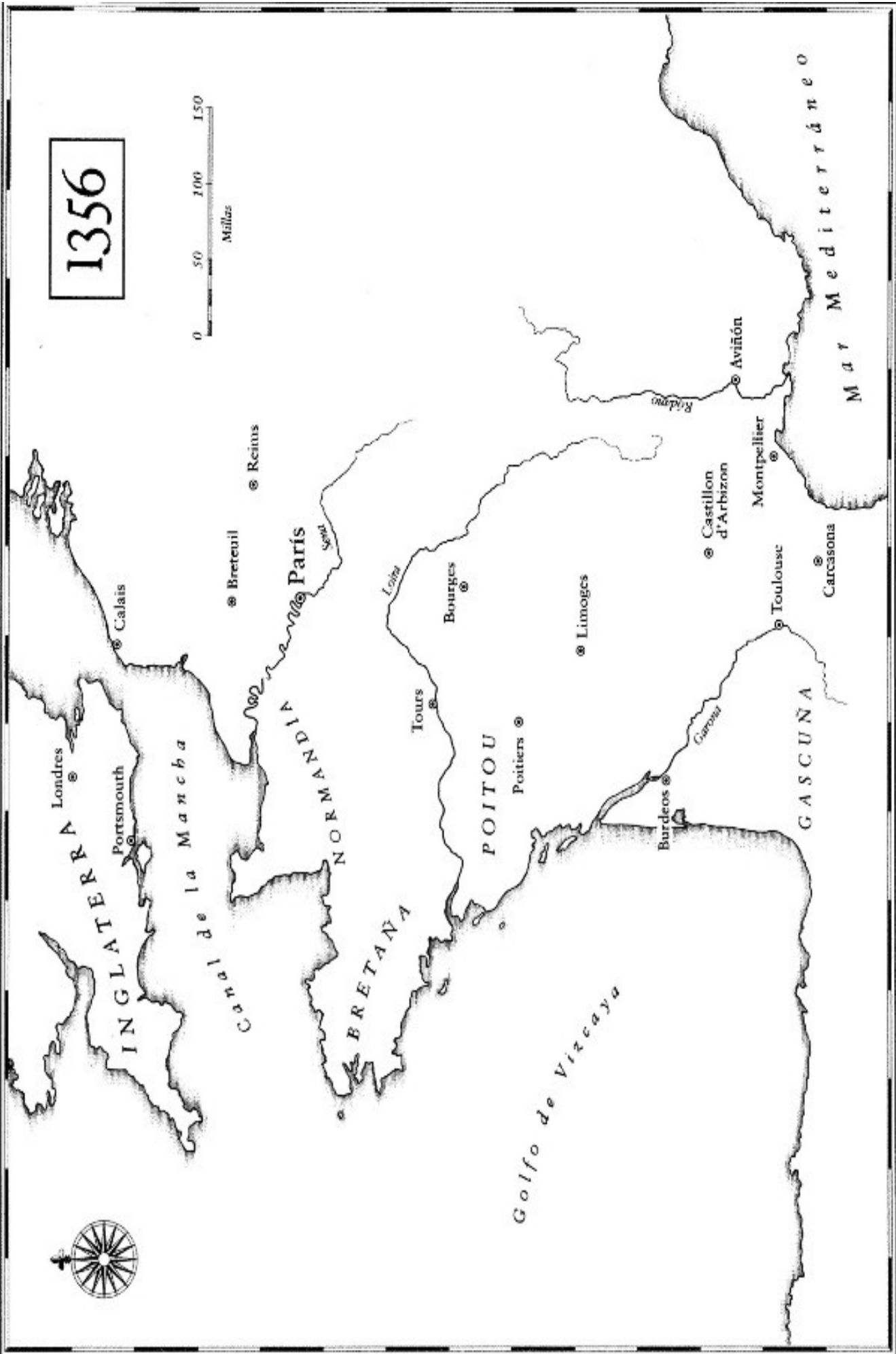
Advertencia enviada en la Francia del siglo XIV, citada en *A Fool and His Money* de Ann Wroe.

**Bernard
Cornwell**

1356

Lectulandia

1356



PRÓLOGO

Carcasona

Llegó tarde.

Ya era de noche y no llevaba farol, pero el brillo refulgente de las llamas de la ciudad penetraba en la iglesia y proporcionaba luz suficiente para ver las losas de piedra de la profunda cripta, en la que el hombre golpeaba el suelo con una palanca de hierro.

Estaba arremetiendo contra una piedra grabada con un blasón que mostraba una copa rodeada por un cinturón con hebilla en el que ponía *Calix Meus Inebrians*. Unos rayos de sol tallados en el granito daban la impresión de que la copa irradiaba luz. El grabado y la inscripción estaban desgastados por el tiempo y el hombre no les había prestado mucha atención, aunque sí advirtió los gritos provenientes de los callejones que rodeaban a la iglesia.

Era una noche de fuego y sufrimiento, y se oían tantos gritos que ahogaban el ruido que él hacía al golpear el borde de la losa para desprender un poco la piedra y abrir un pequeño espacio por el que meter la larga palanca. Clavó la pvara de hierro en el suelo y se quedó inmóvil al escuchar unas risas y pasos arriba en la iglesia. Se escondió detrás de un arco y, al cabo de un instante, dos hombres bajaron a la cripta. Llevaban una antorcha encendida que iluminó el largo espacio abovedado, mostrando que allí no había ningún botín fácil. El altar de la cripta era de piedra común y corriente, la única decoración era una cruz de madera y ni siquiera había un candelabro. Uno de los hombres dijo algo en un idioma extraño, el otro se rio y volvieron a subir los dos a la nave, donde las llamas de las calles iluminaban las paredes pintadas y los altares profanados.

El hombre de la palanca de hierro llevaba una capa de color negro con capucha. Bajo esta, un hábito blanco manchado de tierra y ceñido con un cordón con tres nudos. Se trataba de un fraile predicador, un dominico, aunque esta noche esto no le prometía protección por parte del ejército que asolaba Carcasona.

Era un hombre alto y fuerte que antes de tomar los votos había sido hombre de armas. Había sabido clavar una lanza, tajar con una espada o matar con un hacha. Se había llamado sire Ferdinand de Rodez, pero ahora era simplemente fray Ferdinand. Antes había llevado cota de malla y armadura, había participado en torneos y había matado en combate, pero hacía quince años que era fraile y había rezado todos los días para que sus pecados fueran perdonados.

Ahora era viejo, tenía casi sesenta años, aunque seguía teniendo los hombros anchos. Había llegado a esta ciudad andando, pero las lluvias habían retrasado su viaje inundando los ríos y dejando los vados impracticables, y era por esto que había llegado tarde. Tarde y cansado. Hincó la palanca por debajo de la losa grabada y empujó otra vez, con miedo de que el hierro se doblara antes de que cediera la piedra, pero de pronto se oyó un chirrido áspero. El granito se alzó y se deslizó de lado, ofreciendo un pequeño hueco por el que acceder al interior.

El espacio estaba oscuro porque la luz de las llamas del diablo que quemaban la ciudad no llegaban a la tumba, de modo que el fraile se arrodilló junto al agujero oscuro y metió la mano. Encontró madera y volvió a arremeter con la palanca. Un golpe, dos, y esta se rompió. Rezó para que no hubiera un ataúd de plomo dentro del féretro. Dio un último golpe con la vara de hierro, introdujo los dedos y retiró del agujero unas astillas.

No había ataúd de plomo. Palpó el fondo de la tumba y encontró tela, que se desmenuzó al tocarla. Luego notó que rozaba un hueso. Sus dedos exploraron la cuenca vacía de un ojo, dientes que faltaban y descubrió la curva de una costilla. El hombre se tendió en el suelo para poder hundir más el brazo, buscó a tientas en la negrura y encontró algo sólido que no era hueso.

Pero no era lo que él buscaba, no tenía la forma adecuada. Era un crucifijo. De pronto sonaron unas fuertes voces arriba, en la iglesia. Un hombre se reía y una mujer sollozaba. El fraile se quedó inmóvil, escuchando y rezando.

Por un momento se desesperó al pensar que el objeto que buscaba no estaba en la tumba, pero alargó la mano tanto como pudo y sus dedos rozaron algo envuelto en una tela fina que no se desmenuzó. Hurgó en la oscuridad, agarró el lienzo y tiró de él. Había un objeto envuelto en el delicado tejido, algo pesado que se fue acercando poco a poco hasta que pudo asirlo bien para sustraerlo de las manos de hueso que lo habían estado aferrando. Lo sacó de la tumba y se puso de pie. No necesitaba desenvolverlo, sabía que había encontrado *la Malice*. Se giró hacia el sencillo altar, situado en el extremo este de la cripta, y se santiguó.

—Gracias, Señor —murmuró—. Gracias, san Pedro, y gracias, san Juniano. Y ahora mantenedme a salvo.

Iba a necesitar de la ayuda celestial para estar a salvo. Por un momento consideró esconderse en la cripta hasta que el ejército invasor abandonara Carasona, pero eso podría llevar días y, además, en cuanto los soldados hubieran saqueado lo más fácil, abrirían las tumbas de la cripta para buscar anillos, crucifijos o cualquier otra cosa que pudieran vender por unas monedas. La cripta había protegido a *la Malice* durante un siglo y medio, pero sabía que a él no le brindaría más que unas horas de seguridad.

Fray Ferdinand abandonó la palanca y subió por las escaleras. *La Malice* era tan larga como su brazo y sorprendentemente pesada. En otro tiempo estuvo equipada con un mango, pero ahora solo quedaba la fina espiga metálica y era por ese tosco asidero por donde la sujetaba. La espada seguía envuelta en lo que él creía que era seda.

La nave de la iglesia estaba iluminada por las llamas de las casas que seguían ardiendo en la plazuela exterior. Allí dentro había tres hombres, uno de ellos dio el alto a la figura con capa oscura que apareció por las escaleras de la cripta. Los tres eran arqueros. Sus arcos largos estaban apoyados en el altar pero, a pesar de la voz de

alto, en realidad no estaban interesados en el desconocido, solo en la mujer a la que tenían abierta de piernas sobre los peldaños del altar.

Por un instante fray Ferdinand estuvo tentado de rescatar a la mujer, pero entonces entraron otros cuatro o cinco hombres por una puerta lateral, gritando de alegría al ver el cuerpo desnudo estirado sobre los escalones. Ellos traían consigo a otra chica, que gritaba y se resistía, y el fraile se estremeció al escuchar su angustia. Oyó que le rasgaban la ropa, sus forcejeos, cómo se lamentaba y recordó sus propios pecados. Se santiguó. «Perdóname, Jesucristo», susurró, e incapaz de ayudar a las chicas, cruzó la puerta de la iglesia y salió a la pequeña plaza.

Las llamas devoraban los techos de paja y juncos, que ardían con intensidad y arrojaban chispas al viento nocturno. La humareda se retorció sobre la ciudad. Un soldado que vestía la cruz roja de san Jorge estaba vomitando en las escaleras de la iglesia y un perro se acercó corriendo a lamer el vómito.

El fraile se volvió en dirección al río con la esperanza de cruzar el puente y subir a la *Cité*. Creía que las murallas dobles, torres y almenas de Carcasona le protegerían, porque dudaba que aquel ejército devastador tuviera la paciencia de llevar a cabo un asedio.

Habían capturado el burgo, el barrio comercial situado al oeste del río, que en ningún caso había sido defendible. La mayoría de los negocios de la ciudad estaban en el burgo; las marroquinerías y platerías, los armeros, polleros y pañeros, pero dichas riquezas solo estaban rodeadas por un muro de tierra y el ejército había pasado por encima de esa endeble barrera en tropel, como un torrente. No obstante, la *Cité* de Carcasona era una fortaleza, una de las mayores de Francia; un bastión circundado por enormes torreones de piedra y muros imponentes. Allí estaría a salvo. Encontraría un lugar para esconder *la Malice* y esperaría hasta que pudiera devolvérsela a su dueño.

Anduvo lentamente y entró en una calle que no habían incendiado. Los soldados irrumpían en las casas utilizando martillos o hachas para destrozarse las puertas.

Casi todos los ciudadanos habían huido a la *Cité*, pero algunos insensatos se habían quedado allí, tal vez con la esperanza de proteger sus propiedades. El ejército había llegado con tanta rapidez que no hubo tiempo para llevarse todos los objetos valiosos al otro lado del puente, más allá de las grandes puertas que protegían la ciudadela de la cima. Había dos cadáveres tendidos en el arroyo central de la calle. Lucían en sus ropajes los cuatro leones de Armañac, eran ballesteros que habían muerto en la defensa del burgo.

Fray Ferdinand no conocía la ciudad. Intentó encontrar un camino oculto hasta el río a través de callejones sombríos y pasadizos estrechos. Pensó que Dios estaba con él, pues no se topó con ningún enemigo mientras se dirigía hacia el este a toda prisa. Cuando salió a una calle más ancha, intensamente iluminada por las llamas, vio el

largo puente y, más allá, en lo alto de la colina, los muros de la *Cité*, contra los que se reflejaba el fuego. Las llamas que consumían el burgo teñían de rojo las piedras de la muralla. «Las murallas del Infierno», pensó el fraile, y una racha de viento nocturno arremolinó el humo, ocultando los muros como una máscara. Pero aún veía el puente y, en él, protegiendo el extremo oeste, había arqueros. Arqueros ingleses con la cruz roja en las túnicas y sus largos y mortíferos arcos. Con ellos estaban dos jinetes ataviados con cota de malla y casco.

«Es imposible cruzar», recapacitó. No había forma de llegar a la seguridad de la *Cité*. Se agachó para pensar y luego se encaminó de nuevo a los callejones. Iría hacia el norte.

Tuvo que cruzar una calle principal iluminada por nuevos incendios. Una cadena, una de las muchas que se habían tendido de un lado a otro de la calzada para contener a los invasores, estaba tirada en el arroyo, donde un gato lamía la sangre. Corrió bajo la luz del fuego, se metió en otro callejón y siguió avanzando a grandes zancadas. Dios aún estaba con él. Las chispas revoloteaban en una humareda que ocultaba las estrellas. Cruzó una plaza y se vio obstaculizado por un callejón sin salida. Volvió sobre sus pasos y se encaminó de nuevo hacia el norte. Una vaca bramaba en el interior de un edificio en llamas, un perro se cruzó por su camino con algo negro y empapado entre los dientes. Pasó frente a una curtiduría y tuvo que saltar por encima de las pieles desparramadas por el adoquinado. Un poco más allá vio el risible terraplén que constituía la única defensa del burgo. Trepó por él y entonces escuchó un grito, miró atrás y vio a tres hombres que lo perseguían.

—¿Quién eres? —preguntó uno.

—¡Detente! —rugió otro.

El fraile no les hizo caso. Mientras corría cuesta abajo en dirección a la oscura campiña que se extendía más allá del montón de casitas construidas al otro lado del terraplén, una flecha que no lo alcanzó por un pelo y por la gracia de Dios pasó silbando junto a él. Torció por un pasadizo que discurría entre dos de las casitas. Pasó junto a un montón de estiércol, apestoso y humeante, y vio que el pasadizo terminaba en un muro. Dio media vuelta, pero los tres hombres le bloqueaban el paso. Sonreían.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó uno de ellos.

—*Je suis gascon* —contestó fray Ferdinand. Sabía que los invasores de la ciudad eran gascones e ingleses, pero él no hablaba inglés—. *Je suis gascon!* —repitió caminando hacia ellos.

—Es un fraile predicador —dijo uno de los hombres.

—¿Y por qué corría el condenado? —inquirió otro de los ingleses—. Tienes algo que ocultar, ¿verdad?

—Tráelo aquí —ordenó el tercero, tendiéndole la mano. Era el único que llevaba un arco encordado; los otros dos los llevaban colgados a la espalda y empuñaban

espadas—. Vamos, idiota, dámelo. —El hombre alargó la mano para coger *la Malice*.

El fraile les duplicaba la edad y, como eran arqueros, probablemente fueran el doble de fuertes, pero fray Ferdinand había sido un gran hombre de armas y no había perdido su habilidad con la espada. Y estaba enfadado. Enfadado por todo el sufrimiento que había visto y por las crueldades que había oído. El enojo lo volvía violento. «En nombre de Dios», exclamó, y levantó rápidamente *la Malice*. Todavía iba envuelta en seda, pero la hoja golpeó con fuerza la muñeca extendida del arquero, le cortó los tendones y le rompió el hueso.

Él la empuñaba por la espiga, que era un asidero peligroso, pero la espada parecía estar viva en su mano. El hombre herido retrocedió sangrando. Sus compañeros rugieron de furia y arremetieron con sus espadas, pero el fraile paró los dos golpes, lanzó una estocada y *la Malice*, que aunque había permanecido más de ciento cincuenta años en una tumba resultó estar como recién afilada, atravesó el gablesón acolchado del más próximo de los hombres. Le abrió las costillas y penetró en un pulmón.

Antes de que el hombre se percatara siquiera de que lo habían herido, fray Ferdinand ya había desplazado la hoja de canto contra los ojos del tercer hombre. La sangre dio más luz al callejón. Los tres se retiraban, pero el fraile predicador no les dio la oportunidad de escapar. El que había quedado cegado tropezó y se cayó de espaldas sobre el montón de estiércol. Su compañero dio un golpe desesperado con su espada y *la Malice* lo interceptó y partió la espada inglesa en dos. El fraile movió rápidamente la hoja envuelta en seda, le cortó la garganta al arquero y notó que la sangre le salpicaba la cara. «¡Qué caliente! —pensó—. Y que Dios me perdone». Un pájaro chilló en la oscuridad y las llamas que se alzaban del burgo rugieron.

Acabó con los tres arqueros y luego usó el envoltorio de seda para limpiar la hoja de *la Malice*. Consideró rezar una breve oración por los hombres que acababa de matar, pero decidió que no quería compartir el Cielo con semejantes bestias. Lo que hizo en cambio fue besar *la Malice* antes de registrar los tres cadáveres. Encontró unas monedas, un pedazo de queso, cuatro cuerdas de arco y un cuchillo.

La ciudad de Carasona ardía y llenaba de humo la noche de invierno.

Y el fraile predicador caminó rumbo al norte. Volvía a casa, a la torre.

Llevaba consigo *la Malice* y el destino de la cristiandad.

Y desapareció en la negrura.

Los hombres llegaron a la torre cuatro días después de que Carasona hubiese sido saqueada.

Eran dieciséis, todos ellos con capas de lana gruesa de primera calidad y buenas monturas. Quince de ellos llevaban cota de malla y espadas al cinto, en tanto que el jinete restante era un sacerdote que portaba con un halcón encapuchado posado en la

muñeca.

El crudo viento que soplaba en el desfiladero erizaba las plumas del halcón, sacudía los pinos y atizaba el humo de las casitas del pueblo situadas por debajo de la torre. Hacía frío. En aquella parte de Francia rara vez nevaba, pero al echar un vistazo por debajo de la capucha negra de su capa, el sacerdote creyó ver unos copos en el viento.

En las proximidades de la torre aún podían verse unos muros derrumbados, prueba de que el lugar había sido una fortaleza, pero lo único que quedaba del viejo castillo era la atalaya y un edificio bajo con techo de paja, donde tal vez vivieron los criados. Los pollos escarbaban en el polvo y una cabra atada con una cuerda miraba a los caballos, en tanto que un gato hacía caso omiso de los recién llegados. Lo que una vez fuera una pequeña y magnífica fortaleza que vigilaba el camino de las montañas, ahora era una granja. Aunque el sacerdote se fijó en que la torre aún estaba en buen estado y que el pequeño pueblo de la hondonada parecía bastante próspero.

Un hombre salió corriendo de la cabaña con techo de paja e hizo una profunda reverencia a los jinetes. No se inclinó porque los reconociera, sino porque los hombres armados con espada inspiraban respeto.

—¿Señores? —preguntó el hombre con inquietud.

—Guarece a los caballos —exigió el sacerdote.

—Paséalos primero —añadió uno de los hombres con cota de malla—, paséalos, cepíllalos y no dejes que coman demasiado.

—Señor —dijo el hombre, y se inclinó de nuevo.

—¿Esto es Mouthoumet? —preguntó el sacerdote mientras desmontaba.

—Sí, padre.

—¿Y tú sirves al señor de Mouthoumet? —inquirió el clérigo.

—Al conde de Mouthoumet, sí, señor.

—¿Está vivo?

—Alabado sea Dios, padre, está vivo.

—Alabado sea Dios, en efecto —dijo el sacerdote con indiferencia.

A continuación se dirigió con paso resuelto a la puerta de la torre, que estaba en lo alto de un corto tramo de escaleras de piedra. Llamó a dos de los hombres con cota de malla para que lo acompañaran y al resto les ordenó que esperaran en el patio.

Empujó la puerta para abrirla y se encontró en una habitación amplia y circular que se utilizaba para guardar leña. De las vigas del techo colgaban jamones y manojos de hierbas. Una escalera subía por una mitad de la pared, y el sacerdote, que no se molestó en anunciarse ni esperar a que un sirviente lo recibiera, subió los peldaños hasta el piso superior, donde había una chimenea en la pared. Allí ardía un fuego, aunque casi todo el humo se arremolinaba en la redonda habitación porque el viento frío volvía a empujarlo por el conducto.

Los antiguos tablones de madera del suelo estaban cubiertos por alfombras raídas y sobre dos cofres de madera ardían unas velas porque, aunque fuera era de día, las dos ventanas de la habitación estaban tapadas con unas mantas para evitar las corrientes de aire. Sobre una mesa había dos libros, unos cuantos pergaminos, un tintero, un manojo de plumas, un cuchillo y un viejo peto oxidado que servía de cuenco a tres manzanas arrugadas. Junto a la mesa reposaba una silla, mientras que el conde de Mouthoumet, señor de aquella torre solitaria, yacía en una cama cerca del fuego llameante. Un sacerdote de cabellos grises estaba sentado a su lado y había dos mujeres mayores arrodilladas a los pies de la cama.

—Marchaos —ordenó a los tres el recién llegado. Los dos hombres con cota de malla subieron las escaleras tras él y su torva presencia pareció llenar el espacio.

—¿Quién sois? —preguntó el sacerdote de pelo cano con nerviosismo.

—He dicho que os marchéis, de modo que obedeced.

—¡Se está muriendo!

—¡Fuera!

El viejo sacerdote, que llevaba un escapulario al cuello, abandonó los santos óleos y siguió a las dos mujeres abajo. El moribundo observó a los recién llegados, pero no dijo nada. Tenía el pelo largo y blanco, la barba sin cortar y los ojos hundidos. Vio que el visitante dejaba el halcón en la mesa y las garras del animal rechinaron contra la madera.

—Es *une calade* —explicó el cura.

—¿*Une calade*? —preguntó el conde en voz muy baja. Miró el plumaje gris pizarra del pájaro y su pecho con manchas pálidas—. Es demasiado tarde para una *calade*.

—Debéis tener fe.

—He vivido más de ochenta años —replicó el conde— y tengo más fe que tiempo.

—Tenéis tiempo suficiente para esto —afirmó el clérigo con seriedad. Los dos hombres con cota de malla permanecían junto a la escalera sin decir nada. La *calade* emitió un sonido semejante a un maullido, pero cuando el sacerdote chasqueó los dedos el pájaro encapuchado se quedó inmóvil y callado—. ¿Os han dado el sacramento?

—El padre Jacques estaba a punto de hacerlo —respondió el moribundo.

—Lo haré yo —anunció.

—¿Quién sois?

—Vengo de Aviñón.

—¿Del Papa?

—¿De quién si no? —preguntó el sacerdote, que se paseó por la habitación, examinándola.

El anciano lo observó. Vio a un hombre alto de expresión severa que vestía unos hábitos hechos a medida con tela de muy buena calidad. Cuando el visitante levantó la mano para tocar el crucifijo que colgaba de la pared, se le abrió la manga y dejó al descubierto el forro de seda roja. El conde conocía ese tipo de sacerdote, duro y ambicioso, rico e inteligente, de los que no atendían a los pobres, sino que ascendían por la jerarquía clerical y se codeaban con los ricos y privilegiados. El sacerdote se dio la vuelta y sus ojos verdes le miraron con dureza.

—Decidme, ¿dónde está *la Malice*?

El anciano vaciló un segundo de más.

—¿*La Malice*?

—Decidme dónde está —exigió el sacerdote que, al ver que el viejo no respondía, añadió—: Vengo de parte del Santo Padre. Os ordeno que me lo digáis.

—No conozco la respuesta —susurró el conde—, ¿cómo voy a decíroslo?

Un leño crepitó en el fuego y escupió chispas.

—Los frailes predicadores han estado difundiendo herejías —anunció el visitante.

—Dios no lo quiera —replicó el noble.

—¿Las habéis escuchado?

El conde negó con la cabeza.

—Últimamente oigo muy poco, padre.

El cura metió la mano en una bolsa que llevaba colgando de la cintura y sacó un retazo de pergamino.

—Los Siete Señores Oscuros la poseían —leyó en voz alta— y están malditos. Aquel que deba gobernarnos la encontrará y será bendecido.

—¿Esto es herejía?

—Es un versículo que los frailes predicadores van recitando por toda Francia. ¡Por toda Europa! Solo existe un hombre que haya de gobernarnos, y es el Santo Padre. Si *la Malice* existe, vuestro deber cristiano es decirme lo que sabéis. ¡Hay que entregársela a la Iglesia! Quien piense lo contrario es un hereje.

—Yo no soy un hereje —protestó el hombre.

—Vuestro padre era un Señor Oscuro.

El conde se estremeció.

—Los pecados de mi padre no son míos.

—Y los Señores Oscuros poseían *la Malice*.

—Se cuentan muchas cosas sobre los Señores Oscuros.

—Protegían los tesoros de los herejes cátaros —continuó exponiendo el sacerdote—, y cuando, por la gracia de Dios, dichos herejes fueron expulsados de la tierra mediante el fuego, los Señores Oscuros tomaron sus tesoros y los escondieron.

—Eso he oído. —La voz del conde era apenas un susurro.

El religioso alargó la mano y acarició el lomo al halcón.

—*La Malice* —dijo— ha estado perdida muchos años, pero los frailes predicadores dicen que se puede encontrar. ¡Y hay que encontrarla! ¡Es un tesoro de la Iglesia, un objeto de poder! ¡Es un arma para traer el reino de Cristo a la Tierra, y vos la ocultáis!

—¡No la oculto! —protestó el moribundo.

El clérigo se sentó en la cama y se inclinó para acercarse al conde.

—¿Dónde está *la Malice*? —preguntó.

—No lo sé.

—Estáis muy cerca del juicio de Dios, anciano, de modo que no me mintáis.

—En nombre de Dios, no lo sé.

Y era cierto. Había sabido dónde se escondía pero, por miedo a que los ingleses la descubrieran, había enviado a su amigo, fray Ferdinand, a recuperar la reliquia. Suponía que el fraile lo había hecho. Por lo tanto, si fray Ferdinand había tenido éxito, él no sabía dónde estaba *la Malice*. Así pues, no había mentado pero tampoco había contado toda la verdad al sacerdote. Hay secretos que uno debe llevarse a la tumba.

El religioso se quedó mirando al conde largamente y luego alargó la mano izquierda para tomar las pihuelas del halcón. El pájaro, que seguía encapuchado, subió con cuidado a la muñeca de su dueño. Este lo llevó hasta la cama e hizo que se posara en el pecho del moribundo, tras lo cual desató los cordones de la caperuza de cuero del pájaro y se la quitó de la cabeza.

—Esta *calade* —explicó— es distinta. No revela si viviréis o moriréis, sino si moriréis en un estado de gracia e iréis al Cielo.

—Rezo para que así sea —repuso el moribundo.

—Mirad al pájaro —ordenó.

El conde de Mouthoumet levantó la mirada hacia el halcón. Había oído hablar de estas aves, las *calades*, que podían predecir la muerte o la vida de una persona. Si el pájaro miraba directamente a los ojos de un enfermo, esa persona se recuperaría, pero si no, moriría.

—¿Un pájaro que conoce la eternidad?

—Miradlo —exigió el sacerdote— y decidme, ¿sabéis dónde está escondida *la Malice*?

—No —susurró el anciano.

El ave, que parecía estar mirando a la pared, se movió sobre el pecho del enfermo y aferró la manta raída con las garras. Nadie dijo nada. El pájaro estaba muy quieto pero, de pronto, lanzó la cabeza hacia abajo y el conde soltó un grito.

—Silencio —gruñó el cura.

El animal había clavado su pico ganchudo en el ojo del moribundo y se lo había destrozado, dejando un rastro gelatinoso y ensangrentado en su mejilla sin afeitar. El

conde gimoteaba. El halcón hizo ruido con el pico cuando el sacerdote lo movió y lo colocó más abajo en la cama.

—La *calade* me dice que mentís —afirmó el sacerdote—, y ahora, si deseáis conservar el ojo derecho, me diréis la verdad. ¿Dónde está *la Malice*?

—No lo sé.

El cura se quedó un rato en silencio. El fuego crepitaba y el viento hacía entrar el humo en la habitación.

—Estáis mintiendo —declaró—. La *calade* me dice que mentís. Escupís a Dios y a sus ángeles a la cara.

—¡No! —protestó el hombre.

—¿Dónde está *la Malice*?

—¡No lo sé!

—Vuestro apellido es Planchard —adujo el clérigo en tono acusador— y los Planchard siempre fueron unos herejes.

—¡No! —replicó el conde que, con voz más débil, preguntó entonces—: ¿Quién sois?

—Podéis llamarme padre Calade —respondió el interpelado—, y soy el hombre que decide si vais al Cielo o al Infierno.

—Pues confesadme —suplicó el anciano.

—Preferiría lamerle el culo al diablo —replicó el padre Calade.

Al cabo de una hora, cuando el conde estaba ciego y lloraba, el sacerdote se convenció al fin de que el anciano no sabía dónde estaba escondida *la Malice*. Hizo subir al halcón a su muñeca, le volvió a poner la caperuza y, a continuación, hizo una seña con la cabeza a uno de los hombres con cota de malla.

—Envía a este viejo idiota con su amo.

—¿Con su amo? —preguntó el hombre de armas, desconcertado.

—Con Satanás —contestó.

—¡Por el amor de Dios! —suplicó el conde de Mouthoumet, que se sacudió inútilmente cuando el hombre de armas le tapó la cara con una almohada de plumas.

El anciano tardó un rato sorprendentemente largo en morir.

—Nosotros tres regresamos a Aviñón —anunció el religioso a sus acompañantes—, pero los demás se quedan aquí. Decidles que registren este lugar. ¡Que lo echen abajo! Piedra a piedra.

El padre Calade cabalgó hacia el este, rumbo a Aviñón. Aquel mismo día, más tarde, cayó un poco de nieve fina que blanqueó los olivos del valle que había bajo la torre.

A la mañana siguiente la nieve había desaparecido y, una semana después, llegaron los ingleses.

PRIMERA PARTE

Aviñón

1

El mensaje llegó a la ciudad pasada la medianoche y lo trajo un monje joven que había realizado el viaje desde Inglaterra. Había partido de Carlisle en agosto acompañado por otros dos hermanos. Los tres se dirigían a la casa cisterciense de Montpellier donde el hermano Michael, el más joven de todos, iba a aprender medicina y los demás estudiarían en la famosa Escuela de Teología. Habían recorrido toda Inglaterra a pie. Después zarparon de Southampton rumbo a Burdeos, desde donde caminaron tierra adentro. Como a todos los viajeros que emprenden un largo viaje, les habían confiado algunos mensajes. Había uno para el abad de Puys, donde el hermano Vincent había muerto de disentería. Después, Michael y su compañero continuaron hasta Toulouse, donde el hermano Peter cayó enfermo, lo habían enviado al hospital y, por lo que Michael sabía, aún seguía allí. Así pues, ahora el joven monje estaba solo y nada más le quedaba un mensaje por entregar; un pedazo de pergamino maltrecho. Le dijeron que si no viajaba aquella misma noche podría no encontrar al hombre al que iba dirigido.

—*Le Bâtard* —le había explicado el abad de Paville— se mueve con rapidez. Estuvo aquí hace dos días, ahora está en Villon, pero mañana ¿quién sabe?

—¿*Le Bâtard*?

—Así le llaman por aquí —repuso el abad, que hizo la señal de la cruz, lo cual sugería que el joven monje inglés tendría suerte si sobrevivía a su encuentro con el hombre al que llamaban de ese modo.

En aquellos momentos, después de un día de camino, el hermano Michael contemplaba el valle desde la ciudad de Villon. Le había resultado fácil encontrarla porque, al caer la noche, unas llamas iluminaron el cielo y le sirvieron de almenara. Los fugitivos con los que se cruzaba por el camino le dijeron que Villon estaba ardiendo, de modo que el hermano Michael se limitó a caminar hacia el intenso fuego para poder encontrar a *le Bâtard* y entregar así su mensaje.

Atravesó el valle con nerviosismo al ver que el fuego se retorció por encima de los muros de la ciudad y llenaba la noche de una agitada humareda que se volvía rojiza allí donde las llamas se reflejaban. El joven monje pensó que el Cielo de Satanás debía de tener ese mismo aspecto.

Los fugitivos seguían abandonando la ciudad; le aconsejaron que diera media vuelta y huyera porque los demonios del Infierno andaban sueltos por Villon. Él estuvo tentado de hacerlo, muy tentado, pero otra parte de su joven alma tenía curiosidad; nunca había presenciado una batalla. Nunca había visto lo que hacían los hombres cuando daban rienda suelta a la violencia, de manera que siguió andando y depositó su fe en Dios y en el sólido bastón de peregrino que llevaba consigo desde Carlisle.

Los incendios se concentraban en torno a la puerta oeste y sus llamas iluminaban la mole del castillo que coronaba la colina del este. Era el castillo del señor de Villon, así se lo había contado el abad de Paville, y el señor de Villon estaba siendo asediado por un ejército dirigido por el obispo de Lavence y el conde de Labrouillade, que juntos habían contratado al grupo de mercenarios que dirigía *le Bâtard*.

—¿Cuál es el motivo de su disputa? —había preguntado al abad.

—Tienen dos motivos —respondió este, que hizo una pausa para dejar que un criado le sirviera vino—. El señor de Villon confiscó un carro de pieles que pertenecía al obispo. O al menos eso dice el obispo. —Hizo una mueca, pues el vino era nuevo y áspero—. La verdad es que Villon es un granuja impío y al prelado le gustaría tener otro vecino. —Se encogió de hombros, como si reconociera que la causa de la disputa era trivial.

—¿Y el segundo motivo?

El abad había hecho otra pausa.

—Villon se llevó a la esposa del conde de Labrouillade —admitió al fin.

—Ah. —El hermano Michael no sabía qué más decir.

—Los hombres son pendencieros —había dicho el superior—, pero las mujeres siempre los hacen peores. ¡Mira Troya! ¡Todos esos hombres muertos por una cara bonita! —Observó al joven monje inglés con expresión severa—. Las mujeres trajeron el pecado a este mundo, hermano, y nunca han dejado de hacerlo. Da gracias de que eres un monje y has jurado mantener el celibato.

—Demos gracias a Dios —había corroborado, aunque sin mucha convicción.

Y ahora la ciudad de Villon estaba llena de casas ardiendo y de gente muerta; todo por una mujer, su amante y una carreta llena de pieles.

El hermano Michael se aproximó a la ciudad por el camino del valle, cruzó un puente de piedra y llegó así a la entrada oeste de Villon, donde se detuvo porque las puertas habían sido arrancadas de la piedra del arco por una fuerza tan enorme que no podía imaginarse qué podría haber hecho algo semejante. Los goznes eran de hierro forjado y se habían acoplado a la puerta mediante unas escuadras más largas que el báculo de un obispo, más anchas que la mano de un hombre y gruesas como un pulgar. Sin embargo ahora las dos hojas de la puerta colgaban torcidas, la madera estaba quemada y astillada y los sólidos goznes arrancados y abarquillados de forma grotesca.

Era como si el mismísimo diablo hubiera hundido su puño monstruoso en el arco para abrirse paso hasta la ciudad. El hermano Michael se santiguó.

Cruzó poco a poco la entrada ennegrecida por el fuego y se detuvo otra vez porque, nada más atravesar el arco, había una casa ardiendo y, en la puerta de enfrente, el cuerpo de una joven yacía boca abajo, desnudo, con la piel pálida y vetas de sangre, que parecían negras a la luz del fuego. La miró y frunció un poco el ceño,

preguntándose por qué la forma de la espalda de una mujer era tan excitante. Enseguida se avergonzó de haber pensado eso. Se santiguó otra vez. Aquella noche el diablo estaba por todas partes, pensó, pero sobre todo en aquella ciudad en llamas, bajo las nubes del Infierno que el fuego parecía rozar.

Dos hombres, uno con una cota de malla hecha jirones y el otro con un holgado jubón de cuero, ambos armados con cuchillos largos, se acercaron a la mujer muerta. Al ver al monje, se alarmaron y se dieron la vuelta con rapidez, con los ojos muy abiertos y listos para atacar, pero cuando reconocieron el mugriento hábito blanco y vieron la cruz de madera que colgaba de su cuello, salieron corriendo en busca de víctimas más ricas. Un tercer soldado vomitó en el arroyo. Una viga de la casa en llamas se derrumbó, arrojando una bocanada de aire caliente y chispas.

Siguió caminando calle arriba, manteniéndose a distancia de los cadáveres. Un hombre, sentado junto a una tina que recogía el agua de lluvia, intentaba cortar la hemorragia de una herida que tenía en el vientre. Él había sido ayudante en la enfermería de su monasterio y se acercó al soldado herido.

—Puedo vendároslo —le dijo, al tiempo que se arrodillaba, pero el hombre herido soltó un gruñido y arremetió contra él con un cuchillo que esquivó solo porque se hizo a un lado tirándose al suelo. Se puso de pie apresuradamente y retrocedió.

—Quítate el hábito —exclamó el herido, que intentó seguirle, pero él echó a correr cuesta arriba. El hombre se desplomó de nuevo escupiendo maldiciones—. ¡Vuelve aquí! —gritó—. ¡Vuelve!

Encima del jubón de cuero, el hombre llevaba un gambesón con un ave de presa dorado sobre un campo rojo. El hermano Michael que, aturdido, intentaba encontrar sentido al caos que veía en todas partes, cayó en la cuenta de que ese pájaro dorado era un esmerejón, el símbolo de los defensores de la ciudad, y que la intención del hombre herido era la de escapar utilizando su hábito de monje para disfrazarse. En cambio, lo atraparon dos soldados con los colores verde y blanco, que le cortaron el cuello.

Algunos hombres llevaban un distintivo que mostraba un báculo de obispo de color amarillo rodeado por cuatro cruces recrucetadas negras; supuso que eran los soldados del obispo, en tanto que las tropas que lucían el caballo verde sobre un campo blanco debían de servir al conde de Labrouillade. Sin embargo, casi todos los muertos llevaban el esmerejón dorado y se fijó en que muchos de esos cadáveres estaban ensartados por unas largas flechas inglesas que tenían unas plumas blancas manchadas de sangre.

La batalla había pasado por aquella parte de la ciudad dejándola en llamas. El fuego saltó de un tejado de juncos a otro, mientras que en los lugares donde aún este no había llegado, una horda de soldados borrachos e indisciplinados saqueaba y violaba en medio de la humareda.

Un bebé lloraba, una mujer chillaba y un ciego, cuyos ojos no eran más que unas cuencas ensangrentadas, salió tambaleándose de un callejón y chocó con él. El hombre se encogió, gimoteando, y alzó las manos para parar el golpe que se esperaba.

—No te haré daño —le dijo en francés, un idioma que había aprendido siendo novicio a fin de estar capacitado para terminar su educación en Montpellier, pero el ciego no le hizo caso y se fue calle abajo dando traspies.

En algún lugar cantaba un coro, lo cual era una incongruencia en medio de tanta sangre, humo y gritos, y él se preguntó si estaría soñando, pero las voces eran reales. Tan reales como las mujeres que chillaban, los niños que sollozaban y los perros que ladraban.

Avanzaba con cautela porque los callejones eran oscuros y los soldados salvajes. Pasó por delante de una tenería en la que ardía un fuego y vio a un hombre al que habían ahogado en una cuba de orina utilizada para curtir las pieles. Luego llegó a una pequeña plaza decorada con una cruz de piedra, donde lo atacó por la espalda un bruto barbudo que llevaba la librea del obispo. El monje recibió un empujón que lo tiró al suelo y el agresor se inclinó para cortarle la bolsa que llevaba colgando de su cinturón de cuerda. «¡Déjame! ¡Déjame!».

El hermano Michael fue presa del pánico, olvidó dónde estaba y gritó en inglés. El soldado sonrió ampliamente y movió el cuchillo amenazando sus ojos, pero entonces abrió los suyos desmesuradamente con expresión horrorizada. Un chorro de sangre oscureció la noche iluminada por las llamas y el hombre cayó al suelo lentamente. La sangre le salpicó, vio que su atacante tenía el cuello atravesado por una flecha. El hombre se ahogaba, agarraba la flecha y empezaba a temblar y a sangrar por la boca abierta.

—¿Sois inglés, hermano? —preguntó una voz en dicho idioma. Al levantar la vista, Michael vio a un hombre con librea oscura en la que aparecía una insignia blanca cruzada en diagonal por la barra de bastardía—. ¿Sois inglés? —repitió el hombre.

—Soy inglés —logró responder.

—Deberíais haberle dado un puñetazo —afirmó el recién llegado, que recogió su bastón y luego le ayudó a ponerse de pie—. Un puñetazo fuerte y se hubiera caído al suelo. Estos cabrones están todos borrachos.

—Soy inglés —repitió el hermano Michael. Estaba temblando. Notaba la calidez de la sangre fresca en la piel. Se estremeció.

—Y estáis hartos lejos de casa, hermano —repuso el hombre. Llevaba un gran arco de guerra colgado de sus musculosos hombros. Se agachó junto al agresor del monje, sacó un cuchillo y cortó la flecha para sacársela de la garganta, matándolo durante el proceso—. Son difíciles de conseguir —explicó—, por eso intentamos recuperarlas. Si veis alguna, recogedla.

Michael se sacudió el hábito blanco y miró la insignia que su salvador llevaba en el gambesón. Representaba un animal extraño que sujetaba una copa entre las garras.

—Servís a... —empezó a decir.

—A *le Bâtard* —lo interrumpió el hombre—. Somos el *hellequin*, hermano.

—¿El *hellequin*?

—Las almas del diablo —respondió el arquero con una sonrisa burlona—. ¿Y qué diantre hacéis vos aquí?

—Tengo un mensaje para vuestro señor, *le Bâtard*.

—Pues vayamos a buscarle. Me llamo Sam.

El nombre le quedaba bien al arquero, que poseía unos rasgos juveniles y alegres y una pronta sonrisa. Ambos pasaron junto a una iglesia que él y otros dos miembros del *hellequin* habían estado vigilando, ya que era un refugio para algunos de los habitantes de la ciudad.

—*Le Bâtard* no aprueba la violación —explicó Sam.

—No debería —respondió debidamente Michael.

—Puede que tampoco apruebe la lluvia —añadió el arquero alegremente, y lo llevó a una plaza más grande en la que aguardaban media docena de jinetes con las espadas desenvainadas. Llevaban cota de malla y casco y todos vestían la librea del obispo. Y detrás de ellos estaba el coro; una veintena de muchachos que cantaban un salmo. «*Domine eduxisti*», cantaban, «*de inferno animant meam vivificasti me ne descenderem in lacum*».

—Él sabrá lo que significa esto —dijo Sam al tiempo que se daba unos golpecitos en la insignia, con lo que estaba claro que se refería a *le Bâtard*.

—Significa que Dios ha sacado nuestras almas del Infierno —explicó el hermano Michael—, nos ha dado la vida y evita que descendamos al abismo.

—Es todo un detalle por parte de Dios —comentó el arquero. Dirigió una somera inclinación a los jinetes llevándose la mano al casco—. Ese es el obispo —explicó, y el hermano Michael vio a un hombre alto, con un casco de acero que enmarcaba su rostro moreno, montado en su caballo bajo una bandera que mostraba el báculo y las cruces—. Está esperando a que seamos nosotros los que luchemos —explicó—. Todos hacen lo mismo. Venid a luchar con nosotros, dicen, y luego se ponen todos como una cuba mientras nosotros somos los que matamos. De todos modos, nos pagan para eso. Tened cuidado por aquí, hermano, se pone peligroso. —Se quitó el arco del hombro, condujo al monje por un callejón y, al llegar a la esquina, se detuvo. Se asomó—. Muy peligroso —añadió.

El hermano Michael, fascinado y repelido a partes iguales por la carnicería que reinaba por todas partes, se asomó junto a Sam y descubrió que habían llegado a la parte alta de la ciudad y que estaban al borde de un gran espacio abierto, un mercado tal vez, en cuyo extremo más alejado había un camino cortado en la negra roca que

conducía a la entrada del castillo.

De la torre de entrada, iluminada por las llamas de la ciudad situada a sus pies, colgaban unas grandes banderas. En algunas de ellas se reclamaba la ayuda de los santos, en tanto que otras mostraban la insignia del esmerejón dorado. Un dardo de ballesta golpeó contra el muro cerca de donde él estaba y saltó por los adoquines del callejón.

—Si capturamos el castillo mañana al atardecer —dijo Sam mientras ponía una flecha en la cuerda—, doblamos nuestras ganancias.

—¿Las dobláis? ¿Por qué?

—Porque mañana es el día de santa Bertille —respondió Sam—, y la esposa del que nos ha contratado se llama Bertille, de modo que la caída del castillo demostrará que Dios está de nuestro lado y no del de la mujer.

Al hermano Michael le pareció una teología discutible, pero no se lo cuestionó.

—¿Es la esposa que se fugó?

—Y no la culpo. El conde es un cerdo, un maldito cerdo, pero el matrimonio es el matrimonio, ¿no es cierto? Se helará el Infierno antes de que las mujeres puedan elegir marido. Aun así, esa mujer me da pena, casada con ese cerdo. —Tensó el arco a medias, dobló la esquina, buscó un objetivo y, como no encontró ninguno, retrocedió—. La cuestión es que la pobre está allí dentro —continuó diciendo— y el cerdo nos paga para que la saquemos de ahí a toda prisa.

El hermano Michael atisbó por la esquina y retrocedió de golpe cuando la luz del fuego se reflejó en un par de saetas de ballesta que se estrellaron en la pared junto a él, rebotaron y cayeron al callejón.

—¿Sois un tipo con suerte, eh? —dijo Sam alegremente—. Los cabrones me vieron, apuntaron, y luego os asomasteis vos. Ahora mismo podríais estar en el Cielo si esos inútiles supieran disparar.

—Nunca sacaréis a la dama de este lugar —opinó el padre Michael.

—¿Ah, no?

—¡Es demasiado fuerte!

—Somos el *hellequin* —declaró Sam—, lo cual significa que a la pobre muchacha le queda más o menos una hora con su amante. Espero que el tipo se la esté tirando a base de bien para que lo recuerde.

No lo vio nadie, pero Michael se ruborizó. Las mujeres le suponían un problema. Durante la mayor parte de su vida la tentación no había importado porque, recluido en la casa cisterciense, rara vez veía a una mujer, pero el viaje desde Carlisie había tapizado su camino con un millar de serpientes del diablo.

En Toulouse, una puta lo había agarrado por detrás, lo había acariciado, él se la había quitado de encima y, temblando de vergüenza, se hincó de rodillas. El recuerdo de la risa de esa mujer era como un latigazo en el alma, lo mismo que los recuerdos

de todas las chicas a las que había visto, a las que había mirado y en las que había pensado. Al recordar la blanca piel desnuda de la chica de la puerta de la ciudad supo que el diablo volvía a tentarlo. Estaba a punto de decir una plegaria para obtener fuerzas, cuando un zumbido lo distrajo y vio que una lluvia de saetas de ballesta caía sobre el mercado. Algunas de ellas golpearon contra los adoquines e hicieron saltar unas chispas brillantes, y él se preguntó por qué disparaban los defensores, pero entonces se dio cuenta de que los hombres con capa oscura corrían desde todos los callejones para alinearse en el espacio abierto. Eran arqueros, que empezaron a soltar flechas contra las altas almenas. Bandadas de flechas. No eran los dardos cortos metálicos empendolados con tiras de cuero de los ballesteros, sino largos proyectiles ingleses con plumas blancas, que se alzaban silenciosas hacia lo alto del muro impulsadas por los grandes arcos de tejo con sus cuerdas de cáñamo, emitiendo una nota aguda con cada disparo. Las flechas temblaban al abandonar la cuerda, luego las plumas atrapaban el aire y se elevaban como vetas blancas en la oscuridad mientras la luz del fuego se reflejaba en las puntas de acero.

El monje se fijó en que las saetas de los defensores, tan numerosos hacía un momento, de pronto eran más dispersas. Los arqueros estaban inundando de flechas a los defensores del castillo, obligando a los ballesteros a permanecer agachados tras el parapeto de la muralla mientras el enemigo disparaba contra las aspilleras de las torres de los flancos. El sonido de las puntas de acero al chocar contra los muros del castillo era como el del granizo sobre los adoquines. Un arquero cayó hacia atrás con un virote clavado en el pecho, pero fue la única baja que vio el monje entre los atacantes. Luego oyó las ruedas.

—Echaos hacia atrás —le advirtió Sam, y según se metía en el callejón, un carro pasó ruidosamente junto a él. Era un carro pequeño, lo bastante ligero para que pudieran empujarlo seis hombres, pero ahora pesaba más porque, aparte de ir cargado con barriles pequeños de madera, en la parte delantera y en los lados, para resguardar a los hombres que lo empujaban, llevaba clavados diez grandes paveses; esos escudos altos como un hombre creados para proteger a un ballestero mientras recargaba su arma, pesada y difícil de manejar.

—Mucho menos de una hora —anunció Sam, que salió a la calle en cuanto el carro hubo pasado. Tensó el gran arco y lanzó una flecha hacia la puerta del castillo.

Todo estaba extrañamente silencioso. El hermano Michael había esperado una batalla ruidosa, había esperado oír a los hombres implorando a Dios por sus almas, escuchar gritos de miedo o de dolor, pero lo único que llegaba a sus oídos eran los chillidos de las mujeres en la parte baja de la ciudad, el crepitar de las llamas, el sonido musical de los arcos, el retumbo de las ruedas del carro sobre los adoquines y el traqueteo de flechas y saetas contra la piedra.

Michael miraba asombrado mientras Sam seguía disparando sin dar la impresión

de apuntar, solo lanzando un proyectil tras otro contra las almenas del castillo.

—Es una suerte que podamos ver —comentó Sam, y soltó otra flecha.

—¿Os referís a las llamas?

El carro ya había llegado a la entrada del castillo. Se detuvo allí, una sombra negra bajo el arco oscuro, donde él vio surgir el parpadeo de una luz que se desvaneció, se avivó y se convirtió después en un brillo apagado y constante mientras los seis hombres que habían empujado el carro corrían de vuelta hacia los arqueros. Uno de ellos cayó, sin duda alcanzado por un virote de ballesta. Otros dos lo agarraron por los brazos y lo arrastraron, y fue entonces cuando él vio por primera vez a *le Bâtard*.

—Ese es él —anunció Sam con cariño—. Nuestro condenado bastardo.

El hermano Michael vio a un hombre alto, vestido con un camisote de malla con cinturón, que se había pintado de negro. Llevaba unas botas altas, una vaina negra y como casco, un simple bacinete negro como su armadura. Utilizaba la espada desenvainada para indicar a una docena de hombres de armas que avanzaran y formaran en línea en el espacio abierto con los escudos solapados. Miró hacia el hermano Michael, que vio que *le Bâtard* tenía la nariz rota y una cicatriz en la mejilla, pero también observó la fuerza de su rostro, cierto salvajismo, y entendió por qué el abad de Paville había hablado de aquel hombre con asombro. Había esperado que *le Bâtard* fuera mayor y se sorprendió de que aquel soldado de armadura negra pareciera tan joven. Entonces *le Bâtard* vio a Sam.

—Creía que estabas vigilando la iglesia, Sam —le dijo.

—Poxface y Johnny siguen allí —repuso Sam—, pero he traído a este tipo a verte. —Señaló al hermano Michael con un gesto de la cabeza.

El monje avanzó un paso y sintió toda la fuerza de la mirada de *le Bâtard*. De pronto se puso nervioso y se le secó la boca de miedo.

—Tengo un mensaje para vos —tartamudeó—, es de...

—Después —lo interrumpió *le Bâtard*.

Un criado le había traído un escudo, por el que pasó el brazo izquierdo, y a continuación se volvió a mirar al castillo.

El castillo que, de repente, vomitaba humo y llamas. El humo era negro y rojo, vetado por las lenguas de fuego que lo atravesaban, y la noche se llenó de un estruendo retumbante que hizo que el hermano Michael se agachara atemorizado. Pedazos de escombros llameantes atravesaban la oscuridad y el aire caliente salía con fuerza por la boca del callejón. El ruido de la explosión resonó y su eco volvió a escucharse desde el otro extremo del valle, mientras el humo envolvía el espacio abierto. Los pájaros anidados en las hendiduras del muro del castillo alzaron el vuelo en medio de la humareda y el fuego prendió una de las grandes banderas, que pedía la ayuda de san José, y que empezó a arder contra las almenas.

—Pólvora —explicó Sam lacónicamente.

—¿Pólvora?

—Nuestro bastardo es un cabrón muy listo —dijo el arquero—. La pólvora echa abajo las puertas con rapidez, ¿no es verdad? Pero es cara, claro está. El cerdo sin esposa tuvo que pagar el doble si quería que utilizáramos la pólvora. ¡Debe de desear mucho a esa zorra para pagar tanto! Espero que esa condenada lo valga.

El hermano Michael vio unas pequeñas llamas que parpadeaban en la espesa humareda del arco. Comprendió entonces por qué la entrada de la ciudad parecía haber sido destrozada, ennegrecida y arrancada por el puño del diablo. *Le Bâtard* había entrado a la ciudad por la fuerza utilizando pólvora y había repetido el truco para volar las enormes puertas de madera del castillo.

Ahora conducía a sus veinte hombres de armas hacia los escombros.

—¡Arqueros! —gritó otro hombre. Y los arqueros, incluido Sam, siguieron a los soldados hacia la puerta.

Avanzaron en silencio, cosa que también resultaba terrorífica. El hermano Michael pensó que aquellos hombres, con su librea blanca y negra, habían aprendido a vivir con calma y a luchar sin compasión en el oscuro valle de la muerte. Ninguno de ellos parecía estar borracho. Eran disciplinados, eficientes y aterradores.

Le Bâtard desapareció en la humareda. Se oían gritos procedentes del castillo, pero el monje no veía lo que estaba sucediendo allí, aunque era evidente que los atacantes estaban dentro, puesto que en aquellos momentos los arqueros irrumpían en tropel por el arco humeante de la puerta. Los siguieron más hombres; hombres que llevaban las insignias del obispo y del conde y que iban en busca de más botín en la fortaleza doblegada.

—Podría ser peligroso —advirtió Sam al joven monje.

—Dios está con nosotros —respondió él, maravillándose de la intensa excitación que sentía. Tan intensa, que estaba sujetando su bastón de peregrino como si fuera un arma.

Visto desde el callejón, el castillo daba la impresión de ser grande, pero mientras cruzaba la puerta chamuscada a empujones, vio que era mucho más pequeño de lo que le había parecido. No tenía muralla exterior y la torre del homenaje no era gran cosa, sino simplemente la entrada y otra torre alta, separadas por un pequeño patio en el que una docena de ballesteros de librea roja y dorada yacían moribundos.

Había uno al que la explosión de la puerta lo había destripado y, aunque tenía los intestinos desparramados por las piedras del patio, aún vivía y gemía. Él se detuvo para brindarle un poco de ayuda, pero retrocedió de un salto cuando Sam, con una tranquilidad que de tan despreocupada pareció despiadada, le cortó el cuello.

—¡Lo habéis matado! —exclamó horrorizado.

—Pues claro que lo he matado —replicó Sam alegremente—. ¿Qué queráis que

hiciera? ¿Que le diera un beso? Espero que alguien haga lo mismo por mí si me encuentro en ese estado.

Limpió la sangre de su cuchillo corto. Un defensor gritó y cayó del parapeto de la torre de entrada, en tanto que otro descendió tambaleándose por las escaleras y se desplomó al llegar abajo.

Tras el último peldaño había una puerta que no se había defendido, o quizá el coraje de los defensores se había desvanecido cuando la puerta principal estalló hacia dentro, por la que los hombres de *le Bâtard* entraron en tropel a la torre. El hermano Michael los siguió y se dio la vuelta al oír una trompeta.

Una cabalgada, todos vestidos de verde y blanco, se abrió paso a la fuerza por la puerta del castillo utilizando las espadas para apartar de su camino a sus propios hombres. En medio del grupo de jinetes, protegido por sus armas, iba un hombre inmensamente gordo, con armadura de malla y placas, montado en un caballo enorme. Se detuvieron a los pies de la escalera e hicieron falta cuatro hombres para ayudar al gordo a bajar de la silla y mantenerse de pie.

—Su señoría el cerdo —anunció Sam con sarcasmo.

—¿El conde de Labrouillade?

—Uno de nuestros patronos —respondió Sam—. Y he ahí al otro. —El obispo y sus hombres habían entrado por la puerta detrás del conde, y Sam y Michael se arrodillaron mientras los dos caudillos subían las escaleras y entraban en la torre.

Ambos siguieron a los hombres del obispo hasta la cámara de entrada, subieron un tramo de escalones bajos y entraron en un salón enorme; un espacio alto con columnas, iluminado por una docena de antorchas humeantes y adornado con tapices que mostraban el esmerejón dorado sobre un fondo rojo.

En el salón ya había por lo menos sesenta hombres, que retrocedieron arrastrando los pies para dejar que el conde de Labrouillade y el obispo de Lavence se dirigieran lentamente a la tarima, en la que dos de los hombres de *le Bâtard* sujetaban de rodillas al señor derrotado. Detrás de ellos estaba la figura alta de armadura negra y rostro inexpresivo de *le Bâtard* en persona y, a su lado, una joven con vestido rojo a la que no sujetaba nadie.

—¿Esa es Bertille? —preguntó el hermano Michael.

—Debe de serlo —contestó Sam con admiración—. ¡Pues es una potrilla muy guapa!

El hermano Michael contuvo el aliento y, por un herético momento, lamentó incluso haber tomado las órdenes sagradas. Bertille, la infiel condesa de Labrouillade, era algo más que una guapa potrilla; era una belleza. No podía tener más de veinte años y poseía unas facciones dulces, sin cicatrices ni marcas de enfermedad, labios carnosos y ojos oscuros. Tenía el pelo negro y rizado, los ojos muy abiertos y, a pesar del evidente terror que denotaba su expresión, era tan hermosa que él, que solo tenía

veintidós años, se puso a temblar. Pensó que jamás había visto criatura más hermosa, pero entonces volvió a respirar, hizo la señal de la cruz y rezó una plegaria silenciosa para que la Virgen y san Miguel lo guardaran de la tentación.

—Yo diría que vale el precio de la pólvora —comentó Sam con entusiasmo.

El hermano Michael observó al esposo de Bertille, que se había quitado el casco para dejar al descubierto una cabeza de grasiento pelo gris y un rostro tosco y porcino, que caminaba anadeando hacia ella. El conde respiraba agitadamente por el esfuerzo de moverse con la pesada armadura. Se detuvo a unos pocos pasos de la tarima y clavó la mirada en la pechera del vestido de su esposa, adornado con el blasón del esmerejón dorado, el símbolo de su amante derrotado.

—Me da la impresión, señora —dijo el conde—, que demostráis tener muy mal gusto en el vestir.

La condesa se arrodilló y tendió las manos juntas hacia su marido. La mujer quería hablar, pero el único sonido que emitió fue un sollozo quejumbroso. Las lágrimas de sus mejillas reflejaban las llamas de las antorchas. El hermano Michael se recordó que era una adúltera, una pecadora, una fornicadora caída en desgracia, y Sam miró al joven monje y pensó que algún día una mujer le complicaría la vida.

—Quitadle ese blasón —ordenó el conde a dos de sus hombres de armas, señalando el esmerejón dorado bordado en el vestido de su esposa. Los dos hombres subieron a la tarima con las cotas de malla tintineando al ritmo de sus pasos contra las losas y agarraron a la condesa. Ella intentó resistirse. Chilló una vez, pero se rindió cuando uno de los hombres le sujetó los brazos a la espalda y el otro sacó un cuchillo corto del cinturón.

De forma instintiva, el hermano Michael hizo ademán de ir a ayudarla, pero Sam lo detuvo con una mano.

—Es la esposa del conde, hermano —le dijo el arquero en voz baja—, lo cual significa que es de su propiedad. Puede hacer lo que se le antoje con ella y, si interferís, os rajará el vientre.

—Yo no iba... —empezó a decir el hermano Michael, pero prefirió callarse antes que mentir, pues se había sentido impulsado a intervenir, o al menos a protestar. Se limitó a observar cómo el hombre de armas rajaba la preciosa tela, separando los hilos de oro del escarlata y desgarrando el canesú hasta la cintura, para terminar arrancando el esmerejón bordado y arrojarlo a los pies de su señor. El otro hombre soltó a la muchacha, que se agachó y aferró los restos de su vestido contra el pecho.

—¡Villon! —ordenó el conde—. ¡Miradme!

El hombre al que sujetaban dos soldados de *le Bâtard* miró a su enemigo de mala gana. Era un hombre joven, apuesto como un halcón y, hasta hacía una hora, había sido el gobernante de aquel lugar, señor de sus tierras y propietario de sus campesinos. Pero ahora no era nada. Llevaba cota de malla, peto y grebas, y la

mancha de sangre que tenía en su pelo oscuro demostraba que se había resistido a los sitiadores, pero ahora estaba en sus garras y se vio obligado a mirar cómo el orondo conde se subía el faldón de la cota de malla con torpeza. Ninguno de los presentes en el salón se movió ni habló, se limitaron a observar cómo el conde apartaba cuero y acero para, con una sonrisa en la cara, mear sobre el esmerejón arrancado del vestido de su esposa. Tenía la vejiga como la de un buey, pues la orina cayó durante largo rato. En algún lugar del castillo un hombre gritó y el sonido se prolongó hasta que por fin, afortunadamente, cesó.

El conde terminó al mismo tiempo que el grito y, a continuación, tendió la mano a su escudero, que le entregó un cuchillo pequeño con una hoja perversamente curva.

—¿Veis esto, Villon? —El marido despechado alzó el cuchillo para que la luz iluminara la hoja—. ¿Sabéis qué es?

Villon, al que sujetaban los dos hombres de armas, no dijo nada.

—Es para vos —continuó diciendo el conde—. Ella —apuntó a su esposa con el cuchillo— volverá a Labrouillade. Y vos también, pero no antes de que os hayamos rajado.

Los hombres de librea verde y blanca sonrieron anticipando el dolor y el placer inminentes. El cuchillo, que tenía la hoja oxidada y una mera astilla desgastada por mango, era un instrumento de castrador, utilizado para capar carneros, terneros o a los chicos destinados a los coros de las grandes iglesias.

—Desnudadle —ordenó el conde a sus hombres.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró el hermano Michael.

—¿No os veis con ánimos de soportarlo, hermano? —le preguntó Sam.

—Peleó bien —intervino una nueva voz, y el monje vio que *le Bâtard* se había ido acercando al borde de la tarima—. Luchó con valentía y merece morir como un hombre.

Algunos de los hombres del conde llevaron la mano a la empuñadura de sus espadas, pero el obispo les hizo señas para que las bajaran.

—Ha quebrantado las leyes del hombre y de Dios —repuso el obispo a *le Bâtard*—, y ha traspasado los límites de la caballería.

—Esta disputa es mía —gruñó el conde a *le Bâtard*—, no vuestra.

—Él es mi prisionero.

—Cuando os contratamos —terció el obispo—, se acordó que todos los prisioneros pertenecerían al conde o a mí mismo, sin tener en cuenta quién los capturara. ¿Vais a negarlo?

Le Bâtard vaciló, pero estaba claro que el obispo había dicho la verdad. El hombre alto de armadura negra recorrió la sala con la mirada, pero las fuerzas del obispo y el conde eran mucho más numerosas que sus hombres.

—Pues os ruego —pidió al obispo— que dejéis que se vaya con su Dios como un

hombre.

—Es un fornicador y un pecador —repuso este—, y por consiguiente lo entrego al conde para que él haga lo que desee. Y os recordaré que vuestros honorarios dependen de que obedezcáis todas nuestras razonables órdenes.

—Esto no es razonable —insistió *le Bâtard*.

—La orden de que os apartéis sí es razonable —replicó el clérigo—, y os la doy.

Los hombres de armas del conde apoyaron sus escudos en el suelo con un golpe sordo para mostrar que estaban de acuerdo y, *le Bâtard*, consciente de que lo superaban tanto en número como en argumentos, se encogió de hombros y se hizo a un lado. El hermano Michael vio que un hombre de armas tomaba el cuchillo de castrar e, incapaz de soportar lo que estaba a punto de ocurrir, se abrió paso a empujones hasta la escalera de la torre, donde respiró el aire lleno de humo de la noche.

Quería alejarse más, pero algunos de los hombres del conde habían encontrado un buey en los establos del castillo y estaban torturando a la bestia, pinchándola con lanzas y espadas y esquivándola cuando se daba la vuelta pesadamente para enfrentarse a ellos, y él no osó intentar abrirse camino en medio de aquel juego atroz. Entonces empezaron a escucharse los gritos provenientes del salón.

Una mano le tocó el hombro y se dio la vuelta al tiempo que levantaba su pesado bastón, pero vio que era un sacerdote; un hombre mayor, que le ofrecía un odre de vino.

—Parece ser que no aprobáis lo que hace el conde, ¿eh? —dijo el anciano.

—¿Y vos sí?

El clérigo se encogió de hombros.

—Villon se llevó a la esposa del conde, ¿qué esperaba? Y nuestra Iglesia dio la bendición a la venganza del marido traicionado, y con razón. Villon es un hombre despreciable.

—¿Y el conde no? —El hermano Michael decidió que odiaba al orondo noble, con su pelo grasiento y su gruesa papada.

—Soy su capellán y confesor —repuso el anciano sacerdote—, así pues, sé lo que es. —Su tono fue sombrío—. Y a vos, ¿qué os trae por aquí? —preguntó al monje.

—Traigo un mensaje para *le Bâtard* —contestó.

—¿Qué mensaje?

Él movió la cabeza.

—No lo he leído.

—Siempre deberíais leer los mensajes —adujo el anciano con una sonrisa.

—Está sellado.

—Un cuchillo caliente lo resolverá.

El hermano Michael frunció el ceño.

—Me dijeron que no lo leyera.

—¿Quién os lo dijo?

—El conde de Northampton. Dijo que era urgente y privado.

—¿Urgente?

El hermano Michael se santiguó.

—Se dice que el príncipe de Gales está reuniendo otro ejército. Creo que a *le Bâtard* se le ordena sumarse a él. —Se encogió de hombros—. Al menos eso tendría sentido.

—Sí.

La conversación había distraído al hermano Michael de los terribles gritos que sonaban dentro del salón. Unos gritos que se fueron apagando poco a poco hasta convertirse en unos gemidos lastimosos. Fue entonces cuando el capellán del conde condujo al monje de vuelta a la luz de las llamas de la sala con columnas. El hermano Michael no miró el despojo desnudo en el suelo ensangrentado. Se quedó al fondo del salón, allí donde la multitud de soldados con armadura le ocultaban al hombre castrado.

—Hemos terminado —informó el conde de Labrouillade a *le Bâtard*.

—Hemos terminado, mi señor —coincidió *le Bâtard*—, salvo que nos debéis el dinero prometido por capturar rápidamente este lugar.

—Os debo el dinero —asintió el conde—. Y os espera en Paville.

—En tal caso iremos a Paville, mi señor. —*Le Bâtard* hizo una reverencia al conde y luego dio unas palmadas para llamar la atención de sus hombres—. ¡Ya sabéis lo que hay que hacer! ¡Hacedlo!

Los hombres de *le Bâtard* tenían que reunir a sus heridos, recoger a sus muertos y recuperar las flechas disparadas en la lucha, porque aquellos proyectiles ingleses eran difíciles de encontrar en Borgoña, Toulouse y Provenza. Ya había amanecido cuando los hombres de *le Bâtard* salieron en fila por la puerta destrozada de la ciudad, cruzaron el puente del valle y torcieron hacia el este. Transportaban a los heridos en carros, pero todos los demás iban a caballo y el hermano Michael, que había podido dormir unas pocas horas, pudo al fin considerar la compañía de *le Bâtard*.

Se había enterado de que algunos miembros del *hellequin* seguían vigilando el castillo de Castillon, que era su refugio, pero aun así *le Bâtard* dirigía una fuerza formidable. Disponía de más de sesenta arqueros, todos ellos ingleses o galeses, y treinta y dos hombres de armas, la mayoría de Gascuña, aunque había algunos de los estados italianos y unos cuantos de Borgoña, una docena de Inglaterra y otros de más lejos, todos ellos aventureros que buscaban dinero y lo habían encontrado con *le Bâtard*.

Junto con sus criados y escuderos formaban una cuadrilla de guerra que cualquier señor con recursos suficientes para permitirse lo mejor podía contratar, aunque

cualquier señor que quisiera luchar contra los ingleses o sus aliados gascones tenía que buscar en otra parte porque *le Bâtard* no le ayudaría. A él le gustaba decir que ayudaba a los enemigos de Inglaterra a matarse entre ellos, y dichos enemigos le pagaban por su ayuda. Eran mercenarios y se hacían llamar el *hellequin*, queridos por el diablo, y se jactaban de que no podían ser derrotados porque sus almas ya estaban en el Infierno.

Y después de presenciar su primer combate, el hermano Michael los creyó.

El conde de Labrouillade estaba impaciente por abandonar Villon y alcanzar la seguridad de su propia fortaleza que, al poseer un foso y puente levadizo, se hallaba a salvo del método de *le Bâtard* de abrir puertas con pólvora. Y el conde necesitaba ponerse a salvo porque estaba seguro de que *le Bâtard* no tardaría en tener una disputa con él. Así pues, había dejado a los hombres del obispo que retuvieran el recién capturado castillo de Villon mientras que él y su ejército, sesenta hombres de armas y cuarenta y tres ballesteros, volvían a toda prisa a Labrouillade.

No obstante, los cautivos ralentizaron su viaje. Había contemplado pegar una paliza a Bertille en Villon, incluso había ordenado a uno de sus criados que le trajera un látigo de los establos del castillo, pero luego había pospuesto el castigo para apresurar su regreso a casa. Aun así quería humillarla y, para tal fin, había llevado un carro desde Labrouillade. Este llevaba en los establos desde que le alcanzaba la memoria y tenía una jaula lo bastante grande como para contener a un oso bailarín o a un toro de lidia, y probablemente se hubiera construido para ese propósito. O tal vez uno de sus antepasados había utilizado el carro para transportar a los prisioneros o a los mastines salvajes que se empleaban para cazar jabalíes, pero cualquiera que fuera su función original, ahora el pesado carro era una jaula para su esposa. Al conde de Villon, débil y ensangrentado, lo transportaban en otro carro. Si vivía, el conde tenía pensado encadenarlo desnudo en su patio como blanco de burla y poste para que mearan los perros, y dicha perspectiva le animó mientras avanzaba lenta y pesadamente hacia el sur.

Había mandado a una docena de jinetes con armas ligeras hacia el este. Su trabajo era seguir de cerca a los mercenarios de *le Bâtard* y volver para informar de si los ingleses le perseguían. Aunque ahora eso parecía poco probable, pues su capellán tenía buenas noticias.

—Sospecho que lo ha llamado su señor feudal, sire —reveló este.

—¿Quién es su señor?

—El conde de Northampton, sire.

—¿En Inglaterra?

—El monje ha viajado desde allí, sire —explicó el capellán—, y sospechaba que a *le Bâtard* le ordenaban unirse al príncipe de Gales. Dijo que el mensaje era urgente.

—Espero que tengáis razón.

—Es la mejor explicación, sire.

—Y si tenéis razón, *le Bâtard* se irá a Burdeos, ¿eh? ¡Desaparecerá!

—Aunque puede ser que vuelva, sire —le advirtió el padre Vincent.

—Con el tiempo. Tal vez, con el tiempo —repuso Labrouillade con despreocupación.

No estaba preocupado, porque si *le Bâtard* iba a Gascuña, él tendría tiempo para reunir a más hombres y reforzar su fortaleza. Aminoró el paso de su caballo y dejó que los carros lo alcanzaran para poder mirar a su enemigo desnudo y ensangrentado. Estaba satisfecho. Villon sufría terribles dolores y Bertille podía esperar el castigo que merecía una adúltera. Decidió que la vida era bella.

Su esposa lloraba. El sol se alzaba más en el cielo y calentaba el día. Los campesinos se arrodillaban a su paso. El camino ascendía por las colinas que separaban las tierras de Villon de las de Labrouillade y, aunque en las primeras había habido muerte, en las segundas habría regocijo porque su señor se había vengado.

Paville se encontraba a unas dos horas de camino a caballo desde el castillo caído. En otro tiempo había sido una ciudad próspera, famosa por su monasterio y por la excelencia de su vino, pero ahora solo quedaban allí treinta y dos monjes y en la pequeña ciudad vivían menos de doscientas personas. Había llegado la peste y la mitad de los ciudadanos estaban enterrados en los campos junto al río. Las murallas de la ciudad se desmoronaban y los viñedos del monasterio estaban asfixiados por las malas hierbas.

El *hellequin* se reunió en el mercado frente al monasterio, donde trasladaron a los heridos a la enfermería. Llevaron a los caballos al paso para enfriarlos y repararon las flechas. El hermano Michael quería ir a buscar algo para comer, pero *le Bâtard* lo abordó.

—Seis de mis hombres se están muriendo ahí dentro —señaló el monasterio con un gesto de la cabeza—, y hay otros cuatro que quizá no sobrevivan. Sam me ha dicho que trabajasteis en una enfermería, ¿no?

—Sí —respondió el monje—, pero también tengo un mensaje escrito para vos.

—¿De quién?

—Del conde de Northampton, señor.

—No me llaméis así. ¿Qué es lo que quiere Billy? —*Le Bâtard* esperó una respuesta y, al no obtener ninguna, frunció el ceño—. ¡No me digáis que no habéis leído la carta! ¿Qué es lo que quiere?

—¡No la leí! —protestó el hermano Michael.

—¿Un monje honesto? El mundo es testigo de un milagro. —*Le Bâtard* hizo caso omiso del mensaje que el monje le ofrecía—. Id a atender a mis heridos. Ya leeré la carta más tarde.

El hermano Michael estuvo trabajando durante una hora ayudando a otros dos monjes a lavar y vendar heridas. Cuando hubo terminado, salió de nuevo a la luz del sol y vio a dos hombres que contaban un enorme montón de monedas que parecían de mala calidad.

—El acuerdo —le estaba diciendo *le Bâtard* al abad— era que el pago debía

hacerse en genovinos.

El abad parecía preocupado.

—El conde insistió en reemplazar las monedas —se defendió.

—¿Y vos lo permitisteis? —le preguntó *le Bâtard*. El abad se encogió de hombros—. Nos ha engañado —afirmó—. ¡Y vos lo habéis permitido!

—Envió a hombres de armas, señor —replicó el abad con tristeza.

Labrouillade había accedido a pagar los honorarios de *le Bâtard* en genovinos, que eran unas buenas monedas de oro, de confianza en todas partes, pero desde que los mercenarios comprobaron el pago, el conde había enviado a unos hombres a llevarse los genovinos y reemplazarlos por una mezcla de óbolos, écus, agnos, florines, denarios y bolsas de peniques, de las cuales ninguna era de oro y la mayoría estaban devaluadas o recortadas. Y, aunque el valor nominal de las monedas era el de la cantidad acordada, valían menos de la mitad.

—Sus hombres me aseguraron que el valor es el mismo, señor —añadió el abad.

—¿Y vos les creísteis? —le preguntó con amargura.

—Protesté —confesó el abad, preocupado por si no recibía el pago acostumbrado por guardar el dinero.

—Estoy seguro de que lo hicisteis —replicó el mercenario en un tono que sugería lo contrario. Aún llevaba su armadura negra, pero se había quitado el bacinete dejando al descubierto un cabello corto y oscuro—. Labrouillade es un idiota, ¿verdad?

—Un idiota avaricioso —coincidió el abad con entusiasmo—. Y su padre era peor. Antaño, el feudo de Labrouillade comprendía todo el territorio desde aquí hasta el mar, pero su padre perdió casi toda la zona sur en el juego. El hijo tiene más cuidado con su dinero. Es rico, por supuesto, muy rico, pero no es un hombre generoso. —Al abad se le fue apagando la voz mientras contemplaba los montones de monedas de pacotilla, dobladas y deformes—. ¿Qué vais a hacer? —preguntó con nerviosismo.

—¿Hacer? —Él pareció pensar en ello y al cabo de un rato se encogió de hombros—. Tengo el dinero —dijo al fin—, si se le puede llamar así. —Hizo otra pausa—. Es un asunto para los abogados —decidió finalmente.

—Para los abogados, sí. —El abad, preocupado por si le echaban la culpa de la sustitución de las monedas, no pudo ocultar su alivio.

—Pero no en los tribunales del propio conde —añadió el arquero.

—Podéis contar con mi apoyo.

Le Bâtard lanzaba una moneda al aire que recogía con una mano deforme, parecía como si un gran peso le hubiese aplastado los dedos.

—Pues se lo dejaremos a los abogados —anunció, y acto seguido ordenó a sus hombres que pagaran al abad con las monedas buenas que pudieran encontrar en

medio de toda esa escoria—. No tengo nada contra vos —añadió, dirigiéndose al aliviado sacerdote, antes de volverse hacia el hermano Michael, que había sacado el pergamino de la bolsa e intentaba entregárselo—. Un momento, hermano.

Se acercaban una mujer y un niño. El hermano Michael no los había visto hasta entonces, pues viajaban con las otras mujeres que seguían al *hellequin* y que habían esperado a las afueras de Villon durante el asalto al castillo. Pero en aquel momento, el joven monje se fijó en ella. Se fijó y se estremeció. El recuerdo de Bertille lo había perseguido durante todo el día, pero aquella mujer era igual de hermosa, si bien poseía una clase de belleza muy diferente.

Bertille era morena, de figura suave y rasgos dulces, mientras que esta mujer era rubia, dura y llamativa. Era alta, casi tanto como *le Bâtard*, y su cabello de un pálido color dorado parecía brillar con el sol de principios de invierno. Poseía una mirada inteligente, una boca amplia y una nariz larga. Sobre su cuerpo delgado llevaba una cota de malla que se había bruñido con arena y vinagre hasta parecer de plata. «¡Dios mío —pensó—, pero si deben de salir flores en el suelo que pisa!». El pequeño, un niño que parecía tener unos siete u ocho años, tenía la misma cara que la mujer pero el pelo igual de negro que el de *le Bâtard*.

—Mi esposa, Genevieve —el mercenario presentó a la mujer—, y mi hijo, Hugh. Este es el hermano... —Hizo una pausa porque no sabía el nombre del monje.

—Hermano Michael —dijo el monje, incapaz de apartar la mirada de la condesa.

—Me ha traído un mensaje —explicó *le Bâtard* a su esposa, e hizo una seña al monje para indicarle que debía entregar a Genevieve el pliego de pergamino maltrecho en el que el sello del conde ya estaba seco, resquebrajado y mellado.

—Sir Thomas Hookton. —Geneviève leyó el nombre escrito en el pergamino doblado.

—Soy *le Bâtard* —dijo Thomas. Lo habían bautizado como Thomas y durante la mayor parte de su vida se había llamado Thomas de Hookton, aunque podría llamarse de otras formas si quisiera, pues el conde de Northampton lo había nombrado caballero hacía unos años y, pese a ser hijo bastardo, Thomas tenía derecho a un condado al este de Gascuña. Pero prefería que le conocieran como *le Bâtard*; suscitaba el temor al diablo en sus enemigos, y un enemigo asustado ya estaba medio vencido. Tomó la misiva de manos de su esposa y puso el dedo debajo del sello, pero entonces decidió que esperaría un poco antes de leer la carta, por lo que se la metió debajo del tahalí y dio unas palmadas para llamar la atención de sus hombres—. ¡Dentro de unos minutos salimos a caballo hacia el oeste! ¡Preparaos! —Dio media vuelta e hizo una reverencia al abad—. Gracias —se despidió con cortesía—, y seguro que los abogados vendrán a hablar con vos.

—Recibirán la ayuda del Cielo —repuso el abad con énfasis.

—Y esto —Thomas añadió más dinero— es para mis heridos. Los atenderéis, y a

los que mueran los enterraréis y haréis que se digan misas por ellos.

—Por supuesto, señor.

—Y volveré para comprobar que los tratáis como es debido.

—Esperaré vuestro regreso con alegría, sire —mintió el abad.

El *hellequin* montó y las monedas malas se echaron en bolsas de cuero que a su vez fueron colocados a lomos de caballos de carga mientras Thomas se despedía de los hombres en la enfermería. Luego, cuando el sol aún estaba bajo en el este, cabalgaron hacia el oeste. El hermano Michael montaba al lado de Sam en un caballo que le habían prestado. Este, a pesar de su rostro juvenil, era sin duda uno de los jefes de los arqueros.

—¿*Le Bâtard* utiliza a los abogados con frecuencia? —preguntó el monje.

—Odia a los abogados —respondió Sam—. Si por él fuera enterraría hasta el último de esos malditos en lo más profundo del Infierno y dejaría que el diablo se cagara sobre ellos.

—¿Pero los utiliza?

—¿Si los utiliza? —Sam se echó a reír—. Eso dijo al abad, ¿no es cierto? —Movió la cabeza para señalar hacia el este—. Allí atrás, hermano, hay media docena de hombres que nos están siguiendo. No son muy listos, porque los hemos visto, y en estos momentos ya estarán hablando con el abad. Luego regresarán con su señor y le dirán que nos vieron dirigiéndonos al oeste y que su gorda señoría debería esperar la visita de un hombre de leyes. Pero no la recibirá. Lo que va a tener a cambio es esto. —Dio unas palmaditas a las plumas de ganso de las flechas que llevaba en su bolsa. Algunas de las plumas estaban manchadas de sangre seca de la lucha en Villon.

—¿Queréis decir que vamos a enfrenarnos a él? —preguntó el hermano Michael, que no se dio cuenta de que había dicho «vamos», como tampoco había pensado en por qué seguía con el *hellequin* en lugar de estar caminando de vuelta a Montpellier.

—Por supuesto que vamos a enfrentarnos a él —contestó Sam con desdén—. El maldito conde nos engañó, ¿no es verdad? De modo que torceremos hacia el sureste en cuanto esos cabrones atontados hayan terminado de charlar con el abad. Porque no nos seguirán para asegurarse de que vamos al oeste. Son de esos cabrones que no piensan en nada más que en la próxima jarra de cerveza que se tomarán, pero Thomas sí piensa. Thomas es un pensador de dos jarras, ya lo creo.

Thomas escuchó el cumplido y se dio la vuelta en la silla de montar.

—¿Solo dos jarras, Sam?

—Tantas como quieras —respondió Sam.

—Todo depende —Thomas dejó que el hermano Michael lo alcanzara— de si el conde de Labrouillade se queda en ese castillo que le dimos. Sospecho que no lo hará. Allí no se siente seguro, y es un hombre al que le gustan sus comodidades, de manera que creo que se dirigirá al sur.

—¿Y vais a cabalgar para reuniros con él?

—Vamos a cabalgar para tenderle una emboscada —anunció. Se volvió a mirar al sol para calcular la hora—. Con la ayuda de Dios, hermano, le cortaremos el camino esta tarde. —Se sacó el pergamino de debajo del cinturón—. ¿No lo habéis leído?

—¡No! —insistió el hermano Michael, y decía la verdad. Observó a *le Bâtard* mientras rompía el sello y desplegaba el rígido pergamino y luego miró a Genevieve, que montaba un caballo gris al otro lado del mercenario. Thomas vio la mirada anhelante del monje y le hizo gracia.

—¿Acaso no visteis anoche, hermano, lo que le sucede al que toma a la mujer de otro?

Michael se sonrojó.

—Yo... —empezó a decir, pero se dio cuenta de que no tenía palabras.

—Y además —continuó Thomas—, mi esposa es una hereje. Fue excomulgada por la Iglesia y condenada al Infierno. Lo mismo que yo. ¿No os preocupa eso?

El hermano Michael seguía sin tener nada que decir.

—¿Y por qué seguís aquí? —preguntó Thomas.

—¿Aquí? —El joven monje estaba confuso.

—¿No tenéis órdenes que cumplir?

—Se supone que tengo que ir a Montpellier —confesó el hermano Michael.

—Es por allí, hermano —dijo Thomas señalando al sur.

—Nosotros vamos al sur —terció Genevieve con sequedad—, y creo que al hermano Michael le gustaría disfrutar de nuestra compañía.

—¿Sí? —inquirió Thomas.

—Me alegraría mucho poder hacerlo —respondió, y se preguntó por qué había hablado con tanto entusiasmo.

—Pues bienvenido a las almas perdidas del diablo.

Almas que viraron entonces al sureste para dar una lección a un conde gordo y avaricioso.

El conde de Labrouillade avanzaba con lentitud. Los caballos estaban cansados, el día era cada vez más cálido, la mayor parte de sus hombres sufrían las consecuencias del vino que habían bebido en la ciudad capturada y los carros marchaban pesada y torpemente por el camino lleno de baches. Pero no importaba, porque poco después del mediodía, los hombres que había enviado a espiar a *le Bâtard* regresaron con las noticias que Labrouillade quería.

El inglés se había dirigido al oeste.

—¿Estáis seguros? —preguntó el conde con brusquedad.

—Lo vimos, mi señor.

—¿Lo visteis hacer qué? —inquirió el conde con desconfianza.

—Contó el dinero, señor, sus hombres se despojaron de la armadura y a continuación salieron hacia el oeste. Todos ellos. Y dijo al abad que enviaría a unos abogados para exigir el pago.

—¡Abogados! —El conde se rio.

—Es lo que dijo el abad, y prometió a su señoría que intercedería por vos en cualquier procedimiento.

—¡Abogados! —El conde se rio otra vez—. ¡Pues no vamos a resolver la disputa en esta vida! —Ahora estaba a salvo y la lentitud de su viaje no importaba. Se detuvo en un triste pueblo y exigió vino, pan y queso, pero no pagó por ninguno de estos alimentos, ya que la recompensa de los campesinos era estar en su presencia, y él creía sinceramente que era suficiente. Después de comer se puso a golpetear los barrotes de la jaula de su esposa con el cuchillo para castrar—. ¿Lo queréis como recuerdo, Bertille? —le preguntó.

Bertille no dijo nada. Tenía la garganta irritada de tanto llorar; sus ojos enrojecidos estaban clavados en la hoja oxidada.

—Voy a afeitaros la cabeza, señora —le prometió el conde—, y os haré ir de rodillas hasta el altar para suplicar perdón. Y puede que Dios os perdone, señora, porque yo no lo haré, y cuando haya terminado con vos iréis a un convento. Fregaréis sus suelos, señora, y lavaréis los hábitos hasta que hayáis expiado vuestros pecados. Después podréis vivir lamentándolo el resto de vuestros miserables días.

Ella continuó sin decir nada y el conde, aburrido porque no provocaba sus ruegos, llamó a sus hombres para que lo subieran a la silla de montar. Se había quitado la armadura y vestía una sobreveste ligera blasonada con su emblema, en tanto que las armaduras de sus hombres iban apiladas en caballos de carga junto con sus escudos y lanzas. Cabalgaban con despreocupación, no se sentían amenazados, así que los ballesteros iban andando detrás de las carretas que acarreaban los sacos del botín.

Seguían un camino serpenteando entre castaños que se adentraba en las montañas. Los cerdos hozaban entre los troncos y el conde ordenó que mataran a un par de ellos porque le gustaba su carne. Los cuerpos de los animales se arrojaron encima de la jaula de la condesa y la sangre goteó sobre su vestido hecho jirones.

A media tarde se aproximaban al paso que los conduciría a sus tierras. Era un lugar elevado con pinos escuálidos y rocas inmensas, y la leyenda contaba que un ejército de sarracenos había luchado y muerto en aquel paso de montaña muchos años atrás. La gente del campo iba allí para echar maldiciones, una práctica que tanto el conde como la Iglesia desaprobaban oficialmente, aunque cuando Bertille se fugó con su amante, él acudió al Paso del Sarraceno donde enterró una moneda, golpeó tres veces la roca de lo alto de la colina y maldijo a Villon.

Pensó que había funcionado. Ahora Villon era un pedazo castrado de sangrienta desdicha encadenado en un carro de estiércol.

Empezaba a oscurecer. El sol se hallaba bajo sobre las colinas del oeste, pero aún quedaba una hora de luz y eso debería bastar para que los cansados soldados cruzaran el paso. Desde allí el camino transcurría recto ladera abajo hasta Labrouillade. Las campanas del castillo repicarían por la victoria del conde y llenarían de júbilo la nueva noche.

Y en aquel preciso momento, voló la primera flecha.

Le Bâtard había conducido a treinta arqueros y veintidós hombres de armas hacia el sur mientras que el resto de su ejército continuaba hacia el oeste con los heridos que aún podían montar. Los caballos estaban cansados, pero mantenían un paso regular por caminos que los hombres ya habían reconocido durante los largos días de espera antes del ataque a Villon.

Thomas leyó el mensaje del conde de Northampton mientras cabalgaba. Lo leyó una vez y luego otra, pero su expresión no dejó traslucir nada. Sus hombres lo observaban y sospechaban que el mensaje podría afectar su futuro, pero él se limitó a doblar el pergamino y a meterlo en una bolsa que llevaba colgando del tahalí.

—¿Nos ha llamado? —preguntó Sam por fin.

—No —respondió Thomas—. ¿Por qué tendría que llamarnos? ¿De qué le sirves tú al conde, Sam?

—¡De nada en absoluto! —contestó Sam. Se alegró de que el conde no hubiera llamado a Thomas de vuelta a Inglaterra o, más probablemente, a Gascuña. El conde de Northampton era el señor feudal de Thomas, su amo, pero no le importaba dejar que Thomas y sus hombres sirvieran como mercenarios. Recibía una parte de las ganancias, que eran muy generosas.

—Dice que debemos estar preparados para unirnos al ejército del príncipe en verano —dijo Thomas.

—El príncipe Eduardo no va a necesitarnos —comentó Sam.

—Podría ser que sí, si el rey de Francia decide empezar con juegucitos —replicó *le Bâtard*.

Sabía que el príncipe de Gales estaba causando estragos en el sur de Francia y que el rey Juan no estaba haciendo nada para impedirselo, pero seguro que haría marchar a su ejército si el príncipe llevaba a cabo otra *chevauchée*, otra incursión. Y Thomas pensó que debía de resultar tentador, porque Francia era débil. El rey de Escocia, aliado de Francia, estaba prisionero en la Torre de Londres, y había ingleses en Normandía, Bretaña y Aquitania. Francia era como un gran ciervo atacado y malherido por los sabuesos.

—¿Y eso es lo único que dice el mensaje? —preguntó Sam.

—No —contestó—, pero el resto no es asunto tuyo, Sam. —Thomas espoleó su caballo para adelantarse e hizo señas a Genevieve para que lo siguiera. Hugh, el hijo

de ambos, que iba montado en un pequeño caballo castrado, había seguido a su madre y él le hizo una seña con la cabeza para indicarle que podía acercarse—. ¿Recuerdas a ese fraile dominico que vino a Castillon? —preguntó a Genevieve.

—¿Aquel al que echaste de la ciudad?

—Estaba predicando disparates —repuso agriamente.

—¿Cómo se llamaba su disparate?

—*La Malice* —contestó Thomas—. Una espada mágica; otra Excalibur. — Escupió.

—¿Por qué te has acordado de él ahora?

Thomas suspiró.

—Porque Billy ha oído hablar de ella. —«Billy» era el señor de Thomas; William Bohun, conde de Northampton. Él pasó la carta a Genevieve—. Parece ser que otro monje dominico predicó en Carlisle y soltaba los mismos disparates. El tesoro de los Siete Señores.

—Y el conde sabe... —empezó a decir Genevieve vacilante, pero se calló.

—Que soy uno de los Siete Señores. —Algunas personas los habían llamado los Siete Señores Oscuros del Infierno, y estaban todos muertos, pero sus descendientes vivían. Thomas era uno de ellos—. De manera que Billy quiere que encontremos el tesoro. —Pronunció las últimas tres palabras con desprecio—. Y cuando lo hagamos, tenemos que entregárselo al príncipe de Gales.

Genevieve leyó la carta con el ceño fruncido. Por supuesto, estaba escrita en francés, el idioma de la aristocracia de Inglaterra.

—Los Siete Señores Oscuros la poseían —leyó en voz alta—, y están malditos. Aquel que deba gobernarnos la encontrará y será bendecido.

—Las mismas tonterías —dijo él—. Por lo visto, los frailes dominicos se han emocionado y están difundiendo la historia por todas partes.

—¿Y dónde vas a buscar?

Thomas quería decir que en ninguna parte, que ese disparate no valía ni un momento de su tiempo, pero el abate Planchard, el mejor hombre que había conocido jamás, un cristiano que era de verdad como Jesucristo y que también descendía de uno de los Señores Oscuros, tenía un hermano mayor.

—Hay un lugar llamado Mouthoumet —contestó—, en Armagnac. No se me ocurre ningún otro sitio donde buscar.

—«No nos falléis en esto». —Geneviève leyó en alto la última línea de la carta.

—A Billy se le ha contagiado la locura —comentó él, divertido.

—¿Pero nos vamos a Armagnac?

—En cuanto hayamos terminado aquí —respondió. Porque antes de poder ir a buscar el tesoro, había que enseñarle al conde de Labrouillade que la avaricia tenía un precio. De modo que *le Bâtard* tendió la emboscada.

En París llovía. Caía una lluvia incesante que diluía la suciedad en las alcantarillas y diseminaba su hedor por las estrechas calles. Los mendigos se acuclillaban debajo de los voladizos de las casas, tendiendo unas manos flacas a los jinetes que se abrían paso por la puerta de la ciudad. Eran doscientos hombres de armas, hombres corpulentos montados en caballos grandes que iban envueltos en capas de lana y tenían unos cascos de acero que les protegían la cabeza de la lluvia. Iban mirando a su alrededor mientras cabalgaban bajo la lluvia y era evidente que estaban asombrados por aquella ciudad tan grande. Los parisinos que se refugiaban bajo los salientes de los pisos se fijaron en el aspecto salvaje y extraño de aquellos hombres; como guerreros de una pesadilla.

Muchos de ellos llevaban barba y todos tenían el rostro curtido por los elementos y marcado por la guerra. Aquellos eran soldados de verdad, no eran seguidores de un gran señor que pasaban la mitad de su tiempo peleándose dentro de los límites del castillo, sino hombres que cargaban con sus armas a través de la nieve, el viento y el sol; hombres que montaban caballos con cicatrices de batalla y que llevaban escudos maltrechos. Hombres que matarían por el precio de un botón. Un portaestandarte cabalgaba junto a los hombres de armas y su bandera empapada por la lluvia mostraba un gran corazón rojo.

Detrás de estos doscientos hombres de armas iban los caballos de carga, más de trescientos, cargados con bolsas, lanzas y armaduras. Los escuderos y criados que los guiaban iban vestidos con mantas, o al menos eso les parecía a los que miraban. Llevaban dichas prendas, poco más que harapos mugrientos y apelmazados, echadas sobre un hombro, desde donde la tela los envolvía y quedaba sujeta mediante un cinturón en la cintura. Los criados iban sin calzones, aunque nadie se rio de ellos porque llevaban armas al cinto, ya fueran toscas espadas largas con empuñaduras sencillas, hachas melladas o cuchillos de desollar. Eran armas del campo, pero daba la impresión de que se les había dado mucho uso. Con los criados había mujeres que vestían con el mismo estilo bárbaro, con las piernas desnudas enrojecidas y llenas de barro. Llevaban el pelo suelto, pero ningún parisino osaría burlarse de ellas, aquellas mujeres harapientas iban armadas igual que los hombres y parecían igual de peligrosas que ellos.

Los jinetes y sus criados se detuvieron junto al río en el centro de la ciudad y allí se dividieron en pequeños grupos, cada uno de los cuales iría a buscarse alojamiento. Pero un grupo de media docena de hombres, asistidos por unos criados que iban mejor vestidos que los demás, cruzaron el puente para dirigirse a una de las islas del Sena. Recorrieron los callejones estrechos y tortuosos, hasta que llegaron a una torre de entrada dorada en la que montaban guardia unos lanceros con librea. Dentro había un patio, establos, una capilla y unas escaleras que llevaban al palacio real. La media

docena de jinetes fueron recibidos con reverencias, se hicieron cargo de sus caballos y fueron conducidos por escaleras y pasillos hasta sus aposentos.

A William, señor de Douglas y jefe de los doscientos hombres de armas, le dieron una habitación con vistas al río. Las ventanas estaban tapadas con unas planchas de cuerno, pero él las sacó dando unos golpes para dejar entrar el aire húmedo en la habitación, en la que un gran fuego ardía en una chimenea grabada con el real escudo de armas francés. El señor de Douglas se quedó de pie junto al fuego mientras los sirvientes le traían ropa de cama, vino, comida y tres mujeres.

—Podéis elegir, mi señor —le dijo el mayordomo.

—Me quedaré con las tres —declaró Douglas.

—Sabia elección, mi señor —repuso el mayordomo con una reverencia—. ¿Desea alguna otra cosa Su Señoría?

—¿Está aquí mi sobrino?

—Sí, mi señor.

—Pues quiero verle.

—Irán a buscarle —aseguró el mayordomo—, y Su Majestad os recibirá para cenar.

—Decidle que la perspectiva me llena de alegría —respondió Douglas de manera inexpresiva.

William, señor de Douglas, tenía veintiocho años y aparentaba cuarenta. Tenía una corta barba castaña, un rostro lleno de cicatrices de una docena de escaramuzas y unos ojos fríos como el cielo de invierno. Hablaba un francés perfecto, puesto que había pasado gran parte de su niñez en Francia aprendiendo las costumbres de los caballeros franceses y perfeccionando sus habilidades con la espada y la lanza, pero hacía ya diez años que había vuelto a Escocia, donde se había convertido en el jefe del clan Douglas y en miembro del Consejo Escocés. Él se había opuesto a la tregua con Inglaterra, pero el resto del Consejo había insistido y, por lo tanto, el señor de Douglas había llevado a sus guerreros más feroces a Francia. Si no podían combatir a los ingleses en casa, lanzaría a sus soldados contra el enemigo en Francia.

—Quitaos la ropa —ordenó a las tres chicas.

Por un instante ellas pusieron cara de asombro, pero la expresión de su sombrío rostro las convenció para obedecer. Las tres pensaron que era un hombre bien parecido, alto y musculoso, pero tenía rostro de guerrero; duro como una espada y sin compasión. La noche prometía ser larga. Las tres estaban desnudas cuando llegó el sobrino de Douglas. No era mucho más joven que su tío, tenía un rostro ancho y jovial y llevaba un jubón de terciopelo ribeteado con un bordado de oro, sobre unas medias ceñidas de color celeste metidas en unas botas de cuero suave adornadas con borlas de hilo dorado.

—¿Qué diantre llevas puesto? —preguntó Douglas.

El joven tiró del dobladillo bordado del jubón.

—Es lo que lleva todo el mundo en París.

—¡Santo Cielo, Robbie, pareces una puta de Edimburgo! ¿Qué opinas de estas tres?

Sir Robert Douglas se dio la vuelta y examinó a las tres chicas.

—Me gusta la del medio —declaró.

—¡Santo Dios! Está tan flaca que podrías usarla de aguja. A mí me gustan las mujeres que tienen carne en los huesos. Dime, ¿qué ha decidido el rey?

—Esperar acontecimientos.

—¡Santo Dios! —exclamó Douglas de nuevo, y se acercó a la ventana para mirar al río, moteado por la lluvia. El hedor de las aguas residuales se desprendía de la lenta corriente arremolinada—. ¿Sabe lo que se avecina?

—Se lo he dicho —respondió Robbie.

Lo habían enviado a París para negociar condiciones con el rey Juan y acordaron que el rey francés pagaría y armaría a los hombres de su tío. Ahora dichos hombres habían llegado y el señor de Douglas estaba impaciente por darles rienda suelta.

Había fuerzas inglesas en Flandes, en Bretaña y en Gascuña. El príncipe de Gales estaba destruyendo el sur de Francia y él quería tener la oportunidad de matar a algunos de esos cabrones. Odiaba a los ingleses.

—¿Sabe que es probable que *Eduardito* ataque en el norte el año que viene? —preguntó Douglas. *Eduardito* era el príncipe de Gales.

—Ya se lo dije.

—¿Y está vacilando?

—Está vacilando —confirmó Robbie—. Le gustan los banquetes, la música y el entretenimiento. No es muy amante de los soldados.

—Pues tendremos que darle unas pocas de agallas a ese condenado, ¿no?

En los últimos años Escocia no había sufrido más que desastres. La peste había llegado y vaciado los valles de habitantes, pero casi diez años antes, en Durham, un ejército escocés había sido derrotado y el rey de Escocia había caído prisionero de los odiados ingleses. Ahora el rey David estaba prisionero en la Torre de Londres y los escoceses, para recuperarlo, tenían que pagar un rescate tan elevado que empobrecería el reino durante años.

Pero el señor de Douglas consideraba que el rey podía ser restituido de otra forma, a la manera de un soldado, y ese era el motivo principal por el que había llevado a sus hombres a Francia. En primavera probablemente el príncipe de Gales saldría de Gascuña con otro ejército, que haría lo que siempre hacían los ejércitos ingleses: violar, incendiar, saquear y destruir. El propósito de esa *chevauchée* era obligar a los franceses a lanzarse contra ellos. Entonces los temidos arqueros ingleses se pondrían a trabajar y Francia sufriría otra derrota. Sus grandes hombres caerían

prisioneros y sus rescates enriquecerían aún más a Inglaterra.

Pero el señor de Douglas sabía cómo derrotar arqueros, ese era el don que traía a Francia, y si podía convencer al rey francés de que se opusiera a *Eduardito*, veía la posibilidad de una gran victoria, en la cual tenía pensado capturar al príncipe. Lo retendría para cobrar un rescate. Un rescate igual al del rey de Escocia. Creía que podía hacerse, solo hacía falta que el rey de Francia quisiera luchar.

—¿Y tú, Robbie? ¿Tú lucharás?

Robbie se sonrojó.

—Hice un juramento.

—¡Al diablo tu maldito juramento!

—Hice un juramento —insistió Robbie.

Él había sido prisionero de los ingleses, pero lo habían soltado y su rescate se saldó bajo la promesa de no volver a combatir contra los ingleses jamás. La promesa se la habían arrancado y el rescate lo había pagado su amigo, Thomas de Hookton, y Robbie había mantenido su juramento durante ocho años, pero ahora su tío lo presionaba para que lo rompiera.

—¿Qué dinero tienes, muchacho?

—Tu dinero, tío.

—¿Y te queda algo? —Douglas aguardó y vio que su sobrino se avergonzaba—. Así pues, ¿te lo has gastado todo en el juego?

—Sí.

—¿Tienes deudas?

Robbie asintió.

—Si quieres más, muchacho, lucha. Quítate esa chaqueta de puta y ponte una cota de malla. ¡Por el amor de Dios, Robbie, eres un buen soldado! ¡Te necesito! ¿Es que no tienes orgullo?

—Hice un juramento —repitió obstinadamente.

—Pues ya puedes deshacerlo. O convertirte en un indigente. Me trae sin cuidado. Y ahora toma a esa zorra flaca y demuestra que eres un hombre. Te veré luego en la cena.

Que sería cuando el señor de Douglas intentaría hacer un hombre del rey de Francia.

Los arqueros estaban alineados en el bosque. Tenían los caballos atados a unas estacas a unas cien yardas de distancia, vigilados por dos hombres, pero los hombres se dirigieron a toda prisa a la linde de los árboles y, cuando los jinetes que iban a la cabeza de la desordenada columna del conde de Labrouillade estuvieron a menos de un centenar de yardas, soltaron las flechas.

El *hellequin* se había hecho rico por dos razones. La primera era su líder, Thomas

de Hookton, que era un buen soldado, un pensador ágil y un hombre inteligente en la batalla, aunque en el sur de Francia había muchos hombres que podían igualar la inteligencia de *le Bâtard*. Lo que no podían hacer era desplegar la segunda ventaja del *hellequin*, el arco de guerra inglés, que era lo que había enriquecido a Thomas y a sus hombres.

Era un objeto sencillo. Una duela de tejo un poco más larga que la estatura de un hombre y preferiblemente cortada en uno de los territorios próximos al Mediterráneo. El fabricante de arcos daría forma a la duela manteniendo el duramen a un lado y la elástica albura al otro, la pintaría para atrapar la humedad en la madera y luego le pondría dos puntas de cuerno que sostenían la cuerda, tejida con fibras de cáñamo. A algunos arqueros les gustaba añadir mechones de pelo de su mujer a la cuerda, pues afirmaban que evitaba que las cuerdas se rompieran, pero Thomas, en doce años de combate, no había encontrado diferencia. La cuerda se reforzaba en el punto en el que descansaba la flecha. Y eso era el arco de guerra; un arma de campesino hecha de tejo, cáñamo y cuerno que disparaba una flecha hecha de fresno, carpe o abedul con punta de acero y empendolada con plumas del ala de un ganso, todas de la misma ala para que las plumas se curvaran en la misma dirección.

El arco de guerra era barato y letal. El hermano Michael no era un hombre débil, pero no podía tirar de la cuerda de un arco más de una mano de distancia. En cambio los arqueros se llevaban la cuerda hasta las orejas y lo hacían unas dieciséis o diecisiete veces por minuto. Tenían músculos de acero, muy desarrollados en la espalda, el pecho ancho y los brazos gruesos. El arco era inútil sin esos músculos. Cualquiera podía disparar una ballesta, y una buena ballesta superaba el alcance de un arco de tejo, pero costaba cien veces más fabricarla y se tardaba cinco veces más en recargar; mientras el ballestero accionaba el cranequín para tensar la cuerda, el arquero inglés apuntaría bien y lanzaría una docena de flechas.

Los arqueros ingleses y galeses empezaban a entrenarse de niños, como Hugh, el hijo de Tomas. El muchacho tenía un arco pequeño y su padre esperaba de él que disparara trescientas flechas cada día. Tenía que disparar, disparar y disparar hasta que ya no tuviera que pensar adónde iría la flecha, sino que se limitara a soltarla sabiendo que el proyectil se dirigiría al punto que él quería. Cada día se le irían desarrollando los músculos hasta que, dentro de diez años, Hugh estaría listo para formar parte de la línea de arqueros y soltar la muerte con plumas de ganso con un gran arco de guerra.

Thomas tenía a treinta arqueros apostados en la linde del bosque, que en el medio minuto inicial lanzaron más de ciento cincuenta flechas. No fue una batalla sino una masacre. Una flecha podía atravesar una cota de malla a doscientos pasos de distancia, pero ninguno de los hombres del conde de Labrouillade llevaba armadura ni escudo, lo habían cargado todo en los caballos de carga. Algunos de ellos llevaban

cotas de cuero, pero todos se habían despojado de las placas o la malla, con lo que las flechas hendieron el aire y cayeron sobre ellos hiriendo a hombres y caballos y sumiéndolos en un caos instantáneo.

Los ballesteros iban a pie y muy por detrás de los jinetes del conde, y de todos modos iban cargados con los sacos del botín. Tardarían varios minutos en estar listos para la batalla y Thomas no les daría ese tiempo. Mientras las flechas se clavaban en los caballos que chillaban y en los jinetes caídos, Thomas salió del bosque con sus veintidós hombres de armas y los condujo hacia el flanco del conde.

Los hombres de Thomas iban montados en corceles, los grandes sementales que podían llevar el peso de un hombre, la armadura y las armas. No habían llevado lanceros porque sus armas eran pesadas y hubieran retrasado la marcha. Desenvainaron en cambio las espadas, o empuñaron hachas y mazas. Muchos llevaban un escudo pintado con la insignia de barras negras de *le Bâtard* y, en cuanto salieron de los árboles, Thomas hizo virar la línea para enfrentarse al enemigo y dejó caer la hoja de su espada como señal para avanzar.

Avanzaron al trote, rodilla con rodilla. La alta hierba de la pradera estaba salpicada por unas cuantas rocas y los jinetes se separaban para bordearlas y volvían a juntarse. Llevaban cota de malla. Algunos de ellos habían añadido piezas de chapa, como un peto, o quizá un espaldar para proteger los hombros, y todos llevaban bacinete, el casco sencillo de cara descubierta con el que el soldado podía ver durante la batalla.

Las flechas seguían cayendo. Algunos de los jinetes del conde intentaban escapar tirando de las riendas de sus monturas para volver hacia el norte, pero los caballos heridos amontonados les obstruían el paso y vieron que la línea negra de hombres de armas del *hellequin* se acercaba por un flanco. Algunos, desesperados, desenvainaron las espadas. Unos cuantos lograron huir y salieron a toda prisa hacia el bosque del norte, donde se encontrarían los ballesteros, mientras que otro grupo se reunió en torno a su señor, el conde, que tenía una flecha clavada en el muslo a pesar de las órdenes de Thomas de que no había que matarlo. «Un muerto no puede pagar sus deudas —había dicho—, así que disparad a cualquier otro, pero aseguraos de que Labrouillade viva». Ahora el conde estaba intentando hacer dar la vuelta a su caballo, pero pesaba demasiado y el animal estaba herido y no podía girar. Mientras tanto, los miembros del *hellequin* espolearon sus monturas a medio galope, bajaron las espadas en posición de ataque y las flechas dejaron de caer.

Los arqueros se detuvieron por miedo a alcanzar a sus propios jinetes, dejaron de lado los arcos, sacaron las espadas y corrieron a sumarse a la matanza junto a los hombres de armas.

El sonido de la carga al alcanzar su objetivo era como el de las cuchillas de carnicero golpeando las reses muertas. Los hombres gritaban. Algunos de ellos

soltaron las espadas y extendieron las manos en muda rendición. Thomas, que no se encontraba tan cómodo a caballo como con el arco, lanzó una estocada que fue parada por una espada con estrépito, su golpe se desvió y la espada alcanzó el cuero sin causar daños. Él volvió a echar la hoja hacia atrás y luego lanzó un tajo contra el pelo rojo de aquel hombre. Este cayó de la silla. El *hellequin* estaba dando la vuelta para acabar con el enemigo.

Un jinete que llevaba un sombrero negro con un penacho de largas plumas blancas tiró una estocada dirigida al vientre de *le Bâtard*. La hoja resbaló en su malla y ejecutó un salvaje revés que cortó la cara del atacante en el preciso momento en el que Arnaldus, uno de los gascones que había en el *hellequin*, le atravesaba la columna vertebral con otra espada. El jinete del conde soltó un sonido agudo y penetrante y se puso a temblar de manera incontrolada al tiempo que la sangre manaba de su rostro destrozado. Dejó caer la espada y Arnaldus volvió a atravesarlo. Cayó lentamente de lado. Un arquero sujetó las riendas del caballo del moribundo, era el último en ofrecer resistencia.

Los hombres del conde habían sido sorprendidos y tuvieron que combatir en una escaramuza desigual contra soldados con armadura que se pasaban la vida batallando, de modo que la lucha terminó en cuestión de segundos. Una docena logró escapar, el resto cayó muerto o prisionero y al conde también lo capturaron.

—¡Arqueros! —gritó Thomas—. ¡Los arcos!

Su trabajo consistiría en vigilar el bosque del norte por si los ballesteros tenían ánimo para luchar, aunque dudaba que quisieran hacerlo después de que su señor hubiera sido capturado. Una docena de arqueros recogían flechas, las cortaban de los caballos muertos o heridos, las recogían del suelo y llenaban sus bolsas. A los prisioneros los reunieron a un lado y les obligaron a rendir sus armas mientras Thomas dirigía su caballo al paso hacia el lugar en el que el conde, herido, estaba tumbado en la hierba.

—Mi señor —lo saludó—, me debéis dinero.

—¡Ya recibisteis el pago! —replicó con fanfarronería.

—Sam. —Thomas llamó al arquero—. Si Su Señoría discute conmigo, puedes llenarlo de flechas. —Lo dijo en francés, idioma que Sam entendía, así que tensó su arco y ofreció al conde una alegre sonrisa.

—Mi señor —repitió Thomas—, me debéis dinero.

—Podrías haber llevado el caso a juicio —dijo Labrouillade.

—¿A juicio? ¿Presentar un pleito? ¿Una disputa legal? ¿Demorarlo? ¿Por qué debería dejar que vuestros abogados lo enmienden todo? —Negó con la cabeza—. ¿Dónde están los genovinos que os llevasteis de Paville?

El conde consideró decirle que las monedas seguían estando en el castillo de Villon, pero el arquero tenía la cuerda medio tensada y la expresión de *le Bâtard* era

implacable, de manera que, a regañadientes, le dijo la verdad.

—Están en Labrouillade.

—En tal caso enviaréis a uno de vuestros hombres allí —anunció con cortesía— con órdenes de traer el dinero. Y cuando lleguen los genovinos, mi señor, os dejaremos ir.

—¿Me dejaréis ir? —El conde estaba sorprendido.

—¿De qué me servís? —preguntó Thomas—. Tardarían meses en reunir vuestro rescate, y en ese tiempo consumiríais un valor mucho mayor que el del rescate en comida. No, os dejaré marchar. Y ahora, mi señor, cuando hayáis enviado a buscar las monedas, ¿permitiríais que mis hombres os quitaran esa flecha del muslo?

Hicieron traer a un hombre de armas de entre los prisioneros, le dieron un caballo y lo enviaron al sur con el mensaje. Luego Thomas llamó al hermano Michael.

—¿Sabéis cómo se saca una flecha de la carne?

El joven monje adoptó una expresión alarmada.

—No, señor.

—Pues fijaos en cómo lo hace Sam. Podéis aprender.

—No quiero aprender —soltó el hermano Michael, que pareció avergonzarse.

—¿No queréis aprender?

—No me gusta la medicina —confesó el monje—, pero mi abad se empeñó.

—¿Qué es lo que queréis hacer? —le preguntó Thomas.

Michael puso cara de desconcierto.

—¿Servir a Dios? —sugirió.

—Pues servidle aprendiendo a sacar flechas —sentenció.

—Será mejor que recéis para que sea de punzón —explicó Sam al conde alegremente—. Va a doler de todos modos, pero puedo sacar una flecha de punzón en un abrir y cerrar de ojos. Si es una flecha de carne tendré que cortarla. ¿Estáis listo?

—¿De punzón? —preguntó el conde con voz débil. Sam había hablado en inglés pero el conde lo había entendido a medias.

Sam sacó dos flechas de su bolsa. Una de ellas tenía una punta larga y fina, sin engorras.

—Una flecha de punzón, mi señor. Hecha para atravesar fácilmente la armadura. —Le dio unos golpecitos con la segunda flecha, que tenía una cabeza triangular armada con engorras—. Una flecha para carne —dijo. Se sacó un cuchillo corto del cinturón—. Solo tardaré un momento. ¿Estáis listo?

—¡Ya me atenderá mi médico! —gritó el conde a Thomas.

—Como deseáis, mi señor —respondió Thomas—. ¿Sam? Corta el asta y véndale.

El conde chilló cuando le cortaron la flecha. Thomas se alejó a caballo para ir adonde estaba el señor de Villon tendido en su carro. El hombre estaba hecho un

ovillo, desnudo y ensangrentado. Desmontó, ató el caballo a las varas del vehículo y llamó a Villon por su nombre. El conde no se movió, así que trepó al carro, le dio la vuelta y vio que había muerto. En el carro había sangre coagulada como para llenar un par de cubos. Hizo una mueca y bajó de un salto, limpiándose las botas en la hierba pálida antes de acercarse al carro con jaula desde el que la condesa Bertille lo miró con unos ojos como platos.

—El señor de Villon ha muerto —le informó.

—¿Por qué no matasteis al señor de Labrouillade? —preguntó la mujer haciendo un movimiento de la cabeza hacia el lugar en el que estaba su esposo.

—No mato a un hombre por deberme dinero —contestó Thomas—, solo por negarse a pagármelo. —Desenvainó la espada y la utilizó para partir la endeble cerradura de la puerta de la jaula. Luego tendió la mano a la condesa para ayudarla a bajar a la hierba—. Vuestro esposo será libre de marcharse muy pronto —le explicó—. Y vos también, mi señora.

—¡Yo no voy a irme con él! —declaró con aire desafiante. Se dirigió con paso airado hacia donde el conde estaba tendido en la hierba—. Puede dormir con los cerdos —sentenció señalando los dos animales muertos tendidos en lo alto de la jaula—, no notará la diferencia.

El conde intentó ponerse de pie para abofetear a su esposa, pero Sam le estaba vendando la herida con una tira de lino arrancada de la camisa de un muerto y tiró fuerte de la venda, con lo que el conde volvió a chillar de dolor.

—Lo siento, mi señor —se excusó Sam—. Quedaos quieto, sire, solo será un momento.

La condesa le escupió y se alejó.

—¡Traed aquí a esa zorra! —gritó el conde.

La condesa siguió andando, sujetándose el vestido desgarrado contra los pechos. Genevieve le tocó el hombro, le dijo algo y luego se acercó a Thomas.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—No es mía como para poder hacer nada con ella —respondió Thomas—, pero no puede venir con nosotros.

—¿Por qué no? —preguntó Genevieve.

—Cuando nos marchemos de aquí —explicó a su esposa— tenemos que ir a Mouthoumet. Podría ser que tuviéramos que luchar para llegar allí. No podemos llevar con nosotros bocas inútiles que nos retrasen.

Genevieve esbozó una breve sonrisa y miró a los ballesteros sentados al borde del bosque del norte. Ninguno de ellos tenía un arma, solo observaban la humillación de su señor.

—Se te ha endurecido el alma, Thomas —comentó en voz baja.

—Soy un soldado.

—Eras un soldado cuando te conocí —replicó Genevieve—, y yo era una prisionera acusada de herejía, excomulgada y condenada a muerte, pero tú te me llevaste contigo. ¿Fui solo una boca inútil?

—Es problemática —afirmó él con irritación.

—¿Y yo no lo era?

—¿Pero qué haremos con ella? —preguntó él.

—Alejarla.

—¿De qué?

—¿De ese cerdo que tiene por marido? —replicó ella—. ¿De un futuro en un convento? ¿De que la hagan pedazos unas monjas resacas que odian su belleza? Tiene que hacer lo que hice yo; encontrar su futuro.

—Su futuro —replicó *le Bâtard*— es provocar problemas entre los hombres.

—Bien —repuso Genevieve—, porque los hombres ya causan suficientes problemas a las mujeres. Yo la protegeré.

—¡Dios santo! —exclamó Thomas con exasperación, y se volvió a mirar a Bertille.

Pensó que poseía una belleza poco habitual. Sus hombres la miraban con mal disimulado deseo y él no podía culparles; morirían por una mujer como Bertille. El hermano Michael había encontrado una capa enrollada detrás del arzón trasero de la silla del conde, la desplegó de una sacudida, se la llevo a Bertille y se la ofreció para que cubriera su vestido roto. Ella le dijo algo y el joven monje se puso rojo como las nubes del oeste.

—Parece ser que ya tiene un protector —comentó Thomas.

—Yo lo haré mejor —dijo Genevieve, que se acercó al caballo del conde y cogió el cuchillo de castrar manchado de sangre que estaba colgado por una lazada del pomo de la silla. Fue hacia el conde, que se estremeció al ver la hoja y lanzó una mirada furibunda a la mujer que lo miraba con desprecio—. Vuestra esposa vendrá con nosotros —le dijo—, y si lleváis a cabo algún intento de recuperarla yo misma os caparé. Lo haré cortando lentamente y os haré gritar como el cerdo que sois. —Le escupió y se marchó.

«Otro enemigo», pensó Thomas.

Los genovinos llegaron cuando el atardecer empezaba a convertirse en noche. Las monedas iban cargadas en dos caballos y cuando *le Bâtard* se cercioró de que estaban todas, regresó junto al conde.

—Me quedaré todas las monedas, mi señor; las malas y las buenas. Me habéis pagado dos veces, el segundo pago es por las molestias que me habéis causado hoy.

—Os mataré —le dijo el conde.

—Fue un placer servirlos, mi señor —repuso él.

Montó y condujo a sus hombres y a todos los caballos capturados hacia el oeste.

Las primeras estrellas salpicaban el cielo que se oscurecía. De pronto hacía frío, había empezado a soplar un viento del norte que traía indicios del invierno.

Él pensó que en la primavera que seguiría habría otra guerra, pero primero tenía que ir a Armagnac.

Así pues, el *hellequin* cabalgó hacia el norte.

3

A fray Ferdinand le hubiese resultado muy fácil robar un caballo. El ejército del príncipe de Gales había dejado sus monturas a las afueras de Carcasona y los pocos soldados que vigilaban a los animales estaban cansados y aburridos. Los corceles, esos caballos grandes que montaban los hombres de armas, estaban mejor guardados, pero las monturas de los arqueros estaban en un cercado y el fraile dominico podría haberse llevado una docena. Sin embargo un hombre solo a caballo se distingue fácilmente, es un blanco para los bandidos, y él no se atrevía a arriesgarse a perder *la Malice*, por lo que prefirió ir caminando.

Tardó diez días en llegar a casa. Durante un tiempo viajó con unos comerciantes que habían contratado a una docena de hombres de armas para que protegieran su mercancía, pero al cabo de cuatro días ellos tomaron el camino del sur que iba a Montpellier y fray Ferdinand continuó hacia el norte. Uno de los comerciantes le había preguntado por qué llevaba *la Malice* y el fraile se había encogido de hombros.

—Solo es una espada vieja —había dicho—, tal vez pueda ir bien para cortar el heno, ¿no?

—No parece que pueda cortar ni la mantequilla —había comentado el comerciante—. Harías mejor fundiéndola.

—Y quizá lo haga.

Había escuchado comentarios durante el viaje, aunque ese tipo de historias de viajeros siempre eran poco fiables. Se decía que el devastador ejército inglés había quemado Narbona y Villefranche, otros decían que la mismísima Toulouse había caído. Los comerciantes habían refunfuñado.

La *chevauchée* de los ingleses era una táctica para destruir el poder de un país, privar a los señores de los impuestos, quemar sus molinos, arrancar sus viñedos y demoler ciudades enteras, y la única forma de detener semejante fuerza destructiva era con otro ejército. Pero el rey de Francia seguía estando en el norte, lejos de allí, y el príncipe de Gales continuaba desmandándose en el sur.

—El rey Juan debería venir —había dicho uno de los comerciantes— y matar a ese principito inglés, de lo contrario no habrá Francia que gobernar.

Fray Ferdinand había guardado silencio; su presencia ponía nerviosos a los demás viajeros. Era un hombre flaco, severo y misterioso, aunque sus compañeros agradecieron que no predicara. Los frailes dominicos eran una orden de predicadores destinados a vagar por el mundo, que fomentaban la pobreza para lograr la divinidad. Cuando los comerciantes se dirigieron al sur le dieron dinero, un dinero que fray Ferdinand imaginó que era para agradecerle su silencio. Aceptó la caridad, ofreció una bendición a los donantes y se encaminó solo hacia el norte.

No se separó de las zonas boscosas de la campiña para evitar toparse con

desconocidos. Sabía que había *coredors*, bandidos y salteadores a los que no les importaría nada robar a un fraile. Pensó que el mundo se estaba volviendo malvado y rezó para que Dios le protegiera. Sus oraciones fueron escuchadas; no vio bandidos, no se topó con ningún enemigo y, a última hora de la tarde de un martes, llegó a Agout, el pueblo al sur de las montañas donde estaba la torre. Fue a la posada. Allí se enteró de la noticia.

El señor de Mouthoumet estaba muerto. Lo había visitado un sacerdote acompañado por unos hombres de armas y, cuando este se marchó, el señor de Mouthoumet estaba muerto. Ya lo habían enterrado, pero los hombres de armas se habían quedado en la torre hasta que vinieron unos ingleses. Hubo una pelea y los recién llegados habían matado a tres de los hombres del sacerdote y el resto había huido.

—¿Los ingleses siguen allí?

—Ellos también se marcharon.

Al día siguiente fray Ferdinand fue a la torre, donde encontró al ama de llaves del señor de Mouthoumet, una mujer parlanchina que se arrodilló para que el fraile le bendijera pero que ni siquiera dejó de charlar mientras él lo hacía. La mujer le contó que había llegado un sacerdote, «¡Qué grosero era!», y luego se marchó y los hombres que se quedaron registraron la torre y el pueblo.

—Eran unas bestias —exclamó la mujer—. ¡Franceses! ¡Pero unas bestias! Luego vinieron los ingleses. —Dijo que esos llevaban una insignia en la que se veía a un extraño animal sosteniendo una copa.

—El *hellequin* —dijo fray Ferdinand.

—¿*Hellequin*?

—Es un nombre del que se enorgullecen. Los hombres deberían sufrir por semejante orgullo.

—Amén.

—¿Pero el *hellequin* no mató al señor de Mouthoumet? —preguntó el fraile.

—Ya estaba enterrado cuando ellos llegaron. —Hizo la señal de la cruz—. No, los franceses lo mataron. Venían de Aviñón.

—¡Aviñón!

—El sacerdote venía de allí. Lo llamaban padre Calade. —Hizo la señal de la cruz—. Tenía los ojos verdes y no me gustó. ¡Cegaron al señor! ¡El sacerdote le sacó los ojos!

—Dios mío —musitó fray Ferdinand—. ¿Cómo sabéis que venían de Aviñón?

—¡Lo dijeron ellos! ¡Los hombres a los que dejaron aquí nos lo confirmaron! Dijeron que si no les dábamos lo que querían, seríamos todos condenados por el mismísimo Santo Padre. —Hizo una pausa lo bastante larga para santiguarse—. Los ingleses también preguntaron. No me gustó su jefe. Una de sus manos era como la

zarpa del diablo; como una garra. Fue cortés —admitió con renuencia—, pero era duro. ¡Y por su mano supe que era malvado!

Fray Ferdinand sabía lo supersticiosa que era la anciana; una buena mujer, pero que veía augurios en las nubes, en las flores, en los perros, en el humo... y en cualquier cosa.

—¿Preguntaron por mí?

—No.

—Bien. —El fraile había encontrado refugio en Mouthoumet. Se estaba haciendo demasiado viejo para recorrer los caminos de Francia dependiendo de la bondad de los desconocidos para procurarse cama y comida. Hacía un año había llegado a la torre y el anciano lo había invitado a quedarse. Habían charlado, comido juntos, jugado al ajedrez y el conde le había contado todas las viejas historias sobre los Señores Oscuros—. Creo que los ingleses regresarán —vaticinó el fraile—, y tal vez los franceses también.

—¿Por qué?

—Están buscando algo —contestó.

—¡Ya lo buscaron! Si hasta cavaron en las tumbas recientes, pero no encontraron nada. Los ingleses se fueron a Aviñón.

—¿Lo sabéis?

—Eso fue lo que dijeron. Que seguirían al padre Calade hasta Aviñón. —Volvió a santiguarse—. ¿Qué querría un sacerdote de Aviñón de este lugar? ¿Por qué vinieron los ingleses a Mouthoumet?

—Por esto —respondió fray Ferdinand, y le mostró la vieja espada.

—¡Pues si esto es lo único que quieren, dádsele! —exclamó la mujer con desprecio.

El conde de Mouthoumet temía que los ingleses desbocados saquearan las tumbas de Carcasona y le había rogado al fraile que rescatara *la Malice*. Fray Ferdinand sospechaba que lo que el anciano quería en realidad era tocar la espada con sus propias manos, ver aquel objeto milagroso que sus antepasados habían protegido. Una reliquia de tal poder que su posesión podía enviar el alma de un hombre directamente al Cielo. Y tales fueron los ruegos desesperados del anciano, que fray Ferdinand había accedido.

Había rescatado *la Malice*, pero sus compañeros frailes estaban predicando que la espada era la llave del Paraíso y por toda la cristiandad había hombres que codiciaban la hoja. ¿Por qué predicarían eso? Sospechaba que la culpa era suya.

Después de que el conde le hubiera contado la leyenda de *la Malice*, él había caminado hasta Aviñón obedientemente, donde refirió la historia al maestro general de su orden. Este, un buen hombre, había sonreído y le había dicho que cada año se contaban miles de historias parecidas y que nunca había ninguna que fuera cierta.

«¿Os acordáis hace diez años?», le había preguntado el maestro general, «¿Cuándo llegó la peste y toda la cristiandad creyó que se había visto el Grial? ¿Y antes de eso qué fue? ¡Ah, la lanza de san Jorge! Y eso también fue un disparate, pero os agradezco que me lo hayáis contado, hermano».

El maestro había despedido a fray Ferdinand con una bendición, pero quizá este hubiera hablado con otros de la reliquia. Y ahora, gracias a los padres predicadores, el rumor había infestado Europa.

—Aquel que deba gobernarnos la encontrará y será bendecido —dijo el fraile.

—¿Qué significa eso? —preguntó la anciana.

—Significa que algunos hombres se vuelven locos buscando a Dios —explicó él—. Significa que todo aquel que quiere poder busca una señal de Dios.

La mujer frunció el ceño porque no lo entendió, pero de todos modos creía que fray Ferdinand era un hombre extraño.

—El mundo está loco —declaró, eligiendo esa palabra—. ¡Dicen que los diablos ingleses han quemado media Francia! ¿Dónde está el rey?

—Cuando vengan los ingleses —dijo fray Ferdinand—, u otros cualesquiera, decidles que me he ido al sur.

—¿Os marcháis?

—No estaré a salvo si me quedo aquí. Quizá regrese cuando termine esta locura, pero de momento voy a irme a las altas montañas junto a España. Creo que me esconderé allí.

—¡A España! ¡Allí tienen demonios!

—Iré a las montañas —tranquilizó a la mujer—, cerca de los ángeles. —Y a la mañana siguiente se encaminó hacia el sur. Pero cuando ya había perdido de vista el pueblo y estuvo seguro de que nadie lo veía, torció hacia el norte. Tenía un largo camino que recorrer y un tesoro que proteger.

Devolvería *la Malice* a su legítimo propietario. Iría a Poitou.

Un hombre menudo, de tez morena y expresión ceñuda, con una mata de pelo negro manchado de pintura, estaba subido a un andamio alto y utilizaba un pincel para dar unos toques de pigmento marrón en un techo abovedado. Cuando habló, fue en un idioma que Thomas no entendió.

—¿Habláis francés? —le preguntó *le Bâtard*.

—Aquí todos tenemos que hablar francés —respondió el pintor pasando a dicho idioma, que hablaba con un acento abominable—. Por supuesto que hablamos el condenado francés. ¿Habéis venido a darme consejos?

—¿Sobre qué?

—Sobre el fresco, claro está, idiota. ¿No os gusta el color de las nubes? ¿Los muslos de la virgen son demasiado grandes? ¿Las cabezas de los ángeles son

demasiado pequeñas? Eso es lo que me dijeron ayer —apuntó con el pincel a la zona del techo en la que unos ángeles voladores tocaban la trompeta en honor a la Virgen—. Que tienen la cabeza demasiado pequeña, me criticaron. ¿Pero desde dónde miraban? ¡Desde lo alto de una de mis escaleras! Desde el suelo se ven perfectos. Por supuesto que son perfectos. Los pinté yo. Y también pinté los dedos de los pies de la Virgen. —Dio unas pinceladas enojadas en el techo—. ¡Y esos malditos dominicos adujeron que era una herejía! ¿Una herejía mostrar los dedos de los pies de la Virgen? ¡Por el amor de Dios! En Siena la pinté con las tetas desnudas y allí nadie amenazó con quemarme. —Dio unos toquecitos con el pincel y se inclinó hacia atrás—. Lo siento, *ma chérie* —murmuró a la imagen de María que estaba pintando en el techo—, no se te permite tener tetas y ahora has perdido los dedos de los pies, pero ya volverán.

—¿Volverán? —inquirió Thomas.

—El enlucido está seco —gruñó el pintor como si la respuesta fuera evidente—. Y si pintas encima de un fresco cuando está seco, esa pintura se pelará como las costras de una puta. Tardará unos años, pero sus dedos heréticos volverán a aparecer, aunque eso los dominicos no lo saben porque son unos malditos idiotas. —Cambió a su italiano nativo e insultó a sus dos ayudantes, los cuales estaban utilizando una mano de mortero enorme para mezclar el nuevo enlucido en un barril—. Ellos también son idiotas —añadió dirigiéndose a Thomas.

—¿Tenéis que pintar sobre el yeso húmedo? —preguntó él.

—¿Habéis venido aquí para recibir una lección sobre pintura? Pues mejor será que me paguéis por ello. ¿Quién sois?

—Me llamo d’Evecque —contestó Thomas. No quería que lo conocieran por su verdadero nombre en Aviñón. Tenía muchos enemigos en la Iglesia y Aviñón era la sede del Papa, lo cual significaba que la ciudad estaba abarrotada de sacerdotes, monjes y frailes.

Había ido hasta allí porque la desagradable mujer de Mouthoumet le había asegurado que el misterioso padre Calade llegaba desde Aviñón, pero ahora tenía la sensación de que estaba perdiendo el tiempo. Había preguntado a una docena de sacerdotes si conocían a un tal padre Calade y ninguno de ellos había reconocido el nombre, aunque tampoco le habían reconocido a él ni sabían que había sido excomulgado.

Ahora era un hereje, había perdido la gracia de la Iglesia, era un hombre al que había que dar caza y quemar, pero no pudo resistirse a visitar el gran palacio-fortaleza del papado. En Roma también había un papa, por el cisma en la Iglesia, pero Aviñón ostentaba el poder y Thomas quedó asombrado al ver el despliegue de riqueza que había en aquel vasto edificio.

—A juzgar por vuestro acento —dijo el pintor—, diría que sois normando, ¿no?

O tal vez inglés, ¿eh?

—Soy normando —repuso.

—¿Y qué hace un normando tan lejos de su casa?

—Me gustaría ver al Santo Padre.

—¡Pues claro, diantre! Pero, ¿qué estáis haciendo aquí? ¿En la *Salle des Herses*?

La Salle des Herses era una habitación a la que se accedía desde la gran sala de audiencias del palacio papal que, en otra época, había contenido el mecanismo que bajaba el rastrillo de la puerta de palacio. Evidentemente aquel sistema de polea y cabrestante se había retirado de allí hacía mucho tiempo para que la sala pudiera convertirse en otra capilla. Thomas vaciló antes de responder y luego dijo la verdad.

—Buscaba un sitio en el que mear.

—En ese rincón. —El pintor se lo indicó con el pincel—. En ese agujero que hay debajo del retrato de san José. Es por donde entran las ratas, así que hacedme un favor y ahogad a unas cuantas de esas cabronas. ¿Y qué queréis del Santo Padre? ¿La remisión de los pecados? ¿Un pase gratuito a los Cielos? ¿A uno de los chicos del coro?

—Solo una bendición —contestó.

—Pedís muy poco, normando. Pedid mucho, así tal vez consigáis algo. O puede que no consigáis nada. Este Santo Padre no es susceptible a los sobornos. —El pintor bajó del andamio, observó su nuevo trabajo haciendo muecas, y se dirigió a una mesa llena de pequeños tarros de valiosos pigmentos—. ¡Es una suerte que no seáis inglés! Al Santo Padre no le gustan los ingleses.

Thomas se abrochó los calzones.

—Ah, ¿no?

—No —contestó el pintor—. ¿Que cómo lo sé? Porque yo lo sé todo. ¡Yo pinto y ellos no me hacen caso porque no me ven! Soy Giacomo, el del andamio, y ellos hablan cuando están debajo de mí. Aquí no —soltó, como si la sala que estaba decorando no valiera la pena el esfuerzo—, pero también estoy pintando encima de las tetas desnudas de los ángeles en el Salón del Cónclave y allí es donde hablan. ¡Charlan, charlan y charlan! Son como pájaros, piando con las cabezas juntas. Giacomo está ocupado tapando tetas en lo alto del andamio y ellos se olvidan de que estoy ahí arriba.

—¿Y qué dice el Santo Padre de los ingleses?

—¿Queréis saber lo que yo sé? Pues pagad.

—¿Queréis que arroje pintura en vuestro techo?

Giacomo se echó a reír.

—He oído, normando, que el Santo Padre quiere que los franceses derroten a los ingleses. Ahora mismo hay tres cardenales franceses aquí, todos gimoteándole al oído, pero él no necesita que lo animen. Ha pedido a Borgoña que luche junto a

Francia. Ha enviado mensajes a Tolouse, Provenza, el Dauphiné e incluso a Gascuña diciendo a los hombres que su deber es resistir a Inglaterra. Recordad que el Santo Padre es francés. Quiere que Francia vuelva a ser fuerte. Lo bastante fuerte como para pagar los impuestos adecuados a la Iglesia. Aquí los ingleses no gozan de muchas simpatías. —Hizo una pausa y miró a Thomas con expresión astuta—. Así pues, es una suerte que no seáis inglés, ¿eh?

—Es una suerte —coincidió él.

—El Santo Padre maldeciría a un inglés. —Giacomo se rio. Volvió a trepar al andamio y siguió hablando mientras subía—. ¡Los escoceses han enviado soldados a luchar por Francia y el Santo Padre está contento! Dice que los escoceses son hijos fieles de la Iglesia, pero él quiere que los ingleses... —hizo una pausa para dar una pincelada— sean castigados. ¿Y habéis venido hasta aquí solo para una bendición?

Thomas se había dirigido al extremo de la sala, donde había una vieja pintura descolorida en la pared.

—Para una bendición —respondió— y para buscar a un hombre.

—¡Ah! ¿A quién?

—¿Al padre Calade?

—¡Calade! —Giacomo negó con la cabeza—. Sé de un padre Callait, pero no Calade.

—¿Sois de Italia? —le preguntó *le Bâtard*.

—Por la gracia de Dios, provengo de Corbola, que es una ciudad veneciana —dijo Giacomo, y a continuación bajó ágilmente del andamio y se acercó a la mesa, donde se limpió las manos con un trapo—. ¡Pues claro que soy de Italia! Si queréis que os pinten algo, pedídselo a un italiano. Si queréis que os pintarrajeen algo, pedídselo a un francés. O pedídselo a esos dos idiotas. —Señaló a sus ayudantes—. ¡Idiotas! ¡Seguid removiendo el yeso! Puede que sean italianos, pero tienen cerebro de francés. ¡Solo tienen espinacas entre los oídos!

Cogió un látigo corto de cuero, como si fuera a azotar a uno de sus ayudantes, pero de repente hincó una rodilla en el suelo. Los dos ayudantes también se arrodillaron y entonces Thomas vio quién había entrado en la habitación, de modo que él también se quitó rápidamente el sombrero y les imitó.

El Santo Padre había entrado en la sala acompañado por cuatro cardenales y una docena de sacerdotes. El Papa Inocencio sonrió al pintor con expresión ausente y levantó la mirada a los frescos recién pintados.

Thomas levantó la cabeza para mirar al Papa. Inocencio VI, que llevaba tres años como cabeza de la Iglesia, era un anciano de cabello ralo, rostro demacrado y manos temblorosas. Vestía una capa roja ribeteada con piel blanca y caminaba ligeramente encorvado, como si tuviera una lesión en la columna, por lo que arrastraba el pie

izquierdo al andar, pero su voz era muy fuerte.

—Estás haciendo un buen trabajo, hijo mío —le dijo al italiano—. ¡Un trabajo excelente! ¡Si esas nubes parecen más reales que las de verdad!

—Todo por la gloria de Dios —masculló Giacomo— y por vuestro renombre, Santo Padre.

—Y por tu propia gloria, hijo mío —dijo el Papa, e hizo un vago gesto de bendición hacia los dos ayudantes—. ¿Y tú también eres pintor, hijo mío? —preguntó a Thomas.

—Soy un soldado, Santo Padre.

—¿De dónde?

—De Normandía, Santo Padre.

—¡Ah! —Inocencio pareció alegrarse al oírlo—. ¿Tienes nombre, hijo mío?

—Guillaume d’Evecque, Santo Padre.

Uno de los cardenales, con su hábito rojo fuertemente apretado por un cinturón que rodeaba su panza de comilón, dejó de examinar el techo y se volvió rápidamente como si fuera a protestar. Cerró la boca, pero siguió fulminando con la mirada a Thomas.

—Y dime, hijo mío —Inocencio no se dio cuenta de la reacción del cardenal—, ¿has jurado lealtad a los ingleses?

—No, Santo Padre.

—¡Tantos normandos lo han hecho! Pero no hace falta que yo te lo diga. ¡Lloro por Francia! Ha habido demasiadas muertes y ya es hora de que haya paz en la cristiandad. Te doy mi bendición, Guillaume. —Extendió la mano. Thomas se levantó, caminó hacia él y se arrodilló de nuevo para besar el anillo del Pescador que el Papa llevaba encima de su guante bordado—. Tienes mi bendición —dijo Inocencio, que puso la mano en la cabeza descubierta de Thomas—, y mis oraciones.

—Y yo rezaré por vos, Santo Padre —exclamó Thomas, preguntándose si sería el primer excomulgado bendecido por un papa—. Rezaré por vuestra larga vida —añadió educadamente.

Notó que la mano que tenía sobre la cabeza temblaba.

—Soy un anciano, hijo mío, ¡y mi médico me dice que me quedan muchos años! Pero los médicos mienten, ¿no es verdad? —Se rio—. El padre Marchant dice que su *calade* me diría si todavía tengo una larga vida por delante, pero prefiero confiar en mis médicos mentirosos.

Thomas contuvo el aliento y, de repente, tomó conciencia de los latidos de su corazón. Parecía hacer frío en la sala, pero un temblor de la mano del Papa hizo que respirara otra vez.

—¿*Calade*, Santo Padre? —preguntó.

—Un pájaro que predice el futuro —contestó el Papa, retirándole la mano de la

cabeza—. ¡No hay duda de que vivimos en una era milagrosa si los pájaros hacen profecías! ¿No es así, padre Marchant?

Un sacerdote alto hizo una reverencia al Papa.

—Su Santidad ya es suficiente milagro.

—¡Ah, no! ¡El milagro está aquí! ¡En la pintura! Es magnífica. Te felicito, hijo mío —volvió a alabar el Papa a Giacomo.

Thomas miró de reojo al padre Marchant y vio a un hombre delgado, de tez morena y ojos que parecían brillar; unos ojos verdes, unos ojos enérgicos, unos ojos aterradores que de repente miraron directamente a Thomas. Él bajó la mirada a las zapatillas del Papa, bordadas con las llaves de san Pedro.

El Papa bendijo a Giacomo y acto seguido, satisfecho por cómo iban progresando los nuevos frescos, salió renqueando de la habitación. Su séquito lo siguió. Todos, menos el cardenal gordo y el sacerdote de ojos verdes, que se quedaron allí. Thomas fue a levantarse, pero el cardenal puso una mano gruesa sobre su cabeza desnuda y le empujó.

—Di tu nombre otra vez —le ordenó el cardenal.

—Guillaume d’Evecque, Eminencia.

—Yo soy el cardenal Bessières —explicó el hombre de hábito rojo sin quitarle la mano de la cabeza—. Cardenal Bessières, cardenal arzobispo de Livorno, legado papal del rey Juan de Francia, que Dios lo bendiga sobre todos los monarcas terrenales. —Hizo una pausa, sin duda esperando a que Thomas repitiera sus últimas palabras.

—Que Dios bendiga a Su Majestad —repuso obedientemente.

—Oí decir que Guillaume d’Evecque había muerto —comentó el cardenal en tono peligroso.

—Mi primo, Eminencia.

—¿Cómo murió?

—La peste —respondió Thomas sin precisar más. Guillaume d’Evecque había sido enemigo de Thomas, luego fue su amigo, y había muerto por la peste, pero no antes de haber luchado a su lado.

—Luchó con los ingleses —afirmó el cardenal.

—Yo también lo he oído, Eminencia, para vergüenza de nuestra familia. Pero apenas conocía a mi primo.

El cardenal retiró la mano y él se puso de pie. El sacerdote de ojos verdes miraba la pintura descolorida de la pared del fondo.

—¿Esto lo pintaste tú? —preguntó a Giacomo.

—No, padre —contestó Giacomo—, es una pintura muy vieja y muy mal hecha, por lo que es probable que lo pintarrajera un francés, o incluso un borgoñón. El Santo Padre quiere que la reemplace.

—Asegúrate de hacerlo.

El tono del sacerdote llamó la atención del cardenal, que miró la vieja pintura. Hasta entonces había estado observando a Thomas con el ceño fruncido, como si dudara de lo que le había dicho, pero al ver la pintura se distrajo. La descolorida imagen mostraba a san Pedro, identificable porque sostenía dos llaves doradas en una mano, ofreciendo una espada a un monje arrodillado. Los dos estaban en un campo cubierto de nieve, aunque en el trozo en el que se arrodillaba el hombre no había. El monje alargaba la mano hacia la espada bajo la mirada de un segundo monje, que atisbaba con temor por los postigos entreabiertos de una pequeña casa nevada. El cardenal se quedó mirando la pintura largo rato y al principio pareció sorprendido, pero luego se estremeció de furia.

—¿Quién es el monje? —preguntó a Giacomo.

—No lo sé, Eminencia —respondió el italiano.

El cardenal dirigió una mirada inquisitiva al sacerdote de ojos verdes, quien se limitó a encogerse de hombros como respuesta. El cardenal frunció el ceño.

—¿Por qué no se ha tapado todavía? —preguntó al pintor.

—Porque el Santo Padre ordenó que pintara los techos antes que las paredes, Eminencia.

—¡Pues tápalo ahora mismo! —le espetó el cardenal—. Tápalo antes de terminar el techo. —Volvió la mirada hacia Thomas—. ¿Por qué estáis aquí? —inquirió.

—Para recibir la bendición del Santo Padre, Eminencia.

El cardenal Bessières puso mala cara. Estaba claro que tenía sospechas sobre el nombre que Thomas le había dado, pero la existencia de la vieja pintura parecía preocuparle aún más.

—¡Tápala! —ordenó otra vez a Giacomo, y miró a Thomas otra vez—. ¿Dónde os alojáis? —le preguntó.

—Cerca de la iglesia de san Bénézet, Eminencia. —Thomas mentía. En realidad había dejado a Genevieve, a Hugh y a una veintena de sus hombres en una taberna al otro lado del gran puente, lejos de la iglesia de san Bénézet. Mintió porque lo último que quería era que el cardenal Bessières tomara un repentino interés por Guillaume d'Evêque. Él había matado al hermano del cardenal, y si Bessières supiera quién era Thomas en realidad, las hogueras de la herejía se encenderían en la gran plaza bajo el palacio papal.

—Tengo curiosidad —comentó el cardenal— por la situación en Normandía. Enviaré a por vos después de las oraciones de la hora nona. El padre Marchant os irá a buscar.

—Así lo haré, en efecto —confirmó el sacerdote, que hizo que sus palabras sonaran como una amenaza.

—Será un honor ayudar a Su Eminencia —repuso Thomas con la cabeza gacha.

—Deshazte de esa pintura —ordenó, de nuevo, el cardenal a Giacomo, y a continuación se marchó de la sala delante de su compañero.

El italiano, que aún estaba de rodillas, soltó aire lentamente.

—No le caéis bien.

—¿Y hay alguien que le caiga bien? —preguntó Thomas.

Giacomo se levantó y empezó a gritar a sus ayudantes.

—¡El yeso se endurecerá si no lo remueven! —explicó su enojo a Thomas—. Tienen gachas por cerebro. Son milaneses, ¿sabéis? De manera que son idiotas. Pero el cardenal Bessières no es ningún idiota, sería un enemigo peligroso, amigo mío.

Giacomo no lo sabía, pero el cardenal ya era enemigo de Thomas, aunque afortunadamente Bessières nunca le había visto y ni siquiera sabía que el inglés estaba en Aviñón. El pintor fue hacia la mesa donde tenía sus pigmentos en tarros pequeños de arcilla.

—Y el cardenal Bessières —continuó diciendo el italiano— tiene esperanzas de ser el próximo Papa. Inocencio es frágil y Bessières no. Podría ser que pronto tuviéramos otro Santo Padre.

—¿Por qué no le gusta esta pintura? —preguntó Thomas señalando la pared del fondo.

—¿Quizá porque tiene buen gusto? ¿O tal vez porque parece que la haya pintado un perro con un pincel metido en el culo?

Thomas se quedó mirando la vieja pintura. El cardenal se había interesado por la historia que contaba y ni Giacomo ni el sacerdote de ojos verdes pudieron responderle, pero estaba claro que quería destruir esa escena para que nadie más averiguara la respuesta. Contaba una historia, en efecto. San Pedro entregaba su espada a un monje en la nieve. Ese monje debía de tener un nombre pero, ¿quién era?

—¿De verdad no sabéis lo que significa la pintura? —le preguntó Thomas a Giacomo.

—¿Una leyenda? —aventuró el italiano con despreocupación.

—¿Pero qué leyenda?

—San Pedro tenía una espada —contestó Giacomo— y supongo que se la está dando a la Iglesia, ¿no? Debería de haberla usado para cortar la mano al pintor y ahorrarnos tener que mirar este horrible pintarrajo.

—Pero por regla general pintan la espada en Getsemaní —comentó Thomas.

Había visto muchas paredes de iglesias pintadas con la escena anterior a la detención de Jesucristo, cuando Pedro desenvainaba una espada y cortaba la oreja al criado del sumo sacerdote, pero nunca había visto a Pedro representado en medio de una nevada.

—De modo que el idiota que pintó esto no conocía las historias —dijo Giacomo.

No obstante, en las pinturas todo tenía un significado. Si un hombre sostenía una

sierra era san Simón, porque Simón había sido serrado en pedazos en su martirio. Un racimo de uvas recordaban a la gente la eucaristía, el rey David llevaba un arpa, san Tadeo una porra o una regla de carpintero, san Jorge se enfrentaba a un dragón y a san Dionisio siempre lo pintaban sosteniendo su cabeza cercenada. Todo tenía significado. Sin embargo, Thomas no tenía ni idea de lo que significaba aquella vieja pintura.

—¿No se supone que los pintores conocéis todos estos símbolos?

—¿Qué símbolos?

—¡La espada, las llaves, la nieve, el hombre en la ventana!

—¡La espada es la espada de san Pedro y las llaves son las llaves del Cielo! ¿Tuvieron que enseñaros a chupar de la teta de vuestra madre?

—¿Y la nieve?

Sin duda la pregunta incomodó a Giacomo, que frunció el ceño.

—El idiota no sabía pintar hierba —decidió al fin—, así que lo embadurnó con encalado barato. ¡No tiene significado! Mañana la desconcharemos y pondremos algo bonito.

Pero quienquiera que hubiese pintado aquella escena se había tomado la molestia de despejar de nieve el trozo en torno al hombre arrodillado, y había pintado la hierba con bastante ingenio, salpicándola de pequeñas flores amarillas y azules. De manera que el rodal sin nieve tenía un significado, al igual que la presencia del segundo monje que miraba con temor desde la ventana de la casita.

—¿Tenéis carboncillo? —preguntó Thomas.

—¡Pues claro que tengo carboncillo! —Giacomo hizo un gesto hacia la mesa donde estaban los pigmentos.

Thomas se dirigió hacia la puerta y se asomó a la gran sala de audiencias. No había indicios del cardenal Bessières ni del sacerdote de ojos verdes, así que cogió un pedazo de carboncillo y se fue hacia la extraña pintura. Escribió sobre ella.

—¿Qué estáis haciendo? —le preguntó Giacomo.

—Quiero que el cardenal vea esto —respondió.

Había escrito *Calix Meus Inebrians* con letras grandes y negras sobre la nieve.

—¿Mi cáliz me embriaga? —preguntó Giacomo, desconcertado.

—Es de un salmo del Libro de David —explicó.

Giacomo frunció el ceño.

—Por Dios que jugáis peligrosamente —comentó.

—Gracias por dejarme mear aquí —se despidió Thomas.

El pintor tenía razón, era peligroso, pero si no podía seguir la pista del padre Calade en aquella ciudad en la que estaban sus enemigos, entonces invitaría a Calade a que lo siguiera a él, y Thomas sospechaba que el padre resultaría ser el sacerdote de ojos muy verdes.

Y el sacerdote de ojos verdes estaba interesado en una vieja y mal pintada representación de dos monjes y san Pedro, pero el tema central de la pintura no había sido el monje arrodillado, ni siquiera la figura con túnica del mismísimo san Pedro, sino la espada.

Y, aunque no podía estar seguro, se convenció de pronto de que aquella espada tenía un nombre: *la Malice*.

Aquel día, mucho antes de las oraciones de la hora nona, y antes de que alguien pudiera encontrarle y someterle a la tortura de la Iglesia, Thomas y su compañía se marcharon de Aviñón.

Llegó el tiempo cálido. Era el momento de salir de campaña y por toda Francia los hombres afilaban las armas, ejercitaban a los caballos y esperaban a que los llamaran para servir al rey. Los ingleses iban a enviar refuerzos a Bretaña y Gascuña y los soldados creían que sin duda el rey Juan reuniría a un gran ejército para aplastarlos. Pero en cambio llevó un ejército más pequeño a los límites con Navarra, al castillo de Breteuil, y allí, frente a las sobrias murallas de la fortaleza, sus hombres construyeron una torre de asedio.

Era una cosa monstruosa, más alta que un campanario: unos andamios de tres pisos posados sobre dos ejes de hierro a los que se unían cuatro enormes ruedas de sólida madera de olmo. La parte delantera y los lados de la torre estaban forrados con planchas de roble, para evitar que la guarnición del castillo acribillara las plataformas con saetas de ballesta, y en aquellos instantes, en el frío del amanecer, los soldados clavaban unas pieles de cuero rígido en aquella armadura de madera. Trabajaban a tan solo unos cuatrocientos pasos del castillo, por lo que de vez en cuando uno de los defensores disparaba la ballesta, pero estaban demasiado lejos y las saetas siempre se quedaban cortas. Cuatro banderas que se estiraban y retorcían a merced del viento ondeaban en lo alto de la torre, dos con la flor de lis francesa y dos que mostraban un hacha, el símbolo del santo patrón de Francia, el martirizado san Dionisio. Por la noche se había levantado un vendaval y el viento aún soplaba con fuerza desde el oeste.

—Un chaparrón, y esta maldita cosa quedará inservible —dijo el señor de Douglas—. ¡No podrán moverla! Se hundirá en el barro.

—Dios está de nuestro lado —repuso su joven compañero tranquilamente.

—Dios —repitió Douglas indignado.

—Vela por nosotros —afirmó el joven.

Este era alto y delgado, tendría veinte o veintiún años a lo sumo, con un rostro extraordinariamente bien parecido. Tenía un pelo rubio peinado hacia atrás desde una frente alta, ojos azules de mirada calmada y boca que parecía constantemente al borde de la sonrisa. Había nacido en Gascuña, donde poseía un feudo que los ingleses

habían confiscado, dejándolo sin los ingresos de sus tierras y cuya pérdida debería haberlo sumido en la pobreza. Pero el señor Roland de Verrec era famoso como el mejor combatiente de justas de Francia.

Algunos afirmaban que Joscelyn de Berat era el mejor, pero en Auxerre, Roland había derrotado a Joscelyn tres veces y luego había atormentado al brutal campeón, Walther de Siegenthaler, con un manejo de la espada espectacular. En Limoges había sido el único que había quedado en pie al final de una violenta batalla campal y en París las mujeres habían suspirado mientras machacaba a dos endurecidos caballeros que le doblaban la edad y multiplicaban su experiencia. Roland de Verrec ganaba los honorarios de un campeón porque era letal.

Y era virgen.

Su escudo negro llevaba el símbolo de la rosa blanca, la rosa sin espinas, la flor de la Virgen María y una muestra orgullosa de su propia pureza. Los hombres a los que derrotaba constantemente en las justas pensaban que estaba loco, las mujeres que lo habían visto pensaban que estaba siendo desaprovechado, pero Roland de Verrec había dedicado su vida a la caballería, a la santidad y al bien.

Era famoso por su virginidad; también era objeto de burlas por ello, aunque nunca se lo decían a la cara y nunca estando al alcance de su rápida espada. También era admirado por su pureza, incluso envidiado, porque se decía que había sido una visión de la mismísima Virgen María la que le había ordenado llevar una vida de santidad. Se le había aparecido cuando tan solo tenía catorce años, lo había tocado y le había dicho que sería bendecido por encima de todos los hombres si se mantenía casto igual que lo era ella. «Te casarás —le había dicho—, pero hasta entonces eres mío». Y él lo era.

Puede que los hombres se burlaran de Roland, pero las mujeres suspiraban por él. Hubo una mujer que se había visto empujada a decirle que era hermoso. Alargó la mano para tocarle la mejilla. «¡Tanta lucha y ni una sola cicatriz!», y él le había apartado la mano como si aquel dedo le quemara.

Él contestó que toda belleza no era nada más que un reflejo de la gracia de Dios. «Si creyera otra cosa, me tentaría la vanidad». Y tal vez sí sufriera de dicha tentación, porque se vestía con excesivo cuidado y siempre llevaba la armadura blanqueada: frotada con arena, vinagre y malla hasta que reflejaba el sol con un brillo deslumbrante. Aquel día, sin embargo, no era así porque el cielo sobre Breteuil estaba encapotado, gris y oscuro.

—Va a llover —refunfuñó el señor de Douglas— y esta maldita torre no nos conducirá a ninguna parte.

—Nos traerá la victoria —afirmó Roland de Verrec con calmada confianza—. El obispo de Châlons la bendijo anoche; no fallará.

—Ni siquiera debería estar aquí —replicó Douglas con un gruñido. El rey Juan

había llamado a los caballeros escoceses para que se sumaran a ese ataque sobre Breteuil, pero los defensores no eran ingleses, eran otros franceses—. Yo no vine aquí a matar franceses —alegó—. Vine a matar ingleses.

—Son navarros —aclaró Roland de Verrec—, enemigos de Francia, y nuestro rey quiere que los derrotemos.

—¡Breteuil es como un maldito grano! —protestó el escocés—. ¿Qué importancia tiene, por el amor de Dios? ¡Dentro no hay ni un jodido inglés!

Roland sonrió.

—Quienquiera que haya dentro, mi señor —dijo en voz baja—, yo cumplo con el mandato de mi rey.

El rey de Francia había hecho caso omiso de los ingleses que había en Calais, Gascuña y Bretaña y había optado en cambio por marchar contra las posesiones del reino de Navarra, en los límites de Normandía. La disputa no era clara y la campaña suponía un desperdicio de recursos, que eran escasos, pues Navarra no podía amenazar a Francia. Sin embargo el rey Juan había decidido luchar. Estaba claro que se trataba de una rencilla familiar, una que el señor de Douglas no comprendía.

—Dejemos que se pudran aquí —dijo— mientras nosotros marchamos contra Inglaterra. Deberíamos estar persiguiendo a *Eduardito* y en cambio estamos meando sobre una chispa en la frontera de Normandía.

—El rey quiere Breteuil —dijo Roland.

—Lo que no quiere es enfrentarse a los ingleses —afirmó Douglas, y sabía que tenía razón. El rey había vacilado desde que los caballeros escoceses habían llegado a Francia. Juan había decidido ir al sur, al día siguiente al oeste y al otro quedarse en el sitio. Ahora, por fin, había marchado contra Navarra. ¡Navarra! Y los ingleses habían salido de sus fortalezas en Gascuña y otra vez estaban causando estragos tierra adentro. Se había reunido otro ejército en la costa sur de Inglaterra, sin duda para desembarcar en Normandía o Bretaña, ¡y el rey Juan estaba en Breteuil! Al señor de Douglas le entraban ganas de llorar solo de pensarlo.

Él había instado al rey francés a que se dirigiera al sur, aplastara a ese pollito de Eduardo, capturara a ese cabrón, pisoteara las entrañas de sus soldados en el barro y, luego, intercambiara al príncipe por el rey escocés encarcelado. En cambio estaban sitiando Breteuil.

Los dos hombres estaban en la plataforma más alta de la torre de asedio. Roland de Verrec se había ofrecido voluntario para encabezar el ataque. La construcción avanzaría pesadamente empujada por docenas de hombres, algunos de los cuales caerían alcanzados por las saetas de las ballestas, pero otros los reemplazarían y, al final, chocaría con estrépito contra el muro del castillo. Entonces los hombres de Roland cortarían las cuerdas que sostenían el puente levadizo que protegía el frente de la plataforma superior. Cuando el puente cayera, crearía una amplia vía de acceso

a las almenas.

Los atacantes lo cruzarían en tropel, profiriendo gritos de guerra. Lo más probable es que los primeros hombres murieran, pero los que llegaran debían retener las almenas capturadas el tiempo suficiente como para que centenares de soldados del rey de Francia treparan por las escaleras de la torre, cargados con la cota de malla, la armadura de placas, los escudos y las armas. Llevaría su tiempo, y los primeros en cruzar el puente tenían que ganar ese tiempo con sus vidas.

Era un gran honor contarse entre aquellos primeros atacantes; un honor que alcanzabas a riesgo de morir, pero Roland de Verrec se había postrado de rodillas frente al rey de Francia y le había rogado que le concediera ese privilegio.

«¿Por qué?», le había preguntado el rey a Roland. Este había explicado que amaba a Francia y que serviría a su rey, que nunca había participado en una batalla, que solo había combatido en torneos y que era hora de que su talento como soldado se empleara en una causa noble.

Todo esto era cierto. Sin embargo, la verdadera razón por la que Roland de Verrec quería encabezar el asalto era porque anhelaba una hazaña, una búsqueda, algún desafío que fuera digno de su pureza. El rey tuvo la gentileza de darle el permiso que solicitaba y luego había concedido el mismo honor a otro hombre; al sobrino del señor de Douglas, Robbie.

—Quieres morir —se había quejado Douglas a Robbie la noche anterior.

—Quiero darme un banquete en el salón de ese castillo mañana por la noche —respondió él.

—¿Para qué? —le había preguntado el señor de Douglas—. ¿Con qué maldito propósito?

—Hablad con él —pidió entonces el señor de Douglas a Roland de Verrec. Por eso había subido a la torre, para convencer a Roland de Verrec, famoso por ser el más noble caballero y el mayor idiota de toda Francia, de que instara a Robbie a cumplir con su deber—. Robbie os respeta —le dijo a Roland—, os admira, quiere ser como vos; así que decidle que su obligación cristiana es combatir a los ingleses y no morir en este lugar miserable.

—Hizo un juramento —repuso Roland de Verrec—. Juró no luchar contra los ingleses, y lo hizo devota y libremente. No puedo aconsejarle que lo rompa, mi señor.

—¡Al carajo el juramento! ¡Hablad con él!

—Un hombre no puede romper un juramento y conservar su alma —replicó Roland con calma—, y vuestro sobrino adquirirá un gran renombre luchando aquí.

—A la mierda el renombre —protestó el señor de Douglas.

Roland se volvió hacia el escocés.

—Mi señor, si pudiera convencer a vuestro sobrino para que luchara contra los ingleses, lo haría. Me halaga que penséis que vuestro sobrino me escucharía, pero en

conciencia cristiana no puedo aconsejarle que rompa un juramento solemne. No sería caballeroso.

—A la mierda también la caballerosidad —maldijo de nuevo el señor de Douglas —, a la mierda Breteuil y a la mierda todos vosotros. —Bajó por la escalera y miró con el ceño fruncido a Robbie, que esperaba junto a los otros cuarenta hombres de armas que encabezarían el asalto al puente levadizo de la torre—. ¡Eres un maldito idiota! —le gritó enojado.

Transcurrió una hora antes de que las pieles estuvieran clavadas por fin en su sitio y empapadas de agua, y para entonces había empezado a caer una fina lluvia fría proveniente del oeste. Los hombres de armas fueron entrando en la torre y los más valientes treparon por las escaleras hasta la plataforma superior para ser los primeros en cruzar.

Robbie Douglas era uno de ellos. Se había puesto una armadura de cuero y malla, pero había decidido no llevar nada de placas, salvo las grebas para protegerse las espinillas y un avambrazo en el antebrazo derecho. El izquierdo se lo resguardaba con el escudo que llevaba el corazón rojo de su clan.

Su espada era vieja pero buena, con una sencilla empuñadura de madera en la que había escondida una uña de san Andrés, el patrón de Escocia. La espada había pertenecido a otro tío suyo, sir William Douglas, caballero de Liddesdale, pero el señor de Douglas lo había asesinado en una disputa familiar. Después de aquello, Robbie se había visto obligado a arrodillarse ante él y jurarle lealtad. «Ahora eres mío», había dicho su tío a sabiendas de que su sobrino tenía cariño a sir William. «Y si no eres mío no eres de nadie, y si no eres de nadie eres un prófugo, y si eres un prófugo puedo matarte. Así pues, ¿qué eres?».

«Soy vuestro», había respondido él mansamente, de rodillas.

Ahora, mientras iba a reunirse con Roland de Verrec en lo alto de la torre, se preguntaba si había elegido bien. Podría haber cabalgado de regreso a la amistad con Thomas de Hookton, pero había tomado una decisión: había jurado lealtad a su tío, por lo que ahora cargaría por un puente levadizo hacia una muerte probable en la muralla de una fortaleza que no significaba nada para él, nada para Escocia y muy poco para cualquier otro. Entonces, ¿por qué unirse al ataque? Porque era un regalo a su familia, pensó. Un gesto para demostrar a los franceses la calidad de los combatientes escoceses. Aquella era una batalla en la que podía luchar con la conciencia tranquila, aunque eso supusiera su muerte.

Hacía una hora que había amanecido cuando el rey de Francia ordenó avanzar a sus ballesteros. Había ochocientos, la mayoría de ellos procedentes de Génova y unos cuantos de Alemania. Todos ellos tenían un asistente que llevaba un escudo grande, un pavés, tras el cual podían resguardarse mientras recargaban el arma. Los ballesteros y los que llevaban sus escudos formaron una falange a cada lado de la

torre, que en aquel momento tenía unos palos largos metidos en la base para que los hombres pudieran empujar el inmenso armatoste.

Detrás de la torre había dos líneas de hombres de armas, los soldados que seguirían a los primeros atacantes por las escaleras para irrumpir en las murallas de Breteuil y que estaban reunidos bajo las banderas de sus señores. El viento seguía soplando con fuerza suficiente para desplegar los coloridos estandartes; un alarde de leones y cruces, corazones y estrellas, franjas y grifos... La baronía de Francia reunida para el ataque. Los sacerdotes caminaban delante de los soldados ofreciendo bendiciones, asegurándoles que Dios estaba a favor de Francia, que la escoria navarra estaba condenada al Infierno y que Jesucristo ayudaría en el asalto.

Entonces apareció una nueva bandera, una azul blasonada con flores de lis doradas, y los hombres de armas vitorearon a su rey, que cabalgaba entre sus filas. Llevaba una armadura de placas bruñida hasta relucir y en torno al cuello una capa de terciopelo rojo que se alzaba al viento. El casco centelleaba y estaba rodeado por una corona de oro con incrustaciones de diamantes. Su caballo, un corcel blanco, levantaba mucho los cascos mientras Juan de Francia cabalgaba entre sus soldados, sin mirar ni a derecha ni a izquierda, hasta que llegó a los palos largos que esperaban a los campesinos que empujarían la torre. Allí dio la vuelta. Frenó su caballo y los hombres creyeron que iba a decir algo, con lo que se hizo el silencio en el campo, pero el rey se limitó a levantar la mano izquierda, como si les diera una bendición, y los vítores empezaron de nuevo.

Algunos soldados se arrodillaron, pero otros miraron con asombro el rostro alargado y pálido del rey, que estaba enmarcado por su casco bruñido. Juan el Bueno, lo llamaban. No porque fuera bueno, sino porque disfrutaba de los placeres mundanos, que eran prerrogativa de un rey. No era un gran guerrero, su genio era notorio y tenía fama de indeciso, pero en aquel momento la caballería de Francia estaba dispuesta a morir por él.

—No tiene mucho sentido que el hombre monte un maldito caballo —refunfuñó el señor de Douglas. Estaba esperando detrás de la torre con media docena de sus escoceses. Iba ataviado con una simple almilla de cuero porque no tenía intención de sumarse al ataque. Él había traído a su compañía para matar ingleses, no para aplastar a unos cuantos navarros—. No puedes subir a las murallas con un jodido caballo.

Sus hombres respondieron con gruñidos de asentimiento, pero se pusieron rígidos cuando el rey, seguido por su séquito, cabalgó hacia ellos.

—De rodillas, cabrones —les ordenó Douglas.

El rey Juan frenó el caballo cerca de él.

—¿Vuestro sobrino combate hoy? —le preguntó.

—Así es, Majestad —contestó.

—Le estamos agradecidos —dijo el rey.

—Estaríais más agradecido si nos condujeráis al sur, sire —repuso el escocés—. Al sur para matar a ese pollito de Eduardo de Gales.

El rey parpadeó. Douglas, era el único de los escoceses que no se había arrodillado y le estaba reprendiendo públicamente, pero sonrió para demostrar que no se había ofendido.

—Iremos al sur en cuanto se haya solucionado este tema —anunció. Tenía una voz fina de tono irritado.

—Me alegro, sire —afirmó Douglas con ferocidad.

—A menos que se interponga algún otro asunto —matizó su primer comentario. Luego levantó la mano en un vago gesto de bendición y siguió adelante. La lluvia empezó a caer con más insistencia.

—A menos que se interponga otro asunto —repitió el señor de Douglas con furia—. Tiene a los ingleses destrozando sus territorios, ¿y cree que podría interferir otro asunto? —Escupió y se dio la vuelta cuando la exclamación de los hombres de armas, que esperaban, anunció que por fin se estaba haciendo avanzar la torre hacia las altas murallas.

Resonaron las trompetas. En lo alto de la torre se había enarbolado una bandera de san Dionisio. La bandera representaba al santo martirizado sosteniendo su propia cabeza cercenada.

Los hombres empujaron la gran torre de asedio, que avanzó a trompicones, y Robbie tuvo que agarrarse a uno de los puntales que sujetaban el puente levadizo en su sitio. Los palos largos atravesaban la base de la torre y sobresalían a ambos lados de la misma. Una gran cantidad de campesinos los impulsaban con fuerza, animados por otros con látigos y por tambores que marcaban un ritmo constante en unas *naqqara*; unas grandes tinas de piel de cabra que retumbaban como cañones.

—Deberíamos tener un cañón —refunfuñó el señor de Douglas.

—Es demasiado caro. —Geoffrey de Charny uno de los más grandes caudillos del rey Juan, fue a situarse junto al señor escocés—. Los cañones cuestan dinero, amigo mío, y la pólvora también, pero Francia no tiene dinero.

—Es más rica que Escocia.

—No se están recaudando impuestos —adujo Geoffrey con desaliento—. ¿Quién pagará a estos hombres? —Señaló a los soldados que esperaban.

—Enviadlos a recaudar los impuestos.

—Se los quedarían. —Geoffrey se santiguó—. Recemos para que haya un caldero lleno de oro en Breteuil.

—Lo único que hay en Breteuil es un puñado de malditos navarros. ¡Deberíamos estar marchando hacia el sur!

—Estoy de acuerdo.

—¿Y por qué no lo hacemos?

—Porque el rey no lo ha ordenado. —Geoffrey observó la torre—. Pero lo hará —añadió en voz baja.

—¿Ah, sí?

—Creo que sí —respondió—. El Papa lo está presionando para que vaya a la guerra y él sabe que no podemos dejar que los malditos ingleses vuelvan a desmadrarse por toda Francia. De manera que sí, lo hará.

A Douglas le hubiese gustado que De Charny pareciera estar más seguro, pero no dijo nada más y siguió al francés para ir a ver cómo la torre se balanceaba y avanzaba a trompicones por la hierba. Los ballesteros ganaban terreno siguiendo el ritmo de la máquina de asalto y, al cabo de unas cincuenta yardas, empezaron a caer los primeros proyectiles desde el castillo, por lo que estos se adelantaron a la carrera y respondieron a los disparos. Su tarea era sencilla: mantener a los defensores agachados detrás de las almenas mientras la adusta torre avanzaba pesadamente.

Las saetas se elevaban con un silbido, golpeaban contra la piedra y sacudían las grandes banderas que colgaban del almenaje. Flechas y más flechas volaban por los aires disparadas por los ballesteros, que luego se agachaban detrás de sus paveses y hacían girar las manivelas que tensaban las cuerdas. Los defensores respondían las andanadas y sus proyectiles caían al suelo con un ruido sordo o golpeaban los paveses con estrépito. No tardaron en empezar a caer también sobre la torre.

Robbie los oyó. Vio que el puente levadizo se estremecía con los golpes, pero este, que ahora estaba engoznado y vertical para formar un muro en la parte delantera de la plataforma superior, estaba hecho de grueso roble cubierto con pieles y ninguna de las flechas navarras penetraba en el cuero y la madera. Solo chocaban contra su objetivo con un golpeteo constante. Por debajo de su posición la torre crujía, se balanceaba y traqueteaba al avanzar. Apenas se podía atisbar por el borde derecho del puente, pero él vio que el castillo estaba a unos doscientos pasos de distancia. Unos gallardetes colgaban del frente de la muralla, muchos de ellos atravesados por las flechas de las ballestas. Las saetas de los defensores se clavaban en la torre de asalto convirtiendo la pared frontal en un paisaje de proyectiles empendolados con tiras de cuero. Los timbales retumbaban, sonaban las trompetas y la máquina avanzó unas cuantas yardas más, inclinándose a veces cuando la hierba se hundía bajo las ruedas.

Unas cuantas saetas de ballesta lanzadas desde las murallas alcanzaron a los campesinos que tanto se esforzaban. Acudieron más para reemplazar a los muertos o heridos. Los hombres de armas les gritaban y azotaban. Ellos empujaban los palos y la gran estructura avanzaba pesadamente, ahora más aprisa.

Tanto que Robbie desenvainó la espada y alzó la vista a una de las cuerdas retorcidas que sostenían el puente en su sitio. Había dos cuerdas de cáñamo, una a cada lado, y cuando estuvieran lo bastante cerca había que cortarlas para que la enorme plancha cayera con estrépito sobre las almenas. Pensó que ya faltaba poco y

besó la empuñadura de la espada en el punto donde estaba escondida la reliquia de san Andrés.

—Vuestro tío —le dijo Roland de Verrec— está enojado con vos. —Al francés se le veía absolutamente calmado mientras el armazón ganaba terreno estrepitosamente y las flechas de los defensores golpeaban con fuerza contra el puente.

—Él siempre está enojado —respondió Robbie. Roland de Verrec lo ponía nervioso. El joven francés era demasiado sereno, estaba demasiado seguro de sí mismo y le hacía sentir como un incompetente; él no estaba seguro de nada.

—Le dije que no podíais romper vuestro juramento —explicó Roland—. No os fue impuesto, ¿verdad?

—No.

—¿Qué sentíais cuando lo hicisteis? —preguntó el francés.

Robbie lo pensó.

—Gratitud —contestó al cabo de unos instantes.

—¿Gratitud?

—Un amigo cuidó de mí durante la peste. Debería haber muerto, pero no lo hice. Él me salvó la vida.

—Dios os salvó la vida —le corrigió Roland—, y lo hizo con un propósito especial. Os envidio. Habéis sido elegido.

—¿Elegido? —preguntó mientras se aferraba al montante cuando la torre se balanceó.

—Estuvisteis enfermo con la peste y sin embargo sobrevivisteis. Dios os necesita por alguna razón. Os saludo. —Roland de Verrec alzó su espada desenvainada—. Os envidio —repitió.

—¿Me envidiáis? ¿A mí? —preguntó sorprendido.

—Yo busco una causa —respondió el francés.

Y entonces la torre se detuvo.

Se detuvo en seco con una sacudida tal que los que iban en ella fueron arrojados a un lado. Una de las ruedas se había metido en un agujero lo bastante grande como para que el vehículo quedara atrapado y, por mucho que empujaran, no podían levantar la rueda y sacarla. Los empujones solo servían para que la torre se torciera aún más hacia la izquierda.

—¡Parad! —gritó un hombre—. ¡Parad!

Los defensores los abuchearon. Las saetas de las ballestas atravesaron la fina lluvia y se clavaron en los campesinos que habían estado empujando. La sangre coloreó la hierba y los hombres gritaban al ritmo que los gruesos viroles se hundían en la carne y destrozaban los huesos.

Geoffrey de Charny echó a correr. Llevaba cota de malla y casco, pero no escudo.

—¡Las palancas! —gritó—. ¡Las palancas! —Había tenido la esperanza de que

esto no ocurriera, pero el francés estaba preparado para ello. Un grupo de hombres equipados con unos sólidos palos de roble corrieron hacia el lado atascado de la torre, donde colocaron unos bloques de madera con aspecto de yunque, que utilizaron como fulcros para poder levantar el lado izquierdo de la torre y permitir que la impulsaran hacia adelante. Otros trajeron cubos llenos de piedras para llenar el agujero y que la rueda trasera pasara por encima.

Las flechas de las ballestas llovían desde las murallas. Dos, tres hombres fueron abatidos. Entonces Geoffrey ordenó a voz en grito a los que sujetaban los paveses más cercanos que llevaran los escudos hasta allí para proteger a los hombres que manejaban las palancas. Pero esto llevó su tiempo y los defensores, envalentonados por la torre encallada, intensificaron aún más su lluvia de proyectiles. Algunos navarros fueron alcanzados por las saetas de las ballestas francesas, pero solo fueron unos pocos porque la guarnición se agachaba detrás de los merlones para volver a flechar sus armas. Geoffrey de Charney parecía tener mucha suerte, porque no llevaba ningún escudo que lo protegiera y, aunque las flechas pasaban cerca de él, ninguna lo alcanzó mientras organizaba a los hombres que meterían las grandes palancas de roble para liberar la torre.

—¡Ahora! —les gritó, y los hombres intentaron levantar el monstruoso armazón.

La primera flecha incendiaria salió disparada desde el castillo.

Era una saeta de ballesta envuelta con leña menuda y protegida por un faldón de cuero. La leña estaba empapada con brea, por lo que el proyectil dejó una ondulante estela de humo negro desde que salió disparado de la muralla hasta que alcanzó la parte inferior de la torre con un golpe sordo. La llama parpadeó brevemente y se apagó, pero una docena más de flechas en llamas siguieron a la primera.

—¡Agua! ¡Agua! —gritó Roland de Verrec.

En la plataforma superior ya había algunos baldes de cuero llenos de agua, gran parte de la cual se había derramado a causa de los bandazos. Pero los hombres de Roland echaron la que quedaba por encima del puente levadizo, de manera que cayera por el frente y empapara las pieles ya mojadas. Las saetas incendiarias no paraban de caer sobre su objetivo y la parte frontal de la torre empezó a humear en diversos puntos, pero el humo solo era el de los proyectiles ardiendo. De momento las pieles húmedas estaban protegiéndoles.

—¡Empujad! —gritó Geoffrey de Charny, y los hombres de las palancas hicieron fuerza. Estas se inclinaron y la torre crujió. En ese momento se partió uno de los maderos, arrojando de bruces a media docena de hombres—. ¡Traed otro palo!

Tardaron cinco minutos en ir a buscar otra palanca. Los hombres volvieron a hacer fuerza y los campesinos empujaron hacia adelante al mismo tiempo. Unos cuantos hombres de armas acudieron para ayudar a tirar de las cuerdas. Los proyectiles de ballesta seguían cayendo sin parar. Se dispararon más flechas

incendiarias, esta vez contra el lado derecho de la torre, y una de ellas se metió por debajo de una de las pieles, alojándose en el revestimiento de roble. Nadie la vio. Se quedó allí, ardiendo. Las llamas fueron subiendo por el espacio entre las pieles y las planchas, ocultas por el cuero, y aunque salía un poco de humo por debajo de la cobertura, en el ambiente había tanto que pasó desapercibido.

Entonces los ballesteros navarros cambiaron de táctica. Algunos de ellos continuaron disparando las flechas en llamas. Otros, desde las troneras de las murallas, apuntaron a los hombres apiñados al lado izquierdo de la torre. El resto apuntaban sus ballestas a lo alto para que las flechas se elevaran hacia el cielo, pendieran allí un instante y cayeran después en picado sobre la plataforma abierta de la estructura de madera. Casi todos los disparos fallaron. Algunos alcanzaron a los hombres que esperaban para empujar en las palancas, pero otras cayeron con estrépito en la plataforma y Roland, temiendo por la vida de sus hombres, les ordenó que sostuvieran los escudos en alto. Pero entonces no podían verter el agua que había empezado a llegar en baldes de cuero... En aquellos momentos la torre se sacudía mientras algunos hombres hacían palanca en un lado y otros empujaban por detrás. Olía a quemado.

—¡Hacedla retroceder! —aconsejó el señor de Douglas a Geoffrey de Charny. Cayó una saeta de ballesta que fue a enterrarse en el suelo a los pies del escocés, el cual le dio una patada con irritación. Los tambores seguían retumbando, las trompetas emitían una mezcolanza de notas y los defensores gritaban a los franceses, que de nuevo empujaron las palancas sin que la torre se moviera. Y fue entonces cuando los defensores navarros desvelaron su última arma.

Era una espringal, una ballesta descomunal que se había montado en el muro y que cuatro hombres tensaban accionando unas manivelas metálicas. Disparaba unos virotes de tres pies de largo y gruesos como una muñeca. La guarnición había optado por mantenerla oculta hasta que la torre estuviera a tan solo unos cien pasos de distancia, pero la desorganización de los franceses los había convencido para utilizarla entonces. Retiraron la gran pantalla de madera que había resguardado el arma y soltaron su flecha de metal.

El proyectil golpeó la parte delantera de la torre, la empujó hacia atrás y fue tanta la fuerza que le dio la verga reforzada de acero de la ballesta gigante, que por lo menos medía diez pies de punta a punta, que la gran cabeza de hierro atravesó cuero y madera y se clavó hasta la mitad en la parte delantera de la torre. Saltaron chispas y una de las pieles se dobló y dejó a la vista las planchas de madera que había debajo. Tres flechas incendiarias se clavaron en la madera desnuda con un ruido sordo mientras la espringal se flechaba laboriosamente.

—¡Haced retroceder esa maldita cosa! —dijo el señor de Douglas con un gruñido. Quizá la torre saliese del agujero si la hacían retroceder en lugar de empujarla

para que lo atravesara. Entonces podría llenarse el hoyo y hacer avanzar otra vez el enorme armatoste.

—¡Cuerdas! —gritó Geoffrey de Charny—. ¡Traed unas cuerdas!

Los hombres de armas observaban ahora en silencio. La torre estaba ligeramente inclinada y envuelta de un humo fino, pero el problema no resultaba evidente, salvo para los que se encontraban junto a ella. El rey, todavía montado en su caballo blanco, avanzó unas cuantas yardas y se detuvo.

—¿Dios está de nuestro lado? —preguntó a un capellán.

—No podría estar de ningún otro, sire.

—Entonces por qué... —El rey empezó a hacer la pregunta y decidió que era mejor no obtener la respuesta. El humo ya se hacía más denso en el lado derecho de la torre, que se estremeció cuando un segundo proyectil de la espringal alcanzó su objetivo. Un hombre de armas se alejó cojeando de las palancas con el muslo atravesado por una flecha mientras los escuderos corrían cargados con cuerdas, pero ya era demasiado tarde.

De pronto se vio fuego en el piso central. Por un momento solo hubo una gran nube de humo, pero luego aparecieron unas llamas que atravesaron la grisura. Las planchas del lado derecho estaban en llamas y no había suficiente agua para apagar aquel fuego.

—Dios puede ser muy veleidoso —dijo el rey con amargura, dando media vuelta y alejándose. Un hombre agitaba una bandera de un lado a otro en las murallas, regocijándose con la derrota francesa. Los tambores y trompetas dejaron de sonar. Los hombres gritaban en la torre, y saltaban de ella para escapar de la hoguera.

Roland no se dio cuenta del fuego hasta que un humo agitado empezó a entrar por el hueco de la escalera.

—¡Abajo! —gritó—. ¡Abajo! —Los primeros soldados se apresuraron a bajar pero una de sus vainas se quedó atascada en los travesaños y de pronto las llamas inundaron el hueco. El hombre atrapado chilló: se estaba asando en su armadura. Otro saltó por encima de él y se rompió una pierna al caer. El hombre que se quemaba estaba sollozando y Roland corrió a ayudarlo, apartando las llamas con sus manos desnudas.

Robbie no hizo nada. Pensó que estaba maldito. Todo lo que tocaba se convertía en cenizas. Falló a Thomas una vez, ahora le fallaba a su tío, se había casado pero su esposa había muerto en su primer parto, y el bebé con ella. «Maldito», pensó, pero siguió sin moverse mientras el humo se hacía cada vez más denso y las llamas lamían la plataforma a sus pies.

En ese instante la torre entera dio un bandazo cuando la alcanzó un tercer proyectil de la espringal. Quedaban tres hombres en la plataforma superior aparte de él y los instó a que intentaran escapar, pero él no podía moverse. Roland bajaba la

escalera con un herido y Dios debía de querer mucho al caballero virgen, porque un fuerte remolino de viento apartó las llamas y el humo mientras bajaba por los travesaños.

—¡Vámonos! —le gritó un soldado, pero él estaba tan desanimado que no podía moverse.

—Marchaos vosotros —dijo a los hombres que estaban con él—. Marchaos.

Desenvainó su arma pensando que al menos podía morir empuñando la espada y se quedó mirando a los tres soldados que intentaban bajar por el andamiaje de maderos de la parte trasera y abierta de la torre. Sin embargo, la intensidad del fuego los abrasaba y tuvieron que saltar todos para salvar la vida. Uno de ellos resultó ileso porque su caída quedó amortiguada por los hombres que había abajo, pero los otros dos se rompieron unos cuantos huesos.

Una de las cuatro banderas que coronaban la torre estaba ardiendo y las flores de lis se convertían en brillantes cenizas. Finalmente la torre se vino abajo. Al principio empezó a caer despacio, entre chispas y crujidos, pero luego el enorme armatoste se desmoronó con más rapidez, volcando como un barco orgulloso que se fuera a pique. Los hombres se alejaron corriendo de la base. Robbie seguía sin poder moverse. Roland había llegado al suelo y el escocés estaba solo encima de la torre que se derrumbaba, aferrado al grueso montante. Se vino abajo pesadamente en medio de una explosión de chispas.

Robbie salió despedido y rodó entre unas llamas pequeñas y un humo espeso, pero dos franceses lo vieron y se adentraron en la humareda para sacarlo. El golpe lo había dejado inconsciente, pero cuando le echaron agua en la cara y le quitaron la cota de malla vieron que milagrosamente estaba ileso.

—Dios os salvó —dijo uno de los soldados. Los navarros abucheaban en la muralla de Breteuil. Una saeta se clavó en un madero de la torre caída, que ahora era un infierno de madera en llamas—. Debemos alejarnos de aquí —dijo el hombre que había rescatado a Robbie.

El otro le trajo la espada mientras el primero lo ayudaba a levantarse y lo guiaba hacia las tiendas francesas.

—Roland, ¿dónde está Roland? —preguntó Robbie. Una última flecha lo persiguió, pero cayó inútilmente en el barro. Aferró su espada. Estaba vivo, pero ¿por qué? Tenía ganas de llorar, pero no se atrevía porque era un soldado. ¿Un soldado de quién? Él era escocés, pero si no podía luchar contra los ingleses, ¿cuál era su utilidad?

—Dios os salvó, amigo mío —le dijo Roland de Verrec, que no había sufrido ningún daño con la destrucción de la torre. El francés extendió la mano para ayudar a Robbie a mantener el equilibrio—. Tenéis un destino sagrado —afirmó.

—¡Un torneo! —exclamó otra voz con un gruñido.

Robbie, aún aturdido, vio a su tío, el señor de Douglas, entre la humareda de la torre en llamas.

—¿Un torneo? —preguntó.

—¡El rey regresa a París y quiere un torneo! ¡Un torneo! ¡Los ingleses se están meando por todo su territorio y él quiere jugar!

—No lo entiendo —masculló Robbie.

—¿No hubo alguien que tocaba el laúd mientras ardía su ciudad?

—Nerón —contestó—. Creo.

—Nosotros vamos a jugar a los torneos mientras los ingleses se mean por toda Francia. No, mientras mean no, mientras sueltan unos enormes zurullos apestosos por todo el valioso territorio del rey Juan. ¿Y acaso a él le importa una mierda? ¡Él quiere un torneo! De modo que ve a por tus caballos, recoge los bártulos y preparémonos para ponernos en marcha. ¡Un torneo! ¡Tendría que haberme quedado en Escocia!

Robbie miró a su alrededor buscando a Roland. No sabía bien por qué, solo sabía que admiraba al joven francés y si alguien podía explicar los motivos por los que Dios les había infligido esta derrota, sin duda era Roland. Pero este estaba inmerso en una conversación con un hombre que llevaba una librea que él no conocía. El jubón de aquel hombre mostraba un caballo verde encabritado en un campo blanco y él no había visto a nadie con esa insignia en el ejército del rey Juan.

El hombre hablaba en voz baja y con fervor con Roland, y pareció que este le hacía unas cuantas preguntas antes de estrechar la mano del desconocido. Cuando Roland se volvió hacia donde él estaba, tenía el rostro bañado de felicidad. Quizá el resto del ejército del rey estuviera abatido porque las esperanzas de Francia eran un montón de madera quemada en un campo mojado, pero Roland de Verrec estaba radiante de alegría.

—Me han dado una misión —le explicó a Robbie—. ¡Una misión!

—Va a haber un torneo en París. Estoy seguro de que os van a necesitar.

—No —dijo Roland—. ¡Hay una doncella en apuros! La han raptado. Un villano se la ha arrebatado a su legítimo esposo y me han encargado su rescate.

Robbie no pudo hacer otra cosa más que quedarse mirando boquiabierto al caballero virgen. Roland había hablado con suma seriedad, como si creyera que de verdad era un caballero de uno de los romances que cantaban los trovadores.

—Os pagarán generosamente, sire —terció el caballero de jubón verde y blanco.

—El honor de la misión ya es suficiente pago —declaró Roland de Verrec, pero se apresuró a añadir—: Aunque si vuestro señor el conde me ofreciera una pequeña muestra de gratitud le estaría agradecido, por supuesto. —Hizo una reverencia a Robbie—. Volveremos a encontrarnos —vaticinó—, y no olvidéis lo que os dije: habéis sido salvado para un gran propósito. Sois bienaventurado. ¡Y yo también! ¡Una misión!

El señor de Douglas se quedó mirando a Roland de Verrec mientras este se alejaba.

—¿De verdad es virgen? —preguntó con incredulidad.

—Él lo jura —contestó Robbie.

—No me extraña que tenga un brazo derecho tan fuerte —dijo el señor de Douglas—, pero debe de estar más loco que un hatajo de jodidas cabras.

Roland de Verrec tenía una misión y Robbie lo envidiaba.

SEGUNDA PARTE

Montpellier

—Perdóname —dijo Thomas.

No era su intención decirlo en voz alta. Hablaba con el crucifijo que había sobre el altar principal en la pequeña iglesia de san Sardos, que se alzaba bajo la fortaleza de Castillon d'Arbizon. Thomas estaba de rodillas. Había encendido seis velas que ardían en el altar lateral de santa Inés, donde un sacerdote joven y pálido contaba unos genovinos nuevos y relucientes.

—Perdonaros por qué, Thomas —le preguntó el sacerdote.

—Él ya lo sabe.

—¿Y vos no?

—Vos decid las misas por mí, padre —repuso Thomas.

—¿Por vos? ¿O por los hombres a los que matasteis?

—Por los hombres a los que maté —respondió Thomas—. ¿Os he dado suficiente dinero?

—Me habéis dado suficiente para construir otra iglesia —contestó el sacerdote—. El remordimiento es caro, Thomas.

Thomas esbozó una sonrisa.

—Eran soldados, padre —alegó—, y murieron obedeciendo a su señor. Les debo la paz en la otra vida, ¿no?

—Su señor feudal era un adúltero —declaró el padre Levonne con severidad. Su predecesor, el padre Medous, había muerto hacía un año y el obispo de Berat había enviado al padre Levonne como sustituto. Thomas había sospechado que el recién llegado era un espía, porque el obispo apoyaba al conde de Berat, el cual había poseído Castillon d'Arbizon y quería recuperar la ciudad, pero por lo visto el obispo había enviado allí al sacerdote para quitarse de encima un incordio.

—Provocaba los remordimientos del obispo —le había explicado Levonne a Thomas.

—¿Remordimientos?

—Yo predico contra el pecado, sire —había dicho Levonne—, y al obispo no le gustaban mis sermones.

Desde aquella conversación, el padre Levonne había empezado a llamar a Thomas por su nombre y Thomas había llegado a depender de los consejos de aquel sacerdote joven y entusiasta. Siempre que regresaba de una incursión en territorio enemigo iba a la iglesia de san Sardos, se confesaba y pagaba para que se dijeran misas por los hombres a los que había matado.

—De modo que como el conde de Villon era un adúltero, merecía que lo castraran y lo mataran, ¿no? —le preguntó entonces Thomas—. Padre, si eso fuera cierto, tendrían que dar muerte a media ciudad.

—¿A media solamente? —preguntó el padre Levonne, divertido—. Personalmente hablando —prosiguió—, hubiese preferido que Dios determinara el castigo de Villon, pero quizá Dios os eligió a vos como instrumento.

—¿Hice mal?

—Decídmelo vos.

—Vos decid las misas, padre —dijo Thomas.

—Y la condesa de Labrouillade —continuó diciendo el padre Levonne—, una adúltera desvergonzada, está aquí en el castillo.

—¿Queréis que la mate?

—Dios decidirá su destino —respondió el sacerdote con voz suave—, pero puede que el conde de Labrouillade no espere a que eso ocurra. Él intentará reclamarla. La ciudad prospera, Thomas. No quiero que Labrouillade ni nadie más la invada. Mandadla lejos, muy lejos.

—Labrouillade no vendrá aquí —afirmó Thomas en tono vengativo—, no es más que un gordo idiota y me tiene miedo.

—El conde de Berat también es un idiota —replicó el sacerdote—. Un idiota rico y valiente, y está buscando aliados para luchar contra vos.

—Solo porque ha perdido todas las veces que ya lo ha intentado —dijo Thomas.

Él había capturado la ciudad y el castillo del conde, quien en dos ocasiones intentó reclamar la propiedad y en ambas había sido derrotado. La ciudad se encontraba en el extremo sur del Condado de Berat y estaba protegida por unas altas murallas de piedra y por el río, que fluía por tres lados del peñasco en el que estaba emplazada. Por encima de la ciudad estaba el castillo, en la alta cima rocosa del farallón. El castillo no era grande, pero era alto y sólido y estaba protegido por una torre de entrada nueva e inmensa que sustituía al antiguo acceso que había sido derribado por un cañón. La bandera del conde de Northampton, el león y las estrellas, ondeaba en ella y también en la torre del homenaje, pero todos sabían que era Thomas de Hookton, *le Bâtard*, quien había tomado el castillo. Era la base desde la cual su *hellequin* podría cabalgar al este y al norte para adentrarse en territorio enemigo.

—El conde volverá a intentarlo —advirtió Levonne a Thomas—, y puede que la próxima vez Labrouillade lo ayude.

—Y no solamente Labrouillade —dijo Thomas con seriedad.

—¿Habéis hecho nuevos enemigos? —le preguntó el padre Levonne con fingido desprecio—. Estoy asombrado.

Él alzó la mirada al crucifijo. La iglesia de san Sardos era pobre cuando él había capturado la ciudad, pero ahora sus riquezas relucían. Las estatuas de los santos estaban recién pintadas y adornadas con cuentas de piedras semipreciosas. La Virgen llevaba una corona de plata. Los candelabros y recipientes del altar eran de plata y

bañados de oro. En las paredes resplandecían las pinturas de san Sardos, santa Inés y del Juicio Final. Thomas lo había pagado todo, igual que entregó dinero para decorar las otras dos iglesias de la ciudad.

—He hecho nuevos enemigos —afirmó sin dejar de mirar al Cristo manchado de sangre en la cruz bañada en bronce—, pero primero, padre, decidme ¿qué santo se arrodilla en un rodal en la nieve?

—¿En un rodal en la nieve? —preguntó el padre Levonne, divertido, y entonces vio que Thomas permanecía serio—. ¿Santa Eulalia, quizá?

—¿Eulalia?

—Fue perseguida —explicó el padre Levonne— y sus atormentadores la arrojaron desnuda a la calle para avergonzarla, pero el Señor le mandó una tormenta de nieve que cubriera su desnudez.

—No —dijo Thomas—, este era un hombre y la nieve parecía evitarlo.

—¿San Wenceslao, entonces? ¿El rey? Según nos dicen la nieve se derretía a su paso.

—Era un monje —respondió—, y en la pintura que vi está arrodillado en la hierba y la nieve lo rodea pero no lo cubre.

—¿Dónde estaba esta pintura?

Thomas le contó el encuentro con el Papa en la *Salle des Herses* en Aviñón y le habló de la vieja pintura de la pared.

—El hombre no estaba solo —explicó—, hay otro monje que lo observa desde una casita y san Pedro le está entregando una espada.

—Ah —dijo el padre Levonne en un tono extrañamente pesaroso—, la espada de Pedro.

Él frunció el ceño al oír el tono de voz del sacerdote.

—Hacéis que parezca algo maligno. ¿Es mala esa espada?

El padre Levonne hizo caso omiso de la pregunta.

—¿Decís que conocisteis al Santo Padre? ¿Cómo es?

—Frágil —respondió Thomas—, y muy cortés.

—Nos han pedido que recemos por su salud —comentó el cura—, cosa que hago. Es un buen hombre.

—Nos odia —dijo Thomas—. A los ingleses.

El padre Levonne sonrió.

—Como ya he dicho, es un buen hombre. —Se echó a reír y volvió a ponerse serio—. No es nada sorprendente —adujo con cautela— que una pintura de la espada de Pedro estuviera en el palacio del Santo Padre. Quizá solo signifique que el papado ha abandonado el uso de la espada. ¿Una pintura para demostrar que debemos renunciar a las armas si queremos ser santos?

Thomas lo negó moviendo la cabeza.

—Es una historia, padre. ¿Por qué si no habría otro monje observando desde una casita? ¿Por qué el rodal en la nieve? ¡Las pinturas cuentan historias! —Señaló las paredes de la iglesia—. ¿Por qué ponemos estas pinturas aquí? Para contar a los indoctos las historias que queremos que sepan.

—Pues esa historia no la conozco —manifestó el padre Levonne—, aunque he oído hablar de la espada de Pedro. —Se santiguó.

—En la pintura —explicó Thomas—, la espada tenía una punta gruesa y era de dos filos. Más bien parecía un alfanje.

—*La Malice* —murmuró el padre Levonne en voz muy baja.

Thomas guardó silencio unos segundos.

—Los Siete Señores Oscuros la poseían —dijo después, citando el verso que los padres dominicos habían estado difundiendo por toda la cristiandad— y están malditos. Aquel que deba gobernarlos la encontrará y será bendecido.

—La espada del Pescador —dijo el padre Levonne—. No es una espada, Thomas, sino *la* espada. La espada que san Pedro utilizó para disgusto de Jesucristo, y por eso dicen que está maldita.

—Contádmelo.

—¡Ya os he dicho todo lo que sé! —replicó el padre Levonne—. No es más que una vieja leyenda, pero la historia cuenta que *la Malice* lleva la maldición de Cristo en su hoja. Y si eso es cierto, debe de ser terriblemente poderosa. ¿Por qué si no iba a llevar ese nombre la espada?

—Y el cardenal Bessières la está buscando —anunció Thomas.

Levonne miró a Thomas con dureza.

—¿Bessières?

—Y sabe que yo también la busco.

—¡Oh, Dios mío! Elegís enemigos poderosos, Thomas.

Thomas, que aún estaba de rodillas, se puso de pie.

—Bessières es un zurullo del diablo —afirmó.

—Es un príncipe de la Iglesia —replicó Levonne en un suave tono admonitorio.

—Es el príncipe de los zurullos —repuso *le Batard*—, y maté a su hermano a menos de un cuarto de milla de aquí.

—¿Y Bessières quiere vengarse?

—No sabe quién mató a su hermano. Sin embargo me conoce, y ahora me perseguirá porque cree que sé dónde está *la Malice*.

—¿Lo sabéis?

—No, pero dejé que pensara que sí lo sé. —Thomas hizo una genuflexión frente al altar—. Lo tenté con un cebo, padre. Lo invité a que me persiguiera.

—¿Por qué?

Thomas suspiró.

—Mi señor feudal —explicó, refiriéndose al conde de Northampton— quiere que encuentre *la Malice*. Y creo que Bessières está buscando lo mismo. El problema es que no sé cómo encontrarla, padre, pero necesito estar cerca de Bessières por si acaso él descubre algo antes que yo. Mantén cerca a tus enemigos, ¿no es un buen consejo?

—*La Malice* es una idea, Thomas —le dijo el padre Levonne—, una idea para inspirar a los fieles. Dudo que exista siquiera.

—Pero una vez debió de existir —replicó Thomas—. ¿Y por qué hay una pintura de san Pedro dándole la espada a un monje? ¡Ese monje es quien debía de tenerla! De modo que necesito saber qué santo se pinta arrodillado en un rodal en la nieve.

—Solo Dios lo sabe —dijo Levonne—, pero yo no. Tal vez se trate de un santo local, ¿no? Como Sardos, que está aquí —señaló el mural de san Sardos, un cabrero que ahuyentaba a los lobos para que no se acercaran al cordero de Dios—. Yo nunca había oído hablar de Sardos antes de venir aquí —continuó diciendo el cura—, ¡y dudo que nadie haya oído hablar de él a diez millas de donde nos encontramos! El mundo está lleno de santos, ¡hay miles de ellos! Todos los pueblos tienen uno que nadie más conoce.

—Alguien tiene que saberlo.

—Un erudito, sí.

—Creía que vos erais erudito, padre.

El padre Levonne sonrió con tristeza.

—No sé quién es ese santo vuestro, Thomas, pero sí sé que si vuestros enemigos vienen hacia aquí, esta ciudad y su buena gente serán destruidas. Puede que no capturen el castillo, pero la ciudad no puede defenderse durante mucho tiempo.

Thomas sonrió.

—Tengo cuarenta y dos hombres de armas, padre, y setenta y tres arqueros.

—No bastan para retener las murallas de la ciudad.

—Y sir Henri Courtois está al mando de la guarnición del castillo. No lo derrotarán con facilidad. ¿Y por qué iban a venir aquí mis enemigos? ¡*La Malice* no está aquí!

—Eso el cardenal no lo sabe. Ponéis en peligro la seguridad de toda esta buena gente —insistió el padre Levonne, refiriéndose a los habitantes de la ciudad.

—Proteger a esta buena gente es mi tarea y la responsabilidad de sir Henri —replicó Thomas con más aspereza de la que había sido su intención mostrar—. Vos rezad que yo lucharé, padre. Y buscaré *la Malice*. Primero iré al sur.

—¿Al sur? ¿Por qué?

—Para buscar a un erudito, por supuesto —respondió Thomas—, a un hombre que conozca todas las historias.

—Tengo la sensación, Thomas —dijo el cura—, de que *la Malice* es algo malo. Recuerda lo que dijo Jesucristo cuando Pedro desenvainó la espada.

—«Mete tu espada en la vaina», citó Thomas.

—¡Es una orden de nuestro Redentor! Que abandonemos nuestras armas. *La Malice* se ganó su desagrado, Thomas, y no debería encontrarla nadie. Habría que destruirla.

—¿Destruirla? —preguntó él, y entonces se dio la vuelta porque en la calle se oyó un fuerte ruido de cascos y el chirrido de unos ejes mal engrasados—. Podemos discutirlo después, padre —se despidió y recorrió la nave a grandes zancadas para abrir la puerta. El sol de primavera lo deslumbró.

La flor de los perales teñía de blanco los árboles en torno al pozo, donde había una docena de mujeres observando un aparatoso carro de cuatro ruedas tirado por seis caballos. Una veintena de jinetes acompañaban al vehículo, todos ellos hombres de Thomas, salvo dos desconocidos. Uno de estos últimos llevaba una cara armadura de placas debajo de un corto jubón negro bordado con una rosa blanca. Un casco de torneo con un penacho de plumas teñidas de negro ocultaba su rostro, y su caballo, un corcel de guerra, iba cubierto con una gualdrapa de listas blancas y negras. Le acompañaba un criado, que llevaba una bandera con el mismo símbolo de la rosa blanca.

—Estos cabrones estaban esperando camino abajo. —Un arquero a caballo señaló con el pulgar a los desconocidos de librea con la rosa blanca. El arquero, al igual que el resto de los hombres que custodiaban el carro, llevaba la insignia del *hellequin*, una cenicora sosteniendo un cáliz—. Son ocho, pero les dijimos que solo podían entrar dos en la ciudad.

—Thomas de Hookton —requirió el jinete de la armadura de placas con la voz amortiguada por su gran yelmo.

Thomas no le hizo caso.

—¿Cuántos barriles? —preguntó él al arquero, al tiempo que señalaba el carro con un gesto de la cabeza.

—Treinta y cuatro.

—¡Santo Dios! —exclamó Thomas con disgusto—. ¿Solo treinta y cuatro? ¡Necesitamos ciento treinta y cuatro!

El arquero se encogió de hombros.

—Parece ser que los malditos escoceses han roto la tregua. El rey necesita todas las flechas de Inglaterra.

—Perderá Gasuña si no manda flechas —afirmó Thomas.

—¡Thomas de Hookton! —El jinete espoleó su caballo para acercarse más a Thomas.

Él continuó sin hacerle caso.

—¿Tuviste problemas por el camino, Simon? —preguntó al arquero.

—Ninguno.

Pasó junto al jinete para dirigirse al enorme carro, subió al lecho y con el mango del cuchillo abrió la tapa de un barril. Dentro había flechas. Las habían amontonado sin apretar, para que las plumas con las que estaban empendoladas no se deformaran o no volarían derechas. Sacó un par de ellas y miró a lo largo de sus astas de fresno.

—Parecen muy bien hechas —admitió a regañadientes.

—Soltamos un par de docenas —dijo Simon— y volaban bien.

—¿Vos sois Thomas de Hookton? —El caballero de la rosa blanca había acercado su corcel al carro.

—Hablaré con vos cuando haya terminado —respondió Thomas en francés, tras lo cual volvió al inglés—. ¿Cuerdas, Simon?

—Un saco lleno.

—Bien —aceptó—, pero ¿solo treinta y cuatro barriles?

Una de sus constantes preocupaciones era el suministro de flechas para sus temidos arqueros. Podía disponer de arcos nuevos en Castillon d'Arbizon, porque los tejos que crecían allí eran lo suficientemente buenos para poder convertirlos en largos arcos de guerra y él, al igual que media docena de sus hombres, fabricaba arcos bastante bien. Pero nadie sabía cómo hacer las flechas inglesas.

Parecían muy sencillas: un asta de madera de fresno con una cabeza de acero en la punta y empendolada con plumas de ganso, sin embargo cerca de la ciudad no había fresnos desmochados, los herreros no podían fabricar las puntas de punzón afiladas como agujas capaces de atravesar la armadura y nadie sabía cómo atar y pegar las plumas. Un buen arquero podía disparar quince flechas en un minuto y los hombres de Thomas podían soltar diez mil en diez minutos en cualquier escaramuza. Aunque algunas flechas podían volver a utilizarse, muchas quedaban destruidas durante la lucha, de modo que Thomas se veía obligado a comprar repuestos de los cientos de miles que se traían en barco desde Southampton hasta Burdeos y que luego se distribuían entre las guarniciones inglesas que protegían las tierras del rey Eduardo en Gascuña, *le Bâtard* volvió a colocar la tapa en el barril.

—Este lote debería durarnos un par de meses —dijo—, pero sabe Dios cuándo necesitaremos más. —Miró al jinete—. ¿Quién sois?

—Me llamo Roland de Verrec —respondió el hombre. Hablaba francés con acento de Gascuña.

—He oído hablar de vos —repuso Thomas, lo cual no era de extrañar porque el nombre de Roland de Verrec se pronunciaba con asombro en toda Europa. No había luchador de justas mejor que él. Y, por supuesto, estaba la leyenda de su virginidad, impuesta por una visión de la Virgen María—. ¿Queréis uniros al *hellequin*? —preguntó Thomas.

—El conde de Labrouillade me ha encargado una misión... —empezó a decir Roland.

—Es muy probable que ese gordo cabrón os engañe —lo interrumpió Thomas—. Y si queréis hablar conmigo, Verrec, quitaos esa maldita cacerola de la cabeza.

—Mi señor el conde me ordena... —empezó Roland.

—He dicho que os quitéis la maldita cacerola de la cabeza —lo interrumpió de nuevo. Había subido al lecho del carro para inspeccionar las flechas, pero también porque a esa altura podía mirar al hombre montado desde arriba. Siempre resultaba incómodo hacer frente a un jinete yendo a pie, pero ahora la incomodidad era de Roland. Una veintena de sus hombres, curiosos por la presencia de los desconocidos, se habían acercado hasta allí desde la puerta abierta del castillo. Genevieve se contaba entre ellos y llevaba a Hugh de la mano.

—Veréis mi rostro —replicó Roland— cuando aceptéis mi reto.

—¿Sam? —gritó Thomas en dirección al baluarte de la entrada—. ¿Ves a este idiota? —Señaló a Roland—. Prepárate para atravesarle la cabeza con una flecha.

Sam sonrió, colocó una flecha en la cuerda y tensó el arco hasta la mitad. Roland, que no había entendido lo que *le Bâtard* había dicho, miró hacia el lugar al que había gritado. Tuvo que estirar la cabeza para poder ver la amenaza a través de la visera del yelmo.

—Es una flecha de fresno inglés —explicó Thomas— rematada con punta de roble y un punzón de acero afilado como una aguja. Atravesará ese yelmo que lleváis, os abrirá un buen agujero en el cráneo y se detendrá en el espacio abierto en el que deberíais tener el cerebro. Así pues, u os ofrecéis como blanco para que Sam practique, u os quitáis el maldito yelmo.

Se quitó el yelmo. La primera impresión que tuvo Thomas fue la de un rostro angelical y unos ojos azules de expresión serena, enmarcados por un cabello rubio que la presión del forro del casco había moldeado de manera que la coronilla estaba aplastada contra la cabeza como un gorro, en tanto que los bordes sobresalían en rizos rebeldes. Resultaba tan raro que Thomas no pudo evitar reírse. Sus hombres también lo hacían.

—Se parece a un malabarista que vi en la feria de Towcester —comentó uno.

Roland, que no entendía por qué se reían aquellos hombres, frunció el ceño.

—¿Por qué se burlan de mí? —preguntó indignado.

—Creen que sois un malabarista —contestó Thomas.

—Ya sabéis quién soy —dijo Roland en tono pomposo—, y he venido para retaros.

Thomas meneó la cabeza.

—Aquí no celebramos torneos —repuso—. Cuando luchamos, luchamos de verdad.

—Yo también, podéis creerme —replicó Roland. Espoleó el caballo para acercarse más al carro, quizá con la esperanza de intimidar a Thomas—. Mi señor de

Labrouillade exige que le devolváis a su esposa —declaró.

—Las escrituras nos enseñan que el perro vuelve a su vómito —dijo *le Bâtard*—, de modo que la perra de vuestro señor puede volver con él cuando quiera. No necesita vuestra ayuda.

—Es una mujer —manifestó Roland con aspereza— y no tiene libertad más allá de los deseos de su señor.

Thomas movió la cabeza en dirección al castillo.

—¿De quién es? ¿Mío o de vuestro señor?

—Vuestro, de momento.

—Entonces, de momento, Roland de dondequiera que vengáis, la condesa de Labrouillade es libre de hacer lo que desee porque se encuentra dentro de mi castillo, no del vuestro.

—Podemos decidirlo luchando —insistió Roland—. ¡Os desafío! —Se quitó el guantelete y lo tiró dentro del carro.

Thomas sonrió.

—¿Y qué es lo que decide la lucha?

—Cuando os mate, Thomas de Hookton, me llevaré a la mujer.

—¿Y si os mato yo?

Roland sonrió.

—Con la ayuda de Dios os mataré.

Thomas hizo caso omiso del guantelete que había caído entre dos de los barriles.

—Podéis decirle a vuestro gordo señor, Roland, que si quiere recuperar a su mujer será mejor que venga a buscarla él mismo en lugar de enviar a su malabarista.

—A este malabarista —replicó Roland— se le ha encargado que lleve a cabo dos cometidos; reclamar la esposa legítima de mi señor y castigaros por vuestra insolencia. Así pues, ¿vais a luchar?

—¿Vestido así? —preguntó Thomas. Llevaba calzas y camisa con unos zapatos holgados.

—Os daré tiempo para que os pongáis la armadura —concedió Roland.

—¡Jeanette! —Thomas llamó a una de las chicas que estaban en el pozo—. ¡Echa el cubo al pozo, *chérie*! Llénalo y súbelo.

—¿Ahora? —preguntó la chica.

—Ahora mismo —contestó, y se agachó para recoger el guantelete, confeccionado con un cuero de primera calidad y blindado con escamas de acero. Se lo dio a Roland—. Si no habéis salido de la ciudad cuando Jeanette haya terminado de sacar el cubo del pozo, dejaré que mis arqueros os den caza. Ahora marchaos y decidle a vuestro gordo amo que venga y se lleve a su esposa él mismo.

Roland miró a Jeanette, que tiraba de la cuerda del cubo con las dos manos.

—No tenéis honor, inglés —declaró con orgullo—, y os mataré por ello.

—Id a meter la cabeza en una letrina —le dijo Thomas.

—Voy a... —empezó a decir Roland.

—¡Sam! —lo interrumpió—. ¡No mates al caballo! ¡Me lo quedaré!

Había gritado en francés y al fin Roland pareció tomarse en serio la amenaza, porque hizo dar la vuelta a su corcel y, seguido por su portaestandarte, se alejó ladera abajo hacia la puerta sur de la ciudad.

Thomas lanzó una moneda a Jeanette y luego se dirigió al castillo.

—¿Qué quería? —le preguntó Genevieve.

—Luchar conmigo. Es el nuevo campeón de Labrouillade.

—¿Lucharía para recuperar a Bertille?

—Para eso lo enviaron, sí.

El hermano Michael llegó corriendo por el patio.

—¿Vino a por la condesa? —preguntó a Thomas.

—¿Y a vos qué os importa, padre?

El joven monje pareció confuso.

—Estaba preocupado —dijo sin mucha convicción.

—Bueno, pues ya podéis dejar de preocuparos —repuso Thomas—, porque mañana voy a llevaros lejos de aquí.

—¿Lejos de aquí?

—Se supone que tenéis que ir a Montpellier, ¿no es cierto? De manera que partimos mañana al amanecer. Haced el equipaje, si es que tenéis.

—Pero...

—Mañana —repitió Thomas—, al amanecer. Montpellier tenía universidad y Thomas necesitaba a un hombre docto.

El señor de Douglas estaba enojado. Había traído a doscientos de los mejores guerreros escoceses a Francia y, en lugar de lanzarlos contra los ingleses, el rey de Francia iba a celebrar un torneo.

¡Un maldito torneo! Los ingleses estaban quemando ciudades al otro lado de las fronteras de Gascuña y sitiando castillos en Normandía, sin embargo Juan de Francia quería jugar a soldados. De modo que el señor de Douglas también jugaba, y cuando el francés sugirió una batalla campal entre quince de los mejores guerreros del rey Juan y quince escoceses, Douglas se llevó aparte a uno de sus guerreros.

—Abatidlos con rapidez —le dijo con un gruñido.

El hombre, un tipo flaco de mejillas hundidas, se limitó a asentir con la cabeza. Se llamaba Sculley. Era el único de los hombres de armas de lord Douglas que no llevaba yelmo, y tenía unos cabellos largos y oscuros, veteados con mechones de gris, que llevaba retorcidos y peinados con trenzas en las que había insertado numerosos huesos pequeños; se rumoreaba que cada uno de esos huesos provenía del dedo de un

inglés al que había matado, aunque nadie se atrevió nunca a preguntar a Sculley la verdad de dicha afirmación. Los huesos podían haber sido perfectamente de compatriotas escoceses.

—Abatidlos y que no se levanten —insistió Douglas.

Sculley sonrió mostrando los dientes, pero sin nada de humor.

—¿Los matamos?

—¡Por Dios, no, maldito idiota! ¡Es un jodido torneo! Limitaos a derribarlos con fuerza, hombre, con fuerza y rapidez.

El dinero cambiaba de manos mientras se hacían las apuestas. La mayor parte apostó por los franceses, puesto que iban magníficamente montados y perfectamente protegidos por sus armaduras. Y porque todos y cada uno de los quince era un famoso luchador de justas.

Se exhibieron haciendo trotar sus corceles de un extremo a otro frente a los asientos escalonados, desde donde el rey y su corte observaban y miraban con condescendencia a los escoceses, cuyos caballos eran más pequeños y su armadura pasada de moda.

Los franceses tenían yelmos grandes, acolchados y con penacho, en tanto que los escoceses llevaban bacinetes; meros casquetes con una cogotera para proteger el cuello. Y Sculley ni siquiera llevaba eso. Además mantenía enfundado su enorme alfanje ya que prefirió la maza.

—Cualquier caballero que grite pidiendo clemencia la tendrá. —Un heraldo leía las normas y como todos los caballeros las conocían nadie escuchaba—. Las lanzas estarán desafiladas. No se utilizarán las puntas de espada. No se mutilarán a los caballos. —Siguió hablando en tono monótono mientras el rey ofrecía un monedero a un sirviente, el cual se apresuró a apostar el dinero a favor del superior contingente francés. El señor de Douglas apostó todo lo que tenía por sus hombres. Él no había querido luchar, no porque temiera la batalla, sino porque no tenía nada que demostrar y, en aquellos momentos, observaba a su sobrino, sir Robbie, y se preguntaba si el joven no se habría ablandado durante el tiempo que había pasado en la corte. Pero al menos Robbie Douglas podía luchar, y era uno de los quince. Su escudo mostraba el corazón rojo de Douglas, al igual que el de todos los escoceses.

Estaba claro que uno de los caballeros franceses conocía a su sobrino, porque había cabalgado hasta el lugar donde se preparaban los adversarios y había entablado conversación con él.

Un gordo cardenal que llevaba todo el día haciendo la corte al rey se deslizó entre los asientos acolchados para ocupar el lugar vacío al lado de Douglas. La mayoría evitaban al escocés de expresión dura, hosca y adusta, pero el cardenal lo saludó con una sonrisa.

—No nos conocemos. —Se presentó afablemente—. Me llamo Bessières,

cardenal arzobispo de Livorno y legado papal del rey Juan de Francia, que Dios lo proteja. ¿Os gustan las almendras?

—Me gustan —respondió de mala gana el señor de Douglas.

El cardenal tendió una mano rolliza para ofrecerle el cuenco de almendras.

—Tomad todas las que queráis, mi señor. Vienen de mis fincas. Me han dicho que habéis apostado dinero por los vuestros, ¿no?

—¿Qué iba a hacer si no?

—Deberíais tener cuidado con vuestro dinero —contestó el cardenal alegremente—, y me figuro que lo tenéis. De modo que decidme, mi señor, ¿qué sabéis que yo no sé?

—Sé combatir.

—Pues dejad que lo intente con otra pregunta —encajó la respuesta el cardenal—. Si os ofreciera un tercio de mis ganancias y fuera a apostar una gran suma de dinero en la lucha, ¿me aconsejaríais que apoyara a los escoceses?

—Seríais estúpido si no lo hicierais.

—Creo que nadie me ha acusado nunca de estupidez —replicó Bessières. El cardenal llamó a un criado y le dio una pesada bolsa llena de monedas—. Por los escoceses —le indicó, y esperó a que el criado se hubiera marchado—. No estáis contento, mi señor —aseguró—, y se supone que hoy es un día de júbilo.

Douglas miró al cardenal con el ceño fruncido.

—De júbilo, ¿por qué?

—Por el sol, por las bendiciones de Dios, por el vino...

—¿Mientras los ingleses andan sueltos por Normandía y Gascuña?

—Ah, los ingleses. —Bessières se recostó en su asiento y apoyó el plato de almendras en su voluminoso vientre—. El Santo Padre nos insta a que hagamos la paz. Una paz eterna —remató con sarcasmo. Hubo un tiempo, y no hacía tanto de eso, en el que Louis Bessières había tenido la seguridad de que iba a convertirse en Papa. Lo único que le hubiera hecho falta era haber presentado el Santo Grial, la reliquia más deseada de la cristiandad, y para asegurarse de conseguirlo había dedicado una inmensa cantidad de dinero y esfuerzo para lograr que se fabricara el grial falso, pero la copa cayó de entre sus manos y se hizo añicos. Así que, a la muerte del viejo Papa, la corona había ido a parar a otro. No obstante, Bessières no había perdido la esperanza. Por la gracia de Dios el papa estaba enfermo y podría morir en cualquier momento.

Douglas captó el tono del cardenal y se sorprendió.

—¿Acaso no queréis la paz?

—Por supuesto que quiero la paz —contestó el cardenal—. De hecho, el Santo Padre me ha encomendado negociar dicha paz con los ingleses. ¿Os gustaría otro puñado de almendras?

—Creía que el Papa quería derrotar a los ingleses —farfulló Douglas.

—Y así es.

—¿Pero aboga por la paz?

—El Papa no puede animar la guerra —respondió Bessières—, de manera que predica la paz y me envía a mí a negociar.

—¿Y vos? —inquirió Douglas, que dejó la pregunta en el aire.

—Yo negocio —dijo Bessières con despreocupación—, y daré a Francia la paz que quiere el Santo Padre. Pero incluso él sabe que la única forma de que Francia alcance la paz es derrotando a los ingleses. De modo que sí, mi señor, el camino hacia la paz pasa por la guerra. ¿Más almendras?

Sonó una trompeta que indicaba a los dos grupos de caballeros que se dirigieran a los extremos del terreno de justas. Los comisarios estaban inspeccionando las lanzas para cerciorarse de que llevaban tacos de madera clavados en la punta y no pudieran atravesar los escudos ni las armaduras.

—Habrà guerra —declaró Douglas—, y henos aquí con juegucitos.

—Su Majestad teme a Inglaterra —dijo Bessières con franqueza—. Tiene miedo a sus arqueros.

—Se puede vencer a los arqueros —afirmó Douglas con vehemencia.

—¿Se puede?

—Se puede. Hay una manera.

—Nadie la ha encontrado —observó el cardenal.

—Porque son idiotas. Porque creen que sobre un caballo es la única forma de hacer la guerra. Mi padre estuvo en Bannockburn, ¿habéis oído hablar de esa batalla?

—Lamentablemente, no —contestó el cardenal.

—Aplastamos a los cabrones ingleses, los hicimos pedazos, arqueros y todo. Puede hacerse. Ya se ha hecho. Debe hacerse.

El cardenal observó a los caballeros franceses que formaban una línea de diez hombres. Los cinco restantes cargarían a unos cuantos pasos por detrás para aprovecharse del caos creado por el impacto de los diez.

—Al que hay que temer —dijo Bessières haciendo un gesto con una almendra— es a ese bruto del escudo llamativo. —Señaló a un hombre grande montado en un caballo enorme, ataviado con una armadura de placas reluciente que sostenía un escudo en el que se veía un puño rojo sobre un campo de listas blancas y naranjas—. Se llama Joscelyn de Berat —dijo el cardenal— y es un idiota, pero un gran luchador. Lleva imbatido los últimos cinco años salvo, por supuesto, Roland de Verrec que, por desgracia, no está aquí.

Joscelyn de Berat era el hombre con el que había estado hablando Robbie Douglas antes de que los caballeros se retiraran a los extremos del campo.

—¿Dónde está Berat? —preguntó Douglas.

—En el sur —contestó Bessières de forma vaga.

—¿Cómo es que mi sobrino lo conocía?

Bessières se encogió de hombros.

—No sabría decirle, mi señor.

—Mi sobrino estuvo en el sur —dijo Douglas— antes de la llegada de la peste. Viajó con un inglés. —Escupió—. Un maldito arquero —añadió.

El cardenal se estremeció. Conocía la historia, la conocía muy bien. El maldito arquero era Thomas de Hookton, a quien Bessières culpaba tanto de la pérdida del Grial como del trono de san Pedro. El cardenal también sabía lo de Robbie Douglas; en realidad, ese era el motivo por el que había acudido al torneo.

—¿Vuestro sobrino está aquí? —preguntó.

—El del caballo picazo —contestó el escocés, e hizo un gesto con la cabeza en dirección a sus hombres, que parecían ir muy mal armados en comparación con sus rivales.

—Me gustaría hablar con él —dijo el cardenal—. ¿Seríais tan amable de decirle que venga a verme? —Pero antes de que el señor de Douglas pudiera responder, el rey agitó la mano, un heraldo bajó su bandera y los jinetes clavaron sus espuelas.

Bessières lamentó de inmediato su apuesta. Los caballos escoceses parecían escuálidos comparados con los magníficos corceles que montaban los franceses, y estos últimos cabalgaban muy juntos, rodilla con rodilla, como debían hacer los caballeros, mientras que los escoceses, más lentos en reaccionar, se desplegaron al instante y dejaron huecos por los que podían pasar sus oponentes. Ellos habían optado por avanzar en una sola fila larga, los quince en fondo, pero también cabalgaban más deprisa, con lo cual aumentaban su desorden en tanto que los franceses avanzaban lentamente, manteniendo su posición, y no se pusieron a medio galope hasta que los dos grupos estuvieron a unos cincuenta pasos de distancia.

El cardenal echó una mirada al señor de Douglas para ver si el escocés compartía sus temores, pero este estaba sonriendo con aire burlón como si supiera lo que iba a ocurrir.

Los cascos de los caballos resonaban con fuerza, pero quedaban ahogados por los gritos de la multitud. El rey, que era sumamente aficionado a las justas, se inclinó en la silla con expectación, y el cardenal volvió la mirada a los franceses que iban en cabeza. Estos alzaron los escudos, calaron las lanzas y se prepararon para el impacto. La multitud calló de pronto, como si contuviera el aliento, esperando el choque de hombres con armadura y caballos.

El cardenal no acababa de comprender lo que ocurrió a continuación. O mejor dicho, no lo entendió hasta que se lo explicaron en el banquete, utilizando los saleros y pimenteros para representar a los jinetes. Pero mientras observaba, cuando tuvo lugar el choque, no lo entendió en absoluto.

Los escoceses parecían ir muy desordenados y, sin embargo, en el último segundo, viraron bruscamente hacia el interior para formar una columna de jinetes, con tres en la primera fila. Dicha columna atravesó la línea francesa como un clavo que se incrustara en una vitela. Las lanzas escocesas golpearon estrepitosamente contra los escudos, los franceses fueron arrojados contra los altos arzones traseros de sus sillas de montar y la columna atravesó la línea para caer con dureza contra el segundo grupo, menos numeroso, de jinetes franceses. Estos, que no esperaban verse involucrados en el inicio de la contienda, no estaban preparados para el impacto. Una lanza alcanzó a un francés en la base de su yelmo y, aunque estaba enromada, le agrietó el casco, y lanzó al hombre por encima del arzón. Un caballo relinchó.

Los escoceses de las siguientes filas habían dejado de lado las lanzas para desenvainar las espadas o empuñar unas brutales mazas cargadas con plomo. En aquellos momentos se movieron hacia el exterior. La mayoría de ellos se encontraban ahora detrás de sus oponentes, que no acertaban a ver sus ataques. Cayó otro francés, que salió del combate a rastras porque la bota se le quedó enganchada en el estribo.

Lo único que veía el cardenal era un absoluto caos, pero estaba claro que iban ganando los escoceses. Cayeron otros dos franceses. Sculley, que llamaba la atención porque no llevaba casco, estaba arremetiendo con su maza contra un yelmo de magnífico penacho. Lo golpeaba una y otra vez mientras se mantenía de pie en los estribos, y el jinete, claramente aturdido, se deslizó hasta caer al suelo mientras el escocés se volvía hacia otro hombre, esta vez describiendo un arco con la maza que se estrelló de pleno en la visera del yelmo.

Aquel hombre fue derribado al instante y los escoceses buscaron nuevos enemigos, interponiéndose uno en el camino del otro en su afán por terminar con los caballeros franceses. Joscelyn de Berat hacía retroceder a su caballo, rechazando a Robbie Douglas y a otro hombre. El campeón manejaba la espada de una manera rápida y peligrosa, pero Sculley se le acercó por detrás y le estampó la maza contra la parte baja de la espalda. El francés, consciente de que no podía defenderse de tres hombres, gritó que se rendía, y Robbie Douglas tuvo que poner el caballo entre ambos para evitar que la maza volviera a propinar otro golpe que amenazaba con partirle la columna vertebral a Joscelyn.

Sculley viró y se alejó, vio a otro francés que intentaba ponerse de pie en el suelo con la espada desenvainada y le propinó un golpe en la cara. Levantó la maza para rematarlo, pero los heraldos corrieron para intervenir, las trompetas sonaron con estridencia y otro escocés detuvo su golpe. La multitud guardaba un absoluto silencio. Sculley gruñía, se movía nerviosamente, volvía la cabeza de un lado a otro con rapidez, buscando a otro hombre al que golpear, pero Joscelyn de Berat era el único francés que permanecía aún en su silla y se había rendido. La lucha había sido rápida, brutal y desigual, y el cardenal descubrió que había estado conteniendo la

respiración.

—¿Una demostración de la pericia escocesa, mi señor? —preguntó al señor de Douglas.

—Pues imaginaos que hubieran estado luchando contra los ingleses —respondió este con un gruñido.

—Es una idea alentadora, mi señor —repuso el cardenal, que observaba a los criados que corrían a rescatar a los caballeros franceses abatidos, uno de los cuales no se movía en absoluto. Tenía el yelmo abollado y la sangre manaba por las ranuras de la visera—. Cuanto antes les soltemos contra los ingleses —continuó diciendo Bessières—, mejor.

Douglas se volvió a mirar al cardenal.

—¿El rey os escucha?

—Le doy consejo —contestó el prelado sin darle importancia.

—Pues decidle que nos mande al sur.

—¿No a Normandía?

—El cachorro de Eduardo está en el sur —esgrimió Douglas.

—¿El Príncipe de Gales?

—El cachorro de Eduardo —repitió—, y lo quiero. Lo quiero rindiéndome ante mí. Lo quiero de rodillas suplicándome clemencia.

—¿Y se la vais a dar? —preguntó Bessières, divertido por la pasión que escuchaba en la voz del escocés.

—¿Sabéis que nuestro rey está prisionero en Inglaterra?

—Por supuesto.

—El rescate nos va a matar. Quiero al cachorro de Eduardo.

—¡Ah! —El cardenal lo entendió—. ¿Así que el príncipe de Gales será el rescate de vuestro rey?

—Exactamente.

Bessières alargó la mano y tocó la del escocés con un dedo enguantado.

—Haré lo que me pedís —prometió cordialmente—, pero primero quiero que me presentéis a vuestro sobrino.

—¿A Robbie?

—A Robbie.

Bessières y Robbie se encontraron aquella noche mientras los supervivientes del torneo se daban un banquete con la corte francesa. Comieron anguilas cocidas en vino, cordero aderezado con higos, pájaros cantores asados, venado y una veintena de otros platos que traían a un salón donde los trovadores tocaban detrás de una pantalla. Los guerreros escoceses comieron juntos, apiñados en una mesa, como si se protegieran de los vengativos franceses, los cuales habían sugerido que una extraña magia pagana, nacida en las montañas salvajes del norte, se había utilizado contra sus

campeones. De modo que cuando su tío le ordenó que acudiera, Robbie, cruzó el salón con nerviosismo. Hizo una reverencia al rey y siguió al criado hasta la mesa en la que el cardenal tenía cuatro tajaderos delante de él.

—Os sentaréis a mi lado, joven —le ordenó el cardenal—. ¿Os gustan las alondras asadas?

—No, Eminencia.

—Chupad la carne de los huesos y veréis que tiene un sabor delicioso. —El cardenal puso un pájaro diminuto delante de Robbie—. Luchasteis bien —le dijo.

—Luchamos como siempre lo hacemos —repuso este.

—Os observé. Un momento más y habríais vencido al conde de Berat.

—Lo dudo —dijo él con descortesía.

—Pero entonces intervino la bestia de vuestro señor —añadió el cardenal mirando a Scully que estaba encorvado sobre su comida como si tuviera miedo de que pudieran quitársela—. ¿Por qué lleva huesos en el pelo?

—Para recordar los hombres que ha matado.

—Algunos piensan que es brujería —dijo el cardenal.

—No es brujería, solo una habilidad mortífera.

El cardenal chupó una alondra.

—Me han dicho, sir Robert, que os negáis a luchar contra los ingleses.

—Hice un juramento —explicó Robbie.

—A un hombre que fue excomulgado de la Iglesia. A un hombre que se casó con una hereje. A un hombre que ha demostrado ser un enemigo de la Madre Iglesia; a Thomas de Hookton.

—A un hombre que me salvó la vida cuando tuve la peste —dijo Robbie—, y a un hombre que pagó mi rescate para que pudiera irme libremente.

El cardenal se sacó una astilla de hueso de entre los dientes.

—Veo a un guerrero que lleva huesos en el pelo y vos me decís que tuvisteis la peste y que sobrevivisteis con la ayuda de un hereje. Y esta tarde vi cómo derrotabais a quince buenos soldados, unos hombres a los que no se vence con facilidad. A mí me parece, sir Robert, que contáis con una ayuda antinatural. ¿Quizá os ayuda el diablo? Negáis utilizar brujería pero la evidencia sugiere lo contrario, ¿no estáis de acuerdo?

—Hizo las preguntas con voz melosa y luego se detuvo a tomar un sorbo de vino—. Tal vez tenga que hablar con mis dominicos, sir Robert, y decirles que vuestra alma tiene el hedor del mal. Podría verme obligado a animarles a avivar sus fuegos y a tensar las cuerdas de esas máquinas que tienen y que estiran a los herejes hasta romperlos. —Estaba sonriendo, y su rolliza mano derecha masajeaba la rodilla izquierda al joven—. Una palabra mía, sir Robert, y vuestra alma quedará a mi cargo.

—Soy un buen cristiano —afirmó Robbie con aire desafiante.

—Pues tenéis que demostrármelo.

—¿Demostrarlo?

—Dándoos cuenta de que un juramento hecho a un hereje no es vinculante en el Cielo ni en la Tierra. Solo en el Infierno, sir Robert, tiene poder ese juramento. Además quiero que me prestéis un servicio. Si os negáis le diré al rey Juan que el mal ha entrado en este reino y pediré a los dominicos que exploren vuestra alma y quemem ese mal para que salga de vuestro cuerpo. La elección es vuestra. ¿Vais a comeros esa alondra?

Robbie negó con la cabeza y se quedó mirando al cardenal mientras este chupaba la carne de los frágiles huesos.

—¿Qué servicio? —preguntó con nerviosismo.

—Un servicio para Su Santidad el Papa —contestó Bessières, cuidándose mucho de decir a qué Papa se refería. El servicio era para él, que rezaba todas las noches para ser el próximo en llevar el anillo del Pescador—. ¿Habéis oído hablar de la Orden de la Jarretera?

—Sí —respondió Robbie.

—¿O de la Orden de la Virgen y san Jorge? —continuó diciendo Bessières—, ¿o de la Orden del Fajín en España? O, por supuesto, ¿de la Orden de la Estrella del Rey Juan? Bandas de grandes caballeros, sir Robert, que hicieron juramentos a los demás, a su rey y a los más nobles objetivos de la caballería. Se me ha encomendado la creación de una orden similar, un grupo de caballeros que hagan un juramento por la iglesia y por la gloria de Cristo. —Lo había dicho como si el Papa le hubiera encargado la creación de la orden, pero todo era idea suya—. Un hombre que sirva en la orden de la Iglesia —prosiguió— nunca conocería los tormentos del Infierno ni los sufrimientos del Purgatorio. ¡Un hombre que sirva a nuestra nueva orden será bienvenido en el Cielo y cantará en compañía de los santos con un coro de ángeles relucientes! Quiero que vos, sir Robert, sirváis en la Orden del Pescador.

Robbie guardó silencio y se quedó mirando al cardenal. Los hombres vitoreaban a un artista que hacía malabarismos con media docena de teas ardiendo al tiempo que mantenía el equilibrio sobre unos zancos, pero no se fijó en él. Estaba pensando en que su alma se liberaría de sus dudas si se convertía en un caballero al servicio del Papa.

—Quiero que los mejores caballeros de la Cristiandad luchen por la gloria de nuestro Redentor —continuó diciendo el cardenal—, y cada uno de ellos, mientras combata, recibirá una pequeña subvención de la Iglesia, lo suficiente para alimentarse y mantener a sus ayudantes y sus caballos. —El cardenal dejó tres monedas de oro sobre la mesa. Conocía la propensión de Robbie al juego, y a perder—. Todos vuestros pecados serán perdonados si os convertís en un Caballero del Pescador y lleváis este fajín.

De una bolsa sacó un escapulario blanco confeccionado con la más fina de las

sedas, con un ribete y flecos de tela de oro y unas llaves bordadas en color escarlata. El Papa recibía regalos a diario que se amontonaban en la sacristía de Aviñón y Bessières, antes de abandonar la ciudad, había rebuscado entre ellos. Allí descubrió una colección de escapularios tejidos por unas monjas de Borgoña, todos ellos bordados con cariño con las llaves de san Pedro.

—El hombre que lleve este fajín en batalla —siguió diciendo el cardenal— tendrá a Dios de su lado, los ángeles desenvainarán sus espadas llameantes para protegerle y los santos suplicarán a nuestro bendito Salvador que le dé la victoria. Un hombre que lleve este fajín no puede perder en combate, pero quien lleve este fajín tampoco puede aferrarse a un juramento hecho a un hereje pecaminoso.

Robbie se quedó mirando el precioso escapulario con avidez, imaginandoselo en torno a la cintura mientras cabalgaba hacia la batalla.

—¿El Papa tiene enemigos? —preguntó, pues no sabía contra quién sería necesario que luchara.

—La Iglesia tiene enemigos —respondió Bessières con aspereza— porque el diablo nunca cesa en su lucha. Y la Orden del Pescador —continuó— ya tiene una tarea, una noble tarea. Quizá no haya ninguna tan noble en toda la cristiandad.

—¿Qué tarea? —inquirió el joven en voz baja.

A modo de respuesta, el cardenal hizo señas a un sacerdote para que se acercara a él. A Robbie le pareció que el cura recién invitado, que tenía unos ojos verdes sobrecogedores, era lo contrario del cardenal en casi todos los sentidos. Bessières tenía encanto, pero el sacerdote parecía severo e inflexible; el cardenal era rollizo, el sacerdote delgado como un alambre; el cardenal iba envuelto en seda roja ribeteada con armiño, el clérigo menor iba de negro, aunque percibió un atisbo de forro escarlata en una de sus mangas.

—Este es el padre Marchant —anunció el cardenal—, y será el capellán de nuestra orden.

—Por la gracia de Dios —dijo Marchant. Sus extraños ojos verdes se posaron en Robbie y torció la boca como si desaprobara lo que veía.

—Contadle a mi joven amigo escocés, padre, la santa tarea de la Orden del Pescador.

El padre Marchant tocó el crucifijo que llevaba colgado al cuello.

—San Pedro —dijo— era pescador, pero era mucho más. Él fue el primer Papa, y Dios le dio las llaves del Cielo y de la Tierra. Sin embargo, también poseía una espada, sir Robert. Quizá recordáis la historia.

—La verdad es que no —repuso el escocés.

—Cuando los malvados fueron a arrestar a nuestro Señor en el huerto de Getsemaní, fue san Pedro quien desenvainó una espada para protegerle. ¡Pensad en ello! —La voz de Marchant se volvió apasionada de pronto—. ¡El bendito san Pedro

desenvainó una espada para proteger a nuestro Redentor, nuestro preciado Cristo, nuestro Hijo de Dios! ¡La espada de san Pedro es el arma de Dios para proteger su Iglesia, y debemos encontrarla! La Iglesia está en peligro y necesitamos el arma de Dios. ¡Es la voluntad de Dios!

—Lo es, en efecto —confirmó el cardenal—, y si encontramos la espada, sir Robert, a los más dignos caballeros de la Orden del Pescador se les permitirá guardarla, llevarla y utilizarla en la batalla, de manera que el mismísimo Dios estará a su lado en cada combate. Ese hombre será el caballero más grande de toda la cristiandad. Así pues —empujó las monedas y el escapulario para acercarlos un poco más a Robbie—, como dicen las escrituras, sir Robert, *choisissez aujourd'hui qui vous voulez servir*. —Lo citó en francés porque estaba seguro de que Robbie no entendería el latín—. Hoy, sir Robert, debéis elegir entre el bien y el mal, entre un juramento hecho a un hereje o la bendición del Santo Padre en persona. —El cardenal se santiguó—. Elegid hoy a quién deseáis servir, sir Robert Douglas.

Y en realidad no había elección. Robbie cogió el fajín y notó que tenía lágrimas en los ojos. Había encontrado su causa y lucharía por Dios.

—Bendito seas, hijo mío —dijo el cardenal—. Ahora ve a rezar. Da gracias a dios por haber elegido correctamente.

Luego, el prelado se quedó mirando a Robbie mientras este se alejaba.

—Bueno —dijo al padre Marchant—, ese es el primero de vuestros caballeros. Mañana procuraréis encontrar a Roland de Verrec. Pero de momento —señaló a Sculley— traedme a ese animal.

Y así nació la Orden del Pescador.

El hermano Michael estaba abatido.

—No quiero ser un monje hospitalario —dijo a Thomas—. Me mareo al ver sangre. Me da náuseas.

—Tenéis una vocación —afirmó Thomas.

—¿La de ser arquero? —sugirió el hermano Michael.

Thomas se echó a reír.

—Eso decídmelo dentro de diez años, hermano. Se tarda mucho en aprender a manejar el arco.

Era mediodía y estaban descansando los caballos. Thomas se había llevado a veinte hombres de armas, y su trabajo consistía, simplemente, en proporcionar protección de los *coredors* que merodeaban por los caminos. No quiso llevarse arqueros; normalmente cabalgaban con el *hellequin* pero, cuando viajaban en un grupo reducido, los temibles arcos ingleses enardecían a sus enemigos en cuanto los veían, de modo que decidió llevarse solo hombres que hablaran francés. La mayoría eran gascones, pero también había dos alemanes, Karyl y Wulf, que habían cabalgado

hasta Castillon d'Arbizon para ofrecerle su lealtad.

—¿Por qué queréis servirme? —les había preguntado Thomas.

—Porque vos ganáis —había respondido Karyl sencillamente. El alemán era un hombre delgado, un luchador rápido que tenía dos cicatrices paralelas en la mejilla derecha—. Las zarpas de un oso —había explicado—. Estaba intentando salvar a un perro. Me gustaba el perro, pero al oso no.

—¿El perro murió? —le había preguntado Genevieve.

—Sí —respondió Karyl—, pero el oso también.

Genevieve iba con Thomas. No se apartaba de su lado por miedo a que si se quedaba sola, la Iglesia volviera a encontrarla e intentara quemarla, de modo que había insistido en acompañarle. Además, le había dicho que no había ningún peligro. Thomas solo tenía pensado pasar un día o dos en Montpellier en busca de un erudito que pudiera explicar lo de un monje arrodillado en medio de la nieve. Luego regresarían todos enseguida a Castillon d'Arbizon, donde esperaban el resto de sus hombres.

—Si no puedo ser arquero —dijo el hermano Michael—, entonces dejadme ser vuestro médico.

—No habéis terminado vuestro aprendizaje, hermano, por eso vamos a Montpellier, para que puedan instruiros.

—No quiero que me instruyan —refunfuñó el hermano Michael—. Ya he recibido suficiente educación.

Thomas se rio. El joven monje le caía bien y sabía perfectamente que Michael estaba desesperado por escapar de la jaula de su vocación, una desesperación que conocía por experiencia. Thomas era hijo ilegítimo de un cura y había ido obedientemente a Oxford para aprender teología con el objetivo de convertirse también en sacerdote. Pero había encontrado otro amor: el arco de tejo. El gran arco de tejo. Y no había libros, ni sacramento, ni clase sobre la sustancia indivisible de la triple naturaleza de Dios que pudiera competir con el arco, por lo que Thomas se había hecho soldado.

Él creía que el hermano Michael estaba siguiendo el mismo camino, aunque en el caso de este estaba la condesa Bertille, que era la estrella Polar. La mujer seguía en Castillon d'Arbizon, donde aceptaba la adoración del hermano Michael como un deber, y a cambio era amable con él, pero no parecía darse cuenta de su anhelo. Ella lo trataba como a un cachorro consentido y eso aumentaba aún más el deseo del joven monje.

Galdric0, el criado de Thomas, y un hombre más que capaz de cuidarse solo en la lucha, trajo el caballo de Thomas de vuelta del río.

—Esa gente se ha parado —le dijo.

—¿Cerca?

—A un largo trecho de aquí, pero creo que nos están siguiendo.

Thomas subió la cuesta que iba desde el río al camino. A una milla de distancia, quizá más, un pequeño grupo de hombres estaba dando de beber a sus caballos.

—Es un camino transitado —comentó Thomas. Aquellos hombres, pues creía que todos eran hombres, iban a una distancia de unos dos días por detrás de ellos, pero no estaban haciendo ningún esfuerzo por alcanzarlos.

—Son tropas del conde de Armañac —afirmó Karyl con seguridad.

—¿Armañac?

—Todo este territorio es del conde —explicó el alemán con un movimiento del brazo que abarcó todo el paisaje—. Sus hombres patrullan los caminos para mantener alejados a los bandidos. No pueden cobrar impuestos a los comerciantes si no tienen nada que gravar, ¿no?

El camino se volvió aún más transitado a medida que se acercaban a Montpellier. Thomas no quería llamar la atención entrando en la ciudad con un gran grupo de hombres armados, de manera que, a la tarde siguiente, buscó un lugar donde pudieran esperarle. Encontraron un molino quemado en lo alto de una colina al este del camino. El pueblo más cercano se encontraba a una milla de distancia y el valle que se extendía por debajo era un lugar retirado.

—Si dentro de dos días no hemos regresado —dijo a Karyl— envidad a alguien para que averigüe lo ocurrido y pedid ayuda a Castillon. Y no os mováis de aquí. No queremos que los cónsules de la ciudad manden a nadie para que os investigue. —Supo que la ciudad se encontraba cerca por el humo que había al sur.

—¿Y si la gente nos pregunta qué hacemos aquí?

—No podéis permitir los precios de la ciudad, de manera que estáis esperando aquí a encontraros con los hombres del conde de Armañac. —El conde era el señor más grande del sur de Francia y nadie se atrevería a interferir con los hombres que le servían.

—No habrá ningún problema —aseguró Karyl con seriedad—. Lo prometo.

Thomas, Genevieve, Hugh y el hermano Michael siguieron adelante. Iban acompañados únicamente por dos hombres de armas y por Galdric. Llegaron a Montpellier aquella noche. Las dos colinas de la ciudad, los campanarios de sus iglesias y sus bastiones con tejado de tejas proyectaban unas largas sombras. La ciudad estaba rodeada por una muralla alta y pálida de la que colgaban unas banderas que mostraban a la Virgen y a su hijo. En otras había un círculo, rojo como el sol poniente, sobre un campo blanco. Al otro lado del muro se extendía un erial lleno de malas hierbas y debajo de estas había cenizas, mientras unos hogares de piedra dispersos señalaban los lugares donde antes había habido casas. Una mujer, anciana y encorvada, con un chal negro sobre el pelo, removía la tierra buscando algo.

—¿Vivíais aquí? —le preguntó Thomas.

La mujer le respondió en occitano, un idioma que Thomas apenas conocía, pero Galdric se lo tradujo:

—Vivía aquí hasta que vinieron los ingleses.

—¿Los ingleses estuvieron aquí? —Thomas parecía sorprendido.

Por lo visto, durante el año anterior, el Príncipe de Gales había estado cerca de Montpellier, muy cerca. En el último momento su ejército destructor se había desviado, pero no sin que antes la ciudad hubiera incendiado todos los edificios que había extramuros para negar a los ingleses cualquier escondite para sus arqueros o máquinas de asedio.

—Pregúntale qué está buscando —ordenó Thomas.

—Cualquier cosa —fue la respuesta—, porque lo ha perdido todo.

Genevieve lanzó una moneda a la mujer. Una campana tañía dentro de la ciudad y Thomas temió que fuera la señal para cerrar las puertas, de modo que instó a sus hombres a avanzar. Una hilera de carros cargados con madera, lana y barriles esperaban frente a la entrada, pero Thomas los adelantó. Vestía cota de malla y llevaba una espada, lo que le distinguía como un hombre importante. Galdric, que montaba detrás de él, desplegó una bandera que mostraba un halcón llevando un manojo de centeno. La insignia era la vieja bandera de Castillon d'Arbizon, y era un recurso útil cuando Thomas no quería anunciar su lealtad al conde de Northampton o que era el líder del temido *hellequin*.

—¿A qué venís, sire? —quiso saber un guardia en la puerta.

—Vamos de peregrinaje —contestó Thomas—. Queremos rezar.

—Las espadas deben permanecer envainadas dentro de la ciudad, sire —le informó el guardia respetuosamente.

—No hemos venido a luchar —repuso Thomas—, solo a rezar. ¿Dónde encontraremos alojamiento?

—Lo hay en abundancia si seguís recto, cerca de la iglesia de Saint Pierre. El establecimiento que tiene el letrero de santa Lucía es el mejor.

—¿Porque pertenece a vuestro hermano? —supuso Thomas.

—Ojalá fuera así, sire, pero el dueño es mi primo.

Thomas se rio, le lanzó una moneda y cruzó el alto arco. Los cascos de su caballo resonaron en los edificios, la campana sonaba continuamente y él y su séquito se dirigieron hacia la iglesia de san Pedro, acosado de pronto por el hedor de la ciudad. Un hombre con una túnica roja y azul, que llevaba una trompeta con el banderín de la Virgen colgando, pasó corriendo junto a los caballos.

—¡Llego tarde! —gritó a Thomas.

Los hombres que vigilaban las puertas empezaron a empujarlas para cerrarlas.

—¡Tendréis que esperar a mañana! —informaron a los carreteros.

—¡Esperad! —gritó otro guardia. Había visto a ocho jinetes cruzando el terreno

despejado. Los cascos de sus caballos levantaban nubecillas de ceniza y polvo mientras se apresuraban hacia la ciudad—. Algún que otro maldito señor —refunfuñó el guardia. Uno de los jinetes desplegó una bandera en la que se veía un caballo verde sobre un campo blanco, aunque el jinete que iba primero llevaba un jubón negro con la insignia de una rosa blanca. Los ocho jinetes llevaban cota de malla y armas—. ¡Dejadles paso! —gritó el guardia a los carreteros.

—Si vais a dejarlos entrar a ellos —suplicó uno de los carreteros que llevaba una carga de leña—, ¿por qué a nosotros no?

—Porque vosotros sois escoria y ellos no —respondió el guardia, y a continuación hizo una reverencia a los jinetes que cruzaron el arco con estrépito.

—Tengo asuntos que atender aquí —explicó el cabecilla de los jinetes a los guardias, los cuales no exigieron más explicaciones, sino que cerraron las enormes puertas y dejaron caer la tranca en sus soportes—. Os lo agradezco —dijo, y se adentraron en la ciudad.

Roland de Verrec había llegado a Montpellier.

—La proposición —bramó el doctor Lucius en voz tan alta que sus palabras las oyeron los peces del Mediterráneo, a seis millas al sur de Montpellier— es que un niño que muere sin bautizar es así condenado a los infinitos tormentos del Infierno, a los fuegos eternos de la perdición y a la separación de Dios para siempre con todo el dolor, sufrimiento, remordimiento, pesar y aflicción que entraña este funesto destino. Mi pregunta es: ¿esta proposición es cierta?

Nadie respondió.

El doctor Lucius, que llevaba un hábito blanco de la orden dominica manchado de tinta, fulminó con la mirada a sus acobardados alumnos. A Thomas le habían dicho que era el hombre más inteligente de la universidad de Montpellier, de modo que había acudido con el hermano Michael al salón de conferencias del doctor. A sus ojos, parecía ser una sala construida a toda prisa poniendo un tejado a un pequeño claustro del monasterio de san Simeón.

El buen tiempo se había esfumado durante la noche y lo habían reemplazado unas bajas nubes tormentosas de las que caía una lluvia que goteaba por las tejas mal puestas de la cubierta del salón. El doctor Lucius estaba sentado en una tarima, detrás de un estrado, y frente a él había tres hileras de bancos en los que se hundían una veintena de estudiantes con hábitos negros o azul oscuro y cara de aburrimiento.

El doctor Lucius se acarició la barba. Era una barba larguísima, que le caía hasta la cuerda desgastada que le rodeaba la cintura.

—¿Somos estúpidos? —preguntó a sus alumnos—. ¿Estamos dormidos? ¿Bebimos demasiadas uvas anoche? Algunos de vosotros, y que Dios ayude a Su Santa Iglesia, os convertiréis en sacerdotes. Tendréis un rebaño del que cuidar y en dicho rebaño habrá mujeres cuyos hijos morirán antes de recibir el sacramento del bautismo. La madre, llorosa y deseosa de vuestro consuelo, os preguntará si su hijo ha sido recibido en compañía de los santos, ¿y cuál será vuestra respuesta? —El doctor Lucius aguardó una respuesta, pero no hubo ninguna—. ¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó con un gruñido—. Alguno de vosotros debe de tener una respuesta.

—Sí —contestó un joven con un deteriorado gorro de estudiante de color negro, del que sobresalía un cabello largo y oscuro que le caía por la cara.

—¡Ah! ¡El señor Keane está despierto! —gritó el doctor Lucius—. No ha hecho el viaje desde Irlanda en vano, gracias a Dios. ¿Y por qué le diréis a la afligida madre que su hijo muerto está en el Paraíso, señor Keane?

—Porque si le digo que está en el Infierno, doctor, seguirá llorando y berreando y hay pocas cosas peores que los lamentos de una mujer. Es mejor quitársela de encima diciéndole lo que desea oír.

El doctor Lucius torció la boca, quizá porque le había hecho gracia.

—Así pues, señor Keane, no os importa la verdad de la proposición, sino solo el hecho de que os ahorraréis escuchar el llanto de una mujer, ¿no? ¿No consideraríais que el deber de un sacerdote es consolarla?

—¿Diciendo a la pobre desgraciada que su bebé ha ido al Infierno? ¡No, por Dios! Y si fuera atractiva no hay duda de que estaría deseoso de ofrecerle consuelo.

—Vuestra caridad no tiene límites —dijo el doctor Lucius con amargura—. Pero volvamos a la proposición. ¿Es o no es cierta? ¿Alguien?

Un joven pálido, de hábito y gorro immaculados, se aclaró la garganta y casi todos los demás estudiantes refunfuñaron. No había duda de que aquel muchacho demacrado, flaco como una rata hambrienta, era el alumno aplicado cuyos logros restaban importancia a los esfuerzos del resto de la clase.

—San Agustín —dijo— nos enseña que Dios no perdonará sus pecados a quien no esté bautizado.

—¿*Ergo*? —preguntó el doctor Lucius.

—Por lo tanto —contestó el joven con voz clara—, el niño está condenado al Infierno porque nació con pecado.

—¿Tenemos la respuesta entonces? —inquirió el doctor Lucius—. Por la autoridad del señor de Beaufort —el muchacho pálido sonrió e intentó aparentar modestia— y del bendito san Agustín. ¿Estamos todos de acuerdo? ¿Podemos pasar ya a discutir las virtudes cardinales?

—¿Cómo puede ir al Infierno un bebé? —preguntó el señor Keane, asqueado—. ¿Qué ha hecho para merecer eso?

—Nació de una mujer —respondió con gravedad el alumno llamado de Beaufort—, y sin el sacramento del bautismo el niño está condenado a sufrir por culpa del pecado.

—El señor de Beaufort va directo al punto sensible de la discusión, ¿no es cierto? —sugirió el doctor Lucius al alumno irlandés.

—Dios no está sometido a los sacramentos —interpuso Thomas que, como todos los demás, habló en latín.

Se hizo el silencio mientras todos se volvían a mirar al desconocido de expresión adusta y sombría que estaba apoyado en una columna de un extremo del claustro.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó el doctor Lucius—. Confío en que hayáis pagado para asistir a mi clase.

—He venido para decir que el señor de Beaufort no dice más que sandeces —exclamó Thomas— y no entiende, o no ha leído, las enseñanzas de Aquino, quien nos asegura que Dios no está obligado por los sacramentos. Dios, y no el señor de Beaufort, será quien decida el destino del bebé. Además, san Pedro nos dice en su *Primera carta a los corintios* que un niño nacido de una pareja en la que uno de los progenitores sea pagano es sagrado para Dios. Y san Agustín, en *La ciudad de Dios*,

declaró que los padres del niño muerto podrían encontrar la forma de redimir su alma.

—Que podrían, no que lo harían —saltó de Beaufort.

—¿Sois sacerdote? —El doctor Lucius no hizo caso a de Beaufort y dirigió la pregunta a Thomas, que iba envuelto en una capa negra.

—Soy soldado —respondió, al tiempo que dejaba que se le abriera un poco la capa para descubrir la malla.

—¿Y vos? —preguntó el doctor Lucius al hermano Michael, que había retrocedido hasta situarse bajo uno de los arcos del claustro en un esfuerzo por separarse de Thomas. Al joven monje le entristecía estar cerca de la universidad y parecía estar enfurruñado—. ¿Vais con él? —preguntó al hermano Michael señalando a Thomas con un gesto.

El clérigo parecía aturdido.

—Yo estoy buscando la Escuela de Medicina —tartamudeó.

—Los ensalmadores y olfateadores de pis dan sus clases en san Esteban. —El señor de Beaufort se rio tontamente y el doctor miró otra vez a Thomas—. ¡Un soldado que habla latín! —exclamó el dominico con fingida admiración—. Alabado sea Dios, parece que ha vuelto la era de los milagros. ¿No deberíais estar matando a alguien?

—Me pondré a ello en cuanto os haya hecho una pregunta —dijo Thomas.

—Y en cuanto hayáis pagado por mi respuesta —replicó el doctor Lucius—. Pero, de momento —añadió haciendo un gesto para recuperar la atención de sus alumnos—, aunque no tengo ninguna duda de que nuestro visitante —señaló a Thomas con una mano manchada de tinta— gana sus discusiones en el campo de batalla mediante la fuerza bruta, se equivoca por completo en este asunto. Un niño sin bautizar está condenado a los tormentos eternos del Infierno. Y ahora el señor de Beaufort demostrará por qué. Poneos en pie, señor de Beaufort, e iluminadnos.

El pálido alumno se levantó de un salto.

—El hombre —dijo con confianza— está hecho a imagen de Dios, pero la mujer no. Las leyes de la iglesia son claras en cuanto a esta distinción. Cito el *Corpus Iuris Canonici* para respaldar dicho argumento.

Pero antes de que pudiera recitar la ley de la Iglesia se oyeron unos fuertes pasos en el pasillo abierto de fuera y la voz de Beaufort se fue apagando cuando seis hombres con armadura y provistos de armas cruzaron el arco y entraron en la sala de conferencias. Llevaban camisotes de malla debajo de unos gambesones con la imagen de la Virgen sentada, todos armados con lanzas y yelmos. Iban seguidos por dos individuos que portaban las vestiduras azules y rosas de los cónsules de Montpellier, los gobernadores de la ciudad, y por un hombre que llevaba la insignia de la rosa blanca: Roland de Verrec.

—Nos interrumpís —declaró el doctor Lucius con indignación, pero lo dijo en

latín, por lo que ninguno de los recién llegados lo entendió.

—Ese es. —Roland de Verrec hizo caso omiso del doctor y señaló a Thomas—. ¡Arréstenlo de inmediato!

—¿Por qué? —En esta ocasión el doctor utilizó el francés. No es que con su pregunta estuviera defendiendo a Thomas, ni mucho menos, lo que defendía era su dignidad, afrentada por la llegada de los hombres armados, e intentaba establecer su autoridad en la sala de conferencias.

—Por el secuestro de la legítima esposa de otro hombre —contestó Roland de Verrec— y por el delito aún peor de herejía. Está excomulgado, proscrito por la Iglesia y odiado por los hombres. Se llama Thomas de Hookton y exijo que me sea entregado en custodia de inmediato. —Hizo una seña a los hombres de armas para que capturaran a Thomas.

Este soltó una maldición entre dientes y dio dos pasos atrás. Agarró al hermano Michael, que seguía mirando boquiabierto a los recién llegados. Él había dejado su espada con Genevieve, puesto que le hubieran prohibido la entrada al monasterio de haber llegado armado, pero llevaba un cuchillo corto en el cinturón y lo sacó, rodeó el cuello del hermano Michael con el brazo izquierdo y le puso la punta del cuchillo en la garganta. Este profirió un ruido ahogado que hizo que los guardias de la ciudad se detuvieran.

—Retroceded —les dijo Thomas— o mataré al monje.

—Si os rendís pacíficamente —expuso Roland de Verrec a Thomas— suplicaré al conde de Labrouillade que os trate con indulgencia. —Hizo una pausa, como si esperara que bajara el cuchillo—. Apresadlo —ordenó a los guardias al ver que la hoja seguía presionando la garganta del hermano Michael.

—¿Lo queréis muerto? —gritó Thomas. Apretó más el brazo contra la garganta del joven monje, que gimoteó aterrorizado.

—Una recompensa para el que lo atrape —anunció Roland de Verrec al tiempo que él mismo avanzaba. La idea de una recompensa emocionó a los estudiantes, que hasta el momento habían estado mirando con ojos como platos el repentino drama que había animado su clase de Teología. Rugieron como cazadores al ver cerca a su presa y volcaron los bancos a patadas con las prisas por capturar a Thomas.

—¡Está muerto! —bramó Thomas, y los estudiantes se detuvieron por miedo a que la sangre del monje manara de repente—. Decidle a Genevieve —susurró Thomas al oído del hermano Michael— que se reúna con Karyl. —Esta, que por ser mujer tenía prohibida la entrada al monasterio, se había quedado en la taberna con Hugh, Galdric y los dos hombres de armas.

—¡Dios mío, sálvame! —exclamó el hermano Michael con un grito ahogado. Thomas aflojó el brazo izquierdo, empujó con fuerza al monje contra los estudiantes y acto seguido echó a correr hacia otro pasillo abierto.

Los perseguidores rugieron otra vez, profiriendo gritos y alaridos. El doctor Lucius chilló pidiendo orden, pero fue en vano. Thomas oyó los pasos, vio una puerta a su derecha y la abrió de golpe. ¡Era un lavabo! Tres monjes estaban defecando, sentados en unos bancos de piedra que recorrían los lados de aquella habitación maloliente que tenía una puerta con arco en el otro extremo. Los monjes miraron a Thomas boquiabiertos, pero no se atrevieron a moverse, por lo que agarró a uno de ellos por la barba y lo tiró al suelo con el trasero al aire, sucio y todo. Hizo lo mismo con el segundo monje y corrió hacia el otro extremo de la habitación. Los perseguidores se amontonaron en el lavabo, tropezaron con el monje que estaba en el suelo y Thomas cruzó la puerta. No tenía pestillo para cerrarla. Por delante de él se extendía un corredor con puertas a ambos lados. ¿Las celdas de los monjes?

Corrió tan deprisa como pudo, maldiciendo la vieja herida en la pierna que no le dejaba ser tan rápido como antes, pero se las estaba arreglando para aventajar a sus perseguidores. Irrumpió por una puerta situada más adelante, que tenía el pestillo en el lado que no le convenía. Entró por ella y fue a parar a lo que parecía ser una lavandería con unas grandes tinas de piedra, jarras y montones de hábitos. Esparció unos cuantos por el suelo, empujó otra puerta y se encontró en un pequeño huerto cercado. Allí no había nadie y tampoco había ninguna salida, salvo la puerta por la que acababa de entrar.

Los hombres gritaban en el pasillo; estaban cerca, demasiado cerca. La lluvia arreciaba. Un muro alto tapiaba un lado del huerto. Thomas saltó, se agarró a la albardilla y utilizó sus enormes músculos de arquero para encaramarse a ella. Levantó una pierna, la pasó por encima del muro, se puso de pie y corrió hacia el punto en el que el muro se unía con un tejado inclinado. Los hombres entraron al huerto en tropel mientras él subía al tejado. Las tejas estaban resbaladizas a causa de la lluvia y tuvo que agitar los brazos unos instantes antes de trepar al caballete.

—¡Allí está! —gritó el irlandés Keane con entusiasmo—. ¡Va hacia las cocinas!

Thomas arrancó una teja y la arrojó contra los estudiantes, luego otra. Keane soltó una maldición y agachó la cabeza, pero Thomas ya había subido al caballete y corría perdiéndose de vista mientras oía los gritos y bramidos de los estudiantes dando rienda suelta al alborozo de la caza. Perseguir a un inglés hereje era mucho más divertido que discutir las cuatro virtudes cardinales o la necesidad del bautismo infantil.

Una saeta de ballesta pasó silbando. Miró a la izquierda y vio a un hombre con la librea de la ciudad que recargaba su arma en el andamio de una iglesia. Maldición. Se sentó en el caballete y se deslizó por la pendiente resbaladiza del tejado hasta que sus pies golpearon con fuerza contra un pequeño parapeto de piedra. «¡Está en el refectorio!», gritó un hombre. Él arrancó otra teja y la lanzó a lo alto y lejos, a través de la lluvia y por encima del tejado, para que cayera donde fuera. La oyó estrellarse, a

lo que siguió el estrépito de los fragmentos. «¡Por el otro lado!», exclamó una voz. «¡Está en la sala capitular!». Empezó a sonar una campana, luego se le unió otra y Thomas escuchó el ruido de unos pasos en el tejado al otro lado del caballete. Miró a derecha e izquierda y no vio una manera fácil de escapar, por lo que se asomó con cautela al bajo parapeto de piedra. Había otro huerto por debajo de él, uno pequeño lleno de árboles frutales. «¡Id a la izquierda!», gritó una voz desde algún lugar a sus espaldas.

—¡No, se fue por aquí! —Era el estudiante irlandés, Keane, y parecía muy seguro de sí mismo—. ¡Por aquí! —bramó—. ¡He visto a ese cabrón!

Thomas se quedó escuchando mientras el ruido de la persecución se desvanecía. Keane los estaba llevando en dirección totalmente contraria, pero aún así no estaba fuera de peligro. Tenía que encontrar la forma de bajar de los tejados y optó por arriesgarse con el pequeño huerto. Pasó las piernas por encima del parapeto y se quedó allí sentado sin decidirse, porque había una larga caída. Pero le pareció que no tenía alternativa. Saltó y se golpeó contra las ramas, flores y hojas mojadas. Cayó con fuerza, salió despedido de bruces y paró el golpe con las manos. Sintió un dolor agudo en el tobillo derecho y se quedó a gatas escuchando a sus perseguidores, cuyas voces se hacían cada vez más débiles. «Quédate quieto», pensó. «Quédate quieto y deja que los cazadores se alejen. Espera».

—Este arco —dijo una voz muy cercana por detrás de él— os está apuntando a la espalda. Y va a haceros daño. Mucho.

El padre Marchant pensaba que había sido un golpe de genio elegir la abadía de san Dionisio como el lugar donde la Orden del Pescador iba a celebrar su vigilia y recibir su solemne consagración. Allí, debajo de las altísimas cúpulas de piedra, bajo la luz de la tarde cuyos haces llenos de polvo relucían a través del esplendor de las vidrieras, y frente a un altar atestado de vasijas de oro y en el que brillaba la plata, los Caballeros del Pescador se arrodillaron para ser bendecidos. Un coro cantaba. La melodía parecía triste pero inspiradora. Las voces masculinas subían y bajaban de tono en la gran abadía donde los caballeros de Francia yacían fríos en sus tumbas y la oriflama esperaba en el altar. La oriflama era el estandarte de guerra de Francia, la gran bandera de seda roja que ondeaba por encima del rey cuando entraba en batalla. Era sagrada.

—Es nueva —comentó malhumorado Arnoul d’Audrehem, mariscal de Francia, a su compañero, el señor de Douglas—. Los malditos ingleses capturaron la última en Crécy. Es probable que ahora mismo se estén limpiando el culo con ella.

Douglas respondió con un gruñido. Estaba mirando a su sobrino, arrodillado en el altar con otros cuatro hombres, donde el padre Marchant, resplandeciente con vestiduras carmesí y blancas, decía misa.

—La Orden del maldito Pescador —dijo Douglas con sarcasmo.

—Una completa estupidez, estoy de acuerdo —repuso D’Audrehem—. Pero una estupidez que tal vez convenza al rey para marchar al sur. Es lo que queréis, ¿no?

—Vine aquí para luchar contra los ingleses. Quiero ir al sur y dar una paliza a esos condenados cabrones.

—El rey tiene miedo —afirmó D’Audrehem— y busca una señal. Quizá estos Caballeros del Pescador lo convencerán, ¿no?

—¿Tiene miedo?

—De las flechas inglesas.

—Ya os lo he dicho, pueden ser derrotados.

—¿Combatiendo a pie?

D’Audrehem parecía escéptico. Tendría unos cincuenta años y era un hombre duro, avezado en la guerra, con el pelo corto y gris y la mandíbula deformada por el golpe de una maza. Hacía mucho tiempo que conocía a Douglas, desde que, cuando era joven, D’Audrehem había estado en campaña en Escocia. Aún se estremecía al recordar aquella tierra fría y remota, al pensar en su comida, en sus crudos e incómodos castillos, en sus pantanos, sus riscos, sus nieblas y sus páramos. Pero aunque el país le desagradaba, no tenía más que admiración por su gente. Los escoceses, así se lo había dicho al rey Juan, eran los mejores guerreros de la cristiandad. «Si es que pertenecen a la cristiandad, sire».

—¿Son paganos? —había preguntado el rey con preocupación.

—No, sire, lo que ocurre es que viven al borde del mundo y luchan como demonios para no caerse.

Y en aquellos momentos había doscientos de aquellos demonios allí, en Francia, desesperados por tener la oportunidad de luchar contra su viejo enemigo.

—Deberíamos volver a Escocia —se quejó Douglas a D’Audrehem—. He oído que se ha roto la tregua. Podemos matar ingleses allí.

—El rey Eduardo —explicó D’Audrehem con calma— volvió a capturar Berwick. La guerra ha terminado, ganaron los ingleses. Se ha restablecido la tregua.

—Maldito Eduardo —refunfuñó Douglas.

—¿Y creéis que los arqueros pueden ser derrotados por soldados a pie? —le preguntó D’Audrehem.

—A pie —contestó el señor de Douglas—. Se pueden lanzar algunos hombres montados contra esos cabrones, pero hay que poner una buena armadura a sus caballos. ¡No son los arqueros, son los caballos! Esas malditas flechas no penetran en la armadura, no si esta es buena, pero son un infierno para los caballos. Vuelven locas a las bestias y los caballeros salen despedidos de las monturas para ser pisoteados. Los caballos corren como locos de dolor, y todo porque los arqueros apuntan hacia ellos. Las flechas pueden convertir una carga de caballería en un osario, de manera

que no hay que darles caballos que puedan matar. —Había sido un largo discurso para el normalmente taciturno señor de Douglas.

—Lo que decís tiene sentido —admitió D’Audrehem—. Yo no estuve en Crécy, pero oí que los caballos sufrieron.

—Pero los soldados a pie pueden llevar escudos —dijo Douglas—, o una armadura pesada. Pueden acercarse a esos cabrones y matarlos. Así es cómo hay que hacerlo.

—¿Así es cómo luchó vuestro rey en... dónde era? ¿En Durham?

—Elegió un mal terreno para combatir —contestó Douglas—, así que el pobre desgraciado está prisionero en Londres y no podemos pagar el rescate.

—¿Para eso queréis al príncipe de Gales?

—Quiero a ese condenado muchacho de rodillas, meándose de miedo, lamiendo el estiércol de caballo de mis botas y suplicándome que sea amable. —Douglas soltó una risotada que resonó en la gran abadía—. Y cuando lo tenga, lo cambiaré por mi rey.

—Tiene cierta reputación —comentó D’Audrehem con suavidad.

—¿Reputación? ¿Por jugar? ¿Por las mujeres? ¿Por el lujo? ¿Por el amor de Dios, si es un niño!

—Con veintiséis años, ¿un niño?

—Un niño —insistió Douglas—, y podemos atraparlo.

—O a Lancaster.

—¡A la mierda Lancaster! —exclamó el escocés con brusquedad.

Enrique, duque de Lancaster, había salido de Bretaña al mando de un ejército inglés y estaba asolando Maine y Anjou. El rey Juan había considerado dirigir sus tropas contra él y dejar que su hijo hostigara al príncipe de Gales en el sur, y eso era lo que Douglas temía. Lancaster no era idiota. Si se veía frente a un gran contingente era probable que se retirara a las grandes fortalezas de Bretaña.

Pero el príncipe Eduardo de Gales era testarudo. Había sobrevivido el verano anterior dirigiendo a su destructivo ejército todo el camino hasta el Mediterráneo y de vuelta a Gascuña sin encontrarse con una verdadera oposición, lo cual sin duda lo había envalentonado para la campaña que acababa de empezar. Douglas estaba seguro de que el príncipe se alejaría demasiado de sus bases seguras en Gascuña y podrían atraparlo y darle una paliza. El inglés era irresponsable, le gustaban sus putas y su oro, era demasiado adicto a los lujos. Y su rescate sería enorme.

—Deberíamos estar yendo hacia el sur —dijo Douglas— y no perdiendo el tiempo con tonterías de pescadores.

—Si queréis ir al sur —repuso D’Audrehem—, prestad toda la ayuda posible a la Orden del Pescador. ¡A nosotros el rey no nos escucha! Pero sí escucha al cardenal, que quiere ir al sur y puede convencerle. De modo que hacedle caso.

—¡Ya lo hice! Dejé que se llevara a Sculley. ¡Pero si Sculley no es un hombre, es un animal, por el amor de Dios! Tiene la fuerza de un toro, las zarpas de un oso, los dientes de un lobo y los genitales de una cabra. Me aterroriza incluso a mí, de modo que sabe Dios lo que les hará a los ingleses. ¿Pero qué quiere Bessières de él, en nombre de Dios?

—Una reliquia, según me han dicho —respondió D’Audrehem—. Cree que esta le dará el papado, y el papado le dará poder. Y si se convierte en Papa, amigo mío, entonces mejor tenerlo de vuestro lado que contra vos.

—Pero nombrar caballero a Sculley, ¡por Dios Todopoderoso! —Douglas se echó a reír.

No obstante, allí estaba Sculley, en los escalones del elevado altar, arrodillado entre Robbie y un caballero llamado Guiscard de Chauvigny; un hombre cuyas tierras había perdido frente a los ingleses en Bretaña. De Chauvigny, al igual que los demás, era famoso por sus hazañas en las justas por toda Europa. Solo faltaba Roland de Verrec. El padre Marchant había enviado a unos hombres a buscarlo por Francia. Eran los mejores luchadores que el cardenal pudo reclutar, los mejores guerreros, hombres que inspiraban miedo a sus oponentes. Ahora matarían por Cristo, o al menos por el cardenal Bessières.

Los últimos rayos de sol dejaron el cielo y sumieron las vidrieras en la oscuridad. Las velas brillaban y parpadeaban en los numerosos altares que había en la abadía, donde los sacerdotes masculaban plegarias por los muertos.

—Habéis sido elegidos —dijo el padre Marchant a los hombres arrodillados con armadura frente al altar—. Habéis sido elegidos para ser los guerreros de san Pedro, los Caballeros del Pescador. Vuestra tarea es enorme y vuestra recompensa será divina. Se os perdonan vuestros pecados, quedáis liberados de todos los juramentos anteriores y se os concede el poder de los ángeles para derrotar a vuestros enemigos. Saldréis de aquí siendo unos hombres nuevos, unidos por la lealtad y ligados a Dios por vuestro juramento sagrado. Vosotros sois Sus elegidos, haréis Su voluntad y un día Él os recibirá en el Paraíso.

Robbie Douglas se sintió embargado de puro gozo, llevaba mucho tiempo buscando una causa. Creyó encontrarla en la compañía de mujeres, o en la amistad de otros guerreros, pero sabía que era un pecador y eso era lo que le causaba sufrimiento. Jugaba; rompió sus promesas. Era un luchador temido en los torneos del continente y sin embargo él se sentía débil. Sabía que su tío lo despreciaba, pero ahora, ante el altar reluciente y bajo la voz severa del padre Marchant, presintió que había hallado la salvación. Era un Caballero del Pescador, la Iglesia le había asignado una tarea y le había prometido una recompensa en el Cielo. Sintió que se le elevaba el alma ante la solemnidad del momento y se juró a sí mismo que serviría a aquel grupo de hombres con todo su corazón y todas sus fuerzas.

—Quedaos y rezad —les dijo el padre Marchant—, porque mañana emprendemos nuestra misión.

—A Dios gracias —respondió Robbie.

Y Sculley se tiró un pedo. El ruido resonó en las paredes de la abadía y dio la impresión de permanecer.

—¡Dios mío! —dijo Sculley—, ha sido de los húmedos.

La Orden del Pescador quedó consagrada e iría a la guerra.

—El secreto —dijo Thomas— es poner un virote en la ranura.

—¿Un virote?

—Una saeta. ¿Una flecha?

—¡Ah! —dijo la mujer—. Sabía que se me olvidaba algo. Es lo que ocurre cuando te haces vieja; se te olvidan las cosas. Mi marido me enseñó cómo utilizar una de estas cosas. —Dejó la ballesta sobre un pequeño banco de madera que había entre dos naranjos—. Pero nunca disparé ninguna. Aunque estuve tentada de dispararle a él. ¿Estáis huyendo?

—Sí.

—Nos estamos mojando. Vamos dentro. —La mujer era vieja y estaba encorvada; una criatura diminuta que a Thomas apenas le llegaba a la cintura. Tenía un rostro arrugado de expresión astuta y tez morena. Vestía un hábito de monja, pero encima llevaba una exquisita capa de lana de color carmesí ribeteada de armiño.

—¿Dónde estoy? —preguntó Thomas.

—Saltasteis a un convento. El convento de santa Dorcas. Supongo que debería daros la bienvenida, de manera que bienvenido.

—¿Santa Dorcas?

—Hizo multitud de buenas obras, según me dicen, de modo que seguro que era terriblemente aburrida. —La anciana cruzó una entrada baja. Thomas cogió la ballesta antes de seguirla. Era un arma hermosa con un cuerpo oscuro de nogal con incrustaciones de plata—. Perteneció a mi esposo —le explicó ella—, y tengo tan pocas cosas suyas que la guardo para recordarlo. No es que quiera recordarlo, en realidad. Era un hombre particularmente desagradable, muy parecido a su hijo.

—¿Su hijo? —preguntó Thomas, y dejó la ballesta sobre una mesa.

—Mi hijo. El conde de Malbuisson. Soy la condesa viuda.

—Mi señora —dijo Thomas, e hizo una reverencia.

—¡Dios mío! ¡Los buenos modales no han muerto! —exclamó la anciana alegremente, y entonces se sentó en una mullida silla tapizada y se dio unas palmaditas en el regazo.

Por un segundo Thomas pensó que la mujer quería que se sentara allí, pero entonces, para su alivio, un gato gris salió de detrás de un baúl y saltó sobre sus

rodillas. La condesa hizo un gesto con la mano como para sugerir que Thomas podía sentarse donde quisiera, aunque él se quedó de pie. Era una habitación pequeña, de unos cuatro o cinco pasos en ambas direcciones, pero estaba llena de mobiliario que parecía pertenecer a un gran salón. Había una mesa cubierta con un tapiz, dos cofres grandes, un banco y tres sillas. Cuatro enormes candelabros de plata estaban en la mesa junto con algunos cuencos, fuentes y un ornamentado juego de ajedrez, mientras que de las paredes encaladas colgaban un crucifijo y tres paneles de cuero; uno pintado con una escena de caza, otro con un labrador y el tercero mostraba a un pastor con su rebaño. Un tapiz con dos unicornios en un jardín de rosas colgaba sobre un pequeño arco, que debía de ocultar el dormitorio de la condesa.

—¿Y vos sois? —le preguntó ella.

—Me llamo Thomas.

—¡Thomas! ¿Es inglés? ¿O normando? Parecéis inglés, creo.

—Soy inglés, aunque mi padre era francés.

—Siempre me gustaron los mestizos —comentó la condesa—. ¿Por qué estáis huyendo?

—Es una historia muy larga.

—Me gustan las historias largas. Estoy aquí encerrada sin más compañía que la de las monjas, porque de otro modo estaría gastando un dinero que mi nuera quiere despilfarrar. En general son unas mujeres entrañables... —hizo una pausa— pero bastante aburridas. Encontraréis un poco de vino en la mesa. No es un vino muy bueno, pero es mejor que no tener. A mí me gusta mezclado con agua, que está en la jarra. ¿Quién os persigue?

—Todo el mundo.

—¡Debéis de ser un hombre muy malvado! ¡Es magnífico! ¿Qué hicisteis?

—Me acusan de herejía —respondió Thomas—, y de raptar a la mujer de otro hombre.

—¡Madre mía! —exclamó la condesa—. ¿Seríais tan amable de darme esa manta? La oscura. Rara vez hace frío aquí adentro, pero hoy es distinto. ¿Sois un hereje?

—No.

—¡Alguien debe de pensar que sí! ¿Qué hicisteis? ¿Negar la Trinidad?

—Ofendí a un cardenal.

—No es muy sensato de vuestra parte. ¿A cuál?

—A Bessières.

—¡Ese hombre es horrible! ¡Es un cerdo! Pero un cerdo peligroso. —Hizo una pausa mientras pensaba. Se oían voces por detrás de la puerta, voces de mujer, pero eran débiles—. En el convento nos enteramos de cosas —siguió diciendo la condesa—, noticias del mundo. ¿No escuché decir que Bessières estaba buscando el Santo

Grial?

—Así es. No lo encontré.

—¡Oh, Dios mío, pues claro que no! ¡Dudo que exista!

—Es probable que no —mintió Thomas. Él sabía que existía porque lo había encontrado, y después lo había tirado al mar, donde no pudiera hacer daño. ¿Y la espada que buscaba? ¿Iba a esconderla también?

—Decidme, ¿a quién le robasteis la esposa? —preguntó la condesa.

—Al conde de Labrouillade.

La condesa dio una palmada con sus delgadas manos.

—¡Ay, cada vez me gustáis más! ¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Labrouillade es una criatura vil! Siempre me dio lástima esa chica, Bertille. ¡Una joven muy guapa, además! No me imagino su lecho matrimonial, ¡o más bien sí! ¡Qué horror! Sería como estar atrapada bajo un saco gruñidor de manteca rancia. ¿No se fugó con el joven Villon?

—Sí. La recuperé y luego me la volví a llevar.

—Hacéis que parezca muy complicado, de modo que tendréis que empezar por el principio. —De repente la condesa dejó de hablar, se inclinó hacia adelante en la silla y siseó con los dientes apretados. El siseo terminó con un gemido.

—No estáis bien —aseguró Thomas.

—Me estoy muriendo —repuso ella—. Sería de esperar que con todos los médicos que hay en esta ciudad se pudiera hacer algo, pero no es así. Bueno, uno de ellos quiere abrirme, ¡pero no voy a permitirlo! De modo que huelen mi orina y dicen que tengo que rezar. ¡Rezar! Bueno, pues ya lo hago.

—¿No hay ninguna medicina?

—No para ochenta y dos años de vida, querido, eso es incurable. —Se mecía adelante y atrás en la silla, aferrando la manta contra sus pechos. Respiraba profundamente y, poco a poco, dio la impresión de que ya no sentía tanto dolor—. Hay un poco de vino de mandrágora en una botella verde, allí, en la mesa. Las monjas de la enfermería lo preparan para mí, son muy amables. Alivia el dolor, pero me nubla la cabeza. ¿Me servirías una copa? Sin agua, querido, y luego podéis contarme vuestra historia.

Thomas le dio la medicina y a continuación le contó su historia por encima; que lo habían contratado para derrotar a Villon y que Labrouillade había intentado engañarle.

—Así pues, ¿Bertille está en vuestra fortaleza? —preguntó la condesa—. ¿Y a vuestra esposa le cae bien?

—Sí.

—¿Tiene hijos?

—¿Bertille? No.

—Es una suerte. Si tuviera hijos, ese desgraciado de Labrouillade los utilizaría para hacerla volver. En cambio, ¡vos podéis matar a Labrouillade y convertirla en viuda! Es una solución magnífica. Las viudas tienen muchas más posibilidades.

—¿Por eso estáis vos aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Es un refugio, supongo. Mi hijo no me quiere y su esposa me odia, por lo que me dijeron que me buscara otro marido. De modo que aquí estoy, sola con Nicholas. —Acarició al gato—. Así que Labrouillade os quiere muerto, pero no está aquí, en Montpellier, ¿verdad? ¿Quién os persigue entonces?

—Labrouillade envió a un hombre para que se enfrentara a mí. Él empezó a perseguirme y todos los estudiantes se unieron a él.

—¿A quién envió Labrouillade?

—Se llama Roland de Verrec.

—¡Oh, Dios mío! —A la condesa pareció hacerle gracia—. ¿El joven Roland? Yo conocía muy bien a su abuela, pobrecita. He oído que es un luchador magnífico, pero ¡ay!, sin cerebro.

—¿Sin cerebro?

—La culpa la tienen los romances, querido. Lee todas esas ridículas historias de valor caballeresco y, como no tiene cerebro, se las cree. Yo culpo a su madre; es una mujer fuerte, todo plegarias y rencor, y él, pobrecito, se cree todo lo que ella dice. Le cuenta que la caballería existe, y supongo que así es. El marido era un lascivo. ¡No como su hijo; el caballero virgen! —Se rio—. ¡Pero qué bobo puede llegar a ser un muchacho! Y él es muy bobo. ¿Habéis oído que se le apareció la Virgen María?

—Todo el mundo lo ha oído.

—¡Era un niño tonto y supongo que su madre lo emborrachó! Estoy segura de que la Virgen María tiene cosas mejores que hacer que echar a perder la vida de un muchacho. ¡Madre mía, pobre chico! Ahora el joven Roland sueña con ser un caballero en la mesa redonda de vuestro rey Arturo. Me temo que tendréis que matarle.

—¿Ah, sí?

—¡Más os vale! Si no os considerará su misión y os perseguirá hasta los confines de la Tierra.

—Ya me ha perseguido hasta aquí —dijo Thomas con tristeza.

—Pero, ¿qué diablos estáis haciendo en Montpellier?

—Quería consultar con un erudito.

—Pues aquí los hay en abundancia —repuso ella con desdén—, y son una pandilla de lo más variopinto. Se pasan el tiempo peleándose unos con otros por las cosas más tontas, pero quizá sea eso lo que hacen los estudiosos. ¿Puedo preguntar qué queríais consultar?

—Estoy buscando a un santo.

—¡Esos sí que escasean! ¿Qué clase de santo?

—A uno que vi en una pintura —explicó Thomas, y describió al monje arrodillado en la hierba en torno a la cual se extendía una gruesa capa de nieve—. Cuenta una historia —dijo—, pero nadie parece conocerla ni sabe decirme quién es.

—Un santo congelado, por lo que decís, pero ¿por qué necesitáis saberlo?

Thomas vaciló.

—Mi señor feudal —contestó al fin— me ha encargado encontrar una reliquia y creo que ese santo tiene algo que ver con ella.

—¡Sois tan tonto como Roland! ¡Una búsqueda, claro está! —Se echó a reír—. Hay un libro en esa mesa, en alguna parte, querido. Traédmelo.

Antes de que Thomas encontrara el libro se oyeron unas voces de mujer fuera, cercanas, y acto seguido llamaron tímidamente a la puerta.

—¿Madame? ¿Mi señora? —la llamó alguien.

—¿Qué queréis?

—¿Estáis sola, mi señora?

—Tengo a un hombre aquí —respondió la condesa—, es joven y muy viril. Teníais razón, hermana Véronique, Dios sí que responde a las plegarias.

Empujaron la puerta pero la condesa había echado el cerrojo.

—¿Madame? —la llamó otra vez la hermana Véronique.

—No seáis boba, hermana —dijo la condesa—, estoy mascullando en voz alta, nada más.

—Muy bien, madame.

—Traedme el libro —dijo la condesa bajando un poco la voz. Era un tomo pequeño, apenas más grande que la mano de Thomas. La condesa desató las cintas y retiró la cubierta de suave cuero—. Era de mi suegra —explicó—, ¡era una mujer encantadora! Sabe Dios cómo pudo dar a luz a un monstruo como Henri. Supongo que las estrellas estaban mal alineadas cuando lo concibió, o quizá Saturno estaba en ascendente. Ningún niño concebido cuando Saturno asciende hará nada bueno. Los hombres nunca se preocupan de este tipo de detalles, pero deberían hacerlo, la verdad. Es muy bonito, ¿no? —Le pasó el libro a Thomas.

Este vio que casi todos los dibujos eran de santos. Estaba Radegunda con su corona, representada entre un montón de mampuestos mientras que, a su lado, se construía una gran iglesia. Thomas volvió la rígida página y vio una representación horrible de san Leodegario siendo cegado, un soldado perforaba el ojo al obispo con una lezna.

—¿No es horroroso? —La condesa se había inclinado hacia adelante para ver las imágenes—. También le arrancaron la lengua. Henri siempre me amenazaba con arrancármela, pero no lo hizo. Supongo que debería estar agradecida. Este es san

Clemente.

—¿Siendo martirizado?

—Sí, desde luego, el destripamiento es un camino seguro a la santidad, pobre hombre. —También estaba san Remigio bautizando a un hombre desnudo en un enorme caldero—. Ese es Clodoveo siendo bautizado —explicó la condesa—, ¿no fue el primer rey de Francia?

—Eso creo —respondió Thomas.

—Supongo que deberíamos estar agradecidos de que se convirtiera al cristianismo entonces —comentó la condesa, y se inclinó para pasar la página y revelar así a san Cristóbal llevando al niño Jesús. La matanza de los inocentes estaba pintada de fondo, pero el santo barbudo se había llevado al niño Jesús lejos del campo sembrado con docenas de niños muertos y moribundos salpicados de sangre—. Parece que a san Cristóbal vaya a caérsele el niño, ¿verdad? Siempre pienso que Jesús debió de meársele encima o algo así. Los hombres son un caso perdido con los niños. ¡Oh, pobre chica!

Este último comentario fue por la representación de santa Apolonia, a la que un par de soldados serraban en dos. Tenía el vientre abierto y la sangre se derramaba por la página mientras ella miraba en actitud de rezo a unos ángeles que se asomaban por detrás de una nube.

—¡Siempre me pregunto por qué los ángeles no bajan a salvarla! —dijo la condesa—. Debe de ser muy desagradable que te partan en dos con una sierra, ¡pero ellos se limitan a quedarse en las nubes sin hacer nada! Eso no es muy angelical que digamos. ¡Y este hombre es un idiota!

Thomas había pasado una página y apareció una representación de san Mauricio, arrodillado entre los restos de su legión. Mauricio había animado a sus hombres a que fueran martirizados antes que asaltar una ciudad cristiana, y sus compañeros romanos le habían concedido este piadoso deseo, por lo que el pintor mostraba una franja de cuerpos rotos y ensangrentados desparramados por un campo, mientras los asesinos se acercaban al santo arrodillado.

—¿Por qué no huyó? —preguntó la condesa—. Dicen que tenía seis mil soldados. Sin embargo los anima a ser sacrificados como corderos. A veces pienso que hay que ser sumamente estúpido para convertirse en santo.

Thomas volvió la última página y se quedó helado.

Allí estaba el monje en la nieve.

La condesa sonrió.

—¿Lo veis? No necesitabais un erudito, solo a una anciana.

La imagen era distinta de la pintura de Aviñón. El monje del libro no estaba arrodillado en el rodal, sino tendido acurrucado durmiendo. No había ningún san Pedro, pero sí una casita a mano derecha y un segundo monje atisbaba por una

ventana. El monje dormido, que tenía la aureola de santo, estaba tendido en la hierba, pero el resto del paisaje, así como el tejado de la casita, estaba cubierto de una gruesa capa de nieve. Era de noche, las estrellas estaban pintadas contra un denso cielo azul oscuro y un único ángel observaba desde las Alturas, mientras que en el borde de la página, pintado con flores, estaba el nombre del santo.

—San Juniano —leyó Thomas—. Nunca había oído hablar de él.

—¡Dudo que lo conozca mucha gente!

—Juniano —repitió.

—Era hijo de un noble —le explicó la condesa— y debía de haber sido muy devoto, porque anduvo un largo camino para estudiar con san Amando, pero llegó de noche y este había cerrado su puerta. Juniano llamó, sin embargo san Amando pensó que debían de ser bandidos que acudían a robarle y se negó a abrirla. ¡No entiendo por qué Juniano no se explicó! ¡Era invierno, estaba nevando y lo único que tenía que hacer era decirle a Amando quién era! Pero por lo visto, Juniano era tan estúpido como los demás, y como no pudo entrar en casa de Amando se echó a dormir en el jardín. Como podéis ver, Dios se aseguró amablemente de que la nieve no le cayera encima. De manera que pasó una buena noche y al día siguiente el malentendido quedó felizmente aclarado. No es una historia muy emocionante.

—San Juniano —repitió Thomas mirando al monje durmiente—. Pero, ¿por qué está en este libro? —se preguntó en voz alta.

—Mirad más adelante —sugirió la condesa.

Thomas fue pasando las rígidas páginas y vio que en la primera había un escudo de armas pintado. Mostraba un león rampante en un campo blanco. El león rugía y tenía las zarpas extendidas.

—No conozco este blasón —dijo Thomas.

—Mi suegra era de Poitou —explicó la condesa— y el león rojo es el símbolo de allí. Todos los santos de este libro, querido, tienen relación con Poitou, y supongo que no les alcanzó con los que fueron cegados, escaldados, decapitados, destripados o serrados por la mitad, de modo que añadieron al pobre Juniano para llenar una página.

—Pero no a san Pedro —comentó Thomas.

—No creo que san Pedro estuviera nunca en Poitou, así que, ¿por qué iba a estar en el libro?

—Creía que san Juniano lo había conocido.

—Estoy segura de que todos los santos se visitaban unos a otros, querido, para charlar de cosas alegres, como sobre a cuál de sus amigos habían quemado o despellejado vivo recientemente. No obstante, san Pedro murió mucho antes de que Juniano quedara atrapado en la nieve.

—Por supuesto —dijo Thomas—, pero hay un vínculo entre Juniano y Pedro.

—No sabría deciros —repuso la condesa.

—Pero alguien habrá que lo sepa —sugirió Thomas—, en Poitou.

—Sí, en Poitou es probable que sí, pero primero tenéis que salir de Montpellier —observó la condesa, divertida.

Thomas esbozó una sonrisa.

—Supongo que subiré otra vez por el muro hasta el monasterio.

—Estoy segura de que quienquiera que os esté buscando estará vigilando el monasterio. Sin embargo, ¿soportaréis esperar hasta que se haga de noche?

—Si no os importa —contestó Thomas con galantería.

—Podéis marcharos cuando haya anochecido. Después del oficio de Completas a las monjas les gusta irse a dormir. Nada más atravesar mi puerta, al fondo del pasillo, hay una salida a la calle a través de la sala de limosnas, que está en el otro extremo. No os llevará más de un minuto, pero hasta entonces debemos pasar varias horas juntos. —Lo miró con recelo y, de pronto, se le iluminó la expresión—. Decidme, ¿jugáis al ajedrez?

—Un poco —contestó Thomas.

—Mi juego era pasable —comentó la condesa—, pero con la edad... —Suspiró y bajó la mirada al gato—. Mi cabeza está tan mullida como tu pelo, ¿no es verdad?

—Si queréis jugar... —ofreció Thomas.

—No jugaré bien —declaró con tristeza—, pero de todos modos, ¿podemos hacerlo más interesante jugándonos dinero?

—Si queréis —aceptó.

—Digamos... ¿un leopardo por partida? —sugirió la mujer.

Thomas se estremeció. Un leopardo valía casi cinco chelines de dinero inglés; era una semana de salario de un artesano especializado.

—¿Un leopardo? —preguntó, precavido.

—Solo para hacerlo interesante. Pero deberéis perdonar mis despistes. Me temo que el vino de mandrágora me amodorra —dijo en tono vago, pero logró recomponerse—. Me amodorra mucho y cometo errores de lo más tonto.

—Entonces quizá no deberíamos jugar con dinero.

—Puedo permitirme unos cuantos leopardos —replicó ella vacilante—, quizá uno o dos, y eso anima un poco el juego, ¿no?

—Pues que sea un leopardo —asintió Thomas.

La condesa sonrió y le indicó con un gesto que llevara el tablero y las piezas a la pequeña mesa que había junto a su silla.

—Podéis jugar con las plateadas, querido —dijo. Y seguía sonriendo cuando Thomas hizo avanzar su primer peón—. Esto va a haceros daño —añadió en un tono que denotaba de todo menos distracción—, ¡y mucho!

6

Salir del convento resultó más fácil de lo que Thomas había esperado. La condesa tenía razón. Al fondo del pasillo, a través de una habitación con montones de ropa desechada, que olía a vino y se iba a entregar a los pobres, se salía a la calle por una puerta cerrada con un simple pestillo. Le habían dado una paliza al ajedrez y era siete leopardos más pobre, pero había descubierto el nombre del santo que recibía la espada de Pedro, aunque le resultaba inútil salvo que pudiera escapar de Montpellier. Había esperado hasta bien entrada la noche antes de abandonar el convento, a sabiendas de que las puertas de la ciudad estarían cerradas hasta el amanecer. Tendría que aguardar hasta entonces, porque dudaba que pudiera saltar desde los muros. Las murallas llenas de banderas le habían dado la impresión de ser demasiado altas y, sin duda, estaban bien vigiladas.

Se envolvió en su capa oscura. Había dejado de llover, pero las calles aún estaban mojadas y espejeaban con el vacilante reflejo de la tenue luz de un farol colgado en el arco de una casa del otro lado de la calle. Necesitaba un lugar en el que esconderse hasta el alba, y luego le haría falta buena suerte para escapar de los hombres que, sin duda, lo estaban buscando.

—Un soldado que habla latín —dijo una voz—, ¿no es un milagro? —Thomas se dio la vuelta rápidamente y se detuvo. Las dos puntas de una horca le apuntaban al vientre y, sujetándola, estaba el alto discípulo irlandés, el señor Keane. Iba envuelto en su hábito de estudiante, negro en la noche—. Supongo que aún tienes el cuchillo —dijo Keane—, pero estoy pensando que mi horca te perforará las entrañas antes que puedas cortarme el cuello.

—No quiero matarte —replicó Thomas.

—Pues es un alivio oírlo. Y yo que andaba preocupado por si estaría muerto antes de maitines...

—Baja la horca —le ordenó Thomas.

—Estoy cómodo así —repuso Keane—, y me siento un tanto satisfecho de mí mismo.

—¿Por qué?

—Todos te persiguieron por media ciudad como una panda de lebreles dando caza a un ciervo, pero yo pensé que solo podrías haberte descolgado en santa Dorcas, y tenía razón. ¿No ha sido inteligente por mi parte?

—Muy inteligente —contestó Thomas—. ¿Y por qué mandaste a los demás lejos de santa Dorcas?

—¿Lejos?

—Te oí gritar que me había ido en la otra dirección.

—¡Porque ofrecen dinero a quien te capture! ¡Para un estudiante pobre es una

maravillosa tentación! ¿Por qué compartirlo con los demás? Mantengo la horca donde está y tengo un par de meses de cerveza gratis, putas gratis, vino gratis y cantos.

—Te ofreceré más —dijo Thomas.

—Es bueno escuchar eso. Los cantos son gratis, por supuesto, pero ¿y la cerveza, el vino y las putas? En esta ciudad son caros. ¿Te has fijado en cómo suben los precios de las prostitutas en las ciudades donde hay muchos clérigos? Es raro, o quizá no lo sea. Considerando cuántos clientes tienen las chicas, es un hecho. De modo que dime, ¿cuánto me pagarás?

—Te perdonaré la vida.

—¡Dios santo, el ratón le ofrece la vida al gato!

—Suelta la horca —dijo Thomas—, ayúdame a salir de esta ciudad y te pagaré lo suficiente para ir de putas un año entero.

—Tu esposa ha sido capturada —anunció Keane.

Thomas se quedó helado. Miró fijamente al joven irlandés.

—¿Es eso cierto?

—La detuvieron en la puerta norte. Se la llevaron junto con tres hombres y un chiquillo. La tiene sire Roland de Verrec.

—¡Dios mío! —exclamó Thomas—. ¿Sabes dónde está?

—Según los rumores, el caballero virgen la lleva al oeste, hacia Toulouse, pero solo es lo que se dice en la taberna de la Cigüeña, y la mitad de las cosas que se oyen allí son fábulas. El año pasado dijeron que el mundo se acabaría el Día de san Arnulfo, pero aún respiramos. ¿Crees que de verdad es virgen?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Es que me parece curioso. ¡Virgen! Y además es un tipo bien parecido.

Thomas se apoyó en la pared del convento y cerró los ojos; Genevieve prisionera. La Iglesia aún la perseguía porque, cuando Thomas la conoció, estaba en una celda para condenados esperando a que la quemaran, acusada de ser una begarda; una hereje. Soltó una maldición.

—No está bien citar al salmista —dijo Keane.

Thomas mantuvo los ojos cerrados.

—Te voy a arrebatarse esta horca —afirmó con amargura— y te atravesaré el estómago con ella.

—No es la mejor idea que has tenido —replicó Keane—, porque no voy a serte de mucha utilidad con una horca clavada en las entrañas.

Thomas abrió los ojos. La horca había descendido y le apuntaba a las piernas.

—¿Quieres ayudarme?

—Mi padre es un jefe, ¿sabes? Y yo soy su tercer hijo, y eso es muy parecido a ser la suciedad del casco de un caballo, de manera que quiere que sea cura, Dios me asista, porque siempre viene bien tener a un cura en la familia. Hace que el perdón de

los pecados sea mucho más accesible, pero a mí no me gusta. Mis hermanos mayores van a la batalla y yo estoy condenado a rezar, pero no hago mi mejor trabajo de rodillas. De manera que solo necesito a alguien que me dé un caballo, una cota de malla y una espada, y seré muchísimo más feliz.

—¡Ay, Dios mío! ¿Tú y el hermano Michael?

—¿Ese monje? Sabía que estaba contigo, pero nadie me creyó. No parecía lo bastante asustado cuando le pusiste el cuchillo en el cuello.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Thomas.

—Éamonn Óg Ó Keane —respondió Keane—, pero no hagas caso del Óg.

—¿Por qué no?

—Porque no. Significa que soy más joven que mi padre, pero todos lo somos, ¿no es verdad? Raro será el día en que seamos mayores que nuestros padres.

—Pues bien, Éamonn Óg Ó Keane —dijo Thomas—, ahora eres uno de mis caballeros de armas.

—¡Y gracias a Dios por ello! —exclamo Keane, que apoyó la horca en los adoquines—. Ya no tendré que aguantar más a ese mierdecilla de Roger de Beaufort. ¿Cómo puede creer que un chiquitín pueda estar condenado al Infierno? ¡Pero lo cree! Esa babosa cretina acabará siendo Papa, ya lo verás.

Thomas hizo una seña al irlandés para que se callara. «¿Dónde estaba Genevieve?». Estuviera donde estuviera, lo único que Thomas sabía con certeza era que tenía que salir de esa ciudad.

—Tu primera obligación —le dijo al irlandés— es conseguir que crucemos las puertas.

—Eso será difícil. Están ofreciendo una recompensa poco habitual por tu captura.

—¿Están? ¿Quiénes?

—Los cónsules de la ciudad.

—Pues sácame de la ciudad —le pidió Thomas.

—Mierda —dijo Keane tras una breve pausa.

—¿Mierda?

—Los carros de mierda. Las carretas del estiércol, en realidad —respondió el irlandés—. Lo recogen y lo sacan de la ciudad en carros, al menos lo hacen en las casas de los ricos. Los pobres tienen que limitarse a caminar por la porquería, pero hay suficiente gente rica para mantener los carros en marcha. Normalmente hay un par de carros esperando para salir de la ciudad cuando abren las puertas y —hizo una pausa para mirar a Thomas con seriedad— puedes confiar en mi palabra; los guardias de la ciudad no miran los carros muy de cerca. Más bien lo que hacen en realidad es retroceder, se tapan la nariz, les hacen señas para que salgan y esperan que lo hagan rápido.

—Pero primero —dijo Thomas— vamos a la taberna que hay junto a la iglesia de

Saint Pierre y...

—¿Te refieres a Las Tetas Ciegas?

—La taberna al lado de san Pierre...

—Las Tetas Ciegas —confirmó Keane—, así lo llaman en la ciudad por el letrero que muestra a santa Lucía sin ojos y con un buen par...

—Ve hasta allí —le ordenó Thomas— y busca al hermano Michael. —El monje se había alojado en la taberna y Thomas esperaba que tuviera noticias fiables sobre lo que le había ocurrido a Genevieve.

—Voy a despertar a toda la taberna —dijo Keane con recelo.

—Pues los despiertas. —Thomas no se atrevía a ir en persona porque estaba seguro de que estaría vigilada. Sacó una moneda de la bolsa—. Compra un poco de vino, suéltales la lengua. Busca al monje, al hermano Michael, a ver si sabe qué le ha ocurrido a Genevieve.

—Es tu esposa, ¿verdad? —preguntó Keane, y frunció el ceño—. ¿Te puedes creer que santa Lucía se sacó ella misma los ojos? ¡Santo Dios! ¿Y todo porque un hombre se los alabó? ¡Gracias a Dios que no le gustaron sus tetas! Aun así, hubiera sido una buena esposa.

Thomas se quedó boquiabierto ante el comentario del joven irlandés.

—¿Una buena esposa?

—Mi padre siempre dice que el mejor matrimonio es el de una ciega y un sordo. Entonces, ¿dónde te encontraré cuando les haya soltado la lengua?

Thomas señaló un callejón que había junto al convento.

—Esperaré allí.

—Y después nos convertimos en estercoleros. ¡Dios Santo! Me encanta ser un hombre de armas. ¿Quieres que ese tal hermano Michael venga con nosotros?

—¡No, por Dios! Dile que su obligación es aprender medicina.

—Pobre hombre. ¿Va a ser un catador de orina?

—Vete —dijo Thomas. Keane se fue.

Thomas se escondió en el callejón al abrigo de las sombras, negras como la cogulla de un monje. Oía el corretear de las ratas entre la basura, los ronquidos de un hombre al otro lado de una ventana con postigos, el llanto de un bebé. Un par de vigilantes con faroles pasaron junto al convento, pero ninguno de ellos miró en dirección al callejón en el que Thomas cerraba los ojos y rezaba por Genevieve. Si Roland de Verrec la entregaba a la Iglesia volverían a condenarla. Pero pensó que seguramente el caballero virgen la retendría para poder cobrar un rescate; un rescate que era Bertille, condesa de Labrouillade. Eso significaba que De Verrec la mantendría a salvo hasta que se realizara el intercambio. La espada de san Pedro podía esperar, primero arreglaría las cosas con el caballero virgen.

Casi amanecía cuando regresó Keane.

—Tu monje no estaba —dijo—, pero había un mozo de cuadra con la lengua muy suelta. Y tienes problemas, porque a los guardias de la ciudad les han dicho que busquen a un hombre con una mano deforme. ¿Fue en una batalla?

—Un torturador dominico.

Keane le miró la mano y se estremeció.

—¿Cómo lo hizo?

—Con una prensa de tornillo.

—Ah, no se les permite hacer sangre, ¿verdad?, porque a Dios no le gusta, pero esos tipos pueden hacerte despertar de un sueño profundo.

—¿El hermano Michael no estaba en la taberna?

—No, y el mozo no lo había visto y ni siquiera parecía saber de quién le estaba hablando.

—Bien, se ha ido a aprender medicina.

—Toda una vida probando orines —dijo Keane—, pero el mozo me dijo que el otro tipo salió de la ciudad ayer.

—¿Roland de Verrec?

—El mismo. Se llevó a tu esposa y al niño al oeste.

—¿Al oeste? —preguntó Thomas, desconcertado.

—Estaba seguro de eso.

Así pues, ¿De Verrec se dirigía a Tolouse? ¿Qué había en Toulouse? Las preguntas se arremolinaban en su cabeza y no tenía respuestas. Solo podía estar seguro de que Roland había salido de Montpellier, lo cual sugería que el caballero virgen ya no estaba interesado en él. Tenía a Genevieve, debía de saber que podía intercambiarla por Bertille, y suponía que a Thomas lo capturaría la guardia de la ciudad.

—¿Dónde están esos carros de mierda?

Keane lo llevó hacia el oeste. Empezaban a abrirse las primeras puertas de las casas. Las mujeres iban con baldes a los pozos de la ciudad y una chica robusta vendía leche de cabra junto a un crucifijo de piedra. Thomas mantuvo la mano deforme escondida en la capa mientras Keane lo conducía por callejones y calles pequeñas, pasando por patios donde bramaba el ganado. Sonaban las campanas de la ciudad llamando a los fieles a las plegarias tempranas. Siguió al irlandés ladera abajo, donde las calles no estaban adoquinadas y el barro estaba manchado de sangre. Allí era donde sacrificaban el ganado, donde vivían los pobres de la ciudad, donde el hedor de las aguas residuales los llevó hasta una pequeña plaza en la que había tres carros aparcados. Cada uno de ellos tenía un par de bueyes enganchados y el lecho lleno de barriles panzudos.

—¡Por Dios que apesta la mierda de los ricos! —exclamó Keane.

—¿Dónde están los carreteros?

—Beben en la Viuda. —Keane señaló una taberna pequeña—. La viuda es una dura viejecita que también es dueña de los carros, y el vino es parte del sueldo. Se supone que tienen que salir en cuanto se abren las puertas, pero suelen entretenerse con el vino, lo cual es sorprendente.

—¿Sorprendente?

—El vino es horrible. Sabe a orín de vaca.

—¿Cómo lo sabes?

—Es una pregunta digna del doctor Lucius. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

—¿Cómo diablos voy a salir de la ciudad si no?

—El truco está —explicó Keane— en escurrirse entre dos barriles. Te cueles hasta el centro del carro y nadie sabrá que estás allí. Ya te avisaré cuando sea seguro salir.

—¿No vas a esconderte conmigo?

—¡A mí no me están buscando! —respondió el irlandés—. Es a ti a quien quieren colgar.

—¿Colgarme?

—¡Dios santo, eres inglés! ¡Thomas de Hookton! ¡Jefe del *hellequin*! ¡Pues claro que quieren colgarte! ¡Habrá más gente que en el Domingo de las Putas!

—¿Qué es el Domingo de las Putas?

—El domingo más próximo al día de san Nicolás. Se supone que ese día las chicas tienen que entregarse, pero yo no he visto que eso ocurra. Y tú no tienes mucho tiempo. —Dejó de hablar cuando un postigo de un piso se abrió al otro lado de la pequeña plaza. Un hombre se asomó, bostezó y desapareció. Los gallos cantaban por toda la ciudad. Un montón de trapos se movieron en un rincón de la plaza y Thomas se dio cuenta de que era un mendigo que estaba durmiendo—. Te decía que no tienes mucho tiempo —continuó—. Las puertas están abiertas, de modo que los carros pronto se pondrán en marcha.

—¡Dios Santo! —exclamó Thomas.

—Olerás como Judas Iscariote cuando termines. Yo subiría ahora que no hay nadie mirando.

Thomas cruzó la pequeña plaza y subió al último carro. El olor podría haber tumbado a un oso. Los barriles eran viejos y perdían —o mejor dicho, rezumaban— mierda y en el lecho del carro había al menos dos centímetros de porquería. Escuchó reírse a Keane, inspiró profundamente y se abrió paso entre dos de aquellas enormes tinajas. Había el espacio justo para que un hombre se escondiera entre las panzas abultadas de los barriles. Le goteó algo en la cabeza. Tenía la cara y el cuello llenos de moscas. Intentó hacer respiraciones superficiales mientras se colaba hasta el centro

del carro, donde se tapó la cabeza con la capucha de la capa. La cota de malla, con su forro de cuero, le protegía en cierta medida del viscoso estiércol, pero notaba que la suciedad se filtraba por debajo de la malla, le empapaba la camisa y le helaba la piel.

No tuvo que esperar mucho. Oyó voces, notó que el carro daba unos bandazos cuando dos hombres se subieron a él para acomodarse en los barriles delanteros y luego sonó el chasquido de un látigo. El carro avanzó con una sacudida y el chirrido de su único eje. Él se golpeaba la cabeza contra el barril sudoroso con cada vaivén. El viaje parecía interminable, pero al menos Keane había estado en lo cierto sobre los guardias, que debieron de limitarse a hacer unas señas a los carros y a dejarlos pasar por la puerta de la ciudad sin intentar inspeccionarlos, porque el carro no se detuvo en ningún momento.

Keane iba andando junto a los bueyes, charlando alegremente con los conductores. De pronto, el carro sufrió una violenta sacudida cuando descendió una cuesta, haciendo que el líquido rebosara de los barriles y derramándose un poco sobre su espalda. Soltó una maldición entre dientes y luego otra cuando el carro traqueteó al cruzar unas rodadas. Keane estaba contando una larga historia sobre un perro que había robado una pierna de cordero del monasterio de san Esteban, pero de repente exclamó en inglés: «¡Escabúllete ahora!».

El irlandés continuó con su historia mientras él retrocedía poco a poco a través del lodo que acababa de caer. Con cada sacudida, la mugre penetraba más en su ropa.

Se dejó caer desde la parte trasera y fue a parar a la hierba que crecía entre las dos rodadas del camino. El carro, ajeno a todo, siguió adelante ruidosamente. Keane regresó con una sonrisa burlona.

—¡Por Dios! ¡Tienes un aspecto horrible!

—Gracias.

—Te he sacado de la ciudad, ¿no?

—Eres un santo —dijo Thomas—. Ahora lo único que tenemos que hacer es buscar caballos, armas y la forma de adelantar a Roland.

Se encontraban entre dos altos terraplenes al otro lado de los cuales había olivares. El camino descendía hasta la orilla de un río, donde el primer carro estaba vaciando sus barriles en el agua. Una mancha parduzca flotaba corriente abajo.

—¿Y cómo vamos a encontrar caballos? —preguntó Keane con aire pensativo.

—Lo primero es lo primero —contestó Thomas. Dio un manotazo a una mosca, subió por el terraplén junto al camino y empezó a caminar hacia el norte por entre los olivos.

—¿Y qué es lo primero? —inquirió Keane.

—El río.

Thomas caminó hasta que estuvo fuera de la vista de los tres carros y entonces se quitó toda la ropa y se metió en el agua. Estaba fría.

—¡Cuántas cicatrices, por Dios! —comentó Keane.

—Si quieres seguir siendo hermoso —repuso Thomas— no seas un soldado. Y tírame la ropa.

Keane tiró la ropa al río de una patada en lugar de cogerla con la mano. Thomas estrujó las prendas con los puños, las pisoteó y las frotó con una piedra hasta que las manchas ya no tiñeron el agua, luego metió y sacó la cota de malla del agua de un remanso para intentar quitar el hedor de los eslabones y el cuero. Sumergió la cabeza una última vez, se pasó los dedos por el pelo y salió a la orilla. Retorció la ropa para escurrirla lo mejor que pudo y se la volvió a poner mojada. Llevó la cota de malla en la mano. El día volvería a ser cálido y la camisa y los calzones se le secarían enseguida.

—Al norte —anunció con brusquedad. Lo primero era ir a buscar a los hombres de armas que había dejado en el molino en ruinas.

—¿Dijiste caballos y armas? —preguntó Keane.

—¿Cuánto ofrecen por mí?

—El peso de tu mano derecha en monedas de oro, según he oído.

—¿Mi mano? —preguntó Thomas, y entonces lo entendió—. Porque soy arquero.

—Y eso solo es el principio. El peso de tu mano derecha en oro y el peso de tu cabeza cercenada en plata. Odian a los arqueros ingleses.

—Es una pequeña fortuna —comentó Thomas—, de modo que me atrevería a decir que los caballos y las armas nos encontrarán a nosotros.

—¿Nos encontrarán a nosotros?

—La gente no tardará en preguntarse si escapé de la ciudad y vendrán a ver si me encuentran. Hasta entonces, seguiremos hacia el norte.

Thomas pensó en Genevieve mientras andaba. Cuando la conoció ella estaba aterrorizada. Normal. Se había construido una pira en el exterior de la prisión donde estaba encerrada y se suponía que tenían que quemarla por hereje; ese fuego sagrado era como una cicatriz en su memoria que, en esos instantes, la estaría torturando. Suponía que ella y Hugh estarían a salvo de momento, al menos hasta que Roland pudiera encontrar a Bertille, pero ¿entonces qué? Se mofaban del caballero virgen por su rectitud, pero tenía fama de ser incorruptible, así pues ¿cambiaría mansamente a Genevieve y Hugh por Bertille? ¿O creería que su deber sagrado era entregar a Genevieve a la Iglesia, para que esta pudiera terminar lo que había empezado hacía mucho tiempo atrás? Thomas necesitaba desesperadamente encontrar a Karyl y a sus otros hombres de armas. Necesitaba hombres, necesitaba armas, necesitaba un caballo.

Seguían el curso del río hacia el norte. El sol estaba cada vez más alto y los olivares dieron paso a viñedos. Vio a cinco hombres y tres mujeres labrando en los bancales, a una milla de distancia, pero por lo demás la campiña estaba desierta. Se

mantuvo en terreno bajo mientras pudo, pero siempre dirigiéndose hacia las montañas. Pensó que a estas alturas Roland se encontraría al menos a cinco leguas de la ciudad.

—Debería haberle matado —afirmó.

—¿A Roland?

—Tuve a un arquero apuntando a su gorda cabeza. Debería haber dejado que disparara.

—Ese tipo es duro de pelar. Parece poca cosa, ¿verdad? Pero lo vi luchar en Toulouse ¡y por Dios que es rápido! Rápido como una serpiente.

—Necesito sacarle ventaja. —Thomas estaba hablando más para sí mismo que para Keane. Pero, ¿por qué Toulouse?—. Porque es segura —dijo en voz alta.

—¿Segura?

—Toulouse —respondió Thomas—. No podemos seguirle hasta allí. Pertenece al conde de Armagnac y sus hombres patrullan el camino del norte; eso significa que es una ruta segura para De Verrec. —De Verrec tenía que mantener ilesa a Genevieve hasta que la intercambiara. Y la respuesta acudió a su mente a trompicones—. No se dirige a Toulouse, va a tomar el camino que pasa por Gignac.

Keane adoptó una expresión sorprendida.

—¿Gignac?

—Hay un camino que pasa por Gignac. Se une a la vía principal al norte de Toulouse. Estará más seguro por esa ruta.

—¿Estás seguro de que va al norte?

—¡Se dirige a Labrouillade! —Era el destino lógico. Allí podrían retener a Genevieve hasta que les entregasen a Bertille.

—¿A qué distancia está Labrouillade?

—A cinco o seis días a caballo —respondió Thomas—. También podemos ir cruzando las montañas, es más rápido. —O sería más rápido si estuviera seguro de que ningún *coredor* les tendería una emboscada. Necesitaba a sus hombres de armas. Necesitaba a sus arqueros con sus largos arcos de guerra y sus flechas empendoladas con plumas de ganso. Necesitaba un milagro.

Había poblaciones por el camino. Tenían que rodearlas. La campiña estaba cobrando vida a medida que más hombres acudían a los campos o viñedos. Todos aquellos trabajadores estaban lejos, pero Thomas había crecido en el campo y sabía que a esos hombres no se les escapaba nada. La mayoría nunca viajaban a más de unas pocas millas de su casa en toda su vida y conocían cada árbol, arbusto y bestia dentro de aquella pequeña zona. Por lo tanto, algo tan insignificante como el vuelo de un pájaro podía alertarlos de la presencia de un intruso. En cuanto pensarán que la recompensa en oro igual al peso de la mano de un hombre estaba a su alcance, serán implacables. Thomas se sentía desesperado.

—Yo en tu lugar —dijo a Keane— volvería a la ciudad ahora mismo.

—¿Y por qué, por el amor de Dios?

—Porque estoy perdiendo el tiempo —contestó Thomas con amargura.

—Ya has llegado hasta aquí —repuso Keane—, ¿por qué abandonar ahora?

—¿Y por qué diantre estás conmigo? Deberías ir a buscar la recompensa.

—¡Por Dios! Si tengo que pasarme otro año sentado en las clases del doctor Lucius, escuchando a ese gusano miserable de Roger de Beaufort, me volveré loco. En serio. ¡Dicen que haces ricos a los hombres!

—¿Es eso lo que quieres?

—Yo quiero montar a caballo —respondió Keane—. Cabalgar por el mundo como un hombre libre. Una mujer estaría bien, o dos. ¡Incluso tres! —Miró a Thomas con una amplia sonrisa—. Quiero romper las normas.

—¿Cuántos años tienes?

—No estoy muy seguro porque nunca se me dio bien contar, pero probablemente tenga dieciocho ahora mismo. O diecinueve.

—Las normas te mantienen con vida —adujo Thomas. La ropa mojada le rozaba la piel y se le había roto una costura de las botas.

—Las normas te mantienen prisionero —replicó Keane—. Son otros los que hacen las normas y te dan un golpetazo si las rompes. Y es por eso que tú lo hiciste, ¿no?

—Me mandaron a Oxford —contestó Thomas—. Iba para sacerdote, igual que tú.

—¿Por eso sabes latín?

—Mi padre me enseñó desde pequeño. Latín, griego, francés...

—¡Y ahora eres sir Thomas Hookton, líder del *hellequin*! No acataste las normas, ¿eh?

—Soy un arquero —respondió. «Un arquero sin arco», pensó—. Y vas a descubrir que soy yo quien dicta las normas del *hellequin*.

—¿Cuáles son?

—Compartimos el botín, no nos abandonamos unos a otros y no violamos.

—Vaya, dijeron que eras extraordinario. ¿Has oído eso?

—¿El qué?

—¿Un perro? ¿Dos, tal vez? ¿Ladrando?

Thomas se detuvo. Se habían apartado del río y caminaban más rápido porque habían entrado en un castañar que los ocultaba de miradas entrometidas. Oyó el viento suave en las hojas, un pájaro carpintero a lo lejos y luego los aullidos.

—¡Maldición! —exclamo.

—Podría ser que estuvieran cazando.

—¿Cazando qué? —preguntó Thomas, y fue hasta la linde del bosque.

Había una acequia seca y, al otro lado, unos haces muy bien atados de rodrigones

de castaño que se utilizaban para sujetar las vides. Los bancales de viñedos se extendían describiendo una curva y descendían hacia el valle del río. El sonido de los perros, porque había más de uno, provenía de aquel terreno bajo. Se adentró un poco en la viña, corriendo agachado, y vio a tres jinetes y dos perros. Pensó que podría ser que estuvieran cazando cualquier bicho, pero sospechaba que su presa era la mano de un arquero.

Dos de los jinetes llevaban lanzas. Los perros tenían el hocico pegado al suelo y guiaban a los jinetes hacia los castaños.

—Me olvidé de los perros —dijo Thomas cuando regresó entre los árboles.

—No nos harán nada —afirmó Keane con alegre confianza.

—No van detrás de tu mano derecha —replicó Thomas—, y a estas alturas ya habrán encontrado nuestro rastro. Si quieres dejarme, este sería un buen momento.

—¡No, por Dios! —respondió Keane—. Soy uno de tus hombres, ¿recuerdas? No nos abandonamos entre nosotros.

—Pues quédate aquí. Procura que no te ataque un perro.

—Los perros me quieren —declaró el irlandés.

—Confío en que los llamen antes de que te muerdan.

—No van a morderme, ya lo verás.

—Tú quédate aquí —le ordenó Thomas—, y guarda silencio. Quiero que piensen que estás solo.

Se agarró de un salto a la rama baja de un árbol y utilizó los enormes músculos, productos del arco de guerra, para auparse hasta que estuvo oculto entre las hojas. Se quedó agachado en una rama. Todo dependía de si los jinetes se detenían, y seguro que lo harían.

Ya los oía; el fuerte golpeteo de los cascos y el sonido más rápido de los perros que corrían por delante. Para asombro de Thomas, Keane se había arrodillado y sostenía las manos juntas y en alto como si rezara. Creía que no le serviría de mucho, pero entonces aparecieron los perros; un par de lebreles con unas mandíbulas babeantes que corrían hacia el irlandés. Keane se limitó a abrir los ojos, a extender los brazos y a chasquear los dedos.

—Buenos perritos —dijo el irlandés. Ahora los lebreles estaban gimiendo. Uno de ellos se había echado en las rodillas de Keane y el otro le lamía la mano extendida—. Échate, muchacho —dijo en francés, y se puso a acariciar a los dos perros entre las orejas—. Hace una mañana estupenda para ir detrás de un inglés, ¿verdad?

Los jinetes ya estaban cerca. Habían puesto los caballos al trote y agachaban la cabeza por las ramas bajas.

—Malditos perros —dijo uno de ellos con asombro al ver que los lebreles sucumbían a las caricias de Keane—. ¿Quién eres? —gritó.

—Un hombre que está rezando —respondió Keane—, y buenos días tengáis

todos, caballeros.

—¿Rezando?

—Dios me ha llamado a Su sacerdocio —dijo Keane en tono santurrón— y me siento más cerca de Él cuando rezo bajo los árboles al amanecer de Su buen día. Que Dios os bendiga. ¿Y qué estáis haciendo vosotros por aquí a una hora tan temprana, caballeros? —Su hábito negro de tejido casero le daba un aspecto clerical convincente.

—Estamos cazando —respondió uno de los hombres en tono divertido.

—No eres francés —dijo otro.

—Soy de Irlanda, la tierra de san Patricio, y le recé para aplacar la furia de vuestros perros. ¿No son unas bestias de lo más dulce?

—¡Eloise! ¡Abelard! —El jinete llamó a sus perros pero ninguno de ellos se movió. Se quedaron con Keane.

—¿Y qué estáis cazando? —preguntó Keane.

—A un inglés.

—Pues aquí no vais a encontrarlo —dijo Keane—, y si el que perseguís es el hombre que pienso, seguro que todavía estará dentro de la ciudad, ¿no?

—Tal vez —contestó uno de ellos. Él y sus compañeros estaban a la izquierda de Thomas y Keane a su derecha. El inglés necesitaba tener más cerca a los jinetes. Apenas los veía entre las hojas. Tres hombres jóvenes, suntuosamente vestidos con tela de calidad, plumas en las gorras y botas altas metidas en los estribos. Dos de ellos sostenían unas jabalinas de hoja ancha con una cruz bajo la punta y los tres llevaban espada—. O tal vez no —añadió el hombre. Espoleó a su caballo para que avanzara—. ¿Vienes aquí a rezar?

—¿No es lo que he dicho?

—Irlanda está cerca de Inglaterra, ¿no?

—Lo cual es su maldición, sin duda.

—Y en la ciudad —dijo el jinete—, un mendigo vio a dos hombres junto a la Viuda. Uno con hábito de estudiante y el otro que subía a un carro de mierda.

—¡Y yo que creía que era el único estudiante que se levantaba temprano de la cama!

—¡Eloise! ¡Abelard! —El propietario de los perros pronunció sus nombres con brusquedad pero los sabuesos se limitaron a gemir y a acomodarse más cerca aún de Keane.

—De modo que el mendigo fue en busca de los cónsules —dijo el primero.

—Y en cambio nos encontró a nosotros —terció otro, divertido—. Ahora ya no tendrá recompensa.

—Le ayudamos a pasar a un mundo mejor —el primero retomó la historia— y quizá podamos ayudar también a tu memoria.

—Siempre viene bien una ayuda —repuso Keane—, es por eso que rezo.

—Los perros han encontrado un rastro —dijo el hombre.

—Perritos listos. —Keane acarició sus cabezas grises.

—Lo siguieron hasta aquí.

—¡Ah, me olieron! No me extraña que corrieran tanto.

—Y junto al río había dos pares de huellas —añadió otro.

—Creo que tienes preguntas que responder. —El primero de ellos sonrió.

—Como por qué quieres ser un cuervo —dijo el propietario de los perros—. ¿Quizá no te gustan las mujeres? —Los otros dos jinetes se rieron.

Ahora Thomas podía verlos con más claridad. Eran jóvenes muy ricos, sus sillas y arneses eran caros, sus botas estaban pulidas. ¿Hijos de comerciantes, tal vez? Le pareció que eran de esa clase de jóvenes adinerados que podían incumplir el toque de queda de la ciudad impunemente por la posición social de sus padres; jóvenes que deambulaban por ella buscando problemas con la seguridad de que podrían eludir las consecuencias. Hombres que, al parecer, habían matado a un mendigo para no tener que compartir la recompensa con él.

—¿Por qué un hombre quiere ser sacerdote? —preguntó el jinete con desprecio—. Tal vez porque no es un hombre, ¿eh? Deberíamos averiguarlo. Quítate la ropa.

Sus compañeros, ansiosos por sumarse a la diversión, hicieron avanzar a sus monturas y pasaron por debajo de la rama en la que estaba Thomas. Este se tiró encima del último jinete, le enganchó el cuello con el brazo y agarró su jabalina con la mano izquierda. El hombre cayó; el caballo se encabritó con un relincho y el arquero se golpeó contra el suelo con el jinete encima de él. Al hombre se le quedó el pie izquierdo atrapado en el estribo y el caballo se alejó arrastrándolo con él. Mientras, Thomas ya se había puesto de pie y agarraba la lanza con ambas manos.

El otro lancero estaba dando la vuelta a su caballo, el inglés le asestó un golpe feroz con el arma y la parte plana de la hoja lo alcanzó en la cabeza con un fuerte crujido. El hombre se tambaleó en la silla de montar. Después corrió hacia el primer jinete, que intentaba desenvainar la espada, pero Keane lo estaba sujetando del antebrazo mientras el caballo daba vueltas frenéticamente. Los perros saltaban sobre Keane y el caballo pensando que era un juego.

El arquero blandió la lanza y la ancha hoja se deslizó por debajo de las costillas del hombre que retenía al irlandés, que soltó un grito de dolor. Keane lo arrancó de la silla al tiempo que levantaba la rodilla derecha para golpearle con ella la cabeza, con lo que cayó al suelo aturdido. El primero había conseguido soltarse el pie del estribo pero estaba mareado. Cuando intentó ponerse de pie, Thomas le propinó una patada en la garganta y se desplomó también. El jinete aturdido seguía en la silla de montar, pero tenía la mirada fija en el vacío y abría y cerraba la boca.

—Coge los caballos —le ordenó a Keane. Salió corriendo de los árboles, cruzó la

zanja y cortó con el cuchillo el bramante que sujetaba los haces de estacas de castaño—. Vamos a atar a estos cabrones, y si necesitas cambiarte de ropa, sírvete tú mismo. —Desmontó al tercer hombre de un tirón y lo aturdió aún más con un manotazo que le hizo sangrar el oído.

—¿Esto es terciopelo? —preguntó Keane mientras sobaba la chaqueta de uno de los jóvenes—. Siempre me he imaginado vestido de terciopelo.

Thomas les quitó las botas a los tres y encontró un par que le iban bien. Uno de los caballos llevaba unas alforjas que contenían una botella de vino, un poco de pan y un pedazo de queso, que repartió con Keane.

—¿Sabes montar a caballo?

—¡Que soy irlandés, por Dios! Nací a lomos de un caballo.

—Átalos. Pero primero quítales la ropa. —Él le ayudó a atar a los tres hombres y luego se despojó de su ropa mojada. Halló un par de calzas que le valían, una camisa y una magnífica chaqueta de cuero, que ceñía demasiado sus músculos de arquero pero que estaba seca. Se abrochó un talabarte en la cintura—. Así que matasteis al mendigo, ¿eh? —preguntó a uno de los tres. Como el hombre no contestó, le propinó un fuerte golpe en cara—. Tienes suerte de que no te corte las pelotas —le dijo—, pero la próxima vez que no hagas caso de mi pregunta te arrancaré una. ¿Matasteis al mendigo?

—Se estaba muriendo —contestó el joven hoscamente.

—De modo que fue un acto de caridad cristiana —exclamó Thomas. Se inclinó y sostuvo el cuchillo entre las piernas del hombre. Vio el terror en su rostro huraño—. ¿Quién eres?

—Me llamo Pitou, mi padre es cónsul, ¡pagaré un rescate por mí! —respondió atropelladamente y con desesperación.

—Pitou es un pez gordo en la ciudad —comentó Keane—, un vinicultor que vive como un noble. Dicen que come en platos de oro.

—Soy su único hijo —suplicó Pitou—, ¡pagaré por mí!

—Oh, sí, lo hará —asintió Thomas, que a continuación cortó el bramante de los tobillos y las muñecas de Pitou—. Vístete —le ordenó al tiempo que empujaba con el pie su ropa mojada hacia el asustado joven. Cuando lo hizo, volvió a atar las muñecas al muchacho, que era poco más de un niño, pues no creía que hubiera cumplido los diecisiete años—. Vas a venir con nosotros —dijo—, y si quieres volver a ver Montpellier, será mejor que reces para que mi criado y mis dos hombres de armas estén vivos.

—¡Lo están! —afirmó Pitou con vehemencia.

Thomas miró a los otros dos.

—Decidle al padre de Pitou que recuperará a su hijo cuando mis hombres lleguen a Castillon d'Arbizon. Y si no tienen sus armas, armaduras, caballos y ropa, su hijo

llegará a casa sin ojos. —Pitou miró fijamente cuando escuchó esas palabras y, de repente, se inclinó y vomitó. Thomas sonrió—. Decidle también que mande a un hombre adulto con un guante lleno de genovinos, y cuando digo lleno, quiero decir lleno. ¿Lo habéis entendido?

Uno de ellos dijo que sí con la cabeza. Thomas alargó los estribos del caballo más grande, un semental gris, y se encaramó a la silla. Tenía una espada, una lanza, un caballo y esperanzas.

—Los perros vendrán con nosotros —anunció Keane al tiempo que montaba en un caballo castaño castrado y tomaba las riendas del tercer caballo en el que iba montado Pitou.

—¿Ah, sí?

—Les gusto, de modo que vendrán. ¿Y ahora adónde vamos?

—Tengo a unos hombres esperando cerca de aquí, vamos al norte.

Cabalgaron hacia el norte.

Roland de Verrec no estaba contento. Tendría que haberse sentido eufórico, pues estaba a las puertas de concluir su misión con éxito. Había capturado a la esposa y al hijo de Thomas de Hookton y, aunque no dudaba que se intercambiarían por la adúltera condesa Bertille de Labrouillade, él había vacilado antes de hacerlo. Utilizar a una mujer y a un niño iba contra de sus ideales románticos, pero los hombres de armas que lo apoyaban, los seis contratados por el conde de Labrouillade, lo habían convencido. «No vamos a hacerles daño —había dicho Jacques Sollière, el jefe de los seis hombres del conde, para persuadirle—, solo los utilizaremos».

Sin embargo, no le parecía caballeresco. Él había insistido en que Genevieve y su hijo fueran tratados con cortesía, pero la mujer le había devuelto el favor con un desprecio desafiante y sus palabras le habían dolido. Si hubiera sido un hombre más perceptivo, hubiera visto el terror que había debajo de dicho desprecio, pero solo percibió su mordacidad e intentó desviarla contándole historias al pequeño Hugh. Le narró la historia del vellocino de oro y, después, la del gran héroe Ipomadon, que se había disfrazado para ganar un torneo, y que Lancelot había hecho lo mismo. Hugh escuchaba fascinado mientras su madre parecía despreciar las historias.

—¿Y por qué luchaban? —preguntó ella.

—Para ganar, mi señora —contestó Roland.

—No, luchaban por sus amantes —dijo Genevieve—. Ipomadon luchaba por la reina Proud, y Lancelot por Ginebra quien, al igual que la condesa de Labrouillade, estaba casada con otro hombre.

Roland se ruborizó al oírlo.

—Yo no las llamaría amantes —comentó con frialdad.

—¿Y cómo las llamaríais entonces? —le preguntó rebotante de desdén—. Y

Ginebra era una prisionera, igual que yo.

—¡Madame!

—Si no soy una prisionera, dejadme ir —le exigió.

—Sois una rehén, madame, y estáis bajo mi protección.

Genevieve se echó a reír.

—¿Vuestra protección?

—Hasta que seáis intercambiada, madame —dijo Roland fríamente—. Juro que no sufriréis ningún daño si está en mi poder evitarlo.

—¡Oh, vamos, dejaos ya de estúpidos disparates y contadle a mi hijo otra historia de adulterio! —le espetó.

Así pues, Roland le contó una historia que él consideraba mucho más inofensiva; la magnífica historia de su tocayo, el gran Roland de Roncesvalles.

—Marchó contra los moros en España —contó a Hugh—. ¿Sabes quiénes son los moros?

—Paganos —contestó Hugh.

—¡Correcto! Son infieles y paganos, seguidores de un falso dios, y cuando el ejército francés regresaba por los Pirineos ¡fue emboscado a traición por los paganos! Roland estaba al mando de la retaguardia y el enemigo lo superaba en una proporción de veinte a uno, ¡hay quien dice que era de cincuenta a uno! Sin embargo, él poseía una gran espada, *Durandal*, que antes había pertenecido a Héctor de Troya, y con esta enorme hoja mató a sus enemigos. Murieron a montones, pero ni siquiera *Durandal* pudo contener a aquella horda pagana y los pobres cristianos corrían peligro de ser arrollados. Pero Roland también poseía un cuerno mágico, *Olifante*, y lo hizo sonar, sopló tan fuerte que el esfuerzo lo mató. ¡Pero el sonido de *Olifante* trajo al rey Carlomagno y a sus magníficos caballeros, que masacraron al insolente enemigo!

—Puede que fueran insolentes —terció Genevieve—, pero no eran moros. Eran cristianos.

—¡Mi señora! —protestó Roland.

—No seáis absurdo —dijo ella—. ¿Alguna vez habéis estado en Roncesvalles?

—No, madame.

—¡Pues yo sí! Mi padre era malabarista y tragafuegos. Íbamos de ciudad en ciudad recogiendo pequeñas monedas y escuchábamos las historias, siempre las historias. Y en Roncesvalles saben que los que emboscaron a Roland eran vascos, todos cristianos. Y además lo mataron. Vos afirmáis que fueron los moros porque no podéis soportar la idea de que a vuestro héroe lo mataran unos campesinos rebeldes. ¿Y esa es una muerte gloriosa? ¿Soplar un cuerno y desplomarse?

—¡Roland es un héroe tan magnífico como Arturo!

—Quien tenía el suficiente sentido común de no matarse soplando un cuerno. Y hablando de cuernos, ¿por qué servís al conde de Labrouillade?

—Para hacer lo correcto, señora.

—¡Lo correcto! ¿Devolviendo a esa pobre chica al cerdo de su marido?

—A su legítimo esposo.

—Que viola a las mujeres e hijas de sus arrendatarios —dijo—. De modo que, ¿por qué no lo castigáis a él por adulterio? —Como única respuesta, Roland miró a Hugh con el ceño fruncido, preocupado por el hecho de que se aireara un tema semejante delante de un niño pequeño—. ¡Oh, Hugh puede oírlo! —le dijo ella—. Quiero que sea un hombre decente como su padre, de modo que lo estoy educando. No quiero que sea un idiota como vos.

—¡Madame! —protestó Roland otra vez.

Genevieve escupió.

—Hace siete años, cuando Bertille tenía doce, la llevaron a Labrouillade y la casaron con él, que entonces tenía treinta y dos y quería su dote. ¿Qué alternativa tenía ella? ¡Tenía doce años!

—Está legalmente casada, ante Dios.

—Con una criatura repugnante a la que Dios escupiría.

—Es su esposa —insistió Roland. No obstante, se sentía sumamente incómodo.

Deseó no haber aceptado nunca aquella misión, pero lo había hecho y el honor exigía que debía llevarla a cabo hasta el final, de manera que siguieron cabalgando hacia el norte. Se alojaron en una taberna en el mercado de Gignac y Roland se empeñó en dormir delante de la puerta de la habitación de Genevieve. Su escudero compartió con él la vigilia. Este era un chico de catorce años muy listo, Michel, a quien Roland estaba enseñando las usanzas de la caballería.

—No me fío de los hombres del conde de Labrouillade —explicó al muchacho—, en particular de Jacques, de manera que dormiremos aquí con nuestras espadas.

Los hombres del conde se habían pasado el día observando a la rubia Genevieve. Él había oído risas a sus espaldas y sospechaba que los hombres de armas estaban hablando de su cautiva, pero estos no intentaron pasar junto a Roland durante la noche y a la mañana siguiente cabalgaron hacia el norte y salieron al camino principal que iba a Limoges. Mientras, Genevieve atormentaba a Roland sugiriendo que su marido habría escapado de Montpellier.

—Es muy difícil capturarlo —dijo— y sus venganzas son terribles.

—No le tengo miedo —replicó.

—Pues sois un idiota. ¿Creéis que vuestra espada os protegerá? ¿La llamáis *Durandal*? —Se rio al ver que él se sonrojaba, porque estaba claro que la llamaba así—. Pero Thomas tiene un arco de tejo pintado de negro —añadió— y una cuerda de cáñamo con flechas de madera de fresno blanco descortezada. ¿Os habéis enfrentado alguna vez a un arquero inglés?

—Combatirá cortésmente.

—¡No seáis tan tonto! Os tenderá una trampa, os engañará, os confundirá, y al final del combate estaréis tan lleno de flechas como un cepillo lo está de cerdas. ¡Puede que ya os haya adelantado! Quizá los arqueros estén esperando en el camino. No los veréis. Lo primero que notaréis será el golpe de las flechas, luego los relinchos de los caballos y la muerte de vuestros hombres.

—Tiene razón —terció Jacques Sollière.

Roland sonrió con valentía.

—No dispararán, señora, por miedo a alcanzaros a vos.

—¡No tenéis ni idea! Os pueden quitar los mocos de la nariz con una flecha desde una distancia de doscientos pasos. Dispararán. —Pero Genevieve se preguntaba dónde estaría Thomas. Tenía miedo de que la iglesia volviera a capturarla y temía por su hijo.

La noche siguiente la pasaron en la casa de invitados de un monasterio y Roland volvió a vigilar el umbral de Genevieve. La habitación no tenía ninguna otra salida, no había escapatoria. Por el camino, antes de llegar al monasterio, habían pasado a un grupo de comerciantes con guardias armados y Genevieve les había gritado diciendo que había sido capturada contra su voluntad. Los hombres habían puesto cara de preocupación hasta que Roland, con su calmada cortesía, les había dicho que era su hermana y que era una lunática. Dijo lo mismo siempre que Genevieve apelaba a los transeúntes.

—La llevo a un lugar donde podrán tratarla las santas monjas —les dijo, y los comerciantes se lo habían creído y habían seguido adelante.

—Veo que no estáis por encima de mentir —se había mofado Genevieve.

—Una mentira para servir a Dios no es mentira.

—¿Y esto es para servir a Dios?

—El matrimonio es un sacramento. Mi vida está dedicada al servicio de Dios.

—¿Y por eso sois virgen?

Roland se sonrojó y puso mala cara, pero siguió respondiendo con seriedad.

—Me fue revelado que mi fuerza en la batalla depende de la pureza. —Hizo una pausa para mirarla—. Fue la Virgen María quien me habló.

Genevieve se había estado burlando de él, pero hubo algo en su tono que frenó su desprecio.

—¿Qué os dijo?

—Era hermosa —afirmó Roland con melancolía.

—¿Y os habló?

—Bajó del techo de la capilla —explicó— y me dijo que tenía que llevar una vida casta hasta que me casara. Que Dios me bendeciría. Que había sido elegido. En aquel entonces era solo un niño, pero fui elegido.

—Tuvisteis un sueño —dijo Genevieve, como si no se lo tomara en serio.

—Una visión —la corrigió él.

—Un niño sueña con una mujer hermosa —dijo Genevieve otra vez con desprecio—, eso no es una visión.

—Y me tocó y me dijo que debía permanecer puro.

—Decidle eso a la flecha que os matará —replicó, y Roland se calló.

Ahora, en el tercer día de viaje, Roland escudriñaba constantemente el camino que tenía por delante buscando alguna señal del *hellequin*. Había muchos viajeros; comerciantes, peregrinos, boyeros o gente que iba al mercado, pero ninguno de ellos refirió haber visto a hombres armados. Él se volvía cada vez más cauteloso; había enviado a dos de los hombres de armas del conde a explorar el camino un cuarto de milla por delante, pero fue transcurriendo el día y no informaron de ninguna amenaza. Le preocupaba que su avance fuera tan lento y sospechaba que Genevieve provocaba el retraso deliberadamente, pero no podía demostrarlo y su cortesía le exigía respetar todas las peticiones de privacidad de la mujer. ¿Tan pequeña tenían la vejiga las mujeres? No obstante, Roland pensó que llegarían dos días más tarde a Labrouillade y podría enviar un mensaje al *hellequin* exigiendo el regreso de Bertille a cambio de la seguridad de la esposa y el hijo de Thomas, de manera que intentó tranquilizarse pensando que la misión ya casi había terminado.

—Tenemos que encontrar un lugar donde pasar la noche —explicó a Genevieve cuando el sol empezaba a ponerse.

Luego vio que sus exploradores regresaban a toda prisa del norte. Uno de ellos gesticulaba frenéticamente.

—Han visto algo —afirmó Roland, más para sus adentros que para ninguno de sus compañeros.

—¡Dios mío! —exclamó uno de los hombres de armas, pues ya había visto qué era lo que había alarmado a los exploradores.

Estaba cayendo la noche y el sol proyectaba unas sombras alargadas por la campiña, pero al norte, en la línea del horizonte que de repente brillaba en la penumbra, había hombres. Hombres y acero, hombres y hierro, hombres y caballos. La luz se reflejaba en las armaduras y en las armas, en los cascos y en el copete de una bandera, aunque esta estaba demasiado lejos como para poder distinguirla con claridad. Roland intentó contarlos, pero era muy difícil porque se movían. ¿Doce? ¿Quince?

—Quizá no lleguéis a esta noche —dijo Genevieve.

—No pueden habernos adelantado —declaró Jacques, aunque sin mucha convicción.

El pánico hizo vacilar a Roland. Rara vez sentía pánico. En un torneo, e incluso en una batalla campal, permanecía sereno en medio del caos. En aquellos momentos sentía como si un ángel lo guardara, lo advirtiera del peligro y le mostrara la

oportunidad. Era rápido, de modo que incluso en el desorden más absoluto tenía la sensación de que los demás se movían con lentitud. Sin embargo, ahora sentía verdadero miedo. Allí no había reglas ni comisarios que detuvieran la pelea, solo había peligro.

—Lo primero que veréis será el vuelo de una flecha —anunció Genevieve.

—¡Allí hay una especie de aldea! —Uno de los exploradores, cuyo caballo estaba blanco de sudor, se acercó galopando al vacilante Roland y señaló al este—. Allí hay una torre.

—¿Una iglesia?

—¡Sabe Dios! Una torre. No está lejos, a una legua, tal vez.

—¿Cuántos hombres habéis visto? —preguntó Roland.

—¿Dos docenas? Podría haber más.

—¡Vamos! —gruñó Jacques.

Un sendero lleno de baches conducía a la torre oculta a través de un boscoso valle. Roland lo tomó guiando a la yegua de Genevieve por las riendas. Se dio prisa, pero aun así volvió la vista atrás para ver si aquellos hombres habían desaparecido de la línea del horizonte. A continuación se encontró entre los árboles y tuvo que agachar la cabeza para no darse con las ramas bajas. Le pareció oír un ruido de cascos por detrás, pero no vio nada. Le palpitaba el corazón como nunca lo había hecho en las justas.

—Adelántate —dijo a su escudero, Michel—, averigua de quién es la torre y pide refugio. ¡Vamos, ve!

Roland se dijo que no podía ser que Thomas lo estuviera persiguiendo. Si había escapado de Montpellier, tendría que estar al sur de ellos y no al norte, ¿no? Tal vez no lo persiguiera nadie. Quizá aquellos hombres armados estaban realizando un inocente viaje pero, ¿por qué iban a llevar armadura? ¿Por qué llevaban cascos? Su caballo avanzaba pesadamente por el mantillo de hojas. Cruzaron un riachuelo poco profundo y siguieron a medio galope pasando junto a un pequeño viñado.

—Los hombres de Thomas llaman a sus flechas la lluvia de acero del diablo —comentó Genevieve.

—¡Callaos! —le espetó Roland, olvidando su cortesía. Dos de los hombres del conde se estaban acercando a ella con la intención de asegurarse de que no intentaba caerse del caballo para retrasarlos. Roland subió una pequeña cuesta y miró hacia atrás pero no vio a ningún perseguidor. Cuando llegaron a la baja cima encontraron una pequeña población y justo detrás de ella, el campanario de una iglesia medio en ruinas. El sol ya casi se había puesto y la torre estaba sumida en las sombras. No se veía ninguna luz.

Los caballos cruzaron el pueblo con estrépito, ahuyentando aves de corral, perros y cabras. Casi todas las casas estaban abandonadas, con sus tejados de paja y juncos

ennegrecidos o derrumbados. Roland se dio cuenta de que debía de ser un pueblo asolado por la peste. Se santiguó. Una mujer agarró a su hijo para apartarlo del camino de los grandes caballos. Un hombre preguntó algo en voz alta, pero Roland no le hizo caso. Se estaba imaginando la lluvia de acero del diablo. Se imaginaba las flechas hendiendo la penumbra para matar hombres y caballos, y entonces vio que estaba en un pequeño cementerio y que uno de sus hombres había entrado en la nave destrozada de la iglesia y había encontrado las escaleras que subían al viejo campanario.

—Está vacía —gritó.

—Entremos —ordenó.

Y así, al anochecer, Roland llegó a la torre oscura.

Thomas, Keane y su prisionero llegaron al molino y encontraron a Karyl y a los nueve hombres de armas que quedaban preparados, aunque ninguno de ellos sabía para qué estaban preparados. Todos vestían malla, tenían los caballos ensillados y estaban nerviosos.

—Sabemos lo de Genevieve —le dijo Karyl a Thomas a modo de saludo.

—¿Cómo?

Karyl movió bruscamente su marcado rostro en dirección a un hombre que iba vestido solo con calzas, camisa, botas y abrigo. El hombre en cuestión había estado evitando que Thomas lo viera, pero este espoleó el caballo hacia él.

—No pierdas de vista a ese cabrón —le dijo a Karyl señalando a Pitou—, y si te molesta, pégale. —Detuvo el caballo junto al hombre reacio a dejarse ver y, al mirarlo, vio un rostro muy preocupado—. ¿Qué le ha pasado a vuestro hábito de monje? —le preguntó.

—Aún lo tengo —contestó el hermano Michael.

—¿Y por qué no lo lleváis puesto?

—¡Porque no quiero ser monje! —protestó.

—Nos trajo la noticia. —Karyl había seguido a Thomas—. Nos dijo que se habían llevado a Genevieve y que te estaban buscando.

—Sí, se han llevado a Genevieve —confirmó Thomas.

—¿De Verrec?

—Supongo que la lleva a Labrouillade.

—Envié al resto de los hombres a Castillon —le informó Karyl— y pedí a sir Henri que nos mandara al menos cuarenta hombres. Fue idea suya. —Señaló al hermano Michael con un gesto de la cabeza.

Thomas miró al monje.

—¿Fue idea vuestra?

El hermano Michael dirigió la mirada hacia lo alto de la colina con nerviosismo, como si estuviera buscando un lugar donde esconderse.

—Me pareció una idea sensata —dijo al fin.

Thomas no estaba tan seguro de que fuera sensata. Tenía diez hombres, doce si contaba al estudiante irlandés y al monje. Ellos perseguirían a Roland de Verrec mientras que los hombres de Castillon d'Arbizon deambularían por una campiña hostil buscando a Thomas. Esto podía conducir al desastre si cualquiera de los dos pequeños grupos se veía enfrentado a un enemigo mucho más numeroso. Sin embargo, ¿y si llegaban a unirse? Asintió para mostrar su aprobación.

—Probablemente fue una buena idea —admitió a regañadientes—. Así que ahora regresaréis a Montpellier, ¿no?

—¿Yo? ¿Por qué? —preguntó el hermano Michael con indignación.

—Para aprender a olfatear pises.

—¡No!

—¿Y qué queréis hacer?

—Quedarme con vos.

—¿O con Bertille?

El hermano Michael se sonrojó.

—Quedarme con vos, sire.

Thomas señaló a Keane con un gesto de la cabeza.

—Él no quiere ser sacerdote y tú no quieres ser monje. Ahora ambos sois *hellequin*.

El hermano Michael puso cara de incredulidad.

—¿Lo soy? —preguntó emocionado.

—Lo eres —dijo Thomas.

—De modo que ahora solo necesitamos un par de dispuestas jovencitas que no quieran ser monjas —terció Keane alegremente.

Karyl no había visto pasar a Roland de Verrec de camino al norte con Genevieve.

—Nos dijiste que permaneciéramos escondidos —le recordó en tono de reproche—, lejos del camino, y así lo hicimos.

—No vino por aquí —explicó Thomas—. Va por la ruta de Gignac, al menos eso creo, y el cabrón nos lleva un día de ventaja.

—¿Lo seguimos?

—Tomaremos el paso a través de las montañas —dijo Thomas.

No lo conocía, pero tenía que existir porque, si miraba hacia el norte veía poblaciones situadas en el terreno más elevado. Divisó un molino en el horizonte y humo que se alzaba de un valle sombrío, y donde había gente había caminos. Serían más lentos que las vías principales pero, con suerte, si no perdían ninguna herradura y no se topaban con *coredors*, podrían alcanzar a De Verrec antes de que el caballero virgen llegara a Labrouillade.

Desmontó y fue andando hasta el borde sur de la planicie en la que se alzaba el molino. Vio claramente Montpellier y también vio pequeños grupos de jinetes reconociendo el terreno chamuscado donde estaban las casas construidas extramuros. Al menos había seis grupos, ninguno con más de siete u ocho miembros, todos explorando los arbustos y los bordes del terreno despejado.

—Me están buscando —le dijo a Karyl, que se había acercado a él.

Karyl hizo visera con la mano.

—Son hombres de armas —anunció con un gruñido. Incluso desde aquella distancia era posible distinguir que al menos dos de los grupos vestían malla gris. La luz del sol se reflejaba en sus cascos.

—Probablemente sean guardias de la ciudad —dijo Thomas.

—¿Por qué no forman un solo grupo? —preguntó Karyl.

—¿Y compartir la recompensa?

—¿Hay una recompensa?

—Y grande.

Karyl esbozó una sonrisa burlona.

—¿Cómo de grande?

—Seguramente lo suficiente para poder comprar una granja decente en... ¿dónde es? ¿Bohemia?

Karyl asintió.

—¿Alguna vez has estado en Bohemia?

—No.

—Los inviernos son fríos —dijo—. Creo que me quedaré aquí.

—Estarán registrando la ciudad —supuso Thomas—, pero cuando no encuentren nada serán muchos más los que salgan.

—Ya nos habremos marchado.

—Y se lo figurarán.

—¿Y nos perseguirán?

—Eso espero —respondió Thomas.

Los caballos de la ciudad probablemente estarían bien alimentados y descansados, mientras que los del molino apenas habían comido. Si tenía que viajar con rapidez por las montañas iba a necesitar unas buenas monturas. También necesitaba cotas de malla y armas para Keane y el hermano Michael.

Así se lo comunicó a Karyl, que se volvió a mirar al monje.

—Darle un arma sería malgastarla —afirmó con desdén—, pero el irlandés parece útil.

—Los dos tienen que parecer hombres de armas aunque no lo sean —explicó Thomas—. Y también vamos a necesitar caballos de refresco. Va a ser una dura cabalgada.

—Una emboscada —dijo Karyl con deleite.

—Una emboscada —coincidió Thomas—. Y tiene que ser rápida, brutal y efectiva.

Ahora que estaba con sus hombres se sentía vengativo. La grave situación en la que se encontraba Genevieve lo torturaba, aunque suponía que solo era una moneda de cambio por Bertille. Pero Bertille estaba a salvo en Castillon d'Arbizon y Thomas dudaba que sir Henri la entregara sin su permiso. De todos modos quería vengar a Genevieve, y estaba rebosante de ira cuando, poco antes de mediodía, tendieron la emboscada.

Fue la sencillez personificada. Keane y el hermano Michael, los dos que no

llevaban malla ni casco, se dejaron ver en un olivar que resultaba visible a uno de los grupos que peinaban el campo. Estos estallaron en gritos y alaridos, espolearon sus monturas, desenvainaron las espadas y galoparon. Keane y el hermano Michael echaron a correr y desaparecieron de la vista de sus perseguidores por un pequeño valle en el que esperaban los hombres de Thomas.

Los seis hombres iban a la caza y competían unos con otros para alcanzar a los fugitivos. Los dos primeros montaban unos caballos pequeños y rápidos y aventajaron a sus compañeros, lanzándose al galope por la cima y descendiendo al valle. Sus caballos chapotearon al cruzar un riachuelo diminuto, antes de darse cuenta de que tenían problemas. Los hombres de Thomas les rodearon mientras los otros cuatro perseguidores superaron ruidosamente la línea del horizonte, vieron la refriega de abajo e intentaron desesperadamente frenar sus monturas y dar media vuelta.

Thomas picó al caballo con los talones y subió la pendiente. Un hombre que llevaba la librea de Montpellier intentaba dar media vuelta, pero entonces cambió de opinión. Arremetió con la espada contra Thomas, que se inclinó a la izquierda en la silla, dejando que la hoja le pasara junto a la cara, y a continuación propinó un golpe salvaje con su arma que alcanzó a su oponente en la nuca por debajo del borde del casco. No se molestó en mirar qué ocurría porque sabía que el otro estaba fuera de combate. Siguió ascendiendo y lanzó una estocada a un segundo hombre, mientras Arnaldus, uno de los gascones del *hellequin*, le propinaba un revés en la cara con un hacha de guerra. Karyl, había desmontado a uno de ellos, dio media vuelta, clavó la espada hacia abajo y Thomas vio levantarse un chorro de sangre que se alzó por encima del maltrecho casco de su lugarteniente. Keane sujetaba a uno de los primeros jinetes bajo el agua y lo estaba ahogando mientras los dos perros le mordían el único brazo que aún agitaba.

Seis hombres abatidos en cuestión de segundos y ningún miembro del *hellequin* estaba herido.

—¡Keane! ¡Coge los caballos! —gritó Thomas.

Un segundo grupo de hombres había visto que el primero se apresuraba hacia el norte y los habían seguido, pero desistieron al ver a los jinetes con cotas de malla esperando en lo alto del olivar. Dieron media vuelta y se alejaron.

—Tú. —Thomas señaló al hermano Michael—. Busca una cota de malla que te vaya bien, un casco y una espada. Coge un caballo.

Cabalgaron hacia el norte.

Roland de Verrec ordenó que ataran los caballos en la nave en ruinas y luego subió por la estrecha y empinada escalera del campanario. Ya no había campana, solo un espacio abierto. Un amplio arco traspasaba cada una de las cuatro paredes, el tejado tenía unas vigas podridas de las que casi se habían caído todas las tejas y el

suelo crujía peligrosamente bajo el peso de sus hombres.

—Las flechas entrarán por los arcos —le dijo Genevieve.

—Callaos —le ordenó él, pero como siempre intentaba ser cortés, añadió—, por favor.

Estaba nervioso. Los caballos piafaban en la nave y alguien daba voces en el pueblo, pero aparte de esto el mundo parecía estar en silencio. Caía la noche con rapidez y la oscuridad formaba sombras desiguales en el cementerio que había junto a la iglesia. Las tumbas no tenían lápida. Aquel pueblo debía de haber sufrido muy duramente los estragos de la terrible plaga que se había llevado tantas vidas, y los cuerpos yacían en hoyos poco profundos.

Roland recordó haber visto cómo los perros salvajes desenterraban a víctimas de la peste. Entonces era un niño y había llorado de lástima al ver a los canes desgarrar la carne putrefacta de los arrendatarios de su madre. Su padre había muerto, igual que su único hermano, y su madre decía que la enfermedad había sido enviada como castigo por el pecado.

—Los ingleses y la peste —había dicho—, ambos son obra del diablo.

—Dicen que los ingleses también tienen la peste —había señalado Roland.

—Dios es bueno —repuso la viuda.

—¿Pero por qué murió padre? —había preguntado Roland.

—Porque era un pecador —había contestado su madre, aunque ya había convertido la casa en un santuario para su esposo y su hijo mayor, con velas y crucifijos, colgaduras negras y un sacerdote al que se le pagaba para decir misas por el padre y el heredero que habían muerto vomitando y sangrando.

Después habían venido los ingleses y echado a la viuda de sus tierras. Esta huyó y recurrió al conde de Armañac, que era un primo lejano. El conde había educado a Roland para ser un guerrero, pero un guerrero que sabía que el mundo era un campo de batalla entre Dios y el diablo, entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal.

En aquel momento observaba cómo oscurecía y las sombras iban invadiendo poco a poco el terreno plagado de fosas que la peste había llenado. Pensó que el diablo estaba ahí afuera, deslizándose por entre los árboles en penumbra; una serpiente enroscándose cerca de la iglesia en ruinas.

—Quizá no nos hayan seguido —comentó casi susurrando.

—Quizá ahora mismo se estén tensando los primeros arcos —terció Genevieve—, o tal vez encenderán un fuego debajo de nosotros.

—Callaos —dijo, pero su tono no fue autoritario, sino de súplica.

Volaban los primeros murciélagos. Un perro ladró en el pueblo y lo hicieron callar. Las ramas secas de los pinos traqueteaban con la brisa. Roland cerró los ojos y rezó a san Basilio y a san Dionisio, sus dos santos patrones. Agarró su espada envainada, *Durandal*, y se llevó el pomo a la frente.

—Que el mal no venga a mi encuentro en esta oscuridad —oró—. Hazme bueno.
—Rezó tal como le había enseñado su madre.

Se oyó un ruido de cascos entre los árboles. Roland oyó crujir el cuero de una silla de montar y el tintineo de una brida. Un caballo relinchó y luego se oyeron más pasos.

—¡Jaques! —exclamó una voz en la oscuridad—. ¿Estás ahí?

Roland alzó la cabeza. Las primeras estrellas brillaban por encima de las montañas. La madre de san Basilio había sido viuda.

—Que mi madre no pierda a su único hijo —rezó.

—¡Jaques, cabrón! —gritó de nuevo la voz. Los hombres de armas refugiados en el campanario miraron a Roland, pero él aún estaba rezando.

—¡Estoy aquí! —respondió Jacques Sollière en la oscuridad—. ¿Eres tú, Philippe?

—¡Soy el Espíritu Santo, idiota! —contestó a voz en grito el hombre llamado Philippe.

—¡Philippe! —Los hombres de armas del campanario se levantaron y le dieron la bienvenida a voces.

—Son amigos —explicó Jacques a Roland—. Son los hombres del conde.

—¡Oh, Dios! —Roland respiró. No podía creer el alivio que lo embargaba; tanto que se sintió débil.

No era un cobarde. Nadie que se hubiera enfrentado a Walter de Siegenthaler en las justas podía calificarse de cobarde; el alemán había matado y lisiado a muchos hombres en una veintena de torneos y siempre afirmaba que había sido un accidente. Sin embargo, Roland había luchado con él cuatro veces y lo había humillado en cada uno de los combates. No era un cobarde, pero la creciente penumbra lo había aterrorizado. Se estaba dando cuenta de que la guerra no tenía reglas y de que toda la habilidad del mundo podría no ser suficiente para ayudarlo a sobrevivir.

Philippe apareció como una sombra bajo la torre.

—Nos envía el conde —anunció.

—¿Labrouillade? —preguntó Roland, aunque la pregunta era innecesaria. Los hombres de armas del conde habían saludado a sus compañeros con mucha confianza.

—Los ingleses están avanzando —explicó Philippe—. ¿Sois el señor De Verrec?

—Sí. ¿Dónde están los ingleses?

—En algún lugar del norte —respondió Philippe con vaguedad—, pero es por eso que estamos aquí. El conde quiere a todos sus hombres de armas. —De la oscuridad salían más soldados, que guiaban a sus caballos al interior de la nave en ruinas—. ¿Podemos encender una fogata?

—Por supuesto. —Roland se apresuró escaleras abajo—. ¿El conde os envía porque los ingleses están movilizándose?

—Ha sido convocado en Bourges y quiere llevar al menos sesenta hombres a la guerra. Necesita a los que se fueron con vos. —Philippe miró a un criado que golpeaba el acero y el pedernal para encender una brizna de paja—. ¿Encontrasteis a *le Bâtard*?

—Está en Montpellier, prisionero, espero. —Roland todavía se sentía débil, asombrado por el miedo que lo había obligado a arrodillarse—. Está en Montpellier —repitió—, pero tengo a su esposa.

—Los muchachos disfrutarán con eso —dijo Philippe.

—Está bajo mi protección —declaró con frialdad—. Tengo intención de cambiarla por la condesa.

—Pues los chicos van a disfrutar aún más —insistió Philippe.

—Porque se habrá hecho justicia.

—A la mierda la justicia, disfrutarán viendo cómo castigan a esa zorra. Ah, y han llegado unos tipos a Labrouillade. Os buscan.

—¿Quién?

—Un clérigo —respondió Philippe de forma vaga.

—¿Cómo supisteis dónde encontrarme? —preguntó, sorprendido todavía por el alivio que sentía.

—No os estábamos buscando a vos —contestó Philippe con brusquedad—, sino a Jacques y a sus hombres, pero sabíamos que habíais ido a Montpellier. Tenemos un hombre en Castillon d'Arbizon. Es dueño de una taberna, escucha lo que se habla y nos manda mensajes. Nos dijo que *le Bâtard* había ido a Montpellier, lo cual significa que lo habríais seguido. Vuestro clérigo también lo quiere a él.

—¿Mi clérigo?

—El que os está buscando. Podría ser incluso que *le Bâtard* nos estuviera siguiendo. No se suele rendir. —Philippe se calló de pronto al ver a Genevieve, que bajaba las escaleras a la luz de la pequeña hoguera que ardía con paja y madera podrida—. Vaya, esto sí que está bien —comentó.

—Ya os lo dije —dijo Roland—, está bajo mi protección.

—No servirá de mucho si su marido no os da a la condesa, ¿verdad? Y decís que está en Montpellier. De todos modos, el conde quiere de vuelta a sus hombres de armas. Los cabrones de los ingleses están quemando, saqueando, violando y matando. Tenemos que luchar en una guerra de verdad.

—¿Habrá una batalla? —preguntó.

—Sabe Dios —contestó Philippe—. Hay quien dice que el rey está conduciendo un ejército hacia el sur, hay quien dice que no, y la verdad es que nadie lo sabe. Nos han ordenado a todos ir a Bourges y nos quieren allí lo antes posible.

—Yo gané un torneo en Bourges —comentó Roland.

—Ya veréis que la guerra es un poco diferente —dijo Philippe—. No hay

comisarios que detengan el combate, para empezar. Aunque sabe Dios si llegará a haber un enfrentamiento. De momento nuestro trabajo consiste en vigilar a esos cabrones.

—Y el mío en devolver la condesa a su esposo —declaró con firmeza.

—Se alegrará de que lo hagáis —repuso Philippe, y sonrió ampliamente—, al igual que el resto de nosotros. —Dio unas palmadas para llamar la atención de sus hombres—. ¡Nos vamos al alba! ¡Descansad un poco! Los caballos se quedan aquí; si queréis echar de la cama a patadas a alguno de los cabrones del pueblo, hacedlo. Jean, el otro Jean, François, vosotros estáis de guardia.

—Mi prisionera dormirá en el campanario —dijo Roland— y yo la protegeré.

—Bien, bien —contestó Philippe con aire ausente.

Roland apenas durmió esa noche. Se sentó en los escalones de piedra del campanario y pensó en cómo se estaba desmoronando el mundo. En su mente había un correcto orden de cosas. Un rey gobernaba aconsejado por sus nobles y por los hombres sabios de la Iglesia, y juntos creaban justicia y prosperidad. La gente debía estar agradecida por dicho gobierno y mostrar su gratitud con deferencia. Había enemigos, por supuesto, pero un rey sabio se ocupaba de tales enemigos con cortesía y Dios, mediante los mecanismos del destino, decidiría el resultado de cualquier desacuerdo. Ese era el orden adecuado.

En cambio, el mundo estaba infestado de hombres como Jacques y Philippe; hombres duros, hombres que no mostraban respeto alguno, hombres que robaban y engañaban y que se enorgullecían de ello. Si los ingleses estaban en marcha, era algo lamentable y a todas luces contrario a la voluntad de Dios, pero el rey de Francia, con sus señores y obispos, traería la bandera de san Dionisio para destruirlos. Era un deber sagrado, un deber lamentable, pero para su disgusto, Philippe disfrutaba de verdad con la idea de la guerra.

—Es una oportunidad para hacer dinero —le había dicho este durante la escasa cena—. ¿Y hacer un prisionero rico? Eso es lo mejor.

—O meterse en el tren de bagaje del enemigo —había comentado Jacques con rapacidad.

—Normalmente, con el bagaje solo van hombres heridos y criados —le había explicado Philippe a Roland—, de manera que los matas y te sirves tú mismo.

—Y las mujeres —había añadido Jacques.

—¡Oh, Dios mío, las mujeres! ¿Recuerdas ese combate en... dónde fue? —Philippe había fruncido el ceño intentando recordar—. Ese lugar con el puente roto...

—Nunca supe cómo se llamaba. Al sur de Reims, ¿verdad?

Philippe se había reído al recordarlo.

—Los ingleses estaban a un lado del río y sus mujeres al otro. Yo tenía a cuatro de ellas atadas a la cola de mi caballo, todas desnudas. ¡Dios mío, ese sí que fue un

buen mes!

—Las alquileres —aclaró Jacques a Roland.

—Salvo al conde, por supuesto —puntualizó Philippe—. Él las tenía gratis por ser el conde.

—Los señores tienen privilegios —comentó Jacques.

—También tiene el privilegio de no combatir —añadió Philippe con tono resentido.

—Está demasiado gordo. —Jacques defendió entonces al conde de Labrouillade—. Pero cuando lucha, ¡lo hace como un demonio! Yo le he visto aplastar la cabeza de un soldado, cráneo, casco y todo, con un solo golpe de maza. ¡Había sesos por todas partes!

—El combate ya había terminado —refutó Philippe con desdén—. Solo participó cuando ya no había peligro. —Movié la cabeza al recordarlo y luego miró a Roland—. Así pues, ¿vais a uniros a nosotros, sire?

—¿Unirme a vosotros?

—¡Para luchar contra los malditos ingleses!

—Cuando haya terminado mi... —Roland vaciló. Había estado a punto de decir «misión», pero supuso que aquellos dos soldados, mayores y endurecidos, se habrían burlado de él—. Mis obligaciones —dijo en cambio.

Así pues, Roland, incómodo en los escalones de piedra, apenas había dormido. Le había molestado el recuerdo de la risa burlona de los dos hombres de armas. Hubiera podido derrotar a ambos en las justas, pero sospechaba que el destino resultaría ser muy distinto en el campo de batalla.

De repente le sobrevino una visión de la torre de asedio viniéndose abajo en Breteuil, de los hombres que gritaban mientras ardían. Se tranquilizó pensando que entonces no había sido presa del pánico, había mantenido la calma y había rescatado a uno. Pero aun así, había sido una derrota, y ninguna de sus habilidades podría haber evitado esa vergüenza. Tenía miedo a la guerra.

A la mañana siguiente, al amanecer, continuaron cabalgando hacia el norte. Roland se sentía mucho más seguro al ir escoltado por casi una veintena de hombres armados. Y mientras tanto, Genevieve estaba callada. No dejaba de mirar hacia el este con la esperanza de que aparecieran los arqueros a caballo, pero en las bajas colinas no se distinguía ningún movimiento. El sol implacable asaba los campos, hacía más lentos a los caballos y hacía sudar a los hombres bajo la pesada malla. Philippe dirigía la marcha y utilizaba senderos alejados del camino principal. Pasaron por otro pueblo devastado por la peste; los girasoles crecían en jardines abandonados, y debía de haber gente trabajando en los campos y viñedos, pero se ocultaban en cuanto veían jinetes con malla.

—¿Cuánto falta? —preguntó Roland mientras daban de beber a los caballos en un

vado que atravesaba un campo marchito.

—No mucho —respondió Philippe. Se había quitado el casco y se estaba limpiando la cara con un trozo de tela—. Quizá dos horas cabalgando.

Roland hizo un gesto a su escudero para que cogiera su caballo.

—No dejes que beba demasiado —le ordenó, y volvió a mirar a Philippe—. Y cuando lleguéis a Labrouillade, ¿tendréis que marchar hacia el norte?

—Al cabo de uno o dos días.

—¿Y seguiréis a los ingleses?

Philippe se encogió de hombros.

—Supongo que sí —respondió—. Si el rey nos alcanza nos uniremos a él, pero si no, hostigaremos a los forrajeadores, cortaremos el paso a los rezagados y los mantendremos ocupados. —Se levantó la cota de malla para orinar contra un árbol—. Y con un poco de suerte haremos algunos prisioneros ricos.

Y cayó la primera flecha.

Thomas condujo a sus hombres y a los cansados caballos a una pequeña ciudad. No tenía ni idea de cómo se llamaba, solo sabía que no podía rodearse fácilmente y que por lo tanto debían cabalgar por las calles estrechas y esperar que nadie los retrasara. Tomó la precaución de atar las manos al prisionero y taponarle la boca con una mordaza hecha de trapos.

—Tendríamos que comprar comida —sugirió Karyl.

—Pero hazlo de prisa —dijo Thomas.

Los jinetes entraron en una pequeña plaza del centro de la ciudad, aunque llamarla ciudad era un elogio para un lugar que no tenía muralla ni fortaleza. Los puestos del mercado se alineaban en el lado oeste de la plaza y al norte había una taberna metida bajo una colina escarpada. Thomas dio unas monedas a Karyl.

—Pescado seco, pan y queso —sugirió.

—No hay nadie vendiendo —refunfuñó Karyl.

Tanto los tenderos como sus clientes se habían agrupado junto a la iglesia. Miraban a los jinetes con curiosidad, pero nadie les preguntó a qué habían venido. Aunque hubo una pareja que, al ver que los recién llegados estaban interesados en la comida ofrecida a la venta, se apresuraron a ayudar.

Thomas avanzó con su caballo al paso por los adoquines hacia donde el gentío era más numeroso y vio que un hombre ancho de hombros leía algo en voz alta desde las escaleras de la iglesia. El hombre había perdido la mano derecha y en su lugar tenía un pincho de madera en el que había un pergamino ensartado. Llevaba un casco ceñido, una barba corta y canosa y vestía un jubón desgastado que mostraba una flor de lis dorada sobre un campo azul. Bajó el pergamino al ver que Thomas se acercaba.

—¿Quiénes sois? —le preguntó.

—Servimos al conde de Berat —mintió Thomas.

—Haríais bien en regresar allí —dijo el hombre.

—¿Por qué?

El hombre blandió el pergamino.

—Esto es el *arrière-ban* —anunció—. Se convoca a Berat y a todos los demás señores para hacer la guerra por el rey. Los ingleses están en marcha. —La multitud emitió una serie de gruñidos y algunos de ellos hasta miraron hacia el norte con nerviosismo, como si esperaran ver al viejo enemigo aparecer por las montañas.

—¿Vienen hacia aquí? —preguntó Thomas.

—Recemos a Dios para que no. Esos malditos están muy al norte de aquí, pero ¿quién sabe? El diablo podría traerlos al sur en cualquier momento.

El caballo de Thomas golpeó un casco contra los adoquines. El Bastardo se inclinó y le acarició el cuello.

—¿Y el rey? —inquirió.

—Dios le dará la victoria —afirmó el hombre de barba gris con devoción, lo cual significaba que no tenía noticias de los movimientos del rey francés—. Pero hasta que lo haga, mi señor convoca a todos los hombres de armas a reunirse en Bourges.

—¿Vuestro señor?

—El duque de Berry —respondió el hombre con orgullo. Eso explicaba las flores de lis reales de su jubón, porque el duque de Berry era hijo del rey Juan y poseedor de un montón de ducados, condados y feudos.

—¿Y el duque tiene pensado combatirlos él solo? —preguntó Thomas.

El mensajero se encogió de hombros.

—Lo ha ordenado el rey. Todas las fuerzas del sur de Francia tienen que reunirse en Bourges.

—¿Dónde está Bourges?

—Al norte —dijo el mensajero—, pero para seros sincero, no lo sé con exactitud. Solo sé que vas hasta Nevers y desde allí hay un buen camino.

—Donde demonios sea que esté Nevers —masculló Thomas—. ¿Vuestro señor ha convocado también a Labrouillade? —inquirió.

—Por supuesto. El *arrière-ban* llama a todos los señores y a todos sus vasallos. Con la gracia de Dios, vamos a atrapar a esos cabrones y destruirlos.

—¿Y esta buena gente? —Thomas señaló a las sesenta o setenta personas allí reunidas, entre las cuales no se contaba ningún hombre de armas que él supiera.

—¡Quiere nuestros impuestos! —gritó un hombre con un mandil de carnicero manchado de sangre.

—Los impuestos hay que pagarlos —declaró el mensajero con firmeza—. Si queremos derrotar a los ingleses, hay que pagar al ejército.

—¡Ya pagamos los impuestos! —gritó el carnicero, y el resto mostró su apoyo a

voces.

El mensajero, temiendo la ira de la multitud, señaló al joven Pitou.

—¿Es un prisionero? —le preguntó a Thomas—. ¿Qué ha hecho?

—Le ha robado al conde —mintió Thomas.

—¿Queréis colgarlo aquí? —preguntó esperanzado el hombre, pues estaba claro que quería una distracción para la hostil multitud.

—Debe regresar a Berat —dijo Thomas—. Al conde le gusta colgar él mismo a los ladrones.

—Es una lástima. —El hombre sacó el documento del pincho de madera y se abrió paso a empujones por entre el gentío hasta que llegó junto al estribo de Thomas—. ¿Puedo hablar un momento con vos, *monsieur*? —le preguntó.

Ahora que lo tenía cerca, vio que el mensajero tenía un rostro curtido de expresión astuta que sugería que había experimentado demasiadas cosas y que nada de lo que sucediera en el futuro podría sorprenderle.

—¿Fuisteis hombre de armas? —quiso saber Thomas.

—Lo fui, hasta que un gascón hijo de puta me cercenó la mano. —Agitó el pincho de madera para indicar a los hombres que los habían seguido con la esperanza de oír su conversación que se alejaran, y luego señaló el centro de la plaza con un gesto—. Me llamo Jean Baillaud —se presentó—, sargento de Berry.

—¿Es un buen amo?

—Es un maldito crío —respondió Baillaud.

—¿Crío?

—Tiene quince años. Cree que lo sabe todo, pero si me ayudáis, estoy seguro de que podré convencerle para que se muestre agradecido. —Hizo una pausa y sonrió—. Y vale la pena tener la gratitud de un príncipe.

—¿Y cómo puedo ayudar? —preguntó Thomas.

Baillaud volvió la vista hacia la pequeña multitud y bajó la voz.

—Estos pobres desgraciados ya han pagado los impuestos —dijo—, o al menos la mayoría de ellos.

—¿Pero queréis más?

—Por supuesto. Nunca hay suficientes impuestos. Si eres tan tonto como para pagar una vez, puedes estar seguro de que volveremos a exprimerte.

—¿Y el conde os manda a exprimirlos solo?

—No es tan idiota. Tengo a siete hombres de armas aquí, pero en la ciudad ya saben por qué vinimos.

Thomas miró la taberna.

—¿Y la ciudad ha sido generosa con el vino? —supuso.

—Con el vino y con las putas —confirmó Baillaud.

—Así pues... —dijo Thomas, que dejó las palabras flotando en el aire caliente de

mediodía.

—Así pues, exprimid a esos desgraciados por mí y podéis llevarle el diez por ciento a Berat.

—Eso le gustaría al conde —comentó Thomas.

—Ese carnicero es el tesorero de la ciudad —explicó Baillaud—. Tiene la lista de los impuestos, pero afirma haberla perdido. Podríais empezar ayudándole a encontrarla, ¿eh?

Thomas asintió.

—Dejad que hable con mis hombres —dijo, y llevó el caballo hacia la taberna. En cuanto se hubo alejado lo suficiente para que Baillaud no pudiera oírle, llamó por señas a Keane—. Hay ocho caballos en los establos de la taberna —dijo— y nos los vamos a llevar todos. Tú y el hermano Michael id por detrás y aseguraos de que están embridados. ¡Karyl!

El alemán había terminado de comprar provisiones y estaba metiendo la comida en las alforjas.

—¿Quieres más? —preguntó desde lejos.

Thomas le hizo señas para que se acercara.

—En la taberna hay siete hombres de putas. Nos llevaremos sus cotas de malla y sus armas.

—¿Los matamos?

—Solo si causan problemas.

Karyl se dirigió a la taberna a grandes zancadas y Baillaud se acercó a Thomas.

—¿Lo harán?

—Gustosamente —contestó Thomas.

—No oí vuestro nombre —dijo Baillaud.

—Me llamo Thomas. —Alargó el brazo para estrecharle la mano a Baillaud y entonces se dio cuenta de que no había nada que estrechar.

—Parecéis normando —comentó Baillaud.

—Es lo que me dice la gente. ¿Es allí adonde se dirigen los ingleses? Dijisteis que iban hacia el norte.

—¡Sabe Dios! —respondió Baillaud—. Salieron de Gascuña y lo último que oí decir era que estaban en Périgueux.

—Podría ser que vinieran hacia aquí —dijo Thomas.

—Hay más botín al norte —repuso Baillaud—. El principito ya saqueó el sur el año pasado. —Frunció el ceño—. Es un maldito escándalo —declaró con enojo.

—¿Escándalo?

—¡Eduardo de Gales! ¡No es nadie! ¡Un niño consentido y privilegiado! Lo único que le importa son las mujeres y el juego, y está haciendo estragos por toda Francia porque al rey Juan le dan miedo las flechas. Deberíamos atrapar a ese cabrón,

bajarle las calzas y darle unos azotes como si tuviera siete años. —De pronto Baillaud dio media vuelta y se quedó mirando la posada. Oía gritos—. ¿Qué? —empezó a decir, pero se calló de inmediato cuando vio que arrojaban a un hombre desnudo por una ventana del piso de arriba. El hombre cayó pesadamente de espaldas y se quedó allí, tendido, moviéndose levemente—. Ese es...

—Uno de vuestros hombres —dijo Thomas—. Las putas de esta ciudad deben de ser de armas tomar.

—¡Por la sangre de Cristo! —protestó Baillaud, e hizo ademán de dirigirse hacia el hombre del suelo, pero se detuvo porque un segundo hombre desnudo había salido por la puerta de la taberna. Se alejaba de espaldas, perseguido por dos de los hombres de Thomas.

—¡Me rindo! —gritó el hombre—. ¡Basta! ¡Basta!

—¡Dejadle en paz! —ordenó Thomas.

—Este cabrón me ha vaciado un orinal encima —gruñó Arnaldus.

—Ya se secará.

—No estaba lleno de pis —dijo el gascón, y propinó una patada entre las piernas al hombre desnudo—. Ahora lo dejaré en paz.

—Qué estáis... —empezó a decir Baillaud.

Thomas le sonrió desde la silla de montar.

—La gente me llama *le Bâtard* —anunció—, y somos el *hellequin*. —Llevó la mano a la empuñadura de la espada solo para recordar a Baillaud que estaba allí—. Vamos a llevarnos vuestros caballos y armas —añadió. Luego hizo dar la vuelta a su montura y lo dirigió hacia los habitantes de la ciudad, que seguían concentrados en torno a las escaleras de la iglesia—. ¡Pagad los impuestos! —gritó—. Enriqueced a vuestros señores para que así, cuando los capturemos, puedan permitirse pagarnos un cuantioso rescate. Vosotros seréis pobres, ¡pero nosotros seremos ricos! Tenéis nuestra gratitud. —La gente se lo quedó mirando boquiabierta.

Ahora Thomas tenía más caballos de refresco, más armas, más cotas de malla. Si alguien lo perseguía desde Montpellier, lo había dejado muy atrás. Pero no era eso lo que le preocupaba. Le preocupaba Genevieve.

De manera que siguieron cabalgando hacia el norte.

La flecha alcanzó a Philippe de lleno en el pecho. El crujido recordó a Roland el de una cuchilla de carnicero contra una res muerta. Philippe salió despedido hacia atrás por la fuerza del impacto; la flecha le había atravesado la cota de malla, roto una costilla y perforado un pulmón. Intentó hablar, pero en sus labios solo aparecieron unas burbujas de sangre y cayó hacia atrás. Volaron más flechas. Otros dos hombres cayeron abatidos.

La sangre se arremolinaba en el arroyo. Una flecha hendió el aire junto a la

cabeza de Roland y no le alcanzó la oreja por una mano de distancia. El viento que movió el proyectil fue como un bofetón. Un caballo con una flecha clavada en el vientre relinchaba.

Las flechas eran mucho más largas de lo que Roland se había esperado. Le asombró haberse fijado en ello, pero mientras los proyectiles caían a toda velocidad desde el oeste, quedó atónito por su longitud, mucho más largas que las utilizadas para cazar. Otra impactó contra un árbol y se quedó allí temblando.

Philippe se estaba muriendo. Los hombres corrían a esconderse detrás de los árboles o intentaban protegerse en la poca profunda orilla del riachuelo, pero fue Jacques quien los salvó, corriendo hacia Genevieve y arrebatándole a su hijo de sus brazos protectores. A continuación, agarró al niño por el cinturón, lo sostuvo en alto con una mano fuerte y, con la otra, desenvainó un cuchillo largo y puso la hoja contra la garganta del chico. Genevieve soltó un grito, pero las flechas dejaron de caer.

—Diles que tu hijo morirá si sueltan una sola flecha más —dijo Jacques.

—Eres... —empezó a decir Genevieve.

—¡Díselo, zorra! —gruñó.

Genevieve hizo bocina con las manos.

—¡No más flechas! —gritó en inglés.

Hubo un silencio, salvo por el borboteo en la garganta de Philippe. Cuanto más se esforzaba por tomar aire más sangre le salía por la boca. El caballo empezó a relinchar con los ojos en blanco.

—Diles que nos vamos —le ordenó Jacques—, y que el chico morirá si intentan detenernos.

—¡Tenéis que dejarnos en paz! —gritó Genevieve.

Los arqueros aparecieron en un bosquecillo a unos cien metros al este. Eran dieciséis, todos ellos con arcos largos de guerra.

—¡Genny! —la llamó uno de ellos.

—¡Matarán a Hugh si intentáis detenerlos! —respondió ella a voz en grito.

—¿Se sabe algo de Thomas?

—¡No, Sam! ¡Y ahora déjalos marchar!

Sam agitó la mano, como para sugerir que podían marcharse, y Roland empezó a respirar otra vez. Dos hombres estaban subiendo al moribundo Philippe a un caballo y otros estaban aupando dos cadáveres. Los hombres montaron pero Jacques se cuidó mucho de no soltar al chico.

—Rompe las flechas —le ordenó a uno.

—¿Que las rompa?

—Para que no puedan volver a usarlas, idiota descerebrado.

El hombre partió todas las flechas caídas que pudo encontrar y a continuación Jacques los llevó hacia el norte. Roland guardaba silencio; estaba pensando en las

flechas hendiendo el aire. Gracias a Dios que no le había alcanzado ninguna, pero el terror a esas saetas aún lo hacía temblar, y eso que tan solo había un puñado de arqueros. ¿Qué podrían hacer un millar de ellos?

—¿Cómo nos han encontrado? —preguntó.

—Son arqueros —dijo Genevieve—, os encontrarán.

—¡Cállate, zorra! —gritó Jacques, que había tendido a Hugh sobre el arzón delantero de su silla y aún tenía el cuchillo en la mano.

—¡Sé cortés! —exclamó Roland en tono más enojado de lo que había sido su intención.

Jacques masculló algo entre dientes, pero espoléó su caballo y se adelantó para evitar la compañía de Roland. Este volvió la vista atrás y vio que los arqueros ya habían montado y los seguían, pero que se mantenían a una buena distancia. Se preguntó cuál sería el alcance de un arco de guerra inglés, pero olvidó la pregunta cuando los hombres de armas coronaron una pequeña elevación en el terreno y apareció Labrouillade ante ellos.

El castillo se alzaba en el centro de un valle amplio y poco profundo. El foso lo alimentaba un riachuelo serpenteante que corría por unos prados en calma. Cerca del castillo no crecían árboles y no se permitía ningún edificio a menos de un cuarto de milla de distancia, para que ningún sitiador pudiera encontrar refugio para un arquero o una máquina de asedio. Las piedras de aquella cortina de la muralla parecían casi blancas bajo el intenso sol. El foso relucía. La bandera verde del conde colgaba lánguida desde la torre más alta. Jacques avanzó, los demás jinetes lo siguieron y Roland vio que el enorme puente levadizo descendía con un crujido. Los cascos resonaron con estruendo contra las planchas del puente. Roland se sumió en la repentina oscuridad del arco de entrada. Allí, esperando en el patio del castillo, había un clérigo alto de ojos verdes con un halcón posado en la muñeca.

El enorme cabestrante de la torre de entrada crujió mientras dos hombres hacían girar su palanca para subir el pesado puente levadizo. El trinquete que lo mantenía cerrado traqueteó contra los dientes metálicos, luego las planchas se juntaron con el arco con un fuerte golpe y dos hombres se apresuraron a correr el cerrojo que mantenía levantado el enorme puente.

Y Roland se sintió a salvo.

Thomas llegó con las últimas luces del día. Sus caballos estaban agotados y entraron dando traspies en el bosquecillo de castaños y robles, donde un arquero, al ver las formas oscuras de los jinetes contra el sol poniente, gritó dando el alto.

—¿Quiénes sois?

—No sirve de nada gritar en inglés, Simon —le respondió Thomas.

—¡Dios santo! —Simon bajó su arco—. Creíamos que estabas muerto.

—Me siento muerto —dijo Thomas. Él y sus compañeros habían cabalgado sin parar durante todo el día y luego buscaron por los alrededores del castillo del conde de Labrouillade a los hombres que habían salido de Castillon d'Arbizon sin saber si estarían allí. Pero los encontraron en aquella colina cubierta de árboles que ofrecía vistas a la única entrada del castillo. Thomas se deslizó de la silla con la moral igual de baja que aquel sol inflamado que proyectaba sombras alargadas por el amplio valle en el que Labrouillade tenía su fortaleza.

—Intentamos detenerlos —le explicó Sam.

—Hicisteis bien —repuso cuando hubo escuchado toda la historia. Sam y sus arqueros habían llegado al riachuelo pocos minutos antes de que Roland y su escolta aparecieran; habían hecho bien en tenderles una emboscada.

—Nos los hubiéramos cargado a todos de no ser por Hugh —continuó diciendo Sam—. Ese cabrón le puso un cuchillo en el cuello. De todos modos, matamos a un par.

—¿Pero Genevieve está dentro?

Sam afirmó con la cabeza.

—Ella y Hugh.

Thomas se quedó mirando el castillo desde la linde de la arboleda. Pensó que no había ninguna posibilidad. El sol enrojecía la cortina de la muralla, brillaba en el foso que teñía de escarlata y se reflejaba con un guiño de luz refulgente en el casco de un centinela. Con un cañón podría hacer añicos el puente levadizo en un día, ¿pero cómo iba a cruzar el foso?

—Traje tu arco —dijo Sam.

—¿Me esperabas? —preguntó Thomas— ¿O pensabas utilizarlo tú?

Por un momento Sam pareció confuso y luego cambió de tema.

—Y también trajimos a la condesa —anunció.

—¿La trajisteis?

Sam movió la cabeza para señalar al sur.

—Está en una granja por ahí detrás. Pitt se está asegurando de que esa zorra estúpida no se escape.

—¿Por qué demonios la trajisteis?

—Por si querías cambiarla —respondió Sam—. Fue idea del padre Levonne. También está aquí.

—¿El padre Levonne? ¿Por qué?

—Quiso venir. No sabe si deberías cambiarla, pero... —A Sam se le fue apagando la voz.

—Sería una solución sencilla —afirmó Thomas.

Estaba pensando que no debería perder el tiempo allí. Tenía que encontrar *la Malice* y también estaba la cuestión más importante, la noticia de que el príncipe de Gales marchaba con un ejército por algún lugar de Francia. Arqueros y hombres de armas estaban asolando la campiña, destrozando fincas, quemando ciudades y sembrando el pánico, todo con la esperanza de atraer al ejército francés y tenerlo al alcance de los largos arcos de guerra y de sus flechas empendoladas con plumas de ganso.

Thomas sabía que su lugar estaba con ese ejército, pero en cambio se encontraba atrapado allí, porque Genevieve y Hugh estaban prisioneros. La solución más simple era, en efecto, devolver a Bertille, condesa de Labrouillade, a su vengativo esposo, pero si hacía eso, tendría que enfrentarse a la ira de Genevieve. «Pues bien —pensó—, que se enfade». Mejor enfadada y libre que prisionera.

—¿Tienes centinelas? —preguntó a Sam.

—Bordeando todo el bosque. Un par más en el camino hacia el este y una docena en torno a la granja.

—Bien hecho. —La luna empezaba a alzarse en el cielo mientras las últimas luces del día se iban apagando en el oeste. Thomas hizo una seña a Keane para que caminara con él mientras se dirigía a la granja donde retenían a Bertille—. Quiero que cojas un caballo y te acerques al castillo lo suficiente para que te oigan —dijo al irlandés—. Sin armas. Extiende los brazos para que vean que vas desarmado.

—¿Y estaré desarmado?

—Sí.

—¡Dios mío! —exclamó el irlandés—. ¿Qué alcance tiene una ballesta?

—Mucho más que el de tus gritos.

—¿Es que me quieres muerto?

—Si fuera yo —explicó Thomas—, creo que me dispararían, pero a ti no te conocen y tienes mucha labia.

—Te has dado cuenta, ¿eh?

—No dispararán —afirmó Thomas para tranquilizarlo, esperando que así fuera—, porque querrán oír lo que tienes que decir.

Keane chasqueó los dedos y los dos lebreles acudieron a sus talones.

—¿Y qué tengo que decir?

—Diles que intercambiaré a la condesa por Genevieve y mi hijo. No habrá más de

tres hombres como escolta en ambos bandos y el intercambio se realizará a medio camino entre el bosque y el castillo.

—¿Todo este alboroto es por eso? —preguntó Keane—. ¿Por la condesa?

—Labrouillade la quiere recuperar.

—Ah, es conmovedor. Debe de quererla mucho.

Thomas prefirió no pensar por qué el conde quería recuperar a Bertille; sabía que al intercambiarla la estaba condenando al sufrimiento y posiblemente a la muerte, pero Genevieve y Hugh eran infinitamente más importantes para él. Era una pena, pero era inevitable.

—¿Y cuándo les transmito el mensaje? —preguntó Keane.

—Ahora —contestó Thomas—. Hay suficiente luz de luna para que vean que no vas armado.

—Y suficiente también para apuntar una ballesta.

—Eso también —coincidió.

Encontró a la condesa en la enorme cocina de la granja, una habitación con unas pesadas vigas cruzadas de las que colgaban manojos de hierbas secas. El padre Levonne, el sacerdote de Castillon d'Arbizon, estaba allí, y Pitt vigilaba a la mujer.

Pitt era un hombre alto, delgado y taciturno, de rostro chupado, pelo lacio atado con una cuerda de arco desgastada y ojos hundidos. Era inglés, de Cheshire, pero se había unido al *hellequin* en Gascuña. Salió cabalgando de un bosque como si perteneciera al grupo y luego se sumó a la fila sin decir nada. Era un hombre pesimista y malhumorado y Thomas sospechaba que había desertado de alguna otra compañía, pero también era un arquero magnífico y sabía dirigir a los hombres en combate.

—Me alegra que hayas vuelto —gruñó cuando vio a Thomas.

—Thomas —dijo el padre Levonne, aliviado, y se levantó de su asiento junto a Bertille.

Thomas hizo un gesto al cura para que se sentara. Bertille estaba frente a la gran mesa en la que ardían dos velas que humeaban mucho. Una doncella que le había proporcionado Genevieve de entre las chicas de Castillon d'Arbizon estaba de rodillas a su lado. La condesa tenía los ojos enrojecidos de haber llorado. Miró a Thomas.

—Vais a devolverme, ¿verdad?

—Sí, mi señora.

—Thomas... —empezó a decir el padre Levonne.

—Sí. —Thomas interrumpió con aspereza la protesta que el cura había estado a punto de plantear, fuera cual fuera.

Bertille bajó la cabeza y rompió a llorar otra vez.

—¿Sabéis lo que me hará?

—Tiene a mi esposa y a mi hijo —alegó.

Ella sollozó en silencio.

—¡Dios santo! —exclamó Keane entre dientes, al lado de Thomas.

Thomas no hizo caso del irlandés.

—Lo siento, mi señora —dijo.

—¿Cuándo? —preguntó ella.

—Esta noche, espero.

—Preferiría estar muerta —declaró.

—Thomas —intervino el padre Levonne—, déjame ir a hablar con el conde.

—¿Y de qué diantre creéis que va a servir? —preguntó Thomas en un tono más brusco de lo que era su intención.

—Vos dejadme hablar con él.

Thomas meneó la cabeza en señal de negación.

—El conde de Labrouillade —replicó— es un cabrón malvado. Un gordo y malévolos cabrón enojado que probablemente a estas horas de la noche esté medio borracho, y si os deajo entrar en el castillo es probable que no salgáis.

—Entonces me quedaré allí. Soy un sacerdote. Voy allá donde me necesitan. —El padre Levonne hizo una pausa—. Dejadme hablar con él.

Thomas lo consideró un momento.

—Tal vez desde fuera del castillo.

Levonne vaciló y luego asintió.

—Servirá.

Thomas cogió a Keane por el codo y se lo llevó al patio de la granja.

—No dejes que el padre Levonne entre en el castillo. Probablemente lo convertirían en otro rehén.

Por una vez el irlandés parecía no saber qué decir, pero al final encontró las palabras.

—¡Por la sangre de Cristo! —exclamó pensativo—. ¡Qué criatura tan hermosa!

—Pertenece a Labrouillade —dijo Thomas con aspereza.

—Podría empañar las estrellas —comentó Keane—, y convertir en humo la mente de un hombre.

—Está casada.

—Una criatura tan encantadora —dijo Keane con perplejidad— te hace creer que Dios debe de amarnos de verdad.

—Ahora ve a buscar un caballo fresco —le ordenó Thomas—, y tú y el padre Levonne id a transmitir el mensaje a Labrouillade. —Se volvió a mirar al cura, que los había seguido bajo la luz de la luna—. Podéis decir lo que queráis, padre, pero a menos de que podáis convencer al conde de que suelte a Genevieve, voy a intercambiarla por la condesa.

—Sí —repuso el padre Levonne sin entusiasmo.

—Quiero terminar con esto —declaró Thomas con brusquedad— porque mañana salimos hacia el norte.

Cabalgaría hacia el norte para unirse a un príncipe, o para encontrar *la Malice*.

Roland de Verrec tuvo la sensación de que su alma se elevaba como un pájaro en el cielo despejado, un pájaro que podía atravesar las nubes de duda y alzarse a las alturas de la gloria. Un pájaro con alas de fe, un pájaro blanco. Blanco como los cisnes que nadaban en el foso del castillo del conde de Labrouillade, donde ahora se arrodillaba en la capilla iluminada por las velas. Era consciente de los latidos de su corazón, que no solo latía, sino que le martilleaba en el pecho como si siguiera el ritmo del aleteo de su alma que se elevaba.

Roland de Verrec estaba en éxtasis.

Aquella noche se había enterado de lo de la Orden del Pescador. Había escuchado al padre Marchant mientras le explicaba el propósito de la Orden y la búsqueda para recuperar *la Malice*.

—Pero yo sé de *la Malice* —había dicho Roland.

El padre Marchant se sorprendió, pero reaccionó.

—¿Sabes de ella? —le preguntó—. ¿Y qué sabes, hijo mío?

—Es la espada que san Pedro llevó a Getsemaní —respondió Roland—. Una espada que fue desenvainada para proteger a nuestro Salvador.

—Un arma sagrada —había comentado el padre Marchant en voz baja.

—Pero maldita, padre. Dicen que está maldita.

—Yo también lo he oído —reconoció el padre Marchant.

—Maldita porque san Pedro la desfundó y Cristo lo reprendió.

—*Dixit ergo Iesus Petro mitte gladium in vaginam...* —El padre Marchant había empezado a citar el Evangelio, pero se calló porque Roland parecía estar muy afligido—. ¿Qué te ocurre, hijo mío?

—Si los hombres malvados empuñan la espada, padre, ¡tendrán tanto poder!

—Por esto existe la Orden —había dicho el cura con paciencia—, para asegurarse de que *la Malice* pertenezca solo a la Iglesia.

—¡Pero se le puede quitar la maldición! —había dicho Roland.

—¿Se puede? —El padre Marchant había puesto cara de sorpresa.

—Se dice —le había explicado Roland— que si se lleva la espada a Jerusalén y se bendice entre los muros de la Iglesia del Santo Sepulcro, entonces se levantará la maldición y la espada se convertirá en un arma de la gloria de Dios. —Ninguna otra espada, ni *Durandal* de Roland, ni la *Joyosa* de Carlomagno, ni siquiera *Excalibur* de Arturo, podían compararse con *la Malice*. Si podía levantarse su maldición, sería la espada más sagrada en la tierra de Dios.

El padre Marchant había percibido el temor reverencial en la voz de Roland, así que en lugar de decir que un viaje a Jerusalén era tan probable como que san Pedro volviera a aparecer, asintió con aire solemne.

—Pues debemos añadir este deber a las tareas de la Orden, hijo mío.

Entonces, en la capilla iluminada por las velas, Roland fue iniciado en la Orden. Se había confesado, había recibido la absolución y estaba arrodillado en el peldaño del altar. Los otros caballeros estaban tras él, de pie en la pequeña nave pintada de blanco. Roland se había alegrado de encontrar a Robbie en la Orden, pero el segundo escocés, ese tal Sculley que llevaba huesos colgando, lo había horrorizado. Unos pocos momentos en presencia de Sculley bastaban para quedar impresionado por la tosquedad, las burlas y el apetito por la crueldad de aquel hombre.

—Es un instrumento cruel, en efecto —le había dicho el padre Marchant a Roland—, pero Dios se sirve de la arcilla más humilde.

En aquellos momentos Sculley arrastraba los pies mascullando algo sobre perder el tiempo. Los demás caballeros guardaban silencio y observaban al padre Marchant, que rezaba en latín. Bendijo la espada de Roland, le puso las manos en la cabeza y en torno al cuello un fajín con las llaves del pescador bordadas.

Mientras rezaba, las velas de la capilla se estaban extinguiendo una a una. Era como en el servicio del Viernes Santo, cuando para señalar la muerte del Redentor las iglesias de toda la cristiandad se sumían en la oscuridad. Y cuando se consumió la última vela, solo quedó la pálida luz de la luna al otro lado de la ventana de la capilla y la pequeña llama roja de la presencia eterna, que proyectaba unas sombras del color de la sangre sobre el Cristo de plata crucificado, al que Roland contemplaba con ojos llenos de adoración. Había encontrado su causa, había encontrado una misión digna de su pureza, y encontraría *la Malice*.

En aquel momento Genevieve gritó.

Y volvió a gritar.

Keane y el padre Levonne se habían acercado a caballo hasta el puente levadizo y desde allí el irlandés gritó al centinela, que miró a los dos jinetes a la luz de la luna y recorrió unos cuantos pasos a lo largo del parapeto de la torre de entrada.

—¿Me estáis escuchando? —gritó Keane—. ¡Decidle a vuestro señor que tenemos a su esposa! La quiere recuperar, ¿no es verdad? —Esperó. Su caballo pateó el suelo—. ¡Por Dios, hombre! ¿Me estáis escuchando? —chilló—. ¡Tenemos aquí a su señora! —El centinela se inclinó entre dos merlones y volvió a mirar a Keane, pero no le dio ninguna respuesta y, al cabo de un momento, volvió a retirarse entre las piedras—. ¿Estás sordo? —le preguntó Keane.

—Hijo mío —vociferó el padre Levonne—. ¡Soy sacerdote! ¡Déjame hablar con tu señor!

No hubo respuesta. La luna iluminaba el castillo y su reflejo blanco rielaba en el foso que el viento ondulaba. Solo habían distinguido a ese hombre en el muro de la torre de entrada, pero ahora había desaparecido, al parecer dejando solos a Keane y a Levonne. El irlandés sabía que Thomas y una docena de hombres los estaban observando desde los árboles, pero se preguntó quién más observaría desde las oscuras aspilleras de la cortina de la muralla y desde las torres que la luna ensombrecía. Y, también, si los que observaban tendrían ballestas tensadas y cargadas con pesados virotes cortos con punta de acero. Los dos lebreles que habían seguido a Keane gimieron.

—¿Nos oye alguien? —llamó Keane.

Una ráfaga de viento movió la bandera de la torre del homenaje del castillo. La bandera se agitó y volvió a quedar colgando cuando el viento cesó. Un búho ululaba en el valle y los dos perros alzaron la cabeza y olisquearon el aire. Eloise gruñó suavemente.

—Tranquila —le dijo Keane—. Cállate, chica, y mañana perseguiremos unas liebres. Quizá hasta un ciervo, si tienes suerte, ¿eh?

—¡Inglés! —bramó una voz desde el castillo.

—Si tienes que insultar a alguien —replicó Keane— podrías ser un poco más inteligente, ¿no?

—¡Volved por la mañana! ¡Volved al alba!

—¡Déjame hablar con tu señor! —exclamó el padre Levonne.

—¿Sois sacerdote?

—¡Lo soy!

—Pues aquí tenéis la respuesta, padre —gritó el hombre. Una cuerda vibró en una de las torres y una saeta de ballesta atravesó la luz de la luna y cayó en el camino, a unas veinte yardas de los dos jinetes. El proyectil golpeó el suelo y se deslizó hasta detenerse entre los sobresaltados perros.

—Parece que tendremos que esperar a mañana, padre —dijo Keane. Hizo dar la vuelta a su caballo, clavó los talones y cabalgó para ponerse fuera del alcance de las ballestas.

Hasta la mañana siguiente...

El conde de Labrouillade estaba cenando. Había un pastel de carne de venado, un ganso asado, un jamón con una gruesa capa de miel de lavanda y una fuente de escribanos engordados con mijo, que era su plato favorito. Tenía un cocinero que sabía cómo ahogar en vino tinto a los diminutos pájaros para luego asarlos rápidamente con fuego vivo. El conde olisqueó uno. ¡Sencillamente perfecto! El aroma era tan delicioso que casi le dio vueltas la cabeza, chupó el pajarito y la grasa amarilla le cayó por la papada mientras ronza los frágiles huesos. El cocinero

también había asado tres becasas, bañando los pájaros de pico de aguja con una mezcla de vino y miel.

Le gustaba comer. Le molestaba un poco que sus invitados, el severo padre Marchant, sir Robbie Douglas y el ridículo caballero virgen estuvieran perdiendo el tiempo en la capilla, pero no iba a esperarlos. Los escribanos estaban muy calientes y las oscuras pechugas de las perdices demasiado deliciosas como para postergarlas, de manera que dejó el recado de que sus invitados podían unirse a él a su conveniencia.

—Sir Roland lo ha hecho bien, ¿eh? —le comentó a su mayordomo.

—En efecto, mi señor.

—¡El tipo atrapó a la esposa de *le Bâtard*! Puede que Roland sea virgen —se rio el conde—, pero no debe de ser un completo idiota. Vamos a echar un vistazo a la mujer.

—¿Ahora, mi señor?

—Mejor el entretenimiento que la comida —dijo el conde, que hizo una seña a un juglar que tocaba una pequeña arpa y cantaba las excelencias del conde en la batalla. La canción era inventada en su mayor parte, pero los miembros de la casa del conde fingían creerla—. ¿Está todo preparado para la mañana? —preguntó el conde antes de que el mayordomo se marchara a cumplir con su encargo.

—¿Todo, mi señor? —preguntó el hombre, confuso.

—Caballos de carga, armaduras, armas, provisiones. ¡Por los clavos de Cristo, hombre! ¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

—Todo está preparado, mi señor.

El conde soltó un gruñido. El duque de Berry lo había convocado en Bourges. El duque, por supuesto, no era más que un mocoso y el conde había estado tentado de fingir que no había recibido el aviso, pero el mocoso era hijo del rey de Francia y el *arrière-ban* había sido entregado junto con una carta que señalaba delicadamente que el conde había hecho caso omiso de dos llamadas previas y que el hecho de no acatar un *arrière-ban* justificaba la confiscación de las tierras. «Estamos seguros —decía la carta— de que deseáis conservar vuestras fincas, por lo que esperamos vuestra llegada a Bourges con alegría, sabiendo que vendréis con numerosos arbalesteros y hombres de armas».

—Arbalesteros —refunfuñó el conde—. ¿Por qué no puede llamarlos ballesteros? ¿O arqueros?

—¿Mi señor?

—¡El duque, idiota! Es un maldito crío. ¿Quince años? ¿Dieciséis? Aún está en pañales. Arbaletero, por Dios. —De todos modos, el conde llevaría cuarenta y siete arbalesteros y sesenta y siete hombres de armas a Bourges. Una fuerza considerable, mayor incluso que el pequeño ejército que había dirigido contra Villon para recuperar a Bertille. Había considerado dejar que uno de sus capitanes dirigiera la fuerza

mientras él se quedaba en casa protegido por los veinte ballesteros y dieciséis hombres de armas que guarnicionarían el castillo, pero la amenaza de perder sus tierras lo había convencido de viajar también—. ¡Ve a por la mujer! —espetó al mayordomo, que había vacilado, pensando que su señoría podía tener más preguntas.

El conde se llevó una becada a la boca y mordió la carne aderezada con miel. Pensó que no era tan delicada como la del escribano, de modo que la dejó caer y se metió el décimo escribano en la boca.

Aún estaba chupando el pajarito cuando hicieron entrar a Genevieve y a su hijo al pequeño salón en el que había decidido comer. El gran salón estaba lleno con sus hombres de armas, que bebían su vino y comían su comida, aunque se había asegurado de que no les sirvieran venado, escribanos ni becasas. El conde aplastó los huesos del ave cantora, se los tragó y señaló un espacio cerca de la mesa en el que las grandes velas iluminarían a Genevieve.

—Ponla ahí —dijo—. ¿Y por qué has traído al chico?

—Ella insistió, mi señor —respondió uno de los hombres de armas.

—¿Insistió? No le corresponde a ella insistir. Es una zorra flacucha, ¿eh? Date la vuelta, mujer. —Genevieve permaneció inmóvil—. He dicho que te des la vuelta, despacio —dijo el conde—. Si no obedece, Luc, puedes golpearla.

Luc, el hombre de armas que había agarrado a Genevieve del brazo para hacerla entrar en el salón, echó la mano hacia atrás, pero no tuvo necesidad de golpearla. Genevieve dio la vuelta y luego miró al conde a los ojos con desafío. Él se limpió la boca y la papada con una servilleta y bebió vino.

—Desnúdala —ordenó.

—No —protestó Genevieve.

—He dicho que la desnudes —dijo el conde mirando a Luc. Antes de que Luc pudiera obedecer, se abrió la puerta de la habitación y Jacques, que ahora era el capitán jefe del conde, apareció en la entrada.

—Han enviado a dos mensajeros, mi señor —dijo—, ofreciendo el intercambio de la mujer por la condesa.

—¿Y?

—Tienen a la condesa aquí, mi señor —explicó Jacques.

—¿Aquí?

—Eso dicen.

El conde se levantó y rodeó la mesa cojeando. La herida de flecha que tenía en la pierna le daba punzadas, pero se estaba curando bastante bien. Todavía le dolía al apoyar su considerable peso e hizo una mueca al bajar de la tarima para enfrentarse a Genevieve.

—Vuestro esposo, señora —gruñó—, me desafió. —Esperó a que respondiera, pero ella guardó silencio—. Di a los mensajeros que vuelvan por la mañana —ordenó

el conde sin apartar los ojos de Genevieve—, la cambiaremos al amanecer.

—Sí, mi señor.

—Pero primero tengo pensada otra cosa para esta zorra —añadió, y con estas palabras una ira terrible se apoderó del conde. Había sido humillado, primero por su esposa y después por *le Bâtard*. Sospechaba que hasta sus propios hombres se burlaban de él a sus espaldas, motivo por el que prefería comer en una sala aparte. De hecho, sabía que toda Francia se reía de él. Lo habían insultado, le habían puesto los cuernos y él era un hombre orgulloso. La herida de su honor era tan profunda que de repente se puso rojo de ira, rugió con un sonido que parecía de dolor, alargó la mano, agarró el vestido de lino de Genevieve y se lo desgarró.

Geneviève gritó.

El grito solo sirvió para enfurecer aún más al conde. Todo el dolor de las últimas semanas bullía en su interior y solo podía pensar en vengarse de los hombres que lo habían menospreciado. ¿Y qué mejor manera de hacerlo que quitarse los cuernos de la cabeza y ponerlos en la de *le Bâtard*? Rasgó el vestido del todo mientras Genevieve gritaba por segunda vez y retrocedía tambaleándose. Su hijo lloraba y el conde le pegó un fuerte manotazo en la cabeza, tras lo cual volvió a tirar del vestido de Genevieve. Ella aferraba la tela desgarrada contra el cuello.

—¡Zorra asquerosa! —gritó el conde—. ¡Enséñame las tetas, puta flaca! —Le propinó un doloroso golpe y, en aquel preciso momento, entraron por la puerta media docena de hombres.

—¡Basta! —Era Roland de Verrec el que gritaba—. ¡Basta! —repitió—. Es mi rehén.

Entraron aún más hombres en la habitación. Robbie Douglas estaba allí, mirando boquiabierto a Genevieve, que estaba agachada en las losas intentando subirse los jirones del vestido hasta el cuello. Sculley sonreía ampliamente. Los hombres de armas del conde iban pasando la mirada del furioso Labrouillade al calmado Roland mientras el padre Marchant estudió la situación y se interpuso entre los dos.

—La joven —le dijo al conde— es prisionera de la Orden, mi señor.

Esta afirmación desconcertó a Roland, que creía que era su rehén, pero se lo tomó como una declaración de apoyo y no protestó.

El conde respiraba agitadamente. Era un oso acorralado. Por un instante dio la impresión de que la prudencia podría gobernar su ira, pero entonces, como si una ola rompiera en su interior, la furia volvió a dominarlo.

—Fuera —gruñó a los recién llegados.

—Mi señor... —empezó a decir el padre Marchant en tono apaciguador.

—¡Fuera! —rugió el conde—. ¡Este es mi castillo!

Nadie se movió.

—¡Tú! —El conde señaló a Luc—. ¡Deshazte de ellos!

Luc intentó llevarse a Roland, al padre Marchant y a los demás caballeros de la Orden del Pescador de la sala, pero Roland se mantuvo firme.

—Es mi rehén —repitió.

—Vamos a pelear por la mujer —terció Sculley alegremente.

—Cállate —le dijo Robbie entre dientes.

Robbie era consiente de la antigua agitación que creía que la Orden del Pescador había calmado. Conocía a Genevieve, había estado enamorado de ella desde el día en que la había visto por primera vez en las mazmorras de Castillon d'Arbizon. Ese amor no correspondido había roto su amistad con Thomas, lo había llevado a quebrantar juramentos, a sus discusiones con el señor de Douglas y había terminado, o eso había creído Robbie, con el deber sagrado de la Orden del Pescador. Vio entonces que Roland llevaba la mano a la empuñadura de su espada y tuvo mucho miedo de lo que pasaría a continuación. Genevieve lo estaba mirando con sorpresa y súplica en sus ojos heridos.

El conde vio que la mano de Roland se acercaba a la empuñadura de *Durandal* y, como un tonto, cogió su propia espada. El padre Marchant levantó las dos manos.

—¡En nombre de Dios! —gritó, y le agarró el brazo a Roland—. ¡En nombre de Dios! —repitió, con una mano alzada en gesto de precaución—. Mi señor —dijo en tono razonable—, tenéis razón, este es vuestro castillo. Lo que ocurre entre estas paredes está bajo vuestra jurisdicción, bajo vuestro privilegio, y no podemos eludirlo. Pero, mi señor —y aquí el padre Marchant hizo una reverencia al conde—, esta mujer debe hablar con nosotros. El Papa lo exige, el rey de Francia lo exige y, mi señor, Su Santidad y Su Majestad os estarían agradecidos si me permitís, a vuestro más humilde servidor —y se inclinó de nuevo ante Labrouillade—, interrogar a esta desdichada.

El padre Marchant se había inventado el interés del Papa y del rey, pero fue una invención inspirada, suficiente para aplacar la furia de Labrouillade.

—¿Tengo razón? —preguntó el conde.

—Toda la razón. Y si alguno de nosotros os ha molestado, mi señor, si alguno de nosotros ha desafiado vuestra indudable autoridad, os pedimos nuestras más humildes disculpas.

—¿Pero el Papa y el rey tienen interés en esto?

—Por asombroso que pueda parecer, mi señor, sí. Por eso estoy aquí, enviado por el cardenal Bessières. Mi señor, si queréis ganáros la reputación de ser un hombre que ha luchado valientemente por el Reino de los Cielos aquí en la tierra, os rogaría que me permitierais pasar un tiempo a solas con esta criatura.

—¿Y cuando hayáis terminado con ella?

—Como ya he dicho, mi señor, este es vuestro castillo.

—Y vuestros hombres harían bien en recordarlo —dijo el conde con un gruñido.

—En efecto, mi señor.

—Pues lleváosla —accedió el conde con magnanimidad.

—La Iglesia estará en eterna deuda con vos, mi señor —dijo el padre Marchant, y les hizo señas a Sculley y Robbie para que se llevaran de allí a Genevieve. Señaló a Hugh—. Lleváoslo a él también.

Y Robbie soltó un suspiro de alivio.

Thomas estaba arrodillado en el límite del bosque.

—¿Qué dijo? —preguntó por décima vez.

—Que volvamos al amanecer —respondió Keane.

Y desde ahora, en el corazón de la noche, hasta el alba, ¿qué le ocurriría a Genevieve? Era la pregunta que torturaba a Thomas y a la que su imaginación proporcionó una horrible respuesta que a su vez no ofrecía una solución. No podía rescatarla. No podía cruzar un foso, escalar una muralla y abrirse paso luchando. Para ello le haría falta tiempo y un ejército.

—Deberíais dormir un poco —dijo a sus hombres. Y era cierto, pero los arqueros habían decidido velar con Thomas. Nadie quería dormir—. ¿Cuántos hombres habrá dentro? —se preguntó Thomas en voz alta.

—Ese cabrón tenía unos cien hombres cuando luchamos en Villon —respondió Sam.

—No pueden estar todos dentro —dijo Thomas, aunque era la esperanza la que hablaba.

—Es un lugar bastante grande —comentó Keane.

—Y tenemos treinta y cuatro arqueros —replicó Thomas.

—Y hombres de armas —añadió Karyl.

—Él tenía unas cuarenta ballestas —dijo Sam—, tal vez más, ¿no?

—¿No dijo que la cambiaría? —preguntó Thomas por décima vez.

—Solo dijo que volviéramos —contestó Keane—. De haber podido le hubiera preguntado unas cuantas cosas a ese tipo, pero utilizaron una ballesta para lanzarnos la indirecta de que el padre Levonne y yo no éramos precisamente bienvenidos.

Thomas pensó que si Genevieve sufría algún daño se olvidaría de *la Malice*, se olvidaría del príncipe de Gales, se olvidaría de todo hasta que hubiera atado al conde de Labrouillade a una mesa y lo hubiera cortado igual que hizo él con Villon. Resultaba una esperanza vana en aquella noche iluminada por la luna. En ocasiones lo único que se podía hacer era esperar, fortalecerse y soñar para combatir la desesperación.

—Al amanecer —dijo Thomas— quiero a todos los arqueros y a todos los hombres de armas. Nos dejaremos ver. Estaréis preparados para luchar, pero permaneced fuera del alcance de las ballestas. —Sabía que no era más que un gesto,

pero en aquel momento se veía limitado a los gestos.

—Ya estamos preparados —afirmó Sam. Llevaba su arco, al igual que todos los demás arqueros, pero como se esperaba rocío había quitado la cuerda y se la había guardado en el sombrero—. Y amanecerá pronto.

—Deberías dormir —le aconsejó Thomas—. Todos los que no estáis de guardia deberíais dormir.

—Sí, deberíamos —repuso Sam.

Y nadie se movió.

El padre Marchant tocó el brazo a Roland con delicadeza.

—Hicisteis bien, hijo mío. Es vuestra prisionera y teníais que defenderla, pero debéis utilizar la cautela.

—¿Cautela?

—Es la heredad del conde. Aquí manda él. —Sonrió—. Pero ya ha pasado. Ahora debéis entregarnos a la prisionera.

—¿Prisionera? —preguntó Roland—. Es una rehén, padre.

El padre Marchant vaciló.

—¿Qué sabéis de ella? —le preguntó.

Roland frunció el ceño.

—Que es de baja cuna y que está casada con *le Bâtard*, pero aparte de eso no sé nada más.

—¿Os gusta?

Roland dudó, pero recordó que su deber era decir la verdad.

—Al principio no, padre, pero he acabado admirándola. Tiene espíritu. Tiene una mente ágil. Sí, me gusta.

—Os ha hechizado —declaró el padre Marchant con severidad—, y no tenéis la culpa de eso. Pero deberíais saber que ha sido excomulgada, condenada por la Santa Madre Iglesia. Iba a ser quemada por herejía, pero *le Bâtard* la rescató y luego, para agravar su maldad, ella mató a un piadoso dominico que había descubierto su herejía. En conciencia, hijo mío, ahora no puedo soltarla; no puedo permitir que divulgue sus detestables doctrinas. Está condenada.

—Juré protegerla —dijo Roland, inquieto.

—Te eximo de dicho juramento.

—¡Pero es que parece una buena mujer!

—El diablo enmascara su obra, hijo mío —afirmó el padre Marchant—, cubre la vileza con vestimentas de luz y endulza su inmundicia con palabras melosas. Parece hermosa, pero es una criatura del diablo, al igual que su marido. Ambos están excomulgados, ambos son herejes. —Se volvió al oír que su criado se acercaba por el pasillo sumido en las sombras—. Gracias —le dijo, y tomó el halcón de sus manos.

Se había puesto un guante de cuero y se enroscó las pihuelas del pájaro en la muñeca, tras lo cual acarició la caperuza que cubría los ojos del ave—. ¿Sabéis —le preguntó a Roland— por qué los herejes fueron a Montpellier?

—Ella me dijo que fueron a escoltar a un monje inglés que se inscribiría en la universidad, padre.

El padre Marchant sonrió con tristeza.

—Te mintió, hijo mío.

—¿Ah, sí?

—Su esposo busca *la Malice*.

—¡No! —exclamó Roland. No a modo de protesta sino con asombro.

—Supongo que oyó que el arma podría encontrarse allí.

Roland meneó la cabeza.

—Yo diría que no —declaró con seguridad.

Fue el padre Marchant quien se asombró entonces.

—Diríais que... —dijo con voz débil, y se calló.

—Bueno, yo no lo sé, claro está —explicó Roland—, y tal vez vos tengáis noticias sobre *la Malice* de las que yo no me he enterado.

—Oímos que estaba en un lugar llamado Mouthoumet, pero cuando llegamos allí había desaparecido.

—Es posible que la llevaran a Montpellier —comentó Roland sin convencimiento—, pero un hombre a quien le importe *la Malice*, seguro que la devolvería a su lugar apropiado.

—¿Hay un lugar apropiado? —preguntó el cura con cautela. Acariciaba la cabeza encapuchada del pájaro, pasando el dedo con suavidad por el cuero blando.

Roland sonrió con modestia.

—Mi madre, que Dios la bendiga, desciende de los antiguos condes de Cambrai. Eran grandes guerreros, pero uno de ellos desafió a su padre y renunció a la profesión de las armas para convertirse en monje. Juniano, se llamaba, y la tradición familiar dice que san Pedro se le apareció en un sueño y le dio la espada. San Pedro dijo a Juniano que solo un hombre que fuera santo y guerrero al mismo tiempo era el adecuado para proteger la espada.

—¿San Juniano?

—No es muy conocido —admitió Roland con tristeza—, en realidad. Si por algo es famoso, es por dormir en medio de una ventisca, que lo hubiese matado de no ser por la protección de la gracia de Dios... —Se interrumpió al ver que el padre Marchant lo había agarrado del brazo con tanta fuerza que le hacía daño—. ¿Padre? —preguntó.

—¿Este tal Juniano tiene un santuario?

—Los benedictinos de Nouaillé guardan sus restos terrenales, padre.

—¿Nouaillé?

—Está en Poitou, padre.

—Que Dios os bendiga, hijo mío —dijo el padre Marchand.

Roland percibió el alivio en la voz del sacerdote.

—No sé si *la Malice* está allí, padre —advirtió con cautela.

—Pero podría ser, podría ser —replicó el clérigo, que dejó de hablar mientras un criado que llevaba un orinal pasaba por el pasillo iluminado por el leve resplandor que le llegaba de las velas del salón—. No lo sé —admitió al fin cuando el criado hubo pasado—. No lo sé —repitió en tono cansado—. ¡Podría estar en cualquier parte! Ya no sé dónde seguir mirando, pero quizá *le Bâtard* lo sepa, ¿no? —Acarició al halcón que se movía intranquilo en su muñeca—. De manera que tenemos que descubrir lo que sabe y por qué fue a Montpellier. —Levantó el brazo en el que estaba posado el halcón—. Pronto, querida mía —le dijo al pájaro—, muy pronto te quitaremos la caperuza.

—¿Quitarle la caperuza? —preguntó Roland. Le parecía extraño hacer eso a esas horas de la noche.

—Es una *calade* —le dijo el cura.

—¿Una *calade*?

—La mayoría de *calades* descubren la enfermedad en una persona —le explicó el padre Marchand—, pero este pájaro también tiene el don de Dios de descubrir la verdad. —Se apartó de Roland—. Parecéis cansado, hijo mío. ¿Puedo sugeriros que durmáis?

Roland sonrió con aire arrepentido.

—He dormido poco estas últimas noches.

—Pues descansad ahora, hijo mío, descansad con la bendición de Dios. —Se quedó mirando a Roland mientras este se alejaba y luego se dirigió al final del pasillo, donde le esperaban sus demás caballeros—. ¡Sir Robbie! ¿Queréis traer a la mujer y a su hijo? —Empujó una puerta al azar y, al abrirla, se encontró en una habitación pequeña con barriles de vino amontonados en torno a una mesa en la que había jarras, embudos y copas. Lo barrió todo con el brazo para despejar el tablero de la mesa—. Esto servirá. ¡Traed unas velas! —gritó.

Acarició al halcón.

—¿Tienes hambre? —le preguntó al pájaro—. ¿Mi cielo tiene hambre? Muy pronto te daremos de comer. —Se quedó de pie a un lado de la pequeña habitación mientras Robbie hacía entrar a Genevieve por la puerta. Ella se agarraba el vestido hecho pedazos contra el pecho—. Parece ser que ya conocíais a la hereje, ¿verdad? —sugirió el padre Marchand a Robbie.

—Sí, padre —contestó Robbie.

—Es un traidor —dijo Genevieve, y le escupió en la cara.

—Él ha jurado servir a Dios —replicó el padre Marchant—, y tú estás maldita por Dios.

Sculley arrastró a Hugh por la puerta y lo empujó hacia la mesa.

—Velas —pidió el padre Marchant a Sculley—. Traed algunas del salón.

—Os gusta ver lo que estáis haciendo, ¿eh? —comentó Sculley con una amplia sonrisa.

—Vamos —ordenó el padre Marchant con aspereza, y se volvió hacia Robbie—. La quiero encima de la mesa. Si se resiste, podéis golpearla.

Genevieve no se resistió. Sabía que no podía luchar contra Robbie, y no digamos ya contra Robbie y el hombre espantoso con huesos en el pelo, que en aquel momento trajo dos velas enormes que se colocaron sobre sendos barriles de vino.

—Túmbate —le ordenó el padre Marchant a Genevieve—, como si estuvieras muerta. —Vio que temblaba. Se puso las manos sobre los pechos para mantener el vestido roto en su lugar. El cura empezó a desatarse las pihuelas del guante y dejó al halcón en la muñeca de Genevieve. Las garras se clavaron en la fina piel de la mujer, que dejó escapar un gimoteo—. *In nomine Patris* —entonó el padre Marchant en voz baja—, *et Filii, et Spiritus Sancti*, amén. ¿Sir Robert?

—¿Padre?

—No contamos con un notario que registre la confesión de esta pecadora, de modo que prestaréis atención y seréis testigo de lo que se diga. Tenéis el deber sagrado de recordar la verdad.

—Sí, padre.

El sacerdote miró a Genevieve, que estaba tendida con los ojos cerrados y las manos juntas.

—Pecadora —dijo en voz baja—, dime por qué fuisteis a Montpellier.

—Llevamos a un monje inglés hasta allí —respondió Genevieve.

—¿Y por qué?

—Iba a estudiar Medicina en la universidad.

—¿Quieres que me crea que *le Bâtard* recorrió todo el camino hasta Montpellier solo para escoltar a un monje? —preguntó el padre Marchant.

—Fue un favor a su señor feudal —dijo Genevieve.

—Abre los ojos —le ordenó el cura. Seguía hablando en voz baja. Esperó hasta que ella obedeció—. Y ahora dime —dijo—, ¿has oído hablar de san Juniano?

—No —contestó Genevieve. El halcón encapuchado no se movió.

—Estás excomulgada, ¿no es cierto?

Genevieve vaciló y luego asintió levemente.

—¿Y fuisteis a Montpellier para hacerle un favor a un monje?

—Sí —respondió con un hilo de voz.

—Te convendría decir la verdad —le dijo el padre Marchant. Se inclinó hacia

adelante, desató la caperuza al pájaro y se la retiró de la cabeza—. Esto es una *calade* —explicó—, un pájaro que puede saber si lo que dices es verdad o mentira. — Geneviève miró a los ojos del halcón y se estremeció. El padre Marchant retrocedió —. Y ahora dime, pecadora —insistió—, ¿por qué fuisteis a Montpellier?
—Ya os lo he dicho, para escoltar a un monje.
Su grito resonó por todo el castillo.

Roland se despertó sobresaltado al oír el grito.

Al conde no se le había ocurrido proporcionarles camas. El castillo estaba atestado de hombres esperando para marchar hacia Bourges y dormían donde podían. Muchos de ellos aún estaban bebiendo en el gran salón, mientras algunos se habían acostado en el patio donde dormían los caballos que no tenían espacio en los establos. Pero el escudero de Roland, Michel, tuvo el ingenio de encontrar un cofre lleno de banderas que extendió sobre un banco de piedra en la antecámara de la capilla. Roland se había quedado dormido en aquella cama improvisada cuando el grito resonó por los pasillos. Se despertó confuso, pensando que volvía a estar en casa con su madre.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

Michel miraba hacia el otro extremo del largo pasillo. El muchacho no dijo nada. A continuación se oyó un bramido de furia que resonó por el pasadizo y que despertó por completo a Roland. Rodó en la cama para levantarse y agarró la espada.

—¿Las botas, sire? —le preguntó Michel, ofreciéndoselas, pero Roland ya había echado a correr. En el otro extremo del pasillo había un hombre con expresión alarmada, pero el grito y las voces no parecían haber molestado a nadie más. Roland abrió la puerta del almacén de vino de un empujón y soltó un grito ahogado.

La habitación estaba casi a oscuras porque se habían volcado las velas pero, con la tenue luz, Roland vio a Genevieve sentada en la mesa tapándose un ojo con la mano. El vestido hecho jirones le había caído hasta la cintura. El padre Marchant estaba tendido de espaldas, con los labios ensangrentados. Un halcón decapitado se agitaba en el suelo y Sculley miraba con una sonrisa burlona. Robbie Douglas estaba de pie, encima del sacerdote, con la espada desenvainada y, mientras Roland contemplaba la escena, el escocés utilizó la empuñadura de su arma para golpear de nuevo a Marchant.

—¡Sois un cabrón!

Hugh estaba llorando, pero al ver a Roland fue corriendo hacia él. Roland le había contado historias, a Hugh le gustaba, y se aferró a él, que se encogió cuando Robbie golpeó al cura por tercera vez, haciendo que su cabeza chocara con fuerza contra un barril de vino.

—¿La habríais dejado ciega, cabrón? —gritó Robbie.

—¿Qué...? —empezó a decir Roland.

—¡Debemos irnos! —exclamó Genevieve.

A Sculley parecía hacerle gracia lo que había visto.

—Bonitas tetas —comentó sin dirigirse a nadie en particular, y fue eso lo que pareció sobresaltar a Robbie y caer en la cuenta de lo que había hecho.

—¿Irnos adónde? —preguntó Robbie.

—Busca un agujero y entiérrate —le aconsejó Sculley, y volvió a mirar a Genevieve—. Un poco pequeñas, pero bonitas.

—¿Qué ha pasado? —logró preguntar Roland por fin.

—El cabrón quería dejarla ciega —dijo Robbie.

—Me gustan las tetas —terció Sculley.

—Cállate —le espetó Robbie.

Creía haber encontrado un propósito y la tranquilidad espiritual en la Orden del Pescador, pero al ver que el halcón iba a clavar el pico en el ojo de Genevieve, se le habían abierto los suyos. Se dio cuenta de que había huido de sus antiguos juramentos, de que había traicionado sus promesas, y ahora iba a hacer las cosas bien. Desenvainó la espada y cortó la cabeza al halcón de un solo golpe. A continuación se había vuelto contra el padre Marchant, le había golpeado con la empuñadura de la espada y le había roto los labios y los dientes. Ahora no tenía ni idea de lo que debía hacer.

—Tenemos que irnos de inmediato —le dijo Genevieve.

—¿Adónde? —preguntó Robbie otra vez.

—Un agujero muy profundo —comentó Sculley, divertido, y miró a Robbie con el ceño fruncido—. ¿Vamos a luchar contra alguien?

—No —contestó Robbie.

—Ve a por mi capa —ordenó Roland a Michel, y cuando el escudero se la trajo, el caballero virgen cubrió con ella los hombros desnudos de Genevieve—. Lo siento —le dijo.

—¿Lo sentís?

—Estabais bajo mi protección y os he fallado.

Robbie miró a Roland.

—Tenemos que marcharnos —le dijo, y parecía asustado.

Roland asintió. Al igual que Robbie, se encontraba con que su mundo estaba vuelto del revés. Intentaba desesperadamente pensar qué debía hacer, qué era lo correcto. La muchacha era una hereje y, aquella misma mañana, él había hecho un juramento ante Dios para unirse a la Orden del Pescador; sin embargo, allí estaba el capellán de la Orden, gimiendo y sangrando, y la hereje lo miraba con un solo ojo porque aún se tapaba el otro con la mano. Roland supo que tenía que salvarla. Le había prometido protección.

—Tenemos que marcharnos —repitió como el eco de Robbie.

Ambos eran conscientes de que se hallaban en las profundidades de un castillo que, de pronto, era un lugar hostil. Pero cuando Roland echó un vistazo al pasillo, vio que allí no había nadie. Seguro que el alboroto del gran salón, donde los hombres seguían bebiendo, había ahogado el grito de Genevieve. Roland se abrochó el

cinturón de la espada.

—Vamos —dijo en tono de asombro.

—Las botas, sire —le recordó Michel.

—No hay tiempo —repuso Roland. Estaba muy nervioso. ¿Cómo iban a salir de allí?

El padre Marchant intentó levantarse y Robbie se volvió y le dio una patada en la cabeza.

—Sculley, si vuelve a moverse dale fuerte.

—¿Lucho para él o para ti? —preguntó Sculley.

—¿A quién sirves? —le preguntó Robbie.

—¡Al señor de Douglas, por supuesto!

—¿Y yo qué soy?

—Un Douglas.

—Pues no hagas preguntas estúpidas.

Sculley lo aceptó.

—¿Quieres que mate a este cabrón? —preguntó mirando al cura.

—¡No! —exclamó Robbie. Matar a un cura significaba la excomunión y él ya tenía suficientes problemas.

—No me importa —se ofreció Sculley—. No he matado a nadie desde hace una semana. No, desde hace más. ¡Debe de hacer al menos un mes! ¡Dios mío! ¿Estás seguro de que no vamos a pelear con nadie?

Roland miró a Robbie.

—¿Salimos sin más?

—No es que tengamos muchas alternativas —respondió Robbie, que volvía a parecer nervioso.

—¡Pues vámonos! —gimió Genevieve. Había encontrado un trazo con el que se tapaba el ojo, mientras que con la otra mano se sujetaba la capa al cuello.

—Coge al chico —ordenó Roland a Michel, y salió al pasillo—. Envaina la espada —le dijo a Robbie.

—¿Que la envaine? —Robbie parecía confuso.

Roland echó un vistazo a la espada, que tenía una mancha de plumas ensangrentadas.

—Aquí somos invitados.

—De momento.

—¿Qué estamos haciendo, por el amor de Dios? —quiso saber Sculley.

—Luchando por el honor de Douglas —le contestó Robbie con brusquedad.

—Así pues, ¿estamos luchando?

—¡Por Douglas! —gruñó Robbie.

—No hace falta que grites —dijo Sculley que, mientras Robbie envainaba su

espada, sacó la suya, de hoja larga—. Tú dime a quién quieres que mate, ¿eh?

—De momento a nadie —le dijo Roland.

—Y guarda silencio —añadió Robbie. Roland miró a Robbie como si buscara tranquilizarse, pero el joven escocés estaba tan nervioso como el francés—. Tenemos que seguir adelante —sugirió Robbie.

—¿Vamos a abandonar el castillo?

—Creo que tenemos que hacerlo, sí. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. Si podemos.

Roland fue en cabeza y se dirigieron al patio. Unas cuantas fogatas mortecinas, en las que los hombres habían cocinado tortas de avena, humeaban en aquel amplio espacio, pero la luna resplandecía y las sombras eran oscuras. Nadie se fijó particularmente en ellos. Genevieve iba envuelta en la capa y Hugh aferrado a sus pliegues, mientras avanzaban por entre los caballos y los hombres que dormían. Había otros charlando en voz baja y pasándose odres de vino. Alguien cantaba. Se oyó una risita. Un farol brillaba con luz trémula en la torre de entrada.

—Ve a buscar mi caballo —dijo Roland a Michel.

—¿Crees que nos dejarán salir sin más? —susurró Robbie.

—No vayas a buscar el caballo —rectificó Roland, preguntándose cómo iban a escapar a pie.

—¿Las botas, sire? —Michel se las ofreció.

—No hay tiempo —contestó Roland. Su mundo se había hecho añicos; ya no sabía dónde radicaba su salvación. Solo le quedaba su honor, lo cual implicaba que debía salvar a una hereje, aunque ello supusiera romper un juramento a la Iglesia—. Les diré que bajen el puente levadizo —le dijo a Robbie, y se dirigió a la entrada a grandes zancadas.

—¡Detenedlos! —El grito venía de la puerta que tenían detrás. El padre Marchant, apoyado en la jamba, los estaba señalando—. ¡Detenedlos! ¡En nombre de Dios!

Los hombres del patio tardaron en reaccionar. Algunos dormían, otros intentaban dormir y muchos de ellos estaban adormecidos por el vino, pero empezaron a moverse cuando más hombres retomaron los gritos. Sculley soltó una maldición y dio un codazo a Robbie.

—¿Ya estamos luchando?

—¡Sí! —gritó Robbie.

—¿Contra quién?

—¡Contra todos!

—¡Ya era hora, joder! —exclamó Sculley, y acto seguido lanzó un revés con la espada contra un hombre que intentaba librarse de una capa.

El hombre se desplomó con la frente cubierta de sangre oscura. Sculley utilizó su

arma para cortar un manojó de cuerdas que ataban a tres caballos a una anilla de la pared. Pinchó a uno de ellos con la punta de la espada y el animal se desbocó provocando el caos entre los que andaban por allí. A los otros dos les dio una palmada y los animales corrieron por todo el patio relinchando y encabritándose.

—¡Puente levadizo! —gritó Roland. Dos hombres se enfrentaban a él, ambos armados con espadas, pero de repente se sintió tranquilo. Aquello era lo suyo.

Hasta el momento solo había combatido en torneos, pero sus victorias en las justas eran el resultado de horas de práctica, horas y más horas de práctica obsesiva con la espada.

Apartó una hoja enemiga con un golpe rápido, hizo amago de retroceder, pero avanzó, y hundió la espada entre las costillas del hombre de la izquierda, con lo que se situó frente al otro. Al alcance de su salvaje tajo, echó el brazo armado hacia atrás y le clavó el codo en el estómago.

—Lo tengo —anunció Robbie, como si estuvieran en la batalla campal de un torneo.

Roland se echó a la izquierda, dio un golpe corto con la espada y dejó fuera del combate al primer enemigo sin que casi tuviera tiempo de respirar. Dos centinelas habían salido de la torre de entrada y fueron rápidamente a por ellos. Uno llevaba una lanza, con la que lanzó una estocada. Pero Roland vio el nerviosismo en el rostro de su oponente y apenas tuvo que pensar para detener la arremetida y levantar la espada rápidamente, de manera que la punta le abrió una herida horrible por toda la cara. Cortó labios, nariz y una ceja, y el hombre, con un ojo lleno de sangre, salió despedido y chocó con el segundo guardia que, presa del pánico, empezó a caminar hacia atrás adentrándose en la torre.

—¡Lleva a lady Genevieve al arco! —gritó Roland a Michel.

Roland desapareció en el cuarto de guardia mientras Robbie y Sculley bloqueaban la entrada al profundo túnel arqueado en cuyo otro extremo estaba el puente levadizo cerrado.

—Tiene unos malditos cerrojos —dijo Sculley.

Michel no hablaba inglés, pero había visto los cerrojos y recorrió el de la derecha para sacarlo del hueco en la piedra. Genevieve intentó sacar el otro pero no cedió y se le cayó la capa de los hombros. Los hombres del patio vieron su espalda desnuda y gritaron que querían ver más. Michel fue a ayudarla, y el enorme cerrojo de hierro retrocedió con un chirrido.

—¡Contentos, Sculley! —gritó Robbie.

—¡Douglas! —Sculley bramó su grito de guerra a los hombres que había en el patio.

En el cuarto de guardia aún quedaba uno de los centinelas, pero se apartó de Roland encogido de miedo y él no le hizo caso. En cambio, subió por la escalera de

caracol que llevaba a la gran sala situada encima del arco de la puerta. Allí no había nadie, pero era de noche y la única luz la proporcionaba el tenue resplandor de la luna que se filtraba por las aspilleras, aunque pudo ver el enorme torno en el que se enroscaban las cadenas del puente levadizo.

El tambor del torno era igual de ancho que el arco y se elevaba unos cuatro pies del suelo. Tenía unas asas grandísimas en cada extremo, pero él no pudo mover la que tenía más cerca. Oyó voces abajo y el entrechocar de las espadas. Oyó un grito. Un caballo relinchó. Permaneció allí, impotente, durante unos segundos preguntándose cómo soltar el mecanismo. Pero cuando los ojos se le acostumbraron a la penumbra, vio una gran palanca de madera junto a la otra asa. Corrió hacia ella, la agarró y empujó.

Por un instante se resistió a su fuerza, pero de pronto cedió y se oyó un chasquido fortísimo. El enorme tambor empezó a girar y las cadenas se desenroscaron rápidamente de los cilindros, dando temblorosas sacudidas. Una de ellas se partió y los eslabones rotos golpearon a Roland a un lado de la cara, justo en el momento en que un tremendo estrépito anunció que el puente levadizo estaba bajado.

Roland se tambaleó, medio aturdido por el latigazo de la cadena, pero se recuperó, recogió la espada que había dejado en el suelo para accionar la palanca y empezó a bajar por las escaleras.

La puerta estaba abierta.

—¿Señor? —Sam tocó a Thomas en el hombro.

—¡Santo Dios! —exclamo Thomas entre dientes.

Se había quedado medio dormido, o más bien su mente iba a la deriva, como la tenue niebla que afluía sobre el foso, acariciado por la luna del castillo de Labrouillade. Había estado pensando en el Grial, en el sencillo cuenco de arcilla que había arrojado al mar, y se preguntó, tal y como hacía con frecuencia, si de verdad era el Santo Grial. En ocasiones lo dudaba y en otras se estremecía por la audacia de ocultarlo bajo el eterno vaivén rugiente de las olas.

Y pensó que, antes de eso, había buscado la lanza de san Jorge, que también había desaparecido. Si encontraba *la Malice*, quizá esta debería quedar escondida, así mismo, para siempre. Y mientras su mente vagaba, había visto aparecer un repentino y tenue resplandor de fuego en el arco del castillo. Luego oyó el estrépito que confirmaba que el puente levadizo había caído.

—¿Están saliendo? —se preguntó Sam en voz alta.

—¡Arcos! —gritó Thomas. Se levantó, dobló su larga y negra vara negra de tejo y enganchó la cuerda en la gafa de cuerno de la punta. Se tocó la muñeca para confirmar que llevaba el brazal de cuero que lo protegía del azote de la cuerda. Sacó una flecha de la bolsa.

—No son jinetes —comentó uno. Los arqueros habían salido de entre los árboles hacia un punto desde el que podían disparar sin estorbos.

—Está saliendo alguien —anunció Sam.

¿Para qué iban a bajar el puente levadizo, a menos que fuera para hacer una salida?, pensó Thomas. Pero si planeaban un ataque nocturno por sorpresa sobre su campamento, ¿por qué no estaban galopando ya los caballos por el prado que se extendía hasta el castillo blanqueado por la luna? Vio a unas cuantas personas cruzar el puente, pero a ningún jinete. Luego vio a más hombres que iban detrás y el reflejo de la luz de la luna en las armas.

—¡Adelante! —gritó—. ¡Situaros a una distancia de tiro!

Thomas maldijo su cojera. No lo imposibilitaba, pero ya no podía correr tan rápido como antes y sus hombres lo adelantaron con facilidad. Luego Karyl y otros dos pasaron con las monturas a medio galope y las espadas desenvainadas.

—¡Ese es Hugh! —gritó alguien.

—¡Y Genny! —exclamó otra voz en inglés.

Thomas divisó unas formas contra la torre de entrada iluminada. Creyó ver a Genevieve y a Hugh, pero luego vio otra forma, la de un hombre con arco. Se detuvo, alzó el gran arco de guerra y tensó la cuerda.

Los músculos de la espalda soportaron la enorme tensión. Dos dedos tiraban de la cuerda, otros dos sujetaban la flecha en la vara mientras él inclinaba el arco hacia las estrellas. Era el alcance máximo al que podía llegar un arco, y tal vez no lo hiciera. Thomas miró hacia la entrada, vio que el arquero se arrodillaba y levantaba el arma contra el hombro, tiró de la cuerda más allá de su oreja derecha.

Y la soltó.

Roland esperaba morir. Estaba asustado. Tenía la sensación de que el ruido chirriante, martillador y estruendoso del tambor del torno que desenrollaba las cadenas resonaba aún en sus oídos, como el grito de algún demonio sobrenatural. Lo único que quería era esconderse, acurrucarse hecho un ovillo en un rincón oscuro y esperar que el mundo pasara junto a él, pero aun así se movió. Bajó las escaleras dando saltos, todavía sin las botas. Esperaba que los hombres de Labrouillade hubieran vuelto a tomar la torre de guardia y que unas espadas vengativas lo mataran; sin embargo, para su asombro, en la sala de la torre de guardia solo estaba el mismo centinela de antes, aún más asustado que Roland. Robbie le gritaba que se diera prisa.

—¡Dios Santo! —exclamó Roland. Y era una plegaria.

Sculley vociferaba, diciendo a los hombres que había en el patio que se acercaran para morir. Tres soldados yacían a sus pies y la luz del fuego se reflejaba en el negro reluciente de su sangre, que llenaba los espacios entre los adoquines.

—¡Genevieve se ha marchado! —gritó Robbie a Roland—, ¡vámonos ya!

¡Sculley!

—No he terminado —gruñó Sculley.

—Has terminado —replicó Robbie, y le dio un tirón del hombro—. ¡Corre!

—Odio salir corriendo.

—¡Corre! ¡Vamos! ¡Por Douglas!

Corrieron. Si habían sobrevivido hasta entonces era porque los hombres del patio estaban medio dormidos y confusos, pero ahora ya se habían despertado. Salieron en persecución de los fugitivos.

Roland escuchó un sonido que temía, el del trinquete de una ballesta que se tensaba. Cruzó pesadamente el puente levadizo con los pies descalzos y oyó el chasquido de la ballesta al ser disparada, pero la saeta pasó de largo. No vio el proyectil, pero sabía que debía de haber más. Agarró a Hugh de la mano, tiró de él, y en aquel preciso momento vio algo blanco por el rabillo del ojo. ¡Otro destello blanco! Embargado por el miedo y el pánico, pensó que debían de ser palomas. ¿Por la noche?

Una tercera mancha blanca pasó junto a él, oyó unos gritos y cayó en la cuenta de que eran flechas. Flechas coronadas con plumas de ganso; flechas de Inglaterra; flechas que hendían la oscuridad para caer sobre los hombres que salían del castillo. Una de ellas pasó rozando el suelo junto a Roland.

Luego dejaron de caer, cuando cuatro jinetes con las espadas desenvainadas cruzaron el prado con un retumbo, pasaron junto a los fugitivos y arremetieron con sus largas hojas contra los perseguidores. Los jinetes no se detuvieron, moviéndose detrás de Roland, y las flechas volaron de nuevo, cayendo incesantemente en el arco de la torre de entrada donde se amontonaban los ballesteros.

De pronto los fugitivos se vieron rodeados por unos hombres con arcos largos y los jinetes formaron un escudo tras ellos. Siguieron alejándose del castillo hasta que llegaron a los árboles, y allí Roland cayó de rodillas.

—¡Dios mío! —dijo en voz alta—. ¡Gracias! —Jadeaba, temblaba y aún llevaba a Hugh de la mano.

—¿Señor? —preguntó Hugh, nervioso.

—Estás a salvo —le dijo Roland. Vino alguien que tomó en brazos al chico y se lo llevó para dejar solo al caballero.

—¡Sam! —gritó una voz áspera—. Mantén a una docena de hombres en la linde del bosque. ¡Con los arcos encordados! ¡El resto de vosotros! Volved a la granja. ¡Hermano Michael! ¿Dónde estás? ¡Ven aquí!

Roland vio que los hombres se apiñaban en torno a Genevieve. Él seguía de rodillas. La noche se llenó de voces inglesas excitadas. Rara vez se había sentido tan solo. Miró en derredor y vio que el largo prado, iluminado por la luna, entre el bosque y el castillo estaba vacío. Si el conde de Labrouillade o el padre Marchant estaban

planeando una persecución, todavía no había empezado. Pensó que él solo intentaba ser honorable y que, sin embargo, eso había vuelto su vida del revés. Michel le dio unos golpecitos en el hombro.

—Perdí vuestras botas, sire. —Roland no contestó y Michel se puso en cuclillas—. ¿Sire?

—No importa —dijo.

—Perdí las botas y los caballos, sire.

—¡No importa! —exclamó Roland con más brusquedad de la que había pretendido. ¿Qué iba a hacer ahora? Había pensado que estaba empleado en dos misiones, una de ellas santificada, pero estas lo habían conducido a la desesperación que lo asolaba. Cerró los ojos para rezar, suplicando consejo, y percibió que alguien le respiraba en la cara. Se estremeció, notó un lametazo húmedo y al abrir los ojos sobresaltado vio a un par de lebreles a su lado.

—¡Les gustáis! —afirmó una voz alegre. Pero como el hombre hablaba en inglés, Roland no tenía ni idea de lo que había dicho—. Venga, y ahora fuera los dos —continuó diciendo aquel hombre—, no todo el mundo quiere que lo bauticen un par de sabuesos.

Los perros se alejaron brincando alegremente y Thomas de Hookton ocupó su lugar.

—¿Mi señor? —dijo, aunque su tono no denotaba respeto—. ¿Debería mataros o daros las gracias?

Roland miró a *le Bâtard*. El caballero virgen aún estaba temblando y no sabía qué decir, de modo que se giró para mirar de nuevo al castillo y preguntó:

—¿Atacarán?

—Por supuesto que no —respondió Thomas.

—¿Por supuesto que no?

—Estaban medio dormidos o medio borrachos. Quizá estén preparados para efectuar una salida al amanecer. Aunque lo dudo. Por eso mis hombres tienen dos reglas.

—¿Reglas?

—Pueden emborracharse cuanto quieran, pero solo cuando yo se lo digo. Y nada de violaciones.

—No... —empezó a decir Roland.

—A menos que quieran acabar colgados del árbol más cercano. Me he enterado de que Labrouillade quiso violar a mi esposa, ¿verdad? —preguntó Thomas, y Roland le respondió afirmando con la cabeza—. En ese caso tengo que estaros agradecido, mi señor, porque lo que hicisteis fue muy valiente. De modo que gracias.

—Pero vuestra esposa...

—Sobrevivirá —afirmó Thomas—, quizá con un solo ojo. El hermano Michael

hará lo que pueda, aunque dudo que sea mucho. No tengo muy claro si tendría que seguir llamándole «hermano». No estoy seguro de lo que es ahora. Venid.

Roland dejó que lo ayudara a levantarse y lo guiara por entre los árboles hacia la granja.

—No sabía... —intentó hablar Roland, pero se le quebró la voz.

—¿No sabíais qué clase de cabrón bastardo es Labrouillade? Ya os lo dije, pero ¿y qué? Todos somos unos bastardos. Yo soy *le Bâtard*, ¿recordáis?

—Pero vos no dejáis que vuestros hombres violen, ¿no?

—¡Por el amor de Dios! —dijo Thomas, que se volvió hacia él—. ¿Creéis que la vida es fácil? Puede que en un torneo sea fácil, mi señor. Un torneo es artificial. Estáis en un bando o en otro y nadie piensa que Dios está de parte de nadie. Hay comisarios para asegurarse de que no os sacan de allí muerto, pero aquí no hay comisarios. Esto es la guerra, la guerra sin fin, y lo mejor que se puede hacer es intentar no estar en el bando equivocado. ¿Pero quién sabe, en nombre de Dios, qué bando es el correcto? Depende de dónde se nace. Yo nací en Inglaterra, pero si hubiera nacido en Francia, estaría luchando por el rey Juan y creyendo que Dios está de mi lado. Mientras tanto, intento no hacer el mal. Tal vez no sea una gran norma, pero funciona, y cuando hago el mal, rezo; doy limosna a la Iglesia y finjo que tengo la conciencia tranquila.

—¿Hacéis el mal?

—Es la guerra —contestó Thomas—. Nuestro trabajo consiste en matar. Las escrituras dicen *non occides*, pero lo hacemos. Un doctor muy inteligente de Oxford me explicó que el mandamiento significa que no debemos cometer asesinato, que no es lo mismo que «no matarás», pero cuando levanto la visera de algún pobre diablo y le hundo la espada en la cuenca del ojo, no me sirve de mucho consuelo.

—¿Y por qué lo hacéis?

Thomas le lanzó una mirada casi hostil.

—Porque me gusta —respondió—, porque se me da bien. Porque a veces, en la oscuridad de la noche, puedo convencerme de que estoy luchando por toda la pobre gente que no puede luchar por sí misma.

—¿Y lo estáis haciendo?

Thomas no contestó, en cambio llamó a un hombre que estaba junto a la puerta de la granja.

—¡Padre Levonne!

—¿Thomas?

—Este es el cabrón que causó todos los problemas. Sir Roland de Verrec.

—Mi señor —saludó el sacerdote, que hizo una reverencia a Roland.

—Tengo que hablar con Robbie, padre —dijo Thomas—, y cuidar de Genevieve. Quizá podríais dar unas botas a sir Roland, ¿eh?

—¿Botas? —preguntó el cura, asombrado—. ¿Aquí? ¿Cómo?

—Sois sacerdote. Rezad, rezad, rezad.

Thomas se descolgó el arco y se reprendió por no haberlo hecho antes. Si dejabas el arco demasiado tiempo tensado podía combarse de forma permanente por la cuerda; habría seguido a la cuerda, como decían los arqueros, y un arco así tenía menos potencia. Enrolló la cuerda, la metió en una bolsa y entró en la granja, que estaba iluminada por unas pobres mechas de junco. Robbie estaba sentado en el establo del ganado que, aparte de él, solo ocupaba una vaca manchada que solo tenía un cuerno.

—Tenía ese pájaro —le explicó Robbie en cuanto Thomas cruzó la pesada puerta —, un halcón. Lo llamó una *calade*.

—Ya he oído esa palabra —dijo Thomas.

—¡Yo creía que las *calades* averiguaban la enfermedad de una persona! ¡Pero intentó dejarla ciega! ¡Tendría que haberle matado!

Thomas esbozó una sonrisa.

—Recuerdo —comentó— cuando Genevieve mató al cura que la había torturado. Lo desaprobaste. ¿Y ahora tú matarías a un cura?

Robbie bajó la cabeza y miró fijamente la paja podrida del suelo del establo. Se quedó un rato en silencio y luego se encogió de hombros.

—Mi tío está aquí. En Francia, quiero decir. No es mucho mayor que yo, pero aun así es mi tío. Mató a mi otro tío, al que me gustaba.

—¿Y este tío no te gusta?

Robbie le dijo que no con la cabeza.

—El señor de Douglas me da miedo. Supongo que ahora es mi jefe de clan.

—¿Y qué es lo que te pide?

—Que luche contra los ingleses.

—Cosa que juraste no hacer —apuntó Thomas.

Robbie asintió. Se encogió de hombros.

—Y el cardenal Bessières me eximió de dicho juramento.

—El cardenal Bessières es un zurullo viscoso —afirmó Thomas.

—Sí, ya lo sé.

—¿Por qué está aquí tu tío?

—Para combatir a los ingleses, por supuesto.

—¿Y espera que tú combates a su lado?

—Es lo que quiere, pero le dije que no podía romper el juramento. Y entonces me envió con Bessières. —Miró a Thomas—. La Orden del Pescador.

—¿Qué es eso, por Dios?

—Once caballeros... Bueno, hasta esta noche eran once, que han jurado encontrar... —se calló de repente.

—*La Malice* —terminó Thomas por él.

—Es una espada —explicó Robbie—. Supuestamente es mágica.

—Yo no creo en la magia.

—Pero hay otros que sí —replicó el escocés—. Y si consigue la espada tendrá poder, ¿no es cierto?

—Poder para convertirse en Papa —coincidió Thomas.

—Supongo que eso no es muy bueno, ¿no? —sugirió Robbie.

—Tú serías mejor Papa que él. ¡Qué diantre! Hasta yo lo sería. ¡Hasta esa vaca lo sería!

Robbie esbozó una sonrisa pero no dijo nada.

—Y dime, ¿qué vas a hacer? —le preguntó Thomas. Robbie tampoco dijo nada—. Salvaste a Genevieve, de manera que te libero de tu juramento. Eres libre, Robbie.

—¿Libre? —Robbie hizo una mueca y miró a Thomas—. ¿Libre?

—Te libero. Y todos los juramentos que me hiciste ya no existen. Eres libre para combatir contra los ingleses; de hacer lo que debes. *Ego te absolvo*.

Robbie sonrió al oírle hablar en latín eclesiástico.

—Tú me absuelves —dijo con aire cansado— para que sea libre y pobre.

—¿Todavía juegas?

Robbie movió la cabeza en señal de afirmación.

—Y pierdo.

—Bueno, pues eres libre. Y gracias.

—¿Gracias?

—Por lo que hiciste esta noche. Ahora tengo que ir a ver a Genny.

Robbie se quedó mirando a Thomas mientras este caminaba hacia la puerta.

—¿Y qué hago? —soltó.

—Es decisión tuya, Robbie. Eres libre. Ya no hay juramentos. —Thomas se detuvo en la puerta, vio que Robbie no iba a contestarle y salió. La vaca alzó la cola y apestó el establo.

Sculley abrió la puerta de par en par.

—Son unos malditos ingleses —protestó.

—Sí.

—De todos modos, fue una buena pelea —comentó Sculley, y se echó a reír—. Hubo un hijo de puta que intentó cortarme los pies de un hachazo, salté por encima de su brazo y le puse la espada en la boca. Él se me quedó mirando, le di un momento para pensarlo y entonces empujé. ¡Qué ruido hizo, Dios mío! Creo que llamaba a su madre, pero no sirve de una mierda cuando tienes una espada Douglas en el gáznate. —Se rio otra vez—. Sí, fue una buena pelea. Poco habitual pero, ¿con los ingleses?

—Luchábamos por Genevieve —dijo Robbie—, y ella es francesa.

—¿Esa zorra flaca? Es muy guapa, pero a mí me gustan con más carne. Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Qué pasa con el maldito pescador?

Robbie sonrió lánguidamente.

—No creo que el padre Marchant quiera que volvamos.

—De todos modos fue una pérdida de tiempo. Haciendo el tonto por un cura chalado con un pájaro mágico. —Sculley se agachó, cogió un puñado de paja y frotó con ella la hoja de su espada. Los huesos que llevaba ensartados en el pelo tintinearón cuando se inclinó—. ¿Entonces qué, nos marchamos? —preguntó.

—¿Marcharnos?

—¡Por Dios! ¡Para unirnos al señor, por supuesto!

Se refería al señor de Douglas, el tío de Robbie.

—¿Es lo que quieres? —le preguntó Robbie con voz apagada.

—¿Qué, si no? Vinimos aquí a hacer un maldito trabajo, no a perder el tiempo con unos jodidos pescadores.

—Hablaré con Thomas —dijo Robbie—, y estoy seguro de que te dará un caballo. Y dinero también.

—El señor te querrá de vuelta.

—Hice un juramento —declaró, y entonces recordó que Thomas acababa de liberarlo de sus compromisos. Ahora podía elegir su propio destino—. Yo me quedo, Sculley —anunció.

—¿Te quedas?

—Puedes irte con mi tío, pero yo me quedo aquí.

Sculley puso mala cara.

—Si te quedas con este tipo —señaló hacia el otro lado de la casa, adonde suponía que había ido Thomas— la próxima vez que te vea tendré que matarte.

—Sí, tendrás que hacerlo.

Sculley escupió en dirección a la vaca.

—Lo haré rápido. Sin resentimiento. ¿Hablarás con ese hombre por lo del caballo?

—Sí, y le pediré que te dé unas monedas para el viaje.

Sculley asintió.

—Me parece justo —asintió—. Tú te quedas, yo me voy y después te mataré.

—Sí —dijo Robbie.

Era libre.

El padre Levonne, para su asombro, descubrió un par de botas en un arcón que había en una habitación pequeña del piso de arriba de la granja.

—El granjero huyó —dijo mirando a Roland mientras este se las probaba—, pero le dejaremos dinero. ¿Os van bien?

—Sí —contestó Roland—. Pero no podemos robarlas.

—Le dejaremos más dinero de lo que valen —dijo el padre Levonne—. Confiad en mí, es un granjero francés, preferirá tener oro que zapatos.

—Yo no tengo dinero —confesó Roland—. O mejor dicho, el dinero que tengo está en el castillo.

—Ya pagará Thomas —afirmó el padre Levonne.

—¿Sí?

—Por supuesto. Siempre paga.

—¿Siempre? —Roland parecía sorprendido.

—*Le Bâtard* —explicó el padre Levonne con paciencia— vive en la frontera de la Gascuña inglesa. Para comer necesita grano, queso, carne y pescado; necesita vino y heno, y si roba estas cosas la gente del campo le tomará antipatía. Lo delatarían a Berat o a Labrouillade, o a cualquiera de los demás señores a los que les gustaría colgar su cabeza en su salón, por eso Thomas procura que le aprecien. Él paga. La mayoría de señores no pagan, así que ¿quién creéis que es más popular?

—Pero... —empezó a decir Roland, pero se le entrecortó la voz.

—¿Pero?

—*Le Bâtard*... —dijo desconcertado—. ¿El *hellequin*?

—Ah, creéis que son criaturas del demonio, ¿eh? —El padre Levonne se echó a reír—. Thomas es cristiano, e incluso me atrevería a decir que es un buen cristiano. Él no está muy seguro, pero lo intenta.

—Pero lo excomulgaron —observó Roland.

—Por hacer lo que habéis hecho vos, salvarle la vida a Genevieve. Quizá ahora os excomulguen. —El padre Levonne vio el horror en el rostro de Roland e intentó aliviarlo—. Hay dos Iglesias, sire —le dijo—, y dudo que Dios se fije en las excomuniones de ninguna de ellas.

—¿Dos? Solo hay una Iglesia —señaló Roland. Miró al sacerdote como si el padre Levonne fuera un hereje—. *Credo unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam* —dijo con expresión grave.

—¡Otro soldado que habla latín! ¡Vos y Thomas! Y yo también creo en una Iglesia santa, católica y apostólica, hijo mío, pero tiene dos caras, como Jano. Una Iglesia, dos caras. ¿Servíais al padre Marchant?

—Sí —contestó Roland un poco avergonzado.

—¿Y él a quién sirve? Al cardenal Bessières. El cardenal Louis Bessières, arzobispo de Livorno y legado papal en la corte de Francia. ¿Qué sabéis de Bessières?

—Que es cardenal —respondió Roland, pero estaba claro que no sabía más.

—Su padre era un comerciante de sebo en Lemosín —le contó el padre Levonne—. El joven Louis era un chico inteligente y su padre tenía dinero suficiente para

procurarle educación pero, ¿qué posibilidades tiene el hijo de un comerciante de sebo en este mundo? No puede convertirse en señor, él no había nacido con rango y privilegios como vos, pero siempre está la Iglesia. Uno puede llegar muy lejos en la santa, católica y apostólica Iglesia. No importa si ha nacido en el arroyo siempre y cuando tenga un buen cerebro. El hijo de un comerciante de sebo puede convertirse en príncipe de la misma. Es así como atrae a todos esos chicos listos. Y algunos de ellos, como Louis Bessières, son también ambiciosos, crueles, avariciosos y despiadados. Así pues, una cara de la Iglesia, sire, es nuestro actual Papa: un buen hombre, un poco aburrido, con demasiado apego al derecho canónico, pero es un hombre que intenta hacer la voluntad de Cristo en este mundo cruel. Y la segunda cara es Louis Bessières, un hombre malvado que, por encima de todo, quiere ser Papa.

—Por eso busca *la Malice* —comentó Roland en voz baja.

—Por supuesto.

—¡Y yo le dije al padre Marchant dónde encontrarla! —continuó Roland.

—¿Lo hicisteis?

—O dónde podría ser que se hallara. No lo sé. Puede que no esté allí.

—Creo que deberíais hablar con Thomas —le dijo el padre Levonne con dulzura.

—Podéis decírselo vos —dijo Roland.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

Roland se encogió de hombros.

—Debo seguir cabalgando, padre.

—¿Adónde?

—Se ha dictado una *arrière-ban*. Debo obedecer.

El padre Levonne frunció el ceño.

—¿Vais a uniros al ejército del rey de Francia?

—Por supuesto.

—¿Y a cuántos enemigos tendréis allí? ¿A Labrouillade? ¿Marchant? ¿El cardenal?

—Puedo explicárselo al padre Marchant —dijo Roland vacilante.

—¿Creéis que estará dispuesto a razonar?

—Hice un juramento —declaró Roland.

—¡Pues retractaos!

Roland meneó la cabeza.

—No puedo hacer eso. —Vio que el sacerdote estaba a punto de interrumpirlo y se apresuró a seguir—: Sé que las cosas no son blancas o negras, padre, y quizá Bessières sea malvado, y sé que Labrouillade es una criatura vil, ¿pero acaso su esposa es mejor? ¡Es una adúltera! ¡Una fornicadora!

—Media cristiandad es culpable de ese pecado, y la mayor parte de la otra media

desearía serlo también.

—Si me quedo aquí —dijo Roland— condono su pecado.

—¡Dios santo! —exclamó el padre Levonne con asombro.

—¿Tan malo es desear la pureza? —preguntó Roland en un tono casi suplicante.

—No, hijo mío, pero lo que dices no tiene sentido. Reconoces que prestaste juramento a unos hombres malvados, pero ahora no queréis retractaros. ¿Qué tiene eso de puro?

—Quizá rompa los juramentos —admitió Roland— si mi conciencia así me lo dicta pero, ¿por qué voy a romper un juramento para apoyar a un hombre que lucha contra mi país y que da cobijo a adúlteras?

—Creía que erais gascón. Los ingleses gobiernan Gascuña y nadie disputa su derecho.

—Algunos gascones sí lo hacen —replicó Roland—, y si lucho, lo haré por lo que creo que es correcto.

El padre Levonne se encogió de hombros.

—Contra eso no tengo nada que decir —coincidió—, pero al menos podéis despediros de Thomas. —Se volvió a mirar por la ventana de bisagras y vio que el amanecer empezaba a teñir de gris el borde del mundo—. Vamos, querrá daros las gracias.

Acompañó a Roland abajo y entraron en la gran cocina. Genevieve estaba allí con el ojo izquierdo vendado y Hugh dormía en el rincón, mientras Thomas estaba sentado junto a su esposa con el brazo en torno a sus hombros.

—Padre —saludó a Levonne.

—Sire Roland desea marcharse —anunció el padre Levonne—. Intenté persuadirle para que se quedara, pero insiste en que irá con el rey Juan.

Se volvió hacia Roland y le hizo un gesto para indicarle que dijera lo que quisiera, pero Roland no dijo nada. Estaba mirando embelesado a la tercera persona sentada a la mesa. Parecía incapaz de hablar o de moverse siquiera. Se limitaba a mirar fijamente, mientras por su cabeza corrían todos los versos de poesía que los trovadores habían cantado en el castillo de su madre; versos sobre labios que parecían pétalos de rosa molidos, sobre mejillas blancas como alas de paloma, sobre ojos que podían iluminar el cielo más oscuro y sobre cabellos del color de las alas de cuervo. Intentó hablar otra vez, pero no le salieron las palabras. Ella también lo miraba con unos ojos igual de abiertos.

—No conocíais a la condesa de Labrouillade —dijo Thomas—. Mi señora, este es sire Roland de Verrec... —Hizo una pausa, tras la cual añadió explícitamente—: Quien hizo el juramento de devolveros a vuestro esposo.

Pero daba la impresión de que Bertille no oía las palabras de Thomas más de lo que lo hacía Roland, porque no hacía más que observar al caballero. Se miraban el

uno al otro y el mundo había dejado de existir para ambos. El tiempo se había detenido, el cielo contenía el aliento y el caballero virgen estaba enamorado.

TERCERA PARTE

Poitiers

Los dos dados rodaron por la mesa.

Era una mesa magnífica, hecha de nogal oscuro y con incrustaciones de plata y marfil que trazaban un dibujo de unicornios, pero en aquellos momentos estaba cubierta por una tela de terciopelo azul muy oscuro ribeteada con borlas doradas. El cobertor amortiguaba el sonido de los dados que cinco hombres observaban.

—¡Por las tripas de Cristo! —exclamó el más joven cuando los dados se detuvieron.

—Que se han vaciado encima de vos, sire —comentó otro hombre inclinado sobre la mesa—, ¡tres veces! —Tenía que encorvarse, porque los dados, aunque estaban hechos de un blanquísimo marfil de primera, estaban marcados con oro y costaba muchísimo leerlos; una dificultad agravada por la extraña luz que había dentro de la enorme tienda confeccionada con lona teñida de rayas rojas y amarillas. Aunque no es que hubiera mucha luz que la lona pudiera colorear porque, pese a ser media mañana, el cielo estaba cubierto de unas densas nubes. El hombre miró al príncipe con socarronería, pidiéndole permiso para recoger los dados. El príncipe asintió—. Un dos y un uno —dijo el hombre con una sonrisa burlona—, que me parece, sire, que hacen tres, lo cual aumenta vuestra deuda conmigo a trescientos.

—Vuestro regocijo es indecoroso —comentó el príncipe, aunque sin asomo de furia.

—En efecto, sire, pero igualmente es regocijo.

—¡Oh, por Dios, no! —El príncipe levantó la mirada porque de repente la tienda se llenó del sonido de una intensa lluvia. Llevaba toda la mañana golpeteando la lona, pero ahora lo hacía con mucha más fuerza y en ese instante pareció caer en cascada, con tanta intensidad que los hombres tuvieron que alzar la voz para poder oírse—. ¡Hoy Dios no me ama!

—Os adora, sire, pero mi monedero le gusta más.

El príncipe tenía veintiséis años, era un hombre atractivo con un cabello rubio y espeso que la peculiar luz de la tienda oscurecía. Poseía unas facciones huesudas con ojos hundidos y negros como los botones de azabache que decoraban el cuello alto de su sobreveste, la cual era corta y de cintura ceñida según la moda, teñida de azul real. Se había utilizado hueso para darle rigidez al faldón, que iba adornado de pespuntos con perlas, forrada de seda amarilla y rematada con borlas tejidas con paño de oro. El cinturón de su espada estaba hecho con el mismo paño, aunque bordado con su insignia de tres plumas hechas de seda color marfil. La espada envainada estaba apoyada en una silla situada a la entrada de la tienda. El príncipe se acercó hasta allí para asomarse a mirar el cielo empapado de lluvia.

—¡Dios santo! ¿Es que no va a parar nunca?

—Construid un arca, sire.

—¿Y de qué la lleno? ¿De mujeres? ¿De dos en dos? ¡Eso sí que es una idea atrayente! Dos chicas de pelo rubio, dos de pelo negro y un par de pelirrojas para tener variedad.

—Serían una compañía mejor que la de los animales, sire.

—¿Lo sabes por experiencia?

Se rieron los dos. Los hombres siempre se reían de las bromas de los príncipes, pero esa risa era genuina porque Eduardo de Woodstock, príncipe de Gales, duque de Cornualles, conde de Chester y señor de Dios sabía cuántos territorios más, era un joven simpático, afable y generoso. Era un hombre alto que hubiera atraído las miradas de las mujeres aunque no hubiese sido el heredero al trono de Inglaterra y, según los abogados y señores que servían a su padre, heredero también del trono de Francia. El rey Juan II discutía esa cuestión, lógicamente, pero dicha reivindicación era el motivo de que el ejército inglés estuviera en tierras galas. El escudo de armas del príncipe era el escudo real cuarteado, que mostraba los tres leones dorados de Inglaterra con la flor de lis de Francia, sobre los cuales había un lambel que indicaba que era el hijo mayor del rey, aunque el príncipe prefería llevar un escudo pintado de negro en el que relucían tres plumas de un blanco alabastrado.

Miró al cielo malhumoradamente.

—¡Maldita lluvia! —dijo.

—Tendría que parar pronto, sire.

Eduardo no respondió a este comentario, pero se quedó mirando entre los robles gemelos que se alzaban como centinelas en la entrada de la tienda. La ciudad de Tours apenas era visible por culpa de la intensa lluvia. No parecía un lugar formidable. Ciertamente que la *cité* estaba muy bien protegida con torres y sólidos muros de piedra, pero el burgo, que era donde sin duda se concentraba la mayor parte de la riqueza de la ciudad, estaba situado en terreno bajo y rodeado solo por una zanja poco profunda y un muro de madera que estaba roto en muchos sitios. Las tropas del príncipe, endurecidas por la guerra, podrían cruzar aquella barrera hasta durmiendo, de no ser porque el río Loira se había desbordado y ahora Tours estaba protegida por campos inundados, tierras de labranza convertidas en ciénagas y una gruesa capa de barro.

—Maldita lluvia —repitió el príncipe, y Dios le respondió con un trueno tan fuerte y repentino que todos los que estaban en la tienda se encogieron de miedo. Un rayo hendió el cielo como una lanza irregular que se deslizó hasta la baja colina en la que estaba la tienda y que, por un instante, hizo que todo fuera blanco y negro. Luego resonó un segundo trueno en el cielo y, aunque parecía que no podía llover con más fuerza, la intensidad del aguacero se redobló. La lluvia rebotaba en el suelo embarrado, caía a raudales por la tienda y formaba riachuelos en la colina—. ¡Joder!

—exclamó el príncipe—. ¡Joder, por Dios santo!

—Dios escucha a san Martín, sire —comentó uno de sus compañeros.

—¿San Martín?

—El santo patrón de Tours, sire.

—¿Murió ahogado?

—Creo que murió en su cama, sire, pero no estoy seguro.

—Pues ese condenado merecía morir ahogado si mandó esta maldita lluvia.

Un jinete apareció al pie de la colina. Su caballo iba envuelto en una gualdrapa que mostraba una insignia, pero la tela estaba tan mojada que no se distinguía el emblema. El caballo tenía la crin pegada al cuello, chorreando agua. Sus cascos chapoteaban en el lodo, mientras que el jinete, que llevaba una capucha de malla bajo un bacinete, iba hundido en la silla. Espoleó a la renuente bestia para que subiera la cuesta y miró hacia la tienda entrecerrando los ojos.

—¿Está aquí Su Alteza?

—¡Soy yo! —respondió Eduardo—. ¡No, no desmontes! —El hombre había estado a punto de bajar de la silla para arrodillarse ante el príncipe, pero se limitó a saludarlo con una inclinación de la cabeza. La lluvia rebotaba en su casco.

—Me enviaron a decir a Su Alteza que vamos a volver a intentarlo —gritó el mensajero. Estaba tan solo a unos cinco pasos de distancia, pero la lluvia era tan intensa que no se podía hablar con voz normal.

—¿Es que vais a ir nadando a ese maldito lugar? —preguntó el príncipe a voz en grito, y agitó la mano para indicar que no quería una respuesta—. ¡Dile que iré! —gritó. Acto seguido volvió a entrar en la tienda y chasqueó los dedos para llamar a un criado que esperaba entre las sombras—. ¡Una capa! ¡Un sombrero! ¡El caballo!

El estrépito de otro trueno ensordeció el mundo. Un rayo cayó en las ruinas de la iglesia de San Lidoire, cuyos restos se habían desmontado para suministrar piedra para reparar las murallas de la *cité*.

—¡No hace falta que vayáis, sire! —le dijo uno de los hombres que estaban sentados a la mesa de juego.

—¡Si van a atacar, necesitarán verme!

—¡No tenéis armadura, sire!

El príncipe no le hizo caso, levantó los brazos para que un criado pudiera sujetar la vaina de la espada a las cadenas de plata que colgaban del cinturón. Otro criado envolvió a Eduardo con una gruesa capa negra.

—Esta no —protestó el príncipe quitándosela—, ¡la roja! ¡La de los flecos dorados!

—Se desteñirá, señor.

—A la mierda el tinte, tienen que verme. ¡La roja! Tienen que reconocer mi hermosa cara. Dame ese sombrero, el pequeño. ¿Hay un caballo preparado?

—Siempre, sire —contestó un criado.

—¿Qué caballo es?

—*Foudre*, sire.

El príncipe se rio.

—Apropiado, ¿verdad? ¡Nada menos que *Foudre*! —*Foudre* quería decir rayo en francés y el príncipe, al igual que su séquito, prefería hablar en francés. Solo utilizaba el inglés cuando tenía que hablar con los soldados rasos. Salió corriendo a la lluvia, resbaló en la hierba mojada y soltó una maldición. Recuperó el equilibrio agarrándose al mozo de cuadra que sujetaba a *Foudre*—. ¡Ayúdame a subir! —Ya estaba empapado—. ¡Cuando vuelva quiero tener ropa seca! —gritó a un criado que estaba dentro de la tienda, y luego tiró de las riendas.

—¡Esperad! —exclamó alguien, pero el príncipe ya se alejaba con los ojos entrecerrados bajo el azote de la lluvia. El viento que había arreciado golpeaba los árboles mojados y *Foudre* se asustó de una rama de roble baja y frondosa que se agitaba con el vendaval. Los rayos rasgaron el cielo y revelaron los peñascos de caliza del otro lado del río con su repentina luz blanca y brillante, que fue seguida al cabo de unos segundos por el retumbo de un trueno que sonó como si las torres del Cielo se derrumbaran.

—¡Sois un idiota, sire! —Otro jinete había alcanzado al príncipe, que se echó a reír.

—¡Un idiota empapado!

—¡No podemos atacar en estas condiciones!

—Quizá es lo que piensa el maldito enemigo, ¿no?

El caballo del príncipe cruzó pesadamente un prado anegado en dirección a un bosquecillo de sauces, donde un grupo de hombres con cotas de malla presentaban un aspecto sombrío en la penumbra del día. El río estaba detrás de ellos, con su ancha superficie agitada por la incesante lluvia. A la izquierda del príncipe, más cerca de las endebles defensas del burgo pero separado de ellas por una gruesa franja de ciénaga medio inundada, había arqueros. Iban vadeando en dirección norte hacia la ciudad, pero el príncipe se fijó en que ninguno de ellos tensaba el arco ni disparaba flechas.

—¡Sir Bartholomew! —gritó al tiempo que agachaba la cabeza para pasar bajo la rama de un sauce.

—Las malditas cuerdas están mojadas —dijo sir Bartholomew Burghersh sin mirarlo. Era un hombre fornido y moreno, un poco mayor que el príncipe, conocido por su odio hacia todo lo francés, salvo quizá el vino, el oro y las mujeres—. Las malditas cuerdas están empapadas. Más valdría que escupiéramos a esos cabrones en lugar de lanzarles flechas. ¡Vamos!

El grupo de hombres de armas vestidos con cotas de malla avanzaron penosamente hacia el norte detrás de los arqueros, cuyos disparos, al tener las cuerdas

empapadas, no se acercaban por mucho a su alcance habitual.

—¿Por qué han salido los arqueros? —preguntó el príncipe.

—Un tipo se introdujo entre nuestras líneas y dijo que los cabrones se habían retirado a la *cité* —explicó Burghersh.

Sus hombres de armas, todos a pie y con escudos, espadas y hachas, se esforzaban por abrirse paso a través del terreno empapado haciendo frente al vendaval cargado de lluvia. El viento soplaba con tanta fuerza que formaba olas, algunas incluso con cresta, en el agua que lo inundaba todo. El príncipe hizo avanzar su caballo detrás de los hombres de armas mirando la tormenta y preguntándose si sería cierto que el enemigo había abandonado el burgo. Esperaba que así fuera. Su ejército vivaqueaba en los terrenos más elevados que pudieron encontrar.

Unos cuantos afortunados se habían resguardado en casitas o chozas, otros tenían tiendas, pero la mayoría tuvo que construirse un refugio con ramas, hojas y hierba. El burgo podía dar abrigo a todos sus soldados hasta que amainara el mal tiempo.

Sir Bartholomew, montado en un magnífico corcel, cabalgaba al lado del príncipe.

—Algunos de los arcos sí dispararán, sire —afirmó un tanto nervioso.

—¿Estáis seguro de ese hombre? ¿Del que dijo que los cabrones habían huido?

—Parecía muy convencido, sire. Dijo que el conde de Poitou ordenó que todos los defensores se dirigieran a la *cité*.

—Así que el cachorro Carlos está aquí, ¿eh? —dijo el príncipe. Carlos era el delfín de dieciocho años, heredero del rey Juan de Francia—. El chico ha marchado muy rápido desde Bourges, ¿no es verdad? ¿Y va a dejar que tomemos la ciudad sin más? —Eduardo aguzó la vista a través de la lluvia—. Sus banderas aún están en la muralla —añadió con recelo. Había enseñas colgadas en las débiles defensas del burgo, aunque resultaba difícil distinguir lo que representaban, ya que la lluvia había corrido los tintes de la tela. Pero había santos y flores de lis, y la presencia de las banderas sugería que los defensores todavía estaban detrás de la empalizada.

—Quieren que creamos que aún están en el burgo, sire —dijo Burghersh.

—Y yo quiero esta ciudad —repuso el príncipe.

Había salido de Gascuña a la cabeza de seis mil hombres. Habían quemado ciudades, capturado castillos, arrasado granjas y matado ganado. Habían tomado prisioneros nobles, cuyos rescates sufragarían la mitad del coste de la guerra y, en realidad, se habían hecho con semejante botín que los soldados no podían llevar todo lo que habían robado. Solamente del tesoro de Saint-Benoît-du-Sault se habían llevado nada menos que catorce mil escudos de oro, cada uno de los cuales valía tres chelines de plata ingleses. ¡Más de dos mil libras de buen oro francés! Casi no habían encontrado resistencia.

El gran castillo de Romorantin había resistido durante un par de días, pero cuando

las flechas incendiarias de los arqueros del príncipe lograron prender fuego al tejado de la gran torre del homenaje, la guarnición había salido a trompicones para escapar de las vigas que se venían abajo envueltas en unas llamas espectaculares. Un cura de la casa del príncipe había calculado que el ejército había recorrido doscientas cincuenta millas hasta el momento, y habían sido doscientas cincuenta millas de saqueo y destrucción, de pillaje y matanza. Doscientas cincuenta millas empobreciendo a los franceses y demostrando que Inglaterra podía marchar con impunidad por territorio enemigo.

No obstante, el príncipe sabía que su ejército era pequeño. Había ido a la cabeza de seis mil hombres durante doscientas cincuenta millas y ahora se encontraba en el centro mismo de Francia. Pero podía reunir a miles de hombres para hacerle frente. Los rumores decían que el rey francés estaba reuniendo un ejército, pero el príncipe no conocía ni su emplazamiento ni su magnitud. Sin embargo, de una cosa sí podía estar seguro: el ejército del rey Juan sería más numeroso que el suyo, y la razón por la que quería Tours a toda costa era porque era la ruta a través de la cual podía unirse a la fuerza del conde de Lancaster, aunque esta era pequeña.

Lancaster había salido de Bretaña para devastar una franja de territorio en el norte de Francia y se decía que ahora se estaba dirigiendo al sur con la esperanza de unirse al príncipe mientras este avanzaba hacia el norte.

Pero para unirse a Lancaster tenía que cruzar el Loira, y para cruzar el Loira necesitaba el puente, y para tomar el puente necesitaba capturar Tours. Si el príncipe podía unirse a Lancaster, estaría al mando de hombres suficientes para seguir avanzando hacia el norte hasta París, asolar el corazón del enemigo y atacar al ejército real francés. Pero si no podía cruzar el río, no tendría más alternativa que retirarse.

Los arqueros se fueron abriendo paso por el barrizal. La lluvia caía con furia y el viento formaba unas olas pequeñas y rápidas en el agua. Un hombre tensó su arco y lanzó una flecha a la empalizada de madera del burgo, pero la lluvia había debilitado la cuerda del arco y la flecha se quedó corta.

—¡No malgastes las flechas, joder! —le gritó con enojo un veterano que dirigía a una veintena de arqueros—. Espera a que puedas matar a un maldito francés.

—Si hay alguno al que matar —terció Burghersh. En las débiles defensas del burgo no se veía a ningún enemigo—. Quizá estos cabrones se hayan ido de verdad —añadió esperanzado.

—¿Pero por qué iban a abandonar el burgo? —preguntó el príncipe.

—¿Porque son unos idiotas, sire? —sugirió Burghersh.

—He oído decir que el delfín es feo —comentó el príncipe—, pero no es tonto.

—Mientras que vos, sire... —sugirió su otro compañero. Burghersh puso cara de asombro al oír semejante insolencia, pero el príncipe se rio, disfrutando de la broma.

Algunos de los arqueros utilizaban los arcos como varas para tantear la firmeza del terreno o simplemente para mantener mejor el equilibrio. Y seguía sin aparecer ningún enemigo. Un grupo de arqueros que se hallaban más cerca del río encontraron una franja de terreno más alto, en el que se podía afirmar bien el pie y corrieron hacia el patético muro, tras el cual se encontraban las casas ricas y las jugosas iglesias del burgo de Tours. Otros arqueros se dirigieron hacia el mismo terreno más seco y los hombres de armas, que se abrían paso penosamente entre el agua y el barro, los siguieron hasta que se formó una multitud de soldados en aquella franja de tierra más elevada y seca.

Y las ballestas dispararon.

Docenas de ballestas que estaban secas porque sus arqueros se hallaban en los pisos superiores de las casas próximas a la muralla. Las saetas atravesaron la lluvia y los primeros arqueros salieron despedidos hacia atrás por la fuerza de los proyectiles. Un par de hombres intentaron responder con sus largos arcos de guerra, pero las cuerdas húmedas se habían dado de sí y las flechas caían débiles antes de alcanzar el muro de madera que, de repente, estaba poblado de hombres con hachas, espadas y lanzas.

—¡Joder! —maldijo el príncipe.

—Otros cincuenta pasos —dijo Burghersh, que quería decir que cincuenta yardas más allá sus arqueros podrían disparar contra el burgo, pero las ballestas escupían flechas con demasiada rapidez. El príncipe vio que una de ellas alcanzaba a un soldado en la cara; una repentina bruma de sangre que desapareció casi de inmediato barrida por la lluvia, mientras el hombre caía de espaldas contra el suelo con un chapoteo y una corta saeta negra sobresaliéndole de un ojo.

—Decidles que regresen —ordenó el príncipe.

—Pero...

—¡Decidles que regresen!

Burghersh gritó una orden a su trompeta, que tocó a retirada. El ruido del viento y la lluvia era fuerte, pero no tanto como para ahogar los gritos de júbilo de los defensores.

—¡Sire! ¡Estáis demasiado cerca! —insistió el compañero del príncipe. Era Jean de Grailly, el captal de Buch; un gascón que había seguido al príncipe desde su espléndida tienda—. ¡Estáis demasiado cerca, sire!

—Hay cuatrocientos hombres más cerca que yo —replicó Eduardo.

—Lleváis una capa roja, sire. Sois un blanco. —El captal espoleó su caballo para situarse junto al príncipe—. ¡Cabrones! —espetó. Era igual de joven que el príncipe; un hombre de cejas negras y unos ojos oscuros e intensos que, a pesar de su juventud, poseía una formidable reputación como líder. Había traído a sus propios hombres desde Gascuña y todos ellos llevaban su escudo de cinco veneras de plata en una cruz

negra sobre un campo de oro. Su caballo también llevaba el escudo, y su capa tenía rayas negras y amarillas, lo cual lo convertía en un blanco igual de prominente que el príncipe—. Si os alcanza una flecha, sire —dijo, pero no pudo terminar la frase porque un proyectil le pasó zumbando junto a la cara y lo obligó a encogerse involuntariamente.

El príncipe Eduardo observaba a los arqueros y hombres de armas que regresaban como podían a través del barro.

—¡Sir Bartholomew! —gritó a Burghersh, que se había acercado unos pasos a los hombres que volvían.

—¿Sire?

—El cabrón que os dijo que se habían retirado. ¿Dónde está?

—En mi alojamiento, sire.

—Colgadlo. Colgadlo despacio. Muy, muy despacio.

Un proyectil de ballesta cayó en la ciénaga por delante de *Foudre* y fue dando tumbos levantando el agua hasta detenerse más allá de los cascos del caballo. Otros dos proyectiles cayeron cerca, pero el príncipe continuó sin moverse.

—No pueden verme huyendo —explicó al capital.

—Es mejor huir que morir, sire.

—No siempre —replicó el príncipe—. La reputación, mi señor, la reputación.

—Estar muerto antes de tiempo no es el camino para una gran reputación —comentó el capital.

—Todavía no es mi hora —dijo el príncipe—. Hice que me vaticinaran el futuro en Argentón.

—¿Ah, sí?

—Era una vieja bruja mugrienta, pero la gente decía que veía el futuro. Olía igual que un pozo negro.

—¿Y qué os dijo?

—Dijo que estaba destinado a cosas maravillosas —rememoró el príncipe.

—¿Sabía que erais el príncipe de Gales, sire?

—Oh, sí.

—Pues difícilmente os diría que ibais a morir bajo un aguacero lleno de barro al cabo de una semana, ¿no? Cuanto mejor es lo que vaticinan mejor les pagáis. Y apuesto a que fuisteis generoso, ¿verdad?

—Creo que lo fui, sí.

—Y lo más probable es que uno de vuestros cortesanos dijera a la vieja lo que tenía que decir. ¿Os dijo que seríais afortunado en el amor?

—Oh, sí.

—Es fácil hacer esta profecía a un príncipe. Un príncipe puede parecer un sapo y aun así ellas se abrirán de piernas.

—Dios es bueno, no hay duda —comentó Eduardo alegremente. Se le estaba destiñendo el sombrero y unos hilos del tinte escarlata le caían por la cara dando la impresión de que estaba sangrando.

—Alejaos, sire —le suplicó el captal.

—Dentro de un momento, mi señor —respondió el príncipe. Estaba decidido a esperar hasta que el último de los ingleses y galeses se hubieran retirado más allá de donde estaba su caballo.

Un balletero, apostado en el último piso de una curtiduría situada cerca de la puerta sur, había visto las dos suntuosas capas de los jinetes. Accionó las palancas de su arma para tensar la cuerda poco a poco, centímetro a centímetro, y el arco de madera y metal crujió al soportar la enorme tirantez de la gruesa cuerda. El soldado notó el chasquido de la cuerda al encajar en la nuez que la sujetaba y a continuación buscó entre sus flechas hasta que encontró una que parecía estar limpia y afilada. La colocó en el canal y apoyó el arma en el alféizar de la ventana. Apuntó.

Se fijó en que el viento soplaba con rachas fuertes de izquierda a derecha, de modo que desvió ligeramente el arma hacia la izquierda. Se puso la culata en el hombro, tomó aire y buscó el gatillo con la mano derecha. Esperó. Los jinetes no se movían. Los soldados de a pie estaban huyendo y algunos caían abatidos al ser alcanzados por las saetas que atravesaban el cuero y la malla y perforaban carne y hueso, pero el balletero no hizo caso de ellos. Volvió a apuntar a la capa roja, levantó un poco el arma para tener en cuenta la caída del proyectil, afirmó su posición. Contuvo el aliento y apretó el disparador. La ballesta le golpeó el hombro cuando la flecha salió a toda velocidad, como una veta negra surcando la plateada lluvia torrencial.

—Tal vez deje de llover esta noche —dijo el príncipe con aire abatido.

El proyectil de ballesta le pasó entre el muslo derecho y la silla de montar. Le rasgó la fina tela de las medias sin arañarle la piel, el armazón de madera de la silla lo frenó y acabó lastimándole una costilla a *Foudre*. El caballo relinchó y el dolor lo espantó. El príncipe calmó al semental.

—¡Dios santo! —exclamó—. Un par de centímetros más arriba y estaría cantando en la primera fila del coro.

—Sire —comentó el captal—, podéis castigarme por esto, pero no quiero perderos. —Se inclinó hacia adelante, tomó a *Foudre* por la brida y arrastró al príncipe de nuevo hacia los sauces. El príncipe lanzó gritos de ánimo a los derrotados soldados de a pie mientras dejaba que lo alejaran del peligro.

—¡Mañana —gritó—, mañana tendremos nuestra venganza! ¡Mañana saquearemos Tours!

Sin embargo, el día siguiente no les dio respiro. El viento seguía aullando, la lluvia seguía cayendo, rugían los truenos y los rayos desgarraban el cielo. Por lo

visto, Dios quería mantener Tours a salvo. Quería atrapar a los ingleses y a sus aliados gascones al sur del río Loira. Y el día después, como el hecho de quedarse inmóviles era invitar a los franceses a que los rodearan, el ejército del príncipe dio media vuelta y se fue hacia el sur.

Se había iniciado la retirada.

Las armas se guardaban en la mazmorra situada bajo la torre del homenaje del castillo de Castillon d'Arbizon. Allí había cinco celdas, y una de ellas la ocupaba Pitou, que esperaba a que su padre enviara de vuelta a los hombres de Thomas desde Montpellier. Otras dos celdas estaban vacías.

—En esas dos pongo a los borrachos —explicó Thomas a Keane.

—¡Caray, pues deben de estar llenas continuamente!

—Rara vez —replicó Thomas, y condujo al irlandés hacia la celda más grande que hacía de arsenal improvisado. Los dos lebreles avanzaron husmeando por el pasillo y miraron a Keane con agitación cuando este agachó la cabeza para entrar—. Saben que pueden emborracharse cuanto quieran —continuó diciendo Thomas—, pero no cuando se supone que tendrían que estar sobrios. —Alzó el farol y lo colgó de un gancho que había en el techo, aunque la vela parpadeante proporcionaba muy poca luz—. Si eres bueno sigues con vida —afirmó.

—¿Estando sobrio? —A Keane parecía hacerle gracia.

—Siendo bueno —repitió Thomas—. Adquiriendo práctica, siendo rápido, consiguiendo ser lo bastante fuerte como para tensar un arco o manejar una espada pesada. Las armas requieren habilidades y el hombre contra el que acabes luchando puede haber estado practicando dichas habilidades durante veinte años, de manera que tú tienes que ser mejor. De lo contrario, estás muerto. Y aquí, ¿dónde estamos? Somos una pequeña guarnición rodeada de enemigos, por lo que tenemos que ser los mejores.

—¿Y si uno no es lo bastante bueno?

—Lo despido. Hay hombres de sobra que quieren servir. Se gana dinero.

Keane sonrió ampliamente.

—*Coredors* con un castillo, ¿eh?

Lo había dicho en broma, pero aun así Thomas se estremeció porque había algo de verdad en ello. Los *coredors* eran bandidos, hombres y mujeres expulsados de su tierra que vivían libremente en las montañas a costa de los viajeros o de pequeñas comunidades. Y las interminables guerras en Francia implicaban que hubiera muchos *coredors*. En las vías principales había patrullas de hombres de armas, pero otros caminos resultaban peligrosos. Los *coredors* suscitaban odio pero, ¿qué era el *hellequin* sino eso? Salvo que ellos servían a un señor, en este caso a William Bohun, conde de Northampton, que se encontraba a Dios sabe cuántas millas de distancia

vigilando la frontera entre Escocia e Inglaterra. Y el deseo del conde era que Thomas dominara aquella extensión de Francia. ¿Lo convertía eso en algo correcto? ¿O acaso la iglesia de San Sardos, en Castillon d'Arbizon, era rica en plata y brillantes pinturas murales porque Thomas sospechaba lo contrario?

—La primera vez que vi a Genevieve estaba en esta celda —le explicó a Keane.

—¿Aquí?

—Iban a quemarla por hereje —dijo Thomas—. Ya habían construido la hoguera. Tenían montones de paja para encenderla y habían apilado la leña vertical para que ardiera más lentamente. De esta forma se prolonga el dolor.

—¡Dios mío! —exclamó Keane.

—Más que dolor —se corrigió Thomas— es agonía. ¿Puedes imaginarte a Jesús quemando vivo a alguien? —le preguntó—. ¿Puedes imaginártelo haciendo una hoguera que arda lentamente y luego quedarse mirando cómo alguien grita y se retuerce?

A Keane le sorprendió la ira de la voz de Thomas.

—No —contestó con cautela.

—Soy un cachorro del diablo —afirmó Thomas con amargura—, el hijo de un cura. Conozco a la Iglesia, pero si Cristo regresara mañana mismo, no sabría qué demonios es esta Iglesia.

—Todos somos bastardos del diablo —dijo Keane con incomodidad.

—Y tú no eres bastante rápido con la espada —declaró Thomas—. Otros cinco años de práctica y adquirirás rapidez suficiente. Toma, prueba con esto.

Todas las armas de la celda habían sido capturadas al enemigo. Había espadas, hachas, ballestas y lanzas. Muchas de ellas no valían para nada y solo estaban allí a la espera de que fundieran sus hojas para volver a forjarlas, pero había otras armas en buen estado y Thomas había elegido una alabarda.

—¡Por Dios, qué cruel! —exclamó Keane mientras sopesaba la pesada hacha.

—La cabeza está lastrada con plomo —explicó Thomas—. No requiere de mucha destreza, pero sí de fuerza. Aunque la destreza ayuda, claro está.

—¿Para propinar hachazos?

—Piensa en ella como en una pica con una hoja. Puedes poner la zancadilla con ella, tirar una estocada o propinar un hachazo. —La alabarda era corta, de unos cinco pies de longitud solamente y con un asta gruesa de madera. La cabeza, de acero forjado, tenía la hoja de un hacha y en el lado opuesto un pincho ganchudo, mientras que los dos extremos del asta terminaban en unas puntas cortas—. Una espada no sirve de mucho contra un soldado con armadura —explicó Thomas—. La cota de malla puede parar un golpe de espada, e incluso el cuero hervido pararía casi todos los tajos. Una estocada podría funcionar contra la malla, pero esto —tocó el pincho que había en la punta de la alabarda— funciona contra todo tipo de armadura.

—Entonces, ¿por qué los soldados llevan espadas?

—¿En las batallas? La mayoría no lo hacen. A un hombre con armadura tienes que abatirlo a golpes. Va mejor hacerlo con una maza, un lucero del alba, un mangual o un hacha. —Dio la vuelta a la cabeza de la alabarda para mostrar la punta ganchuda—. Puedes hacer perder el equilibrio a tu adversario con esta engorra. Engancharlo o hacerlo tropezar para que caiga y matar al cabrón a golpes con la cabeza de hacha. Si te gusta, quédatala, pero átale unos trapos por debajo de la cabeza del arma.

—¿Unos trapos?

—No querrás que la sangre baje por el asta y la vuelva resbaladiza. Y pídele a Sam que te trence unas cuerdas de arco para mejorar el agarre. ¿Conoces al herrero de la ciudad?

—¿Ese al que llaman Jacques el Bizco?

—Él te la afilará. Pero primero ve al patio y practica con ella. Haz pedazos uno de los postes. Tienes dos días para convertirte en experto.

El patio ya estaba lleno de hombres que practicaban. Thomas se sentó en lo alto de las escaleras de la torre del homenaje y saludó con una sonrisa a sir Henri Courtois, que se dejó caer, flexionó un tobillo y crispó el rostro de dolor.

—¿Todavía os duele? —le preguntó Thomas.

—Me duele todo. Soy viejo. —Sir Henri frunció el ceño—. ¿Me dais diez?

—Seis.

—¡Por Dios! ¿Solo seis? ¿Y qué me decís de las flechas?

Thomas hizo una mueca.

—Andamos escasos de flechas.

—Seis arqueros y pocas flechas —dijo sir Henri con tristeza—. Para eso podríamos dejar las puertas del castillo abiertas de par en par y ya está, ¿no?

—Sería mucho menos problemático —coincidió Thomas, y su respuesta hizo sonreír a sir Henri—. Os dejaré mil flechas —sugirió.

—¿Por qué no podemos fabricarlas? —preguntó sir Henri con abatimiento.

—Os puedo hacer un arco en dos días —dijo Thomas—, pero para una flecha se tarda una semana.

—Pero podéis conseguir flechas a través del príncipe de Gales, ¿no?

—Eso espero —respondió Thomas—. Habrá traído cientos de miles. Carretadas de flechas.

—¿Y se tarda una semana para cada una?

—Hace falta mucha gente —explicó Thomas—, miles de personas en Inglaterra. Algunos cortan las astas, otros forjan las puntas, otros recogen las plumas, otros las pegan y las atan, otros les hacen la muesca y nosotros las disparamos.

—¿Diez hombres de armas? —sugirió sir Henri.

—Siete.

—Ocho —replicó sir Henri—, de lo contrario me dejáis con trece, y eso trae mala suerte.

—Con vos sois catorce —refutó Thomas—, y pronto deberíais ser dieciséis.

—¿Dieciséis?

—El prisionero que hay abajo. Hay que intercambiarlo por Galdric y nuestros dos hombres de armas. Deberían llegar cualquier día de estos. De modo que son dieciséis. ¡Joder! ¡Yo podría retener este castillo hasta el día del Juicio Final con dieciséis hombres!

Estuvieron discutiendo cómo iba a protegerse el castillo. Thomas tenía pensado cabalgar hacia el norte y quería llevarse a todos los miembros del *hellequin* que pudiera, pero no se atrevía a dejar el castillo poco guarnecido. En el gran salón había arcones que contenían el oro y la plata que Thomas quería llevarse consigo a Inglaterra. Una tercera parte pertenecía a su señor, el conde de Northampton, pero con el resto se compraría una buena finca.

—En Dorset —masculló, pensando en voz alta—, en casa.

—Creía que vuestra casa estaba aquí.

—Preferiría vivir en un lugar donde no necesite centinelas todas las noches.

Sir Henri sonrió.

—Suenan bien.

—Pues venid a Dorset con nosotros.

—¿Y tener que escuchar vuestro bárbaro lenguaje todos los días? —le preguntó sir Henri.

Ya tenía más de cincuenta años y era un hombre que se había pasado la vida vestido con malla y placas. Había sido comandante de los hombres de armas del viejo conde de Berat y, por consiguiente, había sido enemigo de Thomas, pero el nuevo conde había considerado que sir Henri era demasiado viejo y demasiado cauto. Con actitud desdeñosa le había prometido el mando de la pequeña guarnición de Castillon d'Arbizon cuando fuera recapturado, pero el asedio del conde había sido un fracaso. Él había caído prisionero de Thomas que, al reconocer la vasta experiencia y sentido común de aquel hombre mayor, había cumplido la promesa del conde y le había nombrado su propio castellano. Nunca lo había lamentado. Era un hombre fiable, honesto, estoico y decidido a hacer que su antiguo señor lamentara su desprecio.

—He oído que Joscelyn se ha ido al norte —comentó sir Henri.

Joscelyn era el nuevo conde de Berat; un hombre testarudo que todavía no había renunciado a su sueño de reclamar Castillon d'Arbizon.

—¿A Bourges? —preguntó Thomas.

—Es probable.

—¿Dónde está Bourges?

—Al norte —respondió sir Henri, aunque era evidente que no estaba seguro—. Si

yo tuviera que ir allí, cabalgaría hasta Limoges y preguntaría el camino desde allí.

—¿Y el príncipe de Gales?

—Estaba cerca de Limoges —respondió sir Henri con cautela—, o eso dicen.

—¿Quién lo dice?

—Un monje que estuvo aquí la semana pasada. Dijo que el inglés se había dirigido a caballo a algún lugar al norte de Limoges.

—¿Y dónde está Limoges? —quiso saber Thomas—. ¿Bourges está al este o al oeste de Limoges?

—Sé que está al norte —contestó sir Henri—, pero me suena que también está al este, ¿no? Podríais preguntárselo al padre Levonne. Él ha viajado mucho.

Thomas intentaba hacerse una idea del territorio desconocido y, a partir de ahí, hacer una estimación de lo que hacían los ejércitos. Sabía que los franceses estaban reuniendo efectivos y que los soldados del sur de Francia se estaban congregando en Bourges, mientras que los del norte, a las órdenes del rey, seguramente se reunirían en algún lugar cerca de París. Pero, ¿y el príncipe de Gales?

Estaba realizando otra *chevauchée*, una marcha destructiva por el corazón de Francia que dejaba las granjas quemadas, los molinos destruidos, las ciudades destrozadas y el ganado sacrificado. Una *chevauchée* era brutal y cruel, pero dejaba al enemigo empobrecido.

Al final, si los franceses querían detener a los ingleses, tendrían que salir de sus castillos y fortalezas para luchar y sería entonces cuando volarían las flechas. Cientos de miles de flechas coronadas con plumas de ganso.

—Yo en vuestro caso —aconsejó sir Henri— iría al oeste. Primero a Limoges, luego subiría hasta Poitiers y desde allí seguiría yendo hacia el norte en dirección a Tours. Seguro que os encontráis con el príncipe en alguna parte.

—¿Poitiers está en Poitou?

—Por supuesto.

—Podría ser que el hombre que intentó cegar a Genevieve estuviera allí —dijo Thomas, y no añadió que también podría estar *la Malice*, pero ni siquiera estaba seguro de que creyera en dicha espada.

—¿Y qué hay de Genny? —le preguntó sir Henri—. ¿Va a quedarse aquí?

Thomas negó con la cabeza.

—San Pablo dijo que las esposas tenían que ser sumisas a sus maridos, pero a Genny nadie se molestó en explicárselo.

—¿Cómo tiene el ojo?

Thomas hizo una mueca. Genevieve se había hecho un parche de cuero, que detestaba llevar pero que prefería al blanco lechoso de su globo ocular dañado.

—El hermano Michael cree que lo conservará, pero está ciego. —Se encogió de hombros—. Ahora cree que es fea.

—Genny no podría ser fea aunque lo intentara —comentó sir Henri con galantería—. ¿Y el hermano Michael? ¿Os lo llevaréis?

Thomas esbozó una sonrisa burlona.

—Es todo vuestro. Dadle una ballesta; debería lograr disparar una sin matarse.

—¿No lo queréis?

—¿Y ver cómo desespera por Bertille?

Sir Henri rompió a reír.

—¡Caray, qué rápido es! —Estaba observando a sire Roland de Verrec, que combatía con dos hombres a la vez, a los que rechazaba con su rápida espada. Daba la sensación de que lo hacía sin ningún esfuerzo, aunque estaba claro que los dos hombres que lo atacaban tenían todos los músculos en tensión para intentar superar sus paradas—. ¿Irá con vos al norte? —preguntó sir Henri.

—Eso quiere hacer, sí.

—¿Sabéis por qué? Ya no quiere seguir siendo el caballero virgen.

Thomas se rio.

—Eso tiene fácil remedio. Me asombra que no lo haya solucionado aún.

Sir Henri observó el combate de Roland.

—¡Es extraordinario! ¿Cómo ha parado esa estocada?

—Habilidad —dijo Thomas—, y práctica.

—Y pureza —añadió sir Henri—. Cree que su habilidad radica en su pureza.

—Pues yo debo de ser un inútil. ¿En serio?

—Lo cual significa que debe convertir a Bertille en viuda antes de poder casarse con ella, y no va a perder su virginidad hasta que no contraiga matrimonio.

—¡Dios mío! —exclamó Thomas—. ¿De verdad?

—Él dice que están prometidos. ¿Puedes estar prometido a una mujer casada? En cualquier caso, ha hablado con el padre Levonne y considera que puede mantener su pureza si se casa. Pero para poder casarse, la condesa tiene que enviudar, por lo tanto, primero tiene que matar al marido.

—Espero que el padre Levonne le explicara que no es probable que Labrouillade muera en combate.

—¿Ah, no? —preguntó sir Henri.

—Claro que no. Es demasiado rico, vale una fortuna como prisionero. Si las cosas le salen mal, se rendirá y nadie sacrificará un cuantioso rescate para ayudar a Roland de Verrec a perder su virginidad.

—No creo que nuestro caballero virgen lo haya tenido en cuenta —dijo sir Henri—. ¿Y sir Robbie?

—Viene conmigo —respondió Thomas en tono adusto.

Sir Henri asintió.

—¿No confiáis en él?

—Digamos que quiero tenerlo a la vista.

Sir Henri se frotó el tobillo.

—¿Su hombre regresó al norte?

Thomas movió la cabeza en señal de afirmación. Sculley había querido volver con lord Douglas, de modo que Thomas le había dado las gracias, le había entregado unas monedas y había dejado que cabalgara hacia el norte.

—Lo último que me dijo fue que estaba deseando matarme —dijo Thomas.

—¡Por Dios! Eso es horrible.

—Horrible —coincidió.

—¿Creéis que logrará alcanzar al ejército francés?

—Creo que Sculley podría recorrer el Infierno a caballo y salir ileso —afirmó Thomas.

—Sculley, ¿es un nombre escocés?

—Me contó que su madre era inglesa —explicó Thomas— y que tomó su apellido porque la mujer no sabía quién era su padre. Un grupo de ataque escocés la capturó en Northumbria y, evidentemente, se la turnaron.

—¿De modo que en realidad es inglés?

—No según él. Solo espero no tener que luchar contra ese hijo de puta.

Luego hubo dos días de preparación, días de frotar los arcos con lanolina, de recortar las plumas de cientos de flechas, de reparar arneses, de afilar espadas y hachas, de mirar hacia el futuro preguntándose qué depararía. Thomas no podía quitarse de la cabeza la batalla de Crécy. No es que recordara demasiado aparte del caos de la contienda, los relinchos de los caballos y gritos de los hombres, los gemidos de los moribundos y el hedor a mierda en un campo de soldados muertos.

Recordaba el ruido de un millar de flechas soltándose de sus cuerdas; al francés que llevaba un escudo con un morro que parecía de cerdo, decorado con unas largas cintas rojas, y cómo dichas cintas habían ondeado en el aire de una forma muy bonita cuando el hombre cayó del caballo, muriendo.

Recordaba el fuerte retumbo de los tambores franceses que conducían a sus caballos hacia unas hojas mortíferas y a los corceles que se rompían las patas en los hoyos cavados para atraparlos.

Recordaba las banderas orgullosas en el barro, las mujeres que lloraban, los perros dándose un festín con soldados destripados y los campesinos moviéndose con sigilo por la oscuridad para saquear los cadáveres.

Recordaba toda la gloria de la batalla: las cintas rojas de un hombre moribundo, los cadáveres ensangrentados y el niño perdido que lloraba desconsolado por su padre muerto.

Y sabía que los franceses estaban formando un ejército.

Y le habían ordenado unirse al príncipe.

Así pues, cuando empezaron a amarillear las primeras hojas, condujo al *hellequin* hacia el norte.

Jean de Grailly, captal de Buch, estaba montado en su caballo a la sombra de unos robles. Cada vez que el corcel movía los cascos se oía el crujido de las bellotas que aplastaba. Ya era otoño, pero al menos ya había cesado la lluvia torrencial que había frustrado el intento de capturar Tours, y el suelo ya se había secado tras unos días de tiempo cálido.

Aquella mañana el captal no vestía con sus atrevidos colores. Las rayas negras y amarillas le hacían llamar la atención, de modo que, al igual que los treinta y dos hombres que comandaba aquel día, llevaba una sencilla capa marrón. El corcel también era castaño. En una batalla hubiera montado un gran caballo de guerra entrenado para el combate, pero para aquel tipo de enfrentamiento el que llevaba era mejor; más rápido y con más aguante.

—Veo a dieciséis —dijo un hombre en voz baja.

—Hay más entre los árboles —comentó otro.

El captal no dijo nada. Observaba a los jinetes franceses que habían aparecido al borde de la arboleda al otro lado de una extensión de pastos. Bajo la capa marrón, el captal vestía un jubón de cuero sin mangas cubierto con malla. Llevaba un bacinete sin visera y aparte de eso no tenía más protección que el sencillo escudo que sostenía con el brazo izquierdo. Una espada le colgaba de la cadera izquierda en tanto que en la mano derecha llevaba una lanza. La habían acertado. Una lanza pesada, como la que uno llevaría en un torneo, era demasiado difícil de manejar para un trabajo como aquel. La punta de la lanza, apoyada en el mantillo de hojas, tenía un pendón triangular que mostraba la venera plateada sobre un campo de rayas negras y amarillas. Era su única concesión a la vanidad.

El ejército del príncipe se hallaba a una milla, o más, por detrás de él, viajando hacia el sur por caminos que transcurrían por unos bosques aparentemente infinitos. Rodeando al ejército había pequeños grupos de jinetes como aquel que dirigía el captal. Eran los exploradores, y cerca de ellos estaban los exploradores enemigos. También había un ejército enemigo en alguna parte, pero los rastreadores del príncipe solo vieron grupos de jinetes.

Había habido grupos de franceses siguiendo al ejército inglés desde el día en que este había abandonado la seguridad de Gascuña, pero ahora eran muchos más. Al menos una docena de partidas a caballo iban siguiendo a los ingleses. Cabalgaban tan cerca como se atrevían y se alejaban si se veían enfrentados a una fuerza mayor. El captal sabía que estaban enviando sus mensajes al rey francés. Pero, ¿dónde estaba el monarca?

El príncipe, al haberse visto obligado a alejarse del río en Tours y ver frustrado su

intento de reunirse con el conde de Lancaster, se dirigía otra vez hacia el sur. Cabalgaba hacia la seguridad de Gasuña y llevaba consigo el botín. Todo el ejército iba montado, hasta los arqueros tenían caballos, y los carros de bagaje iban ligeros y tirados por caballos, de modo que el ejército podía moverse con rapidez. Pero era evidente que los franceses viajaban con la misma presteza y cualquier tonto entendería que el rey Juan estaba haciendo todo lo posible para adelantarse al príncipe, situarse frente a él, elegir un campo de batalla y matar a los insolentes ingleses y gascones.

¿Pero dónde estaban los franceses?

Había una débil mancha gris en el cielo del este. El captal suponía que era el humo de los restos de las fogatas que el enemigo había encendido al acampar la noche anterior. Y la mancha estaba cerca, demasiado cerca y demasiado al sur. Si era un indicativo de la posición nocturna de los oponentes, ya estaban a la altura del príncipe; un prisionero al que habían capturado hacía dos días había confirmado que el rey Juan había descartado llevar a la infantería. Viajaba como los ingleses, con todos sus hombres a caballo. Los soldados de a pie retrasarían su marcha y él no lo quería. Era una carrera.

—Ahora veintiuno —dijo un hombre.

El captal miró a los jinetes. ¿Acaso eran un cebo? ¿Habría otros cien franceses esperando entre los árboles para saltar sobre cualquier inglés o gascón que atacase a ese grupo? En tal caso él también iba a lanzar su señuelo.

—¡Hunald! —llamó a su escudero—. La bolsa... ¿Eude? Irás con dos hombres.

El escudero cogió la bolsa de cuero que colgaba de su silla, desmontó y buscó piedras en el lecho del bosque. No había muchas que fueran lo suficientemente pesadas, por lo que le llevó un tiempo llenarla.

Los franceses, mientras tanto, tenían la vista puesta en el oeste. Estaban siendo cautos y el captal decidió que eso era bueno. Estarían más confiados si tuvieran el apoyo de un grupo de caballería oculto.

La bolsa llena se ató por los cordones a la pata delantera derecha del caballo de Eude.

—Listo, sire —dijo Eude, que había desmontado.

—Pues adelante.

Los tres hombres, dos montados y Eude llevando a su caballo por las riendas, dejaron el abrigo de los árboles y se dirigieron hacia el sur. El caballo, entorpecido por la bolsa de piedras, caminaba con torpeza. Se espantaba cada pocos pasos y, cuando caminaba dócilmente, arrastraba la pata delantera derecha, con lo que a un observador distante le parecería que la bestia cojeaba dolorosamente y que su propietario intentaba conducirla de nuevo a un lugar seguro. Los tres hombres tenían aspecto de ser una presa fácil y los franceses, que sin duda esperaban que uno de ellos

fuera lo bastante rico como para poder pedir un rescate, mordieron el anzuelo.

—Siempre funciona —dijo el captal asombrado.

Observaba y contaba a los jinetes franceses que acudían desde los árboles. Treinta y tres. La edad de Nuestro Señor, pensó, y vio que el enemigo viraba hacia su presa y se desplegaba. Los franceses calaron las lanzas, desenvainaron las espadas y espolearon a sus caballos por el prado que separaba las dos extensiones de bosque. Pasaron del trote al medio galope. Iban a la carrera, ansiosos por capturar a los prisioneros, y el captal aguardó unos segundos más, tras los cuales levantó su lanza de golpe y picó al corcel con las espuelas. El caballo avanzó de un salto.

Veintinueve jinetes salieron en tropel de entre los árboles. Las lanzas apuntaron. Los franceses no habían acertado sus lanzas, por lo que tenían ventaja, pero habían sido sorprendidos y, para hacer frente a la carga, tenían que darse la vuelta. Eran lentos, las largas lanzas pesadas, y el captal cayó sobre ellos con fuerza antes de que tuvieran ocasión de volver a alinearse.

Su lanza alcanzó a un hombre por debajo del escudo. Notó el impacto y tensó el brazo en el mango de la lanza. El alto arzón trasero de su silla lo mantenía en el sitio mientras la lanza se hundía. Atravesó malla y cuero, piel y músculo, penetró en los tejidos blandos y la silla del enemigo se manchó de sangre. Él ya había soltado la lanza y estaba desenvainando la espada. Propinó un revés que alcanzó al moribundo en el casco y, con las rodillas, hizo girar bruscamente a su corcel a la derecha para dirigirse hacia otro francés, cuya lanza se había enredado con el caballo de un compañero. Al hombre le entró pánico, soltó la larga lanza de fresno e intentó desenvainar la espada, pero aún estaba en la tarea cuando la hoja del captal penetró en su garganta desprotegida. El escudo del gascón recibió un golpe ruidoso, pero uno de sus jinetes apartó a aquel atacante. Un caballo piafaba. Un hombre desmontado se tambaleaba mientras la sangre brotaba de un tajo que tenía en el bacinete.

—¡Quiero un prisionero! —gritó el captal—. ¡Al menos un prisionero!

—¡Y sus caballos! —exclamó otro hombre.

La mayoría de los franceses estaban huyendo y el captal se conformó con dejarlos marchar. Él y sus hombres habían matado a cinco enemigos, herido a otros siete y tenían prisioneros además de a los valiosos caballos.

Se los llevó a todos al bosque donde se había tendido la emboscada y allí interrogó a los cautivos, cuyos caballos llevaban la marca del conde de Eu. Dicha marca, un estilizado león marcado con hierro candente en los flancos de los caballos, informó al captal que aquellos hombres eran normandos. Además, eran unos normandos muy habladores. Le explicaron que los hombres del conde de Poitou, atraídos por los condados del sur de Francia, se habían unido al ejército del rey francés, de modo que ahora el enemigo se había reforzado. También dijeron que habían cabalgado menos de cinco millas desde su campamento nocturno hasta el

prado en el que los hombres del capital habían destrozado su flanco.

Por lo tanto los franceses estaban cerca de allí. Se habían reforzado, marchaban con rapidez y hacían todo lo posible para cortar el camino al príncipe. Querían una batalla.

El capital fue a buscar a Eduardo para decirle que los cazadores habían resultado ser los cazados.

Y la retirada continuó.

Fue un viaje extraño.

Thomas notaba el nerviosismo allí por donde pasaban. Las ciudades mantenían sus puertas cerradas. Los aldeanos se escondían cuando veían venir jinetes, o bien huían hacia los bosques cercanos. Si los pillaban por sorpresa, se refugiaban en sus iglesias. Los segadores soltaban sus hoces y echaban a correr. En dos ocasiones el *hellequin* se encontró con vacas mugiendo de dolor porque necesitaban ser ordeñadas y sus propietarios habían huido. Los arqueros de Thomas, casi todos hombres de campo, ordeñaron a los animales.

El tiempo era inestable. No llovía, pero siempre parecía estar a punto de hacerlo. Había nubes bajas y el incesante viento del norte era frío para la época. Thomas iba a la cabeza de treinta y cuatro hombres de armas que, exceptuando los que se habían quedado para proteger Castillon d'Arbizon, eran todos los que estaban en condiciones de viajar. Cada uno de ellos tenía dos caballos, y algunos tres o cuatro. También tenían escuderos, criados y mujeres que, al igual que los sesenta y cuatro arqueros del grupo, iban todos montados. Inevitablemente, los caballos perdían herraduras o cojeaban y cada incidente requería tiempo para remediarlo.

No había mucha información y no podían fiarse de las noticias que corrían. El tercer día de viaje oyeron el tañido de unas campanas. El sonido era demasiado ruidoso y discordante para tratarse de la llamada a un entierro, de modo que Thomas dejó a sus hombres a salvo, escondidos en el bosque y cabalgó con Robbie para averiguar el motivo. Encontraron un pueblo lo bastante grande como para alardear de dos iglesias y ambas tocaban sus campanas. Mientras, en la plaza del mercado, un fraile franciscano con un hábito manchado se hallaba en las escaleras de una cruz de piedra proclamando una gran victoria francesa.

—¡A nuestro rey —gritaba el fraile— lo llaman Juan el Bueno con razón! ¡Porque sin duda es bueno! ¡Juan el Victorioso! ¡Ha desperdigado a sus enemigos, ha capturado prisioneros nobles y ha llenado las tumbas de ingleses! —Vio a Robbie y a Thomas y, suponiendo que eran franceses, les señaló—. ¡Hete aquí a los héroes! ¡Los hombres que nos han dado la victoria!

La multitud, que parecía más curiosa que exultante, se volvió a mirar a los dos jinetes.

—No estuve en la batalla —dijo Thomas—. ¿Sabéis dónde se luchó?

—¡Al norte! —declaró el fraile con vaguedad—. ¡Y fue una gran victoria! ¡El rey de Inglaterra ha caído!

—¡El rey de Inglaterra!

—Alabado sea Dios —dijo el fraile—. ¡Lo vi con mis propios ojos! ¡Vi el orgullo de Inglaterra masacrado por los franceses!

—Lo último que oí —dijo Thomas a Robbie— es que el rey sigue en Inglaterra.

—O luchando en Escocia —repuso Robbie con amargura.

—Hay una tregua, Robbie. Una tregua.

—El señor de Douglas no reconoce esa tregua —declaró Robbie en tono sombrío—. Por eso estoy aquí, porque le dije que no podía luchar contra los ingleses.

—Ahora puedes. Ya no estás sometido a ningún juramento.

—¿Por gratitud, entonces? —preguntó Robbie. Thomas esbozó una sonrisa pero no dijo nada. Estaba mirando a un niño, probablemente no mayor que Hugh, que molestaba a una niña igual de pequeña intentando levantarle la falda con una horquilla para recoger nueces. El niño vio que Thomas lo miraba y fingió estar interesado en lo que decía el fraile—. ¿Crees que tiene razón? —preguntó Robbie—. ¿Ha habido una batalla?

—No, es un rumor.

En aquellos momentos el fraile arengó a la multitud para que donara monedas a dos hombres más jóvenes, ambos con hábito de fraile, que circulaban por entre el gentío con dos pequeños barriles.

—¡Nuestros valientes han resultado heridos! —gritaba el fraile—. ¡Han sufrido por Francia! ¡Por el amor de Nuestro Señor Jesucristo, ayudadles en su aflicción! ¡Sed generosos y recibid la bendición de Cristo! ¡Cada moneda ayudará a nuestros héroes heridos!

—Es un farsante —afirmó Thomas con desdén—. Un granuja sacando un poco de dinero.

Siguieron avanzando hacia el norte. El *hellequin* tuvo que evitar las ciudades; cualquier lugar que tuviera una muralla contaría inevitablemente con una veintena de hombres capaces de disparar una ballesta y Thomas quería terminar su viaje sin perder a ningún hombre en alguna miserable escaramuza. Se había ido desviando hacia el este, porque era más probable que encontraran ingleses en esa dirección, y encontró a una veintena de ellos en un pueblo dominado por el alto campanario de una iglesia, que era el único edificio de piedra; el resto estaban hechos de madera, yeso, paja y juncos.

Había un herrero con una fragua, construida en el patio trasero bajo un roble chamuscado, y una taberna rodeada por un montón de casitas. Cuando habían divisado el pueblo entre los viñedos, habían visto también un gran grupo de caballos a los que estaban abrevando en el riachuelo que corría a la vera de la impresionante iglesia. Había más de cincuenta equinos, lo cual sugería al menos veinte hombres. *Le Bâtard* había supuesto que los corceles debían de ser franceses, pero entonces había visto la bandera de san Jorge, la llamativa cruz roja sobre un campo blanco, apoyada contra la pared de la taberna. Había llevado a sus hombres ladera abajo y habían entrado en la pequeña plaza, donde unos hombres de armas dieron un salto,

alarmados.

—¡Somos ingleses! —gritó Thomas.

—Diantre —dijo un hombre alto, con alivio, al tiempo que agachaba la cabeza bajo el dintel de la taberna. Llevaba un jubón que mostraba un león dorado rampante contra un fondo de flores de lis sobre un campo azul—. ¿Quién sois? —preguntó.

—Sir Thomas Hookton —respondió. Rara vez utilizaba el honorífico «sir», pero el conde de Northampton lo había nombrado caballero y a veces resultaba útil.

—Benjamin Rymer —dijo el hombre alto—. Servimos al conde de Warwick.

—¿Estáis con el ejército? —preguntó Thomas esperanzado.

—Estamos buscando el puto ejército —repuso Rymer, y a continuación explicó que él y su *conroi* de soldados habían subido a un barco que había zarpado de Southampton, pero que se había separado de la flota que transportaba al resto de los refuerzos del conde a Gascuña—. El viento arreció, al jodido capitán le entró el pánico y acabamos en España —dijo—. El cabrón tardó dos meses en reparar la nave y llevarnos a Burdeos. —Miró a los hombres de Thomas—. Es un alivio volver a estar con arqueros. Los nuestros iban en otro barco. ¿Sabéis dónde está el ejército del príncipe?

—No tengo ni idea —respondió.

—Ciegos guiando a ciegos —comentó Rymer—. Y aquí no hay cerveza, nunca terminan las malas noticias.

—¿Hay vino?

—Eso dicen. A mí me sabe a pis de gato. ¿Venís de Burdeos?

Thomas negó con la cabeza.

—Somos de una guarnición al este de Gascuña —respondió.

—De modo que conocéis este maldito país, ¿no?

—Un poco. Es grande.

—Así pues, ¿adónde vamos?

—Al norte —contestó Thomas—. Los últimos rumores que oí decían que el ejército estaba en Tours.

—Dondequiera que esté Tours.

—Está al norte. —Se deslizó de la silla—. Descansad los caballos —ordenó a sus hombres—. ¡Hacedlos ir al paso! ¡Dejad que beban! Volveremos a ponernos en marcha dentro de una hora.

Rymer y su escuadrón viajaron con los hombres de Thomas. Este se preguntó cómo había sobrevivido ese hombre hasta entonces, porque expresó su sorpresa cuando el arquero mandó a unos exploradores por delante.

—¿Tan peligroso es? —preguntó.

—Siempre es peligroso —respondió Thomas—. Esto es Francia.

No obstante, ningún enemigo les molestó. De vez en cuando *le Bâtard* veía un

castillo y hacía dar un amplio rodeo a su columna para evitar problemas, pero las guarniciones no hicieron ningún intento de darles el alto o identificar siquiera a los soldados montados.

—Probablemente hayan enviado a la mayoría de sus soldados al norte —explicó Thomas a Rymer— y solo hayan dejado a unos cuantos para proteger el almenaje.

—¡Recemos a Dios para no llegar demasiado tarde a alguna batalla!

—Recemos a san Jorge para que no haya ninguna batalla —replicó Thomas.

—¡Tenemos que derrotarlos! —exclamó Rymer alegremente, y Thomas pensó en Crécy, en sangre sobre la hierba y en el llanto en la noche después de la batalla. No dijo nada y acabó pensando en san Juniano. Tuvo la sensación de que debían de estar aproximándose a la abadía donde estaba sepultado el santo, aunque era una mera sospecha que podía estar inspirada en la esperanza más que en la realidad. De todos modos, la campiña estaba cambiando; las montañas eran más pequeñas y redondeadas, los ríos más anchos y lentos y las hojas tornaban rápidamente de color. Siempre que se encontraba con una aldea o un viajero pedía indicaciones, aunque por regla general la gente solo sabía cómo llegar al pueblo de al lado o, con suerte, a una ciudad de la que Thomas nunca había oído hablar, de manera que continuó yendo hacia el norte.

—¿Queréis llegar a Poitiers? —le preguntó sire Roland al sexto día.

—Me han dicho que pudiera ser que el príncipe estuviera allí —dijo Thomas, pero como había sido sir Henri quien lo había sugerido y este no sabía más que él, en el mejor de los casos era un destino vago.

—¿O vais hacia allí porque está cerca de Nouaillé? —preguntó Roland.

—¿Nouaillé?

—Allí es donde descansa el bendito Juniano.

—¿Habéis estado allí?

Roland negó con la cabeza.

—Solo he oído hablar del lugar. ¿Os dirigís allí?

—Si está de camino... —dijo Thomas.

—¿Porque queréis *la Malice*? —preguntó Roland, y casi fue una acusación.

—¿Existe?

—Eso he oído, sí.

—El cardenal Bessières así lo cree —dijo Thomas—, los frailes dominicos también, y mi señor me ha ordenado encontrarla.

—¿Para poder utilizarla en la lucha contra Francia? —preguntó Roland con indignación.

Puede que se hubiera unido al *hellequin* y estuviera dispuesto a luchar contra el ejército del rey Juan, pero eso era por Bertille. En el fondo, su lealtad estaba aún con Francia, lo cual significaba que haría aquello por Bertille y solo por Bertille, porque

ella se lo había pedido y lo que ella le pedía él se lo daba.

Se volvió en la silla para mirarla; cabalgaba con Genevieve. Thomas no había querido que ninguna de las dos mujeres fuera con ellos al norte, pero Bertille había insistido y había resultado imposible negárselo cuando muchos de los arqueros y hombres de armas llevaban a sus mujeres montadas en rocines.

Les llegó el retumbo de un trueno desde algún lugar hacia el norte.

—¿Os preocupa que encuentre *la Malice*? —preguntó Thomas.

—No querría que la espada estuviera en manos de los enemigos de Francia —respondió Roland.

—¿Queréis que la tenga la Iglesia?

—Es a quien debería pertenecer —afirmó Roland, pero el recuerdo del padre Marchant hizo que su tono fuera inseguro.

—Dejadme que os cuente una historia —le dijo Thomas—. ¿Habéis oído hablar de los Siete Señores Oscuros?

—Eran los hombres encargados de guardar los tesoros de los herejes cátaros —repuso Roland con desaprobación.

Thomas consideró sensato no mencionar que él era descendiente de uno de dichos Señores Oscuros.

—Se dice que poseían el Santo Grial —expuso en cambio—. He oído que lo rescataron de Montsegur y que luego lo escondieron, y que no hace mucho tiempo otros hombres partieron en su busca.

—Yo he oído lo mismo.

—Pero lo que no habéis oído —continuó Thomas— es que uno de esos hombres lo encontró.

Sire Roland se santiguó.

—Rumores —afirmó con desdén.

—Os juro por la sangre de Cristo —dijo Thomas— que se encontró el Grial, aunque el hombre que lo descubrió a veces dudara de lo que había encontrado.

Roland se quedó mirando a Thomas durante unos segundos y vio la sinceridad de su rostro.

—Pero si fue encontrado —dijo con apremio— ¿por qué no se encuentra en un santuario de oro, montado en un altar y adorado por los peregrinos?

—Porque —explicó Thomas con gravedad— el hombre que encontró el Grial, lo escondió otra vez. Lo llevó a un lugar donde no pudiera hallarse. Lo ocultó en el fondo del océano. Se lo devolvió a Dios, porque no se le podía confiar al hombre.

—¿De verdad?

—Os lo prometo —dijo Thomas, y recordó el momento en el que había arrojado el cuenco de arcilla al mar gris. Había visto la pequeña salpicadura que provocó y le había parecido que el mundo se quedaba en silencio tras desaparecer el Grial, pasaron

unos momentos antes de que oyera de nuevo el sonido de las olas, el ruido de los guijarros arrastrados por el océano y el grito triste de las gaviotas. Creyó que el mismísimo Cielo había contenido la respiración—. Os lo prometo —repitió.

—Y si encontráis *la Malice*... —empezó a decir Roland, pero se le fue apagando la voz.

—Se la devolveré a Dios —dijo Thomas—, porque no se le puede confiar al hombre. —Hizo una pausa y miró a Roland—. De modo que sí —dijo—, quiero *la Malice*, aunque solo sea para evitar que el cardenal Bessières la encuentre.

Los truenos murmuraban al norte en la distancia. No había lluvia, solo nubes oscuras, y el *hellequin* cabalgaba hacia ellas.

La lluvia se había desplazado hacia el sur dejando un cielo despejado y un sol cálido. Estaban a mediados de septiembre y parecía que fuera junio.

El ejército del príncipe seguía las nubes, iba hacia el sur cruzando con esfuerzo una elevada cordillera boscosa. Los carros del bagaje, cargados con el botín de la *chevauchée*, se encontraban al oeste porque utilizaban los caminos del valle, pero el grueso principal del ejército, los arqueros y hombres de armas a caballo, seguían los senderos a través de los altos árboles.

Se había convertido en una carrera, aunque nadie sabía todavía dónde acabaría. Los consejeros del príncipe, esos guerreros sabios y experimentados enviados por su padre para evitar que Edward se metiera en líos, creían que si podían adelantar al rey francés y encontrar un lugar adecuado en el que ofrecer resistencia, podrían enzarzarse en una batalla y ganarla. Si podían obligar a los franceses a trepar por una ladera empinada y conducirlos frente a los letales arqueros ingleses, existía la posibilidad de una gran victoria. Pero aquellos mismos consejeros temían que ocurriera lo peor si el rey Juan volvía las tornas y lograba situar a su ejército en la ruta de la retirada inglesa.

—Prefiero no atacar —dijo el conde de Suffolk al príncipe.

—¡Qué calor que hace, por Dios! —exclamó este.

—Siempre es mejor defenderse —continuó diciendo el conde, que iba montado a la derecha del príncipe.

—¿Dónde estamos? En nombre de Dios... —preguntó Eduardo.

—Poitiers está allí. —El conde de Oxford, a la izquierda del príncipe, señaló vagamente al este.

—Vuestro abuelo, y ya me perdonaréis, cometió el mismo error en Bannockburn —comentó Suffolk.

—¿Error?

—Atacó, sire. No había necesidad de hacerlo, y perdió.

—Era un idiota —dijo el príncipe alegremente—. Yo no soy un idiota, ¿verdad?

—Por supuesto que no, sire —respondió Suffolk—. Recordaréis la gran victoria de vuestro padre en Crécy. Vuestra también, sire. Defendimos.

—¡Así es! ¡Mi padre no es ningún idiota!

—Dios nos libre, sire.

—Pero mi abuelo sí. ¡No es necesario disculparse! Tenía el cerebro de una ardilla, es lo que dice mi padre. —El príncipe se agachó por debajo de la rama baja de un olmo—. ¿Pero qué pasa si vemos a esos cabrones en el camino? En tal caso deberíamos atacar, ¿verdad?

—Si las circunstancias son propicias —respondió el conde de Oxford con cautela.

—¿Y si no encontramos la colina adecuada? —preguntó el príncipe.

—Seguiremos marchando hacia el sur, sire, hasta que encontremos una —dijo Suffolk—, o hasta que lleguemos a una de nuestras fortalezas.

El príncipe hizo una mueca.

—No me gusta salir corriendo.

—Lo encontraréis preferible a estar prisionero en París, sire —terció Oxford con sequedad.

—He oído decir que en París hay unas chicas muy guapas, ¿eh?

—Chicas guapas las hay en todas partes, sire —afirmó Suffolk—, como sabréis mejor que la mayoría de nosotros.

—Dios es bueno —declaró el príncipe.

—Amén —añadió Oxford.

—Y recemos a Dios para que retrase a los franceses —dijo Suffolk en tono sombrío.

La última información fiable que le había llegado decía que el rey francés se encontraba a tan solo diez o doce millas de distancia, y su ejército que, al igual que el del príncipe, iba todo a caballo, avanzaba más deprisa. El rey Juan, que se había pasado todo el verano perdiendo el tiempo, de repente estaba lleno de energía y Suffolk suponía que también de confianza. Iba buscando una batalla, aunque no era tan idiota como para arriesgarse a combatir en terreno desfavorable.

Los franceses querían atrapar al príncipe, obligarlo a luchar en un lugar que ellos eligieran, y Suffolk estaba inquieto. Un prisionero que había capturado el capital de Buch había confirmado que el rey Juan había despachado a todos sus soldados de a pie porque retrasarían a su ejército. Y que, incluso sin dicha infantería, superaba en número al príncipe, aunque nadie sabía en qué proporción, y él no se veía obligado a viajar por aquella maldita cordillera boscosa. Él iba por buenos caminos. Se dirigía al sur a toda velocidad. Quería cerrar la trampa.

No obstante, la maldita cordillera boscosa era la principal esperanza del príncipe. Era un atajo. Podría ganar un día de marcha, y un día de marcha era oro. Y tal vez, al final de la cordillera, habría un lugar en el que tender una emboscada a los franceses.

O tal vez no. Suffolk estaba preocupado por el bagaje. Siempre que estuviera separado del ejército, era vulnerable y aunque ganaran ese día de marcha, tendrían que esperar medio día para que el bagaje los alcanzara. Y le preocupaban los caballos; en aquel terreno elevado no había agua, los animales estaban sedientos y los hombres que los montaban hambrientos. La cantidad de víveres del ejército era desesperadamente baja. Necesitaban llegar a un terreno más bajo y fértil, donde los graneros estuvieran llenos; necesitaban agua; necesitaban descanso, y un respiro.

Cuatro millas por delante de donde el príncipe y los dos condes cabalgaban entre los árboles, el capitán de Buch se hallaba sobre su silla en el extremo de la cordillera. Enfrente tenía una larga pendiente que descendía hasta un camino y el reflejo de un río, en tanto que a su derecha, al otro lado de unas colinas bajas y boscosas, había una mancha de humo que ensuciaba el cielo y que sabía que debía de señalar los fuegos de las cocinas de Poitiers. La larga ladera del valle estaba cubierta de viñedos; hileras e hileras de vides tupidas.

Hacía un día precioso; cálido y soleado, con tan solo unas pocas nubes altas y blancas. Los árboles estaban cargados de hojas que habían empezado a mostrar el matiz de color del otoño. Las uvas eran gordas y casi estaban a punto de poder recogerse. El capitán pensó que hacía un día para llevar a una chica al río y bañarse desnudos en él, y después hacer el amor en la hierba y beber vino antes de volver a hacer el amor.

En cambio él estaba observando al enemigo.

Un ejército había pasado por el poco profundo valle. A ambos lados del camino, el suelo estaba revuelto por el paso de caballos, de miles y miles de cascos que dejaron una cicatriz oscura en la superficie. Uno de los exploradores del capitán, montado en un caballo pequeño y veloz, lo había visto pasar.

—Ochenta y siete banderas, sire —le había dicho.

El capitán gruñó. Solo los grandes señores enarbolaban sus estandartes durante la marcha, para que sus seguidores supieran cuál era su lugar en la columna, pero ¿a cuántos hombres equivalía eso? Ningún gran señor llevaría menos de un centenar de hombres a la batalla. Así pues, ¿unos diez mil? ¿Doce mil? Eran muchos, pensó el capitán con aire sombrío. Los ingleses y sus aliados gascones no enarbolaban más de cuarenta banderas como aquellas, ¡pero su explorador había contado ochenta y siete! Aunque, en esos momentos, mientras el sol brillaba sobre el valle marcado y el río tranquilo, el capitán solo veía dos banderas ondeando por encima de una multitud de soldados y caballos que descansaban al lado del agua.

—¿Eso es la retaguardia? —preguntó.

—Sí, sire.

—¿Estás seguro?

—No hay nadie detrás de ellos. —El explorador hizo un gesto hacia el este—.

Cabalgué durante una legua en esa dirección. Nada.

Y la retaguardia francesa estaba descansando. No tenían prisa, ¿y por qué deberían tenerla? Habían adelantado a los ingleses y gascones. El príncipe no había ganado un día de marcha y los franceses habían ganado la carrera. El captal hizo llamar a uno de sus hombres y le dijo que llevara la mala noticia a Eduardo.

—Ve —ordenó—, date prisa.

Y luego, al igual que los franceses, el captal esperó.

—¿Cuántos calculas que hay? —preguntó a un hombre de armas, al tiempo que señalaba con la cabeza a los hombres que había a la vera del río.

—¿Seiscientos, sire? ¿Setecientos?

Así pues, seiscientos o setecientos soldados franceses se hallaban inmóviles en el valle. La mayoría de ellos no llevaban casco porque el día era caluroso, aunque muchos sí se cubrían con unos sombreros de ala ancha tocados con extravagantes plumas blancas, una clara evidencia de que no esperaban problemas. Había unos cuantos carros ligeros que transportaban lanzas y escudos. Aquellos franceses no tenían ni idea de que su enemigo se encontraba tan cerca.

Algunos habían desmontado y otros incluso se habían tumbado en la hierba, como si quisieran recuperar el sueño atrasado. Los criados paseaban a algunos caballos sin jinete por un prado en los que otros pastaban. Los hombres formaban pequeños grupos y se iban pasando odres de vino. El captal no distinguía las dos banderas, porque colgaban lacias bajo el calor, sin viento, pero su presencia significaba que entre aquellos hombres de armas había señores. Y los señores implicaban rescates.

—Nos superan en número —dijo el captal, que hizo una pausa mientras su caballo golpeaba el mantillo de hojas con la pata delantera—. Nos superan en una proporción de dos a uno —continuó—, pero nosotros somos gascones.

Tenía poco más de trescientos hombres de armas, todos ellos con cascos y escudos; todos listos para combatir.

—¿Por qué están esperando? —preguntó un hombre de armas.

—¿Agua? —sugirió el captal. Hacía calor, ambos ejércitos habían marchado con rapidez y los caballos estaban sedientos. En el terreno elevado no había agua y supuso que estaban dejando beber a sus sementales en el pequeño río. Se dio la vuelta en la silla y señaló a Hunald, su escudero—. Casco, escudo, lanza. Ten preparada el hacha. —Observó a su portaestandarte, que cruzó la mirada con él y le sonrió—. ¡Cerrad filas! —gritó a sus hombres.

Tomó el casco, alzó la visera y se lo encajó encima de su capucha de malla. Pasó el brazo izquierdo por el asa del escudo negro y amarillo y lo sujetó con fuerza. Su escudero le ayudó a calar la lanza. A lo largo del límite de los árboles había hombres haciendo lo mismo. Algunos solo desenvainaron espadas. Guillaume, un hombre

enorme montado en un caballo igual de enorme, llevaba un lucero del alba con pinchos.

—No toquéis la trompeta —gritó el captal.

Si señalaba la carga con un toque de trompeta, el enemigo ganaría unos cuantos segundos. Era mejor limitarse a salir del bosque en tropel y llegar a media ladera antes de que los franceses cayeran en la cuenta de que la muerte había ido a visitarlos una tarde cálida. Su caballo relinchó y volvió a golpear el suelo con el casco.

—¡En nombre de Dios, de Gascuña y del rey Eduardo! —exclamó el captal.

Y clavó los talones.

Y pensó que, por Dios, no había nada como aquella sensación. Un buen caballo, una silla alta y ceñida, una lanza y un enemigo pillado por sorpresa. El retumbo de los cascos llenó la tarde y las fuertes pisadas levantaron terrones de tierra que salían disparados hacia lo alto cuando trescientos diecisiete jinetes surgieron de entre los árboles y se lanzaron ladera abajo.

La bandera del captal; las veneras plateadas en la cruz negra sobre el campo amarillo, gualdrapeaba mientras el portaestandarte la sostenía en alto. Los hombres gritaron:

—¡Por santa Quiteria y por Gascuña!

El captal se rio. ¿Santa Quiteria? Había sido una virgen cristiana a la que le habían cortado la cabeza al negarse a contraer matrimonio con un señor pagano. Pero su tronco decapitado había recogido la cabeza cercenada y ensangrentada y la había llevado ladera arriba hasta un lugar donde, hasta el día de hoy, se decía que ocurrían milagros. Era una santa gascona. ¡Una maldita virgen! Pero quizá les trajera el milagro que necesitaban.

—¡Por santa Quiteria y por san Jorge! —gritó, y vio que un francés hacía dar la vuelta a su caballo para enfrentarse a la carga.

El hombre no llevaba ni lanza ni escudo, solo una espada desenvainada. El captal apretó la rodilla izquierda contra el flanco de su corcel y el caballo giró obedientemente. El animal parecía intuir adónde quería ir, por lo que cruzó el camino a galope tendido mientras el captal dejaba que la lanza penetrara en el vientre de su enemigo con tan solo una ligera sacudida al atravesar la malla y alcanzar una de las costillas más bajas. Luego soltó la lanza y extendió la mano derecha para que su escudero le diera el hacha. Prefería el hacha a la espada. Un hacha atravesaba la malla e incluso las placas.

Volvió a tocar al caballo con la rodilla para perseguir a un hombre que huía, asestó un golpe con el hacha y notó que la hoja le atravesaba el cráneo con un crujido. Liberó el arma de un tirón, alzó el escudo para parar un débil espadazo por la izquierda y vio que el soldado que lo atacaba se desvanecía en un mar de sangre brumosa cuando el lucero del alba de Guillaume hizo desaparecer un sombrero con

plumas blancas junto con la cabeza y los sesos que iban dentro.

Los jinetes gascones se lanzaron contra el enemigo. No era una lucha justa. La retaguardia francesa había estado relajándose, confiados de que si alguien veía al enemigo sería la vanguardia, pero en cambio ese enemigo se encontraba tras ellos y los estaba masacrando. El captal mató, espoleó su caballo y siguió avanzando para impedir que los franceses formaran en cualquier orden. Eran más numerosos en torno al vado, donde había una multitud de soldados y caballos bajo unos sauces. Viró hacia ellos.

—¡Seguidme! —gritó—. ¡Seguidme! ¡Por santa Quitéria!

Sus hombres hicieron girar a sus caballos para ir detrás de él, hombres con malla y acero reluciente montados en animales pesados. Los corceles ponían los ojos en blanco, enseñaban los dientes y tenían las gualdrapas salpicadas de sangre.

El captal se lanzó contra la desorganizada concentración de franceses y arremetió con el hacha oyendo los gritos, asustando a los caballos enemigos, irrumpiendo entre la aglomeración sin dejar de gritar en ningún momento. Los franceses ya estaban huyendo. Los soldados se encaramaban como podían a las sillas y espoleaban los caballos para alejarse. Otros anunciaban a voz en grito que se rendían, y por toda la pradera los gascones galopaban, mataban, daban la vuelta y se lanzaban de nuevo al ataque.

El captal había pensado que tendría que luchar para abrirse paso a través de la multitud de hombres, pero en cambio esta se dispersaba, los soldados huían y él fue en su persecución. No había forma más fácil de matar que de ese modo.

Su corcel se alineó con el caballo de un fugitivo, apretó el paso, aguardó a que la presión de una rodilla le dijera que el hacha había hecho su trabajo y luego buscó otra víctima. A ambos lados del captal había otros gascones haciendo lo mismo. Dejaban un rastro de hombres heridos, sangrando, sacudiéndose, de caballos sin jinete, de muertos, y aun así siguieron adelante, persiguiendo y matando. Todas las frustraciones de los días de retirada se descargaban en aquella orgía de muerte.

A un francés le entró el pánico e hizo girar el caballo bruscamente hacia la izquierda, con lo que la bestia perdió pie. Los cuerpos ensangrentados de dos gansos, producto de un saqueo, estaban atados al arzón trasero de la silla y volaron plumas por los aires cuando el caballo se desplomó. El hombre soltó un grito al quedársele la pierna atrapada debajo de la bestia, que se la rompió al caer. Intentó salir retorciéndose mientras el hacha del captal hendía el aire. Sus gritos cesaron. Una mujer pedía ayuda a voz en grito, pero su hombre había huido y se hallaba rodeada de gascones en un campo ensangrentado.

El captal gritó a su trompeta.

—Toca retirada —le ordenó.

Sus hombres habían matado, habían triunfado, habían tomado cautivos al menos a

tres grandes señores, habían dejado montones de muertos sin apenas recibir un rasguño, pero en la persecución galopaban hacia el cuerpo principal de los franceses y sería cuestión de minutos que dicho ejército reaccionara y enviara soldados con armas y armaduras pesadas para que contraatacaran. Por lo tanto, el capital viró bruscamente, subió por la corta pendiente y volvió a desaparecer entre los árboles. El valle que antes había tenido un aspecto tan pacífico estaba salpicado de sangre y sembrado de cuerpos.

Los ejércitos se habían encontrado.

—¿La abadía de san Juniano? —preguntó el campesino—. Claro, mi señor, siguiendo el valle. —Señaló al norte con un dedo mugriento—. No está lejos, señor. Con un buey se puede ir y volver en una mañana.

El hombre estaba trillando grano cuando el *hellequin* llegó a su aldea, y no se había percatado de la presencia de los jinetes hasta que sus sombras oscurecieron la puerta del granero. Miró con mudo asombro a los hombres a caballo, se puso de rodillas y se pasó la mano por el flequillo nerviosamente. Thomas le dijo que no corría peligro, que no tenían intención de hacerle daño. A continuación, tal como había hecho un centenar de veces durante el viaje, le preguntó si conocía la abadía de san Juniano, y en esta ocasión, por primera vez, la respuesta fue afirmativa.

—Hay monjes en la abadía, mi señor —explicó el hombre, nervioso, intentando ser de ayuda.

Desvió la mirada un instante hacia la izquierda, sin duda hacia el lugar en el que vivía su familia. Había soltado el mayal, dos palos de madera unidos por una tira de cuero, no fuera que aquellos jinetes lo confundieran con un arma.

—¿Quién es tu señor? —preguntó Thomas.

—El abad, mi señor —respondió el hombre.

—¿Qué clase de monjes son?

La pregunta desconcertó al campesino.

—¿Monjes negros, señor? —sugirió.

—¿Benedictinos?

—¡Ah, sí! Benedictinos. Creo. —Sonrió, pero estaba claro que no sabía lo que era un benedictino.

—¿Han venido soldados por aquí?

Esta vez estaba más seguro de su respuesta:

—No desde hace mucho tiempo, señor, pero vinieron algunos el día de santa Perpetua, de eso me acuerdo. Vinieron, pero no se quedaron.

—¿Y no han venido más desde entonces?

—No, señor.

Había pasado medio año desde el día de santa Perpetua. Thomas lanzó una

moneda de plata al hombre, hizo dar la vuelta a su caballo y se marchó.

—Vamos hacia el norte —hizo saber a sus hombres con sequedad, y espoleó a su montura en esa dirección.

Atardecía, lo cual significaba que era hora de buscar refugio para pasar la noche. Un río serpenteaba al fondo del valle, donde había un par de casuchas oscurecidas bajo unos robles, pero en el extremo septentrional del valle, oculto por un espolón de terreno boscoso, había un pueblo o una pequeña ciudad cuya presencia delataba el humo espeso de los fuegos de las cocinas. La abadía tenía que estar allí. Dos cuervos cruzaron el río volando, negros contra el cielo que se oscurecía. Sonó una campana que llamaba a hombres y mujeres a sus oraciones vespertinas.

—¿Hay una ciudad? —Rymer, el hombre del conde de Warwick, había acercado su caballo al de Thomas.

—No lo sé, pero normalmente los pueblos crecen junto a un monasterio.

—¿Un monasterio? —Rymer parecía sorprendido.

—Me dirijo allí.

—¿Para rezar? —sugirió Rymer a la ligera.

—Sí —contestó Thomas.

La respuesta incomodó a Rymer y se quedaron callados. Thomas torció por un recodo del valle, vio un río bordeado de sauces y, justo al otro lado, una extensa población y los campanarios de un monasterio. Este era sorprendentemente grande, rodeado por un muro alto y dominado por la gran iglesia de la abadía.

—Podemos quedarnos en el pueblo —sugirió Rymer.

—Habrá una taberna —dijo Thomas.

—Es lo que estaba esperando.

—Mis hombres también se quedarán allí. —Thomas se quedó mirando el monasterio con sus altos muros en la creciente oscuridad. Estos tenían un aspecto tan formidable como las defensas de cualquier castillo—. ¿Es aquí? —preguntó a sire Roland, que había dirigido su caballo hacia Thomas.

—No sabría decirlo —respondió este.

—Más bien parece una fortaleza que un monasterio —comentó Thomas.

El caballero virgen miró los muros distantes con el ceño fruncido.

—A san Juniano le dijeron que guardara la espada de san Pedro en un lugar seguro, por lo que quizá sea una fortaleza, ¿no?

—Eso si se trata de san Juniano. —Al acercarse más, Thomas vio que las enormes puertas del monasterio estaban abiertas. Supuso que no las cerrarían hasta que el sol desapareciera al fin en el oeste—. Está enterrado allí, ¿no?

—Sus restos mortales están allí, sí.

—De modo que quizá *la Malice* se encuentre también allí.

—Y quizá sea allí donde debemos dejarla —replicó sire Roland.

—Lo haría si no creyera que Bessières la está buscando. Y si la encuentra la utilizará, no para la gloria de Dios, sino para la suya propia.

—¿Y vos la utilizaréis?

—Ya os lo dije —repuso Thomas con brusquedad—. La perderé. —Se dio la vuelta en la silla—. ¡Luc! ¡Gastar! ¡Arnaldus! Conmigo. ¡El resto quedaos en el pueblo! ¡Y pagad por los víveres!

Había elegido a gascones para que lo acompañaran para que los monjes no sospecharan que era leal a Inglaterra.

Robbie, Keane y sire Roland también se quedaron con Thomas. Genevieve y Bertille se empeñaron en acompañarle, aunque Hugh quedó al cuidado de Sam y los demás arqueros.

—¿Por qué no te llevas a los arqueros? —preguntó Genevieve con aspereza.

—Son monjes —contestó Thomas—, solo monjes. Les preguntaremos y nos marcharemos.

—¿Con *la Malice*? —quiso saber Genevieve.

—No lo sé —repuso Thomas—. Ni siquiera sé si *la Malice* existe.

Clavó los talones para llegar a la puerta antes de que el sol desapareciera por el horizonte. Cruzó a medio galope un prado en el que un niño pequeño y un perro grande vigilaban un rebaño de cabras, y ambos observaron en silencio a los jinetes que pasaban. Un magnífico puente de piedra cruzaba el río desde el prado y, al otro lado, el camino se bifurcaba. El que estaba a mano izquierda conducía al pueblo y el de la derecha al monasterio. Thomas vio que este se hallaba medio rodeado por una parte del cauce del río, que se había desviado para formar una especie de foso ancho, quizá para que los monjes pudieran tener pescado. También vio a dos figuras con hábito que caminaban hacia la puerta abierta y volvió a espolear su caballo. Los dos monjes lo vieron venir y esperaron.

—¿Estáis aquí por los peregrinos? —le preguntó uno de ellos a modo de saludo.

Thomas abrió la boca para preguntarle a qué se refería pero en cambio tuvo el tino de asentir.

—Así es —le dijo.

—Llegaron hace una hora. Se alegrarán de tener protección, creen que los ingleses andan cerca.

—No vimos a ningún inglés —dijo Thomas.

—Aun así se alegrarán de veros —repuso el monje—. Son tiempos peligrosos para andar de peregrinación.

—Todos los tiempos son peligrosos —afirmó Thomas, y condujo a sus seguidores por debajo del alto arco. El sonido de los cascos de los caballos resonó en las paredes de piedra cuando la campana dejó de sonar—. ¿Dónde están? —se volvió a preguntar al monje.

—¡En la abadía! —gritó este.

—¿Nos está esperando alguien? —preguntó Genevieve.

—No nos esperan —respondió Thomas.

—¿Quiénes? —insistió ella.

—Solo unos peregrinos.

—Envía a buscar a los arqueros.

Thomas echó un vistazo a sus tres gascones, a Robbie y a sire Roland.

—Creo que un grupo de peregrinos no suponen ningún peligro —afirmó con sequedad.

Los caballos llenaron el pequeño espacio entre los muros y la iglesia de la abadía. Thomas se deslizó de la silla y comprobó de forma instintiva que su espada saliera con facilidad de la vaina. Oyó que las puertas del monasterio se cerraban con estrépito y el golpe sordo de la tranca que se dejó caer en su sitio.

Ya casi era de noche y los edificios del monasterio se veían negros contra un cielo débilmente luminoso, en el que brillaban las primeras estrellas. Una antorcha ardía en un soporte entre dos edificios de piedra que podían haber sido dormitorios, en tanto que otras dos resplandecían en las escaleras de la abadía. Una calle adoquinada pasaba frente a la abadía. En su otro extremo, allí donde otra puerta que atravesaba el alto muro del monasterio seguía aún abierta, Thomas vio un grupo de caballos ensillados y cuatro ponis de carga que sujetaban unos criados.

Desmontó y se volvió hacia las escaleras, donde las antorchas parpadeaban soltando chispas y se extinguían junto a la puerta abierta. A través de ella le llegaba el canto de los monjes, un sonido lento y hermoso, profundo y rítmico, que fluía y reflúa como las mareas del mar. Subió las escaleras despacio y el interior del edificio se fue revelando poco a poco; un esplendor de velas brillantes, piedra pintada, pilares tallados y altares relucientes. ¡Había tantas velas! La larga nave estaba llena de monjes con cogulla negra entonando cantos y haciendo genuflexiones. Thomas se fijó en que ahora el sonido resultaba amenazador, como la marea que se convierte en profundas olas. Distinguió las palabras mientras entraba a la luz de las velas y reconoció que eran de un salmo. «*Quoniam propter te mortificamur tota die*», entonaban las voces masculinas alargando las sílabas, «*aestimati sumus sicut oves occisionis*».

—¿Qué dicen? —susurró Genevieve.

—Por ti consideramos la muerte todo el día —tradujo Thomas en voz baja— y somos juzgados como corderos que van a ser sacrificados.

—No me gusta —comentó con nerviosismo.

—Solo necesito hablar con el abad —la tranquilizó Thomas—. Esperaremos a que termine el oficio.

Thomas miró el elevado coro en el que solo vio una gran pintura en la pared que

representaba a Jesucristo juzgando. Los pecadores caían a un Infierno encendido que había a un lado y, sorprendentemente, sus filas estaban llenas de sacerdotes y monjes con hábito. Más cerca, en la nave, había una pintura de Jonás y la ballena, un tema que a Thomas le pareció raro en un monasterio situado tan al interior. Le recordó que su padre le contaba esa antigua historia y que de pequeño había bajado a la playa de guijarros de Hookton y se había quedado mirando con la esperanza de ver una gran ballena que pudiera tragarse a un hombre.

Enfrente de Jonás, medio ensombrecida por las columnas, había otra pintura que Thomas se dio cuenta de que era de san Juniano. Se veía al monje arrodillado en un rodal de tierra en la nieve mirando extasiado hacia lo alto, donde un brazo salía del Cielo para entregarle una espada.

—¡Ahí está! —dijo maravillado.

Los monjes que estaban al fondo de la nave lo oyeron y la mayoría de ellos se volvieron y vieron a Genevieve y Bertille.

—¡Mujeres! —masculló uno de ellos en tono de alarma.

Un segundo monje se acercó a Thomas a toda prisa.

—¡Los peregrinos solo pueden entrar en la iglesia entre maitines y la hora nona —anunció con indignación—, ahora no! ¡Marchaos, todos!

Robbie, Keane, sire Roland y los tres gascones habían seguido a Thomas al interior de la iglesia, y el monje indignado extendió los brazos para echarlos a todos.

—¡Lleváis espadas! —protestó—. ¡Debéis marcharos!

Más monjes se volvieron a mirar, un gruñido interrumpió los cánticos y Thomas recordó que su padre decía que daba más miedo un hatajo de monjes que cualquier cuadrilla de bandidos. «La gente cree que no son más que unos maricas castrados, pero no lo son, ¡por Dios que no! ¡Saben pelear como salvajes!».

Aquellos monjes tenían ganas de pelea y por lo menos debían de ser unos doscientos. Debían pensar que ningún hombre de armas se atrevería a desenvainar una espada dentro de la abadía y el monje que estaba más cerca debió de creérselo, porque lanzó con fuerza su mano carnosa contra el pecho de Thomas al tiempo que una campana empezaba a sonar frenéticamente en el altar mayor. Su sonido se vio reforzado por el de un báculo golpeando contra el suelo de piedra.

—¡Dejad que se queden! —bramó una gran voz—. ¡Les ordeno que se queden! —Los restos del canto se fueron apagando de manera irregular hasta que acabaron silenciándose del todo. El monje aún tenía la mano en el pecho de Thomas.

—Quítala —le dijo Thomas en voz baja. El hombre le dirigió una mirada hostil y *le Bâtard* le agarró la mano para doblársela hacia atrás utilizando la fuerza que se obtiene tensando la cuerda de un arco de guerra. El monje se resistió, pero luego abrió mucho los ojos, atemorizado, al sentir la fuerza del arquero. Intentó retirar la mano y Thomas se la dobló con más fuerza hasta que notó que se fracturaba el hueso

de la muñeca—. Te dije que la quitaras —susurró.

—¡Thomas! —exclamó Geneviève, ahogando un grito.

Este miró hacia el altar mayor y vio en él a una figura; a un hombre enorme envuelto en rojo, alto, gordísimo y autoritario. Los peregrinos iban encabezados por el cardenal Bessières. Y no estaba solo. Había ballesteros en los extremos de la nave, y oyeron el chasquido de sus cuerdas al encajar en el mecanismo del gatillo. Al menos había una docena de arqueros, todos ellos con la librea de un caballo verde sobre un campo blanco. Con ellos había hombres de armas, y allí, al lado del cardenal en lo alto de los escalones del altar, estaba el conde de Labrouillade.

—Tenías razón —admitió Thomas en voz baja—. Debería haber traído a los arqueros.

—¡Traedlos aquí! —ordenó Bessières. Estaba sonriendo y no era de extrañar; sus enemigos habían ido directos a él y ahora los tenía a su merced: y el cardenal Bessières, arzobispo de Livorno y legado papal del trono de Francia, no tenía compasión. El padre Marchant, alto y adusto, estaba al lado del cardenal. Thomas, cuando lo obligaron a avanzar por la nave entre los monjes que se apartaron para dejarles pasar, vio que había más hombres de armas en las sombras de los muros de la abadía—. Bienvenido —dijo el cardenal—, Guillaume d’Evecque.

—Thomas de Hookton —dijo Thomas con aire desafiante.

—*Le Bâtard* —terció el padre Marchant.

—¡Y la puta hereje de su mujer! —exclamó el cardenal.

—Y mi esposa también —masculló Labrouillade.

—¡Dos putas! —anunció el cardenal en tono divertido—. ¡Que no se muevan de ahí! —Gruñó la orden dirigiéndose a los ballesteros que vigilaban a Thomas—. Thomas de Hookton —dijo—, *le Bâtard*. ¿Por qué estáis en este lugar de oración?

—Me encomendaron una tarea —respondió Thomas.

—¡Una tarea! ¿Y cuál es? —El cardenal le hablaba con amabilidad fingida, como si estuviera consintiendo a un niño pequeño.

—Evitar que una reliquia sagrada caiga en malas manos.

El cardenal torció la boca con un esbozo de sonrisa.

—¿Qué reliquia, hijo mío?

—*La Malice*.

—¡Ah! ¿Y qué manos son esas?

—Las vuestras —declaró Thomas.

—¡Ya veis de qué infamia es capaz *le Bâtard*! —El cardenal se dirigió entonces a toda la abadía—. ¡Se atreve a negar a la Santa Madre Iglesia una de sus reliquias más sagradas! ¡Ya está excomulgado! Se le ha excluido de la salvación y aun así osa venir aquí, trayendo a sus putas a este lugar bendecido, para robar lo que Dios ha dado a sus fieles servidores. —Levantó una mano y señaló a Thomas—. ¿Negáis que estáis

excomulgado?

—Me declaro culpable de una cosa —dijo Thomas.

El cardenal frunció el ceño.

—¿Y cuál es?

—Teníais un hermano —dijo Thomas. Al cardenal se le ensombreció el rostro, le tembló el dedo que tenía extendido y lo dejó caer—. Teníais un hermano —repitió— que ahora está muerto.

—¿Qué sabéis vos de eso? —preguntó el cardenal en tono peligroso.

—Sé que lo mató una flecha disparada por un cachorro del diablo —respondió Thomas. Podría haber suplicado por su vida, pero sabía que no conseguiría nada. Estaba atrapado, rodeado de ballesteros en tensión y de hombres de armas, y lo único que le quedaba era el desafío—. Sé que lo mató una flecha cortada de un fresno a la puesta de sol —siguió diciendo—. Una flecha pelada de su corteza por el cuchillo de una mujer, con una punta de acero que se forjó una noche sin estrellas, y empendolada con plumas de un ganso que mató un lobo blanco. Y sé que la flecha la disparó un arco que había permanecido una semana en una iglesia.

—Brujería —susurró el cardenal.

—Deben morir todos, Eminencia. —Era la primera vez que hablaba el padre Marchant—. Y no solo las putas y los excomulgados, ¡esos hombres también! —señaló a Robbie y a sire Roland—. ¡Han roto sus juramentos!

—¿Un juramento hecho a un hombre que tortura a mujeres? —replicó Thomas con desdén—. Oyó el sonido de cascos de caballos sobre el patio adoquinado del exterior de la abadía. Se oyeron voces enfadadas.

El cardenal también las había oído, y dirigió la mirada a la puerta de la abadía, pero no vio nada amenazante.

—Morirán —afirmó, dirigiendo la mirada de nuevo hacia Thomas—. *La Malice* les dará muerte. —Chasqueó los dedos.

En aquel momento, una docena de monjes que estaban de pie junto al altar mayor se apartaron y Thomas vio a un fraile. Era un hombre mayor, y su hábito blanco estaba manchado con la sangre de sus labios y nariz, rotos por la paliza que le habían dado. A sus espaldas, en las sombras de detrás del altar, había una tumba. Era un ataúd de piedra, tallado y pintado, que descansaba sobre dos pedestales de piedra contruidos en un nicho del ábside. La tapa se había retirado un poco. Entonces una figura conocida salió de la oscuridad. Sculley se acercó a la tumba con el traqueteo de los huesos que llevaba en su larga cabellera y metió la mano dentro. Tenía más huesos sujetos a la barba, y golpeaban contra el peto que llevaba sobre su cota de malla.

—Me mentisteis —gritó a Robbie—, me hicisteis luchar por los malditos ingleses y vuestro tío dice que debéis morir, que sois un pusilánime. No merecéis llevar el

nombre de Douglas. Sois un pedazo de mierda, eso es lo que sois.

Y de la tumba sacó una espada. No se parecía en nada a las espadas de las pinturas de las paredes de las iglesias. Aquella parecía un alfanje, una de esas espadas baratas que podían utilizarse además para cortar el heno. Tenía una hoja gruesa y curva que se ensanchaba hacia la punta; un arma para propinar tajos burdos más que para clavar. La hoja parecía vieja y descuidada; estaba picada, oscurecida y era tosca, y sin embargo Thomas sintió el impulso de caer de rodillas. Jesucristo en persona había mirado esa espada, puede que la hubiera tocado, y la noche anterior a su agonía se había negado a dejar que ese arma lo salvara. Era la espada del Pescador.

—Matadlos —dijo el cardenal.

—No debería derramarse sangre —protestó un monje alto con una barba gris. Tenía que ser el abad.

—Matadlos —repitió el cardenal, y los ballesteros alzaron sus armas—. ¡Con flechas no! —gritó Bessières—. Dejemos que *la Malice* cumpla su cometido y sirva a la Iglesia tal como es su finalidad. ¡Dejemos que realice su glorioso trabajo!

Y el arquero soltó la cuerda, y la flecha voló.

La flecha alcanzó a Sculley de lleno en el peto. El proyectil tenía una cabeza en forma de aguja, concebida para perforar la armadura. Los punzones estaban hechos de acero. Eran unas cabezas largas, finas y puntiagudas que no tenían engorras, y los primeros centímetros de madera de fresno de aquella flecha se habían reemplazado por un trozo corto de duro roble. Si había alguna flecha que pudiera penetrar en el acero, era la rematada con aquella pesada aguja que concentraba el peso y el impulso en un pequeño punto, pero se arrugó como si fuera de hierro barato. Pocos herreros sabían cómo fabricar un buen acero, pero aunque la flecha no había logrado atravesar el peto de Sculley, la fuerza del golpe del proyectil bastó para empujarlo hacia atrás y hacer que retrocediera, tambaleándose unos tres pasos, con lo que tropezó con los escalones del altar y cayó pesadamente sentado en el suelo. Cogió la flecha que lo había alcanzado, miró su punta doblada y sonrió ampliamente.

—Si alguien mata a alguien en esta maldita iglesia —gritó una voz desde el fondo de la abadía— seré yo. ¿Qué demonios está ocurriendo aquí?

Thomas dio media vuelta. El fondo de la abadía estaba llena de hombres de armas y arqueros, todos ellos con el mismo escudo: un león rampante dorado sobre un fondo de flores de lis doradas en un campo azul. Era el mismo distintivo que llevaba Benjamín Rymer, la librea del conde de Warwick, y el gruñido de la voz y la confianza del recién llegado sugerían que tenía que ser el conde en persona el que en aquellos momentos recorría la nave a grandes zancadas.

Llevaba una magnífica armadura completa, salpicada de barro, que sonaba mientras sus botas recubiertas de acero golpeaban brutal y estrepitosamente las piedras de la nave. No vestía jubón, de modo que no lucía ningún escudo de armas, pero proclamaba su posición mediante una cadena de oro, corta y gruesa, que colgaba sobre una bufanda de seda azul. Tendría unos pocos años más que Thomas, un rostro delgado y sin afeitar, y un cabello castaño despeinado, que había quedado comprimido por el yelmo que sujetaba un escudero. Tenía el ceño fruncido.

Paseó la mirada con rapidez por la abadía, pareciendo despreciar todo lo que veía. Lo seguía otro hombre de más edad y de pelo entrecano, barba corta y una armadura maltrecha, cuyo rostro de rasgos marcados, bronceados por el sol, le resultó familiar.

El cardenal golpeó su báculo contra los escalones del altar.

—¿Quién sois? —exigió saber.

El conde, si es que era el conde, no le hizo caso.

—¿Quién diantre va a matar a quién aquí? —preguntó.

—Es un asunto de la Iglesia —anunció el cardenal con altivez— y vais a marcharos.

—Me marcharé cuando esté preparado para irme —replicó el recién llegado, y

dio media vuelta con rapidez cuando en el fondo de la abadía se oyó una pelea—. Si aquí dentro hay algún problema, haré que mis hombres os echen a todos del puto monasterio. ¿Queréis pasar la noche en los campos? ¿Quién sois?

Esta última pregunta fue dirigida a Thomas que, suponiendo que era el conde, se arrodilló.

—Sir Thomas Hookton, sire, al servicio del conde de Northampton.

—Sir Thomas estuvo en Crécy, mi señor —terció en voz baja el hombre de cabello entrecano—. Era uno de los hombres de Will Skeat.

—¿Sois arquero? —le preguntó el conde.

—Sí, mi señor.

—¿Y caballero? —Lo dijo en tono de sorpresa y desaprobación al mismo tiempo.

—En efecto, mi señor.

—Nombrado caballero mercedamente, mi señor —afirmó el segundo hombre con firmeza. Y entonces Thomas se acordó de él. Era sir Reginald Cobham, un veterano y renombrado soldado.

—Estuvimos juntos en el vado, sir Reginald —dijo Thomas.

—¡Blanchetaque! —exclamó Cobham al acordarse del nombre del vado—. ¡Santo Dios, fue un combate excepcional! —Sonrió—. Teníais a un cura combatiendo con vos, ¿verdad? El cabrón cercenaba cabezas francesas con un hacha.

—El padre Hobbe —dijo Thomas.

—¿Habéis terminado? —interrumpió el conde con un gruñido.

—Ni mucho menos, mi señor —repuso Cobham alegremente—, podríamos pasarnos unas cuantas horas más recordando.

—Malditas sean vuestras entrañas —dijo el conde, aunque sin rencor.

Puede que fuera un conde inglés, pero sabía muy bien que lo mejor que podía hacer era escuchar los consejos de hombres como sir Reginald Cobham. Todos los grandes señores tenían junto a ellos hombres como él, nombrados por el rey como consejeros. Uno podía nacer rico, con títulos y privilegios, pero nada de esto lo convertía en soldado, de manera que el rey se aseguraba de que sus nobles fueran aconsejados por hombres de menor rango que supieran más que ellos.

Puede que el conde estuviera al mando, pero si era sensato solo daría las órdenes después de que Sir Reginald hubiese decidido. Warwick era un hombre experimentado, había luchado en Crécy, pero también era lo bastante juicioso como para escuchar consejos. Sin embargo, en aquel momento parecía estar demasiado enojado para ser prudente y su furia se intensificó cuando vio el corazón rojo en el jubón mugriento de Sculley.

—¿Ese es el blasón de los Douglas? —preguntó en tono peligroso.

—Es el más sagrado corazón de Cristo —respondió el cardenal antes de que Sculley tuviera oportunidad de hablar. No es que Sculley hubiera entendido la

pregunta, que se había hecho en francés. El escocés se había levantado y fulminaba a Warwick con una mirada tan feroz que el cardenal, creyendo que el hombre con huesos colgando podía empezar una pelea, lo empujó hacia el grupo de monjes que estaban junto al altar—. Estos hombres —Bessières hizo un gesto para señalar a los ballesteros y hombres de armas con la librea de Labrouillade— están sirviendo a la Iglesia. Estamos en una misión para Su Santidad el Papa y vos —dijo señalando al conde con un dedo amenazador—, estáis entorpeciendo nuestras obligaciones.

—¡Yo no estoy entorpeciendo una mierda!

—En tal caso, abandonad este recinto y permitidnos continuar con nuestras oraciones —exigió el cardenal en tono pomposo.

—¿Oraciones? —preguntó el conde mirando a Thomas.

—Asesinato, mi señor.

—¡Una ejecución justificada! —exclamó el cardenal con voz de trueno. El dedo con el que señalaba a Thomas le tembló—. Este hombre está excomulgado. ¡Odiado por Dios, detestado por el hombre y enemigo de la Madre Iglesia!

El conde miró a Thomas.

—¿Es verdad? —le preguntó con aire absolutamente contrariado.

—Eso dice, mi señor.

—¡Es un hereje! —El cardenal vio en aquello una ventaja e insistió con vehemencia—. ¡Está condenado! ¡Igual que esta puta, su mujer, y esa otra puta que es una adúltera! —Señaló a Bertille.

El conde miró a Bertille y dio la impresión de que su terrible malhumor se apaciguó al mirarla.

—¿Ibais a matar también a estas dos mujeres?

—El juicio de Dios es justo, inmutable y misericordioso —dijo el cardenal.

—¡No! ¡Mientras yo esté aquí no lo es! —replicó el conde con agresividad—. ¿Las mujeres están bajo vuestra protección? —preguntó a Thomas.

—Sí, mi señor.

—Levantaos, hombre —le indicó el conde. Thomas seguía arrodillado—. ¿Y sois inglés?

—En efecto, mi señor.

—Es un pecador —terció el cardenal—, condenado por la Iglesia. Está fuera de la ley del hombre, sujeto solo a la de Dios.

—Es inglés —dijo el conde enérgicamente—, y yo también. ¡Y la Iglesia no mata! Entrega a los hombres al poder civil, ¡y ahora mismo yo soy dicho poder! Soy el conde de Warwick y no voy a matar a un inglés por el bien de la Iglesia, a menos que me lo ordene el arzobispo de Canterbury.

—¡Pero es que está excomulgado!

El conde se burló de esta reivindicación con una risotada.

—¡Hace dos años —dijo—, vuestros malditos curas excomulgaron a dos vacas, a una oruga y a un sapo, todos en Warwick! Utilizáis la excomuni3n como una madre usa la vara para corregir a sus hijos. No pod3is tenerle, es mío; es ingl3s.

—Y ahora mismo —añadi3 sir Reginald Cobham en voz baja y en ingl3s—, necesitamos a cuantos arqueros ingleses podamos encontrar.

—¿Por qu3 est3is vos aqu3? —pregunt3 el conde al cardenal y, tras una pausa deliberadamente insultante, aÑadi3—: Eminencia.

El cardenal hizo una mueca de furia al ver que se le negaba la venganza que buscaba, pero la control3.

—Su Santidad el Papa —explic3—, nos envi3 para suplicar, tanto a vuestro pr3ncipe como al rey de Francia, que hagan las paces. Viajamos bajo la protecci3n de Dios y somos reconocidos como mediadores por vuestro rey, vuestro pr3ncipe y vuestra Iglesia.

—¿Las paces? —espet3 el conde—. Decidle al usurpador de Juan que ceda el trono de Francia a su leg3timo propietario, Eduardo de Inglaterra, y entonces tendr3is vuestra paz.

—El Santo Padre cree que ya ha habido demasiadas muertes —dijo el cardenal en tono devoto.

—Y estabais a punto de aumentar el n3mero —replic3 el conde—. ¡No vais a hacer las paces matando mujeres en la Iglesia de una abad3a, de modo que marchaos! Encontrar3is al pr3ncipe por all3 —seÑal3 hacia el norte—. ¿Qui3n es el abad aqu3?

—Soy yo, sire. —Un hombre alto, calvo y con una larga barba gris sali3 de entre las sombras del 3bside.

—Necesito grano, necesito alubias, necesito pan, necesito vino, necesito pescado seco, necesito todo lo que hombres y caballos puedan comer o beber.

—Tenemos muy poca cosa —dijo el abad con nerviosismo.

—Pues nos llevaremos lo poco que teng3is —anunci3 el conde, y a continuaci3n mir3 al cardenal—. Seguis aqu3, Eminencia, y os dije que os marcharais. De modo que hacedlo. Ahora este monasterio est3 en manos inglesas.

—No pod3is darme 3rdenes —protest3 Bessi3res.

—Acabo de hacerlo. Y tengo m3s arqueros, m3s espadas y m3s hombres que vos, de modo que marchaos antes de que pierda los estribos y haga que os echen a la fuerza.

El cardenal vacil3 y luego decidi3 que la prudencia era mejor que el desaf3o.

—Nos marcharemos —anunci3. Hizo una seÑal a sus seguidores y recorri3 la nave con paso airado. Thomas se movi3 para interceptar a Sculley y vio que el escoc3s se hab3a esfumado.

—Sculley —dijo—. ¿D3nde est3?

El abad seÑal3 hacia un arco ensombrecido junto al 3bside. Thomas fue corriendo

hacia él y empujó la puerta para abrirla, pero fuera no vio nada más que una franja de adoquines iluminados por la luz de las llamas y el muro exterior del monasterio.

La espada del Pescador había desaparecido.

Una luna intermitente se deslizaba entre las nubes altas y, junto con las antorchas, proporcionaba suficiente luz para ver que el patio adoquinado de detrás de la iglesia estaba vacío. A Thomas se le erizó el vello de la nuca y, temiendo que el escocés estuviera oculto en la profundidad de las sombras para tenderle una emboscada, desenvainó la espada. La larga hoja raspó contra la boquilla de la vaina.

—¿Quién era? —preguntó una voz. Thomas dio media vuelta con rapidez y el corazón acelerado. Vio que era el monje dominico ensangrentado el que había hablado.

—Un escocés —respondió Thomas. Volvió a escudriñar las sombras—. Un escocés peligroso.

—Tiene *la Malice* —dijo el fraile de manera inexpresiva.

Un ruido en los arbustos hizo que Thomas se volviera, pero no era más que un gato que acechaba desde las ramas bajas y que cruzó en dirección a un edificio alejado.

—¿Quién sois? —le preguntó al fraile.

—Me llamo fray Ferdinand —contestó el hombre.

—Os golpearon, ¿verdad?

—Fue el escocés, siguiendo las órdenes del cardenal. Luego el abad le dijo dónde estaba escondida.

—¿En la tumba?

—En la tumba —confirmó fray Ferdinand.

—Estabais en Mouthoumet —declaró Thomas en tono acusador.

—El señor de Mouthoumet era un amigo —afirmó el fraile—, y era bueno conmigo.

—Y el señor de Mouthoumet era un Planchard —repuso Thomas—, y la familia Planchard era hereje.

—Él no era ningún hereje —replicó fray Ferdinand con ferocidad—. Puede que fuera un pecador, ¿pero quién de nosotros no lo es? No era un hereje.

—¿El último de los Señores Oscuros? —preguntó Thomas.

—Dicen que todavía hay uno con vida —comentó el fraile, y se santiguó.

—Así es —corroboró Thomas—, se llama Vexille.

—Ellos eran los peores de los siete —dijo fray Ferdinand—. Los Vexille no conocían la piedad, no mostraban compasión y llevaban la maldición de Cristo.

—Mi padre se llamaba Vexille —admitió Thomas—. No utilizaba ese nombre, y yo tampoco lo utilizo, pero soy un Vexille. Señor de Dios sabe qué y conde de algún

que otro lugar.

Fray Ferdinand frunció el ceño y miró a Thomas como si fuera una bestia peligrosa.

—¿De modo que el cardenal tiene razón? ¿Sois un hereje?

—No soy un hereje —replicó Thomas con fiereza—. Solo soy un hombre que contraría al cardenal Bessières. —Volvió a meter la espada en la vaina. Acababa de oír cerrarse y atrancarse una puerta y supuso que Sculley y el cardenal se habían marchado—. Habladme de *la Malice* —le exigió.

—*La Malice* es la espada de san Pedro —dijo el fraile—, la que utilizó en el huerto de Getsemaní para proteger a Nuestro Señor. Fue entregada a san Juniano, pero los Señores Oscuros la encontraron y, cuando su herejía fue quemada de la faz de la tierra, la escondieron para que sus enemigos no pudieran encontrarla.

—¿La escondieron aquí?

Fray Ferdinand negó con la cabeza.

—La enterraron en la tumba de un Planchard en Carcasona. El señor de Mouthoumet me pidió que la encontrara para que no la descubrieran los ingleses.

—¿Y vos la trajisteis hasta aquí?

—El señor estaba muerto cuando regresé de Carcasona —explicó el fraile—; y no sabía a qué otro lugar llevarla. Pensé que estaría más segura escondida aquí. —Se encogió de hombros—. Es aquí donde pertenece.

—Aquí nunca tendría paz —afirmó Thomas.

—¿Porque ya no está escondida?

Thomas movió la cabeza afirmativamente.

—¿Y es lo que queréis? —le preguntó fray Ferdinand con recelo—. ¿Qué tenga paz?

Thomas echó un último vistazo a los terrenos del monasterio y luego empezó a andar de nuevo hacia la abadía.

—Yo no soy un Señor Oscuro —dijo—. Puede que mis antepasados fueran cátaros, pero yo no lo soy. De todos modos, cumpliré con su mandato. Me aseguraré de que sus enemigos no puedan utilizarla.

—¿Cómo?

—Quitándosela a ese cabrón de Sculley, por supuesto —respondió Thomas.

Volvió a la iglesia de la abadía. Los monjes se estaban marchando y soplaban las velas para apagarlas, pero aún quedaba luz suficiente para ver el interior del ataúd de piedra medio abierto, que ocupaba su lugar de honor detrás del altar. Allí yacía san Juniano, con las manos cruzadas y la piel de la cara, de un marrón amarillento, que se extendía tirante sobre el cráneo. Las cuencas de los ojos estaban vacías y los labios encogidos y retraídos dejaban ver cinco dientes amarillos. Llevaba puesto un hábito benedictino y tenía una sencilla cruz de madera en las manos.

—Descansa en paz —dijo fray Ferdinand al cadáver, y alargó la mano para tocar las del santo—. ¿Y cómo os aseguraréis de que vuestros enemigos no puedan utilizar *la Malice*? —preguntó a Thomas.

—Haciendo lo que queráis hacer vos —respondió Thomas—. La esconderé.

—¿Dónde?

—Donde nadie pueda encontrarla, por supuesto.

—¡Sir Thomas! —gritó sir Reginald Cobham desde el otro extremo de la nave—, ¿vais a venir con nosotros?

Fray Ferdinand puso una mano en el brazo a Thomas para que no se marchara.

—¿Me lo prometéis?

—¿Si os prometo el qué?

—¿La esconderéis?

—Lo juro por san Juniano —dijo Thomas. Dio la vuelta y puso la mano derecha sobre la frente del santo muerto. La piel tenía un tacto como de suave vitela bajo sus dedos—. Juro que haré que se pierda *la Malice* para siempre —declaró—. Lo juro por san Juniano, y que él interceda ante Dios para mandarme al Infierno eterno si rompo esta solemne promesa.

El fraile asintió, satisfecho.

—Siendo así os ayudaré.

—¿Rezando?

El fraile dominico sonrió.

—Rezando —dijo—. Y si mantenéis vuestra promesa, mi trabajo ha terminado. Regresaré a Mouthoumet. Es un lugar para morir tan bueno como cualquier otro. —Tocó el hombro a Thomas—. Tenéis mi bendición.

—¡Sir Thomas!

—¡Ya voy, sir Reginald!

Sir Reginald condujo a Thomas con paso enérgico por las escaleras de la abadía hasta la calle adoquinada. Allí había dos carros que se estaban cargando con alubias, grano, queso y pescado seco de los almacenes del monasterio.

—Somos la retaguardia —explicó sir Reginald—, lo cual no significa una mierda, porque ahora mismo vamos por delante del ejército del príncipe. Está en lo alto de aquella colina. —Señaló al norte, donde Thomas distinguió la mole oscura de una alta colina bordeada de árboles bajo la pálida luz de la luna—. Los franceses se encuentran en algún lugar al otro lado, sabe Dios dónde, pero no están lejos.

—¿Vamos a combatir contra ellos?

—Solo Dios lo sabe. Creo que al príncipe le gustaría acercarse más a Gascuña, andamos cortos de comida. Si nos quedamos aquí un par de días más, dejaremos los campos sin grano, pero si seguimos hacia el sur puede que los malditos franceses nos adelanten. Marchan con rapidez. —Dijo todo esto mientras caminaba junto a los

carros que cargaban unos arqueros—. Pero salir de aquí será un trabajo del diablo. Están cerca y tenemos que llevar los carros y los caballos de carga al otro lado del río sin que esos cabrones nos ataquen. Ya veremos lo que nos depara la mañana. ¿Eso de ahí es vino? —Dirigió la pregunta a un arquero que llevaba un barril a un carro.

—Sí, sir Reginald.

—¿Cuánto hay?

—Seis barriles como este.

—¡Mantened vuestras ladronas manos alejadas de ellos!

—¡Sí, sir Reginald!

—No lo harán, por supuesto —le dijo sir Reginald a Thomas—, pero es que lo necesitamos para los caballos.

—¿Para los caballos? —preguntó Thomas.

—No hay agua en la montaña y las pobres bestias están sedientas. De modo que les damos vino en vez de agua. Por la mañana se tambalearán un poco, pero como luchamos a pie no importa. —Se calló de repente—. ¡Dios mío, eso sí que es una mujer bonita! —Thomas creyó que hablaba de Bertille, que estaba con Genevieve, pero luego sir Reginald frunció el ceño—. ¿Qué le ha pasado en el ojo?

—Uno de los curas del cardenal intentó arrancárselo.

—¡Santo Dios! En la Iglesia hay algunos que son unos malvados hijos de puta. ¿Y lo han enviado a él para que logre la paz?

—Creo que el Papa preferiría ver cómo el príncipe se rinde —repuso Thomas.

—¡Ja! Espero que combatamos. —Dijo estas palabras en tono sombrío—. Y creo que lo haremos, creo que tendremos que hacerlo. Creo que nos harán luchar y creo que venceremos. Quiero ver cómo nuestros arqueros acaban con esos cabrones.

Y Thomas recordó la flecha que dio en el peto de Sculley. Las flechas se fabricaban por cientos de miles en Inglaterra, pero ¿estaban bien hechas? Había visto romperse demasiados proyectiles. Y sir Reginald creía que habría una batalla.

Pero el acero de las cabezas de flecha era endeble.

El rey no podía dormir.

Había estado cenando con su hijo mayor, el delfín, y con el pequeño, Felipe. Habían escuchado las canciones de los juglares sobre antiguas batallas llenas de gloria y el rey se había ido deprimiendo aún más mientras consideraba lo que se esperaba de él. Ahora quería estar solo y tener tiempo para pensar.

Entró en el huerto tapiado de una magnífica casa de piedra, que había requisado para que fuera su cuartel general. En torno a él, extendidas por un pueblo cuyo nombre no sabía, las hogueras de su ejército brillaban en la oscuridad. Oía reír a los soldados o gritar de deleite cuando sus tiradas de dados o sus manos de cartas eran afortunadas. Había escuchado que Eduardo, el príncipe de Gales, era jugador, ¿pero

cómo jugaría ahora el príncipe? ¿Y tenía suerte en el juego?

El rey se dirigió al muro norte del huerto y allí, subido a un banco, pudo ver el reflejo rojo de las fogatas inglesas. Parecían extenderse por el cielo nocturno, pero el brillo más reluciente perfilaba una colina alta y larga. ¿Cuántos hombres habría allí? Si es que realmente estaban allí. Quizá habían encendido las hogueras para convencerle de que se quedaban y luego se habían marchado hacia el sur llevándose consigo el botín.

Y si se habían quedado, ¿debía presentarles batalla? La decisión era suya y no sabía qué hacer. Algunos de sus señores le aconsejaron que evitara el combate, le dijeron que los arqueros ingleses eran demasiado mortíferos y sus hombres de armas demasiado salvajes, mientras que otros estaban seguros de que podían derrotar al príncipe jugador con facilidad. Gruñó para sus adentros. Deseaba estar de vuelta en París, donde los músicos lo entretendrían y estaría rodeado de bailarines; en cambio estaba Dios sabía dónde, en su propio país, y no sabía lo que debía hacer.

Se sentó en el banco.

—¿Vino, Majestad? —le preguntó un criado que salió de entre las sombras.

—No, gracias, Luc.

—Ha venido el señor de Douglas, sire. Desea hablar con vos.

El rey asintió con aire cansado.

—Trae un farol, Luc.

—¿Hablaréis con él, sire?

—Hablaré con él —respondió el rey, y se preguntó si el escocés tendría alguna novedad que contarle. Supuso que no.

Douglas lo instaría a atacar; a combatir en ese mismo instante. A matar a esos cabrones; a masacrarlos. El escocés llevaba semanas diciendo lo mismo. Él solo quería una batalla.

Quería matar ingleses, y él apoyaba su deseo, pero también le obsesionaba el miedo al fracaso. Y ahora volvería a soltarle una arenga. El rey Juan suspiró.

Le tenía miedo y, aunque el hombre siempre se había mostrado respetuoso, sospechaba que el escocés lo despreciaba. Pero Douglas no tenía su responsabilidad. Era un bruto con mucha confianza; un combatiente, un hombre nacido para la sangre, el acero y la batalla, pero el rey Juan tenía que atender a todo un país y no se atrevía a perder una batalla contra los ingleses. Le había costado un esfuerzo enorme formar aquel ejército, las arcas del tesoro estaban vacías, y si sufría una derrota, solo Dios sabía el caos en el que podría sumirse la pobre Francia. Pero la pobre Francia ya había sido violada. Los ingleses rondaban por el país incendiando, saqueando, destruyendo y matando. Y aquel ejército, el ejército del príncipe, estaba atrapado. O casi atrapado.

Había una posibilidad de destruirlo, de abatir el orgullo del enemigo, de dar a

Francia una gran victoria, y el rey Juan se permitió imaginarse entrando a caballo en París con el príncipe de Gales prisionero. Se imaginó los vítores, las flores arrojadas delante de su caballo, el vino que manaría de las fuentes y el *Te Deum* que se cantarían en Notre-Dame. Era un sueño cautivador, un sueño maravilloso; pero su hermana, la pesadilla, era la posibilidad de la derrota.

—Majestad. —Douglas apareció entre los perales, sosteniendo un farol. Hincó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza—. Estáis despierto tan tarde, sire.

—Igual que vos, mi señor —dijo el rey—. Y por favor, levantaos. —El rey llevaba un traje de terciopelo azul ribeteado de oro, bordado con flores de lis doradas y con un grueso cuello de piel plateada. Lamentó no llevar puesto algo más marcial, Douglas estaba impresionantemente vestido con cuero y malla, todo rasguñado y maltrecho. Llevaba un jubón corto que mostraba el descolorido corazón rojo de su familia y un grueso cinturón del que colgaba una espada monstruosamente pesada. También llevaba una flecha—. ¿Un poco de vino? —le ofreció el rey.

—Preferiría cerveza, Majestad.

—¡Luc! ¿Tenemos cerveza?

—¡Tenemos, Majestad! —gritó Luc desde la casa.

—Trae un poco para el señor de Douglas —dijo el rey, y a continuación hizo un gran esfuerzo y sonrió al escocés—. Supongo, mi señor, que habéis venido para animarme a atacar, ¿no?

—Confío en que lo hagáis, sire —respondió Douglas—. Si esos cabrones se quedan en esa colina, tendremos la oportunidad de aplastarlos.

—Sin embargo —comentó el rey con suavidad—, parece que ellos están en la cima de la colina y nosotros no. ¿No os parece que es lo que ellos querían?

—Las laderas del norte y el este son fáciles de atacar —afirmó Douglas en tono despectivo—: largas y poco empinadas, sire. En Escocia ni siquiera llamaríamos a eso una colina, no es más que un paseo. Una vaca coja podría subir hasta allí sin quedarse sin aliento.

—Es tranquilizador —comentó el rey.

Hizo una pausa mientras el criado traía una gran jarra de cuero llena de cerveza que el escocés engulló. El ruido que hacía era tan horrible como ver gotear la cerveza por la comisura de los labios de Douglas y empaparle la barba. El rey Juan pensó que era un animal, un bruto de los confines del mundo.

—Teníais sed, mi señor.

—Igual que los ingleses, sire —dijo Douglas, que con aire despreocupado arrojó la jarra de cuero a Luc. El rey suspiró para sus adentros. ¿Es que ese hombre no tenía modales?—. Hablé con un granjero —continuó diciendo Douglas— y me dijo que en esa montaña no hay agua.

—Creo que pasa un río detrás de ella, ¿no?

—¿Y cómo transportáis agua suficiente para miles de hombres y caballos cuesta arriba? Llevarán un poco, sire, pero no la suficiente.

—En tal caso, quizá deberíamos dejar que murieran de sed, ¿eh? —sugirió el rey.

—Antes escaparían hacia el sur, sire.

—De manera que queréis que ataque —dijo Juan en tono cansino.

—Quiero que veáis esto, sire —repuso Douglas, y le entregó la flecha.

—Una flecha inglesa —observó Juan.

—Tengo a un hombre —explicó Douglas— que ha estado ayudando al cardenal Bessières estas últimas semanas. No estoy seguro de que sea un hombre, sire, porque tiene más de animal y lucha como un demonio demente. ¡Por las entrañas de Cristo que me asusta! Así que ¡sabe Dios lo que le hace sentir al enemigo! Y esta misma noche, sire, un arquero inglés disparó esta flecha contra esa bestia. Le dio de lleno en el peto. Ese cabrón disparó desde no más de treinta o cuarenta pasos de distancia y mi criatura sigue viva. Más que viva, ahora mismo el afortunado bruto está haciendo bebés con alguna chica del pueblo. Y si un hombre es alcanzado por una flecha inglesa a cuarenta pasos y sobrevive para hacer el animal al cabo de un par de horas, es que ahí hay un mensaje para todos nosotros.

El rey cogió la cabeza de flecha. Antes había tenido unos diez centímetros de longitud, fina y afilada, pero ahora estaba doblada y aplastada. De modo que la flecha no había penetrado en el peto.

—Tenemos un refrán, mi señor —comentó el rey—, que dice que una golondrina no hace que sea verano.

—Nosotros también tenemos el mismo refrán, sire. ¡Pero miradla!

El tono imperioso del escocés irritó al rey, que tenía fama de irascible pero que logró controlar su ira. Pasó el dedo por la cabeza de flecha arrugada.

—¿Me estáis diciendo que está mal hecha? —preguntó—. ¿Una flecha? Vuestra bestia tuvo suerte, nada más.

—Fabrican las flechas a miles, sire —dijo Douglas. Estaba hablando en voz baja, en tono más serio que amedrentador—. Todos los condados de Inglaterra tienen la obligación de hacer miles de flechas. Algunos cortan la madera, otros recortan las astas, otros recogen las plumas de ganso, otros hierven la cola y los herreros fabrican las cabezas. Cientos de herreros por todo el territorio forjando cabezas de flecha a miles. Y todas esas cosas; las astas, las plumas y las cabezas, se recogen, se montan y se envían a Londres. Pero una cosa que sí sé, sire, es que cuando fabricas cosas por cientos de miles, no están tan bien hechas como un solo objeto creado por un artesano. Vos coméis en platos de oro, sire, y así debería ser, pero vuestros súbditos comen en unos de arcilla barata. Sus platos se hacen a miles y se rompen con facilidad. ¡Y las flechas cuestan más de fabricar que los cuencos y platos! El herrero tiene que juzgar cuánto hueso echar en el horno, ¿pero quién puede estar seguro

siquiera de que lo hace, para empezar?

—¿Huesos? —preguntó el rey.

Estaba fascinado por lo que Douglas le contaba. ¿De verdad era así cómo los ingleses hacían sus flechas? Claro que, ¿cómo si no? Disparaban cientos de miles en una sola batalla, de manera que tenían que fabricarlas en enormes cantidades y estaba claro que para eso hacía falta organización. Intentó imaginarse algo semejante en Francia y suspiró al ver la imposibilidad de dicha idea.

—¿Huesos? —repitió y se santiguó—. Parece brujería.

—Si fundís hierro en un horno, sire, obtenéis hierro. Pero si añadís huesos al fuego, obtenéis acero.

—No lo sabía.

—Dicen que los huesos de una virgen hacen el mejor de los aceros.

—Tiene sentido, supongo.

—Y las vírgenes escasean —afirmó Douglas—, pero vuestros armeros, sire, prestan mucha atención a su acero. Fabrican buenos petos, buenos cascos, buenas grebas. Tan buenos que paran una flecha inglesa barata.

El rey asintió. Tuvo que admitir que lo que decía el escocés tenía sentido.

—¿Creéis que tenemos demasiado miedo a los arqueros ingleses?

—Creo, sire, que si cargáis contra los ingleses a caballo, os harán trizas. Incluso las flechas baratas pueden matar a un caballo. Pero combatid a pie, señor, y las flechas rebotarán en el bien fabricado acero. Podrían atravesar un escudo, pero no atravesarán la armadura. Sería como si nos tiraran piedras.

El rey miró fijamente la flecha. Sabía que en Crécy los franceses habían cargado a caballo y estos habían muerto a centenares, y en el caos siguiente los hombres de armas también habían muerto a cientos. Y los ingleses habían combatido a pie. Ellos siempre combatían a pie; eran famosos por ello. Antes habían resultado vencidos en Escocia, abatidos a millares por los piqueros escoceses; fue la última vez que cargaron a caballo. Pensó que sus enemigos habían aprendido la lección. Así pues, él debía hacer lo mismo.

Los caballeros franceses creían que solo había una forma de luchar; a caballo. Era la manera noble de combatir: hombres, metal y caballos juntos; pero el sentido común le decía que Douglas estaba en lo cierto. Los caballos serían masacrados por la lluvia de flechas. Toqueteó la punta de flecha doblada. Así pues, ¿combatir a pie? ¿Hacer lo que hacían los ingleses? ¿Y entonces las flechas fallarían?

—Pensaré en lo que me habéis dicho, mi señor —dijo al escocés al tiempo que le devolvía la flecha—. Os agradezco vuestro consejo.

—Quedaos la flecha, sire —contestó este—, y obtened mañana una gran victoria.

El rey meneó la cabeza bruscamente.

—¡No, mañana no! Mañana es domingo. Es la Tregua de Dios. Los cardenales

han prometido hablar con el príncipe y convencerlo de que ceda a nuestras exigencias. —Miró hacia el norte—. Eso, si los ingleses siguen allí, por supuesto.

El señor de Douglas se abstuvo de ridiculizar la idea de guardar una tregua sagrada en domingo. En lo que a él concernía, no había ningún día más bueno que otro para matar ingleses, pero tenía la sensación de que había convencido al rey de que el enemigo era vulnerable, por lo que no tenía sentido contrariarlo.

—Pero cuando obtengáis esta gran victoria, sire —le dijo—, y llevéis vuestros prisioneros a París, llevaos también esta flecha y guardadla como recordatorio de que los ingleses pusieron su fe en un arma que no funciona. —Hizo una pausa y a continuación inclinó la cabeza—. Os deseo buenas noches, sire.

El rey no dijo nada. Daba vueltas a la flecha una y otra vez entre sus manos.

Y soñaba con los vítores resonando en París.

Amaneció con niebla entre los árboles. Todo estaba gris. El humo de un centenar de fogatas espesaba la bruma. A través de ella, los hombres con cota de malla caminaban como fantasmas. Un caballo que se había soltado de su atadura piafaba entre los robles y luego bajó por la cuesta hacia el río distante. El sonido de sus cascos se desvaneció en la calima. Los arqueros mantenían secas sus cuerdas enrollándolas y metiéndoselas en el casco o en bolsas. Los soldados frotaban los filos de sus hojas grises con piedras. Nadie hablaba mucho. Dos criados apartaban las bellotas a puntapiés para alejarlas de los caballos atados a las estacas.

—Es extraño —comentó Keane—, puedes dar bellotas a los ponis pero no a los caballos.

—Odio las bellotas —dijo Thomas.

—Envenenan a los caballos, pero no a los ponis. Nunca entendí por qué.

—Son demasiado amargas.

—Debes sumergirlas en agua corriente. Cuando el agua sale clara ya no saben amargas.

Había una gruesa capa de bellotas bajo sus pies. El muérdago colgaba de las ramas de los robles, aunque a medida que Thomas y Keane se dirigían al extremo oeste del bosque los grandes robles iban dando paso a castaños, perales silvestres y enebros.

—Antes decían —comentó Thomas— que una flecha hecha de muérdago no podía fallar.

—¿Y cómo harías una flecha de muérdago, por Dios? No es más que un manojito de ramitas.

—Sería una flecha corta.

Los dos lebreles se adelantaron a todo correr con el hocico pegado al suelo.

—Ellos no pasarán hambre —dijo Keane.

—¿Les das de comer?

—Se alimentan solos. Son perros de caza.

Salieron de los árboles y cruzaron una escabrosa franja de pastos hacia un punto donde la montaña caía empinada hacia el valle del río. Este también estaba oculto por la niebla. Los carros del ejército estaban allí abajo, en alguna parte, aparcados en un camino que conducía a un vado. Las copas de los árboles asomaban entre las nubes bajas. Al oeste había otro valle, mucho menos profundo que aquel. Thomas pensó que en Dorset lo llamarían hoya. La pendiente más cercana estaba cubierta por bancales de vid y la más alejada eran tierras de cultivo que ascendían hasta una amplia planicie. Allí no se percibía ningún movimiento.

—¿Es allí donde están los franceses? —preguntó Keane al ver dónde miraba Thomas.

—Al parecer nadie lo sabe. Aunque están cerca.

—¿Ah, sí?

—Escucha.

Guardaron silencio y, tras una pausa, Thomas oyó el sonido distante de una trompeta. Lo había escuchado hacía un momento y se preguntaba si se lo habría imaginado. Los dos lebreles aguzaron las orejas y miraron hacia el norte. Thomas, movido por la curiosidad, caminó hacia el sonido.

Los ingleses y sus aliados gascones estaban acampados entre los altos árboles de una colina alta, larga y ancha que se encontraba al norte del río Miosson. Si querían escapar de los franceses debían cruzar ese río. No era muy grande, pero sí profundo. Para cruzarlo, el ejército utilizaría el puente que había junto a la abadía y un vado situado más al oeste. Les llevaría tiempo y les daría a los franceses la oportunidad de atacar mientras el ejército estuviera a medio camino, por lo que tal vez se quedaran allí. Nadie lo sabía.

Aunque era seguro que el ejército permanecería en ese lugar al menos durante un tiempo, se estaban plantando banderas en la hierba que bordeaba los altos bosques de la cresta de la montaña. Las banderas iban de sur a norte y marcaban los puntos en los que debían reunirse los hombres de armas. En aquellos momentos la trompeta distante sonaba con más insistencia y sus toques hacían salir a los ingleses y gascones de los árboles.

Se preguntaron si el sonido presagiaba un ataque. La bandera del león del conde de Warwick se hallaba en el punto más meridional de la cumbre y, aunque ese era el lugar de Thomas, él siguió andando hacia el norte.

La hoya estaba a su izquierda. La ladera de dicha hoya era empinada en el punto donde la montaña se cruzaba con el río Miosson, pero a medida que Keane y él avanzaban hacia el norte, la pendiente se iba suavizando y el lecho del valle se elevaba. Por lo tanto, cuando llegó a la gran bandera con el blasón de las plumas del

príncipe de Gales, la pendiente a su izquierda era larga y poco empinada; una mera depresión entre aquella cumbre y la montaña de cima llana del oeste, aunque difícilmente resultaría una ruta de aproximación fácil si los franceses optaban por atacar desde allí.

La larga pendiente estaba cubierta de viñedos y las uvas estaban atadas con tallos de sauce a unas cuerdas de cáñamo tendidas entre unos postes de castaño. Para dificultar aún más las cosas, uno de los setos más tupidos que él hubiera visto jamás se extendía por la loma, un seto de una anchura de diez o doce pies que formaba un matorral infranqueable de zarzas y árboles jóvenes. En él había dos anchos huecos, donde los carros habían dejado unas grandes rodadas en la tierra, y a cuyos lados se estaban reuniendo los arqueros. Las banderas inglesas estaban a unos cuarenta o cincuenta pasos por detrás de dichas aberturas.

Keane contempló cómo se congregaba el ejército inglés. Hileras de hombres con cotas de malla y acero. Hileras de hombres con hachas y martillos, con mayales, garrotes, espadas y lanzas.

—¿Esperan un ataque? —preguntó en tono preocupado.

—No creo que lo sepa nadie —respondió Thomas—, pero por ahora no ha pasado nada.

Entonces volvió a sonar una trompeta, esta vez mucho más cerca. Los arqueros, que habían estado sentados, se pusieron de pie y algunos de ellos encordaron sus arcos. Plantaron flechas en la tierra, listas para cogerlas y dispararlas.

—Eso vino de la colina de allí —dijo Keane, mirando hacia la amplia y llana cima del oeste.

En aquella colina lejana no se veía nada. Dos jinetes con la librea del príncipe de Gales salieron al galope de entre los árboles y se detuvieron en uno de los grandes huecos del seto desde donde escudriñaron el oeste. En aquellos momentos ya había un gran número de hombres de armas bajo las banderas inglesas.

Thomas sabía que debería volver al extremo sur de la línea, donde se alzaba imponente la montaña sobre el valle del Miosson, pero en el preciso momento en el que daba media vuelta volvió a sonar la trompeta. Tres notas descaradas, cada una de ellas sostenida largo tiempo, y cuando la tercera nota se apagó, apareció un jinete en la cima de la colina. Se encontraba a una media milla de distancia, tal vez más, pero Thomas vio que llevaba una túnica llamativa. Luego observó que el hombre alzaba una mano y agitaba un palo grueso y blanco por encima de la cabeza.

—Un heraldo —dijo.

Hubo una pausa. El heraldo francés se quedó donde estaba, mirando la montaña ocupada por los ingleses, aunque no podía ver mucho del ejército del príncipe porque el denso seto de espino se lo ocultaba.

—¿Es que va a quedarse ahí sin hacer nada? —preguntó Keane.

—Está esperando al heraldo inglés —supuso Thomas, pero antes de que alguno de los heraldos del príncipe tuviera ocasión de reunirse con el francés, un grupo de jinetes aparecieron por la línea del horizonte. Iban vestidos de rojo o negro. Espolearon a sus caballos por la larga cuesta y bajaron hasta el lugar donde empezaban los viñedos—. ¡Tres cardenales! —exclamó Thomas.

Había seis hombres de armas con armadura de placas, pero los jinetes eran clérigos en su mayor parte: sacerdotes y monjes de negro, marrón o blanco guiados por tres hombres con vestiduras del rojo intenso de cardenal. Uno de ellos era Bessières. Thomas reconoció su figura y sintió lástima por el caballo que llevaba.

Los jinetes, todos menos uno, se detuvieron en la hondonada mientras un cardenal subía solo por la cuesta. Siguió un sendero estrecho que zigzagueaba entre las vides, observado por gran cantidad de ingleses y gascones que se apiñaban en los amplios huecos del seto.

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso! —gritaron unas voces por detrás de Thomas.

Unos hombres de armas con la librea real se abrían paso con dificultad a través de la multitud, separándola para abrir un espacio para el príncipe de Gales. Los hombres se arrodillaron.

El príncipe, montado en un semental gris, vestido con cota de malla bajo un jubón que mostraba su escudo de armas, y con un casco rodeado de una corona de oro, frunció el ceño con desconcierto cuando el cardenal se le acercó.

—Es domingo, ¿verdad? —preguntó en voz alta.

—Sí, sire.

—¡Quizá haya venido a darnos la bendición, chicos!

Los soldados se rieron. El príncipe, que no quería que el cardenal que se aproximaba viera demasiado de lo que había al otro lado del seto, hizo avanzar su caballo unos pasos. Esperó con la mano derecha apoyada en la empuñadura dorada de su espada.

—¿Alguien lo reconoce? —preguntó.

—Ese es Talleyrand —gruñó uno de los compañeros mayores del príncipe.

—¿Talleyrand de Périgord? —El príncipe parecía sorprendido.

—El mismo, sire.

—¡Qué honor! —exclamó el príncipe con sarcasmo—. ¡Levantaos! —ordenó a los hombres que tenía detrás—. No queremos que el cardenal piense que lo adoramos.

—A él le gustaría que lo adoráramos —refunfuñó el conde de Warwick.

El cardenal frenó su yegua. El caballo llevaba una brida de cuero rojo orlada en plata. El sudadero era escarlata con franjas doradas y los arzones de la silla tenían un ribete dorado. Hasta los estribos eran de oro. Talleyrand de Périgord era el clérigo más rico de toda Francia. Había nacido noble y nunca se había tomado en serio la

humildad que predicaba su Iglesia, aunque hizo una respetuosa reverencia en la silla cuando llegó junto al príncipe.

—Alteza... —dijo.

—Eminencia... —repuso el príncipe.

Talleyrand miró a los arqueros y hombres de armas, los cuales le devolvieron la mirada y vieron a un hombre alto y delgado con ojos oscuros y arrogantes. Se inclinó en la silla y dio unas palmaditas en el cuello a su caballo con una mano enfundada en un guante rojo, en la que relucía un grueso anillo de oro con un rubí encastado.

—Alteza —repitió—. He venido con un ruego.

El príncipe se encogió de hombros pero no dijo nada.

El cardenal Talleyrand alzó la mirada al cielo como si buscara inspiración y, cuando la volvió hacia el príncipe, tenía lágrimas en los ojos. Extendió los brazos.

—Os ruego que me escuchéis, sire. ¡Os suplico que oigáis mis palabras!

Thomas pensó que, precisamente, había mirado hacia allí, hacia donde el sol ardía a través de una capa de nubes espesas, para hacer que le lloraran los ojos.

—¡No es momento para un sermón! —le dijo el príncipe con brusquedad—. Decid lo que tengáis que decir y hacedlo de prisa.

El cardenal se encogió al oír el tono del príncipe, pero recuperó su expresión apenada y, mirándolo a los ojos, declaró que una batalla supondría un pecaminoso desperdicio de vidas humanas.

—Morirían cientos de hombres, sire. Morirán centenares de personas lejos de sus hogares a las que habrá que enterrar en suelo no sagrado. ¿Habéis marchado hasta aquí solo para obtener una tumba poco profunda en Francia? Porque corréis peligro, Majestad, ¡corréis un terrible peligro! Las fuerzas de Francia se acercan, ¡y os superan en número! Os aplastarán y, os suplico... Os suplico, sire, que me permitáis buscar otra solución. ¿Por qué entablar batalla? ¿Por qué morir por orgullo? ¡Os prometo, sire, por Jesucristo crucificado y por la Santa Virgen, que haré todo lo que pueda para satisfacer vuestros deseos! Hablo en nombre de la Iglesia, en nombre del Santo Padre y de Jesucristo en persona, que no quieren ver morir aquí a los hombres. Parlamentemos, sire. Sentémonos y razonemos juntos. Es domingo, un día inadecuado para una matanza, un día para que hable la buena voluntad de los hombres. En nombre de Jesucristo vivo os lo ruego, sire.

El príncipe guardó silencio. Hubo un murmullo entre las filas inglesas mientras los soldados traducían las palabras del cardenal. El príncipe levantó una mano para pedir silencio y, a continuación, miró al cardenal sin decir nada durante un momento, que pareció muy largo. Luego se encogió de hombros.

—¿Habláis en nombre de Francia, Eminencia?

—No, sire, hablo en nombre de la Iglesia y del Santo Padre. El Santo Padre desea la paz, os lo juro en nombre de Cristo. Me ha suplicado que evite el derramamiento

de sangre, que ponga fin a esta guerra sin sentido y haga la paz.

—¿Y nuestro enemigo mantendrá una tregua el día de hoy?

—El rey Juan lo ha prometido —contestó Talleyrand—. Ha jurado dar este día a la Iglesia, con la devota esperanza de que podamos forjar una paz eterna.

El príncipe asintió y volvió a guardar silencio un rato. Las nubes altas se retiraron y descubrieron el sol, que relució en el cielo pálido prometiendo un día cálido.

—Hoy voy a mantener la tregua —dijo el príncipe al fin— y enviaré a unos emisarios a parlamentar con vos. Podrán hablar allí. —Señaló hacia el pie de la ladera, donde esperaban el resto de clérigos—. Pero la tregua solo es por hoy —añadió el príncipe.

—En tal caso, declaro que este día sea la Tregua de Dios —dijo Talleyrand en tono pomposo.

Se hizo una pausa incómoda, como si tuviera la sensación de que tenía que decir algo más, pero se limitó a saludar al príncipe con la cabeza. Hizo dar la vuelta a su caballo y lo espoleó para volver a descender la larga pendiente iluminada por el sol.

El príncipe soltó un largo suspiro de alivio.

—La Tregua de Dios. —Sir Reginald pronunció esas palabras con amargura.

—La respetarán, ¿no? —preguntó Thomas.

—Oh, sí, la respetarán. A ellos les gustaría que la Tregua de Dios durara toda la semana que viene —dijo sir Reginald—. Eso les encantaría a esos cabrones.

Condujo a su caballo cuesta abajo hacia el río Miosson. La niebla se había disipado con el calor del sol de septiembre, por lo que Thomas podía ver el río que serpenteaba por el valle. Era un río pequeño, de poco más de treinta pies en su parte más ancha, pero mientras seguía a sir Reginald por la empinada ladera vio que el lecho del valle era pantanoso, lo cual sugería que el río se desbordaba a menudo.

—A ellos les gustaría que nos quedáramos aquí —dijo sir Reginald— y que agotáramos nuestros suministros. Entonces estaríamos hambrientos, sedientos y seríamos vulnerables. Que ya lo somos. En la montaña no hay agua ni nada de comer, y además nos superan en número.

—También nos superaban en número en Crécy —comentó Thomas.

—Lo cual no significa que sea una buena cosa —dijo sir Reginald.

Había llamado a Thomas con un movimiento brusco de la cabeza. «Vos serviréis. Subid al caballo y traed a media docena de arqueros», le había dicho. A continuación lo condujo hacia el extremo más meridional de la línea inglesa, donde la bandera del conde de Warwick se agitaba con la leve brisa. Sir Reginald siguió adelante, guiando a Thomas y a sus arqueros por la empinada ladera que descendía hasta el valle pantanoso del Miosson. El bagaje inglés, una concentración de carros y carretas, estaba aparcado bajo los árboles.

—Podrían cruzar el río por el puente —explicó sir Reginald haciendo un gesto hacia el oeste para señalar el monasterio oculto por los grandes árboles que crecían en el rico terreno cercano al río—, pero las calles del pueblo son estrechas y podéis apostar vuestro último penique a que algún idiota romperá la rueda de un carro contra la esquina de una casa. Será más rápido si pueden cruzar por el vado que hay allí. De manera que eso es lo que vamos a hacer. Comprobar si el vado es transitable.

—¿Porque vamos a retirarnos?

—Al príncipe le gustaría. Le gustaría cruzar el río y dirigirse al sur tan rápido como pudiera. Le gustaría que nos salieran alas y fuéramos volando a Burdeos. —Sir Reginald se detuvo cerca del río, dio media vuelta y miró a los seis arqueros de Thomas—. Muy bien, muchachos, vosotros quedaos aquí. Si se acerca algún hijo de puta francés, pegad un grito. No disparéis. Solo avisad, pero aseguraos de encordar los arcos.

Un sendero elevado describía una curva por el pantanal. El camino, que descendía hacia el vado, donde los dos caballos se detuvieron a beber, era firme y estaba lleno

de rodadas, lo que indicaba que los carros lo utilizaban. Sir Reginald dejó que su montura aplacara su sed y luego lo llevó al centro del río.

—Chapotead un poco por aquí —le dijo a Thomas. Estaba dejando que los caballos notaran el lecho del río, buscando una hondonada traicionera o un lugar pantanoso en el que pudiera quedar atrapado algún carro. Pero los animales pisaron terreno firme hasta que llegaron al otro lado.

—¡Señor! —gritó Sam, y sir Reginald se volvió en la silla de montar.

Una docena de jinetes estaban mirando desde los árboles a mitad de camino de la ladera oeste. Llevaban cotas de malla y casco. Vestían jubones, aunque estaban demasiado lejos y Thomas no distinguía su insignia. Uno de ellos llevaba un pequeño estandarte rojo contra el verde y amarillo de los árboles.

—*Le Champ d'Alexandre* —dijo sir Reginald que, cuando Thomas lo miró de manera inquisitiva, señaló la planicie en lo alto de la montaña del oeste—. Así es como lo llama la población local. El Campo de Alejandro, y supongo que esos cabrones están explorando la jodida montaña entera.

Los franceses, pues tenían que ser franceses si se hallaban en aquella ladera al oeste, estaban muy lejos del alcance de los arcos. Thomas se preguntó si habrían visto a los arqueros que se encontraban a la sombra de los sauces que crecían cerca del vado.

—No quería traer a muchos hombres —explicó Sir Reginald— porque no quiero que esos cabrones piensen que estamos interesados en el vado. Y sobre todo, no quiero que esos malditos vean nuestros carros.

Estos estaban aparcados en la ribera norte del Moisson. No eran visibles desde el Campo de Alejandro porque los ocultaban los árboles y el alto hombro de la montaña en la que crecía el bosque de Nouaillé, que era donde el príncipe había formado su línea de batalla. Sir Reginald frunció el ceño al ver a los franceses que, a su vez, contemplaron a los dos jinetes en el río.

—Puede que haya una tregua —continuó diciendo sir Reginald—, pero aun así podemos tentarlos.

Los franceses, en efecto, cayeron en la tentación. Su tarea consistía en reconocer la posición inglesa y, por lo que ellos podían ver, los dos jinetes se hallaban muy lejos del resto de las tropas del príncipe, de modo que espolearon a sus caballos, no para cargar, sino para acercarse lenta y deliberadamente al río.

—Quieren *charlar* con nosotros —dijo sir Reginald con amargura—. ¿Son buenos vuestros arqueros?

—Tan buenos como cualquiera.

—¡Muchachos! ¡Haced unas cuantas prácticas de tiro! Matad algunos árboles, ¿de acuerdo? No apuntéis a los soldados ni a los caballos, solo asustad a esos cabrones para que se vayan.

Los franceses se habían dividido en dos filas, que en aquellos momentos se acercaban con más rapidez ladera abajo mientras los jinetes se abrían paso entre los gruesos árboles y agachaban la cabeza bajo las ramas. Sam disparó la primera flecha. El blanco de las plumas del proyectil que se agitaban en el aire contrastó con el verde de las hojas; la flecha se hundió en el tronco de un roble. Le siguieron cinco más. Una de ellas alcanzó una rama y cayó al suelo, las otras se clavaron con fuerza en la corteza y la que se acercó más voló a no más de dos pasos de uno de los jinetes franceses.

Este frenó su caballo bruscamente.

—¡Otro disparo cada uno! —gritó sir Reginald—. Que caigan a unos pocos pasos de ellos, muchachos. ¡Hacedles saber que estáis aquí y que estáis hambrientos!

Los arcos dispararon de nuevo, las flechas volaron, clavándose en los árboles con un ruido sordo y una fuerza atroz, y los jinetes dieron media vuelta para alejarse. Uno de ellos saludó afablemente con la mano a sir Reginald, que le devolvió el saludo.

—Gracias a Dios por los arqueros —dijo. Se quedó mirando a los franceses, que volvieron a subir por la colina hasta que desaparecieron de la vista.

—Sam —lo llamó Thomas—, ve a por las flechas. —Había vuelto a abastecer a sus hombres con flechas del bagaje del príncipe, pero nunca había suficientes proyectiles.

—Quiero que os quedéis aquí —ordenó sir Reginald—. Toda la noche. Enviaré al resto de vuestros hombres para que se reúnan con vos. ¿Tenéis un trompeta?

—No.

—Os enviaré uno. Quedaos aquí y tocad la alarma si los franceses regresan en bloque. Pero mantenedlos alejados si vienen. Si ven los carros cerca del vado imaginarán lo que estamos haciendo.

—¿Retirarnos? —preguntó Thomas.

Sir Reginald se encogió de hombros.

—No lo sé. —Frunció el ceño y dirigió una mirada perdida hacia el norte, como si intentara entrever lo que podría hacer el enemigo—. El príncipe cree que deberíamos seguir marchando. Ha dado órdenes de que mañana por la mañana a primera hora crucemos el río y nos dirijamos hacia el sur como si el mismísimo diablo viniera pisándonos los talones. Un ataque francés lo evitaría, por supuesto, pero imagino que no atacarán al alba. Necesitarán al menos dos horas para acercar su ejército y yo quiero que los carros hayan salido antes de que ellos sepan siquiera que estamos aquí. Luego, el resto del ejército puede cruzar rápidamente el río y ganar un día de marcha. —Hizo salir al caballo del vado y volvió al sendero que cruzaba el pantanal—. ¿Pero quién sabe lo que van a proponer esos malditos clérigos? Si hubiéramos podido reunimos con Lancaster... —Dejó la reflexión en puntos suspensivos...

—¿Lancaster?

—La idea era unirnos al conde de Lancaster y hacer estragos en el norte de Francia, pero no pudimos cruzar el Loira. Desde entonces nada ha salido bien y ahora intentamos volver a Gascuña sin que nos maten los jodidos franceses. ¡De modo que permaneced aquí hasta que amanezca!

Para ayudar a escapar a un ejército.

El captal de Buch se llevó a veinte hombres de armas hacia el norte. Pasaron cabalgando junto a los soldados del conde de Salisbury, que protegían el extremo norte de la cordillera. Casi todos los hombres del conde estaban desplegados al otro lado del extremo norte del seto protector, de manera que sus arqueros se hallaban atareados cavando hoyos y disimulándolos para que los caballos se rompieran las piernas durante la carga. Un arquero guió al captal y a sus hombres por entre los hoyos y una vez superadas las trampas, el captal pudo volver la vista atrás y observó a los cardenales y clérigos que intentaban forjar la paz.

Los religiosos y los negociadores franceses se habían reunido con los emisarios ingleses en campo abierto, justo debajo de los viñedos. Alguien había llevado hasta allí unos bancos y los hombres se habían sentado a hablar mientras los heraldos y hombres de armas aguardaban a unos pasos de distancia. No había tienda ni toldo. Se había plantado una bandera junto a los clérigos que mostraba las llaves cruzadas de san Pedro, señal de que había un legado papal presente.

—¿De qué están hablando? —preguntó uno de los hombres del captal.

—Intentan retrasarnos —respondió él—. Quieren retenernos aquí. Quieren que nos muramos de hambre.

—Oí que los envió el Papa. Tal vez quieran la paz, ¿no?

—El Papa caga zurullos franceses —replicó el captal con sequedad— y la única paz que quiere es vernos en su orinal.

Dio media vuelta para alejarse y condujo a sus gascones por la larga pendiente que caía con suavidad hacia el norte. Se dirigían a un paisaje enmarañado de bosques, viñedos, setos y colinas. En algún lugar de aquella maraña había un ejército francés, pero nadie sabía a ciencia cierta dónde se hallaba ni cuál era su magnitud. No había duda de que estaba cerca.

El captal sabía que estaba cerca porque el humo de las fogatas francesas era denso en el horizonte hacia el norte, pero el príncipe le había pedido que intentara averiguar dónde estaba acampado el enemigo y cuántos eran, de modo que siguió colina abajo, manteniéndose al abrigo de los árboles. Ni él ni sus hombres iban montados en sus grandes corceles, los caballos de guerra entrenados que llevaban en las batallas, sino en unos más rápidos y ligeros que los podían sacar de un apuro huyendo a toda velocidad. Los hombres llevaban malla pero no placas y tenían cascos y espadas, pero

no escudos. Eran gascones y ello implicaba que estuvieran acostumbrados a la guerra perpetua, a responder a las incursiones francesas o a llevarlas a cabo ellos mismos.

Cabalgaron en silencio. Había un camino para carros a su izquierda, pero se mantuvieron lejos de él, ocultos. Aminoraron el paso cuando llegaron al pie de la ladera, se hallaban fuera del alcance de los arcos ingleses, y si los franceses habían apostado centinelas podrían estar en cualquier lugar entre aquellos árboles.

El captal hizo una señal para que sus hombres se desplegaran y luego otra para que avanzaran. Iban muy despacio, escudriñando el bosque que se extendía por delante, atentos a cualquier movimiento que pudiera delatar a un ballestero oculto. No vieron nada.

Ascendían por un denso bosque y aún no habían visto ni rastro del enemigo. El captal se detuvo. ¿Acaso lo estaban atrayendo hacia una trampa? Agitó una mano para indicar a sus hombres que no se movieran de donde estaban, se deslizó de la silla y se fue solo a pie. La cuesta no era empinada y podía ver la cima por delante, no muy lejos; seguro que era un lugar para apostar centinelas, ¿no? Se movía lenta y furtivamente, atento al vuelo de un pájaro, pero pese a toda su cautela intuía que estaba solo. Observó el horizonte un momento, luego siguió subiendo hasta la cima y de pronto pudo ver una gran extensión de tierra hacia el norte y el oeste.

Se agachó.

El campamento francés principal se encontraba a tan solo media milla de distancia, con las tiendas apiñadas en torno a un pueblo y una casa solariega, pero lo que le interesó fue ver a unos hombres que se dirigían hacia el oeste. Serían invisibles para los ingleses de la montaña, pero el captal vio que las fuerzas francesas estaban siendo conducidas hacia el oeste y el sur, acercándose al río.

No estaban en orden de batalla, de hecho no mantenían orden alguno que él pudiera ver, pero sin duda se estaban moviendo hacia el oeste. Le dio la sensación de que se dirigían a la colina de la cima llana, a *le Champ d'Alexandre*. No pudo contarlos, eran demasiados y había mucha distancia. Ochenta y siete banderas, recordó.

Retrocedió, se puso de pie y regresó a su caballo. Montó, dio la vuelta e hizo una señal a sus hombres para dirigirse de nuevo hacia el sur. Ahora cabalgaban deprisa, seguros de que el enemigo no los veía ni los oía. Se preguntó si los franceses respetarían la tregua.

Pero de dos cosas sí estaba seguro. El enemigo se estaba preparando para atacar y el ataque vendría por el oeste.

Los condes de Warwick y de Suffolk regresaron a la tienda del príncipe a media tarde. Se sentaron con aire cansado cuando el príncipe les ofreció unas sillas y luego bebieron del vino que les trajo su criado. Todos los consejeros del príncipe estaban allí, esperando a que se anunciaran los resultados de las largas negociaciones.

—Los términos son estos, sire —dijo el conde de Warwick en tono inexpresivo—. Debemos devolver todas las tierras, fortalezas y ciudades capturadas en los últimos tres años. Debemos entregar todo el botín de nuestro bagaje. Debemos liberar a todos los prisioneros retenidos aquí o en Inglaterra sin cobrar más rescates. Y tenemos que pagar a Francia una indemnización de sesenta y seis mil libras para compensar la destrucción que hemos causado a lo largo de los años.

—¡Dios mío! —exclamó débilmente el príncipe.

—A cambio, sire —continuó informando el conde de Oxford—, permitirán que vuestro ejército marche hasta Gascuña y el rey de Francia os entregará en matrimonio a una de sus hijas, cuya dote será el condado de Angoulême.

—¿Son guapas sus hijas? —preguntó el príncipe.

—Más guapas que una colina cubierta de cadáveres ingleses, sire —contestó el conde de Warwick con brusquedad—. Y hay más. Vos y toda Inglaterra debéis jurar no levantaros en armas contra Francia durante un período de siete años.

El príncipe fue pasando la mirada de un conde a otro hasta posarla en el captal, que estaba sentado a un lado de la tienda.

—Aconsejadme —les dijo.

El conde de Warwick estiró las piernas haciendo una mueca de dolor.

—Nos superan en número, sire. Sir Reginald cree que podemos escabullimos al amanecer, cruzar el río y marcharnos antes de que el enemigo se dé cuenta, pero confieso que soy escéptico. Esos cabrones no son idiotas. Nos estarán vigilando.

—Y están avanzando hacia el sur y el oeste, sire —terció el captal—. Deben de pensar que intentaremos cruzar el Moisson y pretenden bloquear dicha ruta de escape.

—Y muestran confianza, sire —dijo el conde de Oxford.

—¿Por el número de efectivos?

—Porque nos superan en número y porque nuestros hombres están cansados, hambrientos y sedientos. Y ese cardenal gordo dijo algo extraño. Nos advirtió que Dios había enviado una señal a Francia diciendo que estaba de su lado. Le pregunté a qué se refería, pero el gordo cabrón adoptó aires de suficiencia y no dijo nada.

—Pensaba que los cardenales hablaban en nombre del Papa.

—El Papa —afirmó Warwick con adustez— está en las garras de Francia.

—¿Y si luchamos mañana? —preguntó el príncipe.

Se hizo el silencio. El conde de Warwick se encogió de hombros e imitó una balanza con las manos. Arriba y abajo. Sus manos sugerían que la cosa podía inclinarse en cualquier sentido, pero su rostro tan solo denotaba pesimismo.

—Tenemos una posición fuerte —dijo el conde de Salisbury, que estaba al mando de las tropas situadas en el extremo norte de la colina inglesa—, pero ¿y si se rompe la línea? Hemos cavado hoyos y trincheras que los detendrán, pero no podemos atrincherarnos en toda la maldita colina. Y creo que al menos nos doblan en número.

—Y hoy están comiendo bien —añadió el capitán— mientras que nuestros soldados hacen estofado de bellotas.

—Las condiciones son duras —declaró el príncipe.

Un tábano se le posó en la pierna y él le dio un manotazo con enojo.

—Y exigen rehenes nobles, sire, como garantía de que se cumplen las condiciones —dijo el conde de Oxford.

—Rehenes nobles —repitió el príncipe en tono inexpresivo.

—Nobles y caballeros, sire —informó el conde—, lo cual incluye a todos los de esta tienda, me temo. —Sacó un pedazo de pergamino de una bolsa que llevaba colgando del cinturón de la espada y se lo tendió al príncipe—. Esta es una lista parcial, sire, pero sin duda añadirán otros nombres.

El príncipe asintió. Un criado cogió la lista y se arrodilló para entregársela a su amo. El príncipe hizo una mueca mientras leía los nombres.

—¿Todos nuestros mejores caballeros?

—Incluida Vuestra Real Majestad —confirmó Oxford.

—Ya veo —dijo el príncipe. Leyó los nombres con el ceño fruncido—. ¿Sir Roland de Verrec? Pero si él no está en nuestro ejército, ¿no?

—Parece ser que sí, sire.

—¿Y un Douglas? ¿Es que están locos?

—Sir Robert Douglas también está aquí, sire.

—¿Ah, sí? ¡Por las entrañas de Cristo! ¿Qué está haciendo un Douglas con nosotros? ¿Y quién es Thomas Hookton, por el amor de Dios?

—Sir Thomas, sire. —Sir Reginald habló por primera vez—. Era uno de los hombres de Will Skeat en Crécy.

—¿Un arquero?

—Ahora vasallo de Northampton, sire. Un hombre útil.

—¿Y por qué Billy nombra caballeros a arqueros, en nombre de Dios? —preguntó el príncipe con irritación—. ¿Y por qué delante los franceses saben que está aquí y yo no?

Nadie respondió. El príncipe dejó caer el pergamino en la alfombra que cubría la hierba. ¿Qué pensaría su padre? ¿Qué haría su padre? Pero Eduardo III, el rey guerrero más temido de Europa, se hallaba en la lejana Inglaterra. Así pues, la decisión correspondía al príncipe. Tenía consejeros, cierto, y era lo bastante sensato como para escucharlos, pero al final la decisión era solo suya. Se puso de pie, se acercó a la puerta de la tienda y miró más allá de las banderas, a través de los árboles, donde la luz del sol se apagaba en el oeste.

—Las condiciones son duras —dijo otra vez—, pero la derrota lo será aún más. —Dio media vuelta y miró al conde de Warwick—. Rebajad las exigencias, mi señor. Ofrecedles la mitad de lo que piden.

—No es exactamente una exigencia, sire, sino una sugerencia de los cardenales. Los franceses también tienen que aceptar las condiciones.

—Por supuesto que las aceptarán —afirmó el príncipe—, ¡las dictaron ellos! ¡Incluso la mitad de lo que quieren significa una victoria para ellos! ¡Por Dios! ¡Lo ganarán todo!

—¿Y si los franceses no aceptan unas condiciones menores, sire? ¿Entonces qué? El príncipe suspiró.

—Es mejor ser un rehén en París que un cadáver en Poitiers —sugirió, y se estremeció al pensar otra vez en las peticiones de los franceses—. En realidad es una rendición, ¿no es cierto?

—No, sire —respondió el conde de Warwick con firmeza—. Es una tregua y un acuerdo. —Frunció el ceño mientras intentaba encontrar alguna buena noticia entre las malas—. Al ejército se le permitirá marchar hasta Gascuña, sire. No se exigirán prisioneros.

—¿Y acaso los rehenes no son prisioneros? —preguntó el conde de Salisbury.

—Los rehenes no pagan rescate. Nos tratarán honorablemente.

—Podéis envolverlo en terciopelo —dijo el príncipe con tristeza— y bañarlo en perfume, pero sigue siendo una rendición.

Pero él y su ejército estaban atrapados. Tanto si se le llamaba tregua, acuerdo o tratado, sabía que en realidad era una rendición. Sin embargo no tenía alternativa. De momento, por lo que podía ver, las opciones eran o rendirse, o provocar una masacre.

Porque los ingleses estaban vencidos.

El *hellequin* vigilaba el vado. Roland de Verrec y Robbie Douglas se habían quedado en la montaña con los demás hombres de armas del conde de Warwick, pero el resto de los hombres de Thomas estaban acampados al sur del río. Había un cordón de arqueros en la orilla norte. Keane se encontraba allí con sus lebreles.

—Aúllan si huelen hombres o caballos —dijo.

—No hagáis fuego —había ordenado Thomas.

Veían el resplandor de las fogatas de los ingleses y gascones en la colina y un brillo mayor que se extendía por el horizonte al norte y al oeste, que señalaba el lugar en el que el ejército francés estaba pasando la noche, pero Thomas no iba a encender ningún fuego. Sir Reginald no quería atraer la atención del enemigo hacia el lugar por donde iban a cruzar el Miosson, por lo que los hombres de armas y arqueros temblaban en la fría oscuridad del otoño. Las nubes manchaban la luna, aunque había claros por los que asomaban las brillantes estrellas. Ululó un búho y Thomas se santiguó.

En algún lugar de aquella oscuridad se oyó el sonido de unos cascos. Los lebreles se levantaron y gruñeron, pero entonces una voz llamó en voz baja:

—¡Sir Thomas! ¡Sir Thomas!

—Estoy aquí.

—¡Por Dios, qué oscuro está! —Era sir Reginald, que surgió de la negrura y bajó de la silla de montar—. No habéis encendido fuego, buen chico. ¿Alguna visita?

—Ninguna.

—Pues creemos que han trasladado a algunos hombres a esa montaña. —Señaló la mole oscura de *le Champ d'Alexandre*—. Maldita sea, deben de saber que el vado está aquí; deben de haberse dado cuenta de que intentaremos escapar. Salvo que puede que no lo hagamos.

—¿Puede que no?

—Los clérigos han llegado con las condiciones. Le pagamos una fortuna al cabrón francés, le damos rehenes, devolvemos todo el territorio conquistado y prometemos portarnos bien durante los próximos siete años. El príncipe ha accedido.

—¡Dios mío! —dijo Thomas con voz queda.

—Dudo que él tenga algo que ver con ello. Si los franceses acceden a la propuesta de la Iglesia, mañana les daremos rehenes y nos escabulliremos. —Parecía disgustado—. Y vos sois uno de ellos.

—¡Yo!

—Vuestro nombre está en la lista.

—¡Joder! —exclamó otra vez Thomas.

—¿Por qué os iban a querer los franceses?

—Es el cardenal Bessières el que me quiere —respondió Thomas—. Maté a su hermano. —No era momento de hablar de *la Malice* y la muerte del hermano del cardenal ya era explicación suficiente.

—¿A su hermano?

—Con una flecha. Y además el cabrón se lo merecía.

—¿Era clérigo?

—Por Dios, no, era un canalla.

Sir Reginald se rio.

—En tal caso, mi consejo, sir Thomas, es que si se declara la tregua, os marchéis de aquí.

—¿Y cómo voy a enterarme?

—Siete toques de trompeta. Toques largos. Eso significa que no habrá batalla, solo nos humillarán.

Thomas consideró la última palabra.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

Tuvo la sensación de que sir Reginald se encogía de hombros.

—Si combatimos —respondió el hombre mayor—, lo más probable es que perdamos. Creemos que ellos podrían contar con unos diez mil hombres, por lo que

nos superan en número por mucho; estamos exhaustos, no hay comida y los malditos franceses tienen de todo en abundancia. De manera que si luchamos, condenamos a un montón de buenos ingleses y gascones leales a la muerte, y el príncipe no quiere cargar con eso sobre su conciencia. Es un buen hombre. Se distrae demasiado con las damas, quizá, pero ¿quién culparía a un hombre por ello?

Thomas sonrió.

—Yo conocía a una de sus damas.

—¿Ah, sí? —Sir Reginald parecía sorprendido—. ¿A cuál de ellas? Sabe Dios que hay bastantes.

—Se llamaba Jeanette. La condesa de Armórica.

—¿La conocíais? —La sorpresa seguía presente.

—A menudo me pregunto qué habrá sido de ella.

—Murió, que Dios la tenga en su gloria —dijo sir Reginald con tristeza—. Ella y su hijo, los dos. La peste.

—¡Dios mío! —exclamó Thomas y se santiguó.

—¿Cómo la conocisteis?

—La ayudé —contestó Thomas con vaguedad.

—¡Ahora lo recuerdo! Se decía que había escapado de Bretaña con un arquero inglés. ¿Erais vos?

—De eso hace ya mucho tiempo —dijo Thomas evasivamente.

—Era una belleza —afirmó sir Reginald con melancolía. Guardó silencio un momento, y cuando volvió a hablar lo hizo con brusquedad—. Mañana ocurrirá una de estas dos cosas, sir Thomas. Una, oiréis siete toques de trompeta y, si tenéis un poco de sentido común, montaréis y cabalgaréis como el demonio para escapar del cardenal. ¿Y dos? Los franceses deciden que ganan más combatiéndonos, lo cual significa que atacarán. Y si eso ocurre, quiero el bagaje al otro lado del río. Los jodidos franceses suelen tardar horas en prepararse para la batalla, de modo que tenemos una posibilidad de escabullimos antes de que se den cuenta. Y para escapar necesitamos este vado. Si va a haber una batalla, tendréis que ayudar, pero sabéis tan bien como yo que en una batalla nada sale como estaba planeado.

—Nosotros retendremos el vado —dijo Thomas.

—Y yo le pediré al padre Richard que venga antes del amanecer —repuso sir Reginald, mientras se dirigía de nuevo a su caballo.

—¿El padre Richard?

Se oyó el crujir del cuero cuando sir Reginald volvió a subir a la silla.

—Es uno de los capellanes del conde de Warwick. Querréis oír misa, ¿no?

—Si hay una batalla, sí —respondió Thomas y ayudó a sir Reginald a encontrar los estribos—. ¿Qué creéis que ocurrirá por la mañana?

El caballo de sir Reginald dio unos pasos en el camino. El jinete era una sombra

negra contra un cielo oscuro.

—Creo que nos rendiremos —contestó sir Reginald con desaliento—. Que Dios me ayude, pero es lo que pienso. —Hizo dar la vuelta a su caballo y cabalgó hacia la colina.

—¿Veis el camino, sir Reginald?

—El caballo sí. Uno de los dos tiene que tener un poco de sentido común. —Chasqueó la lengua y el animal apretó el paso.

Daba la impresión de que la noche no terminaría nunca. La oscuridad era absoluta y traía consigo una sensación de fatalidad. El río sonaba con fuerza al pasar por el vado poco profundo.

—Deberías intentar dormir un poco —dijo Genevieve, que sorprendió a Thomas. Había vadeado el río para reunirse con él en la orilla norte.

—Tú también.

—Te he traído esto —le dijo ella.

Thomas extendió la mano y notó el conocido peso de su arco. Un arco de tejo, alto como una persona, grueso en su parte central y recto como una flecha. Era suave al tacto.

—¿Lo has encerado? —le preguntó Thomas.

—Sam me dio la lanolina que le quedaba.

Thomas pasó la mano por la vara. En su grueso centro, allí donde descansaba la flecha antes de que la cuerda la enviara en su misión mortal, notó la pequeña placa de plata. En ella había grabada una centicora sosteniendo un cáliz, el escudo de la deshonrada familia Vexille, su familia. ¿Lo castigaría Dios por arrojar el Grial al frío océano?

—Debes de estar helada —dijo él.

—Me remangué la falda —repuso Genevieve— y el vado no es profundo. —Se sentó al lado de Thomas y apoyó la cabeza en su hombro. Se quedaron un rato en silencio, contemplando la noche—. Dime, ¿qué va a ocurrir mañana? —preguntó ella al fin.

—Ya es hoy —respondió Thomas con abatimiento—. Y todo depende de los franceses. O aceptan las condiciones de la Iglesia o deciden que les irá mejor si nos derrotan. Y si aceptan, nos marcharemos al sur. —No le contó que su nombre estaba en una lista de individuos que había que entregar como rehenes—. Quiero que te asegures de que los caballos estén ensillados. Keane te ayudará. Tienen que estar listos antes del alba. Y si oyes siete toques de trompeta es que nos vamos. Cabalgaremos rápido.

Thomas notó que la mujer movía la cabeza en señal de asentimiento.

—¿Y si no suena la trompeta? —preguntó.

—Entonces los franceses vendrán a matarnos.

—¿Cuántos son?

Thomas se encogió de hombros.

—Sir Reginald cree que hay unos diez mil hombres. En realidad nadie lo sabe. Quizá sean más o quizá menos. Son muchos.

—¿Y nosotros cuántos tenemos?

—Dos mil arqueros y cuatro mil hombres de armas.

Genevieve guardó silencio. Thomas supuso que estaba pensando en la diferencia de efectivos.

—Bertille está rezando —dijo Genevieve.

—Supongo que habrá mucha gente rezando.

—Está arrodillada junto a la cruz —añadió ella.

—¿La cruz?

—Al otro lado de la casita, en el cruce de caminos, hay un crucifijo. Dice que se quedará toda la noche y rezará para que muera su esposo. ¿Crees que Dios escucha plegarias como esa?

—¿Tú qué crees?

—Creo que Dios está harto de nosotros.

—Labrouillade no luchará en primera fila —repuso Thomas—. Se asegurará de que vayan otros delante. Y si las cosas salen mal, se rendirá. Es demasiado rico para matarlo. —Le acarició la cara y notó el parche de cuero que llevaba sobre el ojo herido. Genevieve no veía por ese ojo, que se le había puesto de un blanco lechoso. Thomas le dijo que eso no la desfiguraba y así lo creía, pero ella no. Él la estrechó entre sus brazos.

—Ojalá tú fueras demasiado rico para matarte —dijo ella.

—Lo soy —repuso Thomas con una sonrisa—. Podrían pedir por mí una fortuna, pero no lo harán.

—¿El cardenal?

—No perdona ni olvida. Quiere quemarme vivo.

Genevieve quiso decirle que tuviera cuidado, pero hubiera sido un derroche de palabras, igual que las plegarias de Bertille en la cruz junto al camino.

—¿Qué crees que ocurrirá? —preguntó en cambio.

—Creo que oiremos el toque de trompeta siete veces —contestó Thomas.

Y entonces cabalgaría hacia el sur como si todos los demonios del Infierno le fueran pisando los talones.

El rey Juan y sus dos hijos se arrodillaron para recibir la oblea que era el cuerpo de Cristo.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti* —entonó el obispo de Châlons—. Y que san Dionisio os guarde y os lleve a la victoria que Dios desea.

—Amén —gruñó el rey.

El príncipe Carlos, el delfín, se puso de pie y se acercó a una ventana. Abrió uno de los postigos.

—Aún es de noche —dijo.

—No por mucho tiempo —repuso el conde de Douglas—. Ya oigo a los primeros pájaros.

—Dejadme volver con el príncipe —pidió el cardenal Talleyrand desde el fondo de la habitación.

—¿Con qué propósito? —preguntó el rey Juan, molesto por el hecho de que el cardenal no lo hubiera llamado «sire» o «Alteza».

—Para ofrecerles una tregua mientras se aclaran las condiciones.

—Las condiciones están claras —replicó el rey— y no me siento inclinado a aceptarlas.

—Vos propusisteis los términos, sire —señaló Talleyrand respetuosamente.

—Y ellos los aceptaron con demasiada facilidad. Eso hace pensar que están asustados. Que tienen motivos para tener miedo.

—Con todo respeto, sire —intervino el mariscal Arnoul d’Audrehem. Tenía cincuenta años, era un hombre avezado en la guerra y recelaba de los arqueros del ejército enemigo—. Cada día que pasan en esa montaña, sire, los debilita. Cada día aumenta su temor.

—Ahora están asustados y son débiles —terció Jean de Clermont, el segundo mariscal del ejército francés—. Son como ovejas antes de ir al matadero. Lo que pasa es que les tenéis miedo —replicó con desprecio, mirando a su compañero mariscal.

—Si combatimos —replicó D’Audrehem—, vos iréis mirando el culo de mi caballo.

—¡Basta ya! —exclamó el rey Juan con brusquedad. Los hombres temían su famoso genio y se callaron. El rey miró ceñudo a un criado que llevaba un montón de jubones encima del brazo—. ¿Cuántos hay?

—Diecisiete, sire.

—Dáselos a los hombres de la Orden de la Estrella.

Se volvió a mirar por la ventana, donde ya se distinguía un atisbo de luz en el este. El rey ya llevaba puesto un jubón de tela azul decorado con flores de lis doradas. Los diecisiete que llevaba el criado eran idénticos. Si iba a haber una batalla, mejor confundir al enemigo en cuanto a quién era el rey, y los miembros de la Orden de la Estrella se contaban entre los más grandes guerreros de Francia. Era la orden de caballería del propio rey Juan, una respuesta a la Orden de la Jarretera de Inglaterra, y aquel día los Caballeros de la Estrella protegerían a su monarca.

—Si los ingleses son tan tontos de aceptar quedarse unos días más en la cima de la montaña, que así sea —le dijo a Talleyrand.

—Así pues, ¿puedo ampliar la tregua? —preguntó el cardenal.

—Id a ver qué dicen —le indicó el rey con un gesto de la mano—. Si ruegan que les demos más tiempo —les dijo a los que quedaban en la habitación— significa que están asustados.

—Los hombres asustados se derrotan con facilidad —observó el mariscal Clermont.

—Pues claro que los derrotaremos —afirmó el rey Juan, que se sentía nervioso por la decisión que había tomado.

—¿Entonces vamos a combatir, sire? —preguntó el señor de Douglas. No tenía claro si el rey quería combatir de verdad o alargar la tregua. Todos los presentes en aquella habitación se habían pasado media noche despiertos mientras los armeros los vestían con el cuero, la malla y el acero, ¿y ahora el rey volvía a coquetear con la idea de una tregua?

El monarca torció el gesto al oír la pregunta. Hizo una pausa. Cambió el peso del cuerpo, se rascó la nariz y luego asintió a regañadientes.

—Combatiremos —afirmó.

—Gracias a Dios —masculló Clermont.

El señor de Douglas hincó una rodilla en el suelo.

—Siendo así, con vuestro permiso, sire, cabalgaré con el mariscal D'Audrehem.

—¿Vos? —El rey pareció sorprendido—. ¡Pero si vos fuisteis quien me dijo que luchara a pie!

—Y lucharé a pie, sire, por supuesto. Y me complacerá dar una paliza a vuestros enemigos y convertirlos en papilla ensangrentada, pero primero preferiría cabalgar con el mariscal.

—Pues que así sea —concedió el rey. Los franceses temían a los arqueros enemigos y por ello habían reunido a quinientos caballeros cuyos caballos llevaban una elaborada armadura, cargados con malla, placas y cuero. Aquellos grandes corceles, protegidos de las flechas, cargarían contra los arqueros de los flancos ingleses, y cuando los jinetes los hubieran dispersado y acabado con ellos a hachazos, espadazos y lanzazos, el resto del ejército avanzaría a pie—. Cuando los arqueros estén muertos os unís al príncipe Carlos —ordenó el rey a Douglas.

—Me siento honrado, sire, y os lo agradezco.

El delfín Carlos, con tan solo dieciocho años, estaría al mando del primer batallón de hombres de armas franceses. Su tarea consistía en avanzar por la larga cuesta, caer sobre los caballeros ingleses y gascones y matarlos. El hermano del rey, el duque de Orleans, estaba al mando de la segunda línea, mientras que el monarca, junto con su hijo menor, iría al frente de las tropas de retaguardia. Tres grandes batallones, dirigidos por dos príncipes y un rey, atacarían a los ingleses. Y lo harían a pie porque los caballos, a menos que llevaran armadura como los soldados, eran demasiado

vulnerables a las flechas.

—Ordenad que se acorten todas las lanzas —dijo el rey—. Los soldados de a pie no pueden esgrimir lanzas largas, hay que acortarlas para que sean manejables. Id a vuestros batallones, caballeros.

Los franceses estaban preparados. Las banderas ondeaban. El rey iba blindado con el mejor acero que se podía fabricar en Milán. Habían tardado cuatro horas en ataviarle con las placas de acero, que primero fueron bendecidas una a una por el obispo de Châlons antes de que los armeros abrocharan y ataran las piezas para que se ajustaran cómodamente.

Tenía las piernas protegidas con quijotes, grebas y rodilleras, en tanto que sus botas tenían escamas superpuestas de acero. Llevaba tiras del mismo material sujetas a una camisa de cuero, sobre la que iban el peto y el espaldar firmemente abrochados encima de una cota de malla. El espaldar le cubría los hombros, los brazos iban protegidos por guardabrazos y avambrazos. En las manos llevaba unos guanteletes que, al igual que las botas, tenían escamas de acero. Su casco lucía una visera puntiaguda, rodeado por una corona de oro, y sobre el cuerpo llevaba una sobreveste blasonada con la flor de lis dorada de Francia.

La oriflama estaba lista; los franceses estaban listos. Era un día para entrar en la historia, el día que Francia acabaría con sus enemigos.

El señor de Douglas se arrodilló para recibir la bendición del obispo. El escocés aún tenía miedo de que el rey pudiera cambiar de opinión pero no se atrevió a preguntar nada, no fuera que sus propias dudas suscitaran la cautela de Juan. Sin embargo, lo que Douglas no sabía era que el rey había recibido una señal del Cielo. Durante la noche, mientras los armeros se habían entregado a medir y ceñir, el cardenal Bessières había ido a verle. Se había dejado caer de rodillas gruñendo por el esfuerzo y luego había mirado al monarca.

—Majestad —había dicho, y le ofreció con ambas manos una espada oxidada de aspecto débil.

—¿Me estáis dando un arma de campesino, Eminencia? —había dicho el rey, irritado por el hecho de que el gordo cardenal hubiera interrumpido sus preparativos—. ¿O acaso queréis que siegue un poco de cebada? —preguntó, porque la tosca espada, cuya hoja era más ancha en la punta que en la base, parecía una hoz grotescamente alargada.

—Es la espada de san Pedro, Majestad —repuso el cardenal—, que la providencia de Dios ha puesto en nuestras manos para asegurar vuestra gran victoria.

El rey puso cara de sobresalto y luego de incredulidad, pero la seriedad con la que habló Bessières resultó tranquilizadora. El monarca alargó el brazo, tocó *la Malice* con nerviosismo y dejó el dedo sobre su hoja picada.

—¿Cómo podéis estar seguro?

—Estoy seguro, Majestad. A los monjes de san Juniano se les encomendó su protección y ellos nos la entregaron como una señal de Dios.

—Lleva perdida muchos años —terció el obispo de Châlons con reverencia y acto seguido se arrodilló frente a la reliquia y besó la picada hoja.

—¿Así que es real? —preguntó el rey con estupor.

—Es real —respondió Bessières—, y Dios os la ha enviado. Esta es la espada que protegió a nuestro Salvador, y el hombre que la posea no puede conocer la derrota.

—Pues alabados sean Dios y san Dionisio —replicó el rey, que tomó la espada de manos del cardenal y se la llevó a los labios.

El cardenal le observó ocultando su placer. La espada traería la victoria y la victoria elevaría al rey Juan a la posición de monarca más poderoso de la cristiandad. Y cuando el Papa muriera, el rey de Francia sumaría su persuasión a la de los hombres que abogaran por la candidatura de Bessières al trono de san Pedro. El rey cerró los ojos unos instantes y besó la espada por segunda vez, tras lo cual volvió a dejarla en las manos enguantadas del cardenal.

—Con el permiso de Su Majestad —sugirió el cardenal—, entregaré esta espada a un paladín que la merezca para que pueda matar a vuestros enemigos.

—Tenéis mi permiso —concedió el rey—. ¡Dádsela a un hombre que vaya a utilizarla bien! —Su voz fue firme porque el hecho de ver la hoja le había dado una nueva confianza. Había estado esperando una señal, algún indicio de que Dios concedería una victoria a Francia y ahora lo tenía. La victoria era suya. Dios lo había decretado.

Sin embargo, en aquellos momentos en los que el amanecer bordeaba el mundo, el rey sintió que resurgían sus dudas anteriores. ¿Era sensato entablar combate? El príncipe inglés había aceptado unas condiciones humillantes, de modo que quizá Francia debería imponerlas, ¿no? No obstante, la victoria reportaría mayores riquezas. Les proporcionaría gloria además de tesoros. El rey hizo la señal de la cruz y se dijo que aquel día Dios favorecería a Francia. Había confesado sus pecados, había sido perdonado y le habían enviado una señal del Cielo. Pensó que aquel día Crécy sería vengada.

—¿Y si el cardenal acuerda una tregua, sire? —D'Audrehem interrumpió sus pensamientos.

—Por mí, como si se tira un pedo —replicó el rey Juan.

Porque había tomado una decisión. Los ingleses estaban atrapados e iba a masacrarlos.

Salió el primero de la casa para adentrarse en un mundo agrisado por las primeras luces del día y puso el brazo sobre los hombros a su hijo menor, Felipe, de catorce años.

—Hoy, hijo mío, lucharás a mi lado —le dijo. Al muchacho lo habían equipado

como a su padre, con acero de la cabeza a los pies—. Y hoy, hijo mío, verás a Dios y a san Dionisio colmar de gloria a Francia.

El rey levantó los brazos para que un armero pudiera abrocharle un gran cinturón para la espada en torno a la cintura. Un escudero sostenía un hacha de guerra con el asta decorada con argollas doradas, en tanto que un mozo de cuadra sujetaba un precioso semental gris en el que, acto seguido, montó el rey. Iba a luchar a pie como sus soldados, pero en aquellos momentos, cuando el amanecer prometía un nuevo día radiante, era importante que los hombres vieran a su monarca. Se subió la visera del yelmo, desenvainó la espada pulida y la sostuvo en alto por encima de la cimera adornada con plumas azules.

—Que avancen las banderas —ordenó—, y desplegad la oriflama.
Porque Francia iba a combatir.

El príncipe de Gales, al igual que el rey de Francia, había pasado gran parte de la noche armándose. Sus soldados habían permanecido en sus posiciones, bajo sus banderas. Llevaban veinticuatro horas formados en orden de batalla y ahora, al amanecer, refunfuñaban porque estaban sedientos, hambrientos e incómodos. Sabían que el día anterior la batalla había sido improbable, puesto que era domingo y los clérigos habían proclamado una Tregua de Dios. Aun así ellos habían esperado en línea por si el traicionero enemigo rompía la tregua, pero ya era lunes.

Los rumores circulaban por el ejército. Los franceses eran doce mil, quince mil, veinte mil. El príncipe se había rendido a los franceses, o había acordado una tregua, pero pese a los rumores, no habían recibido órdenes de bajar la guardia. Esperaban en línea, todos menos aquellos que retrocedieron hasta el bosque para vaciar las tripas. Observaban el horizonte al norte y al oeste buscando enemigos, pero estaba oscuro y no percibían movimiento alguno.

Los sacerdotes circulaban por entre los soldados que aguardaban. Decían misa, les daban migajas de pan y la absolución. Algunos hombres comían pedacitos de tierra. Provenían de la tierra, volverían a la tierra y comérsela era una vieja superstición previa a la batalla. Tocaban sus talismanes, rezaban a sus santos patrones y gastaban las bromas que los soldados siempre hacían antes del combate. «No te bajes la visera, John. Cuando los malditos franceses te vean la cara saldrán corriendo como liebres».

Contemplaron cómo la tenue luz se intensificaba y el mundo recuperaba el color. Hablaban de antiguas batallas. Intentaban ocultar su nerviosismo. Orinaban con frecuencia. Tenían el vientre suelto. Lamentaban no tener vino o cerveza. Tenían la boca seca. Los franceses eran veinticuatro mil, treinta mil, ¡cuarenta mil!

Observaron a sus comandantes, que se reunieron a lomos de sus caballos en el centro de la línea. «Ellos no tienen ningún problema», refunfuñaban. «¿Quién mataría

a un puto príncipe o a un conde? Ellos pagan el jodido rescate y vuelven con sus cortesanas. Somos nosotros los desgraciados que tenemos que morir». Los hombres pensaban en sus esposas, hijos, putas, madres. Unos niños pequeños llevaban haces de flechas a los arqueros concentrados en los extremos de la línea.

El príncipe escudriñó la montaña del oeste y no vio a nadie. ¿Acaso estaban durmiendo los franceses?

—¿Estamos preparados? —preguntó a sir Reginald Cobham.

—En cuanto deis la orden, nos vamos, sire.

Lo que el príncipe quería hacer era una de las cosas más difíciles que un comandante podía intentar. Quería escapar mientras el enemigo se hallaba cerca. No había recibido noticias de los cardenales y tenía que suponer que los franceses atacarían, de modo que sus tropas tendrían que rechazarlos mientras el bagaje y la vanguardia cruzaban el Miosson y se alejaban. Si lograba hacerlo, si conseguía llevar su bagaje al otro lado del río y luego retirarse, paso a paso, repeliendo los ataques enemigos en todo momento, podría ganar un día entero de marcha, tal vez dos. Pero el peligro, radicaba en que los franceses podrían atrapar a la mitad de su ejército en una ribera y destruirlo para después perseguir a la otra mitad y acabar también con ella. El príncipe debía luchar y retirarse, luchar y retirarse, manteniendo al enemigo a raya con un número cada vez más reducido de hombres. Era un riesgo que hizo que se santiguara, tras lo cual dirigió un gesto con la cabeza a sir Reginald Cobham.

—Adelante —le dijo—, ¡poned en marcha el bagaje! —La decisión estaba tomada; los dados estaban echados—. Y vos, mi señor —añadió dirigiéndose al conde de Warwick—, ¿vuestros hombres guardarán el lugar por el que cruzaremos?

—Así es, sire.

—Pues que Dios os proteja.

El conde y sir Reginald se alejaron galopando hacia el sur y el príncipe, magníficamente ataviado con los colores reales y montado en un caballo alto y negro, los siguió más despacio. Su apuesto rostro iba enmarcado de acero. Un aro de oro le rodeaba el casco, adornado con un penacho de tres plumas de avestruz. Se detenía cada pocas yardas para hablar con los soldados que aguardaban.

—¡Probablemente lucharemos hoy! ¡Y tenemos que hacer aquí lo mismo que hicimos juntos en Crécy! Dios está de nuestro lado. ¡San Jorge nos ampara! ¡Y vais a permanecer alineados! ¿Me habéis oído? ¡Nadie romperá la formación! ¡Si veis a una puta desnuda en las filas enemigas, la dejáis allí! ¡Si rompéis filas el enemigo nos machacará! ¡San Jorge está con nosotros! —Repitió estas palabras una y otra vez—. Permaneced alineados. No rompáis la formación. ¡Obedeced a vuestros comandantes! Permaneced unidos, escudo con escudo. Dejad que el enemigo venga hacia nosotros. ¡No rompáis la formación!

—¡Sire! —Un mensajero se acercó galopando desde el centro de la línea, donde

había un gran hueco entre el espeso seto—. ¡Viene el cardenal!

—¡Id a su encuentro y averigüad qué quiere! —ordenó el príncipe que, a continuación, se volvió de nuevo hacia sus hombres—. ¡Permaneced alineados! ¡No os separéis de vuestro vecino! ¡No abandonéis la formación! ¡Escudo con escudo!

El conde de Salisbury trajo la noticia de que el cardenal ofrecía cinco días más de tregua.

—En cinco días nos moriremos de hambre —replicó el príncipe— y él lo sabe. — El ejército se había quedado sin comida para los soldados y los caballos, y la presencia del enemigo significaba que no podían mandar a grupos de forrajeros en busca de víveres por la campiña cercana—. Solo está cumpliendo órdenes del rey francés —afirmó el príncipe—, de modo que decidle que vaya a rezar sus oraciones y que nos deje en paz. Ahora estamos en manos de Dios.

La misión de la Iglesia había fracasado. Los arqueros encordaron sus arcos. El sol ya casi estaba por encima del horizonte y el cielo se llenó de una intensa luz pálida.

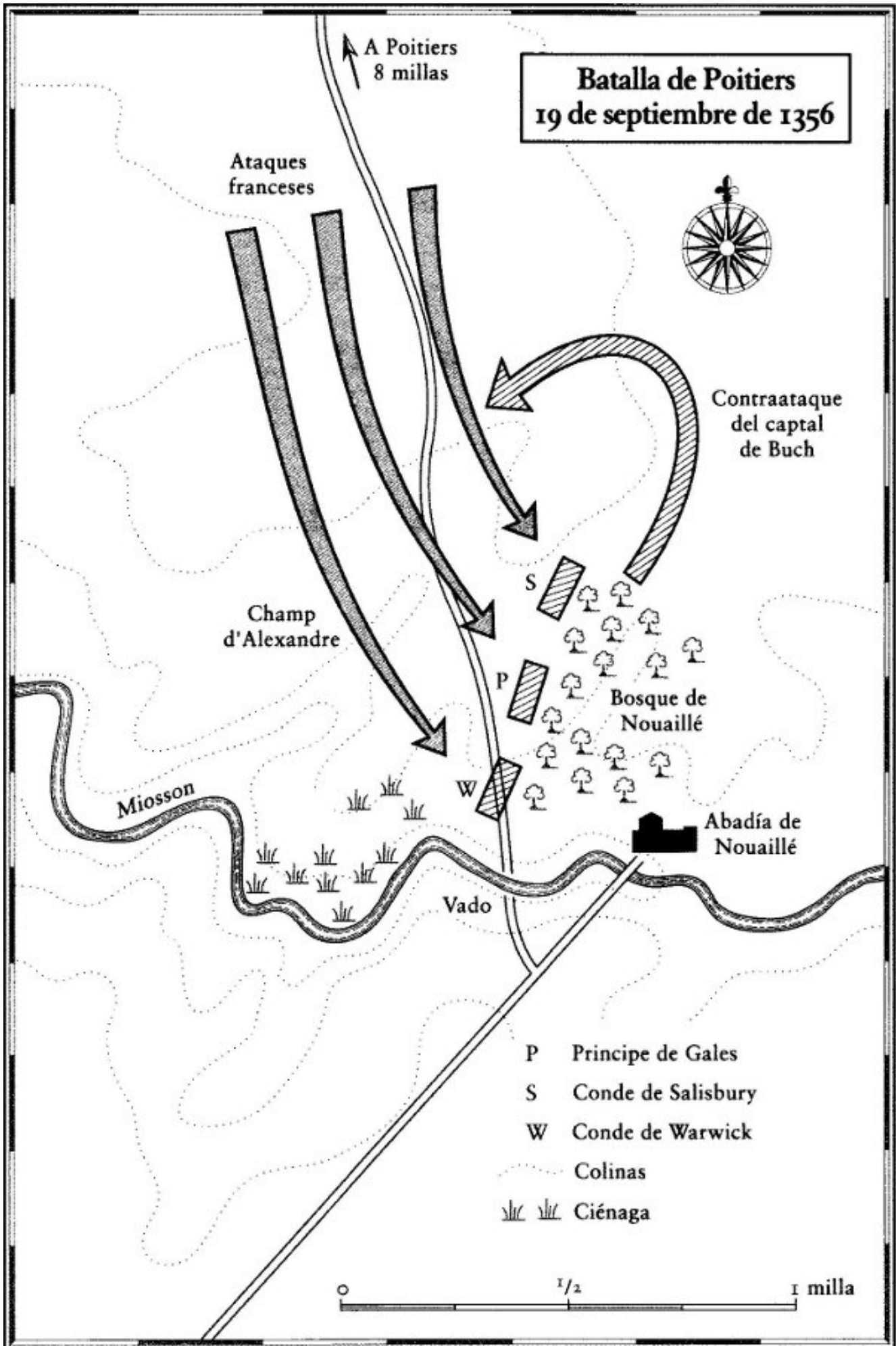
—¡Mantened la formación! ¡No rompáis filas! ¿Me oís? ¡Permaneced alineados!

Al pie de la colina, al lado del río, donde aún persistían las sombras de la noche, los primeros carros avanzaron hacia el vado.

Porque el ejército escaparía.

CUARTA PARTE

La Batalla



Los ejes chillaban como cerdos sacrificados al comienzo del invierno. Los carros, carretas y carromatos, entre los cuales no había dos iguales, avanzaron dando sacudidas por el sendero desigual que transcurría a lo largo de la ribera norte del río. Algunos de los vehículos iban muy cargados, aunque resultaba imposible saber de qué, porque el cargamento iba cubierto con unas telas sujetas con correas.

—Es el botín —dijo Sam en tono de desaprobación.

—Me pregunto cuántos monasterios, castillos e iglesias hicieron falta para llenar ese gran carromato —comentó Thomas mientras observaba el primer carro que se adentraba en el vado. Iba tirado por cuatro caballos grandes y, para su alivio, cruzó el río sin problemas; el agua apenas le llegó a los dos ejes.

—No solamente hay botín arrebatado a los ricos —dijo Sam—, ¡se llevan cualquier cosa! Espetones, rastras, hoces para desherbar, calderos. No me importaría si se limitaran a robar a los ricos, pero si algo es de metal, se lo llevan.

Un jinete que llevaba la insignia del león dorado del conde de Warwick avanzó junto a la línea de carros y carretas.

—¡Más rápido! —gritó.

—¡Madre de Dios! —comentó Sam indignado—. ¡Esos pobres desgraciados no pueden ir más deprisa! —Los conductores tenían que virar para enfilar el vado y resultaba un lugar difícil para los vehículos más grandes—. Bastará con que vayan sin prisa pero sin pausa.

Una gran cantidad de mujeres y niños iban andando junto a los carros. Eran los seguidores del campamento que llevaba consigo todo ejército. Había un carromato enorme que iba conducido por una mujer. Ella también era enorme, con la cabeza cubierta de unos rizos castaños y coronada por una gorra que parecía un pájaro diminuto en un gran nido. A su lado iban dos niños pequeños, uno de ellos sujetando una espada de madera y el otro aferrado a las amplias faldas de su madre. Llevaba el carro lleno de botín y decorado con cintas de todos los colores. Dirigió una amplia sonrisa a Thomas y Sam. «¡Cree que los malditos franchutes vienen a por nosotros!», exclamó, dirigiendo un gesto de la cabeza al jinete. Sacudió el látigo sobre uno de los caballos que iban en cabeza y el carro entró en el vado.

—¡Vamos, vamos! —gritó—. ¡No os rezaguéis, muchachos! —dijo alegremente a los arqueros de Thomas, y sacudió las riendas, con lo que sus cuatro caballos pusieron todo su peso en las colleras y tiraron del carro hasta la otra orilla.

Mujeres y niños iban montados en carros vacíos que anteriormente habían transportado comida y forraje que ya se habían consumido, en tanto que otros solo llevaban barriles vacíos que antes habían contenido las preciosas flechas sujetas con discos de cuero para que las plumas no se aplastaran. Había muchos carros de estos

últimos y los barriles recordaron a Thomas su huida de Montpellier.

—¡Seguid adelante! —gritó de nuevo el jinete, al tiempo que miraba con nerviosismo por encima del hombro, hacia el valle que se elevaba al norte y que transcurría entre la montaña ocupada por los ingleses y *le Champ d'Alexandre*.

Thomas siguió la dirección de su mirada y vio, en la colina de los ingleses, unas banderas que se movían. Avanzaban en su dirección, unas meras motas de color en la cima. Eran los hombres del conde de Warwick que marchaban para proteger el río. Así pues, se estaba llevando a cabo la retirada. No habían sonado las siete notas largas de trompeta que anunciaban la tregua. En cambio tendrían que cruzar un río y él suponía que les esperaba un largo día evitando que los franceses se entrometieran.

—¡No os entretengáis, por el amor de Dios! —gritó el jinete.

Estaba molesto porque un carro muy cargado se había detenido en la curva del camino, por lo que dirigió su montura junto a los dos caballos de tiro y propinó un golpe en la grupa a uno de ellos con la espada plana. El caballo se asustó y se empinó a medias, pero el arnés lo contuvo. El animal viró bruscamente a la derecha, el otro equino lo siguió y se desbocaron. El conductor tiró de las riendas, pero el carro fue dando botes por el camino. Los animales intentaron alejarse del río y, poco a poco, el carro volcó por el borde del camino elevado. Se oyó un estrépito cuando cayó de lado, bloqueando el vado. Los calderos producto de los saqueos cayeron ruidosamente en el pantanal.

—¡Joder! —gritó asustado el jinete causante del problema. Solo habían cruzado el Moisson unas dos docenas de carros y al menos el triple de dicha cantidad estaban ahora detenidos en la otra orilla.

—¡Joder! —repitió Sam. No porque hubiese volcado el carro, sino porque había más banderas a la vista. Solo que no estaban en la montaña. Estaban en el valle boscoso entre las colinas, un valle aún envuelto en sombras, porque el sol todavía no lo había alcanzado, y bajo los árboles había banderas. Y bajo las banderas había soldados. Un montón de soldados.

Se acercaban al río.

El mariscal D'Audrehem y el señor de Douglas iban en cabeza de los jinetes con armadura pesada, cuya tarea consistía en hacer pedazos a los arqueros del ala izquierda del ejército inglés. Tenían trescientos veinte hombres, todos ellos con experiencia y renombre; todos ellos capaces de permitirse una armadura para su caballo que pudiera resistir una flecha inglesa. Los corceles llevaban capizana, placas metálicas sobre la cara con agujeros para los ojos, y el pecho protegido con cuero, malla e incluso placas. La armadura provocaba que los caballos se movieran con lentitud, pero los hacía casi invulnerables.

D'Audrehem y Douglas esperaban atacar al otro lado del valle, subir la larga

cuesta hacia el bosque de Nouaillé y luego rodear el extremo del seto que protegía y ocultaba a las tropas enemigas. Cruzarían el valle con los caballos al paso y subirían por la ladera, confiando en que la armadura protegiera a las enormes bestias. En cuanto hubieran rodeado el seto pondrían las monturas a un trabajoso galope y caerían sobre la concentración de arqueros ingleses que esperaban encontrar. ¿Tal vez unos mil?

Los grandes caballos harían que penetrasen en las líneas enemigas, que serían presa del pánico, y allí arremeterían a diestro y siniestro con espadas y hachas. Destruirían a los arqueros, los obligarían a huir del campo de batalla. Luego los jinetes darían la vuelta y regresarían a las líneas francesas, desmontarían, se quitarían las espuelas y se unirían al gran ataque que se efectuaría a pie para machacar el centro del ejército inglés.

Ese era el plan de batalla: utilizar caballería con armadura pesada para destruir a los arqueros ingleses y luego acabar con los hombres de armas. Pero cuando D'Audrehem y Douglas condujeron a sus hombres al otro lado de la cima de la colina del oeste, vieron las puntas de las banderas inglesas al otro lado del seto, dirigiéndose hacia el sur.

—¿Qué están haciendo esos cabrones? —preguntó D'Audrehem sin dirigirse a nadie en particular.

—Escapar —contestó Douglas de todos modos.

La brillante luz del sol iluminaba el horizonte al este. El bosque estaba oscuro por el resplandor, pero se distinguían las banderas contra los árboles. Había una docena de ellas, todas moviéndose hacia el sur. D'Audrehem miró hacia allí y vio el reflejo del agua en el fondo del valle.

—¡Esos desgraciados están cruzando el río! —exclamó.

—Están huyendo —declaró Douglas.

El mariscal D'Audrehem vaciló. Tenía cincuenta años y había pasado casi toda su vida adulta como soldado. Había luchado en Escocia, donde había aprendido a matar ingleses, y luego en Bretaña, Normandía y Calais. Conocía la guerra.

No vacilaba porque tuviera miedo de lo que estaba ocurriendo, sino porque sabía que el plan de batalla debía cambiar. Si atacaban la colina más lejana, dirigiéndose hacia donde creían que estaba el ala izquierda inglesa, iban a encontrarse con hombres de armas, no con arqueros, y a sus caballeros montados se les había ordenado destruir a los odiados arqueros enemigos. Así pues, ¿dónde estaban estos?

—Ahí abajo hay un vado —dijo un hombre señalando el brillo del agua.

—¿Lo sabéis?

—Crecí a menos de tres millas de aquí, sire.

—Iremos al vado —decidió D'Audrehem. Hizo dar la vuelta a su caballo, que iba cubierto con una gran gualdrapa con las anchas franjas diagonales azules y blancas de

su librea. Llevaba un escudo con los mismos colores intensos y en su yelmo con visera lucía una pluma blanca y otra azul—. ¡Por aquí! —gritó, y condujo a los jinetes hacia el sur.

Y esto resultó más fácil que cruzar el valle. Ahora, en lugar de forzar a los caballos para subir la larga pendiente de la montaña dominada por los ingleses, cabalgaban cuesta abajo. Iban al trote. La armadura de los caballos hacía un ruido metálico y discordante y sus cascos golpeteaban la tierra seca. Algunos hombres llevaban lanzas, pero la mayoría tenían espadas. Cabalgaban por una pradera abierta, pero por delante de ellos, allí donde el valle descendía y se ensanchaba, había árboles. Y detrás de aquellos árboles D'Audrehem esperaba encontrar arqueros protegiendo el vado.

El señor de Douglas se encontraba a su derecha y con él se reunieron una docena de sus escoceses.

—Bajaos la visera cuando veáis una flecha —les recordó—, ¡y disfrutad la matanza! —Él lo iba a hacer. El deporte que practicaba el clan Douglas era matar ingleses.

Sintió una alegría feroz ante la perspectiva de la batalla. Había temido que los entrometidos clérigos posibilitaran una forma de escape para el ejército inglés, pero las negociaciones habían fracasado y él tenía rienda suelta para causar estragos.

—¡Y recordad! ¡Si veis a mi condenado sobrino, tiene que vivir! —Dudaba que encontrara a Robbie en medio del caos de la batalla, pero aun así quería que el chico fuera capturado con vida. Capturado con vida para luego hacerlo sufrir—. ¡Quiero a ese desgraciado vivo y llorando! ¡Recordadlo!

—¡Yo lo haré llorar! —respondió Sculley—. ¡Llorar como un bebé!

Los pesados caballos llegaron a los árboles. Los jinetes aminoraron el paso y agacharon la cabeza bajo las grandes ramas. Seguía sin haber flechas. Seguía sin haber enemigo. «Recemos para que D'Audrehem esté en lo cierto», pensó Douglas. ¿Realmente no había nadie? ¿De verdad se estaban retirando los ingleses? ¿O acaso perseguían una quimera? El sonido de los cascos de su corcel había cambiado y se dio cuenta de que estaban penetrando en un pantanal. Había sauces y alisos en lugar de robles, terrones de tierra y extensiones de suelo líquido y verde en lugar de un mantillo de hojas. Los caballos hundían las pesadas patas en la ciénaga pero seguían avanzando. Entonces Douglas vio el río más adelante, una veta brillante en la penumbra de verdor, y también vio soldados. Soldados y carros, ¡y había arqueros!

El mariscal D'Audrehem también los vio. Observó que un carro había volcado y que el caos reinaba entre los ingleses. Una flecha voló por el cielo. No vio adónde iba, pero supo que había tomado la decisión correcta y que había encontrado a los arqueros. Se bajó de golpe la visera, que oscureció su mundo, clavó las espuelas y partió a la carga.

Los arqueros del conde de Warwick iban bajando por la colina. Los hombres de Thomas se enfrentaban a los jinetes, y como estaban entrenados y tenían experiencia eligieron flechas para atravesar la carne. Eran los proyectiles diseñados para matar caballos, porque estos eran vulnerables y todos los arqueros sabían que para derrotar una carga de jinetes había que apuntar a sus monturas. Así se había ganado en Crécy, de modo que instintivamente eligieron las flechas que tenían el casquillo triangular y engorras en la punta. Las cabezas estaban afiladas para que atravesaran la carne, cortaran los vasos sanguíneos y desgarraran los músculos. Tensaban el arco llevando la mano hasta la oreja, elegían el blanco y soltaban el proyectil.

El arco de guerra era más alto que un hombre. Se cortaba de allí donde la albura dorada se unía al oscuro duramen, pues el corazón oscuro del tejo era rígido y resistía la compresión mientras que la albura exterior era flexible y recuperaba la forma si se doblaba. La dureza del comprimido duramen y la elasticidad de la dorada albura se combinaban para dotarlo de una fuerza terrible. Sin embargo, para liberar dicha fuerza, el arco tenía que tensarse hasta que la mano llegara a la oreja, no al ojo, de modo que un arquero debía aprender a apuntar por instinto, igual que tenía que entrenar los músculos para tensar la cuerda hasta que pareciera que iba a partir la madera. Se tardaban diez años en formar a un arquero, pero si le dabas un arco de guerra hecho de tejo a un hombre entrenado, podía matar a más de doscientos pasos y ser temido por toda la cristiandad.

Sonaron los arcos. Las cuerdas golpearon contra los brazales que protegían las muñecas de los arqueros; las flechas salieron despedidas. Apuntaron al pecho de los caballos con la intención de hundir profundamente las saetas en los agitados pulmones de las bestias. Thomas sabía qué iba a ocurrir; los caballos tropezarían y caerían. Les saldría sangre en forma de espuma por la nariz y la boca y los hombres gritarían cuando los caballos moribundos los aplastaran. Otros tropezarían con las bestias caídas y, aun así, las flechas seguirían cayendo implacables, salvajes, sembrando una muerte coronada de blanco y empujada por la madera y el cáñamo. Salvo que no ocurrió.

Las flechas dieron en el blanco, pero los caballos seguían acercándose.

Los hombres gritaban. Los conductores de los carros saltaron de los pescantes y huyeron al otro lado del río. El jinete que había intentado apresurar la retirada miraba boquiabierto e incrédulo a los franceses que se aproximaban. Los primeros arqueros del conde de Warwick estaban llegando al río, y sus veteranos les gritaban que empezaran a disparar.

Y los franceses seguían acercándose. Se aproximaban lenta e inexorablemente sin que las flechas parecieran afectarles. Los jinetes más cercanos se encontraban ya a unos ciento cincuenta pasos de distancia.

Thomas soltó una segunda flecha, la observó mientras volaba y vio que describía un arco bajo en el aire y daba de lleno en el centro de una gualdrapa decorada con rayas diagonales azules y blancas; el caballo ni siquiera perdió el paso. Entonces Thomas vio que había más flechas atrapadas en la gualdrapa rayada. La suya había ido justo adonde él quería, había dado justo en el pecho del caballo y no le había hecho nada.

—¡Llevan armadura bajo las gualdrapas! —gritó a sus hombres—. ¡Punzones! ¡Punzones! —Cogió una flecha de punzón del suelo, donde había arrojado un puñado de ellas sobre la blanda tierra. Tensó el arco y buscó un objetivo, vio el corazón rojo de Douglas en un escudo y soltó la cuerda.

El caballo siguió avanzando.

No obstante, los caballos se acercaban con lentitud. Aquello no era un galope, ni siquiera un medio galope. Los grandes corceles iban cubiertos con malla y placas, constreñidos con gruesas faldas de cuero hervido. Llevaban a hombres con armadura completa y se estaban abriendo camino con dificultad por el pantanal que bordeaba el río. La ciénaga y el peso los hacía ir más lentos. Thomas vio una flecha que se deslizaba junto a la cabeza de un caballo, pasaba junto a la rodilla del jinete y alcanzaba al animal en la grupa; la bestia se desvió a causa del dolor. ¡Llevaban toda la armadura delante!

—¡Hellequin! ¡Seguidme! —gritó—. ¡Hellequin! ¡Seguidme!

Recogió sus flechas y corrió hacia la izquierda. Avanzó a trompicones por el barro y el lodo del terreno pantanoso, pero se obligó a seguir adelante. «Ve hacia el lado, ve hacia el lado», se dijo.

—¡Seguidme! —repitió. Volvió rápidamente la vista atrás y vio que sus hombres lo obedecían—. ¡Corred! —gritó, y esperó que, por Dios, nadie pensara que estaban huyendo.

Avanzó quizá unos cuarenta o cincuenta pasos y volvió a arrojar las flechas al suelo. Cogió una, la colocó en el arco y lo levantó. Tensó la cuerda y apuntó de nuevo al flanco del caballo con el corazón rojo en su llamativa gualdrapa, justo por detrás de la pata delantera y delante de la silla. No pensó. Miró adonde quería que fuera la flecha, sus músculos obedecieron su mirada y sus dos dedos soltaron la cuerda. El proyectil voló por encima del pantano, desapareció contra el equino y este se empinó mientras volaban por el pantanal más flechas que al fin mordían el blanco y los animales empezaron a caer. Los arqueros del conde de Warwick lo habían entendido. Los caballos enemigos tenían toda la armadura delante y no llevaban ninguna en los flancos y la grupa. Un jinete inglés, que llevaba un jubón cuarteado en rojo y amarillo con una estrella blanca en una esquina, estaba dando voces a los arqueros del conde para que se unieran a los hombres de Thomas.

—¡Id al flanco! ¡Vamos compañeros, vamos, vamos!

Los franceses estaban cerca. Llevaban las viseras bajadas y no se les veía el rostro pero Thomas vio los desgarrones y manchas de sangre en las gualdrapas causados por las espuelas. Estaban picando a sus caballos para que avanzaran. Thomas disparó de nuevo y esta vez clavó una flecha de punzón a través de las escamas solapadas de la capizana de un caballo. La bestia cayó sobre las rodillas delanteras y su jinete, atrapado entre los altos arzones de la silla, intentó desesperadamente sacar los pies de los estribos antes de que el animal cayera de lado. Este se sostenía aún sobre las patas traseras, con el cuerpo inclinado hacia adelante. El hombre estaba cayendo sobre el cuello del animal cuando dos flechas le dieron en el peto. Uno de los proyectiles se arrugó, pero el otro atravesó la armadura y el impacto de los golpes hizo que el soldado diera una sacudida hacia atrás. Empezó a caer hacia delante de nuevo y fue alcanzado otra vez. Los arqueros vitorearon. El jinete iba de adelante hacia atrás, atormentado, hasta que un hombre de armas que llevaba el león de Warwick, avanzó y le propinó un hachazo que atravesó el yelmo con un crujido y provocó un chorro de sangre. Las flechas volaban en abundancia desde el flanco, alcanzando los costados desprotegidos de los caballos. Un francés intentó asestar un golpe de espada al inglés, pero su montura recibió tres flechas en el vientre que lo hicieron chillar, empinarse y desbocarse.

—¡Matadlos, por Dios! ¡Por san Jorge! —El jinete con la estrella blanca en el jubón se encontraba detrás de Thomas—. ¡Matadlos!

Y los arqueros obedecieron. Los fallos de sus primeras flechas los habían asustado, pero ahora su actitud era vengativa. Cada uno de ellos podía soltar quince flechas por minuto, y en aquellos momentos había más de doscientos arqueros sobre el flanco; aquellos franceses estaban derrotados. Todos los jinetes que iban en cabeza habían sido abatidos, sus caballos estaban muertos o moribundos y algunas de las monturas habían dado la vuelta y habían huido, intentando escapar al terrible dolor que reinaba junto al río.

Los hombres de armas del conde de Warwick avanzaban hacia el caos para arremeter con sus hachas y mazas contra los caídos. Los soldados de la retaguardia estaban dando media vuelta. Dos de los hombres de armas de Warwick estaban conduciendo a un prisionero de vuelta al vado. Thomas vio que aquel hombre llevaba un jubón de rayas blancas y azules de color intenso y entonces buscó con la mirada el corazón rojo de Douglas. Observó que el caballo había caído atrapando al hombre debajo y lanzó una flecha al jinete. El proyectil atravesó el guardabrazo. Volvió a disparar y en esta ocasión alcanzó al hombre en el costado, justo debajo de la axila. Pero antes de que pudiera soltar una tercera, tres hombres a pie agarraron al jinete caído y tiraron de él para sacarlo de debajo del caballo. Las flechas cayeron sobre ellos, pero dos sobrevivieron.

Thomas reconoció a Sculley. Llevaba un yelmo con visera, pero el cabello largo

con los huesos amarillentos sobresalía por debajo. Tensó el arco, pero dos caballos heridos se interpusieron entre él y el escocés, que se las había arreglado para subir al jinete abatido sobre un caballo ileso sin jinete. Sculley dio una palmada en la grupa al animal. Los equinos heridos se alejaron al galope. Thomas disparó, pero la flecha rebotó en el espaldar de Sculley. El caballo con el hombre rescatado salió del pantanal con dificultad al abrigo de los árboles, seguido de Sculley y de otros cuatro hombres con la insignia del corazón rojo.

Y luego reinó una quietud repentina que solo rompía el eterno sonido del río, el canto de los pájaros, los relinchos de los caballos y el ruido de los cascos que golpeaban contra el suelo en su agonía.

Los arqueros descordaron sus arcos para que las varas de tejo se enderezaran. Los prisioneros, algunos heridos, otros tambaleantes, estaban siendo conducidos hacia el vado, mientras los ingleses despojaban a los caballos muertos de las preciadas armaduras y guarniciones. Algunos hombres pusieron fin al sufrimiento de las bestias retirándoles la testera y golpeándoles con fuerza entre los ojos con un hacha. Otros desabrocharon la armadura de placas de los caballeros muertos y les sacaron la cota de malla. Un arquero se ató una espada de un caballero francés a la cintura.

—¡Sam —gritó Thomas—, ve a buscar las flechas!

Sam le respondió con una amplia sonrisa y se llevó a una docena de hombres hacia los restos de la carnicería para recogerlas. También suponía una oportunidad de hacerse con algo de botín.

Un francés herido intentaba ponerse en pie. Levantó una mano hacia un hombre de armas inglés que estaba arrodillado junto a él. Hablaron y, a continuación, el inglés levantó la visera al francés y le clavó una daga en el ojo.

—Demasiado pobre para un rescate, imagino —comentó el jinete que se encontraba detrás de Thomas. Se quedó mirando mientras el hombre de armas envainaba la daga y empezaba a desvalijar al cadáver—. ¡Por Dios, qué crueles somos! Pero hemos capturado al mariscal D’Audrehem. ¿No es una buena manera de empezar un mal día?

Thomas se dio la vuelta. El hombre llevaba la visera levantada, dejando ver un bigote gris y unos ojos azules y meditabundos. Thomas hincó una rodilla en el suelo de manera instintiva.

—Mi señor.

—Thomas de Hookton, ¿no?

—Sí, sire.

—Me preguntaba quién, en nombre de Dios, llevaba los colores de Northampton —dijo el hombre en francés.

Thomas había ordenado a sus hombres que se pusieran los jubones con la insignia de Northampton, un escudo que la mayoría de soldados del ejército inglés

reconocerían. Unos cuantos llevaban la cruz roja de san Jorge en torno al brazo, pero no había suficientes brazales para todos.

El jinete que hablaba con Thomas llevaba una estrella blanca en su jubón rojo y amarillo, en tanto que la cadena de oro que llevaba al cuello proclamaba su rango. Era el conde de Oxford, el cuñado del señor de Thomas. El conde había estado en Crécy, y después habían coincidido en Inglaterra. Estaba asombrado de que el conde se acordara de él, por no decir nada de que recordara que hablaba francés. Aún se quedó más estupefacto cuando el conde se refirió a su cuñado utilizando su apodo.

—Es una lástima que Billy no esté aquí —comentó el conde con seriedad—, necesitamos a todos los buenos soldados que podamos conseguir, y creo que vos deberíais llevar a vuestros hombres de vuelta a lo alto de la colina ahora mismo.

—¿A lo alto de la colina, sire?

—¡Escuchad!

Thomas lo hizo.

Y oyó los tambores de guerra.

Los jinetes franceses habían atacado el vado y el extremo derecho de la línea inglesa, pero mientras dichas cargas tenían lugar, otros jinetes cabalgan al frente del batallón del delfín para desafiar a los ingleses en su colina.

Seis hombres optaron por ir a caballo. Cada uno de ellos era un paladín de justas de temible reputación. Montaban unos corceles magníficamente entrenados y con sus victorias en la liza habían podido comprarse la mejor armadura que pudiera fabricarse en Milán. Cabalgaban cerca del seto inglés lanzando gritos de desafío. Los arqueros ingleses hicieron caso omiso de ellos. Seis hombres no formaban un batallón y no resultaba honorable ni demasiado útil matar a un jinete solitario, cuando tantos otros hombres de armas se aproximaban a pie.

—Haced correr la voz de que no hay que hacerles ni caso —ordenó el príncipe de Gales.

Aquellos soldados desafiantes formaban parte de la táctica de la batalla. Fueron a burlarse de los ingleses con la esperanza de encontrar a algún oponente que pudieran desmontar y matar, para así desanimarlos. Lanzaban su desafío a voces: «¿Acaso sois mujeres? ¿Sabéis combatir?».

—No les hagáis caso —gruñeron los comandantes dirigiéndose a sus soldados.

Pero uno de ellos desobedeció. No debía lealtad a ningún comandante del bando inglés y sabía que no había que hacer caso de aquellos insolentes que los desafiaban. Que malgastaran su aliento, pues la verdadera batalla no era entre dos paladines, pero aun así aquel hombre montó, tomó una lanza de su escudero y salió cabalgando de la izquierda de la línea inglesa.

No llevaba jubón. Su armadura estaba tan bruñida que relucía. Su caballo dio

unos pasitos cuando él lo frenó. Llevaba un yelmo de torneo, coronado con unas plumas de color azul claro y un escudo pequeño pintado de negro con el símbolo de la rosa blanca, la rosa sin espinas, la flor de la Virgen María. En torno al cuello lucía un pañuelo azul de la mejor de las sedas, un pañuelo de mujer, un regalo de Bertille. Enfiló un sendero que serpenteaba a través del viñedo hasta que llegó a una pradera abierta al pie del poco profundo valle. Allí dio media vuelta y aguardó a que uno de aquellos seis aceptara su desafío.

Uno de ellos lo hizo. Era un hombre de París, un hombre brutal, rápido como el rayo y fuerte como un toro, con una armadura sin pulir y un jubón de un azul tan oscuro que casi parecía negro. Su emblema, bordado en el jubón y pintado en el escudo, era una medialuna roja. Hizo frente a Roland de Verrec.

—¡Traidor! —le gritó.

Roland no dijo nada.

Los dos bandos observaban. Los otros paladines se habían retirado del viñedo situado por debajo del seto y miraron a su compañero desde el otro lado.

—¡Traidor! —repitió el parisino a voz en cuello.

Roland continuó sin decir nada.

—¡No os mataré! —gritó el parisino. Se llamaba Jules Langier y su oficio era luchar. Levantó la lanza, dieciséis pies de madera de fresno rematados por una cabeza de acero—. ¡No os mataré! Os llevaré encadenado ante el rey y dejaré que sea él quien lo haga. ¿Ahora preferiríais salir corriendo?

La única respuesta de Roland de Verrec fue apoyarse la lanza en la rodilla derecha y cerrarse la visera. Agarró la lanza de nuevo.

—¡Jules! —exclamó uno de los otros paladines—. Ten cuidado con su lanza. Le gusta alzarla en el último momento. Protégete la cabeza.

Langier asintió.

—¡Eh, virgen —le gritó—, ahora ya puedes salir corriendo! ¡No te perseguiré!

Roland caló la lanza. Su caballo dio unos pasitos apresurados. Ya se había fijado en que un camino para carros cruzaba diagonalmente por delante de él; había visto que las ruedas habían abierto huellas en el suelo. No eran profundas, pero lo suficiente para hacer que un caballo vacilara ligeramente. Cabalgaría hacia la izquierda de las mismas.

Sentía poca emoción. O más bien se sentía como si se estuviera observando a sí mismo, como si fuera incorpóreo. Lo que pasase en los próximos minutos dependería de su habilidad y sangre fría. Roland nunca se había enfrentado a Langier en un torneo, pero lo había observado y sabía que le gustaba inclinarse mucho en la silla cuando atacaba al objetivo. Con ello conseguía presentar un blanco muy pequeño.

El parisino se inclinaría mucho y se serviría de su grueso escudo para desviar la lanza de su oponente. Luego daría media vuelta con la rapidez de una serpiente y

utilizaría su maza corta y pesada para atacar por detrás. Le había funcionado muchas veces. Llevaba la maza en un hondo bolsillo de cuero sujeto al lado derecho de su silla de montar, por debajo de la rodilla. La podía recuperar en un santiamén; agarrarla y arremeter con ella. Y, de repente, un fogonazo blanco llenaría la cabeza de Roland cuando se estrellara contra su yelmo.

—¡Cobarde! —gritó Langier, intentando provocarle.

Roland seguía sin decir nada. En cambio, extendió el brazo izquierdo y dejó caer el escudo. Lucharía sin él.

Su gesto pareció enfurecer a Langier que, sin decir ni una palabra más, clavó las espuelas y su corcel avanzó de un salto. Roland reaccionó. Los dos jinetes se fueron acercando. No se hallaban lo bastante separados como para poder llegar al galope, pero los caballos se iban poniendo tensos a medida que se acercaban. Los animales sabían lo que tenían que hacer, sabían adónde querían que fueran sus jinetes.

Roland hizo virar a su montura con las rodillas, manteniéndola a la izquierda de las rodadas al tiempo que alzaba la punta de su lanza para amenazar los ojos de Langier. En aquellos momentos estaban ya muy cerca; su mundo solo era el batir de los cascos.

Langier viró ligeramente a la derecha, con lo que su montura vaciló un poco cuando uno de los cascos pisó en terreno desigual. El parisino se agachó, protegiéndose el cuerpo con el escudo mientras apuntaba la lanza a la base del peto de Roland. Al cabo de un momento la lanza salió volando, el caballo se tambaleó y Langier intentó desesperadamente mantenerlo derecho con la presión de las rodillas, pero la bestia cayó de bruces y se deslizó por la hierba, manchándola de sangre espumosa. Langier vio que la lanza de su oponente, en lugar de ir dirigida a su cabeza, había penetrado en el pecho de su montura.

—Esto no es un torneo. —Aquellas fueron las primeras palabras que dijo Roland.

Había hecho dar la vuelta a su caballo, había abandonado la lanza y desenvainado la espada a la que llamaba *Durandal*. Cabalgó hacia el lugar donde el otro se esforzaba en soltarse de su caballo moribundo. Langier trató de coger la maza, pero el corcel había caído sobre el lado en el que estaba el arma. *Durandal* golpeó contra su yelmo. Se le fue la cabeza a un lado con una violenta sacudida y luego al otro cuando la espada regresó para volver a estrellarse contra él.

—Quitaos el yelmo —le ordenó Roland.

—Ve a mearte en el culo de tu madre, virgen.

La espada golpeó de nuevo y dejó medio aturdido a Langier. A continuación, Roland metió la punta entre el borde del casco y la parte superior de la visera. La hoja hendió el caballete de la nariz de Langier y se detuvo.

—Si queréis vivir —le dijo en tono calmado— quitaos el casco. —Retiró la espada.

Langier se desabrochó torpemente los atalajes que mantenían el casco en su sitio. Los demás paladines observaron pero no hicieron ademán de ayudarlo. Estaban allí para combatir uno contra uno, no dos contra uno, porque no sería caballeroso, de modo que se limitaron a quedarse mirando a Langier, que al fin levantó el yelmo de su pelo negro y lacio. Un hilo de sangre le bajaba por la cara, producto del corte que le había hecho *Durandal*.

—Regresad con vuestro ejército —le dijo Roland— y decidle a Labrouillade que el virgen va a matarlo.

Fue Langier quien no dijo nada entonces.

Roland alejó su caballo, envainó a *Durandal* y clavó los talones. Había entregado su mensaje. Oyó los vítores de los ingleses que habían visto la pelea a través del hueco del seto, pero para él no significó nada.

Todo era por Bertille.

Aquel día el señor de Douglas no mataría a ningún inglés. Se había roto la pierna cuando su caballo cayó, una flecha le había atravesado el brazo hasta el hueso y otra le había roto una costilla y perforado un pulmón, por lo que le salían burbujas de sangre por la boca al respirar. Tenía un dolor horrible. Lo llevaron a la casa donde el rey había pasado la noche y allí los cirujanos-barberos lo despojaron de la armadura, cortaron la flecha a ras de piel, dejaron la cabeza incrustada en su pecho y vertieron miel sobre la herida.

—Id a buscar un carro y lleváoslo a Poitiers —ordenó uno de los cirujanos a un criado que vestía el corazón rojo—. Los monjes de san Juan cuidarán de él. Llevadlo despacio. Imaginad que estáis transportando leche y no queréis que se convierta en mantequilla. Marchaos ya. ¡Si queréis que vuelva a ver Escocia, marchaos!

—Vosotros podéis llevarle con los malditos monjes —dijo Sculley a sus compañeros—. Yo voy a luchar. Yo voy a matar.

Estaban trayendo a más hombres a la casa. Se habían lanzado a la carga con el mariscal Clermont para atacar a los arqueros de la derecha de la línea inglesa, pero el enemigo había cavado zanjas y los caballos tropezaron. Otros se habían roto las patas en los hoyos mientras las flechas habían caído sobre ellos, y la carga había fracasado tan penosamente como el ataque en el pantanal.

Pero ahora que los paladines habían alardeado desafiantes y Langier había sido desmontado a la vista del ejército francés, el ataque principal se estaba acercando a la colina inglesa. El delfín iba al frente del primer batallón francés, aunque bien protegido por unos caballeros escogidos de la Orden de la Estrella de su padre. El batallón del delfín tenía más de tres mil efectivos e iban a pie, derribando a patadas las estacas de madera de castaño del viñedo y pisoteando las vides mientras ascendían por la suave pendiente hacia la colina inglesa.

Las banderas ondeaban por encima de ellos, en tanto que por detrás, en la colina del oeste, la oriflama flameaba orgullosa en las filas que comandaba el rey. Aquella bandera larga, con dos farpas gemelas y confeccionada con seda escarlata, era el estandarte de batalla de Francia y significaba que, mientras estuviera ondeando, no había que hacer prisioneros.

Capturar hombres ricos para cobrar un rescate era el sueño de todo caballero, pero al principio de una batalla, cuando lo único que importaba era romper al enemigo, destrozarlo, matarlo y aterrorizarlo, no había tiempo que perder con las sutilezas de la rendición. Cuando se plegara la bandera, entonces los franceses podrían mirar por su bolsillo, pero hasta entonces no habría prisioneros, solo muerte. De modo que la oriflama estaba enarbolada y ondeaba de lado a lado como una onda roja en el cielo matutino.

Tras el delfín, el segundo batallón de su tío avanzaba hacia el lecho poco profundo del valle. Los tambores golpeaban sus instrumentos, marcando el ritmo de marcha, para llevar a los hombres ladera arriba hacia la victoria.

Los ingleses y los gascones, al menos aquellos que veían el otro lado del seto, podían observar en la montaña de enfrente y el valle próximo todo el despliegue del ejército francés, llenos de seda y acero, de plumas y armas. Una concentración de hombres vestidos con metal y con llamativos jubones en rojo, azul, blanco y verde que marchaban bajo las orgullosas banderas de la nobleza. Los tambores martilleaban el aire matutino, las trompetas hendían el cielo y los franceses avanzaban dando vítores; no porque tuvieran ya una victoria, sino para darse ánimo y asustar al enemigo. «*Montjoie Saint Denis!*», gritaban. «¡Alegría por san Dionisio y el rey de Francia!».

Los ballesteros estaban situados en los flancos franceses. Cada uno de ellos tenía un compañero que llevaba un pavés. Los proyectiles no volaban aún. Los hombres que iban al frente del avance francés solo veían el gran seto y sus anchos huecos. Al otro lado estaban los ingleses bajo sus estandartes. Los franceses llevaban las viseras levantadas y se las dejarían así hasta que llegaran las flechas.

Todos los soldados de las primeras filas estaban cubiertos por armaduras de placas y la mayoría de ellos iba sin escudo; solo aquellos que no podían permitirse la cara armadura iban protegidos con un escudo de madera de sauce.

Algunos avanzaban con lanzas acortadas con la esperanza de arremeter con ellas contra un inglés, hacerle perder el equilibrio y dejar que otro matara al enemigo caído con un hacha, una maza o un lucero del alba. Pocos soldados llevaban espadas. Una espada no penetraría a través de la armadura. A un hombre con armadura había que abatirlo con armas cargadas con plomo, golpearlo, aplastarlo y dejarlo hecho papilla.

El delfín no gritaba. Se empeñó en situarse en la primera fila, aunque no era un hombre fuerte como su padre. El príncipe Carlos era delgado, de miembros débiles,

nariz larga y una piel tan pálida que parecía pergamino blanqueado, con las piernas tan cortas y los brazos tan largos que algunos cortesanos lo llamaban *le Singe* a sus espaldas. Pero el Mono era un mono joven e inteligente, un mono juicioso, y sabía que debía ir en cabeza. Tenían que verlo ahí.

Llevaba un traje de armadura fabricado para él en Milán, bruñido con arena y vinagre hasta que reflejaba el sol con deslumbrantes destellos de luz. Llevaba el peto cubierto por un jubón azul en el que había unas flores de lis bordadas con hilo de oro y en la mano derecha una espada. Su padre había insistido en que aprendiera a luchar con la espada, pero nunca había llegado a dominar el arma. Escuderos seis años más jóvenes que él podían derrotarlo en las batallas simuladas, y por este motivo los caballeros que lo flanqueaban eran hombres avezados en el combate que llevaban unos pesados escudos para proteger la vida del príncipe.

—Deberíamos dejar que se murieran de hambre —dijo el delfín mientras se acercaban al seto.

—¿Sire? —gritó un hombre, incapaz de oír la voz del joven por encima del ruido de los tambores, las trompetas y los vítores.

—¡Están en una posición fuerte!

—Mayor será la gloria cuando los derrotemos, sire.

Al delfín le pareció que era un comentario estúpido, pero se mordió la lengua. En aquel preciso momento le llamó la atención algo blanco que se agitaba. El hombre que había hecho el estúpido comentario alargó la mano y le bajó la visera con tanta fuerza que el delfín quedó momentáneamente ensordecido y medio aturdido.

—¡Flechas, sire! —gritó el hombre.

Las flechas se estaban disparando desde los extremos del seto y caían sesgadas sobre el batallón que avanzaba. Llegaban también más saetas procedentes de pequeños grupos de arqueros que protegían los huecos del seto. El delfín oía los golpes sordos de los proyectiles contra los escudos y su ruido metálico contra las armaduras. En aquellos momentos a duras penas podía ver nada. Las barras de la visera estaban muy juntas, su mundo era oscuro, cortado por unas hendiduras iluminadas por la brillante luz del sol. Intuyó, más que vio, que los hombres de su alrededor habían apretado el paso. Estaban cerrando filas por delante y él estaba demasiado débil para abrirse paso a la fuerza entre ellos.

«*Montjoie Saint Denis!*», gritaban los hombres de armas. Y continuaron haciéndolo de manera que resonó como un gran rugido, un rugido interminable cuando los guerreros de Francia se metieron a toda prisa en el hueco del seto. Los arqueros que había allí se habían retirado. Al príncipe se le ocurrió que los ingleses estaban en silencio, y justo en aquel momento soltaron su grito de guerra: «¡San Jorge!».

Y se oyó el primer sonido áspero del entrecocar del acero.

Y gritos.

Y así empezó la carnicería.

—¡Id a por vuestros caballos! —gritó el conde de Oxford a Thomas. El conde, que era el segundo al mando del conde de Warwick, quería que casi todos los hombres que habían protegido el vado regresaran al terreno elevado—. ¡Dejaré aquí a los arqueros de Warwick —dijo a Thomas—, pero vos llevad a vuestros hombres a lo alto de la colina!

Había un largo trecho hasta la cima y sería más rápido ir a caballo.

—¡Caballos! —gritó Thomas hacia el otro lado del río. Criados y mozos de cuadra cruzaron el vado con los animales, pasando junto al carro volcado. Keane, que montaba una yegua sin silla, iba al frente.

—¿Ya se han ido esos cabrones? —pregunto el irlandés, mirando más allá de los caballos muertos y moribundos hacia el lugar donde los franceses se habían desvanecido entre los árboles.

—Averígualo por mí —contestó Thomas. No quería abandonar el vado y luego descubrir que los franceses habían vuelto a atacar el bagaje.

Keane puso cara de sorpresa pero llamó a sus dos perros con un silbido y se los llevó en dirección norte, hacia los árboles. El conde de Oxford estaba mandando a los hombres de armas de Warwick a lo alto de la empinada ladera y les gritaba que llevaran odres con agua.

—¡Ahí arriba tienen sed! ¡Llevad agua si podéis! ¡Pero daros prisa!

Thomas, montado en el caballo que había capturado a las afueras de Montpellier, encontró un carro lleno de barriles que esperaba para cruzar el río una vez retiraran el que había volcado.

—¿Qué hay dentro? —preguntó al carretero.

—Vino, su señoría.

—Llénelos de agua y luego lleva el maldito carro a lo alto de la colina.

El conductor se quedó pasmado.

—Estos caballos no podrían subir por la montaña, ¡y menos con una carga de barriles de agua!

—Pues consigue más caballos. Más hombres. ¡Hazlo! O volveré y te encontraré. Y cuando lo hayas hecho una vez, baja a por más.

El hombre refunfuñó, pero Thomas no le hizo caso y regresó al vado, donde sus hombres ya estaban montados.

—Subamos a la colina —dijo Thomas, que entonces vio que Genevieve, Bertille y Hugh se encontraban entre los jinetes—. ¡Vosotros tres! ¡Quedaos aquí! ¡Quedaos con el bagaje! —Clavó los talones y dirigió el caballo hacia la cuesta, pasando junto a los hombres de Warwick que trepaban con la armadura puesta—. ¡Ayudadles con los

estribos! —gritó Thomas. Hizo señas a un hombre de armas que, agradecido, se agarró a un estribo de cuero y dejó que el caballo tirara de él cuesta arriba.

Keane regresó a toda prisa, buscó a Thomas con la mirada y lo vio entre los hombres que subían en tropel. Espoleó su yegua para alcanzarlo.

—Se han ido —anunció el irlandés—. ¡Pero ahí arriba los hay a miles!

—¿Dónde?

—En lo alto del valle. ¡Miles! ¡Dios Santo!

—Sube a la cima de la montaña —le ordenó Thomas— y busca a un cura.

—¿Un cura?

El cura prometido no había llegado al vado.

—Los hombres necesitan confesarse —explicó Thomas—. Busca a un cura y dile que no hemos oído misa. —Ahora no habría tiempo para una misa, pero al menos los moribundos podrían recibir la extremaunción.

Keane silbó para llamar a sus perros y volvió a espolear su yegua.

Y Thomas oyó el estrépito en la cima cuando los soldados se precipitaron contra otros soldados. Acero contra acero, acero contra hierro, acero contra carne. Subió.

El batallón del delfín se dirigía al centro de la línea inglesa. Allí estaba el hueco más ancho del seto. Cuando se acercaron, los franceses vieron las banderas más grandes, que ondeaban sobre los hombres de armas que esperaban al otro lado del hueco. Dichas banderas incluían el insolente estandarte que cuarteaba las armas reales francesas con los leones de Inglaterra. Proclamaba que el príncipe de Gales estaba allí. A través de las hendiduras de las viseras, los franceses vieron al príncipe montado a caballo por detrás de la línea, cerca, y entonces los invadió la furia de la batalla. No era tan solo furia, sino también terror y, para algunos, alegría. Esos hombres se abrieron paso hacia la primera fila. Estaban ansiosos por luchar, estaban confiados y eran salvajemente buenos en su oficio. Muchos otros estaban borrachos, pero el vino los había vuelto bravucones. Las flechas hendían el aire, golpeando contra los escudos, arrugándose contra las armaduras y en ocasiones encontrando algún punto débil. Pero el ataque seguía fluyendo a pesar de los soldados caídos. Y, muy cerca ya, los franceses echaron a correr, gritando y cayendo sobre sus oponentes.

Aquella primera acometida era la más importante. Era cuando las lanzas acortadas podían golpear al enemigo, cuando las hachas, martillos y mazas llevarían el ímpetu añadido de la carga, de modo que los hombres del delfín gritaron lo más alto que pudieron mientras cargaban y propinaron tajos, estocadas y cortes con sus armas.

Y la línea inglesa retrocedió.

La ferocidad de la carga y el peso de los hombres que se amontonaban a través del hueco les obligó a retroceder pero, aunque lo hicieron, no rompieron la

formación. Las hojas se estrellaban contra los escudos. Las hachas y mazas arremetían por doquier. El acero cargado con plomo abollaba cascos, destrozaba cráneos, hacía que la sangre y los sesos manaran a chorro a través del metal partido. Los soldados caían, y al hacerlo se convertían en obstáculos con los que otros tropezaban. El impacto de la carga se enlenteció.

Los hombres intentaban ponerse de pie, aturdidos por los golpes, pero los franceses se habían abierto paso a la fuerza a través del hueco y ahora ensanchaban la línea de combate, atacando a izquierda y derecha a medida que más hombres iban entrando por el seto.

Los ingleses y gascones seguían viéndose obligados a retroceder, pero ahora más lentamente. El impacto inicial había dejado algunos muertos y heridos, hombres que sangraban y gemían, pero la línea no se había roto. Los comandantes, cuyos caballos se situaban justo detrás de los hombres de armas desmontados, les gritaban que cerraran filas. Que mantuvieran la formación. Y los franceses intentaban romperla, abrirse paso entre los escudos a tajos y golpes para poder dividir a los ingleses en pequeños grupos que podrían rodear y masacrar. Los soldados arremetían con las hachas, gritaban obscenidades, tiraban estocadas con las lanzas, golpeaban con las mazas y los escudos se astillaban, pero la línea resistía. Iba hacia atrás debido a la presión a medida que más franceses iban entrando por el hueco, pero los ingleses y gascones luchaban con la desesperación de hombres atrapados y la confianza de las tropas que habían pasado meses juntas; hombres que se conocían y que confiaban unos en otros y que entendían lo que les esperaba si la línea se rompía.

—Bienvenido al matadero del diablo, sire —saludó sir Reginald Cobham al príncipe de Gales.

Los dos iban sobre sus monturas, Estaban observando por detrás de la línea y sir Reginald vio que el combate aflojaba el ritmo. Había esperado que los franceses acudieran a caballo y se había sentido inquieto cuando vio que tenían intención de luchar a pie. «Han aprendido la lección», le había comentado secamente al príncipe. Había observado el choque de las líneas y había visto que la salvaje carga francesa no había conseguido desbaratar a los ingleses y gascones, pero ahora estaban tan cerca que resultaba difícil distinguir un bando del otro. Las últimas filas de ambos bandos empujaban hacia adelante y aplastaban a los primeros contra sus oponentes, dejándoles apenas espacio para blandir un arma. El enemigo seguía entrando a través de los huecos del seto y ampliando el ataque, pero no conseguían romper la terca línea inglesa. Eran aplastados por la presión o bien atacaban en grupos a golpes y tajos y luego retrocedían para recuperar el aliento y evaluar al contrario. En lugar de combatir con furia lanzaban insultos, cosa que sir Reginald comprendía. Tanto los atacantes como los defensores se estaban recuperando de la impresión inicial, pero seguían acudiendo más franceses.

—¡Lo estamos haciendo bien, sir Reginald! —exclamó el príncipe alegremente.

—Debemos continuar así, sire.

—¿Ese de ahí es el principito?

El príncipe de Gales había visto la corona de oro sobre un yelmo bruñido en las filas francesas y, por la bandera más grande, supo que el delfín debía de participar en aquel ataque.

—Un príncipe, sin duda —repuso sir Reginald—. ¿O tal vez un sustituto?

—Ya sea un verdadero príncipe o no —dijo el inglés—, lo cortés sería presentarle mis respetos. —Esbozó una sonrisa burlona, pasó la pierna por encima del alto arzón trasero de la silla y se dejó caer al suelo, donde alargó la mano hacia su escudero—. Escudo —le pidió con la mano izquierda extendida—, y un hacha, creo.

—¡Sire! —exclamó sir Reginald, pero guardó silencio. El heredero de la corona estaba cumpliendo con su deber, el diablo estaba tirando los dados y aconsejarle que fuera cauto no serviría de nada.

—¿Sir Reginald? —preguntó el príncipe.

—Nada, sire, nada.

El otro esbozó una sonrisa.

—Será lo que tenga que ser, sir Reginald.

Se bajó la visera de golpe y se abrió paso a empujones por entre las filas inglesas para enfrentarse a los franceses. Sus caballeros elegidos, que estaban allí para proteger al heredero al trono de Inglaterra, lo siguieron.

El enemigo vio su llamativo jubón, reconoció las insolentes armas francesas cuarteadas en su ancho pecho y soltó un rugido de furia y desafío.

Y entonces volvió a la carga.

Thomas llegó a lo alto de la colina cuando la línea de batalla se estaba extendiendo. Los franceses se habían abierto paso a la fuerza entre los huecos del seto y se estaban desplegando por toda la longitud del mismo, mientras otros cortaban las espesas zarzas a hachazos para abrir nuevos huecos. Desde algún lugar a la derecha de Thomas un hombre gritó:

—¡Arqueros! ¡Arqueros! ¡Aquí!

Thomas se deslizó de la silla. Sus hombres estaban llegando en pequeños grupos y se sumaban al ala izquierda de la línea inglesa, que todavía no había entrado en combate. Pero él corrió por detrás de la línea hacia el lugar desde donde había escuchado la llamada. Y entonces vio lo que lo había provocado. Dos ballesteros habían encontrado la manera de llegar al centro del seto junto con los hombres que les llevaban los paveses y estaban disparando contra los soldados del conde de Warwick.

Thomas se detuvo para encordar el arco, colocó un extremo sobre la raíz de un árbol que sobresalía y dobló el otro extremo con la mano izquierda para así poder deslizar la gaza de la cuerda en la muesca del cuerno del extremo superior del arma. Pocos podían doblar el arco lo suficiente para encordarlo, pero él lo hizo sin pensar. A continuación cogió una flecha para carne de su bolsa, se abrió paso a empujones hacia las últimas filas y tensó la cuerda. Los dos ballesteros se encontraban a unos treinta pasos de distancia y ambos se hallaban protegidos por sus enormes escudos, lo cual significaba que estaban accionando las manivelas que tensaban sus cuerdas.

—Estoy contigo —dijo una voz, y vio que Roger de Norfolk, conocido por todo el mundo como *Poxface*, se había unido a él y tenía el arco ya tensado.

—El de la izquierda es tuyo —repuso Thomas.

El escudo del hombre de la derecha se hizo a un lado de pronto y apareció el ballestero de rodillas, apuntando con su arma a los hombres de armas ingleses. Thomas soltó la cuerda y la flecha alcanzó al ballestero francés en la cara. El hombre cayó de espaldas, y por un acto reflejo, el dedo apretó el gatillo y disparó la ballesta, cuya saeta voló hacia el cielo. A continuación, el hombre que había a su lado giró sobre sí mismo con la flecha de *Poxface* clavada en el pecho. Thomas ya había vuelto a tensar el arco y hundió un proyectil en la espalda del encargado del pavés que huía.

—Me encantan los arqueros —comentó uno de los hombres de armas.

—Puedes casarte conmigo —repuso *Poxface*, y estallaron en carcajadas. Luego se oyó un grito, porque una concentración de franceses se acercaba siguiendo la cara interior del seto.

—¡Contenedlos, compañeros, contenedlos! —rugió una voz. El conde de Oxford se encontraba entonces detrás de la línea. Su caballo tenía una mancha de sangre en la

grupa, donde se veía el asta de una saeta de ballesta. Thomas salió a empujones del apiñamiento de las filas y corrió de nuevo hacia la izquierda, donde sus hombres de armas estaban extendiendo la línea.

—¡Acercaos al seto! —gritó Thomas.

Keane estaba recogiendo caballos abandonados y los ataba a una rama baja de un roble. Los arqueros encordaban sus arcos, aunque no tenían objetivos porque los hombres de armas ocultaban al enemigo.

—¡Sam! ¡Vigila el extremo del seto! —le ordenó Thomas a voz en grito—. Hazme saber si esos cabrones intentan rodearlo. —Dudaba que lo hicieran, pues la pendiente se hacía más escarpada en aquel punto y sería un lugar difícil para que los franceses atacaran, pero los arqueros podrían retener aquel flanco casi contra cualquier asalto.

El peligro radicaba en el interior del seto, donde los franceses, intuyendo que estaban llegando al extremo de la línea enemiga, realizaban ataques rápidos. Un grupo de soldados atacaban juntos profiriendo su grito de guerra. Los tambores seguían retumbando. Las trompetas sonaban con estrépito al otro lado del seto animando a los franceses a presionar al enemigo, romper su formación, separarlos y conducirlos hacia el bosque, donde podrían darles caza y acabar con ellos. Sería la venganza por todo el daño que los ingleses habían causado en Francia, por las casas incendiadas y el ganado sacrificado, por los castillos capturados y las viudas llorosas, por las incontables violaciones y tesoros robados. Por lo tanto, acudían con renovada furia.

Los hombres de armas de Thomas ya estaban combatiendo. Si rompían filas estaban perdidos, pero Karyl se mantenía firme como una roca y desafiaba a los franceses a que se pusieran al alcance de su maza. Y se atrevieron. Hubo un grito, movimientos rápidos y los soldados empezaron a propinarse golpes de hacha, maza y martillos de guerra. Un francés enganchó la alabarda por encima del espaldar de Ralph de Chester, tiró de él con fuerza y el inglés avanzó a trompicones arrastrado por el gancho que tenía en la hombrera. Una maza le dio a un lado del yelmo; cayó al suelo y otro francés alzó un hacha para partirle el peto. Thomas vio que Ralph se sacudía. El ruido de la batalla ahogaba sus gritos, pero la maza volvió a caer y Ralph quedó inmóvil. Karyl asestó un golpe de refilón en el brazo del que lo había matado, lo suficiente para hacerlo retroceder. Pero el francés acometió de nuevo, intuyendo la victoria. El entrechocar del acero contra la madera y contra el hierro era ensordecedor.

Thomas dejó su arco y la bolsa con las flechas al borde de los árboles y se abrió paso a la fuerza hacia la línea de batalla. Había un hacha en el suelo y la recogió. «Retrocede», le dijo alguien. Solo llevaba malla y cuero y aquel era un lugar donde los soldados iban enfundados en acero. Pero él se dirigió a la segunda fila y utilizó su

fuerza de arquero para levantar el hacha por encima de la cabeza y hacer caer con fuerza su hoja lastrada sobre el yelmo de un francés. El arma le atravesó el penacho el acero y el cráneo. El golpe había sido tan fuerte que la hoja del hacha se había hundido hasta el pecho del enemigo, donde estaba atrapada por una maraña de costillas, carne y acero. Se formó una bruma de sangre bajo el sol de la mañana cuando intentó liberar el arma de un tirón.

Un hombre robusto de pecho ancho que llevaba un yelmo con visera puntiaguda vio su oportunidad y dirigió un golpe de lanza contra el vientre de Thomas. Arnaldus, el gascón, golpeó al francés con un hacha y le volvió la cabeza de lado. Thomas abandonó el hacha, agarró la lanza y tiró de ella para arrastrar al hombre hacia sus filas, donde pudieran matarlo. Pero el hombre tiraba hacia atrás. Karyl le asestó un mazazo que desplazó la visera puntiaguda y la dejó colgando de una bisagra, pero el francés seguía sin querer abandonar la lanza. Gruñía, profería insultos, y Karyl estrelló la maza contra aquel rostro con bigote, le aplastó la nariz y le rompió los dientes. El hombre, cuya cara era una máscara ensangrentada, intentó de nuevo lanzar una estocada, pero Karyl le dio con la maza otra vez y Arnaldus le asestó un hachazo en el hombro que le partió el espaldar. El enemigo cayó de rodillas escupiendo sangre y dientes. Arnaldus lo remató con otro hachazo tremendo y empujó a patadas el cuerpo arrodillado hacia los franceses.

En aquellos momentos la batalla había quedado reducida a la distancia que pudiera alcanzar el arma de un soldado. Los enemigos podían olerse; oler las heces cuando las tripas se vaciaban de miedo, oler el vino y la cerveza en los alientos, oler la sangre que volvía la hierba resbaladiza. Había choques brutales y luego pausas en las que los soldados retrocedían y recuperaban el aliento.

Thomas había cogido la lanza acertada. No tenía ni idea de dónde estaban sus armas, suponía que en un caballo de carga que quizá hubieran llevado colina arriba. De momento debería conformarse con la lanza. Los franceses, de los cuales veía quizá a un centenar por allí cerca, observaban a través de sus viseras cerradas. La mayoría de ellos llevaba una librea de un azul pálido con dos estrellas rojas. Se preguntó a qué señor servían y si este se encontraba entre ellos. Observaban, juzgaban, se estaban preparando para efectuar otra carga. Sus arqueros llevaban alabardas o mazas. Los arqueros galeses cantaban una canción de batalla en su idioma. Supuso que la canción celebraba una victoria sobre los ingleses pero, si eso les ayudaba a derrotar a los franceses, podían cantar ese tipo de canciones hasta que el Infierno se helara.

—¡La línea está resistiendo! —gritó el conde de Oxford a lomos de su caballo—. ¡No dejéis que la rompan!

Un francés grandote armado con un lucero del alba se abrió paso hasta el frente de la línea enemiga. Llevaba armadura de placas y no vestía jubón, en tanto que su

yelmo era un bacinete con visera salpicado de sangre. Llevaba una espada pesada en la vaina colgada del cinturón. La mayoría de los soldados abandonaban sus vainas en combate por miedo a que les hicieran tropezar, pero aquel enemigo la necesitaba para sostener su espada mientras empuñaba el monstruoso lucero del alba lleno de sangre.

Este tenía un mango casi tan largo como la vara de un arco, mientras que la cabeza era una bola de hierro del mismo tamaño que el cráneo de un bebé. Un largo pincho de acero sobresalía en lo alto de la bola mientras que una docena de puntas más cortas la rodeaba. El hombre levantó el arma. La punta de su visera se movió de un lado a otro mientras el soldado recorría la línea del *hellequin* con la mirada. Se le sumaron dos compañeros, ambos con unos maltrechos escudos de torneo; uno de ellos iba armado con una alabarda y el otro con un *goupillon* que tenía un corto mango de madera conectado con una cadena gruesa a una bola metálica con pinchos. Era un mangual.

—Han venido a morir —dijo el hombre alto con el lucero del alba en voz lo bastante alta para que lo oyera Thomas—, así que vamos a complacer a estos cabrones.

—Matad primero al de la alabarda —sugirió Karyl en voz baja. El francés al que se refería llevaba un escudo, lo que significaba que no podía utilizar la gran hacha con gancho con todas sus fuerzas.

—¿Queréis morir? —preguntó el hombre alto a voz en grito.

Desde algún lugar del norte les llegó el barullo de un alboroto repentino: gritos, estrépito metálico, chillidos. Thomas pensó que el enemigo debía de estar realizando un esfuerzo frenético para penetrar en la línea y rezó para que los ingleses y sus aliados gascones resistieran. Pero no pudo dedicar más tiempo a la oración, porque el hombre grandote del lucero del alba iba a la carga directo hacia él, que era el único entre los hombres de armas ingleses que no llevaba armadura de placas.

—¡San Dionisio! —bramó el hombre alto.

Y san Dionisio se batió con san Jorge.

El cardenal Bessières observaba la batalla desde la colina francesa. Iba montado en un caballo robusto y paciente y vestía su hábito de cardenal aunque, incongruentemente, llevaba un bacinete encajado en la cabeza. Se encontraba a unas pocas yardas del rey Juan, quien también iba montado, aunque el cardenal se fijó en que el monarca había desechado las espuelas, lo cual indicaba que si luchaba lo haría a pie. El hijo menor del rey, Felipe, y el resto de caballeros y hombres de armas habían desmontado.

—¿Qué está ocurriendo, Majestad? —inquirió el cardenal.

El rey no estaba completamente seguro de la respuesta y le irritaba que el cardenal, con su ridículo casco, estuviera tan cerca. No le gustaba Bessières. Era hijo

de un comerciante, por el amor de Dios, pero había sido educado en la Iglesia y ahora era legado papal. Además, el rey sabía que tenía esperanzas de convertirse en Papa. Y tal vez fuera una buena elección porque, a pesar de su humilde cuna, el cardenal apoyaba con uñas y dientes a la monarquía francesa y nunca hacía daño contar con la ayuda de Dios. Por eso el monarca lo complacía.

—Nuestro primer batallón está rompiendo las líneas inglesas —explicó.

—Alabado sea Dios —dijo el cardenal.

Luego señaló la bandera del duque de Orleans que ondeaba por encima del segundo batallón, que aguardaba en el valle sombrío entre las dos montañas. El duque tenía más de dos mil hombres de armas. Iban a pie, pero sus caballos estaban cerca de sus filas por si tenían que perseguir al enemigo en su retirada.

—¿Existe alguna razón —preguntó el cardenal— por la que vuestro hermano no esté avanzando?

El rey estuvo a punto de perder los estribos. Estaba nervioso. Había esperado que el batallón del delfín fuera suficiente para derrotar a los ingleses, pero era evidente que el combate era más duro de lo que nadie había esperado. Le habían asegurado que el hambre y la sed habían debilitado al enemigo, pero este aún luchaba. Supuso que era la desesperación.

—Mi hermano avanzará cuando se le ordene —respondió con brusquedad.

—Es una cuestión de espacio —intervino el conde de Ventadour. Era un hombre joven, favorito del rey, que había percibido la irritación de su monarca y actuó para ahorrarle más explicaciones tediosas.

—¿Espacio? —preguntó el cardenal.

—El enemigo, Eminencia, tiene una posición fuerte —explicó el conde al tiempo que señalaba hacia las líneas con un dedo—. ¿Veis el seto? Nos limita.

—Ah —dijo el cardenal como si acabara de fijarse—. ¿Pero por qué no avanzamos con todos nuestros efectivos?

—Porque ni siquiera un rey ni un cardenal pueden meter un cuarto de galón en un cacharro donde cabe una pinta, Eminencia —contestó el conde.

—Pues romped el cacharro —sugirió el cardenal.

—Eso es precisamente lo que intentan hacer, Eminencia —repuso el conde pacientemente.

Resultaba difícil determinar lo que ocurría detrás del seto. Era evidente que había lucha pero, ¿quién estaba ganando? Aún había franceses en el lado oeste del seto, lo cual parecía indicar que no tenían espacio suficiente para combatir en el otro lado. O quizá se tratara de los pusilánimes que no querían arriesgar la vida. Un goteo de heridos se retiraba ladera abajo.

Al cardenal le parecía obvio que los franceses debían enviar a todos sus hombres para que ejercieran una presión insoportable sobre el enemigo, pero en cambio el rey

y su hermano esperaban con calma y dejaban que las tropas del delfín hicieran su trabajo.

Geoffrey de Charny el portaestandarte real, seguía sujetando la oriflama en alto indicando que no había que hacer prisioneros. El cardenal entendía lo suficiente como para saber que la gran bandera ondearía hasta que la línea del enemigo fuera desbaratada. Solo cuando la bandera de color rojo intenso desapareciera de la vista, los franceses tendrían la seguridad de que tenían tiempo para conseguir cuantiosos rescates.

A Bessières le frustraba el hecho de que la bandera siguiera ondeando. Pensó que el rey estaba vacilando. Había enviado a un tercio de su ejército a luchar pero, ¿por qué no a todo? No obstante, sabía que no podía expresar ninguna crítica. Cuando se eligiera al próximo Papa, necesitaría la influencia del monarca francés.

—¿Eminencia? —El conde de Ventadour irrumpió en los pensamientos del cardenal.

—¿Hijo mío? —repuso el cardenal en tono pomposo.

—¿Puedo? —El conde alargó la mano hacia la espada de aspecto barato que sostenía el religioso.

—Con reverencia, hijo mío —contestó el cardenal.

El conde tocó *la Malice*, cerró los ojos y rezó.

—Habrá una victoria —anunció cuando hubo terminado su oración.

—Si Dios quiere —dijo el cardenal.

A unos treinta pasos se encontraba el conde de Labrouillade, entre las filas de los soldados del rey. Estaba sudando. Llevaba ropa interior de lino y encima un ceñido jubón de cuero y pantalones de tartán. Una cota de malla cubría el cuero y, sujeto con correas encima de la malla, llevaba un traje entero de armadura de placas. Necesitaba orinar. El vino que había estado bebiendo toda la noche le estaba hinchando la vejiga, pero temía que si liberaba aquella presión las tripas también se le soltarían. Tenía acidez. «¡Que el delfín gane esto enseguida, por Dios!», pensó. ¿Y por qué estaban tardando tanto?

Iba cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro. Al menos el próximo en entrar en batalla sería el duque de Orleans. El conde de Labrouillade había pagado con oro al mariscal Clermont para que lo apostara a él y a sus hombres en el batallón del rey, el de más atrás, y rezaba fervientemente para que los tres mil soldados del monarca no fueran necesarios. ¿Y por qué iban a luchar a pie? ¡Todo el mundo sabía que un noble luchaba a caballo!

Sin embargo, un maldito escocés había convencido al rey para que lo hiciera como los ingleses. Si estos y los escoceses querían luchar como campesinos era cosa suya, ¡pero un noble de Francia debía ir en la silla! ¿Cómo iba a poderse huir a pie? Labrouillade soltó un gemido.

—¿Mi señor? —Su portaestandarte creyó que el conde había dicho algo.

—Cállate —le dijo Labrouillade, y acto seguido soltó un suspiro de alivio mientras orinaba.

La orina cálida le empapó las piernas y goteó por debajo del faldón de placas de acero que le protegía las ingles. Apretó las tripas y, afortunadamente, siguió limpio.

Miró a la derecha, vio que la oriflama aún ondeaba y rezó para que llegara el momento de enrollarla y así poder liberar a sus hombres y enviarlos en busca de Roland de Verrec. Este le había mandado su insultante y amenazador mensaje con el hombre cuyo caballo había matado delante del ejército francés.

El conde había jurado hacer a Roland lo que le había hecho al descarado Villon. Lo castraría por su traición. Dicha perspectiva lo consolaba.

«Mensajeros», dijo alguien. Miró hacia el distante combate y vio que dos jinetes cabalgaban hacia allí cruzando el valle. Traían noticias, pensó, y rezó para que fueran buenas y no tuviera que luchar, sino simplemente hacer prisioneros.

Sculley, el temible escocés, pasó andando junto a Labrouillade y este pensó que parecía una criatura salida de una pesadilla. La sangre le había empapado el jubón, de manera que daba la impresión de que el corazón rojo de Douglas había reventado. También tenía sangre en los guanteletes y en los avambrazos. Llevaba la visera levantada. Dirigió una mirada feroz al conde y continuó caminando hacia el cardenal.

—Quiero la espada mágica —le dijo Sculley al religioso.

—¿Qué dice este animal? —preguntó Bessières al padre Marchant, que iba montado en una yegua detrás de él. Sculley había hablado en inglés, y aunque el cardenal hubiera entendido el idioma, no hubiera podido penetrar en el acento del escocés.

—¿Qué pasa? —le preguntó el padre Marchant a Sculley.

—¡Decidle a vuestro hombre que me dé la espada mágica!

—¿*La Malice*?

—¡Dádmela! ¡Esos cabrones han herido a mi señor y voy a matarlos! —Escupió las palabras mientras fulminaba al cardenal con la mirada, como si quisiera empezar su venganza rajando su enorme vientre—. Ese arquero —continuó diciendo Sculley— es hombre muerto. ¡Vi a ese hijo de puta! ¡Disparó a mi señor cuando ya estaba en el suelo! ¡Dadme la espada mágica!

—Eminencia —dijo el padre Marchant otra vez en francés—, la criatura quiere *la Malice*. Quiere matar al enemigo.

—Gracias a Dios que alguien lo hace —repuso el cardenal.

Se había estado preguntando quién podría ser mejor para utilizar la reliquia, pero por lo visto aquel hombre había elegido en su lugar. Miró al escocés y se estremeció al ver la rudeza de su aspecto. Luego sonrió, pronunció una bendición apresurada y le entregó la espada.

Y en algún lugar sonó una trompeta.

El príncipe de Gales apareció en primera línea del ejército inglés con su vistosa bandera, la más grande de su ejército, por encima de él. Los franceses reaccionaron con un rugido al tiempo que renovaban su ataque, pero los ingleses igualaron el grito de guerra y también se precipitaron hacia el enemigo. Los escudos chocaron con estrépito, las armas descendían y se clavaban, y fueron los ingleses los que ganaron terreno.

Los hombres a los que se había confiado la protección del príncipe de Gales se contaban entre los más experimentados y salvajes de todo el ejército. Habían combatido en numerosas batallas, desde Crécy hasta en escaramuzas menores, y luchaban con crueldad y sangre fría. Los dos franceses que se encontraban más cerca del príncipe fueron abatidos al instante. No los mataron. Uno quedó medio aturdido por un mazazo y cayó de rodillas y el otro recibió un golpe de hacha en el codo derecho que le destrozó el hueso y lo desarmó. Cuando sus compañeros tiraron de él para llevárselo, el movimiento hacia atrás se propagó a los franceses vecinos.

El hombre medio aturdido intentó levantarse, pero el príncipe le propinó un puntapié que lo dejó tendido de espaldas y luego le pisó la muñeca del brazo armado. «Acaba con él», le dijo al soldado que tenía detrás, el cual utilizó el pie recubierto de acero para levantar la visera al francés caído y acto seguido le clavó la espada. Brotó un chorro de sangre que salpicó al príncipe.

—¡Dejadme sitio! —bramó Eduardo.

Avanzó blandiendo el hacha y notó que el impacto le sacudía los brazos cuando la hoja se hundió en la cintura de un soldado. Liberó el arma de un tirón y lanzó una estocada. El mango estaba rematado con un pincho de acero que hizo una mella en el peto del herido, pero no lo atravesó. El hombre se tambaleó. El príncipe dio otro paso adelante y arremetió oblicuamente con la pesada hacha contra el cuello del enemigo, donde la afilada hoja atravesó la cofia de malla que llevaba bajo el yelmo para cubrir el cuello y los hombros. El soldado se volvió a tambalear y el príncipe lo tiró al suelo de una patada y acometió contra otro enemigo.

Luchaba sin visera y veía perfectamente a Carlos, el delfín, a menos de diez pasos de distancia.

—¡Venid y luchad conmigo! —bramó en francés—. ¡Vos y yo! ¡Carlos! ¡Venid y luchad!

El delfín, delgado y torpe, no se molestó en responder. Vio que el príncipe de Gales derribaba a un hombre a hachazos y también a un francés, que atacó con una lanza acortada que desgarró el jubón del príncipe. La coraza que Eduardo llevaba debajo del jubón tenía esculpido su escudo de armas. La lanza arremetió de nuevo y el príncipe hizo descender el hacha contra el hombro de su asaltante. El delfín vio

cómo la enorme hoja penetraba en la armadura y el repentino chorro de sangre brillante que salió.

—Retroceded, Alteza —dijo uno de los guardias del delfín, que veía que el príncipe enemigo estaba decidido a abrirse paso a la fuerza hasta el heredero al trono de Francia. Y eso no podía ocurrir; los ingleses estaban combatiendo como demonios, por lo que había que actuar—. Retroceded, Alteza —repitió, y en esta ocasión tiró de él para alejarlo de allí.

El delfín se había quedado sin habla. Le había sorprendido el poco miedo que sintió en cuanto empezó la batalla. Estaba bien protegido, cierto, y los hombres a cargo de su seguridad eran todos luchadores extremadamente eficientes, pero el delfín había intentado hacerlo lo mejor que sabía. Lanzó una fuerte estocada a un caballero enemigo y pensó que lo había herido.

Por encima de todo estaba fascinado. Había observado la batalla con ojos inteligentes y, aunque le horrorizó la carnicería, la encontró intrigante. Pensó que era una forma estúpida de decidir asuntos importantes, pues sin duda el resultado era una lotería una vez empezaba todo. Tenía que haber una forma más inteligente de derrotar al enemigo, ¿no?

—¡Atrás, sire! —le gritó un soldado, y el delfín dejó que lo condujeran de nuevo por el hueco del seto. Se preguntó cuánto tiempo llevarían combatiendo. Le parecían minutos, pero vio que el sol se había alzado por encima de los árboles, ¡de modo que debían de llevar al menos una hora!

—El tiempo vuela —comentó.

—¿Habéis dicho algo, sire? —le preguntó un hombre a voz en grito.

—¡He dicho que el tiempo vuela!

—¡Santo Dios! —exclamó el soldado.

Miraba al príncipe de Gales, que estaba de pie, seguro de sí mismo, sobre los hombres a los que acababa de derribar con su hacha ensangrentada.

Eduardo agitó el arma en el aire en dirección al enemigo que se retiraba.

—¡Volved! —rugió.

—Es un idiota —afirmó el delfín con desconcierto.

—¿Sire?

—¡He dicho que es un idiota!

—Un idiota que combate —repuso el otro con renuente admiración.

—Está disfrutando con esto —dijo el delfín.

—¿Y por qué no iba a disfrutar, sire?

—Solo un idiota podría disfrutar con esto. Para un idiota esto es el Paraíso, y él se regodea en la idiotez.

El hombre a cargo de la guardia del delfín pensó que era el príncipe de dieciocho años el que estaba loco. Sintió una oleada de furia por el hecho de que le hubieran

confiado la vida de aquel pelele de tez pálida y pecho hundido, con sus cortas piernas y sus brazos largos. Y además, por lo visto, con un cerebro hecho de queso blando.

Un príncipe debería tener aspecto de príncipe, como el de Gales. El francés odiaba admitirlo, pero daba la imagen de un gobernante como es debido; esplendoroso con su ancho pecho salpicado de sangre. Parecía un guerrero de verdad, no como ese burdo simulacro de hombre. Pero era el delfín y, por consiguiente, mantuvo un tono de voz respetuoso.

—Debemos enviar mensajeros a vuestro padre —dijo—, al rey.

—Ya sé quien es mi padre.

—Debemos pedirle que mande más hombres, sire.

—Hacedlo —asintió el delfín—, pero aseguraos de que mande a los más idiotas de los idiotas.

—¿Idiotas, sire?

—¡Enviad a los mensajeros! ¡Hacedlo de inmediato!

Así pues, los franceses pidieron ayuda.

El gigante armado con un lucero del alba se precipitó contra Thomas, en tanto que sus compañeros, uno con un mangual y el otro con una alabarda, cargaron junto a él. Lanzaron gritos desafiantes mientras se acercaban. Thomas estaba flanqueado por Karyl y Arnaldus, ambos hombres duros, uno germano y otro gascón. Karyl se enfrentó al hombre de la alabarda mientras a Arnaldus lo desafió el hombre con cara de acero y el mangual.

Thomas todavía llevaba la lanza acortada. La soltó.

El lucero del alba arremetió contra él. Thomas levantó la mirada y vio que de sus pinchos salían despedidas gotas de sangre mientras el arma hendía el aire. En aquel momento estaba desarmado, de modo que avanzó, se situó dentro del arco que describía el arma, rodeó a aquel hombre alto con sus brazos de arquero y apretó al tiempo que lo levantaba.

Arnaldus había parado el golpe del mangual con el escudo. Ahora, con la mano derecha, dirigió el hacha contra la pierna de su agresor. Karyl había seguido el ejemplo de Thomas, avanzó para situarse dentro de la larga trayectoria de la alabarda y golpeó con la maza al enemigo en la entrepierna. Golpeó de nuevo. Thomas oyó un chillido. Él estaba aferrado a su enemigo. El mangual le rozó la espalda y rasgó el cuero y la malla. Se acercaban más franceses pero también más miembros del *hellequin*.

El hombre de la alabarda estaba doblado en dos, lo que fue una invitación para Karyl, que la aceptó de buen grado. Sostuvo la maza con las manos cerca de la cabeza, acortando así la trayectoria del golpe que propinó en la nuca del francés. Una, dos veces, y el hombre cayó en silencio; Karyl desenvainó una daga y la metió por

debajo del borde inferior del peto del gigante que Thomas tenía agarrado. Le hundió el puñal en las costillas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —gritó el hombre.

Thomas apretó con más fuerza aún. El gigante debería haber soltado el lucero del alba e intentado romperle el cuello, pero sostuvo el arma con tozudez mientras Karyl retorció su hoja, larga y fina. Entonces gritó más fuerte. Thomas olió a mierda. Apretaba con todas sus fuerzas mientras Karyl clavaba la daga otra vez, hundiéndola hacia arriba por debajo del peto, de manera que su guantelete ensangrentado desapareció bajo el acero y penetró en la malla y la lana enmarañadas.

—Ya puedes soltarlo —dijo Karyl.

El hombre cayó pesadamente. Se sacudía y respiraba con dificultad.

—Pobre desgraciado —dijo Karyl—. Tendría que habérselo pensado antes. —Recogió su maza, puso un pie en el pecho del hombre que se retorció en el suelo y le dio un fuerte golpe en el casco—. Buena suerte en el Infierno —le deseó el alemán—. Saluda al diablo de nuestra parte.

Los franceses estaban retrocediendo. Paso a paso, observando a su enemigo, pero retrocedían a lo largo del seto o intentaban abrirse camino a la fuerza entre las pobladas zarzas. Los ingleses y gascones no los siguieron; unos hombres a caballo, situados detrás de la línea, gritaban todo lo alto que les permitían los pulmones: «¡Mantened la formación! ¡No los persigáis! ¡Dejad que se vayan!».

La tentación era perseguir a los franceses y hacer prisioneros, pero algo así rompería la línea, y si los franceses no habían logrado quebrarla, los ingleses no iban a correr el riesgo por la posibilidad de conseguir rescates. Mantuvieron la formación.

—Deberías intentar luchar con un arma —le comentó Karyl a Thomas, divertido.

Este tenía la boca seca. A duras penas podía hablar, pero mientras los franceses retrocedían, las mujeres que iban con el bagaje inglés acudieron con odres de vino llenos de agua del río. No había suficiente para que todo el mundo aplacara la sed, pero los hombres bebieron lo que pudieron.

Y sonaron las trompetas en el valle.

El enemigo venía otra vez.

El primer mensajero que llegó hasta el rey lo hizo cubierto de polvo. El sudor le había abierto unos surcos en la cara. Su caballo estaba blanco también de sudor. Desmontó y se arrodilló.

—Mi señor —dijo—, vuestro hijo, el príncipe, solicita refuerzos.

El rey estaba mirando hacia la colina de enfrente. Veía las banderas inglesas a través del hueco más ancho del seto.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—El enemigo se ha debilitado, sire. Se ha debilitado mucho.

—Pero no ha roto filas.

—No, sire.

Llegaron otros dos mensajeros y el rey se formó una idea de lo ocurrido aquella mañana hasta el momento. Los mensajeros colmaron de halagos a su hijo mayor, dijeron que el delfín había luchado magníficamente, historias que el rey no creyó pero que fingió aceptar. Lo que sí parecía cierto era que los ingleses se habían debilitado, en efecto, pero habían mantenido la disciplina y su línea permanecía intacta.

—Son tozudos, sire —comentó uno de los mensajeros.

—Ah, sí, tozudos —repitió el rey con aire distraído.

Observó a las tropas de su hijo, que regresaban por la ladera de enfrente. Bajaban lentamente. Debían de estar agotados porque el combate había sido largo. La mayoría de enfrentamientos entre hombres de armas terminaban en cuestión de minutos, pero los dos ejércitos debían de haber estado luchando por lo menos una hora.

El rey vio a un hombre herido que subía por la ladera cojeando y utilizando la espada a modo de bastón para apoyar el peso.

—¿Mi hijo está ileso? —preguntó al mensajero.

—Sí, sire, gracias a Dios.

—Sí, gracias a Dios —repuso el rey, e hizo señas al conde de Ventadour—. Id al encuentro del delfín —le ordenó— y decidle que abandone el campo.

—¿Que abandone el campo? —El conde no estaba seguro de haberlo oído bien.

—Es el heredero. Ya ha combatido bastante. Ya ha demostrado su valentía y ahora tiene que ponerse a salvo. Decidle que tiene que cabalgar hasta Poitiers con su séquito. Me reuniré con él allí esta noche.

—Sí, sire —dijo el conde, y ordenó que le trajeran su caballo.

Sabía que lo enviaban con el mensaje porque el delfín desconfiaría de semejante orden a menos que se la transmitiera un hombre cercano al rey. Y el conde decidió que el monarca tenía razón. El heredero al trono debía mantenerse a salvo.

—Y decidle al duque de Orleans que retome el combate —ordenó el rey.

—¿Tiene que avanzar, sire?

—¡Tiene que avanzar, tiene que luchar y tiene que ganar! —exclamó el rey. Miró a su hijo menor, de tan solo catorce años—. Tú no te irás con Carlos —dijo.

—¡Yo no quiero irme, padre!

—Serás testigo de la victoria, Felipe.

—¿Podremos luchar, padre? —preguntó el muchacho con entusiasmo.

—El próximo en combatir será tu tío. Nosotros nos uniremos a él si nos necesitan.

—¡Espero que sea así! —exclamó Felipe.

El rey Juan sonrió. No quería privar a su hijo menor de las emociones de la batalla, aunque deseaba con todas sus fuerzas mantenerlo a salvo. Pensó que tal vez

hiciera avanzar a sus tres mil hombres al término de la batalla para sumarse a la destrucción de los ingleses. Sus hombres se contaban entre los mejores caballeros y hombres de armas que poseía Francia, motivo por el cual servían en el batallón del rey.

—Algo de combate verás —le prometió a su hijo—, ¡pero tienes que jurarme que no te apartarás de mi lado!

—Lo juro, padre.

El conde de Ventadour había conducido su caballo por entre los hombres que estaban a las órdenes del hermano del rey. Era el camino más corto hacia el delfín. El monarca vio cómo entregaba el mensaje al duque y luego seguía cabalgando para ir al encuentro del delfín, que en aquellos momentos se hallaba a medio camino en la otra ladera. Los ingleses no lo habían perseguido. Se limitaban a esperar al otro lado del seto, señal, así lo esperaba el rey, de que en verdad estaban más débiles.

—Cuando ataque el duque —dijo el rey al mariscal Clermont—, haremos avanzar nuestro batallón hasta donde está él ahora.

—Sí, sire.

El primer martillazo había debilitado a los ingleses. Les esperaban dos más.

Pero de repente les esperaba solo uno.

Porque, mientras el rey miraba incrédulo, su hermano decidió abandonar el campo con el delfín. El duque de Orleans no había combatido, su espada no estaba manchada con la sangre del enemigo y, no obstante, había ordenado traer los caballos y llevaba a sus tropas hacia el norte.

—¿Qué demonios? —dijo el monarca.

—¿Qué está haciendo, por Dios? —preguntó el mariscal Clermont.

—Santo Cielo —dijo otro.

—¡Se está marchando!

—¡Tú, idiota! —gritó el rey a su hermano, que se hallaba demasiado lejos como para oírle—. ¡Eres un idiota lisiado y un cobarde! ¡Un cabrón cretino! ¡Eres un mierda sin agallas! —Tenía el rostro colorado y la saliva salía volando de su boca—. ¡Que avancen las banderas! —gritó. Desmontó y dio las riendas de su caballo a un mozo de cuadra. Si su hermano no iba a luchar, sería su batallón, el mejor de todo el ejército, el que tendría que decidir la batalla—. ¡Trompetas! —ordenó el monarca a voz en grito y aún enojado—. ¡Dadme esa maldita hacha! ¡Que suenen las trompetas! ¡Dad el toque de avance! ¡Adelante!

Sonaron las trompetas, tocaron los tambores y la oriflama se llevó hacia el enemigo.

—¿Qué están haciendo? —El príncipe de Gales había montado en su caballo para así poder ver mejor al enemigo, y lo que veía le preocupaba. El segundo batallón

francés se dirigía hacia el norte—. ¿Estarán pensando atacar nuestro flanco derecho? —sugirió.

—Y nuestro centro al mismo tiempo, sire. —Sir Reginald Cobham, veterano en la guerra, observaba el avance del último batallón francés. Era el que hacía ondear la oriflama y el estandarte real. Sir Reginald se inclinó hacia adelante y dio un manotazo a un tábano que se había posado en el cuello de su corcel—. Quizá por fin haya alguien allí que tiene un poco de sentido común, ¿no?

—¿El conde de Salisbury tiene arqueros? —preguntó el príncipe.

—Muchos, ¿pero tiene flechas suficientes?

El príncipe soltó un gruñido. Un criado le trajo una jarra de vino diluido con agua, pero el príncipe le dijo que no con la cabeza.

—Asegúrate de que beben todos antes que yo —ordenó en voz lo bastante alta para que lo oyeran a unos treinta o cuarenta pasos de distancia.

—Un carretero trajo diez barriles de agua ladera arriba, sire —anunció el duque de Warwick.

—¿Ah, sí? ¡Un buen hombre! —El príncipe miró al criado—. ¡Búscale! ¡Dale un marco! —El marco de plata era una moneda valiosa—. ¡No, dale dos! No parecen muy entusiastas, ¿verdad? —Estaba observando las tropas del duque de Orleans. Él había supuesto que estaban a punto de atacar a los hombres del conde de Salisbury, en el flanco derecho de los ingleses pero, para su desconcierto, en aquellos momentos continuaban camino hacia el norte. Algunos habían montado en sus caballos, otros iban a pie y otros más se quedaron en el lecho del valle, como si no supieran qué hacer—. ¡Jean! —exclamó el príncipe.

—¡Mi señor!

Jean de Grailly, captal de Buch, quien había permanecido cerca del príncipe durante gran parte de la batalla, acercó su montura.

—¿Sire?

—¿Qué están haciendo esos condenados?

—¿Un ataque a caballo? —sugirió el captal, pero no parecía muy seguro. Si los franceses planeaban una carga, estaban llevando sus corceles muy lejos de la línea inglesa. Algunos de ellos ya se habían perdido de vista por el horizonte—. ¿O tal vez quieran ser los primeros en llegar a los prostíbulos de Poitiers? —apuntó el captal.

—Qué tipos más sensatos —comentó el príncipe.

Frunció el ceño mientras observaba a las tropas que retrocedían. Aproximadamente la mitad del batallón del duque de Orleans se estaba dirigiendo al norte y la otra mitad se había quedado donde estaba para que se les unieran los hombres del delfín, que ya habían combatido. Algunos de estos últimos empezaron entonces a seguir la bandera del duque de Orleans hacia el norte. En lugar de irse hacia el ala derecha de la línea inglesa, avanzaban sin parar hacia el noroeste.

—¡Por Dios! —exclamó Eduardo con asombro—. Creo que tenéis razón. ¡Van corriendo para quedarse con las mejores putas! ¡Vamos, muchachos! —gritó para animar al enemigo que desaparecía, y luego dio unas palmaditas a su caballo—. Tú no, viejo amigo. Tú tienes que quedarte aquí. —Volvió de nuevo la mirada a las tropas del rey francés, que en aquellos momentos avanzaban hacia él—. Debe de sentirse muy confiado —dijo— si despacha de aquí a sus tropas, ¿no?

—O debe de ser muy estúpido —replicó el conde de Warwick.

Había una docena de jinetes en torno al príncipe. Eran los soldados experimentados, los que tenían arrugas en los ojos de tanto mirar a enemigos distantes, la piel oscurecida por el sol, la armadura mellada y rayada y las empuñaduras de las armas desgastadas de tanto uso. Habían combatido en Normandía, Bretaña, Gascuña, Francia y Escocia, confiaban los unos en los otros y, lo que era aún más importante, el príncipe confiaba en ellos.

—Y pensar que esta mañana esperaba ser un rehén —comentó el príncipe.

—Estoy seguro de que ahora Juan de Valois aceptaría la oferta, sire —dijo el conde de Warwick, que se negaba a llamar a Juan el rey de Francia, un título que reclamaba Eduardo de Inglaterra.

—No puedo creer lo que estoy viendo —dijo el príncipe.

Observaba ceñudo a las tropas francesas que se retiraban. Lo cierto es que sí parecían estar abandonando el campo de batalla, no solo los hombres cansados del delfín sino también las tropas frescas del duque de Orleans. Algunos hombres se habían quedado en el campo y se estaban uniendo al batallón del rey.

—Me imagino que piensan que con esos hombres ya tienen suficiente. —Señaló a los hombres de armas que se aceraban. El gran estandarte del rey, muy vistoso de azul y dorado, había llegado al fondo del valle, y ahora la gran extensión de hombres con armadura empezaba a trepar. El príncipe se volvió a mirar al captal—. ¿Tenéis jinetes?

—Tengo sesenta hombres montados, sire. El resto están en la línea.

—Sesenta —repitió el príncipe con aire meditabundo.

Miró de nuevo a los franceses que se acercaban. No bastaba con sesenta. Su maltrecho ejército tendría aproximadamente el mismo número de hombres que el batallón del rey de Francia que se acercaba, pero el enemigo estaba fresco. Los hombres del príncipe estaban cansados y él no quería debilitar su exhausta línea tomando a hombres de armas de sus filas. Pero entonces se le ocurrió una idea.

—Llevaos a cien arqueros con vos. Todos montados.

—¿Sire? —preguntó el conde de Warwick, que no sabía qué estaba pensando el príncipe.

—Tienen intención de atacarnos con dureza —afirmó el príncipe—, así que veamos si les gusta que les ataquen. —Se volvió otra vez para mirar al captal—.

Dejad que entablen batalla primero, mi señor, y luego caed sobre ellos por la espalda.

El capital sonreía. Y no era una sonrisa agradable.

—Necesito una bandera inglesa, sire.

—¿Para que sepan quién los está matando?

—Para que vuestros arqueros no utilicen a nuestros caballos para sus prácticas de tiro, sire.

—¡Dios santo —exclamó Warwick—, vais a cargar contra un ejército con ciento sesenta hombres!

—No, vamos a acabar con un ejército —replicó el príncipe—. ¡Con la ayuda de Dios, de san Jorge y de Gascuña! —Se inclinó en la silla y estrechó la mano al capital—. Id con Dios, mi señor, y luchad como el diablo.

—Ni siquiera el demonio lucha como un gascón, sire.

El príncipe se rio.

Olía la victoria.

Roland de Verrec se había pasado la batalla a lomos de su caballo. Se hubiera sentido incómodo luchando a pie, no porque no fuera hábil en este tipo de combate, sino porque no tenía amigos en la línea de batalla. Los hombres luchaban en parejas o en grupo, unidos por lazos familiares o de amistad y habiendo jurado defenderse unos a otros. Roland no tenía ningún pariente en ese ejército, sus amistades eran superficiales y, además, quería encontrar a su enemigo.

Al principio, cuando los franceses habían irrumpido por entre los huecos del seto, haciendo retroceder la línea inglesa, había buscado entre las banderas el caballo verde de Labrouillade, pero no lo había visto. Así pues, había situado su corcel cerca del príncipe de Gales, aunque no tanto como para que se fijaran en él, y había escudriñado el hueco más ancho del seto intentando encontrar el caballo verde entre los dos batallones que esperaban para atacar, pero tampoco lo había conseguido.

No era de extrañar. El viento no soplabla y no extendía las vistosas banderas, estandartes y banderines de los batallones que esperaban. Tan poco viento hacía que el hombre que llevaba la oriflama la estuviera agitando de un lado a otro para que se viera; era como una onda de un rojo intenso que se acercaba cada vez más a la colina inglesa.

Robbie se había reunido con él. El escocés, al igual que Roland, no tenía amigos en el ejército inglés. Era verdad que consideraba a Thomas un amigo, pero dicha amistad se distinguía por la generosidad de una parte y la ingratitud de la otra, y Robbie se sentía avergonzado. Eso podría enmendarse con el tiempo, pero en ese momento Robbie no creía que Thomas confiara en él en el combate, de modo que, al igual que Roland, había observado la lucha desde detrás de la línea.

Vio cómo los ingleses afrontaban la carga francesa, la detenían y la rechazaban. Oyó el sufrimiento de la batalla y los gritos de los hombres mutilados por el acero. Observó cómo los franceses intentaban una y otra vez romper la línea y cómo se desanimaban. Se habían retirado.

Dejaron atrás muchos cuerpos, más que los ingleses, muchos más, pero claro, siempre resultaba más fácil defenderse. Los ingleses tenían que mantener la línea. Hombres que eran renuentes a combatir no tuvieron más alternativa que permanecer junto a sus vecinos; tampoco tenían que avanzar e iniciar la batalla, eso era cosa de los franceses. Los más tímidos quedarían rezagados y dejarían que lucharan los más valientes, lo cual implicaba que a menudo los más valientes quedaban aislados, atacados por media docena de defensores; habían sido los franceses los que habían sufrido más las consecuencias de su valentía. Ahora todo empezaría de nuevo.

—¿Y ahora qué? —preguntó Roland de repente.

Robbie miró a los franceses que se acercaban.

—Vendrán, combatirán, ¿quién sabe?

—No me refería a eso —dijo Roland. Él también observaba al ejército que se aproximaba—. Se guardaron lo mejor para el final —añadió.

—¿Lo mejor?

Ahora Roland distinguía algunas de las banderas porque los portaestandartes las agitaban.

—Ventadour —dijo—, Dammartin, Brienne, Eu, Bourbon, Pommiers. Además del estandarte real.

—¿Entonces a qué os referíais?

—Me refería a qué pasará después de la batalla.

—Os casaréis con Bertille.

—Con la ayuda de Dios, sí —repuso Roland, y tocó el pañuelo de seda azul que llevaba al cuello—. ¿Y vos?

Robbie se encogió de hombros.

—Me quedaré con Thomas, creo.

—¿No volveréis a casa?

—Dudo que vayan a recibirme bien en Liddlesdale, ya no. Tendré que buscarme un nuevo hogar.

Roland asintió. Seguía observando al batallón que se acercaba.

—Y yo tendré que hacer las paces con Francia —declaró con aire pensativo.

Robbie dio unas palmaditas en el cuello a su caballo, un corcel picazo que había sido un regalo de Thomas.

—Creía que vuestras tierras estaban en Gascuña.

—Así es.

—En tal caso, rendid homenaje al príncipe de Gales. Él os las devolverá.

Roland le dijo que no con la cabeza.

—Soy francés —afirmó— y pediré el perdón de Francia. —Suspiró—. Supongo que me costará dinero, pero todo es posible con dinero.

—Procurad matarlo con rapidez —le dijo Robbie—. Yo os ayudaré.

Roland no respondió enseguida. Había visto una breve mancha verde entre las filas enemigas y estaba mirando fijamente hacia allí. ¿Era un caballo verde?

—¿Con rapidez? —preguntó al cabo de un rato sin desviar la mirada—. ¿Creéis que torturaré a Labrouillade hasta que muera? —Parecía ofendido—. Puede que merezca tormento, pero su muerte será rápida.

—Lo que quiero decir es que lo matéis antes de que tenga ocasión de rendirse.

Al final Roland volvió el rostro y apartó la mirada de los franceses que se acercaban. Llevaba la visera levantada y tenía el ceño fruncido.

—¿Rendirse?

—Labrouillade vale una fortuna —explicó Robbie—. Si la batalla va mal, se

rendiría. Preferiría pagar un rescate a que lo entierren. ¿Vos no lo preferiríais?

—¡Dios mío! —exclamó Roland.

No había pensado en esa posibilidad, ¡pero era tan evidente! Había soñado con liberar a Bertille con la espada, pero Robbie tenía razón. Labrouillade no lucharía. Se rendiría.

—De modo que matadlo rápidamente —dijo Robbie—. No le deis la oportunidad de decir nada. No os entretengáis, haced caso omiso de sus súplicas de clemencia y matadle. —Hizo una pausa y miró a Roland, que había vuelto la mirada una vez más hacia el enemigo que avanzaba—. Si es que está ahí —añadió Robbie.

—Lo está —afirmó Roland con amargura.

Ya había visto el caballo verde. Se hallaba a la izquierda de la línea francesa, en la retaguardia del batallón del rey. Si quería liberar a Bertille tendría que abrirse paso a través de aquella línea de un modo u otro, y sabía que sería imposible. Tendría que matar a demasiados hombres y, aun en el caso de que lo consiguiera, le daría demasiado tiempo a Labrouillade para que viera acercarse la muerte. Robbie tenía razón, era necesario que lo matara rápido y no veía cómo podía hacerlo.

Y en aquel preciso momento se oyó un estrépito de cascos de caballos. Se volvió para mirar, vio a unos jinetes que se reunían bajo los árboles y supuso que se estaban preparando para realizar una carga.

—Necesito una lanza —dijo.

—¡Necesitamos dos lanzas! —repuso Robbie.

Hicieron dar la vuelta a sus monturas y fueron a buscarlas.

El conde de Labrouillade tropezó con algo. Todavía llevaba la visera levantada, pero resultaba difícil mirar hacia abajo por culpa del borde inferior del casco, que le cubría la mandíbula y que chirriaba contra la cofia de malla y la parte superior de su grueso peto. Alcanzó a ver una maza abandonada manchada de sangre y de cabello humano. Se le revolvieron las tripas. Había más sangre en el suelo, sin duda la que dejó un hombre herido que retrocedió cojeando o arrastrándose para alejarse del primer asalto contra la línea inglesa. Aminoró el paso para asegurarse de que estaba al final del batallón del rey.

Los tambores le seguían de cerca haciendo un ruido ensordecedor al golpear las gruesas baquetas contra las tirantes pieles de cabra. Las armaduras tintineaban. El conde estaba empapado de sudor; le corría por la cara y hacía que le escocieran los ojos. Estaba cansado tras la larga caminata ladera abajo desde la llana cima de la colina. Ahora era peor, porque iban ligeramente cuesta arriba y cada paso suponía un esfuerzo; los músculos de las piernas no eran más que dolor, tenía el estómago revuelto y la tripa suelta. Tropezó con una vid pisoteada pero logró mantener el equilibrio. Sonaron las trompetas.

—¡No hay flechas! —gritó alguien.

—¡Esos cabrones se han quedado sin flechas!

—¡Podéis dejaros las viseras levantadas! —dijo otro.

Y en aquel preciso momento una flecha llegó rápidamente por la izquierda, cayó sobre las filas, rebotó en un avambrazo y acabó con la punta clavada en el suelo. Llegaron más flechas, por lo que en las filas francesas los hombres se cerraron las viseras a toda prisa. El sonido de los proyectiles contra las armaduras era como una granizada metálica. Un tambor fue alcanzado y cayó de espaldas con su enorme instrumento encima del vientre, devolviendo una mezcla de vómito y sangre.

—¡Oh, Dios mío! —gimió el conde de Labrouillade.

El vino se agitaba en su estómago. Tenía náuseas. Eran muchos los que habían bebido para adquirir coraje, pero ahora el vino se había agriado y él avanzaba a trompicones con gran esfuerzo. Casi no veía nada por las estrechas ranuras de la visera. Lo único que quería era mantener el control sobre sus tripas y que aquel infierno terminara.

Rezaba a Dios para que los idiotas entusiastas situados al frente del ataque se precipitaran contra la línea inglesa, la atravesaran y mataran a los idiotas enemigos. Con suerte capturaría a un prisionero que valiera un gran rescate, pero en realidad no le importaba. Lo único que quería era que aquello terminara.

Ya no caían tantas flechas. A los arqueros situados a la derecha de la línea inglesa les quedaban pocas y la mayoría de ellos descartaron los arcos, agarraron alabardas o mazas y se quedaron mirando al enemigo que se acercaba al seto.

El rey de Francia caminaba hacia el hueco más ancho del seto, donde veía la gran bandera que proclamaba la presencia del príncipe de Gales. Su hijo Felipe iba a su lado, rodeado de su escolta. Había otros diecisiete hombres vestidos con los colores del rey, para engañar a los ingleses. Eran todos caballeros renombrados, miembros de la Orden de la Estrella. Esperaban que los ingleses hicieran un ataque suicida buscando al rey y se debilitaran.

—Tú no te apartes de mi lado, Felipe —dijo a su hijo.

—Sí, padre.

—Esta noche celebraremos un banquete en Poitiers —anunció el monarca—. ¡Con música!

—¿Y prisioneros?

—Docenas de prisioneros —afirmó Juan—. ¡Cientos de prisioneros! Y te haremos una camisa de dormir con el jubón del príncipe de Gales.

Felipe se rio. Llevaba una espada y un escudo, aunque nadie esperaba que combatiera y había cuatro Caballeros de la Estrella destacados para protegerle.

En esos momentos las primeras filas del ejército francés estaban convergiendo en el hueco del seto. «*Montjoie Saint Denis!* —gritaban—, *Montjoie Saint Denis!*». La

línea de ataque era irregular. Los entusiastas habían avanzado a grandes pasos mientras que los renuentes habían aminorado la marcha deliberadamente, con lo que la línea francesa era deforme. Los ingleses guardaban silencio. El rey los divisó entre las filas por delante de él y vio una línea gris de acero abollado bajo unas banderas hechas jirones.

—*Saint Denis!* —gritó—, *Montjoie Saint Denis!*

El cardenal Bessières se encontraba a unos cien pasos por detrás del ataque francés. Todavía iba a caballo y escoltado por el padre Marchant y tres hombres de armas. Estaba furibundo. Se suponía que el ejército francés estaba dirigido por hombres que sabían lo que hacían, hombres expertos en la guerra. Sin embargo los primeros ataques a caballo habían fracasado por completo, el segundo había sido rechazado y ahora había abandonado el campo casi la mitad del ejército, la mayoría sin ni siquiera intentar luchar. Debería haber sido una victoria fácil pero la balanza se estaba inclinando en contra.

De todos modos, pese a su furia, aún tenía confianza. El batallón del rey era el más fuerte de los tres y estaba constituido por hombres de mucha reputación. Estaban frescos, el enemigo estaba cansado y con la ayuda de Dios el monarca prevalecería. La oriflama seguía ondeando. El cardenal consideró rezar una oración, pero nunca había confiado en la ayuda de Dios y prefería contar con su propia inteligencia y astucia.

—Cuando termine esto —le dijo al padre Marchant—, aseguraos de recuperar *la Malice* de manos de ese animal escocés.

—Por supuesto, Eminencia.

Y para sorpresa del cardenal, el recuerdo de la espada de san Pedro le proporcionó una repentina oleada de esperanza. Él, por encima de todos los hombres, conocía la naturaleza sórdida de la mayoría de las reliquias y el engaño que ejercían en los crédulos.

Cualquier pedazo de hueso viejo, ya fuera de una cabra, de un buey o de un ladrón ejecutado, podía endilgarse como el nudillo de un mártir. Aunque, pese a su escepticismo, tenía la certeza de que *la Malice* era, en efecto, la espada del Pescador. No podía fallar. Los mismísimos ángeles lucharían por Francia y la victoria impulsaría a Louis Bessières al trono de san Pedro.

—¡Vamos, adelante! —gritó el cardenal a los hombres que iban en cabeza, aunque estaban demasiado lejos para oírlo.

Y los franceses cargaron. «*Montjoie Saint Denis!*».

Thomas cabalgó hacia el norte siguiendo la línea inglesa. Podía oír a los franceses acercándose porque el ruido de sus grandes tambores invadía la atmósfera, y tuvo la curiosidad de averiguar lo que estaba ocurriendo. Hasta el momento su batalla había

consistido en la breve y violenta escaramuza con los jinetes junto al vado y luego la igualmente breve y salvaje batalla dentro del seto. Lo que había ocurrido en el resto del campo era un misterio, de modo que cabalgó para desentrañarlo.

A través del hueco más ancho del seto, vio que los franceses se lanzaban a otro ataque. Lo raro era que no se veían más franceses en la lejana línea del horizonte, salvo unos cuantos jinetes desperdigados que parecían estar observando la batalla, igual que él.

Estaba a punto de dar media vuelta para ir a contarles a sus hombres lo que había descubierto y advertirles que estuvieran preparados para otro combate en el seto, cuando una voz gritó:

—¿Sois arquero?

Thomas supuso que la pregunta iba dirigida a otra persona y no hizo caso, pero entonces le pareció raro que la pregunta se hubiera hecho en francés. Se volvió y vio a un hombre con librea negra en la que había un escudo amarillo decorado con veneras plateadas. El hombre miraba fijamente a Thomas.

—Soy arquero —respondió Thomas alzando la voz.

—¡Necesito arqueros a caballo! —El hombre era joven pero tenía un inconfundible aire de confianza y autoridad—. ¡Que traigan armas de mano!

—Puedo daros al menos sesenta arqueros —repuso Thomas.

—¡Pues que sea rápido!

Los franceses entraron por el hueco profiriendo su grito de guerra. Se precipitaron sobre la línea inglesa y el acero chocó contra el acero, exactamente igual que antes.

—¡Manteneos firmes! —rugió un hombre en inglés—. ¡Mantened la formación!

Las trompetas arañaban el cielo con su ruido, los tambores aporreaban sus pieles y se lanzaban gritos de guerra. Thomas cabalgó y no se detuvo hasta que llegó al extremo sur de la línea, que aún no había entablado combate.

—¡Karyl! ¡El combate será como antes! ¡Limitaos a contenerlos! ¡Sam! Quiero a todos los arqueros encima de sus caballos. Traed hachas, espadas, mazas, cualquier cosa que mate, ¡y daos prisa!

Thomas se preguntó quién era el hombre del jubón negro y qué es lo que tenía preparado para ellos, en nombre de Dios. Sus hombres corrían hacia el borde de la arboleda donde Keane había atado los caballos.

—¡Keane —gritó Thomas—, dame una alabarda!

El irlandés se la trajo y a continuación montó en su caballo.

—Voy con vosotros. ¿Adónde vamos?

—No tengo ni idea.

—Sorpresa, ¿eh? Solíamos hacerlo en casa. Salíamos a caballo a ver dónde acabábamos. Normalmente era en una taberna.

—Dudo que ese sea nuestro destino —dijo Thomas, y alzó la voz—: ¡Venid

conmigo!

Espoleó al caballo y se dirigió otra vez hacia el norte. A su izquierda oía el estrépito de la batalla. La línea inglesa era de cuatro en fondo y estaba resistiendo. Los hombres de las filas traseras reforzaban las primeras o lanzaban estocadas con sus lanzas acortadas entre los cuerpos de sus compañeros. Mientras, detrás de la línea, dos jinetes arremetían con sus lanzas contra cualquier enemigo que tuviera la visera levantada.

Había franceses apiñados en el hueco del seto donde las banderas ondeaban, pero la mayoría de ellos se encontraba aún al otro lado, esperando a que sus líderes abrieran a hachazos un espacio que ellos pudieran llenar.

—¡Seguidme! —gritó el hombre del jubón negro. Tenía a unos sesenta hombres que vestían sus colores; negro y amarillo.

Thomas y sus arqueros los siguieron, adentrándose en la arboleda. Más arqueros se sumaron a ellos. Todos siguieron al hombre de negro hacia el norte. Thomas vio a Robbie y a Roland, que cabalgaban juntos, y espoleó su caballo para alcanzarlos.

—¿Qué estamos haciendo?

—Atacar por detrás —respondió Robbie con una amplia sonrisa.

—¿Quién va en cabeza?

—El captal de Buch —contestó Roland.

—¿Captal?

—Un título gascón. El hombre tiene buena reputación.

«¡Dios mío! ¡Más vale que sea bueno!», pensó Thomas. Por lo que él podía ver, el captal contaba con menos de doscientos hombres ¿y tenía intención de atacar al ejército francés? Y casi todos eran arqueros a caballo, no hombres de armas entrenados.

Pero si el captal albergaba algún temor, no lo dejó traslucir. Dirigía a los hombres ladera abajo sin salir del bosque y por detrás del batallón del conde de Salisbury, que defendía el extremo derecho de la línea inglesa. Allí el combate era encarnizado. Gran parte de la posición del conde se encontraba más allá del seto, y la cuesta que llevaba a la línea inglesa era suave, por lo que los franceses atacaron en torno al extremo norte del seto y se enfrentaron a hombres de armas y arqueros.

Los agujeros en el suelo hicieron que algunos franceses quedaran atrapados. Los arqueros luchaban con armas de mano y utilizaban la fuerza conseguida manejando el arco para golpear a los hombres con armadura. Thomas pudo atisbar por un momento aquel combate, pero acto seguido ya volvía a estar entre los árboles.

Las bellotas crujían bajo los cascos de su caballo. Los hombres se agachaban por debajo de las ramas de los robles y castaños. Unos cuantos hombres de armas llevaban unas lanzas largas que tenían que guiar con cuidado por entre los gruesos árboles, pero no iban deprisa. Era necesario conservar las fuerzas de los animales, por

lo que el captal los conducía al trote con la confianza de estar oculto al enemigo. Los sonidos de la batalla se fueron desvaneciendo a medida que cabalgaban más hacia el norte.

Entraron en un valle, cruzaron un riachuelo por el que corría un hilo de agua y subieron por la otra cuesta, que era un campo de rastrojos. Los árboles ocultaban el horizonte al norte y al oeste. Justo antes de llegar a los árboles que había al norte, el captal viró hacia la izquierda y entró en un robledo que coronaba una colina.

Cuando Thomas se agachó, entre los árboles vio que las bajas montañas del norte estaban llenas de hombres que se retiraban. ¿Por qué? ¿Acaso los franceses habían sufrido una derrota que se le había escapado? Pero allí estaban, cientos y cientos de hombres que iban hacia el norte mientras la batalla todavía se estaba librando en la colina inglesa.

Un pequeño lagarto se cruzó con Thomas con un correteo. ¿Era un buen o un mal presagio? Pensó que ojalá tuviera aún la pata de perro seca que solía llevar colgada al cuello como talismán. Una pata de la que había presumido diciendo que era una reliquia de san Guinefort, un perro que había sido declarado santo. ¿Cómo podía ser santo un perro? Se santiguó al acordarse de que no se había confesado antes de la batalla y no había recibido absolución ninguna. Pensó que si lo mataban iría al Infierno. Frenó su montura. Todos los caballos se detuvieron, daban patadas en el suelo y agitaban la cabeza.

—¡Portaestandarte! —gritó el captal.

—¿Sire?

—La bandera inglesa.

El portaestandarte desenrolló la bandera blanca con la llamativa cruz roja de san Jorge.

—Armas, caballeros —dijo el captal en un inglés con marcado acento. Sonrió ampliamente mostrando unos dientes muy blancos en contraste con su piel bronceada por el sol y ensombrecida por el casco—. ¡Y ahora destrocémoslos!

Dicho esto, espoleó su caballo y salió de los árboles. Los hombres de armas y arqueros lo siguieron. Cuando Thomas salió cabalgando a la luz del sol, vio de repente al ejército francés apiñado en el seto y que el captal los había conducido describiendo un amplio círculo, de modo que ahora estaban cabalgando hacia los franceses por su retaguardia.

Los hombres de armas que llevaban lanzas las mantenían derechas. Todas las lanzas largas llevaban un banderín negro y amarillo; los colores del captal. Delante de ellos había un seto pequeño, pero tenía algunos huecos. Los jinetes lo atravesaron y volvieron a formar al otro lado mientras el captal ponía el caballo a medio galope. El mundo de Thomas se redujo al golpeteo de los cascos; un golpeteo de mil demonios que era el contrapunto a los tambores de los franceses, que parecían ajenos a los

jinetes que se les acercaban por detrás.

Ahora cabalgaban por una pradera. Thomas puso el caballo a medio galope. Ya faltaba poco. Los franceses estaban a solo dos tiros de arco de distancia y los ciento sesenta jinetes se desplegaron. Descendieron por una pequeña hondonada y luego subieron por la ladera, donde los caballos pisotearon las vides rotas. La bandera de san Jorge ondeó en lo alto, las lanzas se calaron en posición de ataque, las espuelas fueron hacia atrás y un hombre chilló:

—¡San Jorge!

—¡Santa Quiteria! —gritó un gascón.

—¡Matadlos! —bramó el captal.

Los jinetes dejaron correr a sus corceles. Las últimas filas francesas, donde se refugiaban los hombres más cobardes, se volvieron, vieron las grandes bestias y los hombres armados que se les venían encima y rompieron filas antes de que la carga chocara contra ellos. Cayeron las banderas, los hombres echaron a correr entorpecidos por las armaduras y al cabo de un instante los caballos estaban entre ellos. Las lanzas se hundían en los cuerpos cubiertos de acero y las hachas astillaban espaldas, destrozaban huesos y rociaban de sangre el aire otoñal. Thomas se oyó a sí mismo gritar como un descosido presa de una total excitación: «¡San Jorge!». Hundió el pincho de la alabarda contra el casco de un francés y dejó que el impulso del caballo liberara el arma. Un tambor soltó su vasto instrumento y echó a correr, pero un jinete dio la vuelta y le partió la cabeza despreocupadamente con una espada, tras lo cual se volvió otra vez para atacar a un caballero francés. Arremetió de nuevo y su espada hizo pedazos la de su oponente. Un caballo se empinó y derribó a un hombre golpeándolo con los cascos. Sam estaba matando ballesteros con un hacha.

—¡Odio a los putos ballesteros! —gritó, y dejó caer la hoja sobre la cabeza de uno de ellos—. ¡Es como cascar un huevo! —dijo a Thomas a voz en grito—. ¿Quién es el siguiente?

—No os separéis —les gritó el captal.

Solo eran ciento sesenta y el batallón del rey de Francia contaba con tres mil hombres. Pero esos pocos efectivos habían desbaratado la retaguardia francesa, que en aquellos momentos corría desesperadamente hacia el oeste.

Los soldados de las primeras filas, que combatían junto al seto, oyeron el pánico y todo el batallón retrocedió al tiempo que la línea inglesa estallaba en un rugido triunfal y avanzaba. Aparecieron más jinetes, esta vez por el extremo sur de la línea, una carga más desigual de hombres que acudían para que el pánico fuera absoluto. Y los franceses, en efecto, habían sido presa del mismo. Estaban huyendo, todos ellos. El captal ordenó a sus hombres que se retiraran.

Ciento sesenta hombres habían desbaratado un ejército, pero todavía se hallaban en gran inferioridad numérica. Los franceses se estaban dando cuenta de ello y

formando líneas para resistir a los jinetes. Tres de ellos atraparon a Pitt, el arquero taciturno, y Thomas observó horrorizado cómo mataban el caballo a hachazos, arrancaban a Pitt de la silla y lo golpeaban con mazas hasta matarlo.

Thomas cabalgó hacia ellos y llegó demasiado tarde, pero aun así arremetió como loco con la alabarda y la hoja alcanzó a uno de ellos en el cuello. «¡Hijos de puta!», gritó, e hizo dar la vuelta a su caballo para alejarse de sus hachazos. Siguió al capital hacia el norte hasta que estuvieron fuera del alcance de las armas francesas.

Los hombres del príncipe atravesaron el seto y cayeron sobre los franceses, que otra vez rompieron filas presa del pánico. Huyeron, perseguidos por los hombres de armas desmontados, que atravesaban el seto cada vez en más cantidad, y por los jinetes que habían aparecido por el sur.

Era como guiar un rebaño de ovejas. Los jinetes cabalgaban y amenazaban y los franceses no hacían ningún intento de volver a formar sino que seguían yendo hacia el oeste. La oriflama había desaparecido, pero Thomas vio el azul y dorado del estandarte real francés que seguía ondeando en el centro de aquel tumulto.

Cada vez eran más los hombres de armas ingleses y gascones que habían ido a por sus caballos, y cada vez eran más los que se sumaban a la persecución. Bajaron al poco profundo valle y luego subieron hasta la llana cima de *le Champ d'Alexandre*, el lugar desde el que los franceses habían atacado aquella mañana y desde donde ahora los jinetes ingleses cargaban.

Arrollaban a los franceses, en grupo, arremetiendo con sus armas. Los caballos intentaban morder a los soldados que huían y el pánico francés se fue incrementando a medida que sus filas se rompían. Los nobles gritaban que eran ricos, que se rendían. Los arqueros ingleses habían dejado de lado sus arcos y utilizaban su enorme fuerza para esgrimir hachas, mazas y martillos. Los hombres proferían rugidos sanguinarios o de terror.

El orden había desaparecido por completo de las filas francesas, que en aquellos momentos se estaban viendo divididas en grupos cada vez más pequeños, atacados por hombres enloquecidos por la batalla, con rostros sudorosos y dientes apretados, que solo querían matar y matar. Y eso es lo que hicieron.

Un francés rechazó a dos arqueros utilizando su espada para interceptar sus hachas, retrocedió, tropezó con un hombre abatido y cayó al suelo. Los arqueros avanzaron de un salto asestando hachazos y el francés gritó cuando una hoja le golpeó el hombro; intentó levantarse, cayó de nuevo y alzó la espada describiendo un arco amplio que paró un hacha.

Thomas vio que el hombre apretaba los dientes y que sus esfuerzos desesperados le distorsionaban el rostro. Paró otro hachazo y, a continuación, soltó un grito cuando el segundo arquero le cortó la carne del muslo. Intentó lanzar una estocada a aquel hombre escupiendo los dientes que se había roto al apretarlos con demasiada fuerza,

pero el enemigo paró su arremetida desesperada, un hacha le aplastó la cara, el pincho de una alabarda se le hundió en el vientre y todo su cuerpo se sacudió con un gran espasmo mientras moría. La cara abierta de su casco se llenó de sangre por un momento, tras el cual se escurrió mientras los dos arqueros se arrodillaban para desvalijarlo.

Keane había desmontado y estaba de pie junto a un cadáver al que una alabarda irlandesa le había rajado el vientre. Las tripas estaban pisoteadas sobre los rastros y, junto al cadáver, vestido con la misma librea de círculos amarillos sobre un campo azul, había un hombre mayor de rostro pálido y arrugado, cabello gris y una barba muy bien recortada. Llevaba una armadura de placas con un crucifijo dorado que adornaba su peto. Parecía estar aterrorizado. Estaba claro que se había rendido a Keane, porque el irlandés sujetaba el casco del anciano, que tenía una cruz en el crestón y una larga pluma azul detrás.

—¡Dice que es el arzobispo de Sens! —dijo Keane a Thomas.

—En tal caso eres rico. ¡Rétenlo! Procura que nadie te lo arrebatte.

—Este tipo intentó protegerle. —Keane bajó la vista al hombre destripado—. La verdad es que no fue una decisión inteligente.

En el centro del campo tenía lugar una violenta escaramuza y, al mirar hacia allí, Thomas vio que el estandarte real francés aún ondeaba. Los hombres arremetían contra los defensores del estandarte como salvajes enloquecidos, intentando abrirse paso hasta el rey Juan. Thomas hizo caso omiso, cabalgó hacia el sur y vio que el enemigo huía ladera abajo hacia el Miosson; pero los arqueros del conde de Warwick estaban esperando allí y los franceses huían hacia una muerte segura.

Un hombre saludó a Thomas, que al darse la vuelta vio a Jake, uno de sus arqueros, que guiaba a un prisionero a caballo. El hombre llevaba un jubón que mostraba el puño rojo sobre un campo de rayas blancas y anaranjadas. Thomas no pudo evitar reírse. Era Joscelyn de Berat, el hombre que había jurado volver a capturar Castillon d'Arbizon.

—Dice que solo se rendirá a ti —dijo Jack— porque yo no soy un caballero.

—Ni yo tampoco —repuso Thomas, y a continuación habló en francés—. Eres mi prisionero —dijo a Joscelyn.

—El destino —contestó Joscelyn con resignación.

—¡Keane! —gritó Thomas—. ¡Aquí hay otro al que vigilar! ¡Cuida de ambos, son ricos! —Thomas se volvió de nuevo hacia Jake—. ¡Vigílalos bien! —Los hombres se peleaban por los prisioneros, pero Thomas consideró que había suficientes miembros del *hellequin* para evitar que otros les quitaran al arzobispo y al conde de Berat.

Thomas espoleó su caballo hacia el norte. Había más franceses que huían en esta dirección, desesperados por alcanzar la seguridad de Poitiers. Unos cuantos, muy

pocos, habían conseguido encontrar sus caballos o habían cogido el de algún inglés. La mayoría de ellos corría, o más bien avanzaba a trompicones, acosados durante todo el camino por unos perseguidores vengativos. Pero hubo un hombre que cabalgó directo hacia Thomas, quien reconoció el corcel picazo y luego el corazón rojo de Douglas, aunque llevaba la sobreveste tan empapada de sangre que por un momento pensó que era negra.

—¡Robbie! —exclamó, contento de ver a su amigo, pero entonces vio que el jinete no era Robbie sino Sculley.

—¡Está muerto! —gritó Sculley—. ¡El traidor está muerto! Y ahora te toca a ti. —Llevaba *la Malice*. La espada tenía un aspecto patético, oxidado y débil, pero también estaba descolorida por la sangre—. Parece una mierda —dijo Sculley—, pero es un arma astuta. —Había perdido el casco y los huesos de su cabellera larga y lacia traqueteaban—. Corté la cabeza al pobrecito Robbie —añadió Sculley—. Un corte con la espada mágica y se fue al Infierno. ¿Lo ves? —Sonrió ampliamente y señaló la silla, donde Thomas vio la cabeza ensangrentada de Robbie colgando del pelo—. Me gusta llevarme un pequeño recuerdo de los combates y su tío se pondrá contento cuando lo vea. —Se rio al ver la expresión de Thomas.

Nadie atacaba al escocés porque cualquier inglés o gascón supondría que un jinete que no huyera hacia el norte debía de ser de su bando, aunque, como Sculley, no vistiera la cruz roja de san Jorge. El escocés frenó su caballo robado.

—¿Preferirías rendirte a mí? —preguntó, y de repente clavó las espuelas y el corcel cargó directamente contra Thomas que, desprevenido, solo pudo lanzarle una estocada con la alabarda. Pero este evitó su torpe golpe y arremetió con fuerza con la vieja espada contra el cuello del arquero, con la intención de cortarle la cabeza tal como había hecho con Robbie.

Thomas echó su arma hacia atrás y hacia arriba y consiguió pararlo sin saber cómo. Las dos armas chocaron con una fuerza tremenda. Thomas pensó que la vieja espada se rompería, pero *la Malice* seguía de una pieza y Sculley ya contraatacaba con un revés a una velocidad malévol. El arquero agachó la cabeza. La hoja de *la Malice* le dio en el bacinete y le raspó la cimera. Thomas dio un tirón a su caballo, viró bruscamente a la izquierda y vio que la espada volvía rápida como una serpiente con un golpe dirigido a su cara. Pudo esquivarlo inclinándose, consciente de que la ancha punta pasó peligrosamente cerca. Intentó clavar el pincho de la alabarda al escocés, pero este desvió el fuerte golpe y arremetió de nuevo. Esta vez hizo descender *la Malice* con fuerza, estrellando su hoja contra el casco de Thomas, con tal ferocidad que este quedó medio aturdido y le zumbaron los oídos. Pero el acero del bacinete resistió a la hoja, aun cuando él quedó hundido en la silla, gruñendo, intentando recuperar el control sobre sí mismo y ganar espacio para manejar la alabarda.

—¡Por las entrañas de Cristo, sí que eres débil! —exclamó Sculley para provocarlo. Sonrió burlonamente, pinchó a Thomas con la espada y se rio cuando este se tambaleó en la silla—. Es hora de saludar al diablo, inglés —dijo echando *la Malice* hacia atrás para asestar el golpe mortal.

Thomas soltó su arma, sacó el pie izquierdo del estribo y se lanzó sobre el escocés. Puso los brazos en torno al pecho de Sculley y se agarró a él apretándolo con fuerza. Lo arrancó de la silla y ambos cayeron al suelo con un golpe sordo, con Thomas encima. Utilizó su fuerza de arquero para propinarle un puñetazo en la cara, y su guantelete revestido de acero le rompió un pómulo y la nariz.

Lo golpeó de nuevo. Sculley intentó morderle y Thomas arremetió otra vez con el guantelete, pero esta vez con los dedos rígidos y extendidos, que se hundieron en el ojo izquierdo de su oponente. Este soltó un grito como un gorgoteo cuando se le hundió el ojo. Thomas le dio un cabezazo con el casco y rodó para quitarse de encima. Le agarró el brazo derecho y le arrancó la espada.

—Hijo de puta —le dijo. Sostuvo *la Malice* con ambas manos, la izquierda en la empuñadura, la derecha en la parte posterior, hundió la punta en la garganta de Sculley y cortó con fuerza para atravesar el esófago, los vasos sanguíneos, tendones y músculos. El escocés seguía gorgoteando, salpicando de sangre el rostro de Thomas, que siguió empujando mientras manaban chorros palpitantes de fluido caliente que fueron disminuyendo. Continuó cortando y empujando hasta que la vieja espada chocó contra el hueso.

Y Sculley estaba muerto.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Santo Dios! —Estaba de rodillas, temblando. Miraba fijamente la espada. ¿Era un milagro? Vio que alguien había hecho una nueva empuñadura de madera para la antigua hoja, una empuñadura ahora manchada de sangre.

Se puso de pie. El caballo de Robbie estaba junto a él y, en un arrebato de ira, cortó el pelo que sostenía la cabeza. Esta cayó al suelo con un golpe sordo. Tendría que encontrar el resto de su viejo amigo y cavar una tumba. Pero antes de que tuviera tiempo de pensar cómo lo haría, vio a Roland de Verrec frente a un hombre gordo con armadura.

El gordo llevaba un jubón verde y blanco y, mientras Thomas miraba, desenvainó la espada y se la brindó a Roland. Era el conde de Labrouillade. Las heces le goteaban por detrás de las piernas cubiertas por la armadura.

—¡Soy vuestro prisionero! —anunció en voz alta.

Thomas se acercó a los dos hombres. Sam y una media docena de arqueros habían visto a su jefe y cabalgaron hacia él llevando consigo su caballo.

—Se ha rendido —le explicó Roland a Thomas.

Thomas no dijo nada. Siguió andando.

—Me he rendido —dijo el conde en voz alta— y pagaré un rescate.

—¡Mata al gordo cabrón! —gritó Sam.

—¡No! —Roland de Verrec levantó la mano—. No podéis matarle. Es deshonoroso. —Se atrancó con la palabra inglesa.

—¿Deshonoroso? —preguntó Sam, incrédulo.

—Sir Thomas —dijo Roland con una expresión desesperadamente triste—, un hombre que se ha rendido está a salvo, ¿no?

Thomas no hizo caso, ni siquiera parecía verle. Siguió sin decir nada. Se acercó al conde, que sostenía la espada en actitud de rendición.

—Las reglas de caballería dictan que hay que mantenerlo con vida —dijo Roland—. ¿No es así, sir Thomas?

Este ni siquiera había mirado a Roland, solo miraba al conde. Y entonces, casi con la misma rapidez con que lo había hecho Sculley, lanzó un revés con *la Malice*, de manera que la hoja cortó el gaznate al conde. La espada se deslizó por debajo del borde del casco, atravesó la cofia de malla y se hundió profundamente en el gordo cuello. Thomas tiró de la hoja, volvió a golpear con la fuerza de un arquero y quedó salpicado de más sangre, en tanto que el conde caía de rodillas. Hundió cada vez más la hoja, hasta que los ojos de Labrouillade quedaron sin vida y cayó pesadamente sobre la hierba.

—¡Sir Thomas! —exclamó Roland con indignación.

Thomas se volvió a mirarlo con unos ojos como platos.

—¿Habéis dicho algo?

—¡Se había rendido! —protestó Roland.

—Estoy sordo —explicó Thomas—. Me golpearon en la cabeza y no oigo nada. ¿Qué me estáis diciendo?

—¡Se había rendido!

—No oigo lo que decís —declaró Thomas. Dio media vuelta para alejarse y guiñó un ojo a Sam.

A unas cincuenta yardas había unos hombres luchando en torno al rey de Francia. Su estandarte había caído, el portaestandarte estaba muerto y su hijo le intentaba ayudar.

—¡Mirad a la izquierda, padre! ¡A la derecha! ¡Cuidado!

El rey luchaba con un hacha, aunque nadie intentaba matarle, solo capturarlo. Los hombres que habían hecho de señuelo llevando sus colores estaban muertos o habían huido, pero todo el mundo sabía que aquel era el verdadero rey por la corona de oro que remataba su casco, y querían capturarlo con vida porque su rescate sería más elevado de lo que podían llegar a imaginar.

Los hombres intentaban apresar al rey, se peleaban entre ellos para acercarse y este gritaba que podía hacerlos ricos a todos. Pero entonces dos jinetes se abrieron

paso entre el gentío con sus corceles y ordenaron a voz en grito a todos los hombres que retrocedieran o morirían.

El conde de Warwick y sir Reginald Cobham se detuvieron frente al rey Juan y el príncipe Felipe. Ambos desmontaron e hicieron una reverencia.

—Majestad —dijo el conde.

—Soy prisionero —repuso el rey de Francia.

—Lamentablemente, Majestad —dijo sir Reginald—. Es el sino de la batalla.

Y el rey fue capturado.

Uno de los arqueros tocaba un caramillo hecho con paja de avena; la melodía era melancólica y aflautada. Ardía una fogata, proyectando una luz roja que se agitaba entre las ramas de los robles. Un hombre cantaba; otros reían.

El rey de Francia estaba siendo agasajado por el príncipe de Gales mientras, en la llana cima de la colina donde había terminado la batalla, los pájaros y las bestias se daban un atracón de muertos. Estos llegaban hasta las puertas de Poitiers, porque los ingleses y gascones habían perseguido al enemigo hasta allí y los habitantes de la ciudad, temerosos de una invasión inglesa, se habían negado a abrir las puertas. Los fugitivos habían quedado atrapados bajo sus muros y allí habían terminado muriendo. La vieja carretera romana que llevaba hasta allí estaba llena de cadáveres, pero ahora los vivos se sentaban en torno a las fogatas y comían lo que habían saqueado del campamento enemigo abandonado.

Thomas se había sumado a la persecución cabalgando con Sam y una docena de arqueros más. Todos ellos se convertirían en hombres ricos con el botín conseguido, pero Thomas no había cabalgado para encontrar joyas, armaduras o un caballo caro.

—¿Lo encontraste tú? —preguntó Genevieve. Estaba sentada junto a él, con la cabeza recostada en su hombro y Hugh apoyado contra ella.

—Los encontré a ambos.

—Cuéntamelo otra vez —le pidió, como una niña que quería escuchar una historia conocida y reconfortante.

De modo que Thomas le contó que había alcanzado al cardenal Bessières, que los hombres de armas del religioso habían intentado proteger a su amo y que Sam y los arqueros los habían abatido. Que él se había enfrentado al padre Marchant, que había declarado en voz alta que era un sacerdote y no un combatiente, y que había utilizado *la Malice* para destriparlo, de forma que los intestinos se le salieron del hábito y se derramaron sobre la silla y luego cayeron al suelo. Y que se había reído de él. «Esto es por el ojo de mi mujer, cabrón». Que había estado tentado de dejar que el cura muriera sufriendo, pero que al final lo mató con otro tajo.

El cardenal Bessières había suplicado clemencia.

—Sois un combatiente —había dicho Thomas.

—¡No! ¡Soy un cardenal! ¡Os pagaré!

—No veo ningún capelo rojo —señaló Thomas—, solo un casco. —El cardenal había intentado quitarse el bacinete de la cabeza, luego había gritado al ver venir *la Malice* y su berrido no había cesado hasta que la espada de san Pedro le rajó la garganta. Entonces Thomas había regresado al campo de batalla, donde los muertos yacían bajo las estrellas.

Roland estaba con su Bertille.

—Debería haberos gritado —le dijo a Thomas—. No me di cuenta de que os habían ensordecido.

—Fue un terrible error —mintió Thomas con gravedad—, y os pido disculpas.

—No fue deshonoroso —dijo Roland— porque no sabíais que se había rendido. Todavía sujetaba su espada y vos no oíais nada.

—Fue la voluntad de Dios —terció Bertille.

Tenía un aspecto radiante.

Roland asintió con la cabeza.

—Fue la voluntad de Dios —coincidió y, tras una pausa, preguntó—: ¿Y *la Malice*?

—Ya no está.

—¿Dónde está?

—Donde nadie pueda encontrarla —respondió Thomas.

Había llevado *la Malice* hasta el hueco más grande del seto, donde unos hombres apilaban armas abandonadas en el campo de batalla. Las armas buenas se ponían en un montón y las baratas e inservibles en otro. Había espadas rotas, ballestas hechas añicos, un hacha con la hoja doblada y un montón de alfanjes oxidados.

—¿Qué se hace con ellas? —había preguntado Thomas a un hombre que llevaba la insignia con las tres plumas del príncipe de Gales.

—Lo más probable es que las fundan. Eso parece un pedazo de mierda.

—Lo es —había respondido Thomas, y había arrojado la Espada del Pescador en el montón de trastos inservibles.

No se veía distinta a los demás alfanjes baratos. Una lanza hecha pedazos había caído encima de ella y luego una espada rota se sumó al montón con un golpeteo. Cuando volvió la mirada, ni siquiera pudo distinguir la reliquia entre las demás armas. La pondrían al fuego, la fundirían y volverían a forjarla. Quizá la convirtieran en la reja de un arado.

—Y ahora nos iremos a casa —dijo—. Primero a Castillon y luego de vuelta a Inglaterra.

—A casa —repitió Genevieve alegremente.

La espada de san Pedro había llegado y se había ido. Todo había terminado. Era el momento de volver al hogar.

Nota histórica

Eduardo, príncipe de Gales, hijo mayor del rey Eduardo III, es más conocido como el Príncipe Negro, aunque dicho nombre no se acuñó hasta mucho después de su muerte. Nadie sabe con seguridad por qué le llamaron así, pero incluso en Francia fue recordado como *le Prince Noir* y yo he encontrado referencias de que aún en el siglo diecinueve había madres francesas que amenazaban a sus hijos desobedientes con una fantasmal visita de aquel enemigo muerto mucho tiempo atrás.

Hay quien dice que el nombre surgió del color de su armadura, pero existen pocas evidencias que respalden esta explicación y tampoco parece hacer referencia a su carácter que, por lo que podemos decir de la poca información que se conserva, era cualquier cosa menos sombrío. Era generoso, probablemente testarudo y romántico (contrajo un matrimonio poco práctico con la hermosa Joan de Kent), leal a su padre; pero aparte de esto, poco se conoce sobre su personalidad.

Es más famoso como soldado, aunque pasó casi toda su vida administrando de manera ineficiente las posesiones francesas de su padre. Luchó en Crécy y poco antes de su muerte obtuvo una victoria en Nájera, en España. Pero Poitiers es su logro militar más importante y, a pesar de su fama, la batalla se ha desvanecido del recuerdo popular, mientras que la gran victoria de su padre en Crécy y el triunfo de Enrique V en Agincourt siguen celebrándose.

No obstante, Poitiers merece un lugar entre los logros militares más importantes de Inglaterra. Fue una batalla extraordinaria. El príncipe se encontraba en inferioridad numérica, su ejército estaba sediento, hambriento, agotado tras el viaje y sin embargo combatió, según los criterios medievales, una batalla muy larga en la que resultaron vencedores absolutos, haciendo prisionero al rey de Francia.

A Juan II lo llevaron a Londres, donde se unió a otro prisionero real, el rey David II de Escocia, que había sido capturado tras la batalla de Neville's Cross diez años antes (descrita en la aventura de Thomas de Hookton *La batalla del Grial*).

La batalla de Poitiers fue la culminación de la segunda gran *chevauchée* del príncipe por Francia. La primera, en 1355, había castigado el sudeste de Francia desde Gascuña, devastando gran parte de la región y deteniéndose a poca distancia de Montpellier. Además asoló, entre muchas otras ciudades, el burgo de Carcasona.

Una *chevauchée* era un ataque destructivo pensado para infligir un grave daño económico al enemigo quien, para poner fin a las pérdidas, se vería obligado a librar una batalla. Si este se negaba a combatir, tal como hicieron los franceses en 1355, la *chevauchée* acababa desprestigiando vergonzosamente a quien lo sufría y terminaba dando un inmenso botín a los atacantes. Si aceptaba la batalla, tal como decidió hacer el rey Juan en 1356, se arriesgaba a la derrota. O tal vez lograra la venganza y la victoria.

Hay muchos enigmas en torno a esta batalla. Uno de los más desconcertantes es si de verdad el príncipe quería combatir aquella mañana de septiembre o no. El día anterior, domingo, había transcurrido con las enrevesadas negociaciones con los cardenales (Bessières es un personaje ficticio, pero Talleyrand fue el principal negociador).

Existen pruebas de que el príncipe estaba dispuesto a aceptar las condiciones humillantes que ofrecía la iglesia, pero algunos historiadores creen que simplemente estaba ganando tiempo. Lo que sí parece cierto es que el combate empezó el lunes por la mañana temprano, cuando los franceses se percataron de que el ala izquierda inglesa se retiraba y temieron que el príncipe tuviera intención de escabullirse cruzando el Miosson y escapando de ellos.

Hubiese sido una maniobra extraordinariamente arriesgada, cruzar un río con un ejército mientras una retaguardia cada vez más reducida lo defendía de un enemigo decidido a detener la retirada, pero sin duda el batallón del conde de Warwick tenía intención de cruzar el Miosson. Mi suposición es que el príncipe tenía la esperanza de eludir a los franceses y continuar hasta Gascuña, pero estaba preparado para cambiar de plan si estos atacaban.

Si el príncipe estaba indeciso, lo mismo podía decirse del rey Juan. No era un gran guerrero y sin duda temía la potencia de los arqueros ingleses. Por otro lado, tenía la ventaja de la superioridad numérica y debía de saber que el hambre había debilitado a su enemigo. Algunos de sus asesores le aconsejaron cautela, otros lo instaron a la batalla. Él optó por la segunda opción. Es posible que ninguno de los dos bandos estuviera totalmente comprometido a luchar aquel día, pero los exaltados del bando francés prevalecieron y el rey Juan decidió atacar. Estoy seguro de que el príncipe de Gales hubiera preferido retirarse.

Sin embargo, uno de los objetivos de una *chevauchée* era obligar al enemigo a luchar, de modo que ¿por qué no hacerlo en Poitiers? Quizá el príncipe esperaba encontrar un lugar mejor para el combate más al sur, pero no tuvo alternativa. Ocupaba una posición fuerte, en efecto, y hay más enigmas en este sentido.

Sabemos dónde tuvo lugar la batalla, pero el lugar exacto es incierto, lo cual resulta frustrante. Los cronistas mencionan el seto que, evidentemente, constituía un obstáculo formidable, pero este seto hace tiempo que ha desaparecido y nadie sabe dónde se encontraba exactamente. Hay dos vados que cruzan el Miosson (en la novela solo se menciona uno de ellos) y no se sabe con seguridad cuál de los dos fue el escenario del combate inicial. Casi todos los historiadores coinciden en que fue *le Gué de l'Homme*, el vado más cercano al pueblo y a la abadía de Nouaillé.

Sabemos que el captal de Buch dirigió el ataque de caballería al frente de unos ciento sesenta hombres, de los que un centenar eran arqueros a caballo, que provocó el pánico y el descalabro de los franceses, pero no podemos estar seguros de dónde

tuvo lugar dicho ataque. Probablemente avanzó en torno al extremo norte de los franceses aunque hay quien sugiere que fueron por el sur (yo he preferido la ruta del norte).

Sabemos aproximadamente dónde formó el ejército del príncipe. Al oeste del pueblo que actualmente se conoce como Nouaillé-Maupertuis hay un puente donde antes había un vado, *le Gué de l'Homme*. Hay una carretera secundaria que va hacia el norte desde este puente y pasa junto al monumento conmemorativo del campo de batalla, mientras sube por la larga cadena de montañas. Dicha carretera, una vez llega a la cima, señala la posición del príncipe.

Pero, ¿desde qué dirección atacaron los franceses? No hay unanimidad. Algunos historiadores insisten en que el ataque vino del norte mientras que otros prefieren un ataque por el oeste. Normalmente la visita a un campo de batalla sugiere respuestas, pero confieso que la topografía me resultó confusa. Yo he preferido un ataque por el oeste, simplemente porque me pareció más fácil una aproximación desde allí, pero no se sabe a ciencia cierta.

Los franceses se acercaron al campo de batalla por el norte y, considerando las dificultades de maniobra de los grandes ejércitos, un ataque desde el norte tiene sentido. Pero los franceses intentaban evitar que los ingleses cruzaran el Miosson, de modo que bien hubieran podido marchar en paralelo a la posición del príncipe antes de dar la vuelta para atacar, una solución que yo he preferido. Cualquier lector que quiera profundizar sobre las dificultades a la hora de situar la batalla correctamente, debería leer el excelente libro de Peter Hoskins *In the Steps of the Black Prince* (The Boydell Press, 2011).

Si bien el emplazamiento exacto es problemático, al menos conocemos el curso de la lucha. Empezó con las cargas de caballería sobre las dos alas del ejército inglés, que fueron rechazados por los arqueros. El ataque sobre el vado se realizó a través de un pantanal y, al inicio de dicho combate, las flechas de los arqueros no causaban mucho efecto en la fuerte armadura de los caballos franceses, pero un rápido movimiento hacia el flanco remedió ese problema.

William, señor de Douglas, que había llevado a doscientos hombres de armas escoceses para ayudar a los franceses, resultó gravemente herido en el combate (aunque algunos creen que sobrevivió y lo hirieron en el ataque del delfín). Mientras tanto este, el inteligente pero desgarbado Carlos, encabezó el primer ataque sobre la línea principal inglesa, un ataque que tuvo que hacer frente al frustrante seto. El combate fue largo y duro, pero la disciplina anglo-gascona prevaleció, la línea no se rompió y tras unas dos horas los hombres del delfín se retiraron.

En aquel momento tendría que haberle tocado el turno al hermano del rey, el duque de Orleans, quien tenía que conducir a su batallón contra la maltrecha línea inglesa, pero el duque decidió abandonar el campo de batalla. ¿Por qué? No lo

sabemos. Parece ser que el rey Juan ordenó a su heredero que se marchara. El delfín Carlos había cumplido con su obligación y es de suponer que el rey no quería ponerlo más en peligro. Se cree que cuando dijo al delfín que se retirara, el duque decidió hacerlo con él. De modo que en aquellos momentos dos tercios del ejército francés se habían marchado y dejaron al rey que atacara con su propio batallón.

Fue entonces cuando el captal encabezó la insolente carga; las filas francesas se desbarataron y empezó la verdadera carnicería. Según nos dicen tuvo lugar en *le Champ d'Alexandre* pero, ¿dónde se encuentra exactamente? Hay quien afirma que se trata de una extensión de tierras pantanosas junto al Miosson, pero me parece improbable que los franceses huyeran hacia el sur y mi exploración del campo de batalla me convenció de que *le Champ d'Alexandre* era la planicie de la montaña de cima llana al oeste de la posición inglesa. Pero fuera lo que fuera, el Campo de Alejandro resultó ser una trampa mortal para los franceses y fue allí donde fueron capturados el rey y su hijo menor.

Los hombres se pelearon sobre quién había tomado prisionero a Juan *le Bon*, pero el conde de Warwick y sir Reginald Cobham se hicieron cargo del monarca y de su hijo y los llevaron ante el príncipe Eduardo, que trató a los cautivos reales con elaborada cortesía.

La batalla principal se luchó a pie. El señor de Douglas lo aconsejó, consciente de que los arqueros eran mucho menos efectivos contra soldados a pie que contra los caballos. Resulta irónico que probablemente a Douglas lo hirieran mientras iba sobre su montura. Los arqueros de Poitiers fueron decisivos en la derrota de las dos cargas de caballería francesa, pero no causaron mucho efecto en los batallones principales que atacaron a pie.

Los ingleses prevalecieron en esta horrible lucha por dos razones principales. En primer lugar, el mando anglo-gascón era eficiente. La mayor parte del ejército llevaba junto más de dos años, sus comandantes eran experimentados y, aunque sin duda había cierta rivalidad, cooperaban. Además, por encima de todo, confiaban los unos en los otros. El conde de Warwick empezó el día con la perspectiva de conducir a su batallón en retirada, pero cambió de táctica cuando los acontecimientos lo dictaron así. Y lo hizo con rapidez y eficacia.

El joven conde de Salisbury dirigió la defensa del flanco derecho inglés con un tesón admirable y un despliegue personal de valentía. La última carga de caballería, ordenada por el príncipe, se realizó en el momento justo y fue devastadora. En cambio, el mando francés era torpe en extremo. El rey Juan arrojó sus tropas de manera poco organizada a una batalla de la que muchos huyeron sin que se les ordenara hacerlo. Además, existía una amarga rivalidad entre algunos de sus comandantes de más rango.

Pero el motivo principal del éxito anglo-gascón fue su disciplina. No rompieron la

formación. Hubo un hombre, sir Humphrey Berkeley, que sí decidió abandonar las filas y perseguir a los hombres del delfín que se retiraban, es de suponer que con la esperanza de hacerse con un prisionero rico, y fue él el capturado. Su rescate fue de dos mil libras esterlinas, una fortuna, pero fue el único prisionero que hicieron los franceses.

Mientras, los ingleses tenían muchísimos cautivos de alto rango: el rey en persona, su hijo, el arzobispo de Sens, el duque de Bourbon, el mariscal D'Audrehem, los condes de Vendôme, Dammartin, Tancarville, Joigny, Longueville, Eu, Ponthieu, Ventadour, y entre dos y tres mil caballeros franceses. Entre los franceses muertos estaban el duque de Atenas, el duque de Bourbon, Geoffrey de Charny (que llevaba la oriflama), el condestable Walter de Brienne, el mariscal Clermont, el obispo de Châlons y otros sesenta o setenta notables.

Es bien sabido que los números de las batallas medievales entrañan grandes problemas, pero parece probable que el ejército anglo-gascón tuviera unos seis mil efectivos, de los cuales un tercio eran arqueros, y que los franceses fueran unos diez mil. Después de la batalla, los heraldos contaron dos mil quinientos franceses muertos y apenas cuarenta ingleses o gascones. Las cifras francesas parecen creíbles pero ¿es normal que hubiese tan pocas bajas anglo-gasconas? Puede que los ganadores exageraran, pero la disparidad también indica que la mayor matanza tuvo lugar después de que el pánico dominara a los franceses. Mientras los soldados estuvieran en línea, protegidos por su armadura y apoyados por sus vecinos, sus posibilidades de supervivencia eran altas, pero en cuanto rompían filas y los hombres huían para salvar la vida, se convertían en un blanco fácil.

Sin duda había demasiados cadáveres para que los vencedores se ocuparan de todos ellos; aparte de los grandes nobles a los que pudieron identificar, al resto los dejaron en el campo para que se pudrieran, y allí permanecieron hasta febrero, cuando al fin se recogieron y enterraron sus restos.

Entre dos mil quinientos y tres mil franceses fueron capturados. Los prisioneros menos importantes y los que estaban heridos de gravedad, fueron dejados en libertad bajo palabra, lo cual significaba que se les permitía volver a casa con la promesa de no combatir contra los ingleses hasta que se fijara su rescate. Pero a todo el que valía una fortuna se lo llevaron a Inglaterra y lo mantuvieron allí hasta que pagaron.

El castillo de Warwick, tal y como es actualmente, fue construido en gran parte con los rescates de los franceses. Jonathan Sumption, en su indispensable libro *Trial by Fire*, calcula que los rescates obtenidos por Poitiers ascendieron a unas trescientas mil libras esterlinas. Es casi imposible ofrecer un valor equivalente actual, aunque podría compararse con el precio de la cerveza, que hoy en día cuesta tres mil veces más que en 1350; muchos hombres se hicieron inmensamente ricos.

El rescate del rey Juan II se fijó en seis millones de escudos de oro, gran parte de

los cuales se pagaron antes de su muerte en Londres, en 1364.

El nombre de *la Malice* es una invención, y su relación con san Juniano, cuyo cuerpo aún yace tras el altar de la iglesia de la abadía de Nouaillé-Maupertuis, es absolutamente ficticia. Los cuatro evangelios cuentan la historia de san Pedro, que desenvainó una espada en Getsemaní la noche que detuvieron a Jesucristo y que luego utilizó la hoja para cortar la oreja al criado del sumo sacerdote. Los ingleses tienen una antigua tradición que dice que José de Arimatea llevó la espada a Gran Bretaña y se la dio a san Jorge. Pero la archidiócesis de Posnania, en Polonia, reivindica el arma y, de hecho, la espada es una de sus posesiones más preciadas y se encuentra expuesta en el Museo Archidiecésano. ¿Es la auténtica?

Es más probable que una espada de la Palestina del siglo I fuera un *gladius*, una espada corta romana, mientras que el arma de Posnania es un alfanje, una espada larga de punta ancha. De todos modos, ahí está, y la gente puede creer que es la verdadera si lo desea.

No habría escrito esta novela sin la ayuda de varios libros, el principal de los cuales es *Trial by Fire* de Jonathan Sumption, que es el segundo volumen de su historia de la Guerra de los Cien Años. Peter Hoskins recorre valientemente en toda su extensión las dos *chevauchées* del Príncipe Negro, y su historia de dichas campañas se cuenta en su libro *In the Steps of the Black Prince*. La mejor biografía de Eduardo de Woodstock es *The Black Prince* de Richard Barber. El relato más acreditado, con creces, sobre el arco largo y sus efectos es *The Great Warbow* de Matthew Strickland y Robert Hardy. Este último fue generoso al dirigirme hacia la enorme obra de J. M. Tourneur-Aumont *La Bataille de Poitiers, 1356*. El retrato más íntimo de la vida diaria en la Francia del siglo XIV lo proporciona el encantador libro de Ann Wroe *A Pool and His Money*. Otros libros notables son *The Battle of Poitiers, 1356* de David Green, *The Black Prince's Expedition* de H. J. Hewitt, *The Reign of Edward III* de W. Mark Omrod y *Edward III* del mismo autor. Tengo que dar las gracias a todos estos historiadores.

El príncipe de Gales tuvo que dar las gracias a sus hombres y se las ofreció en forma de rentas vitalicias y regalos directos de dinero. Muchos de los arqueros recibieron concesiones madereras o derechos de pastoreo. En Francia, el resultado de la batalla causó espanto e indignación, que se pagó con la nobleza. Poitiers fue un desastre que impulsó a Francia a la bancarrota, al caos y a la revolución. No es de extrañar que Eduardo III, al recibir la noticia del triunfo de su hijo, proclamara: «Nos alegramos del botín de Dios».

La guerra continuaría, pasaría por Agincourt en 1415 y seguiría más allá, hasta que al final se impusieran los franceses. Pero esa es otra historia.